

NVI

COMENTARIOS
BÍBLICOS
CON APLICACIÓN

EFESIOS

del texto bíblico
a una aplicación
contemporánea

KLYNE SNODGRASS

 Editorial Vida



NVI 

COMENTARIOS
BÍBLICOS
CON APLICACIÓN

EFESIOS

del texto bíblico a una aplicación contemporánea

KLYNE SNODGRASS

 ZONDERVAN®

*Con gratitud, a nuestros padres,
C. Sidney y Wanda V. L. Snodgrass
y
Everett Allen y Eva M. R. Parks*

CONTENIDO

Cover

Title Page

Introducción a la Serie

Prefacio del Editor

Prefacio del autor

Nota de Traducción

Abreviaturas

Introducción

Bibliografía comentada

Efesios 1:1–2

Efesios 1:3–14

Efesios 1:15–23

Efesios 2:1–10

Efesios 2:11–22

Efesios 3:1–13

Efesios 3:14–21

Efesios 4:1–16

Efesios 4:17–24

Efesios 4:25–5:2

Efesios 5:3–14

Efesios 5:15–33

Efesios 6:1–9

Efesios 6:10–20

Efesios 6:21–24

NOTAS

About the Author

Copyright

About the Publisher

Share Your Thoughts

Los Comentarios Bíblicos con aplicación: Serie NVI

Introducción a la Serie

Los Comentarios Bíblicos con aplicación: Serie NVI son únicos. La mayoría de los comentarios bíblicos nos ayudan a recorrer el trecho que va desde el siglo XXI al siglo I. Nos permiten cruzar las barreras temporales, culturales, idiomáticas y geográficas que nos separan del mundo bíblico. Sin embargo, solo nos ofrecen un billete de ida al pasado y asumen que nosotros mismos podemos, de algún modo, hacer el viaje de regreso por nuestra cuenta. Una vez nos han explicado el *sentido original* de un libro o pasaje, estos comentarios nos brindan poca o ninguna ayuda para explorar su *significado contemporáneo*. La información que nos ofrecen es sin duda valiosa, pero la tarea ha quedado a medias.

Recientemente, algunos comentarios han incluido un poco de aplicación contemporánea como *una* de sus metas. No obstante, las aplicaciones son a menudo imprecisas o moralizadoras, y algunos volúmenes parecen más sermones escritos que comentarios.

La meta principal del *Los Comentarios Bíblicos con aplicación: Serie NVI* es ayudarte con la tarea, difícil pero vital, de trasladar un mensaje antiguo a un contexto moderno. La serie no se centra solo en la aplicación como un producto acabado sino que te ayuda también a pensar detenidamente en el *proceso* por el que se pasa del sentido original de un pasaje a su significado contemporáneo. Son verdaderos comentarios, no exposiciones populares. Se trata de obras de referencia, no de literatura devocional.

El formato de la serie ha sido concebido para conseguir la meta propuesta. El tratamiento de cada pasaje se lleva a cabo en tres secciones: *Sentido Original*, *Construyendo Puentes*, y *Significado Contemporáneo*.

Sentido Original

Esta sección te ayuda a entender el significado del texto bíblico en su contexto del primer siglo. En este apartado se tratan —de manera concisa— todos los elementos de la exégesis tradicional, a saber, el contexto histórico, literario y cultural del pasaje. Los autores analizan cuestiones relacionadas con la Gramática, la Sintaxis, y el significado de las palabras bíblicas. Se esfuerzan, asimismo, en explorar las principales ideas del pasaje y el modo en que el autor bíblico desarrolla tales ideas.¹

Tras leer esta sección, el lector entenderá los problemas, preguntas y preocupaciones de los *primeros receptores* y el modo en que el autor bíblico trató tales cuestiones. Esta comprensión es fundamental para cualquier aplicación legítima del texto en nuestros días.

Construyendo Puentes

Como indica el título, en esta sección se construye un puente entre el mundo de la Biblia y el de nuestros días, entre el contexto original y el moderno, analizando tanto los aspectos circunstanciales del texto como los intemporales.

La Palabra de Dios tiene un aspecto *circunstancial*. Los autores de la Escritura dirigieron sus palabras a situaciones, problemas y cuestiones específicas. Pablo advirtió a los gálatas sobre las consecuencias de circuncidarse y los peligros de intentar justificarse por la ley (Gál 5:2–5). El autor de Hebreos se esforzó en convencer a sus lectores de que Cristo era superior a Moisés, a los sacerdotes aarónicos, y a los sacrificios veterotestamentarios. Juan instó a sus lectores a «probar los espíritus» de quienes enseñaban una forma de gnosticismo incipiente (1 Jn 4:1–6). En cada uno de estos casos, la naturaleza circunstancial de la Escritura nos capacita para escuchar la Palabra de Dios en situaciones que fueron *concretas* y no abstractas.

No obstante, esta misma naturaleza circunstancial de la Escritura crea también problemas. Nuestras situaciones, dificultades y preguntas no están siempre relacionadas directamente con las que enfrentaban los primeros receptores de la Biblia. Por ello, la Palabra de Dios para ellos no siempre nos parece pertinente a nosotros. Por ejemplo, ¿cuándo fue la última vez que alguien te instó a circuncidarte, afirmando que era una parte necesaria de la justificación? ¿A cuántas personas de nuestros días les inquieta la cuestión de si Cristo es o no superior a los sacerdotes aarónicos? ¿Y hasta qué punto puede una «prueba» diseñada para detectar al gnosticismo incipiente, ser de algún valor en una cultura moderna?

Afortunadamente, las Escrituras no son únicamente documentos circunstanciales, sino también *intemporales*. Del mismo modo que Dios habló a los primeros receptores, sigue hablándonos a nosotros a través de las páginas de la Escritura. Puesto que compartimos la común condición de humanos con las gentes de la Biblia, descubrimos una *dimensión universal* en los problemas a los que tenían que hacer frente y en las soluciones que Dios les dio. La naturaleza intemporal de la Escritura hace posible que ésta nos hable con poder en cualquier momento histórico y en cualquier cultura.

Quienes dejan de reconocer que la Escritura tiene una dimensión circunstancial y otra intemporal se acarrean muchos problemas. Por ejemplo, quienes se sienten apabullados por la naturaleza circunstancial de libros como Hebreos o Gálatas pueden soslayar su lectura por su aparente falta de sentido para nuestros días. Por otra parte, quienes están convencidos de la naturaleza intemporal de la Escritura, pero no consiguen percibir su aspecto circunstancial, pueden «disertar elocuentemente» sobre el sacerdocio de Melquisedec a una congregación muerta de aburrimiento.

El propósito de esta sección es, por tanto, ayudarte a discernir lo intemporal (y lo

que no lo es) en las páginas del Nuevo Testamento dirigidas a situaciones temporales. Por ejemplo, si la principal preocupación de Pablo no es la circuncisión (como se nos dice en Gálatas 5:6), ¿cuál es entonces? Si las exposiciones sobre el sacerdocio aarónico o sobre Melquisedec nos parecen hoy irrelevantes, ¿cuáles son los elementos de valor permanente en estos pasajes? Si en nuestros días los creyentes intentan «probar los espíritus» con una prueba diseñada para una herejía específica del primer siglo, ¿existe alguna otra prueba bíblica más apropiada para que podamos hoy cumplir este propósito?

No obstante, esta sección no solo descubre lo intemporal de un pasaje concreto, sino que también nos ayuda a ver *cómo* lo hace. El autor del comentario se esfuerza en hacer explícito lo que en el texto está implícito; toma un proceso que es normalmente intuitivo y lo explica de un modo lógico y ordenado. ¿Cómo sabemos que la circuncisión no es la principal preocupación de Pablo? ¿Qué claves del texto o del contexto nos ayudan a darnos cuenta de que la verdadera preocupación de Pablo está en un nivel más profundo?

Lógicamente, aquellos pasajes en que la distancia histórica entre nosotros y los primeros lectores es mayor, requieren un tratamiento más extenso. Por el contrario, los textos en que la distancia histórica es más reducida o casi inexistente requieren menos atención.

Una clarificación final. Puesto que esta sección prepara el camino para tratar el significado contemporáneo del pasaje, no siempre existe una precisa distinción o una clara división entre ésta y la sección que sigue. No obstante, cuando ambos bloques se leen juntos, tendremos una fuerte sensación de haber pasado del mundo de la Biblia al de nuestros días.

Significado Contemporáneo

Esta sección permite que el mensaje bíblico nos hable hoy con el mismo poder que cuando fue escrito. ¿Cómo podemos aplicar lo que hemos aprendido sobre Jerusalén, Éfeso o Corinto a nuestras necesidades contemporáneas en Los Ángeles, Lima o Barcelona? ¿Cómo podemos entender un mensaje que se expresó inicialmente en griego y arameo, y comunicarlo con claridad en nuestro idioma? ¿Cómo podemos entender las eternas verdades que en su origen se plasmaron en un tiempo y una cultura distintos, y aplicarlos a las, parecidas pero diferentes, necesidades de nuestra cultura?

Para conseguir estas metas, esta sección nos ayuda en varias cuestiones clave.

En primer lugar, nos permite identificar situaciones, problemas, o preguntas contemporáneas que son verdaderamente comparables a las que la audiencia original hubo de hacer frente. Puesto que las situaciones de hoy rara vez son idénticas a las que se dieron en el siglo primero, hemos de buscar escenarios semejantes para que nuestras aplicaciones sean relevantes.

En segundo lugar, esta sección explora toda una serie de contextos en los que el pasaje en cuestión puede aplicarse en nuestro tiempo. Buscaremos aplicaciones personales, pero seremos asimismo estimulados a pensar más allá de nuestra situación personal considerando cuestiones que afectan a la sociedad y a la cultura en general.

En tercer lugar, en esta sección seremos conscientes de los problemas o dificultades que pueden surgir en nuestro deseo de aplicar el pasaje. Y caso de que existan varias maneras legítimas de aplicar un pasaje (cuestiones en las que no exista acuerdo entre los cristianos), el autor llamará nuestra atención al respecto y nos ayudará a analizar a fondo las implicaciones.

En la consecución de estas metas, los colaboradores de esta serie intentan evitar dos extremos. El primero, plantear aplicaciones tan específicas que el comentario se convierta rápidamente en un texto arcaico. El segundo, evitar un tratamiento tan general del sentido del pasaje que deje de conectar con la vida y cultura contemporáneas.

Por encima de todo, los colaboradores de esta serie han realizado un diligente esfuerzo para que sus observaciones no suenen a perorata moralizadora. Los *Comentarios de la NVI de la Serie Aplicación* no pretenden ofrecerte materiales listos para ser utilizados en sermones, sino herramientas, ideas y reflexiones que te ayuden a comunicar la Palabra de Dios con poder. Si conseguimos ayudarte en esta meta se habrá cumplido el propósito de esta serie.

Los editores

-
1. Obsérvese, por favor, que cuando los autores tratan el sentido de alguna palabra en las lenguas bíblicas originales, en esta serie se utiliza el método general de transliteración en lugar del más técnico (sirviéndose de los alfabetos griego y hebreo).

Prefacio del Editor

El Evangelio siempre ha implicado cambio y decisión. El *cambio* de una antigua forma de vida sin Jesucristo a una nueva con él, es un elemento básico del mensaje que Dios nos dirige en la Escritura. Sin embargo, la *decisión* respecto a lo que hacemos con nuestra nueva posición en Jesucristo ha sido una parte igualmente importante del mensaje. ¿Cambia realmente nuestro nuevo estatus como creyentes el modo en que vivimos? ¿Reflejan realmente nuestras decisiones este cambio de manera adecuada? Puede decirse que el cambio y la decisión son las dos columnas gemelas de las Buenas Nuevas.

Efesios es un libro del Nuevo Testamento que subraya estas dos columnas. Aunque Klyne Snodgrass, el autor de este excelente comentario, advierte del peligro de establecer una dicotomía demasiado marcada entre los tres primeros capítulos —que describen el cambio de una vida en la oscuridad a la vida en la luz—, y los tres siguientes —que tratan sobre las serias decisiones que demanda este nuevo orden—, el contenido de la carta se presta a reconocer, al menos, un acento sobre el cambio en la primera mitad y la decisión en la segunda. La salvación, conversión, o cambio, nos dice Pablo, es un don de Dios: en otro tiempo éramos «incircuncisos,» pero ahora formamos parte de los «circuncidados»; éramos «extraños y extranjeros», pero ahora somos «conciudadanos de los santos». Este cambio de estatus demanda decisiones: decisiones entre unidad o desunión, entre una vida familiar satisfactoria y otra insatisfactoria, entre estructuras sociales buenas o malas.

Este acento en los cambios y las decisiones hace que Efesios tenga todo el sabor de una carta contemporánea. Casi todo su contenido suena familiar a cualquiera que se interese por la cultura moderna. Estas mismas palabras —cambio y decisión— forman parte del lenguaje más actual de la psicología de autoayuda, la educación y la orientación profesional. En un clima como éste la aplicación parece perfectamente obvia, a no ser por una cuestión: ¿Es posible que el relativo acento en el cambio y la decisión sean distintos para los lectores del siglo veintiuno que para los del primero? Por supuesto, ambos están interesados en la cuestión del cambio y la decisión. ¿Pero acaso un lector del primer siglo no trataría la relación entre cambio y decisión de manera un poco distinta?

Es posible que para los primeros receptores de la epístola, este milagro del cambio, de una salvación otorgada gratuitamente como el don de un Dios Omnipotente, fuera

el punto focal de esta clase de debate. La existencia de Dios (o dioses) se asumía como un hecho incontrovertible. El hecho de que tales dioses controlaran lo excepcional y lo cotidiano —la meteorología, las cosechas, la guerra— estaba también fuera de toda duda. Sin embargo, ¿estaba Dios realmente dispuesto a invertir su tiempo para cambiarme a mí, un simple mortal y pecador? Para los paganos del primer siglo, la mayoría de los dioses no eran sino la personificación de un destino inevitable e inmutable, un destino para el que uno había nacido, y ante el cual, si se era inteligente, se resignaba. Lo impensable era precisamente que Dios hubiera puesto en marcha un mecanismo para ofrecerme un cambio permanente en mi vida. Tras el «cambio» de la conversión se plantean arduas decisiones; un Dios que puede llevar a cabo un cambio así es plenamente capaz de darnos un manual inspirado, una Biblia, para perfilar las decisiones que ahora hemos de tomar.

Para el hombre moderno, el cambio no es tan impensable. Solo hay que ir a la librería más cercana y echar un vistazo a la sección de libros de autoayuda. ¡Y allí están, estanterías atestadas de libros que proponen cambios! *Cambie su silueta en treinta días; Siete principios clave para pasar de la mediocridad al éxito en los negocios*. No, el cambio (aunque sea un cambio iniciado por el hombre) es algo muy asumido por el individuo moderno. Para el hombre de hoy, el punto focal es la cuestión de la decisión. Puesto que la capacidad para el cambio ha pasado de un Dios Todopoderoso a la razón humana, las elecciones acerca de «cómo hemos de vivir» son tan diversas como el número de seres humanos que las proponen. Si Dios no cambia, las decisiones se convierten entonces en algo central. Y el hombre moderno está sitiado, literalmente abrumado, con la enorme variedad de decisiones que se le demandan, desde cómo educar a sus hijos, al modo en que ha de amar al prójimo, lo que ha de comer, a quién ha de votar en las elecciones, etc.

La gran sabiduría de Efesios, como nos muestra tan hábilmente el profesor Snodgrass, está en que subraya por igual cambio y decisión, como dos columnas gemelas. El uno no puede existir sin la otra. Y en nuestra liturgia y adoración el cambio y la decisión están presentes en gran medida. La carta a los Efesios está llena de oración y alabanza a nuestro Maravilloso y Soberano Señor; en nuestra adoración, él nos muestra que no podemos convertirnos en nuevas criaturas sin actuar como tales, y que solo sabremos cómo conducirnos si reconocemos el tremendo cambio que supone la nueva vida en Jesucristo.

Terry C. Muck

Prefacio del autor

La carta que conocemos como Efesios siempre ha tenido un magnetismo especial para mí. Su descripción de la vida con Cristo y en él, siempre me ha intrigado y desafiado. Una parte de este desafío ha consistido en entender, la otra en obedecer. Efesios me ha proporcionado también un sentido de paz y de esperanza y esta es, sin duda, una de las razones por las que el apóstol Pablo escribió esta carta. Cuando recibí la invitación de escribir para esta serie de comentarios, no tuve grandes dudas acerca del libro del Nuevo Testamento que escogería. Elegí Efesios, o más bien Efesios me había ya escogido a mí años atrás. Hasta la declaración misional del seminario North Park Theological Seminary del que soy profesor se basa en Efesios 1:10: «Reunir en Cristo todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra.»

Mi primer trabajo serio sobre Efesios comenzó en el seminario, y desde entonces y durante casi treinta años esta carta ha sido tema de interés constante para mí. Con frecuencia he impartido estudios sobre este libro en seminarios e iglesias, y en mi predicación he recurrido a Efesios más que a cualquier otro texto del Nuevo Testamento. No obstante, no pretendo haber entendido todo lo que esta carta tiene que decirnos. El texto de este documento permitiría haber tratado otras muchas cuestiones. Las que he desarrollado en este comentario son aquellas que considero más importantes para los pastores y dirigentes de la Iglesia. La exposición de aspectos más técnicos puede encontrarse en los principales comentarios críticos.

Mi explicación de la NIV se basa en el texto griego; de hecho, durante el desarrollo de este trabajo se ha intensificado mi convicción acerca del valor e importancia de trabajar con los idiomas originales en el estudio de la Escritura. En sus esfuerzos por ayudarnos, todas las traducciones nos confunden. He intentado ser lo más explícito posible para ayudar a los lectores de la NIV a conocer el funcionamiento del texto griego, e informar de ciertas cuestiones que requieren un comentario.

Soy completamente consciente de lo mucho que he aprendido sobre Efesios de otras personas, tanto de mis maestros como, en especial, de los comentarios y las monografías. No reivindico originalidad. Aun en aquellos casos en que no cito concretamente mis fuentes, quiero reconocer aquí la contribución de otros a mi pensamiento.

He de expresar mi gratitud a varias personas. Mi trabajo ha recibido el apoyo tanto de la Administración como de la Facultad del North Park Theological Seminary. Esta

comunidad y su facultad de Estudios Bíblicos aportan a mi trabajo un contexto colegiado. Mi colega en Teología, John Weborg, ha sido un interlocutor especialmente valioso. Sonia Bodi y Ann Briody, bibliotecarias de North Park, han hecho mucho más de lo que debían para ayudarme a localizar recursos apropiados para mi trabajo. Nathan Pawl, mi ayudante de cátedra y amigo, me ha ahorrado una enorme cantidad de tiempo y ha contribuido a que el trabajo haya sido ameno. Además de asumir las responsabilidades normales en estos casos, el Sr. Pawl ha leído y comentado todo el manuscrito, y ha preparado los índices. John Painter, de la Universidad LaTrobe de Australia leyó una incipiente versión del comentario del capítulo uno e hizo varias sugerencias valiosas. Carey Newman, del Southern Baptist Theological Seminary, estudioso del libro de Efesios, leyó también generosamente casi todo el manuscrito e hizo numerosas anotaciones. Las inversiones por parte de estos colegas han sido de enorme valor. Me he beneficiado asimismo del diálogo con mis estudiantes de North Park en nuestro trabajo conjunto en Efesios. Tanto los editores de este proyecto —Terry Muck, Marianne Meye Thompson, y Scot McKnight— como el personal de Zondervan —Jack Kuhatschek y Stan Gundry— me han sido igualmente de ayuda para clarificar mi pensamiento. Particularmente, quiero agradecerle a Marianne que leyera varias secciones al comienzo del proyecto, y me forzara a no ser tan abstracto. Expreso también mi gratitud a Verlyn Verbrugge, que ha contribuido a que el comentario sea más fácil de leer. A todos ellos: ¡Gracias!

Y en especial a mi esposa, Phyllis, por tantos años de apoyo; ha hecho mucho más de lo que cabría pedir, y con ella todo ha sido más divertido.

Klyne Snodgrass

*Paul W. Brandel Profesor de Estudios del Nuevo Testamento
North Park Theological Seminary
Chicago, Illinois*

Abreviaturas

<i>BJRL</i>	<i>Bulletin of the John Rylands University Library</i>
<i>CBQ</i>	<i>Catholic Biblical Quarterly</i>
<i>ExpTim</i>	<i>Expository Times</i>
<i>GTJ</i>	<i>Grace Theological Journal</i>
<i>JBL</i>	<i>Journal of Biblical Literature</i>
<i>JSNT</i>	<i>Journal for the Study of the New Testament</i>
<i>JTS</i>	<i>Journal of Theological Studies</i>
KJV	King James Version
LXX	Septuagint
NASB	New American Standard Bible
NCB	New Century Bible
NEB	New English Bible
NIV	New International Version
NRSV	New Revised Standard Version
<i>NTS</i>	<i>New Testament Studies</i>
NVI	Nueva Versión Internacional
<i>RevEx</i>	<i>Review and Expositor</i>
RSV	Revised Standard Version
<i>SJT</i>	<i>Scottish Journal of Theology</i>
<i>TDNT</i>	<i>Theological Dictionary of the New Testament</i>
<i>TrinJ</i>	<i>Trinity Journal</i>
<i>WTJ</i>	<i>Westminster Theological Journal</i>

Introducción

Dentro de su campo, Efesios podría muy bien ser el documento más influyente que jamás se haya escrito. En toda la Historia del Cristianismo, solo los Salmos, el Evangelio de Juan, y la Epístola a los Romanos han jugado un papel tan decisivo en la configuración de la vida y el pensamiento del pueblo de Dios, sin embargo estos tres documentos son mucho más largos que esta breve carta. A la carta a los Efesios se la ha calificado, con justicia, de «la Suiza del Nuevo Testamento,» «la corona y punto culminante de la teología paulina,» y «una de las composiciones más divinas del hombre.» La explicación del Evangelio y de la vida con Cristo que se presenta en este documento es impactante y directa. Si se lee con una actitud receptiva, es una bomba.

Esta carta es el libro más contemporáneo de la Biblia.² Aparte del uso de algunos términos específicos y del tratamiento de la esclavitud, Efesios hubiera podido dirigirse a una iglesia moderna. Trata de *nosotros*. Describe a los seres humanos, su conflicto, pecado y confusión, pero mucho más, describe a Dios llegando hasta ellos para crearlos de nuevo y transformarlos dentro de una nueva sociedad.³ La mayor parte de la carta desarrolla dos temas esenciales: *poder* e *identidad*. Describe el poder que el Espíritu de Dios da para vivir. Nos muestra quiénes somos realmente sin Cristo y en quiénes nos convertimos tanto de manera individual como colectiva con Cristo. Trata de cómo podemos entendernos a nosotros mismos y llevarnos bien el uno con el otro y con Dios. Su enfoque sobre la nueva sociedad de Dios hace también de Efesios una de las obras más importantes para entender qué es la iglesia.

La sociedad moderna es un desastre. A pesar de todas las cosas buenas que disfrutamos, parece que hayamos perdido cualquier sentido de definición y de trayectoria. ¿Quiénes somos realmente, y qué es lo que nos mantiene unidos? Todos tenemos una necesidad de pertenencia, ¿pero a qué? ¿Hay alguna cosa que merezca nuestro compromiso? Esta vida es difícil. ¿Dónde encontramos los recursos para salir adelante? Las directrices morales de nuestra sociedad se han desdibujado por completo. ¿Existen realmente límites y valores que puedan funcionar como una guía legítima? ¿Cuál es, en cualquier caso, el propósito de la vida humana?

Se supone que la Iglesia ha de tener respuestas a estas preguntas, sin embargo, en nuestros días ésta ha perdido tanto su dirección como su voz. Con demasiada frecuencia, las vidas de los cristianos no son distintas de las de quienes no lo son. El Evangelio ha quedado reducido a algo insustancial e inefectivo, susceptible de ser

tergiversado por símbolos culturales de modo que guarda poco parecido con lo que encontramos en las páginas del Nuevo Testamento. La Iglesia del mundo occidental, incluida la norteamericana, no es la Iglesia del Nuevo Testamento (ni siquiera *una* de ellas).

Necesitamos una nueva Reforma, y Efesios es el documento capaz de llevarla a cabo. Esta breve carta es una declaración sorprendentemente exhaustiva acerca de Dios y de su obra, acerca de Cristo y el Evangelio, la vida con el Espíritu de Dios, y la correcta manera de vivir.

El mensaje de Efesios

Esta carta es consistentemente teocéntrica y trinitaria. Su mensaje acerca de la Gracia y el Amor de Dios es alentador y gratificante. Dios no es un ser remoto; es el personaje principal de toda la carta. Desde el mismo comienzo, Efesios muestra que hemos sido concebidos para pertenecer a Dios y que éste ha estado y está obrando para hacer que nuestra relación con él sea una realidad. En Cristo y por medio del Espíritu, Dios nos conduce a sí mismo y nos da lo que necesitamos para vivir.

Todos los privilegios de la vida los encontramos en *unión con Cristo* y nos son comunicados por el Espíritu. Efesios presenta el Evangelio de nuestra unión con Cristo de un modo mucho más intenso que cualquier otra carta del Nuevo Testamento. Tan solo nuestro vínculo con Él puede rescatarnos del dilema humano, y nada que no sea este vínculo puede definarnos como seres humanos. Viviendo con él aprendemos a vivir para él.

La concepción del Evangelio que encontramos en Efesios desafía y redefine la superficial idea de las Buenas Nuevas de salvación tan corriente en nuestros días. Este Evangelio requiere que la gente actúe; se trata de una fe que obra. Los creyentes tienen la responsabilidad de tomar decisiones y de cambiar el patrón de sus vidas. Las actitudes acomodaticias de una fe superficial o pasiva no pueden sobrevivir bajo el penetrante mensaje de esta carta.

En Efesios se establecen reiteradas diferencias entre la antigua forma de existencia y la nueva vida en Cristo. Estos contrastes entre *antes* y *ahora* presentan una valoración dolorosa, pero realista de la vida sin Dios, así como cautivadoras descripciones de la conversión y sus efectos. En ningún otro lugar de la Biblia se describe la conversión de manera tan clara como aquí. De hecho, el contraste que encontramos en 5:8 funciona como resumen de una buena parte de la carta: «Porque ustedes antes eran oscuridad, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de luz.» Tales descripciones de la vida antes y después de conocer a Cristo, pretenden ayudar a las personas a no vivir como la mayoría de quienes les rodean, y a reflejar su relación con Él en sus vidas diarias.

Por consiguiente, Efesios aporta algunas de las directrices para la vida más directas y prácticas que encontramos en la Escritura. No es que se cubran todos los temas, ni mucho menos, sin embargo el fundamento y las directrices son tan claros que la aplicación a otros asuntos es una consecuencia directa. Una advertencia, no obstante: en Efesios no encontramos ninguna lista de reglas a seguir, y nuestra respuesta a su mensaje no puede ser fácil o superficial. Esta carta requiere que cambiemos nuestro ser interior y nuestro carácter de un modo radical. La vida ya no puede ser algo que dejamos simplemente transcurrir: ahora toda nuestra actividad ha de tener lugar en y para el Señor. La verdad y el amor, tal y como los define Cristo, se convierten en las

dos fuerzas gemelas que guían todo lo demás. De hecho, Efesios se centra más en la verdad y el amor que casi todos los demás documentos del Nuevo Testamento.⁴

La preocupación por la Verdad y el Amor impregna el enfoque de Efesios en las relaciones personales, tanto entre Dios y el ser humano como entre las personas entre sí. Se trata de una carta implacablemente relacional, que trata todas las relaciones —no de un modo individualista— sino desde la perspectiva de la unión con Cristo. Partiendo de la vida con Cristo nos relacionamos con Dios y con los demás. Somos parte de Cristo, y también el uno del otro (cf. 4:25; 5:30), una declaración que funciona también como resumen apropiado de lo que significa ser cristiano. No es sorprendentemente, por tanto, que los temas de la unidad, la paz, y el cuerpo de Cristo tengan un papel dominante en la carta. Vamos a Dios, vinculados a Cristo, y a otros creyentes en él. Dios es honrado en la comunidad de aquellos que están vinculados en Cristo.

Al explicar qué es y cómo funciona este grupo, Efesios aporta algunos de los pensamientos teológicos más profundos de todo el Nuevo Testamento acerca de la Iglesia. Varias imágenes —cuerpo, edificio, familia y matrimonio— se combinan para acentuar la interrelación, pertenencia, conexión y reciprocidad de las relaciones dentro de la Iglesia. Nuestro mundo está fracturado por el racismo, el individualismo y el clasismo; y todos conocemos el dolor que va unido a estos problemas y también la enormidad de sus dimensiones. Efesios sostiene otro modelo que destruye el racismo y las divisiones, al hablarnos de un Dios que nos ofrece una integridad que nos vincula. Nuestras iglesias han de recuperar su identidad como representaciones colectivas de personas que están siendo unidas en Cristo. Efesios nos dice cómo ser la Iglesia.

Uno de los mayores fracasos de la Iglesia está en las esferas de la adoración y la oración. Efesios no analiza explícitamente estos temas; sin embargo, una buena parte de esta epístola es adoración y oración. El primer capítulo es íntegramente alabanza y oración, un fundamento de adoración que nos enseña la adoración y nos compromete en ella. Es posible que los tres primeros capítulos sean oración. Por otra parte, Efesios incorpora constantemente el lenguaje de adoración de la iglesia primitiva, tanto es así que los eruditos han identificado extensas porciones de la carta como fragmentos de tradiciones o himnos que Pablo tomó prestados de fuentes más antiguas. No todas estas identificaciones son convincentes, sin embargo el texto de Efesios es un material inmejorable para el aprendizaje de la adoración y la oración.

Por otra parte, Efesios enfoca la cuestión de la evangelización, aunque su perspectiva es muy distinta de los titubeantes intentos de la iglesia moderna. La teología del Evangelio y la concepción de la Iglesia que se presentan en Efesios requieren que pensemos de nuevo en cómo se lleva a cabo la evangelización. Esta carta tiene un enorme potencial para revitalizar la praxis de nuestra tarea evangelizadora.

Además de una intensa preocupación por la identidad cristiana, Efesios pone también un profundo acento en la mente. La revelación que viene con el Evangelio cambia nuestra forma de pensar. La conversión es una renovación de la mente, la transición de un oscuro letargo a una sabiduría alerta e iluminada. Con demasiada frecuencia los cristianos descuidan el tesoro de su mente, y nuestras iglesias y sociedad lo reflejan. Los problemas de la vida cotidiana son enormes, y las desafíos para que consigamos conducirnos correctamente muy reales, sin embargo Efesios no nos permite temer o retirarnos. Nos llama más bien a pensar, aprender, ser sabios, y actuar. Si no estás dispuesto a ejercitarte mentalmente, Efesios afirma que el cristianismo no es la religión que te conviene.

Efesios es verdaderamente la carta que necesitamos para nuestros días.⁵ Su mensaje es el que precisamos, porque nos dice quiénes somos, quién es Dios, y lo que hemos de hacer. Nos dice que para los cristianos el origen y receptor de cada acto es Jesucristo (ver especialmente 6:5–9). Esta carta, escrita hace casi dos mil años, nos llega como la Palabra de Dios, que demanda una actitud receptiva y una respuesta de nuestra parte. Nos ofrece dirección y confianza para vivir. Tanto nosotros como nuestras iglesias hemos de hacer que esta epístola forme parte de nuestro ser.

¿Qué es esta carta?

A pesar de la grandiosidad de este documento y de la amplitud de su influencia, Efesios es una especie de enigma. No sabemos quiénes fueron sus receptores originales, desde dónde fue enviada, o por qué. (Quienes no aceptan la paternidad literaria de Pablo añadirían *quién la redactó*) Todas las cartas de Pablo consignan un coautor como Timoteo o Silas excepto Romanos y Efesios, las dos epístolas cristianas más influyentes. Es sorprendente que el propósito de estas dos cartas del Nuevo Testamento —precisamente— siga siendo asunto de serio debate.

Quienes deseen un tratamiento más detallado de las cuestiones introductorias pueden encontrarlo en obras introductorias al Nuevo Testamento y comentarios técnicos. En este comentario se ofrece un resumen de los asuntos más importantes, así como una valoración de las diferentes opciones y una indicación del modo en que nuestras decisiones al respecto afectan a la aplicación de la carta. Los temas más importantes que requieren análisis son las cuestiones del destino, propósito y paternidad literaria de la carta, que hasta cierto punto están interrelacionados.

Destino

Dos factores hacen que la ciudad de Éfeso sea un destino muy poco probable para la carta. (1) Las palabras «en Éfeso» no aparecen en varios testigos antiguos, entre los que está el p46, que data de comienzos del siglo III y es el manuscrito más antiguo que tenemos de esta carta. Algunos eruditos arguyen que Éfeso fue el destino original y que el nombre de la ciudad se borró para hacer que la carta fuera aceptable para un grupo más amplio de receptores. La mayoría de los eruditos, no obstante, considera que la expresión «en Éfeso» fue añadida al texto en un momento posterior. El problema es que sin la «dirección», el versículo 1 no tiene mucho sentido.⁶ Se han propuesto varias enmiendas, sin embargo, aunque interesantes, ninguna de ellas es demasiado convincente.⁷ La sugerencia de que se trata de una carta circular que tenía que leerse en más de un lugar es probablemente acertada, no obstante la hipótesis de que en la carta original había un espacio en blanco que Tíquico, el portador la carta, tenía que rellenar, (cf. 6:21–22), carece de fundamento.

(2) Lo más probable es que el autor no conociera personalmente a los receptores. Las declaraciones de 1:15; 3:2–4; y 6:23–24 no parecen comentarios de alguien que conozca de primera mano a sus lectores. Según el Libro de los Hechos, Pablo pasó más de dos años en Éfeso y estaba vinculado emocionalmente a los creyentes de aquella ciudad.⁸ Si esta carta fuera dirigida a la congregación de Éfeso, cabría esperar más calidez, como la que se evidencia en Filipenses, en lugar del tono general que se percibe en Efesios.

Es, pues, evidente que la información específica sobre la ciudad de Éfeso —aunque esta antigua ciudad era realmente sorprendente— no nos ayuda mucho en nuestra interpretación de la carta. Podemos asumir con seguridad que Efesios era una carta general dirigida a creyentes gentiles en la región sur occidental de Asia Menor, y que llegó a identificarse con Éfeso por su condición de ciudad más importante entre Roma y Antioquía.⁹

Propósito de la Carta

El propósito de esta carta está directamente vinculado a la cuestión de su paternidad literaria. Hace poco más de un siglo, Adolf Jülicher se sentía constreñido a aceptar la autoría paulina en ausencia de alguna hipótesis convincente que explicara las razones que hubiera podido tener algún discípulo de Pablo para redactar una carta así.¹⁰ Las cosas siguen estando igual, y las forzadas explicaciones de propósito de quienes abogan por la paternidad literaria de un discípulo paulino muestran lo embarazoso que es el problema. La sugerencia de E. J. Goodspeed, por ejemplo, en el sentido de que Efesios pretendía introducir una colección de cartas de Pablo, es rara vez aceptada.¹¹ ¿Qué podría motivar a un autor seudónimo a consignar precisamente este tipo de material general en un documento dirigido a receptores no especificados?

Las dificultades se hacen evidentes en la exposición de A. Lincoln, quien cree que la carta no la redactó Pablo. Después de resumir la epístola, Lincoln admite que tal «resumen puede parecer poco significativo, incluso difícilmente merecedor del esfuerzo....»¹² Este autor sugiere que era necesario recordar a sus primeros lectores la deuda que éstos tenían con Pablo; sin embargo, caben las preguntas: ¿Por qué era importante tal recordatorio después de veinte años o más de su muerte? Y, ¿es esta carta el modo de conseguir dicha meta? Lincoln sugiere además que las preocupantes situaciones locales que motivaron la redacción de Colosenses seguían vigentes y requerían atención,¹³ sin embargo cuanto más se introduce a Efesios en el contexto de la situación de Colosenses, más probable se hace que Pablo fuera su autor y que hubiera sido redactada por aquel mismo tiempo.

Las soluciones que plantea R. Schnackenburg no son más útiles. En su opinión, el autor trata cuestiones pastorales de su tiempo que no es fácil determinar. Sugiere una *crisis* de liderazgo que el autor de Efesios señaló de un modo *no específico* debido a ciertas situaciones locales, pero que para él eran, no obstante, *inquietantes*. Schnackenburg concluye que «está justificado hablar de una “crisis espiritual” que se refleja en la muda amonestación de Efesios.»¹⁴ La yuxtaposición de los términos «muda» y «crisis» muestra la improbabilidad de esta hipótesis.

No hay indicaciones de que en Efesios se trate de ninguna crisis, ni tampoco de que se ataque a oponentes específicos. ¿Qué razones tendría un autor seudónimo para escribir una carta general sin ningún propósito específico? Hasta tanto no se presente una explicación convincente de por qué podría querer alguien redactar una carta como Efesios, y de lo que tal persona estaría intentando conseguir al enviarla como una carta de Pablo, la explicación de una autoría no paulina no puede juzgarse atractiva o convincente.

Por otra parte, si la carta es de Pablo, su propósito sigue siendo difícil de detectar. Es un documento tan general que casi parece un sermón o tratado disfrazado de carta.

De hecho, algunos han sugerido que Efesios es una homilía bautismal o un sermón para la renovación de los votos bautismales. Este planteamiento es poco verosímil, aunque 4:22–24 es probablemente una confesión bautismal. Si bien el tema de este documento es de carácter general, se trata de una verdadera carta y no hay que minimizar el valor de su formato.

La clave para entender el propósito de Efesios está en Colosenses. En esta epístola Pablo sí se ocupó de una situación problemática, a saber, que los cristianos estaban siendo menospreciados y descalificados, y corrían el peligro de ser arrastrados por otras enseñanzas religiosas (Col. 2:4–23). El problema se acentuaba por el bochorno del encarcelamiento de Pablo. Los colosenses eran también cristianos a quienes Pablo no conocía personalmente, observemos, sin embargo, la profundidad de los sentimientos que el apóstol expresa por estos creyentes gentiles en 2:1–5. Aunque no les conocía, formaban parte de su ministerio. Su deseo era que cobraran *ánimo*, *fueran unidos por amor*, y *entendieran* completamente el misterio de Dios en Cristo. Este es precisamente el propósito de Efesios.¹⁵ Después de tratar el problema específico que subyace en Colosas, y con la misma profundidad de sentimientos que se expresa en esta epístola por los cristianos gentiles, Pablo escribió una carta más general para estimular, unir e informar a todos los creyentes de la zona.

Por tanto, el principal propósito de Efesios es el de *formar la identidad* de sus receptores.¹⁶ La carta pretende dar forma a los creyentes recordándoles lo maravillosa que es la obra de Dios en Cristo, lo importante que es su unidad con Él, y cómo es una vida vivida para Cristo. Es una carta de definición y de ánimo.¹⁷ Pablo deseaba fundamentar, configurar y desafiar a sus lectores para que éstos pudieran vivir su fe.

Paternidad literaria

El testimonio de la Iglesia Primitiva acerca de la influencia de Efesios como carta de Pablo es muy amplio. A partir de Clemente de Roma (95 dC.) se menciona con frecuencia. La citan Ignacio y Policarpo y aparece tanto en el canon de Marción de las cartas de Pablo (alrededor del año 140) como en el Fragmento de Muratori (que por regla general se fecha alrededor del año 180).

Además, Efesios pretende ser obra de Pablo, y tanto su lenguaje como su teología son paulinos. Su autenticidad como documento paulino no se cuestionó hasta el siglo XIX.

No obstante, en nuestros días, la autoría de esta carta es un asunto muy controvertido, y en los círculos académicos es cada vez menos respetable defender la autoría paulina.¹⁸ Pero a pesar de la frecuencia con que se niega la autoría paulina, los argumentos en contra de Efesios *no* están claros. La situación no es comparable a la de las cartas pastorales, donde existen importantes diferencias de lenguaje. El lenguaje y pensamiento de Efesios son en gran medida de Pablo. Aun quienes rechazan la paternidad literaria de Pablo aluden al autor de Efesios como a alguien que ponderaba las cartas de Pablo (especialmente Colosenses) de manera tan íntima que éstas llegaron a formar parte de sus propios pensamientos.¹⁹ Pero si Efesios es tan paulina, ¿por qué entonces se llegó a cuestionar su paternidad literaria?

Por regla general, los obstáculos a la paternidad literaria de Pablo se dividen en varias categorías:

- (1) *Argumentos lingüísticos y de estilo.* Por ejemplo, en Efesios se utiliza la expresión «en los lugares celestiales» (que las otras cartas de Pablo solo utilizan como adjetivo) y «el diablo» en lugar de «Satanás» (como sucede en las cartas reconocidamente paulinas). Efesios es mucho más litúrgica y expansiva, redactada con largas oraciones gramaticales y numerosas frases preposicionales y construcciones de genitivo («de»).
- (2) *Argumentos históricos.* La controversia judeogentil es permanente, y el «muro» derribado en 2:14 es más fácil de entender después de la destrucción del templo en el año 70 dC.
- (3) *Consideraciones literarias.* La relación de Efesios con Colosenses y otras cartas del Nuevo Testamento sugiere una dependencia de estos otros escritos por parte del autor. Por otra parte, los comentarios que encontramos en 2:20 y 3:1–13 sugieren un punto de vista demasiado elevado de los apóstoles y de Pablo para que éste sea el autor. ¿Habría utilizado Pablo la expresión «santos apóstoles» (3:5)?
- (4) *Diferencias teológicas con las cartas auténticas.* La palabra *iglesia* alude en Efesios a la Iglesia Universal, mientras que en los demás escritos de Pablo, por regla

general, denota una iglesia local. Supuestamente se rebaja la muerte de Cristo. Los términos *cuerpo* y *misterio* se utilizan, presuntamente, de un modo ligeramente distinto que en las otras cartas paulinas.

Tales cuestiones no son irrelevantes, pero tampoco son difíciles de contestar. Teniendo en cuenta el tema esencial de Efesios, y el hecho de que una buena parte del texto es doxología y oración, las variaciones lingüísticas y de estilo no están fuera de los límites razonables. Si la carta se hubiera redactado alrededor del año 60 dC., el problema de los judaizantes no estaría en primera línea. De hecho, el tono de Romanos es ya distinto del de Gálatas, y la preocupación por la unidad de gentiles y judíos en Efesios es parecida a la que Pablo expresa en Romanos. Las demás diferencias teológicas pueden explicarse si la carta pretendía ser una circular, y si una de sus principales preocupaciones era la unidad. La muerte de Cristo sigue siendo un tema de gran relevancia en Efesios, por mucho que se afirme lo contrario (ver 1:7; 2:13–16; 5:2).

Es cierto, Efesios es un documento distinto en algunos sentidos, sin embargo la mayor parte de las objeciones que se plantean son una cortina de humo. En el fondo, el rechazo de la autoría paulina se basa en dos cuestiones: su relación con Colosenses y la descripción que hace de Pablo y de los apóstoles y profetas en 2:20 y 3:1–13 (especialmente 3:4–5), que parece exaltar excesivamente el papel de Pablo y de los apóstoles. Las decisiones acerca de estos elementos determinan por regla general las conclusiones relativas a la paternidad literaria.

La relación con Colosenses. Cuando se trata de interpretar Efesios debería leerse repetidamente la epístola a los Colosenses, puesto que ambas están íntimamente relacionadas, igual que lo están, en cierto modo, Romanos y Gálatas, (aunque los paralelismos entre estos documentos no son tan extensos). Aproximadamente el 34 por ciento del texto de Colosenses encuentra paralelos por más o menos un 25 por ciento de Efesios. Tales paralelismos no son exactos y rara vez sobrepasan las cinco palabras seguidas.²⁰ La única excepción está en las instrucciones a Tíquico; en este pasaje las dos cartas tienen treinta y dos palabras en común y la coincidencia es casi literal.²¹

Estos son los hechos; todo lo demás es hipótesis. ¿Son estos paralelismos evidencia de que las dos cartas fueron concebidas por la misma mente (la de Pablo) y redactadas durante el mismo periodo (una dirigida a una iglesia específica con un problema determinado y la otra más general y dirigida a comunidades de una zona más amplia)? ¿O apuntan quizás estos paralelismos al trabajo de un discípulo de Pablo, que sería el autor de una de las cartas o de ambas? ²²

La descripción de Pablo y de los apóstoles (2:20 y 3:1–13). La descripción de los apóstoles y profetas como parte del fundamento de la Iglesia (2:20) es comprensible, a menos que consideremos estas metáforas de manera inflexible. Los apóstoles y profetas

tienen ciertamente un papel constituyente, como se evidencia también en Apocalipsis 21:14, donde se afirma que el muro de la ciudad celestial tiene doce fundamentos, sobre los que están los nombres de los doce apóstoles. El enfoque de Efesios 2:20 no se dirige sobre los apóstoles y profetas de un modo personal, sino en su aportación como maestros que pusieron el fundamento de la fe. El propósito de este versículo no es distinto del de Colosenses 2:7 («arraigados y edificados en él, confirmados en la fe como se les enseñó»), aunque en este pasaje no se hace referencia a las personas que imparten la enseñanza.²³

El material de 3:1–13 ofrece al mismo tiempo el argumento más fuerte en contra de la autoría paulina (3:5) y algunos de los más sólidos a su favor. Las presuntas afirmaciones inmodestas con respecto al papel apostólico de Pablo, por ejemplo, han llevado a quienes rechazan la autoría paulina a concluir que estos versículos representan un intento por parte de un escritor seudónimo de reivindicar para sí la autoridad y teología de Pablo. Al mismo tiempo, consideran que el modo en que el autor se presenta en 3:8 («soy el más insignificante de todos los santos») es «teatral ... exageración artificial ... forzada y desnaturalizada.»²⁴ Por otra parte, quienes aceptan la paternidad literaria de Pablo rechazan tales juicios, ven la descripción de 3:8 como «rasgo distintivo por excelencia de autenticidad apostólica,» y sostienen que a ningún discípulo de Pablo se le ocurriría situarle en un lugar tan bajo.²⁵ Al menos hemos de reconocer que el tono y la actitud del versículo 8 está en sintonía con las palabras de 1 Corintios 15:8–10 y 2 Corintios 10–12.

Sin duda, existe una cierta tensión entre la exaltación que hace Pablo de su oficio apostólico (3:3–7) y su humildad (3:8), sin embargo, este es un fenómeno común en las cartas reconocidamente suyas. Pablo tenía una elevada idea de su oficio apostólico, insistió acerca de la legitimidad de dicho oficio, y no lo hubiera considerado secundario en relación con ningún otro. ¡En 2 Corintios 3:1–4:6 el apóstol llega incluso a presentar la revelación de su Evangelio como superior a la que le fue dada a Moisés, y comparable a la creación de la luz!²⁶ Su rango como apóstol dependía de la revelación que le había dado el Señor resucitado, y tanto el libro de los Hechos como sus cartas insisten en que, junto con la revelación recibió también un llamamiento a llevar el Evangelio a los gentiles (ver Hch 9:15; 22:21; 26:17; Rom 1:1–5; Gál 1:15–17). Al mismo tiempo Pablo sabía que era indigno de este ministerio, puesto que había perseguido a la Iglesia (1 Cor 15:8–10).

La expresión más problemática es «*santos* apóstoles y profetas» (3:5), que no halla ningún paralelo en las cartas de Pablo. ¿Es esto indicación de un periodo posterior en el que se reverenciaba a personas como Pablo? A primera vista esto parece convincente, y explicaría además 2:20, sin embargo un análisis más minucioso reduce la fuerza de este argumento. Lo que perturba a algunos es el uso de la palabra *santos*, sin embargo esto se debe a que se ve en este término un aura que sugiere exaltación,

reverencia y veneración. Recordemos que el modo más común con que Pablo alude a los cristianos es precisamente sirviéndose del sustantivo *santos*. Esta palabra no significa nada más que «aquellos a quienes Dios ha apartado.»²⁷ Si esta es la connotación del término en 3:5, entonces no hay ninguna veneración por un periodo anterior. En otras palabras, la utilización de la palabra *santo*, no es base suficiente para rechazar la autoría paulina.²⁸ Por mi parte, sugiero que lo que se quiere dar a entender en 3:5 no es sino lo que encontramos en Romanos 1:1–5, donde Pablo se describe a sí mismo como «llamado a ser *apóstol* y *apartado* para el Evangelio de Dios» y como alguien que ha recibido «la gracia y el apostolado» para persuadir a todas las naciones que obedezcan a la fe. Esta descripción de los apóstoles y profetas que encontramos en Efesios 3 encaja con el propósito de alentar a los lectores y debería compararse con la descripción que Pablo hace de sí mismo como embajador de Cristo en 6:20.

Además, ¿qué habría ganado un supuesto escritor seudónimo utilizando este tipo de lenguaje (incluido 3:1–13)? ¿Por qué habría de referirse a Pablo como prisionero y no utilizar la cuestión de su encarcelamiento? Es fácil de entender que Pablo experimentara profundos sentimientos acerca de su misión a los gentiles y que se esforzara en subrayarla, pero ¿por qué habría de hacerlo un autor seudónimo? Tampoco se puede argumentar que el uso de seudónimos sea un recurso literario simple e inocente que no pretende engañar a nadie, y afirmar al mismo tiempo que declaraciones como las que encontramos en 3:1, 13 y 6:19–20 son «intentos de verosimilitud.»²⁹

De hecho, 3:13 y 6:19–20 pueden ser claves en esta discusión. Si son palabras de Pablo, estos versículos muestran la misma preocupación que el apóstol expresa en Filipenses en el sentido de que sus receptores no han de desanimarse por su encarcelamiento. Si, por el contrario, están escritos por un autor seudónimo, estos versículos tienen muy poco sentido. ¿Por qué instar a los lectores del documento a no desanimarse por la reclusión de alguien que está muerto desde hace mucho tiempo, o pedirles que oren por él?

En el último análisis la decisión acerca de la paternidad literaria se tomará según la interpretación que hagamos de la razón por la que se incluye 3:1–13. En mi opinión estos versículos expresan ideas que Pablo sostenía apasionadamente y que encuentran claros paralelismos en las cartas cuya autoría paulina no se cuestiona. La razón por la que un escritor seudónimo de un periodo posterior hubiera podido incluir este pasaje es poco evidente.³⁰ Me cuesta mucho imaginarme a un autor de estas características, que invirtiera tanto y sacara tan poco de lo que quería que sus lectores hicieran con el material.

Otros factores. Otros tres factores son también dignos de consideración. (1) Aunque las autorías pseudoepigráficas en general han demostrado ser un recurso literario

utilizado en el mundo antiguo, se ha concedido muy poca atención al tema de las cartas pseudoepigráficas. Pablo advierte acerca de esta posibilidad en 2 Tesalonicenses 2:2, y, a juzgar por cómo lo hace, queda claro que no ve con buenos ojos esta práctica.³¹ Por otra parte, las pruebas de que disponemos ponen de relieve que la Iglesia Primitiva rechazaba los escritos pseudoepigráficos conocidos.³² Hasta que no puedan explicarse mejor tanto las motivaciones de un supuesto documento pseudoepigráfico, como quiénes eran sus verdaderos receptores, y cómo se relaciona con ellos la carta, cualquier hipótesis acerca del uso de un seudónimo por parte del autor debe considerarse inadecuadamente fundamentada.³³

(2) La hipótesis de un imitador de Pablo crea problemas. En este caso, el autor sería una persona que habría leído las cartas de Pablo, especialmente Colosenses, de tal modo que él (o ella) se habría convertido en un *espejo* de Pablo, no solo en alguien que recordara un poco a Pablo. ¿Funciona acaso la mente humana de este modo, especialmente cuando se trata de una carta tan corta como Colosenses? ¿Se esforzaría un imitador del primer siglo en intentar copiar el estilo de su fuente? No existen evidencias de que esto fuera lo que sucedió.³⁴ ¿Quién es este teólogo maravilloso y misterioso que tanto refleja a Pablo, sobrepasándolo incluso, pero que, sin embargo, no ha dejado ningún otro rastro conocido? ¿Que razón tendría esta persona para copiar literalmente las instrucciones dirigidas a Tíquico, la parte menos importante de la carta? Como indicó G. B. Caird, hay ciertas dificultades en atribuir a Pablo la autoría de Efesios, sin embargo éstas son insignificantes en comparación con las que supone adjudicársela a un imitador.³⁵

(3) Más importante, Efesios contiene extensos paralelismos de lenguaje y estilo con los Rollos de Qumrán. A pesar de que estos abundantes paralelismos fueron detallados hace unos treinta y cinco años,³⁶ pocos han hecho justicia a sus implicaciones. Ningún otro documento del Nuevo Testamento es tan cercano al material de Qumrán como Efesios, en especial en las secciones litúrgicas. Estos paralelismos no solamente muestran que el autor era judío, sino que prácticamente demandan una fecha muy temprana para la redacción de la carta.³⁷ Cuanto más tarde se sitúa la redacción de Efesios y más se desposee a la carta de un contexto judío, más difícil es explicar estos paralelismos.³⁸ La comunidad de Qumrán fue destruida en el año 66 dC., y el judaísmo cambió sustancialmente después del 70 dC. Si la carta se fecha entre los años 80 y 95 dC., ¿qué hacía, entonces, que un autor judío de Asia Menor reflejara tantas similitudes con el judaísmo de Qumrán?

Opciones en relación con la paternidad literaria. Para resolver el asunto de la paternidad literaria existen varias alternativas. Entre ellas están las siguientes:

(1) La carta fue redactada por Pablo. Que el apóstol se sirviera o no de un amanuense es de poca relevancia. La fecha de redacción depende de cuál sea el

encarcelamiento de Pablo al que se alude:

- (a) Si fuera el de Éfeso, la carta habría sido escrita hacia el año 55 dC.
- (b) Si se tratara del de Cesarea, estaríamos entonces hablando del 58 dC.
- (c) Si fuera el encarcelamiento de Roma, la carta dataría del año 60 dC.

Aunque pueden presentarse argumentos a favor de cualquiera de estos encarcelamientos, el romano es el más probable.

- (2) La carta fue redactada por Pablo, pero contiene añadiduras de otra mano. Esta opción es poco verosímil, sin embargo la evaluación de hipótesis de este tipo depende de la forma específica que tome la sugerencia. Según este acercamiento, la parte más importante de la carta habría sido redactada en una de las fechas anteriores.
- (3) La carta fue escrita por un discípulo cercano de Pablo bajo su dirección o en consonancia con su propósito, o bien mientras Pablo estaba en la cárcel o poco después de su muerte.³⁹ La fecha se situaría de nuevo entre los años 60–64 dC., o —en ciertas variaciones de la teoría— a comienzos de la década de los 70–80 dC.
- (4) La carta la redactó un discípulo e imitador de Pablo relativamente distanciado de su muerte. Con frecuencia no se propone una identidad concreta para esta persona, sin embargo algunos sugieren que este discípulo era Onésimo o Tíquico. En este acercamiento la fecha de redacción se sitúa entre los años 80 y 95 dC.

Hace casi cuarenta años, H. J. Cadbury planteó de manera convincente, «¿Qué es más probable, que un imitador de Pablo redactara en el Siglo I un escrito que está entre un noventa y un noventa y cinco por ciento de acuerdo con el estilo de Pablo, o que el propio apóstol escribiera una carta que difiere entre un cinco y un diez por ciento de su estilo habitual?»⁴⁰ Para mí, la respuesta es, evidentemente, la última.

¿Qué cambiaría este hecho?

El que Efesios sea obra de Pablo o de uno de sus discípulos es un asunto de importancia fundamental por dos razones. (1) Si Pablo no es el autor, no puede utilizarse para reconstruir el pensamiento del apóstol ni el de la iglesia más antigua. Aunque solo sea de manera inconsciente, todos los lectores de la Biblia tienen en su mente un marco de referencia mediante el que entienden la Escritura. Las suposiciones acerca de la ocasión y tiempo en que se redactó un documento concreto determinan el modo en que éste se entiende. No leemos 1 Tesalonicenses del mismo modo que Filipenses, dadas las diferentes ideas vinculadas a Pablo como misionero en el año 50 dC., y como prisionero en el 60 dC. ¿Hemos de incluir la carta a los Efesios en este intento de entender a Pablo? Numerosos trabajos sobre la teología de Pablo ignoran totalmente Efesios. Si Pablo es el autor de Efesios, el cuadro que presentan estas obras es, entonces, sesgado.

(2) Si Efesios no es obra de Pablo, se considerará probablemente menos importante que las cartas que sí lo son y se utilizará con menos confianza. Quienes fechan Efesios en esta última parte del Siglo I, a menudo ven este documento como un movimiento hacia el «catolicismo antiguo» (por regla general con connotaciones negativas). Según este acercamiento, Efesios se centra menos en el Espíritu, da menos importancia a la parousía, la salvación por la fe, y la cristología, y concede más atención a la eclesiología y el orden. Es cierto que Efesios muestra cierto desarrollo, pero no hacia el catolicismo antiguo.

Quienes rechazan la autoría paulina argumentan a menudo que tal rechazo no menoscaba el valor de Efesios. La realidad, no obstante, es que la mayor parte de tales eruditos consideran que este documento es menos autoritativo. Así, aunque las decisiones acerca de la paternidad literaria y el propósito de Efesios no convierten necesariamente esta carta en un documento menos autoritativo, en la práctica se le da menos atención y menos voz. Sin embargo, Efesios es «auténtica» y merece, por tanto, la máxima atención y aplicación.

Bosquejo

Aunque es relativamente fácil dividir Efesios en secciones extensas, existe un cierto desacuerdo sobre el esquema a seguir con los tres primeros capítulos. La doxología y oración de Pablo podrían extenderse desde 1:3 hasta 1:23, hasta 2:10, 2:22, o incluso hasta 3:21. Aunque la segunda mitad de la carta se centra en cuestiones éticas, Efesios no debe dividirse por la mitad en una sección teológica y otra ética. La segunda mitad es también teológica y la primera, ética.

I. Salutación: Identificación del autor, receptores y un saludo (1:1–2)

II. Cuerpo de la carta (1:3–6:20)

A. Una meditación acerca del divino don de la salvación (1:3–3:21)

1. Doxología (1:3–14)

2. Oración de acción de gracias e intercesión (1:15–23)

3. La salvación considerada exhaustivamente en términos de dilema, suceso y resultado (2:1–10)

Contraste entre antes y ahora en 2:2 y 4–10

4. La salvación considerada desde la perspectiva de los receptores: un recordatorio a los gentiles de su dilema, salvación y resultado (2:11–22)

Contraste entre antes y ahora en 2:11–13

Contraste entre antes y ahora en 2:19–22

5. La salvación considerada de un modo personal: el papel de Pablo como administrador de la gracia de Dios a los gentiles (3:1–13)

6. Oración pidiendo fortaleza y comprensión del amor de Dios (3:14–19)

7. Doxología (3:20–21)

B. Instrucciones para vivir una vida digna del llamamiento de Dios (4:1–6:20)

1. La tarea de la unidad de la Iglesia (4:1–16)

2. Descripciones de la vida antigua y la nueva en Cristo (4:17–24)

Contraste entre antes y ahora

3. Consecuencias prácticas de la nueva vida (4:25–6:9)

a. Instrucciones para la vida en comunidad: Vivir en amor (4:25–5:2)

b. Instrucciones para la distinción de los antiguos y oscuros caminos: Vivir en la luz (5:3–14)

Contraste entre antes y ahora en 5:8

- c. Instrucción general para vivir sabiamente en el Espíritu (5:15–21)
- d. Aplicaciones específicas de la vida en el Espíritu para el hogar (5:22–6:9)
 - i. Instrucciones para esposas y maridos (5:22–33)
 - ii. Instrucciones para hijos y padres (6:1–4)
 - iii. Instrucciones para esclavos y amos (6:5–9)

4. Un emocionado llamamiento a ser fuertes y vivir para Dios (6:10–20)

III. Conclusión de la carta (6:21–24)

A. Instrucciones con respecto a Tíquico, el portador de la carta (6:21–22)

B. Bendición (6:23–24)

-
2. John Mackay, *God's Order: The Ephesian Letter and this Present Time* [El orden de Dios: la carta efesia y el tiempo presente] (Nueva York: Macmillan, 1953), 19.
 3. *God's New Society* [La nueva sociedad de Dios] es el título del Comentario a los Efesios de John R.W. Stott (Downer's Grove, IL.: Inter Varsity, 1979), que ahora se ha publicado con el título: *The Message of Ephesians: God's New Society* y en castellano como, *La nueva humanidad*, Certeza, Downers Grove, IL.). Obsérvese la similitud con el título de John Mackay *God's Order* [El Orden de Dios].
 4. Entre las cartas, únicamente 1 Juan centra más su atención en ambas cosas, y solo 1 Corintios lo hace más en el amor.
 5. Ver el tratamiento que hace de esta cuestión Neil Alexander, «The Epistle for Today,» [La epístola para hoy], *Biblical Studies: Essays in Honour of William Barclay*, eds. Johnston R. McKay y James F. Miller (Londres: Collins, 1976), 99–118.
 6. Especialmente el texto griego, cuya traducción literal sería: «Pablo, un apóstol de Cristo Jesús por medio de la voluntad de Dios, a los santos que están y fieles en Cristo Jesús.»
 7. Las más atractivas de estas enmiendas son: (a) «Asia»; (b) «Hierápolis y Laodicea»; (c) «los santos y fieles que están en Cristo Jesús.» Hierápolis y Laodicea eran dos ciudades cercanas a Colosas que, junto con esta última, formaban un complejo de tres ciudades. Marción consideraba Efesios como la Carta a los Laodicenses (cf. Col. 4:16).
 8. Ver Hechos 18:19–21; 19:1–41; 20:17–38.
 9. Es también posible que Éfeso fuera una de las varias ciudades a las que la carta fue a parar.
 10. Adolf Jülicher, *An Introduction to the New Testament*, [Una Introducción al Nuevo Testamento], trad. Janet Penrose Ward (Londres: Smith, Elder, 1904), 146–47.
 11. Edgar J. Goodspeed, *The Key to Ephesians* [La clave de Efesios], (Chicago: Univ. of Chicago Press, 1956).
 12. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], lxxix.
 13. *Ibíd.*, lxxxii.
 14. R. Schnackenburg, *Ephesians: A Commentary*, [Efesios: un comentario], 23, 34–35 (cursivas mías). Ver también la obra de Werner Georg Kümmel, *Introduction to the New Testament*, [Introducción al Nuevo Testamento], trad.

- Howard Clark Kee (Nashville: Abingdon, 1975), 364, quien sugiere que Efesios iba dirigida a la resolución de una «crisis espiritual de carácter general.» Sin embargo, ¿puede una crisis ser general?
15. Cf. Colosenses 2:2 y Efesios 6:22.
16. J. Paul Sampley, «Ephesians,» [Efesios], *The Deutero-Pauline Letters* (Minneapolis: Fortress, 1993), 23.
17. Nils A. Dahl sugiere de manera similar que Efesios es una carta que sirve de recordatorio y felicitación; ver su obra «Interpreting Ephesians: Then and Now,» [Interpretar Efesios: entonces y hoy], *Currents in Theology and Mission*, 5 (1978): 133–43.
18. Hay dos estudios sobre la paternidad literaria que por su exhaustividad deben ser consultados: C. Leslie Mitton, *The Epistle to the Ephesians*, [La epístola a los Efesios], presenta los argumentos en contra de la autoría paulina, mientras que A. Van Roon, *The Authenticity of Ephesians*, [La autenticidad de Efesios], la defiende.
19. Mitton, *The Epistle to the Ephesians*, [la epístola a los Efesios], 261. Ver el trabajo de Ernst Käsemann, «Ephesians and Acts,» [Efesios y el Libro de los Hechos], *Studies in Luke-Acts*, eds. L.E. Keck y J.L. Martyn (Londres: SPCK, 1968), 288, quien afirma que la maestría del autor inos lleva muy cerca de Pablo!
20. Ver también Ef. 1:1–2 y Col. 1:1–2, que no es demasiado importante; Ef. 1:7 y Col. 1:14; Ef. 2:5 y Col. 2:13; Ef. 3:2 y Col. 1:25; Ef. 3:9 y Col. 1:26; Ef. 4:16 y Col. 2:19; Ef. 4:32 y Col. 3:13; Ef. 5:5–6 y Col. 3:5–6; Ef. 5:19–20 y Col. 3:16–17; Ef. 6:1–4 y Col. 3:20–21; Ef. 6:5–9 y Col. 3:22–4:1. En el *Zondervan NIV Bible Commentary* [Comentario bíblico Zondervan de la NIV], (Grand Rapids: Zondervan, 1994), 2:758–759, y en Abbott, *A Critical and Exegetical Commentary on Ephesians and Colossians*, [Un comentario exegético y crítico de Efesios y Colosenses], xxiii, hay comparaciones más detalladas al respecto.
21. Ver Ef. 6:21–22 y Col. 4:7–8.
22. La mayoría de los eruditos asumen que Colosenses fue escrita primero y sirvió de modelo para Efesios. Quienes argumentan que Efesios no fue escrita por Pablo no sostendrían que el autor copió de Colosenses; lo que dirían es que el autor se enamoró tanto de Colosenses que hizo suya la fraseología de esta epístola. Otros eruditos ponen en tela de juicio esta reconstrucción arguyendo que Efesios se redactó primero y sirvió de modelo para Colosenses, mientras que algunos cuestionan incluso que exista cualquier relación literaria.
23. Para un tratamiento más amplio de 2:20, ver pp. 167-169..
24. Mitton, *The Epistle to the Ephesians*, [la Epístola a los Efesios], 15, 136, 152.
25. Bruce, *The Epistle to the Ephesians*, [la Epístola a los Efesios], 63.
26. Ver también Romanos 1:1–17; 10:5–8; 15:15–21; 1 Corintios 3:10-11; 9:1–27; 15:1–11; 2 Corintios 10-13; Gálatas 1:15–24.
27. Pablo habla sin duda de las Santas Escrituras (Rom 1:2) y de la ley como santa (7:12), pero alude también a un ósculo santo (16:16, et al.) y en muchos manuscritos de 1 Tesalonicenses 5:27 a los santos hermanos. Si esta última fuera la lectura correcta, sería un argumento muy elocuente.
28. Véase Barth, *Ephesians*, [Efesios], 1:335.
29. Igual que hace en 3:1, Pablo se refiere a sí mismo consignando su nombre dentro del cuerpo de otras cartas (ver 2Co. 10:1; Gal. 5:2; 1 Ts. 2:18). Nótese el comentario que hace Lincoln de 6:19-20, *Ephesians*, [Efesios], 455. Este autor afirma que la petición de oración que hace Pablo, aunque está muerto, es tanto un recurso literario como una petición de oración por parte del verdadero autor por su proclamación del Evangelio. Lewis R. Donelson, *Pseudepigraphy and Ethical Argument in the Pastoral Epistles* [Documentos seudoepigráficos y argumentos éticos en

- las Epístolas Pastorales], (Tubinga: J.C.B. Mohr, 1986), 10–11, cuestiona la frecuente afirmación en el sentido de que el uso de seudónimos era un inocente recurso literario que no pretendía engañar a nadie.
30. Obsérvese que Schnackenburg, *Ephesians: A Commentary*, [Efesios: un comentario], 135–36, se esfuerza en responder a esta cuestión, pero no consigue hacerlo de manera demasiado convincente. Esto mismo podría decirse de Lincoln, *Ephesians*, [Efesios], 171–72, 193–95.
31. Muchos, por supuesto, niegan también la autenticidad de 2 Tesalonicenses.
32. Ver Donelson, *Pseudepigraphy*, [Documentos seudoepigráficos], 11. Este autor asume que varias cartas del Nuevo Testamento son seudónimas, pero, al mismo tiempo, no consigue encontrar ni un solo ejemplo de alguien que aceptara un documento conocido como una falsificación. Aquellos que deseen considerar un estudio reciente sobre el tema de las autorías seudoepigráficas, puede ver el trabajo de Thomas D. Lea, «Pseudonymity and the New Testament,» [Documentos seudónimos y el Nuevo Testamento], *New Testament Criticism and Interpretation*, eds. David Alan Black and David S. Dockery (Grand Rapids: Zondervan, 1991), 535–59.
33. Esto se aplica de manera especial a una carta que subraya la cuestión de la verdad tanto como lo hace Efesios. Ver también la obra de Richard Bauckham, «Pseudo-Apostolic Letters,» [Cartas pseudoapostólicas], *JBL* 107 (1988): 469–94, quien señala que los destinatarios de los documentos seudoepigráficos no pueden ser los verdaderos lectores; han de ser personas de un periodo posterior en una situación semejante. Un documento seudoepigráfico no puede llevar a cabo la misma función que una carta verdadera (p. 475). Bauckham señala también lo raras que eran las cartas apostólicas apócrifas.
34. Ver los comentarios de H. J. Cadbury, «The Dilemma of Ephesians,» [El dilema de Efesios], *NTS* 5 (1958–1959): 95–96.
35. Caird, *Paul's Letters From Prison*, [Las cartas que Pablo escribió desde la cárcel], 29.
36. Ver el trabajo de Karl Georg Kuhn, «The Epistle to the Ephesians in the Light of the Qumran Texts,» [La epístola a los Efesios en vista de los textos de Qumrán], *Paul and Qumran: Studies in New Testament Exegesis*, ed. Jerome Murphy-O'Connor (Chicago: Priory Press, 1968), 115–31 (publicado primero en *NTS*, 7 [1960–61]: 334–46), y Franz Mussner, «Contributions Made by Qumran to the Understanding of the Epistle to the Ephesians,» [La contribución de Qumrán a la comprensión de Efesios], en el mismo volumen, 159–78.
37. Véase Barth, *Ephesians*, [Efesios], 1:21.
38. Esto niega también los anteriores intentos de encontrar una influencia gnóstica en el trasfondo de Efesios.
39. Véase Ralph P. Martin, «Ephesians,» [Efesios], *The Broadman Bible Commentary* (Nashville: Broadman, 1971), 11:129, quien opina que Lucas es este discípulo. Luke Timothy Johnson, *The Writings of the New Testament: An Interpretation* [Los escritos del Nuevo Testamento: una interpretación], (Filadelfia: Fortress, 1986), 369–372, sugiere la presencia de una escuela paulina activa con Pablo durante su ministerio.
40. Cadbury, «The Dilemma of Ephesians,» [El dilema de Efesios], 101.

Efesios 1:1–2

Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso: 2 Que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo les concedan Gracia y paz.

Sentido Original

En el mundo antiguo, las cartas seguían unas pautas establecidas por lo que a su formato se refiere. Comenzaban identificando al autor y a los lectores o destinatarios. Por regla general, esto iba seguido de un saludo y una oración, o la expresión de un deseo de salud (también en las cartas seculares), a continuación se consignaba el cuerpo de la carta, y por último la conclusión, que contenía cualquier detalle o detalles pertinentes al envío de la carta, y otro saludo. Un ejemplo de este formato aparece en Hechos 15:23–29 (sin la oración).

Los escritores cristianos adaptaron esta hechura establecida a sus propósitos, «cristianizándola» por medio de ciertos cambios o extensiones de los elementos tradicionales. Al autor y receptores no solo se les identifica, sino que se les describe también por su relación con Cristo. Igualmente, el saludo se hizo específicamente cristiano. En lugar de decir simplemente «Pablo a los efesios, saludos», Pablo se presenta como «apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios» y a sus lectores como «santos y fieles en Cristo Jesús.» Y en lugar de utilizar la palabra normal para «saludo» [*jairein*], y por medio de un juego de palabras, Pablo cambió su saludo para que dijera «Que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo les concedan gracia [*jaris*] y paz.»

Apóstol de Cristo. El auto identificación de Pablo como apóstol nombrado por Dios es su forma habitual de iniciar sus cartas. (Cf. los paralelismos exactos que encontramos en 2 Cor 1:1; Col 1:1; 2 Tim 1:1.) Con frecuencia, Pablo tenía que defender la legitimidad de su apostolado, sin embargo aquí el tono es simplemente descriptivo. En la Iglesia Primitiva, el término *apóstol* tenía varias connotaciones, todas las cuales se aplicaban con propiedad a Pablo. Esta palabra aludía a alguien que había visto al Cristo resucitado (1 Cor 9:1), a aquellos que habían sido enviados por la iglesia con una comisión misionera o, de un modo más amplio, a cualquiera que funcionara como agente o representante. Con esta manera de presentarse, Pablo subraya la autoridad con que escribía. Si era un apóstol por la voluntad de Dios, lo que escribía debía considerarse como una comunicación de parte de Dios.

En la carta a los Efesios, la voluntad de Dios es un tema importante, que aparece con más frecuencia que en cualquier otra carta. Esta expresión no alude aquí a la necesidad de los cristianos de encontrar la voluntad de Dios; el acento está más bien en el *propósito* de Dios en sus acciones para la Humanidad. Lo que aquí se subraya es que Pablo era apóstol porque Dios así lo quería.

En las cartas de Pablo, el término «Cristo» (que significa «Ungido») a menudo no es ya un título como sucede en el contexto judío. Especialmente entre los cristianos gentiles se convirtió en un nombre, vinculado a «Jesús». Sin embargo, de las cuarenta y seis ocasiones en que aparece la palabra «Cristo» en Efesios, veintitrés de ellas van precedidas del artículo griego, y en algunas ocasiones pueden apuntar al papel de

Jesús como Mesías judío en la salvación de los gentiles (ver 1:10; 2:13; 4:20).

Los santos. La identificación de los receptores como «santos» es el modo con que Pablo alude habitualmente a los cristianos. En ocasiones, la palabra «santo» connota a personas extraordinariamente piadosas. El propósito principal del apóstol no era expresar que tales personas vivieran vidas especialmente santas (recordemos que alude del mismo modo a los cristianos corintios [1 Cor 1:2] y, sin embargo, no tenía un concepto muy elevado de la santidad de sus vidas). Lo que deseaba subrayar principalmente era más bien que, igual que Dios le había nombrado apóstol, también ellos habían sido separados para Él (la separación es la idea clave de la palabra «santo»). Los destinatarios de Pablo eran santos porque Dios les había puesto aparte para que fueran su pueblo. Con el uso de este término, Pablo subraya especialmente la acción de Dios y alude a su obra salvífica.¹

Los receptores² de esta carta se presentan también como «fieles en Cristo Jesús» (cf. Col. 1:2). El término «fieles» puede referirse a alguien que ha demostrado ser *leal* o aludir simplemente a un creyente en Cristo, alguien que *tiene fe*. Este último parece aquí la mejor elección (cf. Juan 20:27; Hechos 10:45; 16:1, 15; 2 Cor 6:15).

Con la expresión «en Cristo Jesús» encontramos uno de los puntos más significativos y difíciles de los escritos de Pablo. Pablo no está diciendo simplemente que tales personas creyeran en Cristo, sino que estaban *en Cristo en un sentido posicional*. Este concepto de estar en Cristo es uno de los más importantes (por no decir *el* que más) de la teología de Pablo, puesto que se trata del centro desde el que el apóstol entendía y explicaba la salvación. En las trece cartas paulinas se utilizan las expresiones «en Cristo», «en el Señor», «en él», o frases parecidas unas 164 veces para expresar una serie de ideas. El término «Cristo» se utiliza por regla general en los contextos que tratan de la salvación y sus beneficios, mientras que «Señor» se usa normalmente para hablar de conducta y vida cristiana. En ocasiones, estas expresiones sirven para transmitir lo que los creyentes obtienen en Cristo (como cuando en 1:7 se afirma «en él tenemos redención»), en otras ocasiones describen lo que alguien hace (4:17: «Así que les digo esto y les insisto en el Señor»), y otras veces sirven para subrayar directamente el hecho de que el cristiano es alguien que está *en Cristo*. Este lenguaje expresa la unidad e identidad que el creyente comparte con Cristo. El Evangelio de Pablo es la Buena Nueva de nuestra unión con Cristo, y este es el significado de esta expresión en 1:1. En Efesios se acentúa más que en ninguna otra carta el aspecto de la unión con Cristo y estar *en Cristo* (36 veces).³

El saludo. La redacción de este versículo es idéntica a la que aparece en otras siete cartas paulinas. Los términos «Gracia y paz» representan importantes temas de la carta a los Efesios: Ambas son palabras clave que describen la salvación inicial de Dios, y ambas describen su constante obra entre su pueblo. Como veremos en 1:3–14, la palabra «gracia» es una de las más importantes de la teología de Pablo. Aunque otros

autores utilizan también este mismo saludo (1 Pedro 1:2; 2 Pedro 1:2; Apocalipsis 1:4), ningún otro autor neotestamentario subraya tanto la Gracia como Pablo. No es casual que el apóstol comience y termine todas sus cartas con menciones de «Gracia,» como acentuando que toda la vida se vive dentro de sus parámetros. Aunque no se utiliza con tanta frecuencia, el concepto de «paz» tiene también un papel fundamental en la teología de Pablo. Solo Dios imparte Gracia y paz, y Pablo quiere que sus lectores experimenten estas realidades.

«Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo» son, conjuntamente, la fuente de la Gracia y la paz. Desde el mismo comienzo el pensamiento de Pablo es teocéntrico, apuntando a la actividad de Dios en Jesucristo. El apóstol no duda en vincular a Jesucristo con Dios, sin embargo mantiene también una saludable demarcación entre ellos. Por regla general, utiliza los términos *Dios el Padre* cuando habla de Dios, y *Señor* o *Cristo* al hacer referencia a Jesús. En el Antiguo Testamento se utilizaba «Señor» para aludir al Dios de Israel, y la apropiación de este título por parte de Jesús es muy sorprendente.

Construyendo Puentes

Se hace de inmediato evidente que el pensamiento de Pablo es, en cierto modo, ajeno a nuestra cultura. Ya en esta sección hemos de hacer frente a cierta terminología, un formato cristianizado de carta, y una serie de suposiciones teológicas que requieren puentes.

Vocabulario. Expresiones como «apóstol», «santos», «en Cristo» y «Gracia» no son un lenguaje muy común en nuestro mundo, y las realidades que señalan nos ocuparán durante una buena parte de este comentario. Aunque nosotros hemos de esforzarnos por entender el propósito de Pablo con el uso de esta terminología, para él eran palabras y expresiones muy naturales, y confiaba que sus lectores las entendían perfectamente. Sin embargo, a la mayoría de feligreses de nuestros días les sería difícil explicar estos conceptos con una profundidad mínima. Salvar la distancia contextual requiere transmitir la teología de estas palabras, una tarea que comenzaremos cuando tratemos 1:3–14.

Formato de la carta. Es impresionante el modo en que Pablo adaptó la forma de las cartas de su cultura para hacerla específicamente cristiana, sin embargo el formato paulino nos crea también un problema. Cuando los creyentes de hoy intentan cristianizar las cartas u otros aspectos de nuestra cultura, el resultado es muchas veces arcaico y artificial. Es posible copiar el lenguaje teológico de Pablo sin comprender su profundidad o encontrar las palabras adecuadas para transmitirlo. Puede que el problema sea que estemos imitando algo que no hemos experimentado. Pablo no está meramente utilizando bonitas palabras teológicas, sino expresando su encuentro con el Dios que le confrontó en el camino de Damasco, y su vida con él.

Para salvar la distancia temporal y las diferencias culturales que nos separan de los textos bíblicos, hemos de hacer algo más que copiar palabras teológicas. Hemos de experimentar la realidad a la que aluden las palabras y encontrar maneras contemporáneas de describirlas. No solo hemos de preguntarnos lo que el texto *enseña* acerca de Dios, la Humanidad, la vida con Dios, y otros temas; sino también *hacer nuestro* lo que enseña y crear un lenguaje que exprese la realidad en cuestión y le dé un lugar en nuestras almas.

Suposiciones teológicas. Especialmente en una breve sección como ésta, a menudo los textos dan por sentido más de lo que expresan. Si conseguimos entender las suposiciones por las que Pablo vivía y pensaba, tenemos un importante material para reflexionar acerca de nuestra propia vida con Dios. Esta introducción está dominada por dos suposiciones: la actividad de Dios y el sentido que Pablo tiene de «geografía.»

(1) Como veremos en detalle cuando lleguemos a 1:3–14, Pablo consideraba que Dios obra de manera intencionada, deliberada y comprometida para llevar a la

Humanidad a una relación con él y equipar a las personas para la vida. Pablo entendía su vida como parte del plan salvífico de Dios. Su ministerio no era un mero trabajo ni respondía a una decisión personal, sino que era parte de la obra de Dios de traer salvación a la Humanidad. En el resto de la carta el apóstol irá detallando esta actividad y el modo en que el ser humano ha de responder a ella.

(2) Hablar del sentido «geográfico» de Pablo es un intento de describir el «lugar» en que él creía que se desarrolla la vida de los cristianos. Para Pablo, igual que aquellos cristianos residían físicamente en la región de Éfeso, vivían también en Cristo. El territorio, clima, valores, e historia en que crecen y viven las personas ayuda a definir quiénes son. Igual que la región cercana a Éfeso definía su identidad, Cristo define la de quienes creen realmente en Él. Él es la «esfera de influencia» o «campo de fuerza» en el que viven y del que reciben sus beneficios y transformación. Es decir, su Espíritu, valores, carácter, historia, y propósitos configuran sus vidas. Las personas pueden vivir en otras esferas (cf. 2:1–3), pero los cristianos viven en Cristo. El uso de esta clase de lenguaje nunca ha de despersonalizar a Jesucristo, pero no entenderemos a Pablo a menos que aprendamos a concebir la vida como vivida *en* Cristo. Como veremos en 1:3–14, las implicaciones de esto son enormes.

Significado Contemporáneo

La relación de Pablo con Cristo cambió incluso la forma de sus cartas. ¿Cómo podemos expresar la realidad de Cristo en nuestras vidas? No simplemente utilizando el lenguaje externo, para parecer piadosos, sino mediante una transformación real fruto de nuestra relación con Cristo.

Evangelio y cultura. Pablo utilizó el formato epistolar de su cultura para escribir cartas específicamente cristianas, sin embargo su método plantea una pregunta crucial: ¿Cómo se relacionan Cultura y Evangelio? Para los cristianos, el Evangelio define su vida, sin embargo esta vida siempre se vive dentro de una cultura, una cultura que también pretende definirnos. Por tanto, los cristianos han de entender la cultura en que viven, y distinguir aquellas cosas que pueden adaptarse y disfrutarse legítimamente de aquellas que deben rechazarse.

Con demasiada frecuencia confundimos nuestra expresión cultural del cristianismo con el propio Evangelio. La Iglesia Primitiva hubo de hacer frente a este problema en Hechos 6 en relación con la distribución de los alimentos a las viudas, y «el Concilio de Jerusalén» (Hechos 15) pretendía responder a la observancia de las prácticas legales judías. De manera similar, hemos de separar lo esencial del Evangelio de sus expresiones culturales. En las comunidades tribales africanas, por ejemplo, el cristianismo no ha de tener el mismo aspecto que el cristianismo del mundo occidental.

También hemos de determinar cómo vamos a relacionarnos con nuestra cultura. ¿Cómo afectará el uso del lenguaje religioso una conversación? ¿La ayudará o la obstaculizará? En los Estados Unidos, por ejemplo, dado el fanatismo religioso y la división entre la «derecha religiosa» y otros grupos, el lenguaje religioso *obstaculiza* a menudo la comunicación acerca del cristianismo. En Hechos 17 y 22–26, Pablo utiliza un tono muy distinto al dirigirse a audiencias no cristianas del que aparece en sus cartas remitidas a cristianos. La sensibilidad de los receptores del mensaje determina la selección de las palabras.

El principal ingrediente en la relación de los cristianos con su cultura ha de ser, sin duda, la autenticidad. Nuestro objetivo no ha de ser comunicar la experiencia que Pablo tenía de Cristo, sino la nuestra. Sin lugar a dudas aprendemos de Pablo, pero por nuestra parte hemos de vivir nuestra propia experiencia del Evangelio de un modo auténtico ante Dios y las personas. No se trata de elevar la experiencia por encima de la Escritura, pero no podemos vivir una teología que no conocemos de primera mano. Cualquier otra cosa es una farsa y no resultará convincente. Nuestra expresión del Evangelio en nuestra cultura debe fluir de manera natural de la profundidad de nuestra relación con Cristo, no del préstamo de meras palabras que consideramos religiosas.

Si Dios está activo, ¿qué estamos haciendo nosotros? Todo escrito asume necesariamente como evidentes numerosas ideas o hechos. De lo contrario, sería intolerablemente largo. Por lo tanto, cuando se trata de aplicar un texto es muy importante reflexionar sobre las presuposiciones del autor. Por supuesto, tales suposiciones han de ser justificadas, y preferiblemente deben hallar su fundamento en otros lugares de la misma carta. El texto que estamos considerando da por sentado que Dios está, activamente, apartando un pueblo para sí mismo. En otras palabras, la Gracia, la salvación, la responsabilidad humana y la ética son realidades ya presentes antes incluso de que comencemos a leer la carta.

Con demasiada frecuencia relegamos cualquier sentido de la actividad o planificación de Dios al pasado distante, como si Él hubiera obrado en el siglo primero pero no ahora. No obstante, Dios sigue apartando personas para salvación y llamando a algunos para que sean sus especiales instrumentos. Nuestra suposición de la actividad o pasividad de Dios determina nuestra expectativa y disposición a responder. *Si creemos que Dios está activo, nos condicionamos de antemano para responder a él de un modo saludable.*

Sin embargo, se hace necesaria la prudencia, puesto que cualquier idea puede llevarse a un extremo. Lamentablemente, algunas personas concluyen que, puesto que Dios las ha puesto aparte, son superiores a los demás. Otros deducen que puesto que Dios está activo, las soluciones a los problemas de la vida son simples, o que todos los actos son fruto de la acción de Dios. Pero la Biblia no es tan simplista, y la aplicación del texto bíblico no ha de ser nunca la mera aplicación de versículos aislados. Cualquier pasaje debería aplicarse dentro del contexto de todas las Escrituras. La consideración de otros textos impide la distorsión de pasajes individuales. Como señala 1 Corintios 1–4, por ejemplo, el mensaje de la Cruz no permite sentimientos de superioridad. O como se lamentan Job, Habacuc y los salmistas, Dios parece a menudo inactivo, y la vida no tiene soluciones fáciles. Solo con este telón de fondo podemos aplicar un texto específico.⁴

El sentido geográfico de Pablo: en Cristo y en el mundo. El presupuesto «geográfico» de Pablo —vivir tanto en un lugar específico como en Cristo— representa una profunda reflexión acerca de la vida con Dios. La fe cristiana no es una atractiva serie de ideas o un hermoso camino a seguir, sino más bien, un profundo compromiso con Cristo, una unión tan honda con nuestro Señor, que Pablo solo puede describirla como vivir *en Cristo*. Vivir en Cristo significa ser redefinido por Él. Él configura nuestro ser. Es imposible que alguien sea consciente de estar envuelto por Cristo y que al mismo tiempo se comporte de un modo completamente inconsistente con su carácter. Más adelante veremos que esta teología es la base de la concepción que Pablo tiene de la salvación, pero notemos por ahora que es la que dirige su ética y su descripción más apropiada de lo que significa ser cristiano.

Este sentido de «geografía» es importante. ¿Qué significa el hecho de que los cristianos vivan en dos lugares al mismo tiempo? Los lectores de Pablo vivían tanto en la región de Éfeso como en Cristo. ¿Qué sentido tenía para la localidad de Éfeso que ellos estuvieran en Cristo y qué significado tenía para Cristo que viviera en esa localidad? Cada cristiano ha de personalizar esta pregunta al decidir cómo va a vivir. No podemos ni evitar el lugar en el que residimos ni traicionar al Cristo en quien vivimos. El resto de Efesios no trata la responsabilidad de los lectores en relación con su localidad sino de un modo muy general. La atención se centrará esencialmente en la importancia de estar en Cristo para salvación y para vivir en la comunidad cristiana. Ambas cosas son importantes, sin embargo, al aplicar el texto hemos de ampliar la teología. Hemos también de poner en práctica la relevancia de estar en Cristo para las relaciones fuera de la comunidad cristiana.

Efesios 1:3–14

Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en las regiones celestiales con toda bendición espiritual en Cristo. 4 Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. 5 En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, 6 para alabanza de su gloriosa Gracia, que nos concedió en su Amado. 7 En él tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados, conforme a las riquezas de la Gracia 8 que Dios nos dio en abundancia con toda sabiduría y entendimiento. 9 Él nos hizo conocer el misterio de su voluntad conforme al buen propósito que de antemano estableció en Cristo, 10 para llevarlo a cabo cuando se cumpliera el tiempo: reunir en él todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra. 11 En Cristo también fuimos hechos herederos, pues fuimos predestinados según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad, 12 a fin de que nosotros, que ya hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, seamos para alabanza de su gloria. 13 En él también ustedes, cuando oyeron el mensaje de la verdad, el evangelio que les trajo la salvación, y lo creyeron, fueron marcados con el sello que es el Espíritu Santo prometido. 14 Éste garantiza nuestra herencia hasta que llegue la redención final del pueblo adquirido por Dios, para alabanza de su gloria.

Sentido Original

Como se ha indicado en la exposición de 1:1–2, las cartas de la Antigüedad seguían un formato estereotipado, como sucede también en nuestros días. Tras la identificación inicial de autor y receptores, y el saludo, normalmente las cartas consignaban una oración. Esta oración era casi siempre un deseo de salud. Todas las cartas de Pablo a excepción de Gálatas contienen una oración. Sin embargo, sus oraciones no son deseos de buena salud, sino expresiones de alabanza por la obra de Dios en Cristo (doxologías) o acciones de gracias por sus lectores y peticiones intercesoras por sus vidas como cristianos. Por varias razones, estas oraciones introductorias forman una parte importante de las cartas. (1) Ofrecen cierta información sobre la temática de la carta que funciona casi como una introducción a los temas que van a ser tratados. (2) Por medio de ellas, Pablo expresaba su amor y preocupación por sus amigos cristianos. (3) Pablo entraba también en la experiencia de adoración de sus lectores puesto que su carta sería leída en alguna de sus reuniones de adoración. De hecho, el apóstol les dirigía en adoración dándoles modelos doxológicos.

La oración de Efesios es especialmente insólita, puesto que contiene una larga sección de este tipo (una bendición, 1:3–14), una acción de gracias (1:15–16) y una oración de intercesión (1:17–20). Ninguna otra carta del Nuevo Testamento consigna *tanto* una doxología *como* una acción de gracias-intercesión. Se plantea el problema de precisar exactamente dónde termina la oración. Los tres primeros capítulos de Efesios están llenos de adoración y de expresiones litúrgicas, consignadas en un lenguaje familiar para la iglesia. Se trata de doctrina redactada en un estilo que la hace apta para ser musicalizada.¹ Pero la pregunta es, ¿termina la oración de Pablo en 1:23 o se prolonga hasta 3:21? Obsérvese que 3:14–21 es sin duda una oración y que los temas de la intercesión de 1:15–23 están presentes en 3:14–21 (excelencia de la gloria de Dios, el Espíritu, poder, fe, conocimiento de lo que poseemos en Cristo, abundancia y plenitud, y la iglesia). ¿Son los tres primeros capítulos una expresión de oración y de alabanza?² Como mínimo hemos de decir que en Efesios 1–3 la línea que distingue la teología de la oración es muy delgada. Al orar, transmitimos de nuevo a Dios nuestra concepción de Él.

Esta oración introductoria nos ayuda a entender mejor las motivaciones de Pablo al escribir Efesios. El apóstol no está tratando un problema teológico o eclesiástico específico. Se trata más bien de una carta general que explica las maravillas de la salvación en Cristo y ayuda a conocer la relevancia del don de la vida con Cristo. Al centrarse en estas cuestiones, la doxología de 1:3–14 presenta un resumen de la obra de Dios en Cristo *cargado* de contenido teológico y *complejo* desde el punto de vista estructural.

Temas y estructura. Varias ideas clave dan a esta sección un poder especial. La más importante es la expresión «en Cristo» que, junto con locuciones como «en él» o «en quien», aparece once veces en el texto griego (nueve veces en la NVI). Como ya hemos visto en relación con 1:1,³ la idea de estar «en Cristo» es uno de los elementos más importantes de la teología de Pablo. Pablo subraya también aquí la alabanza de la gloria de Dios (vv. 6, 12, 14), el buen propósito divino (vv. 5, 9), la salvación, el plan de Dios (la elección), y la revelación del misterio de Dios.

Esta sección tiene un enfoque trinitario; los versículos 3–12 se concentran en el Padre y en Cristo y los versículos 3 y 13–14 en el Espíritu. Se consignan también tres perspectivas sobre el tiempo: la actividad de Dios en la eternidad (vv. 3–5, 9, 11), la actividad de Dios en la Historia humana en Cristo y en los creyentes (vv. 6–8, 11–14), y el final de la Historia, cuando todas las cosas serán reunidas en Cristo (v.10).

Aunque la mayoría de las traducciones en español no lo reflejan, el texto griego de 1:3–14 es *una sola* oración gramatical anormalmente larga, en la que se presenta una descripción gradual y progresiva de la obra de Dios en Cristo. Cada nuevo elemento proporciona una explicación más de lo que Dios ha hecho. Pablo sentía la riqueza de la Gracia de Dios, y la exuberancia de su lenguaje lo refleja. El peculiar ritmo, ciertas locuciones recurrentes, y la exaltada teología hacen de esta doxología una de las expresiones de alabanza más impresionantes que jamás se han escrito. Su propósito es alabar a Dios por unirnos a sí mismo por medio de la Gracia que ha mostrado en Cristo. ⁴

Lo mejor es estructurar esta sección según los tres participios griegos por medio de los cuales el texto manifiesta que: «nos bendijo» en 1:3, «nos predestinó» en 1:5, y «nos dio a conocer» en 1:9. Estos participios subrayan un punto fundamental: la excelencia de Dios revelada en su deseo de elegir un pueblo para sí. Los versículos 3–4, que consignan el primer participio, *actúan como tesis de toda la carta*; el resto es comentario. Es decir, esta carta habla de que Dios nos bendice en Cristo y nos elige para que podamos vivir vidas santas e irrepreensibles ante Él. Los capítulos restantes desarrollan este doble acento sobre la salvación de Dios y el cambio de conducta que ella produce. En el contexto inmediato (1:5–14) el segundo y tercer participios explican en qué consiste la salvación de Dios. Hasta los capítulos 4–6 no dirige el apóstol la atención de sus lectores hacia una vida santa ante Dios.

Esta sección inicial puede desglosarse como sigue:

- A. Bendecidos y escogidos por Dios para vivir sin mancha delante de Él (*tesis*) (1:3–4)
- B. Escogidos por Dios para ser adoptados y perdonados por medio de la Gracia (*explicación*) (1:5–8a)
- C. El plan de Dios para la eternidad ha sido revelado y su Espíritu dado como

garantía (*explicación*) (1:8b-14)

La elección de Dios es la idea central (vv. 4–5, 9–12), y la Gracia experimentada en Cristo (vv. 6–8) y el don del Espíritu (vv. 13–14) fluyen directamente de su elección y propósito. Obsérvese que la adoración de Pablo —y su saludo de 1:2— es *teocéntrica*. Los tres participios más importantes describen acciones de Dios. Ha exaltado a Cristo y le ha hecho Señor, sin embargo Dios sigue siendo el actor principal. Dios no es un ser distante que espera a ver la reacción de los humanos. Dios es el comienzo —aquel que obra a través de Cristo y del Espíritu a favor de los humanos y con ellos— y la meta.

Dios nos bendijo en Cristo para que seamos santos (1:3–4)

El Dios que actuó en Cristo y escogió a los cristianos para que vivan delante de Él merece alabanza. Las palabras que se traducen como «alabado sea Dios» dicen de hecho, «Bendito es el Dios.» Al utilizar la palabra «alabado» la NVI no consigue expresar el juego de palabras que Pablo hace utilizando tres palabras con la raíz «bendecir»: «*Bendito* es el Dios que nos *bendijo* con toda *bendición* espiritual.» La utilización de la misma palabra tanto para hablar de nuestra adoración a Dios como para expresar el hecho de que Dios derrama sobre nosotros innumerables dones espirituales es algo completamente ajeno a nosotros, sin embargo este doble sentido de la palabra *bendecir* es común tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. Obsérvese, por ejemplo, la expresión «el Señor te bendiga» en Números 6:24 y, «bendice al Señor» en el Salmo 103:1.⁵ La adoración de Zacarías en Lucas 1:68–75 se parece a Efesios 1:3–14, puesto que comienza diciendo «Bendito es el Señor Dios de Israel»⁶ y prosigue explicando todo lo que Dios ha hecho para salvar a su pueblo. Esta bendición concluye cada uno de los cinco libros de los Salmos.

«Toda bendición espiritual» nos ha sido concedida en Cristo (ver 2 Pedro 1:3). «Espiritual» no significa que tales dones sean «de otro mundo», ni alude tampoco a los dones espirituales que se enumeran en 1 Corintios 12:3–11, 28. Esta expresión se refiere más bien a todo lo que el Espíritu de Dios aporta para hacer posible la vida.⁷ La carta desarrollará todas estas bendiciones, pero el contexto inmediato menciona la elección, la adopción, la Gracia, el perdón, la revelación, el Evangelio y el Espíritu Santo. Como muestran los versículos 13–14, el Espíritu es el don principal y la fuente de todos los demás.

La expresión «en los lugares celestiales» es difícil. Pablo no quiere decir que las bendiciones espirituales vayamos a disfrutarlas más adelante, en el cielo, puesto que este texto subraya el disfrute *presente* de los dones de Dios. De hecho, la cuestión de nuestro futuro «ir al cielo» no es el acento principal del Nuevo Testamento. Se preocupa mucho más por la vida presente con Dios y en Cristo. Si bien es cierto que en Efesios se concede importancia a *la era venidera*, solo en 5:5 y 6:8 se trata la cuestión de la salvación futura, y en ambos versículos se menciona el futuro por su efecto estimulante para la vida presente. Literalmente, el texto dice únicamente «en los celestiales»; y aunque esta palabra se traduce en otros lugares como el adjetivo «celestial», solo en Efesios tiene el sentido de «la esfera celestial». No obstante, esta expresión no es un mero sinónimo de la palabra «cielo», como demuestra un análisis de las otras cuatro ocasiones en que aparece en Efesios. Esta frase puede aludir a:

- (1) El lugar de exaltación de Cristo (1:20) y los creyentes (2:6).
- (2) El lugar de revelación de la sabiduría de Dios a los gobernantes y autoridades (3:10).

(3) De un modo más negativo, el lugar donde se libra la batalla entre los creyentes y las fuerzas espirituales de maldad (6:12).

En otras palabras, la expresión «lugares celestiales» no alude a una ubicación física, sino a una realidad espiritual (el mundo de Dios, al que los creyentes tienen acceso y que las fuerzas de maldad siguen esforzándose en atacar). Incluye toda la relación del creyente con Dios y la experiencia de la iglesia.⁸ Es una manera de decir que este mundo no es la única realidad. Existe otra esfera más extensa en la que Cristo ha sido ya exaltado como Señor, donde los creyentes participan en su victoria, y en la que las fuerzas espirituales desarrollan su oposición. Aunque los creyentes viven físicamente en esta Tierra, reciben recursos espirituales para vivir y su identidad de un plano más elevado. Los cristianos disfrutan las bendiciones espirituales que se les otorgan en la vida presente, puesto que éstas derivan de lo que Dios ha hecho en Cristo *en los lugares celestiales*.

Como hemos ya observado en nuestros comentarios de 1:1, la expresión «en Cristo» y otras relacionadas, están entre los elementos más importantes de la teología de Pablo, especialmente la de Efesios.⁹ Todos los elementos de las enseñanzas de Pablo fluyen de su concepción de nuestra unión con Cristo. Obsérvese que estas expresiones dominan la sección. El propósito y la elección de Dios tienen lugar en Cristo (1:4, 9, 11). La Gracia y la redención de Dios se encuentran en Cristo (1:6–7). Todas las cosas en los cielos y en la Tierra son reunidas en Cristo (1:10). Las personas esperan en Cristo, oyen la palabra en Cristo, y por la fe son sellados en Cristo (1:12–13). Recordemos que toda esta sección trata de adoración: se alaba a Dios, y el enfoque de esta alabanza es lo que Él ha llevado a cabo y pone a nuestro alcance en Cristo.

Es imposible definir la expresión «en Cristo» de manera simple, y cada vez que aparece, su sentido debe analizarse de manera individual y en su contexto. En ocasiones, «en Cristo» funciona de manera instrumental para transmitir que algo sucede *por medio de* Cristo o *a través de* su obra, como por ejemplo «por medio de él [Cristo Jesús] la ley del Espíritu de vida me ha liberado ...» (Rom 8:2).¹⁰ Otras veces esta expresión se utiliza como un adjetivo con el sentido de «cristiano» (ver 2 Cor 12:2). En otros lugares sirve para calificar la acción, como por ejemplo en Efesios 6:1: «Hijos, obedezcan a sus padres *en el Señor*.»

Sin embargo, el uso más importante de la expresión «en Cristo» tiene un sentido «local» y señala a la incorporación en Cristo. Es decir, Cristo es el «lugar» en el que los creyentes residen, la fuente en la que encuentran la salvación y bendiciones de Dios, y el contexto en el que éstos viven y trabajan. Es como si Cristo fuera un enorme depósito que contiene los dones de Dios, pero, por supuesto, sin perder ningún sentido de Cristo como persona. Cristo es la fuente de todas las bendiciones espirituales, y puesto que los creyentes residen en Él pueden disfrutar tales bendiciones. Igual que no se diluye la naturaleza personal de Cristo, tampoco lo hace la individualidad del

creyente. No se trata del pensamiento religioso oriental de absorción en la deidad, sino más bien, de que Cristo y el creyente se vinculan en una unidad en la que Cristo establece los parámetros para la vida y aporta las provisiones de Dios para ella. La conclusión lógica de este pensamiento es la utilización por parte de Pablo de la imagería del *cuerpo*, que en Efesios es de importancia primordial.

El origen de este concepto de Pablo es incierto. Los otros únicos documentos del Nuevo Testamento que consignan algo parecido son los escritos joaninos, con su enfoque en la idea de reciprocidad, según la cual los creyentes permanecen en Cristo, y Él en ellos. Esto sugiere que las raíces de este pensamiento podrían surgir de las enseñanzas de Jesús, aunque el uso de Pablo no puede trazarse explícitamente hasta las palabras del Señor. Algunos eruditos sugieren que el origen de la expresión está en los textos del Antiguo Testamento que hablan de Abraham como aquel *en quien* todas las naciones serán benditas.¹¹ Cristo, aquel que ha asumido la tarea de Israel, se ha convertido en la nueva cabeza representativa en quien todos serán benditos. Es posible que éste sea uno de los factores, sin embargo, probablemente, la teología paulina del bautismo como morir y resucitar con Cristo está también tras la idea de estar en Cristo (ver Rom 6:3–8).

Hemos de notar que en 1:4,¹² la preocupación de Pablo desde un principio es la transformación ética, aunque no explora esta cuestión hasta los capítulos 4–6. Pablo deseaba estimular a los creyentes hablándoles de la grandiosidad de la salvación, no obstante quería también retarles a vivir en consonancia con la Gracia de Dios. La vida de Dios da como fruto una vida transformada con Él. Esta expectativa de una vida «santa e irrepreensible» fluye de la elección del creyente por parte de Dios y de su separación para su uso. Este pensamiento sirve para comentar el título «santos» que Pablo utiliza en 1:1 y encuentra un paralelismo en la expectativa que encontramos en 5:27 en el sentido de que la iglesia es santa e irrepreensible.

La elección (1:4–6)

Igual que en 1:1 se subrayaba la actividad de Dios al hacer de Pablo un apóstol, esta sección pone de relieve la acción divina en la planificación y la elección de personas en Cristo. Elección significa que Dios escoge a personas, y no podemos darle la vuelta a esta enseñanza para que acabe significando que son las personas quienes eligen a Dios. Elección significa que la existencia del pueblo de Dios solo puede explicarse sobre la base del carácter, plan y acción de Dios no por algo que haya en las personas escogidas. Dios basa siempre la iniciativa en su «Gracia» (vv. 6–7; el uso de la palabra «Gracia» no implica un cambio de temas sino la continuación del mismo, utilizando distintas palabras). La salvación no es un accidente o una idea improvisada por parte de Dios. Su propósito fue siempre atraer a sí a la Humanidad. «Antes de la fundación del mundo» no significa «inmediatamente antes de la creación»; expresa más bien que los propósitos de Dios están arraigados en las profundidades de su naturaleza. Dios es la clase de Dios que ama y busca un pueblo (cf. Dt 7:7–9). El acento recae también en el plan eterno de Dios, un tema que reaparece en los versículos 9–11.

Este es uno de los textos más importantes de la Biblia acerca de la elección. La elección no es una doctrina extraña e innecesaria, sino simplemente otra forma de hablar de la Gracia de Dios y de la salvación. Palabras como «escogió» y «predestinó» ponen de relieve la actividad de Dios al apartar un pueblo para sí. La elección produce «santos» (1:1; i.e., «los apartados»).

El acento sobre la adopción que encontramos en 1:5 muestra que el propósito de la elección es relacional. Puesto que es un Dios de Amor (y solo por ello), decidió adoptar a personas para que formaran parte de *su familia* por medio de Jesucristo. La imágen familiar de la *adopción* se utiliza para explicar tanto la experiencia presente de la salvación (cf. también Ro. 8:15; Gá. 4:5), como la futura (Rom 8:23). ¹³

Por regla general, cuando se habla de la elección de Dios, se piensa en la selección de ciertos individuos y en el beneficio que a ellos les reporta este hecho. Pero los textos bíblicos subrayan algo distinto, puesto que la elección es principalmente un término colectivo. Nada de lo que se dice en Efesios 1 gira alrededor de individuos; el texto se centra más bien de manera colectiva en aquellos que están en Cristo. Esto cambia la teología. Las personas son solo escogidas en el escogido: Cristo. Mientras que Israel fue escogido para transmitir las bendiciones de Dios al mundo, ahora Cristo ha asumido esta tarea. Él es la «simiente de Abraham» por excelencia, el que culmina la elección de Israel (cf. Gal. 3:7–29). La elección tiene lugar *en él* (Ef. 1:4) y *a través de él* (1:5). Los individuos no son primero elegidos y después ubicados en Cristo. Están en Cristo y, por tanto, son escogidos. ¹⁴ Sin duda la elección comporta privilegios, pero éstos no son para que quienes han sido objeto de ellos se solacen impropriamente o menosprecien a otros. La elección siempre trae consigo responsabilidad; Dios nos ha escogido para que hagamos algo, a saber, que vivamos de un modo santo e

irreprensible delante de Él (1:4; cf. 5:27). Otros textos bíblicos acerca de la elección expresan esta misma concepción, ya sea que aludan a Israel, al remanente, o a un individuo como Pablo o Jeremías. La elección de Dios alista a personas en su obra y les da responsabilidad.

Al final del versículo 4 hay un problema de puntuación: ¿dónde hay que situar la expresión «en amor»? ¿Con el versículo 4 (de modo que los cristianos son «santos e irrepreensibles delante de Dios en amor») o con el versículo 5 (como considera la NVI, «en amor [Dios] nos predestinó»)?¹⁵ Los eruditos están divididos acerca de esta cuestión. Cualquiera de las dos traducciones de 1:4–5 sería correcta, sin embargo y puesto que aquí se trata de la actividad de Dios, la decisión de la NVI es preferible.

El objetivo final de la elección es la gloria de Dios, como pone de relieve la expresión recurrente «para alabanza de su gloria» (1:6, 12, 14). Ni en el Nuevo Testamento ni en la LXX encontramos paralelismos exactos de esta expresión. La idea no es que Dios quiera alabarse a sí mismo. El propósito de la acción electora de Dios es más bien revelar su carácter como un Dios amante y deseoso de salvar. Cuando Dios se manifiesta —y el término «gloria» es principalmente una palabra relacionada con la idea de revelación— la alabanza es el resultado inevitable.

La inundación de la Gracia (1:6b-8a)

En el Nuevo Testamento, el significado del término *gracia* (*jaris*) combina los elementos de dos palabras veterotestamentarias: *jen*, que expresa la misericordia de un superior para con un subordinado, y *josed*, que subraya la idea de fidelidad en el contexto de un pacto. La connotación esencial de la palabra griega es todo aquello que causa deleite y regocijo: belleza, bondad, encanto, favor. La palabra *gracia*, alude pues al increíble hecho de que Dios nos acepta. No es algo que Dios nos da, sino más bien, *la entrega de Dios mismo a nosotros*.¹⁶ Es el hecho de que él viene junto a nosotros para abrazarnos y obrar por nuestro beneficio. Gracia es el Juez del Universo pidiéndonos a los criminales que nos sentemos a comer a su mesa. La iniciativa siempre la toma Dios, quien imparte a las personas el don de la vida eterna en Cristo.

Gracia es el poder que obra salvación (2:5–8) y una palabra que resume la esencia del Evangelio (2 Cor 6:1). En otros pasajes de las cartas de Pablo, el término *gracia* transmite una amplia gama de ideas. No solo denota la entrada a la vida cristiana, cubre toda la vida (Rom 5:2; 6:14). No solo somos salvos por Gracia, sino que también vivimos por ella. Esta palabra se utiliza también en relación con el ministerio que Dios encomienda a Pablo (Ef. 3:7–8) y a los cristianos (4:7), así como también para el *beneficio* que los cristianos se imparten el uno al otro por medio de palabras edificantes (4:29). Se utiliza incluso para aludir a la recaudación de dinero para los pobres (2 Cor 8:1–19) y como una expresión de gratitud (2 Cor 8:16).

De las doce veces que el término «gracia» aparece en Efesios, solo en 4:29 se refiere a gracia procedente de los humanos; en las otras once ocasiones subraya la gracia que salva o nos involucra en el ministerio. En 1:6–8 se pone el acento en la Gracia salvífica de Dios con cuatro afirmaciones:

- (1) El hecho de la elección conduce a la alabanza de la Gracia de Dios.
- (2) La Gracia de Dios nos ha «agraciado» en el Amado. (La expresión que utiliza la NIV «nos ha dado gratuitamente» es de hecho la forma verbal de la palabra «gracia»; una traducción literal sería «la Gracia con que nos ha agraciado en el Amado.»)
- (3) La salvación se deriva de las riquezas de su Gracia (cf. 2:7, la palabra «riquezas» aparece también en 1:18; 3:8, 16).
- (4) La Gracia se ha derramado pródigamente sobre nosotros.

Con este exuberante lenguaje Pablo capacita a sus lectores para que sientan hondamente el valor e importancia que tienen para Dios.

La expresión «el Amado» alude a Cristo. En los sinópticos «el Amado» es —o al menos está cerca de ser— un título mesiánico (cf. Mateo 3:17; 12:18). El uso aquí es parecido. Esta misma palabra se utiliza para referirse a personas cristianas (Rom 1:7) y

judías (11:28). Es prácticamente una expresión sinónima de «los escogidos.» La elección no puede separarse de Cristo o del Amor de Dios. Igual que la elección tiene lugar en Cristo, también la «redención» se encuentra en Él. El término *redención* tiene sus raíces en la idea veterotestamentaria de pacto y en el lenguaje de los antiguos mercados; en ambos casos implicaba la idea de comprar o readquirir algún artículo o persona que de lo contrario se perdería, sería llevada prisionera o destruida. Boaz, por ejemplo, redimió la tierra que pertenecía al marido de Noemí y con ella el derecho a casarse con Rut (Rut 4:1–12), y las personas vendidas como esclavas por causa de la pobreza podían ser redimidas (readquiridas) por un pariente. Este lenguaje fue adaptado para explicar el acto redentor de Dios en favor de Israel para librarle de su esclavitud en Egipto (2 Sam. 7:23), o para salvar a las personas de sus preocupaciones (Sal. 72:14; Jeremías 15:21). En el mundo helenista del primer siglo la idea de «redención» era relativamente rara, sin embargo se utilizaba en relación con la compra de la libertad de un esclavo.

De las diez veces que la palabra «redención» aparece en el Nuevo Testamento, siete de ellas es en las cartas de Pablo, y de éstas, tres en Efesios. Los lectores de Pablo entendían que esta palabra expresaba la liberación de la esclavitud mediante el pago de un rescate. El precio pagado es sin duda la «sangre» de Cristo, lo cual es meramente una manera abreviada de hablar de su muerte expiatoria y del nuevo pacto que dicho sacrificio estableció con Dios. La redención se ve aquí como una posesión presente, aunque el acento en otros pasajes en que aparece es futuro (p. ej., 1:14; 4:30). Esta tensión entre el presente y el futuro es una de las partes más consistentes del pensamiento cristiano. Toda la fe cristiana es una mezcla del *ya* y el *todavía no*, de lo que ya poseemos en Cristo y lo que todavía aguardamos.¹⁷

Como una explicación adicional del sentido de la redención se añade la frase «el perdón de pecados». La palabra que se utiliza para traducir «pecados» significa literalmente «transgresión» (*paraptoma*), sin embargo no parece que Pablo pretenda establecer ninguna distinción con la más frecuente, *hamartia*. Únicamente aquí y en el pasaje paralelo de Colosenses 1:14 utiliza el apóstol la palabra griega *aphesis* para hablar del perdón. En Romanos 4:7 encontramos el verbo correspondiente como parte de una cita del Antiguo Testamento. El apóstol sí utiliza una palabra distinta para el perdón en algunos otros pasajes (e. g. Ef. 4:32), sin embargo su idea de salvación no se centraba, por regla general, en el perdón. A Pablo le preocupaba más el pecado como poder o como tirano que los actos pecaminosos específicos, aunque estos últimos son importantes. En otras palabras, el apóstol pensaba en la salvación principalmente en términos de liberación. *Aphesis* tiene con frecuencia la connotación de liberación,¹⁸ y la conexión con «redención» muestra que este es el matiz que el apóstol quería resaltar aquí.¹⁹ El pensamiento de Pablo apunta a la *liberación* de los pecados y a la acusación que éstos traen consigo. Por la Gracia, los cristianos ya no viven bajo el poder de los pecados o su acusación, sino en Cristo.

La revelación de la voluntad de Dios (1:8b-1:12)

Mientras que en 1:4–6a el tema era la elección de personas por parte de Dios en Cristo, Pablo pasa ahora a tratar la revelación del plan divino, que se centra también en Cristo. Los versículos 9 y 11 están dominados por palabras que expresan la voluntad, propósito, y deseo de Dios. Pablo subraya que la obra de Dios en Cristo no fue una idea improvisada o un acontecimiento incidental en el Universo, sino algo que siempre estuvo dentro de sus planes.

Con la expresión «con toda sabiduría y entendimiento» (v. 8b) afloran dos problemas. (1) ¿Pertenece al versículo 8b o al 9a? ¿Quiere Pablo decir acaso que la Gracia de Dios se derramó pródigamente sobre nosotros en toda sabiduría y entendimiento? ¿O quizá que, con toda la sabiduría y el entendimiento, Dios nos dio a conocer el misterio de su voluntad? Cualquiera de las dos opciones es posible, sin embargo la última parece más apropiada (cf. un tema similar en 1:17; 3:10–11). (2) ¿Quiere Pablo decir que Dios expresa *su propia* sabiduría y entendimiento cuando da a conocer su voluntad? ¿O acaso alude a la sabiduría y entendimiento *que se imparte a los seres humanos* cuando da a conocer su voluntad? Efesios 3:10–11 parece dar a entender lo primero; 1:17 lo último. La palabra «sabiduría» se refiere a menudo a una vida sabia por parte de los seres humanos, no obstante se utiliza también en relación con la sabiduría de Dios, especialmente en pasajes que hablan de su plan salvífico.²⁰ Es difícil decidirse por una de las dos opciones, y quizá ambas ideas tienen su propio lugar. Cada opción presupone la otra, aunque el acento de este texto parece estar en el despliegue de la sabiduría y el entendimiento de Dios. No pretende establecerse ninguna distinción entre los términos «sabiduría» y «entendimiento.» Las dos palabras forman una *hendíadis* (figura por la cual se expresa un solo concepto con dos nombres coordinados).

El Evangelio es en primer lugar una revelación del propósito y obra de Dios y aquí, esta revelación de su actividad es causa de alabanza. El propio ministerio de Pablo es evidencia de la revelación de Dios, tanto en su llamamiento como en su responsabilidad. El término *misterio* subraya más, si cabe, el tema de la revelación. Aunque en su uso moderno, la palabra *misterio* se refiere a algo desconocido, en la literatura judía y cristiana antigua esta palabra se refiere al plan divino oculto revelado ahora por Dios (cf. 3:3–9; 6:19).²¹

En este pasaje todo se centra en el hecho de que Dios llevará a buen término su plan de salvación al final de los tiempos. Algunos eruditos ven 1:10 como la clave para entender toda la carta, sin embargo, aunque se trata de un versículo muy importante, se hace difícil de entender por dos palabras. (1) *Oikonomia* se traduce en la NVI como «para llevarlo a cabo», sin embargo esta traducción sugiere que el enfoque de Pablo es solo en los tiempos del fin, lo cual es cuestionable. Muy a menudo esta palabra significa «gestión» o «mayordomía.»²² Algunas traducciones utilizan el término

«administración» o incluso «plan», sin embargo este último no está bien atestiguado en el periodo del Nuevo Testamento. Pablo utiliza esta palabra en 3:2 hablando de su propio trabajo, y en 3:9 cuando alude a su responsabilidad en la revelación del misterio oculto de Dios. La cuestión en 1:10 es que Dios deseaba que Cristo administrara o gobernara «la plenitud de los tiempos» (lit.).²³ Este texto trata del eterno señorío de Cristo.²⁴ (2) En la NIV, el verbo *anakephalaioo* se ha traducido como «reunir bajo una sola cabeza», sin embargo es dudoso que este término tenga alguna connotación de «cabeza» o «jefatura». La palabra significa «totalizar» o «recapitular.»²⁵ Todo el Universo ha de ser unificado en Cristo. Él es el punto de convergencia que da coherencia a toda la Creación. Un día toda rodilla se doblará (Fil 2:10) y la creación de Dios quedará unificada alrededor de Cristo. Por tanto, estas dos palabras problemáticas centran su atención en Cristo como Señor de todo.²⁶

La NIV entiende que el versículo 10 alude al tiempo del fin. El texto habla literalmente de «la plenitud de los tiempos.» ¿Apunta esta expresión al final del tiempo, o alude acaso al periodo general que se inicia con la venida de Cristo (ver Marcos 1:15; Gá. 4:4)? Cualquiera de estos periodos de tiempo puede decirse que se ha cumplido.²⁷ Los autores apocalípticos hablaban de periodos de tiempo establecidos por Dios, y sin duda «la plenitud de los tiempos» señala el punto culminante de la obra de Dios. Aun en Efesios, si bien Cristo es Señor, todas las cosas del Cielo y la Tierra no han sido todavía reunidas en él (1:20–21; 5:16; 6:10–12). Aunque la principal intención de este texto se relaciona con el cumplimiento final del propósito de Dios en el tiempo del fin, Pablo consideraba tal cumplimiento como habiendo ya comenzado con la vida, muerte y resurrección de Cristo. Él es ya Señor de todos los tiempos. Igual que la redención es una realidad presente y futura, la revelación de la voluntad de Dios apunta también tanto al presente como al futuro.

Una de las dificultades para entender Efesios son los cambios de redacción de la primera a la segunda persona del plural. La primera de estas dificultades tiene lugar en 1:11–14. «Nosotros» (elíptico) en 1:11 y «nuestra» en 1:14 aluden sin duda a todos los cristianos, y «ustedes» en 1:13 describe a los receptores gentiles de la carta. La dificultad llega en 1:12, con las palabras «nosotros, que fuimos los primeros en esperar en Cristo.» Algunos eruditos sostienen que la palabra que se traduce como «primeros en esperar» no tiene un enfoque temporal y ven 1:12 como una referencia a todos los cristianos. Tal y como lo expresa la NIV, se trata de una referencia a los cristianos de origen judío. Puesto que Efesios trata de la relación entre los cristianos de origen judío y los de origen gentil, esta deducción es probablemente correcta.

El Espíritu: el beneficio para los cristianos (1:13–14)

La doxología pasa de subrayar el plan de Dios a acentuar la recepción del Evangelio, «la palabra de verdad.»²⁸ El Evangelio es la verdad de Dios que da vida. Tanto en esta carta como en la teología de Pablo en general, la verdad es una de sus ideas fundamentales.

El persistente acento de Pablo en 1:3–14 respecto a estar «en Cristo» recibe aquí más explicación. Como consecuencia de la fe, quienes están en Cristo son sellados con el Espíritu Santo. Esta afirmación describe la conversión, no el bautismo o una segunda experiencia después de la conversión. En la conversión, todos los creyentes reciben el Espíritu como «sello» y como «depósito» que garantiza la futura vida con Dios.

En el mundo antiguo, los sellos se utilizaban de un modo similar a como lo hacemos en nuestros días. Las mercancías eran selladas antes de su envío, y también lo eran las cartas para garantizar la validez de su contenido. Los sellos transmitían el sentido de autenticidad y propiedad. En este caso, el Espíritu es el sello dado a los creyentes para confirmar que pertenecen a Dios.²⁹ Se le llama el Espíritu Santo «prometido» por lo que dicen textos como Ezequiel 36:26–27 y Joel 2:28, que hablan de un derramamiento del Espíritu de Dios en los últimos tiempos. La venida del Espíritu, junto con la resurrección de Jesús convencieron a la Iglesia Primitiva de que el tiempo del fin había comenzado.

El Espíritu es también un «depósito.» La palabra griega que aquí se utiliza (*arrabon*) denota una paga y señal que garantiza el pago completo (ver también 2 Cor 1:22; 5:5; cf. Rom 8:23).³⁰ El Espíritu es, en otras palabras, la primera entrega que Dios nos hace de nuestra salvación, y la garantía de que el contenido de la futura herencia será plenamente satisfecho. La NVI traduce correctamente 1:14 de manera que esta posesión indica que Dios es propietario de su pueblo, no que el creyente posee la salvación. De otro modo el uso de la terminología de la redención no tendría lógica. El lenguaje de Dios como propietario de un pueblo encuentra un paralelismo en Malaquías 3:17. Como muestra el contexto general y se confirma en 1:19, para Pablo era muy relevante que Dios hubiera adquirido un pueblo, especialmente un pueblo del que los gentiles formaban también parte.

Construyendo Puentes

Para aplicar el pensamiento de Pablo a nuestros días es necesario explicar algunas ideas desconocidas o arcaicas. Aun más importante, sin embargo, es el proceso que sigue la tarea teológica, por la que entendemos la teología que opera en un texto, ya sea implícita o explícita. La teología de un texto es lo que realmente aplicamos. Si entendemos lo que un texto enseña acerca de Dios, Cristo, la Salvación u otros temas, podemos aplicar este entendimiento a la vida.

Elementos fundamentales. Especialmente en un pasaje con tanta carga teológica como 1:3–14, no solo hemos de tratar temas específicos como el concepto «en Cristo» y el de la Gracia, sino que también hemos de distanciarnos un poco para considerar el texto en su conjunto. Al mirar los «elementos fundamentales» del texto se descubre una perspectiva teológica más extensa. Al menos deben observarse tres de tales elementos: el enfoque en las tres personas de la Trinidad, la triple perspectiva acerca del tiempo, y la teología de la adoración.

(1) Una buena parte de esta sección contiene pensamientos que nos son poco familiares. No estamos habituados a enfocar las cosas desde el punto de vista de Dios y de su plan. Algunas ideas como la elección nos son ajenas y requieren una cierta «traducción», mientras que otras demandan una nueva configuración de toda nuestra cosmovisión. Según nuestra perspectiva contemporánea, en el escenario de la Historia los seres humanos son los principales actores, sin embargo, en su doxología Pablo afirma que el principal actor es Dios. No existe ningún puente desde su adoración hasta nuestra cosmovisión. Antes de que podamos aplicar el texto se requiere un cambio de perspectiva. Necesitamos el sentido que tiene Pablo de que, en Cristo y por medio del Espíritu, Dios está en acción a favor nuestro.

(2) El carácter de Dios se describe mejor como un «Dios que está por nosotros» (cf. Rom 8:31), aquel que nos ha escogido. Dios siempre ha sido y siempre será esta clase de Dios. Dios es el Dios del pasado, del presente y del futuro, y en estas tres dimensiones temporales Él está actuando a nuestro favor. Nuestra seguridad descansa en lo que él hizo antes de la fundación del mundo, en lo que hizo y continúa haciendo en Cristo y por medio del Espíritu, y en lo que ha prometido para el futuro. Dios ha decidido y planeado deliberadamente recorrer una gran distancia para conseguir la salvación de las personas. No se trata de una idea improvisada por su parte, sino de la esencia misma de quién es. Dios es un ser sociable, y creó a las personas para que mantuvieran una relación con él. No hay dudas de que Dios cumplirá su propósito en la Creación; él ha estado en acción desde el comienzo y ha designado ya a Cristo como aquel que cumplirá sus propósitos. Dios tendrá un pueblo para sí. Cuando esto suceda, nos daremos cuenta de lo amoroso y relacional que es Dios. El lenguaje del Efesios 1:9–14 mira hacia adelante a aquel día.

(3) Puesto que este texto es una doxología, obviamente lo más importante es lo que enseña acerca de la adoración y del Dios a quien adoramos. Como sucede en los Salmos, la alabanza de Pablo *describe* a Dios y sus acciones. La adoración tiene siempre esta calidad «narrativa», que relata las acciones de Dios. Para los cristianos, aunque no ignoran otras acciones de Dios, el centro está siempre en su obra *en Cristo*, como muestra la doxología. Aunque no sabemos exactamente dónde se detiene la oración de Pablo, está claro que esta incorpora un relato de las acciones de Dios, y que es teológica por su propia naturaleza. La doxología es teología y viceversa. Es evidente, sin embargo, que no se trata de un relato frío puesto que la realidad de la obra de Dios a nuestro favor crea una profunda emoción que nos vigoriza.

En Cristo. Los autores del Nuevo Testamento buscaron palabras para explicar la realidad que encontraron al creer en Jesús como Mesías y Señor. Ninguna explicación o imagen era adecuada por sí misma, y por consiguiente utilizaron una gran variedad de figuras, llegando incluso, en ocasiones, a crear nuevas expresiones. La locución «en Cristo» es una de tales creaciones.

Asumimos que la realidad es el mundo físico que nos rodea, lo que vemos y experimentamos. La doxología —como toda la Biblia— afirma que la realidad es mucho más extensa, que incluye también a Dios y sus acciones y lo que sucede «en Cristo» y «en los lugares celestiales.» Al construir puentes entre contextos hemos de extender nuestro pensamiento para hacer justicia a esta «realidad más extensa.» Los cristianos viven en dos realidades al mismo tiempo: en el mundo físico y en los lugares celestiales en Cristo. Vivimos en la realidad de la obra de Dios en Cristo y el don de su Espíritu. Lo que necesitamos para la vida está en Cristo o, como Colosenses subraya especialmente, Cristo lo es todo, y todo lo que necesitas.

La idea de estar «en Cristo» presenta una de las distancias más difíciles de salvar en Efesios. ¿Cómo podían pensar los primeros cristianos que estaban «en» una persona que había vivido con ellos solo unos años atrás y a cuyos hermanos conocían? No hablaban de estar en Jacobo, ni nosotros hablamos de estar en John Wesley o Martín Lutero. La dificultad para hacer nuestra plenamente la idea de estar en Cristo se complica por el uso del típico lenguaje evangélico acerca de la conversión. Los cristianos de hoy hablan por regla general de invitar a Cristo a sus corazones para poder ir al cielo, sin embargo toda esta terminología acerca de que «Cristo está en nosotros» y la idea de ir al cielo son relativamente raras en la Biblia, especialmente en los escritos de Pablo.³¹

Los eruditos debaten a menudo cuál es la idea teológica central del pensamiento de Pablo. Algunos se deciden por la justificación por la fe, sin embargo el verbo *justificar* solo aparece cuatro veces fuera de Romanos y Gálatas y ninguna de ellas en Efesios. La expresión «en Cristo» con sus 164 menciones, 36 de las cuales se dan en Efesios, es mucho más probablemente el tema central, o al menos *uno* de los temas centrales. La

redención, por ejemplo, se produce «en Cristo» (1:7), y lo mismo sucede también con la justificación y con todos los demás aspectos de la obra de Dios: tienen lugar en Cristo. ³² De hecho, la única forma en que la expiación tiene sentido, la única forma en que la muerte de Cristo se hace efectiva para nosotros, es si la unión entre Cristo y los creyentes se hace tan fuerte que, de algún modo, su muerte se convierte en la nuestra, y su vida, en nuestra vida. Esta solidaridad se logra por medio de una doble identificación vía la Encarnación y la fe. En la Encarnación, Cristo se identifica con nosotros y por la fe nosotros nos identificamos con él.

El lenguaje de hacer algo «con Cristo» o de «morir y resucitar con él» está estrechamente relacionado con la idea de estar «en Cristo».³³ El resultado es que los creyentes están tan estrechamente vinculados a Cristo que la imagen del «cuerpo» es una de las más expresivas de esta relación. *Los cristianos forman parte de Cristo (5:30) y el uno del otro (4:25)*. Una buena parte de Efesios se resume con estas dos afirmaciones.

La declaración de que los cristianos forman parte de Cristo tiene enormes implicaciones para el modo en que entendemos la salvación y la cristología. (1) Por lo que respecta a la salvación, Pablo enseña que formamos parte de Cristo y compartimos su muerte y resurrección. Por regla general, los evangélicos subrayan el aspecto sustitutorio de la obra de Cristo como la idea clave de la salvación. Aunque la sustitución es muy importante (ver 5:2), es únicamente *uno* de los aspectos de la explicación, no toda la enseñanza. De hecho, el modo en que, a menudo, se entiende la sustitución, milita contra lo que Pablo pretende subrayar acerca de estar en Cristo, puesto que la sustitución sugiere que Cristo toma nuestro lugar y nosotros salimos de la imagen, mientras que, según el punto de vista de Pablo, somos absorbidos en Cristo y nos hacemos uno con él. (2) Por lo que respecta a la cristología, el Cristo de Pablo ya no se considera como un mero ser humano. Es el Cristo cósmico, el centro de la actividad de Dios desde la eternidad (1:4), aquel que encarna y representa a toda la Humanidad (1:6–7), aquel en quien están a nuestro alcance todos los buenos dones de Dios (1:3), y en quien toda la Creación puede ser reunida (1:10). Sin utilizar títulos cristológicos, el pensamiento que subyace tras la locución paulina «en Cristo» expresa toda una cristología. ³⁴

Elección. Si es difícil explicar el concepto «en Cristo» a una cultura moderna, sin duda la elección también lo es. A primera vista, la elección parece una idea arcaica, confinada a la mentalidad bíblica y más problemática que provechosa para las audiencias modernas. Nos cuesta creer que Dios pueda escoger a algunos y pasar por alto al resto. ¿Cómo puede Dios ser un Dios de amor y hacer esto? Sin embargo, tales conclusiones van mucho más allá de lo que afirma el texto de Efesios.

Por otra parte, quizá la elección no sea tan extraña como parece en un primer momento. Ser seleccionado para formar parte de un equipo u organización, ser

admitido en una escuela, o escogido por alguien del sexo contrario son, todas ellas, afirmaciones de valor. En épocas recientes algunos extremistas musulmanes negros han argumentado que el pueblo escogido por Dios no es el judío, sino el negro. De manera similar, los «supremacistas» blancos han argumentado que la raza escogida por Dios no es la semita/judía sino la blanca. Ambos grupos intentan hacer suyo el lenguaje para valorarse a sí mismos. La elección, *la que tiene relación con los humanos*, expresa dos ideas: el valor que Dios otorga a los seres humanos y la responsabilidad que éstos tienen ante Dios. Ambas cosas siguen siendo importantes.

La terminología de la elección que encontramos en Efesios 1 *es principalmente acerca de Dios* y muestra las razones que hacen que éste sea merecedor de la alabanza. Cualquier conclusión que se saque ha de derivarse del hecho de que este pasaje es una doxología, no un texto de teología sistemática. Con esto no pretendo ignorar el contenido teológico de las doxologías, sino solo que permanezcamos dentro de la intención de Pablo en su adoración. Su propósito es centrarse en la acción de Dios, planificando y atrayendo a personas a sí por medio de Cristo. Si el enfoque es más colectivo que individual y si los escogidos lo son solo en el Elegido, Cristo, entonces este texto no tiene nada que ver con nuestro temor de que Dios escoja a algunos y pase por alto a otros. Esta es una conclusión extra bíblica acerca del *resultado* de la elección y del asunto de quiénes son escogidos. El enfoque del texto bíblico está en la *causa* de la elección —Dios— y su *propósito*: que los cristianos vivan vidas santas e irreprochables ante Dios. Dios valora a los seres humanos y los atrae —tanto a judíos como a gentiles— a sí mismo en Cristo. El acento está en la Gracia de Dios, y este texto no apoya ninguna discusión acerca de sus supuestas decisiones arbitrarias.

Sigue habiendo numerosas preguntas acerca de la elección, y los cristianos disientirán sin duda en sus respuestas. ¿Puede perderse la elección? ¿Es posible haber estado en Cristo y estar después fuera de él? Pero este texto (y la mayoría de los demás) no tratan estas preguntas y ello sugiere que podrían estar mal encaminadas. Pablo estaba más interesado en alabar a Dios por su Gracia. Aun concediendo que en el tema de la elección subyace un elemento de misterio, hay que subrayar ciertos puntos:

- (1) La elección es la Gracia de Dios en acción.
- (2) Dios escogió a Abraham y a Israel para llevar a cabo una tarea: bendecir a todas las naciones de la Tierra (Gén. 12:3).
- (3) Jesús asumió la tarea de Israel como el Escogido de Dios.
- (4) Las personas son escogidas en Cristo para tener una relación con Dios.
- (5) Si bien es cierto que Dios escoge, las personas siguen teniendo que tomar decisiones y son responsables de ellas.
- (6) Es cierto que la elección demuestra el favor de Dios, lo cual puede ser un fuerte

apoyo en un momento difícil, sin embargo nunca ha de tratarse como signo de superioridad.

(7) Y lo que es más importante, *la elección siempre implica responsabilidad*. Las personas son escogidas para llevar algo a cabo.

(8) La meta final de la elección es la revelación del carácter de Dios, que Efesios expresa como *la alabanza de su gloria*.

Por consiguiente, la mayor parte de los debates acerca de la elección deberían ser educadamente puestos a un lado. Si centramos nuestra atención en alabar a Dios por valorarnos, y caemos en la cuenta de la responsabilidad que tal valoración pone sobre nosotros, habremos entendido a Pablo, y daremos menos importancia a otras cuestiones relativas a la elección. Nadie ha de afanarse por saber si es o no escogido. La pregunta más importante es: «¿Estás en Cristo y eres uno con él?»

La responsabilidad que la elección introduce en este texto es de carácter ético: Hemos de vivir vidas santas e irreprochables delante de Dios. Algunos palidecerán ante este llamamiento a ser santos e irreprochables. Aunque como judío Pablo rechazó la experiencia de ser «irreprochable», como cristiano llamaba a los receptores de sus cartas a vivir irreprochablemente (cf. Fil 2:15 con 3:6). Este texto no promueve el perfeccionismo, pero sí llama a los cristianos a vivir vidas de servicio a Dios.

Lenguaje de salvación. Pablo se refería a su mensaje como «el Evangelio de la salvación» (1:13), sin embargo en nuestra cultura muchas personas no tienen ningún sentido de peligro ni sienten ninguna necesidad de salvación. Algunas palabras que sirven para designar la salvación pueden complicar nuestros intentos de entender este concepto. Términos como «gracia», por ejemplo, apenas si comunican algún contenido en nuestros días, e incluso palabras familiares como «adoptado» y «herencia» parecen extrañas en discusiones acerca de Dios. La construcción de puentes entre contextos requiere el paciente esfuerzo de sacar las palabras de sus envoltorios y analizar el dilema humano y la obra de Dios para resolverlo. En el último análisis, todo el lenguaje de la salvación pretende describir las distintas maneras en que Dios trata con el pecado y la alienación humana a fin de restaurar a las personas consigo mismo.

Al describir esta obra salvífica, la doxología presenta una constelación de las principales ideas de la teología de Pablo. Por supuesto, no es exhaustiva, pero Pablo utiliza cinco palabras clave para describir al cristianismo: Gracia, verdad, fe, amor, y esperanza. Las cinco aparecen en 1:3–14³⁵ y en otros pasajes clave de la carta. Estas cinco realidades tienen un orden lógico. La Gracia es siempre la primera; por ello recibe tanta atención al principio de esta carta. Describe la acción de Dios y es de importancia fundamental para la comprensión de los otros términos.

Pero se trata de una palabra difícil.³⁶ La gente sabe que es importante, sin embargo

muy a menudo se le otorga poco significado (a pesar de la popularidad de la canción «Sublime Gracia») y cumple únicamente una función «litúrgica». La Gracia es la realidad que necesitamos para vivir. Subraya que Dios nos valora y busca a pesar de nuestros fracasos y pecado. Pone de relieve que Dios es el que siempre toma la iniciativa y nos capacita. Aun cuando los seres humanos le ignoran, Dios sigue buscándoles y atrayéndoles a sí. El sentido de la palabra «gracia» es demasiado importante teológicamente como para soslayarlo, sin embargo es tan difícil que posiblemente haya de ser modelado antes de poder entenderse.

Otra palabra del lenguaje soteriológico que requiere contextualización es el término *redención* (cf. 1:7). En nuestro tiempo no se utiliza demasiado, y su contenido teológico no se reconoce con facilidad. Lo que las personas han de saber es que pertenecen y siempre han pertenecido a Dios. Por otra parte, Dios ha recorrido un largo camino — ha pagado un alto precio— para identificarse con la Humanidad por medio de la vida, muerte, y resurrección de su Hijo y para reconciliarla consigo. Redención significa que Dios obra activamente para restaurar su relación con el Hombre. No hemos de especular con la cuestión de a quién se paga el precio de la redención. Se trata de una figura literaria, y la Escritura nunca trata la idea de un pago literal.

Un sentido temporal. La comprensión de este pasaje requiere también que reflexionemos con respecto al tiempo. Tendemos a pensar solo en el presente, pero cualquier vida sana ha de enfocar al pasado, presente y futuro. Además de su presente, las personas necesitan conocer sus raíces y destino final. Para los cristianos todo esto es aún más importante. Hemos de tener un profundo sentido de toda la historia de Dios: su actividad en Israel, especialmente su obra fundamental en Cristo, y su reconfortante promesa para el futuro. Sin embargo, no podemos renunciar al presente ni por el pasado ni por el futuro. Los cristianos son personas que viven en el presente, fundamentados en el pasado, y motivados por el futuro. Además, el futuro no es una realidad relegada a lo por venir, sino algo ya experimentado. Las promesas de Dios se disfrutan ya en el presente, aunque su pleno cumplimiento sigue siendo futuro. Esta concepción del tiempo «ya/todavía no» ha de dominar la vida de los cristianos.

El aspecto más importante de este pensamiento «ya/todavía no» tiene que ver con el Espíritu Santo. Además de la actividad de Dios Padre y de las implicaciones cristológicas de este texto, tanto 1:3 como 1:13–14 aportan importante información con respecto al Espíritu. Aunque prometido al final de esta era, el Espíritu ya nos ha sido dado por el Cristo resucitado. Él nos transmite la presente bendición de Dios (v. 3) y es, al tiempo, la prueba de que le pertenecemos (v. 13). Por medio del Espíritu, los cristianos disfrutan ya los privilegios de la vida con Dios. Y el Espíritu garantiza también lo que es todavía futuro y hallará pleno cumplimiento cuando la vida con Dios sea consumada en la salvación futura.

Significado Contemporáneo

La aplicación de una doxología no puede llevarse a cabo de un modo directo. De manera explícita, este pasaje no demanda nada de los lectores, pero el mensaje implícito sugiere una aplicación en dos niveles. En el primero, vía imitación, los lectores han de hacer lo mismo que hizo Pablo: adorar y alabar a Dios. Cualquier intento de analizar y explicar este pasaje quedaría muy lejos de la exuberancia de la alabanza de Pablo. Pero en un segundo nivel las implicaciones de la teología de este pasaje para la vida cristiana son enormes. Algunos de ellos los consideraremos aquí; otros los analizaremos en el resto de la carta.

Realidad y adoración. ¿Por qué las personas no consiguen vivir en relación con Dios y servirle? ¿Acaso no es porque vemos casi siempre a Dios como un ser remoto, alejado y desvinculado de nosotros, y cuyas expectativas son irrelevantes, al menos en la realidad que conocemos? Más que ningún otro libro, Efesios pretende mostrar que no es así, que Dios ha estado y está activo a nuestro favor, y que lo que hace afecta tanto a las personas como a la Iglesia.

El Evangelio es una expresión de la realidad, de hecho representa un asalto en relación con la realidad que conocemos. La realidad no es solo la que nosotros percibimos en este mundo, incluye también los propósitos de Dios para esta era y la venidera. Como nos recuerda Walter Wink, «Adorar es recordar quién es el propietario de la casa.»³⁷ Si nos damos cuenta, aunque sea solo un poco, de que la «verdadera realidad» en que vivimos tiene que ver con un Dios que nos valora y que ha estado activo a nuestro favor, nuestras vidas cambiarán necesariamente. De repente, lo que Dios espera se hace importante.

Esta es justamente la razón por la que la adoración y la alabanza son tan cruciales. Nos dan la oportunidad de decir la verdad acerca de nosotros mismos y de Dios. En la adoración una comunidad regenera su propia alma,³⁸ restablece su identidad. En la adoración rechazamos aquello que es falsamente real e impropio para definarnos, y afirmamos la «verdadera realidad» de Dios, su salvación y la responsabilidad humana.

Cualquier grupo que vive bajo persecución sabe esto, pero quizá ninguno lo entiende mejor que la iglesia negra. Los cristianos negros han mantenido durante muchas generaciones que la realidad definitoria del mundo que ellos experimentan es una seudorealidad, puesto que también los negros son hijos privilegiados de Dios, y éste se encargará de que un día prevalezca la justicia. Por medio de la adoración este sueño se ha mantenido vivo. Lamentablemente, son hoy muchas las iglesias —tanto negras como blancas— que aceptan la seudorealidad de este mundo, hasta tal punto que el propósito de Dios queda, en el mejor de los casos, desdibujado. Muchos han aceptado la idea de que el pecado prevalecerá. Es cierto que la adoración tiene siempre una dimensión cultural por cuanto utiliza la cultura para expresarse, sin

embargo la adoración es también siempre contracultural, puesto que se niega a aceptar la seudorealidad de su tiempo. Hemos de mantener vivo el sueño de la «verdadera realidad» de Dios y por ello hemos de adorar con el enfoque e intensidad con que lo hace Pablo en su doxología. No es el pecado el que prevalecerá, sino Dios. En la adoración reconocemos a Dios por cuanto él nos ha reconocido a nosotros (cf. Rom 1:21, 28).

La oración y la alabanza son las actividades que mantienen la «verdadera realidad» ante nosotros. En palabras de Karl Barth, «juntar las manos en oración es el comienzo de un alzamiento contra el desorden del mundo.»³⁹ Por consiguiente, nuestra oración y adoración han de tener siempre un carácter *teológico*, recordándonos quién es Dios. Lejos de reflejar nuestra lista de necesidades para esta seudorealidad, la oración ha de describir a Dios y su realidad y por ello llevarnos más cerca de él.

El Dios al que adoramos no es un Dios remoto. Es nuestro Padre (1:3), y nosotros sus hijos (1:5). Vivimos nuestra vida *ante* él (1:4), y su Espíritu nos ha sido concedido (1:13–14). *La vida tiene un carácter relacional*, tanto hacia Dios como hacia otras personas. Este texto enfoca la vida como relación con Dios. A menudo, las personas temen perderse cosas importantes en la vida si la viven en relación con Dios. Lo único que se perderán es la distorsión y perversión propias de la vida sin Dios y la angustia que ella produce. Vivir con Dios no es optar por una especie de acercamiento minimalista a la vida; el Espíritu de Dios trae a ella cada privilegio.

Tengo la impresión de que la Iglesia de nuestro tiempo se ha olvidado de la genuina adoración. Las antiguas formas de adoración no encajan, y las nuevas no convencen. ¿Cómo recuperaremos la profundidad y espontaneidad de la doxología de Pablo? No propongo un plan establecido, pero estoy convencido de que la adoración no es un asunto de procedimientos, sino de experiencia con Dios; no se trata de tener un plan para adorar, sino de dedicarle tiempo y tener unos ojos lo suficientemente sensibles para discernir a Dios y su obra. El conocimiento de Dios conduce al asombro y la adoración. No hay forma de aprender a adorar aparte de la práctica. Abraham Heschel entendió bien el carácter de la adoración:

La oración es *nuestra* humilde *respuesta* a la inconcebible sorpresa de vivir. Solo una respuesta puede sostenernos: la gratitud por ser testigos de la maravilla, por el don de nuestro inmerecido derecho a servir, adorar y satisfacer. Es la gratitud lo que hace que un alma sea grande. ⁴⁰

Por otra parte, has de adorar algo, y lo harás entregándote a ello. Pero no existe nada ni nadie aparte de Dios que merezca tal grado de atención. Ninguna otra cosa ofrece tanto a cambio; de hecho, los ídolos demandan, por regla general, costosos sacrificios: para empezar tu dignidad, tu libertad, tu integridad y relaciones

saludables. Por otra parte, como señala Tom Wright, «Te conviertes en algo muy parecido a aquello que adoras.»⁴¹ La devoción nos da forma, sin embargo puesto que hemos sido creados a imagen de Dios, solo él tiene derecho a darnos forma. Todo lo demás es distorsión y pecado. La adoración es nuestro aliento, nuestro sostén en la vida. Aprende a adorar.

La realidad de estar en Cristo. Lo que es más importante, vivimos *en Cristo*.⁴² Nuestra conciencia de la presencia de Dios y de vivir en Cristo son las claves para todos los aspectos de la vida. Las personas pecan porque se olvidan de Dios. Qué extraño que podamos olvidar el «lugar» en que vivimos. Si sabemos que vivimos ante Dios y en Cristo, sabemos entonces que vivimos en una presencia que nos define. Nuestras vidas quedan determinadas por el carácter de Cristo y de Dios. Cada vez se hace más difícil decir «sé que vivo en Cristo, pero voy a hacer todo lo contrario de lo que él espera.» La ética cristiana se fundamenta en nuestro estar en Cristo. El acercamiento alternativo de cumplir con ciertas normas es siempre un fundamento inadecuado para la ética cristiana, puesto que demanda que el individuo se adapte a una norma externa. Sin embargo, cuando alguien vive en Cristo, Cristo se convierte en el ambiente de esta persona. Los cristianos han de vivir a partir de su medio ambiente, de su definición interior que procede de estar en Cristo y por el poder que imparte su Espíritu. La expectativa de 1:4b de que los creyentes vivan santa e irrepreensiblemente ante Dios emana de esta concepción.

Sin ignorar la importancia de que Cristo está en nosotros, la tan ignorada idea de que nosotros estamos en él es mucho más importante. Si subrayamos únicamente el hecho de que Cristo está en nosotros, estamos definiendo una realidad en la que adjudicamos a Cristo unos milímetros de estatura. Sin embargo, cuando somos conscientes de que estamos en Cristo, él determina la realidad y abarca todo lo que somos.

Para Pablo la fe es incorporación a Cristo, una comunión con él que determina la vida. La religión cristiana es mucho más que el mero asentimiento a ciertos hechos, como afirmaba una revista de actualidad. La comunión con Cristo no puede reducirse a la fe en ciertas doctrinas acerca de Cristo. No podemos apropiarnos personalmente de la muerte de Cristo aparte de nuestro estar en Cristo. La participación en Cristo destruye las alianzas erróneas, las tiranías y las malas orientaciones, y es dinámica y creativa de modo que nos convertimos en «portadores de Cristo.» Estar en Cristo es otra forma de hablar del hecho que Jesús es el Señor. Él determina nuestro ser.

Los cristianos han de vivir como personas que conocen su «geografía,» que saben que están en Cristo y, por consiguiente, forman parte de él. Por ello, los cristianos nunca han de verse a sí mismos como meros individuos. Sí, siguen siendo personas individuales, pero no *simples* individuos. Forman parte de Cristo, y como se irá ampliando a lo largo de la carta, son también parte de otras personas en Cristo. Como

tales, han de actuar siempre de acuerdo con quién es él. Todo lo que hacen —bueno o malo— involucra a Cristo. Saber que somos parte de Cristo produce una transformación ética.⁴³

La teología de Pablo «en Cristo» cambiará inevitablemente nuestro modo de evangelizar. La línea tradicional de «pedir a Jesús que entre en tu corazón para poder ir al Cielo» es un acercamiento débil en comparación con lo que Pablo describe, y hay pocas evidencias de que este fuera su procedimiento. No cabe duda de que Pablo instaba a la fe en Jesús, ¿pero qué significaba esto para él? Otros pasajes de Efesios nos ayudarán a responder esta pregunta (ver la exposición de 2:8), sin embargo lo que ya podemos decir es que para Pablo, la fe producía una unidad con Cristo.

¿Qué lenguaje hemos de utilizar para invitar a las personas a ir a Cristo? Posiblemente la imaginería del discipulado que habla de seguir a Jesús o de vincularse a él es un buen punto de partida. El lenguaje de Pablo de morir y resucitar con Cristo puede ser efectivo. Sea cual sea el vocabulario que utilicemos, las personas han de ser informadas de que la fe es relacional e implica que sus vidas han de integrarse en la de Cristo y formar parte de su cuerpo. En otras palabras, la salvación no es fruto de creer un número suficiente de hechos, sino de unirse vitalmente a Cristo. La cuestión de ir al Cielo ha de situarse en su correcta perspectiva para que la vida presente con Cristo y en el Espíritu reciban una atención adecuada. Puede que esta clase de evangelismo requiera más reflexión, pero es casi seguro que será también más efectiva en términos de vidas cambiadas.

La realidad de ser bendecido y valorado. Lo que dice 1:3 respecto a que Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual puede fácilmente producir ciertos malentendidos. Concebimos principalmente la bendición en términos de salud y cosas materiales, pero decididamente esta *no* es una teología de la salud y la prosperidad. Por otra parte, en ocasiones cuando leemos textos de este tipo somos tentados a decir «Pero yo no me siento bendecido». Recordemos que este texto fue escrito para unos receptores a quienes, posiblemente, Pablo conocía poco o nada. El apóstol no está hablando de lo prósperos que eran desde la perspectiva de este mundo o de lo felices que se sentían. Como ya se ha dicho, el mundo físico no es el límite de la realidad que presenta. Su afirmación de haber sido bendecidos en Cristo sigue siendo igual de verdadera aunque sus destinatarios hubieran estado sufriendo persecución. Se aplica tanto a cristianos atormentados en una nación africana dividida por la guerra como a los indulgentes cristianos norteamericanos. Lo que Pablo subraya es lo que Dios ha provisto con su Espíritu y en Cristo. El texto no habla «de otro mundo» en contraste con éste, sino que pone más bien de relieve «la otra realidad» y *su impacto en esta vida*. Las bendiciones son los valores y la salvación que se describen en el resto del pasaje.

Elección. Puede que la elección nos parezca de poca importancia contemporánea, y nada se consigue intentando forzar este idioma respecto a las gentes. De hecho, la

terminología de la elección es proclive a producir malentendidos, puesto que sugiere una decisión basada en cuestiones de valor, méritos, reconocimiento o logros, y ninguna de estas cosas tiene que ver con la elección de Dios. Por otra parte, es posible que este lenguaje sea demasiado valioso como para que podamos prescindir de él, puesto que la doctrina de la elección excluye la idea de que nosotros tengamos control de la situación. Nunca hemos de pensar que somos nosotros quienes escogemos y asumir que Dios está esperando tímidamente a que lo hagamos. Como humanos queremos tener el control de la situación; la elección nos dice lo contrario.

Al margen de las específicas palabras que utilicemos, la *función* de la terminología de la elección es importante. Este tipo de lenguaje sirvió para arraigar sólidamente el movimiento cristiano dentro del contexto de los tratos de Dios con Israel —lo cual nunca ha de minimizarse— y también para subrayar la actividad que Dios lleva a cabo para atraer a sí mismo a las personas y el valor que, de este modo, les otorga. En el momento en que los seres humanos se toman en serio el hecho de que Dios los valora, toda su perspectiva de la vida cambia. El hecho de que Dios se nos entregue a sí mismo, dándonos libertad para elegir y actuar independientemente, pero siempre atrayéndonos y aceptándonos, nos confiere una dignidad y un valor que ninguna otra cosa puede conseguir. Esta valoración motiva cada aspecto de la vida.

Este enfoque en la elección e iniciativa de Dios no ha de llevarse a un extremo. Como afirmó un teólogo «con la teología siempre hay que pagar.»⁴⁴ Lo que quería decir es que si pagamos demasiado por una idea teológica, no nos quedará suficiente para otras verdades necesarias. A menudo, las personas pagan tanto por ideas como la elección que no les queda nada para otras necesidades como la libertad y la responsabilidad humanas. Las ideas bíblicas siempre han de mantenerse en tensión con otras verdades de la Escritura. La exposición que hace Pablo de la elección de Dios no tiene nada que ver con el fatalismo, o con un determinismo que reduce la acción y la responsabilidad humanas. La tendencia a preguntar qué porcentaje de la salvación le toca a Dios y cuál al hombre está mal encaminada. Tal enfoque asume que los seres humanos y Dios actúan de un modo aislado. Sin embargo, la verdad es que la salvación es una obra completamente divina en la que los seres humanos están también completamente implicados. Si Dios es aquel en quien vivimos, nos movemos y somos (Hch 17:28), entonces no actuamos de manera aislada cuando tomamos una decisión que nos une a él y a sus propósitos. Dios es quien obra en y a través de nosotros cuando nosotros le elegimos.

Wendell Berry entendió esta estrecha relación entre la vida de Dios y la nuestra:

El problema es, por supuesto, que *no* somos los únicos autores de nuestra vida. Cada uno de nosotros es el fruto de muchos autores ... Podríamos afirmar que, en la formación de la raza humana, todos estamos colaborando con Dios y con la naturaleza en la configuración de nuestro

Colaboramos con Dios en la configuración de nuestra propia vida y en la de aquellos con quienes interactuamos. Este es el argumento de Pablo en Efesios. Pero antes de ello Pablo quiere dejar algo claro: Dios actuó primero. Él nos creó, nos dio todo lo que necesitamos en Cristo, y puso su Espíritu en nosotros para que podamos colaborar con él viviendo vidas santas. El cristianismo es una fe maravillosamente liberadora y creadora.

Bendecidos para ser santos. En ocasiones, los cristianos debaten sobre si la Iglesia es un colectivo de creyentes liberados o un hospital de almas enfermas. No se trata de elegir entre alguna de estas dos cosas puesto que, sin duda, la Iglesia está formada por creyentes a quienes se ha dado libertad en Cristo para ser una comunidad donde los quebrantados reciban sanidad. Sin embargo, el texto que estamos considerando nos obliga a plantearnos de nuevo el carácter de la Iglesia, uno de los temas centrales de la carta. Los cristianos han de vivir de un modo santo e irreprochable ante Dios (1:4). Sin embargo, esto no es un peso opresivo, sino un privilegio y una responsabilidad a partes iguales. Estamos llamados a vivir en consonancia con el propósito de Dios para nosotros.

Al margen de otras cosas, la Iglesia ha de ser un colectivo de personas *cambiadas*, una comunidad que vive éticamente ante Dios. No se trata de una vida centrada en el cumplimiento de reglas o la realización compulsiva de buenas obras, sino de ser personas que viven su relación con Dios. Tanto quienes están dentro de la Iglesia como quienes viven fuera de ella tienen derecho a esperar cambios en la conducta de los cristianos. La pureza, o una vida recta no son una opción.

Esta conducta coherente es muy especialmente necesaria en las vidas de los dirigentes de la Iglesia y los pastores. Vivimos en un tiempo en el que, prácticamente, se ha perdido todo respeto a los pastores y dirigentes de la Iglesia, puesto que demasiados de ellos han abusado de su posición por razones egoístas o han mostrado que realmente no daban importancia a su relación con Dios. Esta vida ética que fluye de la vida con Dios es responsabilidad de todo cristiano, y los dirigentes han de expresarla o renunciar a sus cargos. El hecho de haber sido bendecidos y valorados por Dios demanda una vida en consonancia con él.

Gracia. Este es uno de los textos más expresivos del Nuevo Testamento acerca de *la Gracia*. La Gracia de Dios ha sido pródigamente derramada sobre nosotros (1:6–8) y es una importante razón para alabarle. Esta teología de la Gracia será ampliada en 2:4–10; 3:7–10; 4:7–10, 29–32, sin embargo ya aquí las implicaciones son claras. La aplicación principal tiene que ver con el modo en que nos vemos a nosotros mismos y a nuestros egos. La sensación de ser inundado por la Gracia de Dios neutraliza

cualquier percepción negativa o desvalorización de uno mismo y cualquier idea de falta de sentido. ¿Cómo podemos llamar falta de significado a algo que Dios ha valorado tanto? ¿Cómo podemos considerar sin valor aquello que Dios ha escogido y en lo que tanto ha invertido? Al mismo tiempo no puede haber ninguna arrogancia o excesiva valoración puesto que todo el valor procede de Dios. La Gracia elimina tanto el egoísmo como la propia infravaloración.

Pablo no explica aquí la responsabilidad que viene con la Gracia, sin embargo es evidente que «la gracia barata» no es una opción viable. Si Dios nos ha concedido tanto valor, no podemos devaluar sus esfuerzos ignorándole a él o las implicaciones que este hecho tiene para la vida. La Gracia ha de llevar precisamente adonde nos conduce en este texto: a la gratitud que se expresa y se vive. En el cristianismo, *religión es Gracia, y ética, gratitud*.⁴⁶ La primera respuesta al hecho de que Dios nos valora debe ser acción de gracias y alabanza a él. El resto de la vida cristiana se deriva de este hecho.

Como muestra el lenguaje de la Gracia y la elección, la mayor parte de esta doxología trata realmente de que Dios nos concede un gran valor. Él nos bendijo y escogió desde la eternidad, nos distinguió, hizo planes a nuestro favor, envió a Cristo, se reveló a nosotros, reunirá todas las cosas en Cristo en quien tenemos herencia, nos dio el Espíritu como garantía, y nos redimirá como pueblo suyo. La triple repetición de la expresión *para alabanza de su gloria* (1:6, 12, 14) muestra la única respuesta posible a todo ello: adoración y gratitud al Dios que tanto nos valora y tanto ha hecho por nosotros. Este texto es tanto un llamamiento a adorar como un ejemplo clásico de lo que debería ser la adoración.

Para quienes valoran adecuadamente a Dios, tanto la adoración como la obediencia son naturales, no necesariamente fáciles, pero sí naturales. El problema es que a tantos de nosotros nos cuesta creer que Dios realmente nos valora de un modo personal e individual. Quienes ya tienen imágenes negativas de sí mismos o han sido golpeados por la vida necesitarán más que simples palabras acerca del valor que tienen para Dios, para cambiar la percepción que tienen de sí mismos. La Iglesia tiene la responsabilidad de valorar adecuadamente a las personas. Por medio de su adoración los cristianos dan fe de la «verdadera realidad» por la que Dios valora y busca a cada ser humano, y mediante sus acciones los cristianos transmiten valor a los demás por el modo en que viven.

Tal como se ha indicado antes con la elección, *cualquier* punto teológico puede llevarse a un extremo. Cuando se pone un acento exagerado o erróneo en el valor que tenemos para Dios, el peligro es la arrogancia y el fariseísmo. Un desacertado enfoque en los privilegios de la revelación y la elección llevó a los judíos del mundo antiguo a desarrollar un erróneo desdén hacia los no judíos. Los cristianos han sido culpables de este mismo pecado. El valor que tenemos para Dios puede erradamente traducirse en

un sentido de superioridad inherente en relación con otras personas. Tal actitud no puede coexistir legítimamente con una adecuada concepción de la Gracia.

La realidad de Dios en acción. No cabe duda de que este texto subraya la actividad de Dios en relación con el pasado, el presente y el futuro. Con demasiada facilidad se asume que Dios no está activo porque no se ven manifiestas acciones de su parte. Sin embargo, las acciones de Dios son rara vez «públicas». De hecho, Isaías 45:15 dice que Dios es un Dios que se oculta, o en palabras de un erudito, «una presencia escurridiza.» Dios no se nos impone, sin embargo este Dios oculto sí se nos revela y está activo dándonos a conocer su Gracia y propósitos en Cristo. Casi necesitamos una señal que diga: «Reduzca la velocidad: Dios está obrando.» La confianza de que Dios está trabajando en el desarrollo de sus propósitos nos prepara para anticipar su obra y ser receptivos a ella. Una teología correcta acerca de un Dios activo conduce a una vida piadosa.

Sin embargo, hemos de poner cuidado en el lenguaje que usamos acerca de las acciones de Dios. Convencidos de que, ciertamente, Dios actúa, algunas personas asumen que todo lo que sucede es obra suya, lo cual no es cierto. Vivimos en un mundo lleno de contingencias, en el que suceden cosas buenas y malas, a personas buenas y malas. Dios no es la *causa* de todo lo que sucede. Esta idea concede demasiada importancia a la Soberanía de Dios. Dios puede permitir que se produzcan ciertos acontecimientos, sin embargo no los manipula como si de un titiritero se tratara. La razón por la que Dios permite que a los seres humanos les sucedan hechos horribles es un problema que permanecerá con nosotros. Efesios 2:1–3 se refiere a un «príncipe de la potestad del aire» quien está también obrando entre los desobedientes, y 5:3–16 apunta a la maldad humana. La enfermedad y la violencia de la Naturaleza solo hacen que el problema sea más complejo.

Y lo que es más importante, como creyentes podemos estar confiados de que al margen de lo que suceda, no nos sucede solo a nosotros. No estamos solos. En todo lo que sucede hemos de tratar con Dios, especialmente cuando vivimos en Cristo. Todos nosotros procedemos de Dios. Hagamos lo que hagamos, aunque sea pecar, nuestros actos tienen que ver con Dios. Nunca estamos solos ni fuera de su vista o preocupación. Y nos dirigimos hacia Dios; su plan pasa por un futuro con él. Esta es precisamente la implicación de la doxología con su enfoque en el plan eterno de Dios de tener un pueblo para sí, en su obra en Cristo y en el Espíritu, y en la futura redención y reunión de todas las cosas en Cristo.

El acento de este texto está en el futuro triunfo de Dios, no en que nosotros vayamos al Cielo. Hemos de recordar que esta victoria ya ha sido demostrada por su obra en Cristo. En Efesios 1:18–23 y 2:4–10 se desarrollará este pensamiento, no obstante, ya en la doxología el futuro no es simplemente un suceso que se produce en algún periodo posterior. Este futuro se ha situado en el presente y cambia el modo en que

viven los cristianos. La redención es algo que ya tenemos y que, al mismo tiempo, esperamos (1:7, 14). Esto significa que los cristianos ya pertenecen a Dios, y que su propiedad se consumará cuando Cristo reúna en sí mismo todas las cosas. Los cristianos han de vivir como quienes pertenecen a Dios: seres humanos que saben lo que les pertenece por pertenecer a Dios y lo que sigue siendo futuro.

No hay acontecimiento que exprese con mayor claridad el futuro triunfo de Dios que el don del Espíritu Santo. En Efesios se desarrollarán más adelante varios aspectos de una teología del Espíritu, pero en 1:13–14 el apóstol habla del Espíritu como verificación de que pertenecemos a Dios y de que él cumplirá plenamente la promesa que nos ha hecho. Los textos de este tipo muestran que el don del Espíritu no es una segunda bendición o un estadio más elevado de la fe y vida cristiana, algo reservado a la élite espiritual. No, el Espíritu es la posesión —la necesaria posesión— de todos los cristianos. Es el don que Dios nos da para mostrarnos que somos suyos, y con él nos otorga un sentido de la presencia y participación de Dios en nuestras vidas.⁴⁷ El beneficio obvio de tener al Espíritu es la sensación de paz y seguridad que viene cuando pertenecemos a Dios. ¿Cómo sabe una persona que tiene al Espíritu? Principalmente en el cambio que se produce en su vida, especialmente en el amor. Este cambio es tanto obra del Espíritu como evidencia de su realidad.

Hemos de vivir en la realidad de pertenecer a Dios. Dios está activo, planificando, bendiciendo, valorando y amando a los seres humanos, y su obra en Cristo y en el Espíritu son tanto los medios como la prueba de esta obra. Con esta explicación de la realidad, la doxología ha establecido ya la dirección para la vida cristiana que se describe en el resto de la carta. Esta es la realidad a partir de la cual los cristianos han de entenderse a sí mismos y desde la que han de vivir.

Terminamos parafraseando la doxología de Efesios 1:3–14:

¡Cuán maravilloso es Dios! Su Espíritu ha provisto todo lo necesario para la vida. Ha puesto a nuestra disposición todo lo que es bueno en Cristo. Alabamos a ese Dios.

Desde el mismo comienzo Dios ha estado atareado ideando el modo de atraernos a sí mismo para que podamos vivir con él y para él. A través de Jesucristo nos ha hecho formar parte de su familia. Por ello le debemos nuestra alabanza, por la manera tan generosa como se entregó a sí mismo en Cristo. En la muerte de Cristo se expresa la gran preocupación de Dios por nosotros; Dios se dio a sí mismo por nosotros para reconciliarnos consigo y hacernos su pueblo. ¡Qué amor tan abundante has derramado sobre nosotros! ¡Te honramos, oh Dios!

En su insondable sabiduría Dios nos ha dado a conocer su plan y deseo

de reunir todas las cosas en Cristo. Esto incluye todas las cosas de nuestro mundo y todas las cosas del mundo de Dios. Sorprendentemente, el plan de Dios nos incluye a nosotros y nos permite participar en lo que él está haciendo. Por ello le debemos alabanza a Dios por la esperanza que es nuestra en Cristo. Cuando hemos oído hablar de la verdad de Dios y hemos creído las buenas nuevas de su plan, Dios nos ha marcado como propiedad suya dándonos a su Espíritu. La morada del Espíritu en nosotros es una promesa solemne por parte de Dios de que él completará su plan y de que un día viviremos verdaderamente con él. Por todo esto le debemos a Dios nuestra alabanza. ¡Te adoramos, oh Dios nuestro!

Efesios 1:15–23

Por eso yo, por mi parte, desde que me enteré de la fe que tienen en el Señor Jesús y del amor que demuestran por todos los santos, 16 no he dejado de dar gracias por ustedes al recordarlos en mis oraciones. 17 Pido que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre glorioso, les dé el Espíritu de sabiduría y de revelación, para que lo conozcan mejor. 18 Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre los santos, 19 y cuán incomparable es la grandeza de su poder a favor de los que creemos. Ese poder es la fuerza grandiosa y eficaz 20 que Dios ejerció en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y lo sentó a su derecha en las regiones celestiales, 21 muy por encima de todo gobierno y autoridad, poder y dominio, y de cualquier otro nombre que se invoque, no solo en este mundo sino también en el venidero. 22 Dios sometió todas las cosas al dominio de Cristo, y lo dio como cabeza de todo a la iglesia. 23 Ésta, que es su cuerpo, es la plenitud de aquel que lo llena todo por completo.

Sentido Original

Esta es la única carta paulina que combina tanto una doxología como una acción de gracias e intercesión. La petición de Pablo por la constante obra de Dios en sus lectores surge de su acción de gracias por lo que Dios ha llevado ya a cabo en ellos. Puesto que los temas de la oración intercesora de 1:15–23 están presentes en 3:14–21, estos dos pasajes deberían compararse.¹ Obsérvese también los extensos paralelismos entre este pasaje y Colosenses 1:4–12, 15–19.

Estructura. Igual que sucedía en el pasaje anterior, también el texto griego de 1:15–23 es una larga oración gramatical. El proceso de pensamiento está claro:

- A. El informe que Pablo tiene de su fe y amor (1:15)
- B. La afirmación de que el apóstol da gracias y ora por ellos (1:16)
- C. Intercesión por el don de la revelación (1:17–23)
 - 1. La principal petición es que Dios imparta su Espíritu de revelación (1:17)
 - 2. La meta de la oración es que la revelación traiga un triple conocimiento de Dios (1:18–19)
 - a. Que conozcan la esperanza de su llamamiento (1:18a)
 - b. Que conozcan las riquezas de su gloriosa herencia en los santos (1:18b)
 - c. Que conozcan su incomparable poder (1:19)
 - 3. Descripción de la operación del poder de Dios en Cristo (1:20–23)
 - a. Resurrección de entre los muertos (1:20a)
 - b. Exaltación a la diestra de Dios y por encima de toda autoridad o poder (1:20b–21)
 - c. Prueba bíblica de la sumisión de todas las cosas a Cristo (1:22a)
 - d. Cristo como cabeza de todas las cosas a la Iglesia, su cuerpo (1:22b–23a)
 - e. La plenitud que llena todas las cosas (1:23b)

Se hace necesario recordar que las divisiones en capítulos y versículos se añadieron posteriormente al texto bíblico (siglos XIII y XVI respectivamente). Aunque en 2:1 tiene lugar cierto cambio, considero que poner aquí una división de capítulo es poco afortunado, ya que la siguiente sección (2:1–10) es una continuación de este texto. La descripción del gobernador del aire que encontramos en 2:2 desarrolla el pensamiento de «todo gobierno y autoridad» en 1:21, y 2:5–6 extiende a los creyentes lo que se afirma acerca de Cristo en 1:20.

Introducción a la oración (1:15–16)

La expresión «por eso» nos dirige a la doxología anterior, lo cual afirma el carácter fundamental de este pasaje. La teología de la doxología motiva el resto de la carta y debería leerse de nuevo al comenzar el análisis de cada nueva sección. El modo en que Dios ha obrado para llevar a cabo la salvación motiva tanto la alabanza de Pablo como su intercesión. El propósito de esta oración es que las personas experimenten en sus propias vidas los beneficios que se mencionan en la doxología.

La expresión «fe en el Señor Jesús» no es la forma habitual que tiene Pablo de hablar de Jesús como objeto de fe, aunque hay otros pasajes de las cartas paulinas que ocasionalmente hablan de Jesús de este modo (1:13; Col. 1:4 [cf. Filemón 5]; probablemente Rom 3:25; Gál 3:26; 1 Tim 3:13; 2 Tim 3:15). En Efesios, la expresión «el Señor Jesús» solo aparece aquí, sin embargo, sí está presente en las otras cartas de Pablo, especialmente en la correspondencia tesalonicense. En ocasiones, el nombre «Jesús» puede acentuar el carácter histórico de su persona, sin embargo no parece que este sea el matiz que Pablo quiere darle aquí. Las variaciones de los nombres de Jesús y su orden no pretenden establecer ninguna distinción.

La fe en Cristo conduce inevitablemente a «amar» a otros a quienes Dios ha separado para sí en Cristo. Obsérvese la trilogía de fe, amor y esperanza que encontramos aquí y al menos en otros nueve pasajes del Nuevo Testamento.² Mientras que en este texto Pablo ha oído hablar de la fe y el amor de sus destinatarios y pide a Dios que puedan conocer las dimensiones de su esperanza, en Colosenses la esperanza parece ser la base de la fe y el amor. Hay una serie de matices en la forma en que se utiliza esta trilogía. El hecho de que estas tres virtudes aparezcan juntas con tanta frecuencia en los escritos de la Iglesia Primitiva no es accidental. Representan realidades fundamentales para el cristianismo, y junto con la Gracia y la verdad, resumen el Evangelio y sus consecuencias.³

Los versículos 15–16 sugieren la posibilidad de que Pablo ni siquiera conociera personalmente a los receptores, sino que solo hubiera oído hablar de su fe y de su vida. Esto basta para que el apóstol tenga una buena relación con ellos e interceda a su favor. Cuando Pablo afirma que no ha dejado de orar por ellos, lo que está diciendo figurativamente es que ora por ellos con regularidad. En muchas de las oraciones introductorias de sus cartas, Pablo expresa ideas similares (ver especialmente Rom 1:9–10).

La intercesión de Pablo (1:17–19a)

La expresión «Padre glorioso» (NVI) es literalmente «Padre de gloria.» Si bien esta es una manera legítima de traducir un genitivo griego, la expresión «Padre glorioso» es probablemente demasiado débil. La palabra «gloria» se refiere con frecuencia a aquello que hace visible a Dios o a su actividad de hacerse visible. Obsérvese, por ejemplo, la clásica descripción de la revelación de Dios en Éxodo 33:17–34:7, donde Moisés le pide a Dios que le muestre su gloria.⁴ Dado el contexto de Efesios, el matiz parece ser «el Padre que muestra su gloria,» o sea, el Padre que se revela a sí mismo.⁵ Como sucede en la doxo-logía, a Dios se le considera un dador, que mediante sus dones se da a conocer a sí mismo, su *carácter* y sus planes.

El propósito de la oración de Pablo es claro: que las personas reciban revelación para saber lo que tienen en Cristo. No obstante, surgen algunas preguntas sobre el propósito de ciertas palabras específicas. ¿Cómo, por ejemplo, ha de entenderse la expresión «Espíritu de sabiduría y de revelación»? ¿Alude acaso al Espíritu Santo (así lo entiende la NVI) quien imparte sabiduría y revelación, o al espíritu humano que es capacitado por Dios para ver la sabiduría y revelación que él da?⁶ Algunos comentaristas afirman que ambas ideas están presentes, sin embargo, éste no es probablemente el propósito de Pablo en este pasaje. Los temas de la sabiduría y la revelación se subrayaron ya en 1:8–9. Pablo se centra aquí en lo que consiguen los seres humanos, pero como muestra 3:16, está pensando en el Espíritu Santo como aquel que lleva a cabo esta tarea (ver también 2 Cor 2:10–12).⁷

Efesios 3:5 habla de la revelación dada por el Espíritu a los apóstoles y profetas, sin embargo aquí la revelación está abierta a todos y todos la necesitan. Igual que en 5:18 Pablo anima a los creyentes a vivir llenos del Espíritu (que ya es suyo como garantía, 1:13), así aquí Pablo ora para que el Espíritu les imparta constantemente el conocimiento pertinente acerca de Dios (el pronombre «él» en 1:17 se refiere a Dios, no a Cristo). Como sucede en la doxología, este texto es *teocéntrico* y *trinitario*. Algunas secciones de Efesios (p. ej., 2:11–22) son esencialmente cristocéntricas, sin embargo la mayor parte de la carta, especialmente 1:3–2:10, es teocéntrica.

La conexión de 1:18 con 1:17 es un tanto problemática. Aunque la NVI traduce «pido también que les sean iluminados los ojos del corazón», el texto dice literalmente «teniendo los ojos del corazón iluminados.» Por otra parte, esta oración de participio está en acusativo y no presenta ninguna conexión gramatical evidente con el resto del texto. El texto de la NVI sugiere que Pablo pedía dos cosas distintas: (1) el Espíritu de sabiduría y revelación, y (2) la iluminación del corazón. Este planteamiento es posible, sin embargo cabría esperar que una idea así se expresara de otro modo. Otra posibilidad, aunque no más fácil desde el punto de vista gramatical, es que esta expresión pretende explicar la frase «Espíritu de sabiduría y revelación.»

A pesar de las dificultades gramaticales, la intención de Pablo está clara, a saber, que el Espíritu de Dios, que ha sido ya impartido a sus lectores, conceda constantemente a sus receptores sabiduría y revelación para vivir y entender los propósitos de Dios. El resultado es que los «ojos interiores», los instrumentos con que el ser interior ve y entiende, recibirán luz para ver. En otras palabras, el apóstol pide a Dios que en el interior de las personas se enciendan las luces que les permitirán conocer a Dios y entender los beneficios del Evangelio.

Por lo que hace al contenido de la intercesión de Pablo, este quiere que sus lectores conozcan tres realidades acerca de Dios: la esperanza de su llamamiento, las riquezas de su herencia en los santos, y la incomparable grandeza del poder que actúa en nosotros. La relación entre sí de estas tres peticiones es bastante oscura. ¿Se trata de tres elementos distintos? ¿O acaso de uno solo con dos explicaciones? ¿O es la misma cuestión vista desde tres perspectivas diferentes? Puesto que el segundo elemento habla de las riquezas de la herencia de Dios y los otros dos de beneficios que reciben los creyentes, es mejor considerar que se trata de tres elementos distintos. Con esto no pretendemos sugerir que otros elementos carezcan de importancia, sino solo que aquí se subrayan estos tres.

(1) Que los cristianos han de conocer «la esperanza a la que [Dios] les ha llamado» significa que éstos han de entender la importancia que tiene el llamamiento de Dios para su futuro. De hecho, Pablo le pide a Dios que sus receptores lleguen a comprender la relevancia que tiene el hecho de que Dios les haya escogido: uno de los temas de la doxología. El enfoque de Pablo no está en el hecho de la elección, sino en su resultado, a saber, la consumación del plan de Dios en la eternidad. Pablo quiere que los creyentes sepan que el llamamiento de Dios produce un cambio radical —y *positivo*— por lo que respecta a sus expectativas para el futuro. Su comprensión de esta esperanza cambiará, por tanto, su forma de vivir. En 4:1, 4, Pablo extenderá este enfoque a las implicaciones éticas del llamamiento de Dios por lo que a su vida diaria y a la unidad se refiere.

La esperanza es un tema importante de esta carta, a pesar de que la palabra «esperanza» aparece únicamente aquí y en 2:12 y 4:4.⁸ El contenido de la esperanza se ha implicado ya en el término «fe.» De hecho, C. F. D. Moule definió acertadamente «esperanza» como «la fe que se pone de puntillas.»⁹ En Romanos 8:24 Pablo llega incluso a decir que somos salvos por esperanza. Una característica esencial del cristianismo es su *inclinación* hacia el futuro, y Pablo desea que sus lectores tengan una clara impresión de lo que el llamamiento actual de Dios significa para su futuro.

(2) El modo en que la NVI traduce la segunda realidad es cuando menos cuestionable. «La riqueza de su gloriosa herencia entre los santos» (1:18b) es literalmente, «la superabundancia de la gloria de su herencia en los santos». Este tipo de combinaciones litúrgicas crea dificultades a los traductores (ver 2 Cor 4:4, 6), sin

embargo aunque la expresión «de la gloria» ha de entenderse como el adjetivo «gloriosa», este ha de modificar a «riquezas» en lugar de a «herencia.» No obstante, la frase «la superabundancia de la gloria» es más que cualquiera de estas ideas. Pablo está indicando la inmensa gloria que se expresa cuando Dios recibe como herencia a los seres humanos que ha puesto aparte para sí. Pablo se refiere a la herencia del *Padre*, no a la de los creyentes (cf. 1:14). «En los santos» significa que la herencia se encuentra, o consiste en estas personas. Cuando Dios reciba como herencia a su pueblo se producirá también la revelación de su verdadera naturaleza y sus hijos disfrutarán de él. Su gloria se hará entonces manifiesta.

(3) La tercera realidad que los creyentes han de conocer es la «incomparable grandeza del poder» de Dios a favor de los seres humanos que tienen fe. Con la mención del *poder* Pablo hace explícito un tema que ha estado implícito desde el principio y es central a la carta. De hecho, desde un punto de vista estadístico, Efesios utiliza más palabras que aluden al poder que ninguna otra de las cartas del Nuevo Testamento. Solo en el versículo 19 aparecen cuatro palabras distintas para expresar el concepto de «poder», y que subrayan la actividad de Dios en las vidas de las personas. Aquí el apóstol señala lo que el poder de Dios ha conseguido mediante la resurrección de Cristo y su exaltación a la diestra de Dios. Pablo desea que los creyentes sepan que este gran poder está a su alcance.

Es significativo que lo que aquí se señala no es tanto el poder inherente de Dios, o un cierto despliegue cósmico de fuerza, sino más bien la potencia vivificadora de la deidad que está específicamente a disposición de los creyentes. De este modo, la oración mira atrás, a la doxología donde se subraya la actividad planificadora y ejecutiva de Dios a nuestro favor y al de nuestra salvación.¹⁰

La exaltación de Cristo (1:19b-23)

En el versículo 20 la NVI, como la mayoría de las traducciones, vierte «le resucitó de entre los muertos.» Efectivamente, el texto griego utiliza el plural «de entre los muertos» (como en la mayoría de los pasajes del Nuevo Testamento que hacen referencia a la resurrección de Cristo). Lo que se resalta no es que Cristo fuera levantado de un estado de muerte, sino que lo fue *de entre* los muertos. Esto representa una importante diferencia, puesto que sugiere que su resurrección no se consideraba como un acontecimiento aislado, sino como la primera etapa de la resurrección futura.¹¹ Su resurrección es una inauguración de la resurrección final.

Cristo ha sido resucitado y está ahora exaltado «en los lugares celestiales.» Estas palabras expresan la dignidad y el honor que el poder de Dios ha otorgado a Cristo (Fil 2:9–11). Como hemos indicado anteriormente,¹² la expresión «en los lugares celestiales» no hace referencia al Cielo o a una ubicación literal; su utilización en relación con los gobernantes y poderes (3:10) y la lucha espiritual (6:12) hace que esto sea imposible. «En los lugares celestiales» apunta aquí a la presencia de Cristo con Dios y a la más extensa realidad de la vida con Dios. El hecho de que Cristo fuera exaltado a la más elevada posición muestra la importancia de su vida, muerte y resurrección. Por otra parte, su exaltación muestra que se ha producido un cambio. El centro de gravedad de la vida no está en la existencia terrenal, sino en la esfera celestial con Cristo y con Dios. En tanto que aquel que ha sido exaltado, Cristo es Señor, y su exaltación es determinante para la vida y para la Iglesia. Las implicaciones de esta exaltación se irán desarrollando a lo largo de la carta (especialmente en 2:5–6; 4:7–16).

Este lenguaje de Pablo era utilizado frecuentemente por la Iglesia Primitiva para aludir a la resurrección y exaltación de Cristo, tanto es así que algunos eruditos plantean la poco probable sugerencia de que, tras este texto, subyace un antiguo himno cristiano. La imagería de 1:20 que presenta a Cristo sentado a la diestra de Dios y exaltado sobre los poderes procede del Salmo 110:1.¹³ Pablo sigue adelante en 1:22a vinculando el sometimiento de estos poderes con el Salmo 8:6b. Estos dos textos del Antiguo Testamento se utilizan también para describir la resurrección y exaltación de Cristo en 1 Corintios 15:25–28 y Hebreos 1:13–2:9.

Es evidente que esta confirmación veterotestamentaria de la resurrección y exaltación de Cristo fue importante para la Iglesia Primitiva a fin de mostrar que Cristo estaba vivo y que él es el Señor, aquel que puede salvar, y de quien nadie puede separarnos. En el Salmo 8 todas las cosas ya le son sujetas, mientras que en el Salmo 110 están en proceso de serlo. De manera similar, algunos textos del Nuevo Testamento ven esta sujeción de los poderes como algo todavía incompleto (cf. 1 Cor 15:25–28; Heb 2:5–9); en otros se asume que esta sujeción de todas las cosas es ya plena (cf. Ef. 1:20–22; 1 Ped 3:22). Esto ilustra de nuevo la tensión entre el «ya» y el

«todavía no»: La resurrección y exaltación de Cristo como Señor le han dado ya todo poder y autoridad, sin embargo, todas las cosas todavía no han sido reunidas en él (Ef. 1:10). Como se muestra en 2:1–3, otras fuerzas siguen estando aún en acción.

A lo largo de la carta se evidencia una preocupación por la cuestión del poder espiritual que culmina en 6:10–20 con una exposición de la lucha espiritual. Un reciente estudio de la carta a los Efesios sostiene que esta se redactó para corregir ciertas actitudes y creencias respecto a los poderes espirituales en el Asia Menor del primer siglo. Según este acercamiento, Efesios habría sido fruto de una preocupación pastoral para instruir a los lectores acerca de la relación de Cristo y los creyentes con los poderes espirituales.¹⁴ El manifiesto acento sobre los poderes mágicos y espirituales en la ciudad de Éfeso y sus alrededores otorga cierta verosimilitud a este punto de vista (cf. Hch 19:11–41, donde se subrayan milagros, exorcismos, la quema de libros de magia, y el disturbio suscitado por la ofensa a Artemisa, la principal deidad de la ciudad de Éfeso, vinculada a ciertas creencias astrológicas). Por otra parte, el contenido de esta carta no puede clasificarse completamente bajo este tema.

Los poderes (1:21–22a). Las cinco categorías de poderes que se mencionan en 1:21 — «gobierno», «autoridad», «poder», «dominio» y «nombre», son una agrupación de términos para subrayar la totalidad de la victoria de Cristo sobre ellos. Las distinciones entre estos términos no permiten colegir ciertas conclusiones, ni pretenden establecer una jerarquía de tales poderes.¹⁵ De hecho, es difícil llegar a una exacta definición de estos cinco términos por tres razones: (1) La exposición que hace el Nuevo Testamento acerca de los poderes es breve y general, (2) la mayor parte de los términos se usa para aludir tanto a seres humanos *como* a seres espirituales, y (3) la anterior utilización de algunos de estos términos no es de gran utilidad al respecto. Por ejemplo, en Lucas 12:11 y 20:20 los términos «gobernantes y autoridades» se aplican a seres humanos. La palabra «autoridad» (*exousia*) no se utiliza para aludir a los poderes angélicos o demoníacos antes del periodo del Nuevo Testamento, y el término «dominio» (lit., «señorío») no aparece antes de su uso cristiano. El significado de «gobernador» (*arche* o *archon*) es objeto de debate. ¿Alude 1 Corintios 2:8 a los poderes humanos responsables de la crucifixión del Señor de la gloria, o es acaso una referencia a los espirituales? De igual modo, ¿apunta el término «autoridades» en Romanos 13:1 a los dirigentes políticos humanos o, acaso, como defendía O. Cullmann, a las autoridades humanas y a los seres espirituales que están tras ellas?¹⁶

Sin duda, los cinco términos que encontramos en 1:21 aluden a seres espirituales, como muestra el posterior desarrollo de esta idea en 2:1–3. Sin embargo, ¿incluye también a los gobernantes humanos? M. Barth afirma que estos términos aluden a seres espirituales, sin embargo escribe también, «Pablo tenía en mente al mismo tiempo tanto a los gobernadores visibles y específicos *como* a la invisible autoridad ejercida por ellos; condiciones y manifestaciones concretas de vida y el invisible

misterio de la psique.» Con ello quiere significar las estructuras mismas de la vida, ya sean políticas, económicas, biológicas o históricas.¹⁷ En sus tres volúmenes acerca de los poderes Walter Wink adopta un acercamiento similar, y arguye que con la expresión «principados y potestades» se pretende aludir a los aspectos internos y externos de cualquier manifestación de poder.¹⁸

Pero no está tan claro que Pablo tenga también en mente a las autoridades humanas. Su acento parece recaer en los seres espirituales. En cualquier caso, aunque no podemos definir exactamente las cinco categorías, el propósito del pasaje es claro. Sean cuales sean los poderes existentes —reales o imaginarios, humanos o no— *todos ellos* están sujetos a Cristo. De hecho, el interés de los autores del Nuevo Testamento en tales poderes se centra casi exclusivamente en declarar que han sido derrotados, como afirman una serie de textos.¹⁹ En Colosenses 2:15 se menciona que tal derrota se produce en la Cruz; en los demás pasajes, incluidos los de Efesios, el descalabro de estos poderes tiene lugar con la resurrección. En Colosenses 1:16 (donde aparecen tres de los cinco términos de Ef 1:21) el acento está en la inferioridad de tales poderes por cuanto, como todo lo demás, fueron creados por y para Cristo y, por tanto, están sujetos a su control (cf. también 6:10–18). No son estas potestades espirituales quienes tienen el dominio; no combaten en igualdad de condiciones en el escenario de la vida. Ellos están sujetos, y el único que tiene el control es Jesucristo.

Con la expresión «todo nombre que se nombra» Pablo pretendía ser inclusivo; es como si estuviera diciendo «Y, si hay alguna otra cosa, esta también está sujeta a Cristo.» Además, el uso de nombres específicos era algo muy importante en los exorcismos y prácticas ocultas del mundo antiguo y especialmente en la zona de Éfeso y sus alrededores.²⁰

La expresión «este mundo ... el venidero» aparece en algunos escritos apocalípticos y en la literatura rabínica, sin embargo no antes de las enseñanzas de Jesús. G. E. Ladd sugiere que Jesús fue el primero en utilizar esta expresión.²¹ Tales frases expresan la creencia en una demarcación de tiempo entre esta era y el futuro de Dios. Algunos eruditos han argumentado que el ámbito temporal de las enseñanzas de Efesios es únicamente el presente y defienden una escatología consumada en la que todo se ha cumplido ya. Sin embargo, este tipo de textos demuestran que Efesios tiene tanto una escatología consumada como otra futura. Esto lo hemos visto ya al comparar 1:13 y 4:30, sin embargo este enfoque en el futuro de Dios se hace patente a lo largo de toda la carta a los Efesios. ²²

Cristo, Iglesia, cuerpo (1:22b-23). La afirmación de que «Dios sometió todas las cosas al dominio de Cristo» (1:22) nos lleva de manera natural al pensamiento de Cristo como «cabeza» y a la imagen del cuerpo. La segunda mitad de 1:22 subraya que Cristo es «cabeza sobre todo a la Iglesia.» Aunque la idea podría ser «cabeza sobre

todas las cosas en relación con la Iglesia,» la traducción de la NIV es sin duda correcta. La idea es que Cristo es cabeza de todas las cosas *para beneficio de la Iglesia*. La Iglesia está en una posición de privilegio porque Jesucristo es Señor (cf. también Col 1:15–20).

Con esta primera aparición en Efesios de la palabra «iglesia» (*ekklesia*), el apóstol introduce un tema que se convierte en uno de los acentos más importantes de la carta. Ninguna otra epístola desarrolla tan específicamente la teología de la Iglesia como Efesios, y ninguna otra expresa tampoco una consideración tan elevada de ella (ver especialmente 5:23–33). Mientras que en sus otras cartas Pablo utiliza normalmente el término «iglesia» para aludir a congregaciones individuales, todas las ocasiones en que éste aparece en Efesios, tiene un sentido universal por lo que a su ámbito se refiere.

Durante las últimas décadas la palabra «cabeza» ha sido objeto de un acalorado debate, especialmente por su uso en relación con el marido como cabeza de la esposa (ver comentarios en 5:22). La controversia se centra en dilucidar si el término «cabeza» significa «fuente» o «autoridad.» Aquí, sin embargo, su sentido está fuera de toda duda. Pablo pretende afirmar la idea de autoridad, a saber, que Cristo es *Señor sobre todas las cosas*.

En 1:23 se introduce por primera vez el concepto de *cuerpo*. Este concepto es una de las características fundamentales del pensamiento de Pablo y adquirirá una gran importancia en los capítulos restantes (excepto en el 6). En otros pasajes paulinos, la imagen del cuerpo desempeña también un papel significativo, pero en ocasiones, distinto.²³ Pablo utiliza esta imagen para expresar una serie de puntos teológicos. Aquí no alude ni a la iglesia ni al cuerpo, sino a Cristo, que es Señor de todas las cosas. Lo que se subraya es tanto la autoridad de Cristo como su estrecha relación con el cuerpo.

Aunque la transición de pies y cabeza a cuerpo es natural, el uso que hace Pablo de las imágenes de la cabeza y el cuerpo tanto en Efesios como en Colosenses es distinto del habitual en sus otras cartas y refleja un posterior desarrollo de su pensamiento. En la exposición que desarrolla en 1 Corintios 12:21, por ejemplo, la cabeza del cuerpo no es Cristo sino otro miembro humano. Pablo había ya aludido a Cristo como cabeza en 11:3, sin embargo, al parecer todavía no se había establecido una relación entre estas dos imágenes.

Cuando Pablo utiliza «cabeza» en Efesios y Colosenses, el término «cuerpo» aparece siempre en el mismo contexto (aunque en ocasiones se utiliza «cuerpo» sin mencionar «cabeza»). Esto ha suscitado la polémica acerca de si existen o no dos sentidos distintos de la palabra «cuerpo», y de la relación que existe entre «cabeza» y «cuerpo». Sin embargo, preguntarse si Cristo como cabeza es parte del cuerpo bien podría indicar una interpretación sesgada de las metáforas. La idea principal es que la posición de Jesús como «cabeza» subraya que es Señor; la imagen del «cuerpo»

acentúa su unidad con los creyentes y de ellos entre sí.

El origen de la utilización de la imagen del cuerpo por parte de Pablo es incierto. ²⁴ Más importante es la cuestión del propósito. La imagen del cuerpo es un desarrollo de la idea «en Cristo» de Pablo, que expresa lo que ya hemos visto: que los cristianos viven en Cristo y reciben su identidad de él. Forman parte de él (ver 5:30; cf. también Gal 3:26–28, que habla de ser bautizados en Cristo, de vestirse de él, y de ser uno con quienes están en él).

La parte más difícil de este pasaje (probablemente de toda la carta) es 1:23. Hay que decidir cuatro cuestiones: (1) el significado del término «plenitud»; (2) el referente de «plenitud»: ¿alude a Cristo o a la Iglesia? (3) la adecuada comprensión de la forma verbal «llena», que puede entenderse en su sentido de la voz media griega («llena») o pasiva («está siendo llenada»); (4) si la palabra «todo» ha de entenderse como haciendo referencia a «todas las cosas», o de manera adverbial con la acepción de «en todos los sentidos.»²⁵

Para resolver estas cuestiones tenemos, entre otras, las siguientes opciones:

- (1) La Iglesia es la plenitud de Dios, quien *llena todas las cosas*.
- (2) La Iglesia es la plenitud de Cristo, quien está siendo llenado en todos los sentidos por Dios.
- (3) Cristo es la plenitud de Dios, quien *llena todas las cosas*.

La palabra *plenitud* (*pleroma*) puede expresar una serie de matices, sin embargo parece aludir esencialmente a algo que está «completo.» El término griego *pleroma* puede significar «totalidad» o «número completo» (Rom 11:25), «aquello que llena» (p. ej., 13:10: «El amor es el cumplimiento [lit., plenitud] de la ley»), o «aquello que está lleno» (raro o inexistente en el Nuevo Testamento). Este término solo aparece diecisiete veces en el Nuevo Testamento, y en ningún otro escrito neotestamentario se hace un uso tan teológico de él como en Efesios. De las otras tres ocasiones en que la palabra aparece en Efesios, en 1:10 alude a la plenitud del tiempo y no ofrece mucha ayuda para interpretar este texto. Sin embargo, el tema de Efesios 3:19 está cercano a éste y subraya la importancia de conocer el amor de Cristo para que «sean llenos de la plenitud de Dios.» (lit.: «que puedan ser llenos en toda la plenitud de Dios»). En Efesios 4:13 el apóstol habla de la madurez de llegar «a la plena estatura de Cristo.» Para entender el sentido de *pleroma*, el paralelismo de Colosenses 2:9–10 es de utilidad: «Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo; y en él, que es la cabeza de todo poder y autoridad, ustedes han recibido esa plenitud.»²⁶ En estos textos, el término «plenitud» se utiliza para aludir tanto a Dios como a Cristo. Los cristianos reciben esta llenura cuando viven en relación con Cristo; toman de su plenitud (cf. Jn 1:16).

El Antiguo Testamento nos proporciona el trasfondo adecuado para entender lo que es la «plenitud.» La presencia de Dios, su gloria a la que más tarde se alude como su *Sekiná*, llenó el tabernáculo y el templo, y ciertos individuos fueron llenos de su Espíritu y sabiduría.²⁷ En otras palabras, el término «plenitud» hace referencia al hecho de que Dios deja sentir su presencia y poder. Mientras que en el Antiguo Testamento Dios llenó el templo, ahora llena a Cristo, y Cristo, a su vez, llena a los suyos de modo que la Iglesia participa de la plenitud divina. Lo que se subraya es el don del propio ser de Dios que viene a nosotros en revelación y salvación.

Dado este trasfondo veterotestamentario y los otros usos del término «plenitud» en Efesios y Colosenses, parece poco verosímil que la palabra «plenitud» aluda a la Iglesia (opciones 1 y 2). Entender el término de este modo le daría a la Iglesia una elevada posición que no tiene en ninguna otra carta (aunque en Efesios se presenta, sin duda, una exaltada perspectiva de la Iglesia; cf. 3:21). Cuando Pablo usa el término «plenitud» se refiere más bien a Cristo (opción 3), y como sugirió C.F.D. Moule,²⁸ la expresión «la cual es su cuerpo» en 1:23a se entiende como un mero comentario de carácter parentético acerca de la Iglesia. En 1:19–23, Dios es el personaje principal. Él resucitó y exaltó a Cristo, sujetó a él todas las cosas, y lo dio como cabeza a la Iglesia. Por tanto, 1:23b es otra descripción de Cristo y su relación con Dios. Él es la plenitud de Dios, quien llena todas las cosas. Cristo es el lugar en el que se experimentan la presencia, poder y salvación de Dios, y la Iglesia toma sus recursos de esta plenitud (ver también 4:15–16).

Construyendo Puentes

Trasladar el sentido de este pasaje a nuestro mundo moderno requiere el análisis tanto de la cultura bíblica *como* de la nuestra. Al abordar esta tarea de contextualización, es indispensable mirarnos a nosotros mismos. En ocasiones, la cultura antigua no está especialmente distante, y el proceso se parece más a mirar en un espejo. Esto es lo que, en parte, sucede en este pasaje.

La oración de Pablo que encontramos en 1:15–20 se hace directamente relevante y es relativamente fácil apropiarse de ella (es tan relevante para nosotros hoy como lo fue en el momento de su redacción). Pone de relieve una convicción respecto a la importancia de la oración y un compromiso con otros creyentes. El tono emocional de 1:15–16 muestra lo alentadoras que fueron para Pablo las noticias acerca de la fe y el amor de sus lectores. Muestra también la profundidad de la relación que el apóstol sentía con personas a quienes probablemente no conocía personalmente. Eran importantes para él y para su fe, y constituían una ocasión para la acción de gracias que le llevaba más cerca de Dios. El ejemplo de Pablo animaba a sus lectores a orar constantemente por todo el pueblo de Dios (cf. 6:18, donde esto se convierte en una exhortación).

Pablo habla del amor que sus lectores tienen «por todos los santos» (1:15). ¿Acaso estaban estos *limitando* su amor por los santos? Algunos críticos se quejan de que los autores del Nuevo Testamento se dirigían en exceso al mundo interior de la Iglesia. Sin embargo, las cartas como Efesios no son explicaciones exhaustivas del pensamiento de la Iglesia. Especialmente en escritos dirigidos a cristianos, hemos de esperar referencias al amor hacia los creyentes, y sin duda es apropiado que adopten el acercamiento que se refleja en Gálatas 6:10 («Por lo tanto, siempre que tengamos la oportunidad, hagamos bien a todos, y en especial a los de la familia de la fe.»). Quienes anhelan compartir el mensaje del Evangelio no pueden permanecer centrados en su propio grupo pequeño (ver 3:8–9; 6:18–20). Sin embargo, no podemos conocer y cuidar a todos por igual. Conocer y respetar a las personas nos lleva a comprometernos con ellas y a preocuparnos por ellas. Esto es lo que se refleja en esta oración.

Igual que la doxología de 1:3–14, la oración de Pablo es teocéntrica y trinitaria. Su concepción de Dios y de sus acciones es la base de su oración y se expresa por medio de ella. La verdadera oración es siempre así; expresa una teología y requiere, por tanto, una cuidadosa reflexión y meditación acerca de esta clase de Dios a quien nos dirigimos en oración. Hemos de examinar las suposiciones teológicas sobre las que descansa la oración.

Espíritu y discernimiento. La oración de Pablo para que Dios conceda a sus receptores un Espíritu de sabiduría y revelación no representa la petición de una

segunda obra del Espíritu o de algo especial para unos pocos cristianos. Lo que el apóstol quiere más bien es que *todos* sus lectores experimenten constantemente la obra reveladora del Espíritu y que por medio de ella *conozcan a Dios*. Una de las tareas más importantes del Espíritu es ayudar a los cristianos a conocer lo que Dios les ha dado (1 Cor 2:12). Felipe Melanchthon afirmó: «Conocer a Cristo es conocer sus beneficios.»²⁹ La oración de Pablo dice, de hecho, «conociendo los beneficios de Dios, conocerán a Dios.» Como sucede en la doxología, Pablo considera a Dios como un dador, que se da a conocer dando. El conocimiento de Dios no es algo que suceda de manera mágica ni accidental. El Espíritu hace que sea posible tanto el conocimiento de Dios como el de sus beneficios.

El Espíritu nos ha sido dado como sello y garantía de la salvación (1:13–14), y nos está siendo impartido como aquel que nos ayuda a entender a Dios. La vida cristiana requiere una constante actitud abierta hacia el Espíritu y su comunicación con nosotros, no acerca de extraños misterios, sino de lo que tenemos en el Evangelio y su relevancia para la vida. El Evangelio nos dice lo que Dios ha revelado acerca de su carácter y propósito para el ser humano.

Los cristianos necesitan un constante discernimiento en la fe, puesto que experimentan una cierta oscuridad que requiere iluminación (1:17–18). Tal oscuridad es fruto del pecado así como también de una incapacidad humana para entender la magnificencia de Dios y la enormidad de su obra en Cristo. A pesar de los avances en conocimiento que se han conseguido durante el siglo XX, esto sigue siendo tan cierto ahora como lo fue en el siglo primero. Dios trata con nuestras limitaciones y oscuridad, y por medio de su Espíritu nos ayuda a vencer tales deficiencias y a mantenernos siempre aprendiendo acerca de Dios y de Cristo.

Esperanza. Nuestra cultura no ofrece ninguna base para la esperanza. Todos sabemos lo que es el sinsentido, pero no la esperanza. La muerte nos acecha a todos. A pesar de todas sus ventajas, nuestra sociedad está en un estado precario y tiene problemas tan enormes que hemos abandonado la esperanza de resolverlos. La delincuencia, la pobreza, la estupidez humana, el racismo, el terrorismo, y otros varios «ismos» amenazan con destruirnos. Los ancianos leen en primer lugar las notas necrológicas. Los jóvenes han perdido todo sentido de esperanza, de cambiar las cosas o de tener «éxito», y su música lo refleja. Los de mediana edad están aburridos. En otros países, añadir a esta lista las guerras y escasez de alimentos hace que la situación sea absolutamente asfixiante. Tenemos la sensación de que no podemos resolver nuestros problemas, ni individual ni colectivamente. Esta pérdida de esperanza para el presente se basa en una pérdida de esperanza en el futuro. Es como si nuestra sociedad tuviera el SIDA y pretendiera únicamente sacarle lo máximo al presente. ¿Es posible la esperanza?

La esperanza era un producto tan raro en el mundo del primer siglo al que Pablo se

dirige como lo es en nuestros días. Las sociedades de la Antigüedad estaban dominadas por un sentido de la fatalidad, el determinismo y la desesperación. Los seres humanos tenían poca esperanza de conseguir mejorar su situación. Un epitafio bastante común reza: «No era, fui, no soy, y no me importa.» A pesar de toda su alegría, la vida ha sido siempre difícil y opresiva. Las gentes se sentían manipuladas por fuerzas invisibles, y la religión era la única manera de hallar cierta protección de la «mala suerte», la enfermedad, y los poderes malignos.

La religión siempre ha sido y sigue siendo el medio por el que los seres humanos intentan enfrentarse a la falta de sentido y a la maldad, y con razón. A Karl Marx se le conoce entre otras cosas por ser el autor de la célebre frase: «la religión es el suspiro de los oprimidos, el corazón de un mundo cruel y el alma de situaciones desalmadas. Es el opio del pueblo.»³⁰ La verdad es que todos los humanos vivimos como criaturas oprimidas, oprimidas por nuestra propia falta de sentido y maldad, y por la de los demás. En nuestra sociedad intentamos evadirnos de la desesperación por medio de las películas, la televisión, y otras formas de distracción. Se nos enseña desde la más tierna infancia que «vivieron felices y comieron perdices» y nos dedicamos a seguir esta ilusión. Si bien es cierto que la vida y la creación de Dios son buenas y han de disfrutarse, hemos de recordar siempre la verdad de que *no hay finales felices*, al menos no en esta vida. Todos hemos de enfrentarnos a la falta de sentido, la maldad, la enfermedad y la muerte.

La obra de Dios en Cristo da una respuesta satisfactoria a todas estas cosas. El cristianismo es una religión maravillosa para aquellos que se saben desesperados, y la verdad es que todos los humanos se sienten desesperados, aun cuando intentan negarlo. Las últimas palabras de Martín Lutero en su lecho de muerte fueron: «Todos somos mendigos.»

Sin embargo, la muerte no es el fin. Podemos mirar hacia adelante a un final feliz de la vida con Dios. La esperanza es, por tanto, una fuerza positiva. Dios ha construido un puente que va de la desesperación a la esperanza creando vida en medio de la muerte. La esperanza es una experiencia transformadora. Pablo no nos presenta una teología etérea e intangible, sino que ve la obra de Dios en la Resurrección como un acontecimiento cósmico que ha cambiado el curso de la Historia. Por tanto, el apóstol oró para que los creyentes pudieran conocer lo que el llamamiento de Dios suponía para su futuro y, por ende, para su presente. En nuestra sociedad, a las personas —también a los cristianos— les interesa principalmente el presente. Sin embargo, si Dios nos ha llamado a formar parte de su pueblo del futuro, la esperanza lo cambia todo y se convierte en la base sobre la que vivimos el presente.

La oración de Pablo apunta al poder de Dios para sacar vida de la muerte, un poder que está a nuestro alcance ahora, a fin de que podamos hacer frente a la muerte en que vivimos, y en el futuro cuando los muertos sean resucitados. En 1:21 Pablo apunta

a la era presente y a la futura. La Iglesia Primitiva creía que la nueva era había ya comenzado con dos acontecimientos: la resurrección de Jesús y el derramamiento del Espíritu Santo (ver 1:13–14, 20–21; cf. Hch 2:17–36); 1 Cor 15:20–28). La esperanza estaba fundamentada en la resurrección de Cristo y en el acontecimiento de Pentecostés. Por causa de su esperanza los cristianos viven «entre los tiempos»; son residentes tanto de esta era como de la futura. En el próximo capítulo (2:6), el apóstol afirmará que los cristianos también han resucitado ya, y han sido exaltados con Cristo. El futuro ya ha sido puesto en marcha por la resurrección de Cristo llevada a cabo por Dios, y *los cristianos viven a partir de su futuro*, el futuro que Dios les ha preparado. Esto requiere un cambio en nuestra cosmovisión, una transformación desde el sinsentido a una conciencia de que la nueva era de Dios ha comenzado y tenemos esperanza.

El poder y los poderes (1:19–21). Puede que las mayores dificultades para escuchar este texto estén en dos puntos: la creencia en el poder de Dios, y la cuestión de la relevancia de los gobernantes y poderes. (1) Creer en el poder de Dios puede ser fácil en abstracto, sin embargo, ¿Creemos realmente en nuestros días en la resurrección o en la disponibilidad del poder de Dios para la vida? El cristianismo es una religión de poder,³¹ por ello se centra en la resurrección y exaltación de Cristo. El cristianismo moderno comete en ocasiones el error de centrarse en la muerte de Jesús o en varias ideas éticas, tratando la resurrección casi como una idea de último momento. El acento debería estar en el «doble acontecimiento»³² de la muerte y la resurrección de Jesús, con la percepción de que un tercer evento, a saber, el derramamiento del Espíritu, surge directamente de la resurrección. Todo lo demás se deriva de estos tres acontecimientos.

El mundo antiguo no estaba más dispuesto a creer en la resurrección de lo que lo estamos nosotros, porque tal acaecimiento no encajaba en su cosmovisión. Pero no hemos de juzgar esta enseñanza desde nuestra antigua cosmovisión. La muerte y la resurrección de Cristo asaltan nuestra cosmovisión y sistema de valores y los sustituyen por una cosmovisión y valores que hacen justicia al Dios que imparte vida en medio de la muerte. La fe afirma el poder creador y vivificador de Dios, del que disponemos tanto para la vida como para la muerte, y mira más allá de la muerte, a la resurrección y la vida futura. Esta convicción descansa en el testimonio de la Iglesia Primitiva, las Escrituras, y la presente obra de Dios, aunque aguarda su verificación al final de los tiempos.

(2) El texto no ofrece una explicación completa del poder y su efecto en las vidas de los creyentes. Trata más bien el asunto de la libertad de los poderes espirituales. En el mundo antiguo las gentes tenían un extraordinario temor de los poderes espirituales hostiles. La salud, el amor y el éxito estaban a merced de las influencias espirituales. Esta es la razón por la que la magia, los amuletos, los hechizos, las creencias astrológicas y ciertas prácticas religiosas eran tan importantes, especialmente en Éfeso. Algunas culturas «menos avanzadas» de nuestros días pueden tener todavía actitudes

similares, sin embargo una buena parte del moderno mundo occidental no sabe nada de este temor desmesurado ni de nada parecido.

Al mismo tiempo, y sorprendentemente, nuestra cultura es un tanto esquizofrénica en su actitud hacia los poderes espirituales. Por un lado, nuestra cosmovisión «científica» rechaza cualquier creencia en los seres espirituales, demonios, ángeles y cosas por el estilo. Por otra parte, una buena parte de nuestra sociedad sigue siendo supersticiosa, acepta la astrología y siente una profunda fascinación por los seres espirituales. La «red psíquica» es una industria multimillonaria. La reciente influencia del movimiento de la Nueva Era ha creado y difundido todo un lenguaje relativo a «espíritus guía» y ángeles. En medio de nuestra cultura «científica», importantes noticieros y series de televisión de nuestro país tratan sobre los ángeles. En la mayoría de casos, sin embargo, a pesar de las películas que tratan la cuestión de la posesión diabólica, nuestra cultura prefiere centrarse solo en los poderes espirituales positivos. Nuestra sociedad no teme a las fuerzas espirituales ni las ve como responsables de las cosas que van mal, sino que, más bien, se dirige a ellas en busca de ayuda y buena suerte.

Por otra parte, en los últimos años, algunos cristianos, a diferencia de la cultura que nos rodea, han hecho mayor hincapié en el papel negativo de las fuerzas espirituales. En lugar de concebirlas como fuerzas benevolentes que desean ayudarnos, estos cristianos las ven como seres opresivos y amenazadores, y se dedican con intensidad a la tarea de «atar a Satanás», identificar a «los espíritus territoriales» y luchar contra el mal. Este enfoque no se deriva de la Biblia, o al menos adolece de cierto desequilibrio. Se está concediendo mucha más atención a los demonios de lo que permiten los datos que nos ofrece el Nuevo Testamento.

¿Cómo deberíamos tratar la información del Nuevo Testamento relativa a los poderes espirituales? ¿Está nuestra atmósfera llena de fuerzas buenas y malas que afectan nuestras vidas? ¿O deberíamos acaso «desmitologizar» la cuestión de los principados y las potestades y entender que no estamos tratando con seres espirituales, sino con estructuras y sistemas de la sociedad y la vida, a saber, gobiernos, estructuras políticas, el carácter de las empresas o industrias, limitaciones de carácter histórico, racismo y cosas por el estilo?

Como cabría esperar, estos temas están recibiendo una atención cada vez mayor por parte del mundo académico. El más completo de los estudios recientes es la obra en tres volúmenes de Walter Wink.³³ Este autor se ha esforzado en tratar a los principados y potestades sin desmitologizarlos, pero en el último análisis lo hace. Wink pone a un lado la cuestión «ontológica» de si tales seres espirituales existen o no para tratar con el *hecho* del mal y las realidades espirituales. Hay que reconocer su esfuerzo en esta cuestión. Todos nosotros —al margen de cuáles sean nuestras convicciones— hemos de enfrentarnos con el hecho del mal. Sin embargo, los poderes

espirituales no son susceptibles de ser investigados mediante ningún método empírico y, por consiguiente, nunca podremos demostrar o refutar su existencia. No existe ningún laboratorio apropiado en el que realizar tal investigación. No obstante, no podemos poner de lado la cuestión ontológica, puesto que si lo hacemos, podemos con igual facilidad aplazar la cuestión ontológica relativa a la existencia de Dios.

El problema está en que creemos tener que explicar todas las cosas. No podemos. Ser humano significa ser incompleto y no conocer todas las respuestas. Este es un campo en el que se hace difícil encontrar respuestas, y el peligro es siempre decir más de lo que estamos en condiciones de afirmar. Especialmente en este tema, hemos de aplicar las palabras del apóstol en el sentido de «no ir más allá de lo que está escrito» (1 Cor 4:6), puesto que cuando lo hacemos, es casi seguro que nos equivocamos. Las novelas de Frank Peretti entre cuyos personajes hay demonios y ángeles representan una violación del pensamiento cristiano, puesto que desarrollan especulaciones que no hacen justicia al equilibrio y reservas de la Biblia. ³⁴ El pensamiento cristiano ha de preguntarse siempre: «¿dónde está esto escrito?»

Los problemas se acentúan cuando nuestra experiencia del mal va más allá de lo que trata el texto bíblico. Es cierto que la Biblia no lo dice todo, sin embargo hemos de tener cuidado de no reverenciar experiencias que podemos haber interpretado a través de lentes distorsionadas y bajo la influencia de ideas derivadas de otras personas, aunque sean de la talla de Dante o Peretti. Sujetar nuestro pensamiento a los asuntos bíblicos no será tan divertido, sin embargo nos dará lo que necesitamos para la vida.

Trataremos con los principados y las potestades en otros pasajes de esta carta, sin embargo aquí la cuestión está clara. Sin duda, Pablo tenía en mente a seres espirituales, sin embargo su existencia no tiene grandes repercusiones para él. El apóstol *apenas si concede importancia* a los principados y potestades como tales. Su meta principal era mostrar su sometimiento y derrota; es como si estuviera diciendo, «sean lo que sean tales principados y potestades han sido derrotados por Cristo y están bajo su control.» Y nosotros hemos de poner el acento exactamente en este mismo aspecto.

Cristo y su Iglesia (1:22–23). Estos dos versículos pueden parecer en gran medida irrelevantes, especialmente teniendo en cuenta las dificultades de saber cómo entender el versículo 23. El hecho de que a Cristo se le llame cabeza sobre todas las cosas es una manera metafórica de subrayar una de las confesiones más importantes de la Iglesia Primitiva: «Jesús es el Señor.» Si nuestra interpretación del versículo 23b es correcta, Cristo es aquel que nos transmite a Dios. Esta es una convicción teológica crucial, puesto que si Jesús es el Señor y encarna la plenitud de Dios, entonces es él quien define con claridad la realidad para que las personas sepan lo que es realmente la vida.

Por otra parte, estos versículos subrayan que Jesús es el Señor sobre todas las cosas *para el beneficio de la Iglesia*. La Iglesia está tan íntimamente vinculada a Cristo que es su cuerpo y participa de su vida y reinado. La intimidad de esta relación va mucho más allá de lo que la mayoría de los cristianos piensa que está haciendo cuando «toma la decisión» de creer en Cristo. Si esta teología se toma en serio, la Iglesia —y sus miembros individuales— ocupa un sorprendente lugar de privilegio y beneficio. Estamos íntimamente involucrados con aquel que encarna y comunica la misma plenitud de Dios.

Resumen. En resumidas cuentas, la oración que Pablo consigna en 1:15–23 expresa una teología que encarna lo siguiente:

Una eclesiología de reciprocidad e interrelación, que se muestra tanto al principio, con su enfoque sobre el amor y la oración, como al final con la mención del cuerpo que se nutre de la plenitud que hay en Cristo

Una teología del Espíritu como revelador, constantemente en acción en las vidas de los creyentes para ayudarles a entender lo que han recibido de parte de Dios y, con ello, a conocerle.

Una teología de Dios, quien anhela a su pueblo y obra para atraerles a sí.

Una Cristología de la exaltación, que subraya la resurrección y la exaltación de Cristo al más elevado honor con Dios; él es el Señor, y todo lo que existe está supeditado a él.

Significado Contemporáneo

Este texto no nos ofrece instrucciones específicas para la vida, sin embargo refleja la vida y pone un fundamento para ella. El enfoque sobre la naturaleza cósmica de la obra de Dios en Cristo no permite una apropiación individualista de este pasaje. El texto implica la clase de *comunidad* que la Iglesia debería ser.

(1) **La Iglesia es una comunidad benévola y compasiva de alcance mundial.** Markus Barth está en lo cierto al decir que no podemos amar a todos.³⁵ Nuestras mentes son demasiado pequeñas para tener un marco de referencia tan integral. Sin embargo, nuestro amor no puede confinarse a los límites de nuestra propia comunidad. Hemos de desarrollar un sentido más extenso y más amplio de la obra de Dios, y de nuestra propia participación con otros cristianos. Obsérvese que Pablo se preocupaba e invertía en cristianos que ni siquiera conocía personalmente. La meta del apóstol no era construir un imperio para sí, sino poner en práctica sus convicciones acerca del cuerpo de Cristo, que él se tomaba muy en serio. La fe común que compartían hacía que aquellas otras personas estuvieran íntimamente involucradas con él. Esta participación con otros cristianos es un antídoto contra la miopía y el provincianismo espiritual, y protege tanto a las iglesias como a los pastores de convertirse en «llaneros solitarios.» Ni la soledad, ni el sentido de pequeñez, ni el orgullo pueden sobrevivir cuando una persona se sabe parte de otros cristianos dentro del cuerpo de Cristo.

Pablo sentía un profundo vínculo con los cristianos de todas partes, y también deberíamos sentirlo nosotros. Aunque también deberíamos relacionarnos con personas no cristianas, este texto pone de relieve la profundidad de nuestro compartir con otros creyentes que viene de pertenecer a Cristo. Ser parte de Cristo significa serlo también de quienes están en él y trabajar con ellos en favor del reino de Dios.

(2) Puesto que los cristianos se preocupan de los demás, **la Iglesia es una comunidad de oración.** Orar significa recordar «quién es el propietario de la casa.»³⁶ Este es el mundo de Dios y los seres humanos que moran en él le pertenecen. La Iglesia no es un grupo independiente y autodeterminado, sino una comunidad que se reconoce comprada por Dios y que, por consiguiente, está bajo su dirección. Entre nuestras prácticas habituales debería estar la oración por otros cristianos, incluso por algunos a quienes no conocemos personalmente. Mediante este tipo de oraciones reconocemos que todos pertenecemos al mismo Dios y que juntos participamos en una misión común encomendada por Dios. Tener conocimiento de la fe y amor de otros ha de llevarnos a la acción de gracias, puesto que su éxito representa un beneficio para nosotros. Somos uno con aquellos que están en Cristo y compartimos su vida con ellos.

(3) **La Iglesia es una comunidad pensante.** El acento en la iluminación de la mente que encontramos en el versículo 18 introduce una parte importante, aunque

frecuentemente ignorada, del pensamiento de Pablo. Demasiados cristianos son pasivos en su pensamiento y aprendizaje o tienen un prejuicio anti-intelectual. Esto es en parte comprensible, puesto que el «intelectualismo» ha sido a menudo destructivo y arrogante, sin embargo los cristianos se han replegado en un anti-intelectualismo que conduce a la ignorancia. ¡No nos protegemos de los ataques intelectuales dejando de pensar!

Los cristianos no son los únicos culpables de anti-intelectualismo. Vivimos en una sociedad que en gran medida ha dejado de pensar. La complejidad de la vida y la enorme cantidad de información que tenemos hoy a nuestro alcance propician que los más triviales espectáculos de televisión y la programación deportiva se hayan convertido en nuestras áreas más importantes de estimulación mental. Este texto no sugiere que todos tengamos que ser eruditos, o que las soluciones a los problemas de la vida sean todas de carácter académico. Sin embargo, los cristianos siempre han de crecer en sabiduría y en su entendimiento de la vida, Dios, y la relevancia de su fe. La sabiduría es un conocimiento práctico para la vida. *La Iglesia ha de ser en primer lugar una comunidad de pensadores* (no que piensan en contraposición a la acción, sino que piensan como base para ella). La ignorancia es una cuestión de carácter ético.

Desde un punto de vista histórico, el cristianismo ha tomado la iniciativa en el fomento de la educación y el establecimiento de colegios y universidades. Hoy, la mayor parte de aquellas antiguas instituciones cristianas han abandonado sus vínculos con la fe y apenas se diferencian de las escuelas seculares.³⁷ Los pastores solían ser respetados como dirigentes intelectuales y morales de la sociedad. Ahora los intelectualmente dotados tienden a dirigirse hacia el mundo empresarial o científico, y los pastores son cada vez menos competentes como dirigentes de la sociedad. En el pasado, cuando la Iglesia progresó de manera significativa —por ejemplo, durante la Reforma o los grandes avivamientos— los mejores pensadores de aquel tiempo proporcionaron la dirección y energía necesarias para el movimiento. Personajes como Martín Lutero, John Wesley, o Dietrich Bonhoeffer fueron pioneros del *pensamiento* que no aceptaban el *status quo*, sino que se esforzaron por entender las implicaciones del Evangelio. Esta clase de inquisitiva y analítica devoción al Evangelio y a la vida sigue siendo necesaria de parte de *todos* nosotros.

Lamentablemente, una buena parte del cristianismo moderno es culpable de sentimentalismo lacrimógeno, o peor aún, de sensacionalismo. Donde predomina este último, los predicadores se asemejan más a religiosos púgiles profesionales que tratan de impresionar a su audiencia. Parecemos más interesados en suscitar emotivos sentimientos que en ayudar a otros a conocer a Dios y a desarrollar sabiduría para vivir. Por ello, muchos no creyentes dicen a los cristianos: «Su pensamiento es demasiado superficial para ser relevante en el complejo mundo en que vivimos.» Los cristianos han reaccionado contra los excesos de este mundo sin analizar detenidamente las implicaciones de sus decisiones. Esto ha de cambiar. La Iglesia

debería ser un lugar de análisis, reflexión y razonada discusión de la relevancia del Evangelio. Los cristianos deberían tener reputación de personas que piensan.

Este texto subraya el don del discernimiento y la reflexión que imparte el Espíritu para iluminar nuestros corazones, sin embargo y, por regla general, este entendimiento no es algo que nos llega de manera apremiante e irresistible. Tener una actitud abierta a la obra del Espíritu es sin duda necesario, pero también lo es invertir nuestros recursos en la formación y la reflexión. Nunca es más cierto el adagio «basura entra, basura sale» que cuando se trata de nuestra mente. Si invertimos nuestra mente en pornografía, series cómicas y películas, estas cosas no nos reportarán conocimiento de Dios. No estoy sugiriendo que nos limitemos a un estrecho punto de mira en el que solo caben ciertas ideas «espirituales». Hemos de centrar nuestra atención en los temas más amplios y complejos que se conocen, a saber, Dios, la vida humana y lo que Dios ha hecho por la Humanidad en Cristo. Desde este fundamento cualquier otro asunto requiere investigación, y los cristianos deberían estar a la vanguardia de la reflexión de todos los temas importantes para la vida humana: ética e investigación médica, teología y comercio, disfrute y sufrimiento, por mencionar solo unos pocos. Necesitamos la iluminación de los «ojos de [nuestro] corazón» para expulsar la oscuridad y energizarnos para la tarea que nos ha sido encomendada.

Hemos de recordar dos hechos importantes. El tipo de pensamiento que se requiere es el que se basa en la *revelación* y conduce al *conocimiento de Dios*. La meta de la reflexión bíblica no es la obtención de una teología académica —conocer acerca de Dios— sino conocer a Dios, ser en relación con él, y entender sus propósitos y deseos para su pueblo. Cualquier otro conocimiento se deriva de éste. Aunque ningún humano puede conocer a Dios de un modo completo, sí le podemos conocer de un modo real: podemos relacionarnos con él y experimentar su presencia y obra en nuestras vidas.

(4) La Iglesia es una comunidad que entiende el tiempo. Igual que sucede con la doxología (1:3–14), este pasaje subraya el entendimiento del pasado, el presente y el futuro. Esta carta establece frecuentes contrastes entre el desesperanzado pasado de los receptores y su privilegiado presente y futuro en Cristo. Aquí apunta específicamente al pasado acontecimiento de la obra de Dios en Cristo: su vida, muerte, y especialmente su resurrección como acontecimientos que han cambiado el curso de la Historia y determinan el futuro.

En un mundo que no conoce sino el presente, los cristianos han de recordarles a los seres humanos que existe el futuro: algo que no hemos hecho. En nuestra predicación y enseñanza, también nosotros hemos sido atrapados por el presente, haciendo solo hincapié en el aquí y el ahora. Pero si no hay futuro, no hay Evangelio. La brevedad, injusticia, sufrimiento y muerte de esta vida suplican la victoria final de Dios, requieren que él haga algo. Los cristianos viven con un sentido escatológico porque

saben que Dios ha hecho algo maravilloso y todavía no está terminado. La nueva era ha irrumpido en medio de la antigua, y un día quedará definitivamente establecida.

Los cristianos han de saber tanto lo que ya tienen en Cristo como lo que todavía les espera. También nosotros gemimos junto con la Creación, esperando la redención final de Dios (Rom 8:19–24). Forma parte del entendimiento de los tiempos. Vivimos entre el comienzo de la resurrección y su final. Los cristianos —aun en su frustración— experimentan la paciencia que procede de la fe. En palabras de Tertuliano «la fe es la paciencia con la lámpara encendida.»³⁸

Con demasiada frecuencia, no obstante, nos sentimos lo suficientemente cómodos en el presente como para no preocuparnos del futuro. Para quienes tratan únicamente de centrarse en los placeres de esta vida, el cristianismo tiene la responsabilidad de llevar a esta sociedad las incómodas verdades que suponen la dureza de la vida, y la muerte. Sin caer en actitudes morbosas y sin olvidar la legitimidad del placer y de la vida, hemos de hacer frente y abrazar las realidades del sufrimiento y la muerte. El Evangelio nos permite hacer exactamente esto.³⁹

A quienes saben que esta vida es temporal y sienten su falta de sentido, hemos de transmitirles la esperanza del futuro de Dios, un futuro en el que él tendrá un pueblo para sí. Incluso quienes han de hacer frente a la muerte pueden tener esperanza. Sin minimizar el terrible dolor de enfermedades como el sida y el cáncer, las personas pueden saber que Dios es mayor que la enfermedad, que no les deja, y que les tiende su futuro. Esto no cambia la realidad de la muerte, sin embargo sí la reduce; deja de ser algo final y definitivo y se convierte en un enemigo que Dios ha derrotado en la resurrección. La muerte puede ser horrenda, sin embargo no puede separarnos del amor de Dios y no tiene la última palabra. Aun en la muerte, Dios permanece con nosotros y nos da esperanza.

(5) La Iglesia es una comunidad confiada. Sin duda, la razón por la que Pablo pide a Dios que sus lectores conozcan la esperanza, la herencia de Dios, y el poder que actúa en ellos es que puedan vivir confiadamente. Si el Cristo a quien estamos vinculados ha sido exaltado sobre todo poder, no tenemos necesidad, como cristianos, de preocuparnos acerca de tales poderes. Nada puede separarnos de Cristo, descalificarnos o condenarnos (Rom 8:31–39). Si Cristo es quien transmite la plenitud de Dios, no hemos de preocuparnos pensando que podemos habernos perdido algo de valor. Conocemos el valor que tenemos para Dios y el lugar que ocupamos en sus propósitos. Somos beneficiarios de su señorío y vivimos bajo él.

Sin embargo, la confianza de la Iglesia no ha de confundirse con el triunfalismo, es decir, el pecado de insistir en la «victoria» hasta tal punto que no se reconoce ni se trata el pecado, las dificultades o el dolor. En su arrogancia, el triunfalismo olvida la Cruz y la identificación de Dios con el dolor del mundo. También olvida que la

completa victoria de Dios todavía ha de consumarse en el futuro. La comunidad corintia era culpable del pecado del triunfalismo, pero Pablo les recordó la Cruz y el hecho de que el poder de Dios se perfecciona en la debilidad, una debilidad que se identifica con el abnegado amor del Cristo crucificado (esp. 2 Cor 12:9; 13:4). Tal confianza no pasa por alto los problemas de la vida; lo que la define es la resurrección y el señorío de Jesucristo.

(6) **La Iglesia es una comunidad de poder.** El poder que tienen los cristianos no es intrínseco, no es algo que poseen en sí mismos, sino un poder que procede de Dios, definido por la resurrección de Jesús y su exaltación como Señor sobre todo poder, tanto ahora como en el futuro. Puesto que ningún otro poder puede rivalizar con él, y dado que en él habita la plenitud de la deidad, los cristianos no tienen que buscar en ningún otro lugar para encontrar lo que necesitan para la vida. Lo que necesitan está en Cristo. Este poder, no obstante, no es un poder abstracto; se trata de *poder relacional*: un poder que se experimenta por estar vinculado con aquel de quien procede.

Sin embargo, esto es exactamente lo que hacen muchas personas: buscar en otros lugares. Persiste la extraña tentación de mezclar la fe en Cristo con algún otro ingrediente —como por ejemplo las obras, una segunda bendición, el poder sobre lo diabólico, o la astrología— por mencionar solo algunas opciones dentro del brebaje sincretista. Sin embargo, Cristo es suficiente y no necesitamos ninguna otra cosa. *Intentar añadir algo a Cristo implica menoscabar su suficiencia.*

Hemos de recordar esto en nuestros esfuerzos por aplicar el lenguaje relativo a los poderes espirituales de 1:21. El propósito de este versículo no es darnos información acerca de los seres espirituales para que los cristianos puedan preocuparse por su realidad o esforzarse por nombrarlos y atarlos. Lo que pretende es que las personas puedan poner su mirada en Cristo, gozarse, y vivir confiadamente. Orientar nuestra perspectiva hacia lo demoníaco significa dejar de fijarnos en Cristo, que es precisamente lo que sucede en las novelas de Frank Peretti. Este enfoque está fuera de los límites, como lo están también las sugerencias de Walter Wink en el sentido de que hemos de dirigirnos verbalmente a lo demoníaco.⁴⁰ El mal es real y, hasta donde sabemos, lo son también los seres espirituales malignos, sin embargo en este pasaje no se les menciona porque sean una amenaza o porque deban ser causa de preocupación, sino precisamente para informarnos de su derrota y de que no es necesario que nos preocupemos.

La verdadera cuestión aquí y en toda la Escritura se resume en la pregunta: «¿Qué o quién determina quiénes somos? ¿De dónde procede nuestra identidad?» Lo que nos define y configura como cristianos es Jesucristo y su vida, muerte y resurrección; los demonios y las fuerzas espirituales no son factores determinantes o definitorios. Tienen un papel extraordinariamente limitado. Esto no significa ser desdeñoso hacia la

realidad del mal, puesto que la maldad es muy real (como se mostrará en el resto de Efesios), sin embargo la aplicación de *este* texto no nos permite centrarnos en los seres espirituales.

Hay que señalar otros dos puntos. (a) Este acento en el poder no sugiere que tengamos que hablar de «religión de poder» (el movimiento contemporáneo que gira en torno a los milagros, la profecía predictiva, y los exorcismos).⁴¹ Efesios ofrece muy poco apoyo a este movimiento. Por otra parte, tampoco deberíamos aceptar el punto de vista de que los milagros quedaron confinados en el siglo primero, puesto que el mismo Dios que intervino en la Escritura puede intervenir en nuestros días.⁴²

(b) ¿De qué pues sirve el poder si no hemos de subrayar los milagros y este tipo de cosas? Si el poder está a nuestra disposición, ¿por qué entonces no lo vemos con más frecuencia? Por supuesto, vivimos entre los tiempos, y Pablo reconoce en esta carta que el mal está todavía con nosotros. La nueva era ha irrumpido en medio de la antigua (2:1–3; 4:17–19; 5:3–17; 6:10–20), sin embargo el argumento de Pablo *no* es que el poder de Dios está limitado por la maldad presente. En Efesios se subraya más bien que el poder de Dios ha invadido esta presente era de maldad por medio de la resurrección *por nosotros* (1:19–21). La teología que aquí se presenta es precisamente la que se declara en Romanos 8:31–39: el poder de Dios no nos libra de la persecución, el peligro, las dificultades y la muerte, sin embargo nos hace más que vencedores en todas estas cosas. No se trata de un poder para realizar magia y escapar de las dificultades, sino para *vivir en un mundo de maldad*. Este poder es para vivir vidas piadosas. Una buena parte de esta carta trata estas cuestiones y el cambio que Dios produce en su pueblo. Son estas cosas las que se deben subrayar cuando tratamos de aplicar esta exposición acerca del poder.

Queda todavía una importante pregunta: Si el poder de Dios se centra en la transformación de su pueblo, ¿por qué no vemos tal cambio con mayor frecuencia en las vidas de su pueblo (y en la nuestra)? La cuestión es dolorosa y no puede soslayarse, sin embargo es también —al menos de manera implícita— el problema que se trata en Efesios. En esta carta, Pablo nos presenta lo que Dios se propone. Quiera Dios que sea también el instrumento a través del que se haga realidad la intención de Dios.

Efesios 2:1–10

En otro tiempo ustedes estaban muertos en sus transgresiones y pecados, 2 en los cuales andaban conforme a los poderes de este mundo. Se conducían según el que gobierna las tinieblas, según el espíritu que ahora ejerce su poder en los que viven en la desobediencia. 3 En ese tiempo también todos nosotros vivíamos como ellos, impulsados por nuestros deseos pecaminosos, siguiendo nuestra propia voluntad y nuestros propósitos. Como los demás, éramos por naturaleza objeto de la ira de Dios. 4 Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, 5 nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia ustedes han sido salvados! 6 Y en unión con Cristo Jesús, Dios nos resucitó y nos hizo sentar con él en las regiones celestiales, 7 para mostrar en los tiempos venideros la incomparable riqueza de su gracia, que por su bondad derramó sobre nosotros en Cristo Jesús. 8 Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, 9 no por obras, para que nadie se jacte. 10 Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica.

Sentido Original

En este pasaje del Nuevo Testamento encontramos una de las descripciones más claras, expresivas y amadas de la Salvación. Contiene el primero de cinco explícitos contrastes «antes-ahora», que distinguen la vida de pecado y alienación anterior a Cristo de la vida de fe en él. Estos contrastes constituyen uno de los temas más importantes de Efesios.¹

El número de comparaciones que encontramos en este pasaje es muy sorprendente: vivir en transgresiones y pecados en contraste con una vida de buenas obras preparadas por Dios; este mundo en contraposición a las regiones celestiales; la muerte en contraste con la vida; la naturaleza pecaminosa (lit., «la carne») en contraste con la unión con Cristo; la ira frente a la misericordia y la salvación; estar bajo el «que gobierna las tinieblas» en contraste con sentados con Cristo; «por naturaleza» en contraste con «por gracia»; «no por obras» frente a «por medio de la fe».

En 2:1–10 están presentes la mayor parte de los temas fundamentales de la teología soteriológica de Pablo. De hecho, 2:8–9 (o mejor, 2:8–10) se ha elegido muchas veces como «el resumen más efectivo que tenemos de la doctrina paulina de la salvación por gracia mediante la fe.»² Sea una continuación de la oración del capítulo 1, o el comienzo de una nueva sección que describe al cristiano, este apartado presenta ciertas ideas teológicas fundamentales sobre las que se sobreedificará el resto de la carta. El pasaje presenta una panorámica del pasado, presente y futuro de la salvación de Dios en Cristo.

Para comenzar vamos a hacer varias observaciones. Aunque la NVI introduce 2:1 con la expresión «En otro tiempo ustedes», en el texto griego solo se consigna la conjunción «y», lo cual vincula estrechamente esta sección con 1:15–23.³ Existen paralelismos significativos entre 1:18–21 y 2:1–7: «resucitados», «sentados en las regiones celestiales», «riquezas», «el que gobierna», «esta era y la(s) próxima(s) era(s)» y la idea de que Dios tiene un pueblo. Lo que se dijo acerca de Jesús en 1:19–21 se aplica ahora a los cristianos: Dios resucitó y exaltó a Cristo, y él ha resucitado y exaltado consigo a los cristianos (cf. también Col 2:12–13; 3:1–4).

Estructura. El texto griego de 2:1–7 es una larga oración gramatical. En 2:1 Pablo comienza hablando de estar muerto en delitos y pecados, en 2:2–4 pasa a detenerse más en la vida en el pecado y el misericordioso amor de Dios, y a continuación, en 2:5 comienza de nuevo con su pensamiento de estar muerto en transgresiones.⁴ No cabe duda de que el propósito de Pablo en 2:1–10 es decir: «*Y ustedes también* estaban implicados en la acción de Dios. Cuando Jesús fue levantado de entre los muertos, también ustedes fueron levantados de la muerte a la vida.» Esta sección está formada por tres movimientos:

A. La anterior forma de vida en pecados (2:1–3)

B. La misericordiosa salvación de Dios en Cristo y su propósito (2:4–7)

C. Más detalles de la salvación por gracia (2:8–10)

La repetición de ideas clave pone de relieve ciertos elementos a los que el autor da prominencia: «muertos en transgresiones» (vv. 1, 5); «En otro tiempo» (vv. 2, 3; NVI: «andaban» y «en ese tiempo»); «vivíamos» (vv. 2, 10; NVI: «se conducían» y «hacer»); (elíptico: «para [hacer] buenas obras»⁵); «tiempos» (vv. 2, 7; «con Cristo» (vv. 5–6); «por gracia ustedes han sido salvados» (vv. 5, 8); y «en Cristo Jesús» (vv. 6, 7, 10).

La anterior forma de vida en pecados (2:1–3)

Obsérvense las variaciones en los pronombres de este pasaje, un rasgo frecuente en las cartas de Pablo y que aparece por todo el texto de Efesios.⁶ En ocasiones, el cambio indica que se alude a dos grupos distintos; otras veces no hay claros motivos para tales cambios. Teniendo especialmente en cuenta el enfoque sobre gentiles y judíos en 2:11–22, algunos eruditos ven el reiterado «ustedes» que encontramos en 2:1–3 como una referencia a los gentiles, y «nosotros,» y «nuestros» como aludiendo a los cristianos de origen judío.⁷ Sin embargo, una lectura más minuciosa del texto aporta razones para contradecir este acercamiento. En 2:5–10 aparecen cambios similares sin motivo aparente. Si hubiera que dar alguna explicación para los cambios de pronombres que encontramos en este pasaje, probablemente habría que decir que Pablo utiliza los pronombres en segunda persona cuando se propone subrayar la relevancia de sus afirmaciones a favor de sus lectores.

Muertos en transgresiones y pecados (2:1). Mirando atrás desde la perspectiva de la vida en Cristo, Pablo consideraba la vida anterior como muerte, es decir, muerte espiritual,⁸ vida sin Dios, o vida sin sentido que no vale la pena vivir.⁹ Para quienes piensan que la vida procede de Dios y se experimenta en relación con él, la separación de la divinidad equivale a la muerte (cf. 4:18).

En otros pasajes Pablo considera la muerte como el tirano que domina a la humanidad no redimida, tanto en su vida presente como por lo que hace a su destino en el sepulcro.¹⁰ Ernest Best describe el punto de vista que se expresa en 2:1 como «una concepción escatológica consumada de la muerte.»¹¹ En otras palabras, el resultado final ha invadido e impregnado el presente. La muerte controla la vida, y su naturaleza es no relacional, impotente y corruptora. Una de las consecuencias del pecado es que el ser humano no tiene relación con Dios y la que tiene con sus semejantes ha sido distorsionada; el hombre es impotente para cambiar y está siendo arrastrado hacia la destrucción.

Como se expresa en Romanos 5:12–21, la muerte es el resultado del pecado. La expresión «muertos en sus transgresiones y pecados» sugiere que los pecados producen la muerte y son evidencia de ella. No debería tratarse de establecer ninguna distinción entre «transgresiones» y «pecados,» puesto que ambas palabras se usan para expresar el carácter variado y tiránico de los pecados.¹²

Vivir en pecados (2:2–3). La palabra que se traduce como «vivir» es de hecho «andar,» un término que se utiliza frecuentemente en los textos del Nuevo Testamento para describir una forma de vida. Las instrucciones de los capítulos 4 y 5 giran alrededor de esta palabra. Aunque es más frecuente en Efesios que en otras cartas paulinas, esta palabra está en el centro del pensamiento ético de Pablo.¹³ Esta metáfora tiene su origen en la idea veterotestamentaria de andar en el camino del

Señor (por ej., Dt 5:33; Sal 1:1; Is 30:21.)

Teniendo especialmente en cuenta el enfoque de esta carta acerca de estar en Cristo, la descripción de la vida anterior como una existencia *en* transgresiones y pecados es significativa. Estas palabras describen el sendero que siguen los seres humanos y las fronteras que dan forma a sus vidas. Como ya hemos visto, Pablo expresa una teología de «esferas de influencia».¹⁴ Las personas solo pueden vivir en dos esferas o ambientes: en Cristo o en el pecado. La expresión «transgresiones y pecados» determina el ambiente de la antigua forma de vida (cf. 1 Cor 15:17).

Las otras dos descripciones de esta vida anterior se dan en 2:2, y según ellas tal vida era como seguir «la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire» (LBLA). La expresión «corriente [o caminos]» de este mundo es una traducción apropiada, sin embargo, con ella se pierde un matiz que expresa el término más literal «era de este mundo» (la misma palabra que se utiliza en 1:21 para aludir a la era presente y a la venidera, y que en 2:7 hace referencia a las épocas futuras en las cuales se expresará la gracia de Dios). La antigua forma de vida de estos creyentes implicaba su conformidad con la presente era de este mundo.¹⁵ La palabra «mundo» tiene una amplia variedad semántica en el Nuevo Testamento que abarca las siguientes acepciones: la creación, las personas y un sistema mundial que, o bien deja fuera a Dios, o es abiertamente hostil a él. No cabe duda de que aquí la intención de Pablo es aludir a este sistema mundial, una forma de vida configurada por un sistema que no tiene en cuenta a Dios (similar a la expresión «vivir según la carne»).¹⁶

Vivir en pecados es lo mismo que vivir en conformidad con «el príncipe de la potestad del aire.» Cristo ha sido exaltado sobre todos los poderes y llena todas las cosas (1:21–23), sin embargo existe también otro poder operativo. Aunque Pablo no nombra a este gobernante, está sin duda hablando de una vida que sigue al maligno (6:16) o diablo (4:27; 6:11).¹⁷

No queda muy claro lo que Pablo quiere decir exactamente con la expresión «príncipe de la potestad del aire», ni cómo se relaciona ésta con las palabras que siguen. La palabra que se traduce como «potestad» es de hecho la palabra que por regla general se vierte como «autoridad.»¹⁸ En Colosenses 1:13 se presenta una teología parecida; los cristianos son liberados de la esfera o dominio de la oscuridad. Según 3:10 y 6:12 el dominio de los gobernadores y poderes está en las regiones celestiales. Según parece, en el mundo antiguo se consideraba que el espacio aéreo entre el Cielo y la Tierra era el dominio de los espíritus.¹⁹ Desde una perspectiva bíblica, esta concepción podría haberse acentuado por las afirmaciones de Job 1–2, que describe a Satanás ante el trono de Dios, aunque esto es incierto. Dicho gobernante tiene el control de este dominio profano, la atmósfera, y en lugar de vivir bajo el dominio de Dios su creador, las personas eligen sujetarse a un tirano.²⁰

La frase «el espíritu que ahora ejerce su poder en los que viven en la desobediencia» puede entenderse de distintas maneras.²¹ El «espíritu» se refiere probablemente al «príncipe», pero podría también aludir a la «potestad». Si se trata de la primera opción, entonces el príncipe es el espíritu que ejerce ahora su poder. Si alude a la última, el término «espíritu» describe entonces aquello sobre lo que gobierna, y lo que ejerce poder sería su potestad o reino. La diferencia es significativa, puesto que en el primer caso, el príncipe o gobernante es personal, y la frase en cuestión haría referencia a la acción del diablo en las personas desobedientes, mientras que en el segundo es algo impersonal, y aludiría al poder del orden mundial (observemos las ideas similares y las preguntas que se expresan en 1 Cor 2:6–8, 12). La NVI ha interpretado el sentido de «espíritu» como una descripción del príncipe o gobernante. Es más fácil ver a un gobernante que a un reino ejerciendo poder, y esto apoya la interpretación de la NVI. Sin embargo, aunque la expresión aluda a la acción del orden mundial, el maligno sigue siendo el gobernante que dirige dicho orden.

En el Nuevo Testamento se equipara con frecuencia a la desobediencia con la incredulidad,²² hasta el punto de que las traducciones utilizan en ocasiones la expresión «incrédulos» cuando el texto griego consigna de hecho la palabra «desobedientes» (cf. Rom 15:31, NVI). La desobediencia y la vida en pecados se contrastan en Efesios 2:10 con vivir en buenas obras preparadas por Dios.

La naturaleza pecaminosa y la ira (2:3). Como si quisiera evitar la inferencia de que los lectores fueran un grupo especialmente perverso, Pablo cambia su redacción a la primera persona del plural y afirma que todos nosotros vivimos en otro tiempo entre los desobedientes. Lo que el apóstol pretende subrayar no es simplemente que los cristianos habían vivido *entre* los desobedientes, sino que se habían conducido *como* ellos, influenciados por el antiguo orden. La culpa *no* se le atribuye al príncipe del antiguo reino, aunque él ejerza su poder. La tiene más bien «la naturaleza pecaminosa» (*sarx*; lit., «la carne»). La traducción de *sarx* como «deseos pecaminosos» evita ciertas ideas erróneas que sugieren que la humanidad o la materia son negativas.

En sus cartas Pablo utiliza el término *sarx* de distintas maneras, por regla general con connotaciones éticas de carácter negativo como aquí. A menudo se refiere a aquello que no tiene en cuenta a Dios, a lo que es *meramente humano* y cuenta solo con sus propios recursos. El pensamiento implícito es que sin Dios, los deseos se convierten en el señor que controla la vida. Han de ser satisfechos. En la vida anterior vivíamos *por* nuestros deseos pecaminosos, haciendo lo que nos decían. El término «deseos» alude a legítimas necesidades humanas que se distorsionan, insubordinan, e intensifican para producir un egoísmo irracional (ver comentarios sobre 4:17–19, 28–29). Una vez más Pablo se centra en la mente. La vida anterior está marcada por un proceso de razonamiento desajustado que lleva a las personas a hacer lo que manda la naturaleza pecaminosa. El pecado produce una distorsión en la mente (ver esp. Rom 1:21–22, 28).

El resultado es que todos los seres humanos son «por naturaleza objetos de la ira de Dios.» Es decir, todas las personas están camino de encontrarse con la ira de Dios. La expresión «objeto de la ira de Dios» es literalmente «hijos de ira.» «Hijo de» es una locución semítica que significa «caracterizado por» o «descrito por».²³ Estas personas están bajo la ira de Dios, tanto en la manifestación presente de dicha ira (cf. Jn 3:26; Rom 1:18)²⁴ como en la futura (cf. Rom 5:9; Ef 5:4). Aquí se implican ambas cosas. Pablo no tiene en mente los descontrolados arrebatos de pasión de un Dios furioso, ni un cierto tipo de ira impersonal; sus palabras apuntan más bien al constante disgusto divino contra el pecado y su reacción pertinente.

El término «naturaleza» (*physis*) tiene una serie de significados: por ejemplo, el orden de la naturaleza (Rom 1:26; Rom 11:21; 1 Cor 11:14²⁵), toda *clase* de animales (Stg 3:7), y aquello que uno es por constitución más que por experiencia o circunstancia (p. ej., Rom 2:27; Gál 2:15; 4:8; 2 Ped 1:4). La acepción de este término en Efesios 2:3 cae en el ámbito de esta tercera categoría. En este mundo caído, los seres humanos son por su propia naturaleza pecaminosos y están, por consiguiente, bajo la ira de Dios, aunque el texto no explica cómo se produjo esta situación.

Este pasaje habla del carácter universal del pecado, sin embargo *no rechaza el valor de la humanidad*. Pone de relieve una *profunda depravación*, depravación que se extiende a todo el pensamiento y acción humana, sin embargo no sugiere una *depravación total* en el sentido de una absoluta carencia de valor. Todo ser humano —creyente o no— ha sido creado a imagen de Dios y tiene un enorme valor y unas capacidades extraordinarias. A pesar de la depravación, Dios encuentra algo digno de ser amado. ²⁶

El paisaje que traza el texto es sombrío. Los pecados han hecho de los humanos, muertos vivientes que viven en consonancia con un mundo que pasa por alto a Dios y con un tirano cuya actividad se dirige a fomentar la desobediencia. En su esclavitud siguen deseos y razonamientos distorsionados que dejan a Dios fuera del cuadro y, por tanto, están bajo su ira. Sin embargo, la idea principal de Efesios —y especialmente de este pasaje (2:1–10)— es que *Dios no queda fuera del cuadro*.

La misericordiosa salvación de Dios en Cristo y su propósito (2:4–7)

Muchos sugieren que tras 2:4–10 subyace un antiguo himno o credo cristiano, posiblemente un himno de iniciación utilizado en relación con el Bautismo. Efesios utiliza sin duda tradiciones litúrgicas más antiguas, más obviamente en 4:22–24 y 5:14. La dependencia de un himno o credo es algo difícil de demostrar, puesto que Pablo era sin duda capaz de concebir la teología de este pasaje, y de escribir con este estilo. Una teología similar está presente en Romanos 7:4–6 y Tito 3:3–7. Aunque no puede demostrarse la supuesta dependencia de un himno bautismal, es evidente que tras este texto hay *ideas* de carácter bautismal (cf. el pasaje paralelo de Colosenses 2:12–13). Romanos 6:2–11 hace también referencia explícita al Bautismo cuando habla de morir y resucitar con Cristo (ver igualmente Gál 3:27).

La misericordia y el amor de Dios. Como refleja el texto de la NVI, 2:4 comienza con un acento en la persona de Dios. El cuadro era sombrío, *pero Dios* actuó movido por su amor y misericordia. El hecho de que la salvación es un don, y no fruto de algo que haga el receptor se expresa explícitamente en 2:8–9, pero queda ya implícito en 2:4. La misericordia y el amor son revelaciones del ser de Dios, no una respuesta a algo que haya en el individuo y que le haga merecedor de amor. Dios actúa con misericordia porque le es intrínseco.

La palabra «misericordia» (*eleos*) no aparece con frecuencia en las cartas de Pablo. Sin embargo, la importancia de este tema para Pablo, es evidente por el modo en que utiliza el término en Romanos (9:16–18, 23; 11:30–32; 15:9) y en las descripciones de su propia conversión (1 Tim 1:13–16). Muchos otros textos bíblicos tratan la cuestión de la misericordia de Dios, como por ejemplo, Éxodo 34:6, Deuteronomio 4:31, 7:7–9, Salmos 78:38, Isaías 55:7, Jeremías 31:20, Miqueas 7:18 en el Antiguo Testamento, y Mateo 5:7, 9:13, 23:23, 1 Pedro 1:3 en el Nuevo. Aparte de la misericordia de Dios, no hay esperanza para la Humanidad.

En la concepción que Pablo tiene de la salvación, el «amor» de Dios es un tema fundamental.²⁷ Una vez más se subraya el enfoque teocéntrico de Efesios. Dios no es un espectador pasivo en el proceso de la salvación o un «enfurecido energúmeno» que espera ser aplacado, sino más bien, el protagonista, aquel que por su amor apacigua su ira y muestra misericordia a su pueblo.

Es evidente que en 2:4–10 las palabras «misericordia», «amor», «gracia», «bondad» y «don» están estrechamente relacionadas y muestran que Pablo está amontonando palabras en un intento de describir adecuadamente la realidad del Evangelio. Aunque cada una de estas palabras conlleva un matiz distinto de las demás, sus significados se solapan el uno sobre el otro. Esta terminología llega como una cascada de lenguaje expansivo con el que Pablo intenta describir la grandiosidad del cuidado y compromiso de Dios para con los seres humanos que se expresa en su intervención en

Jesús.

Este tipo de lenguaje expansivo se hace también evidente por medio de las palabras «rico» (2:4) y «riqueza» (2:7), que se utilizan para describir el incomprensible e inagotable suministro de ciertos atributos o dones de Dios (ver Rom 2:4; 11:33). Efesios utiliza este lenguaje más que ninguna otra carta y subraya las riquezas de la gracia de Dios (1:7; 2:7), su misericordia (2:4), su gloria (1:18; 3:16), y las riquezas de Cristo (3:8). Cuando Pablo habla de «las riquezas» de Dios alude a sus recursos para cuidar a su pueblo y revelar su naturaleza.

Resucitados con Cristo de la muerte a la vida. Casi como si le costara creer la profundidad del amor de Dios, en 2:5 Pablo repite la afirmación de 2:1: «aun cuando estábamos muertos en pecados.» Los dos verbos de 2:6 («nos resucitó y nos hizo sentar con él») constituyen un comentario de la frase «nos dio vida con Cristo» que encontramos en 2:5. Estas expresiones no aluden a la resurrección futura, sino al hecho de que fuimos resucitados con Cristo en el pasado, a nuestra «co-resurrección» con él. La teología de Pablo afirma que los cristianos tomaron parte en los acontecimientos redentores de la muerte y resurrección de Cristo. La triple repetición de la preposición «con» es muy significativa y pone de relieve el acento paulino en la participación con Cristo. Disfrutar la salvación requiere ser unidos al Salvador (cf. Rom 7:4.) El don no puede separarse del dador.²⁸

Este lenguaje recuerda a Romanos 5:6–10, donde se presenta a Dios demostrando su amor aun cuando éramos débiles, pecadores, y enemigos. La salvación existe porque Dios crea vida en medio de la muerte. Sin la resurrección no habría salvación. Romanos 5:6–10 —igual que otros textos— subraya la muerte de Cristo como medio de salvación, y la resurrección está implícita. Aquí, en Efesios 2, Pablo no menciona la muerte de Cristo, dando más bien relevancia a su resurrección (cf. 1 Ped 1:3).

No se explica cómo somos «resucitados». No se trata aquí de la resurrección física, sin embargo esta co-resurrección es real. Puesto que la espinosa situación de la Humanidad se expresa en términos de una muerte espiritual en vida (2:2–3), la solución es una resurrección espiritual. El ser humano necesita que se le imparta vida. Varios hechos sugieren que es el Espíritu Santo quien infunde esta vida a los muertos. Al parecer, en 1:13, el sello del Espíritu alude al mismo acontecimiento que 2:5, y 2 Corintios 3:6 habla de la obra del Espíritu por la que éste nos imparte vida (ver también Juan 6:63).²⁹

Algunos acusan a Efesios de haber perdido el enfoque en la Cruz, sin embargo este tipo de queja revela una idea errónea del movimiento de Efesios y pasa por alto textos que, sin duda, subrayan la muerte de Jesús.³⁰ En Efesios 2:5–6 simplemente se extiende a los creyentes la obra divina de resurrección y exaltación que se menciona en 1:19–20. Pablo no habla aquí de morir con Cristo porque en la imagería que

utiliza en este pasaje ya estamos muertos en nuestras transgresiones. En la próxima sección (2:13–16) se sugerirá que, mediante su muerte, Cristo resuelve el dilema de nuestra «muerte en vida» y hace morir toda enemistad (tanto la que existe entre los seres humanos y Dios, como la que separa a los hombres entre sí). La cuestión que aquí se subraya es que cuando Dios resucitó a Cristo de entre los muertos y le exaltó, resucitó y exaltó igualmente, con él, a los cristianos.

Ni aquí, ni en ningún otro lugar ve Pablo la muerte y resurrección de Cristo como realidades separadas la una de la otra.³¹ La salvación depende de ambos acontecimientos, puesto que cuando creemos, participamos en la doble realidad de la muerte y la resurrección de Jesús. Los paralelos de la participación del creyente en estos dos acontecimientos de la vida de Jesús o de nuestra identificación con ellos son muy frecuentes en el Nuevo Testamento.³² Aunque esta teología está implícita en todos los escritos neotestamentarios (p. ej., Mat 16:24–25), fuera de las cartas paulinas solo se expresa explícitamente en 1 Pedro 2:4–5, 24.

No solo han sido los cristianos resucitados con Cristo, sino que también se han sentado con él en los lugares celestiales. Lo que es cierto con respecto a él (1:20), lo es también acerca de nosotros. Él ha sido exaltado a la diestra de Dios, y también lo hemos sido nosotros. Nuestra unión a él nos lleva a estar donde él está. Otros varios textos hablan de nuestra exaltación con Cristo (ver Rom 8:37; 1 Cor 15:48; 2 Cor 2:14; Gál 4:26; Fil 3:20; Col 3:1–4), sin embargo ningún texto afirma esta idea con tanta contundencia como Efesios 2:5–6. El propósito de este pasaje es poner de relieve la vida que los creyentes disfrutan ahora con Cristo, y el hecho de que, junto con esta vida, vienen privilegios, honra, seguridad y responsabilidades.

Sin embargo, esto *no* equivale a decir que estamos realmente sentados en el Cielo. Como hemos visto cuando hemos hablado de 1:3,³³ la expresión «en las regiones celestiales» no es un mero sinónimo de «Cielo.» El uso de esta expresión en 3:10 para aludir al lugar donde las potencias cósmicas reciben revelación, y en 6:12 para referirse al lugar de la batalla con las fuerzas de maldad, prohíbe esta concepción. Esta frase apunta a la realidad celestial —es decir, espiritual— de Dios y de su obra en Cristo. Leon Morris sugiere que se trata de «la esfera de las realidades espirituales.»³⁴ Las «regiones celestiales» no están separadas de este mundo; por el contrario, desempeñan un papel determinante para este mundo.

Haber sido resucitados con Cristo y estar sentados con él está condicionado al hecho de estar «en Cristo Jesús.» La triple repetición de esta expresión pone de relieve una vez más la importancia esencial que la expresión «en Cristo» tiene para la teología de Pablo.³⁵ «Estar en Cristo no es únicamente el hecho fundamental de la existencia del cristiano, sino toda la realidad.»³⁶ En el pensamiento de Pablo, la muerte y resurrección de Cristo no son simples acontecimientos que producen ciertos beneficios

para los creyentes, sino realidades de las que los creyentes participan.³⁷ Según la teología paulina de las «esferas de influencia», los seres humanos viven, bien en el pecado y bajo su influencia, o en Cristo y bajo la suya. Se trata de servir a la tiranía del pecado o al Señor Cristo. La conversión representa la transferencia de una esfera a la otra, un cambio de señoríos, y el lenguaje que Pablo utiliza para referirse a esta transferencia de la esfera de la muerte a la de la vida es el de la resurrección con Cristo.³⁸ Cualquier concepción que no cuente con esta teología no hace justicia a Pablo.

Salvos por Gracia. Como indica la NVI, las palabras «por gracia ustedes han sido salvados» interrumpen la fluidez del pensamiento y muestran la estupefacción de Pablo por el hecho de que Dios haya salvado a los seres humanos de su muerte en vida. En la expresión «han sido salvos», ni el lenguaje ni el uso del tiempo perfecto siguen el patrón normal de Pablo. Fuera de este pasaje Pablo no utiliza el tiempo perfecto con el verbo «salvar» (sozo).³⁹ Este tiempo apunta a un acontecimiento pasado y a sus constantes resultados. La salvación se considera aquí como algo que ya se ha producido y es experimentado por quienes están en Cristo.⁴⁰ El lenguaje de la salvación apunta principalmente a la idea de rescatar de un peligro, sin embargo esta no es sino una de las varias formas en que Pablo habla de la actividad redentora de Dios. Ninguna de las imágenes —justificación, salvación, redención, reconciliación, libertad, o cualquier otra— es adecuada en sí misma para explicar toda la realidad que Dios ha llevado a cabo a nuestro favor.

Sin duda, la palabra más significativa en la exposición que hace Pablo de la salvación es «gracia» (cf. 1:6–8). Se ha señalado ya que el Evangelio cristiano se sintetiza en cinco palabras clave, a saber, Gracia, Verdad, Fe, Amor y Esperanza. ⁴¹ La Gracia es el ingrediente clave y por necesidad se sitúa en primer lugar; todo lo demás fluye de una teología de la Gracia y se construye sobre ella. El concepto de «gracia» alude al amoroso y totalmente inmerecido compromiso de Dios para con nosotros. Por alguna razón para nosotros desconocida, pero arraigada en su naturaleza, Dios se nos entrega, se une a nosotros, y actúa para redimirnos. Aunque lo pertinente era la ira, en su lugar recibimos gracia salvífica. Esta acción está arraigada en la propia naturaleza de Dios. ⁴² La iniciativa la toma siempre solo y totalmente él. Ninguna intervención humana podría habernos sacado de la difícil situación en la que nos encontrábamos. Si «gracia» significa que Dios se entrega a nosotros, en este texto se pone de relieve que ésta nos *conecta* a Cristo.

Manifestación en los tiempos venideros (2:7). El propósito de la acción de Dios al salvarnos es demostrar en los tiempos venideros las riquezas de su Gracia; al intervenir a nuestro favor, Dios manifiesta su carácter (cf. Rom 3:25–26). Por su propia naturaleza, el Evangelio es una revelación.⁴³ La revelación del carácter de Dios se seguirá desarrollando a lo largo de la eternidad, y la principal evidencia de su

Gracia y Bondad son las personas que han recibido vida en Cristo Jesús. Hemos de recordar también la expresión «para alabanza de su gloria» que aparece en 1:6, 12 y 14. La obra salvífica de Dios expresa su naturaleza, y su resultado es adoración, ahora y por toda la eternidad.

Más detalles de la salvación por Gracia (2:8–10)

Esta sección nos ofrece un comentario acerca de la inserción en 2:5 de la expresión «por gracia ustedes han sido salvados», que se repite en 2:8 con la añadidura de la frase «mediante la fe» que explica cómo hacemos nuestra esta salvación. Esta explicación muestra también la relevancia que tiene la salvación para los lectores; observemos el cambio a «ustedes/vosotros». En los versículos 9–10 se introducen otros dos temas, que se ampliarán en pasajes posteriores: nueva creación y el impacto ético de la obra de Dios. Esta combinación de ideas hace de 2:8–10 uno de los resúmenes más efectivos del Evangelio paulino de la salvación por Gracia, mediante la fe. ⁴⁴

Fe. Tanto Romanos 1:17 como Gálatas 3:11 muestran la importancia de Habacuc 2:4 para el origen de la concepción que Pablo tiene de la «fe», y es muy posible que esta sea una alusión a este texto del Antiguo Testamento. Hasta este momento en la carta la palabra «fe» y sus cognados solo han servido para identificar a los lectores como creyentes (1:1, 15, 19) y para indicar su recepción del Evangelio (1:13). El versículo 8 es similar a 1:13, en su descripción de los *medios* por los que nos apropiamos la salvación. En este punto el lenguaje es especialmente importante. Los cristianos son salvos por la Gracia de Dios, no por su fe. La fe es el único *medio* por el que se recibe esta gracia. En el resto de la carta se pone de relieve la importancia de la fe y palabras relacionadas para la salvación y la vida (3:12, 17; 4:5, 13; 6:16, 21, 23).

El concepto de fe (*pistis*) no puede limitarse a un mero asentimiento mental o a creer ciertas ideas. Este sustantivo griego puede significar «fe», «fidelidad», «fiabilidad», «promesa», «garantía», «prueba», «confianza» y «seguridad». Además, puede también utilizarse para aludir a la acción de creer, al contenido de lo que se cree, o como un término que resume todo lo que representa el Evangelio: en esencia, «la religión de la fe» (cf. Gál 3:23; Ef 4:5). El verbo *pisteuo* puede significar «confiar», «dar verosimilitud a», «estar convencido de», «encomendar» y «tener confianza». Este grupo de palabras trata principalmente de *aquello susceptible de ser objeto de dependencia o de la acción de depender de algo considerado digno de confianza*. Ambos aspectos están presentes, a saber, confiar en algo o en alguien considerado fidedigno. Como siempre, es el contexto —no el catálogo de posibilidades de sentidos— lo que determina el significado.

En sus exposiciones de la salvación Pablo da por sentada esta naturaleza bidireccional de la fe. *La naturaleza de la fe es relacional*, y expresa la dependencia de un Dios que es digno de confianza. La palabra fe está vinculada al lenguaje de los *pactos*, y alude al compromiso y confianza que vincula a dos partes. Por toda la Escritura, Dios hace promesas por su Gracia y se compromete con su pueblo que, por su parte ha de confiar en tales promesas y vivir a la luz de ellas. Dios se muestra fiel y el creyente ha de responder en fidelidad. Al decir, «tengo fe» no estoy haciendo primordialmente una afirmación acerca de mí mismo, sino más bien proclamando que

Dios es digno de confianza.⁴⁵

Quienes creen no están meramente profesando ciertas ideas; están unidos a Dios y viven en respuesta a él. La frecuente utilización por parte de Pablo de expresiones como «con Cristo» y «en Cristo» muestran su convicción de que la fe les une a Jesucristo de un modo tan intenso que están en él, y lo que es cierto de él, lo es también de los cristianos. El pasado de Cristo es el de ellos, y él determina también su presente y su futuro. La fe tiene una naturaleza *adhesiva*;⁴⁶ vincula al creyente con aquel que es objeto de su fe. La salvación no es el resultado de creer ciertas ideas o de tomar una decisión de carácter emocional, sino de ser unido a Cristo.

En el versículo 8 surge un problema: ¿Cuál es el antecedente del término «esto» en la afirmación «y esto no procede de ustedes»? Aunque otros textos pueden aludir a la fe como un don de Dios (ver Hch 3:16; 14:27; 18:27),⁴⁷ este no es el argumento de Pablo en este texto. El género del pronombre «esto» es neutro, mientras que «fe» es un sustantivo femenino. Puesto que en la cláusula anterior no encontramos ningún nombre neutro como claro antecedente del término «esto», lo más probable es que esta palabra se refiera a *todo el proceso* de la salvación por Gracia (obsérvese el paralelismo entre «esto no procede de ustedes» y «no por obras»). El argumento de Pablo es que la salvación es un don del Dios en quien creemos, cuyo carácter es completamente digno de confianza.

Obras y jactancia (2:9). Pablo no trata ya el asunto de la imposición de la ley judía sobre sus convertidos como en Romanos, Gálatas y —hasta cierto punto— Filipenses. En estas cartas, el apóstol se resistía con contundencia a cualquier manera de fundamentar la salvación en «las obras de la ley». Sin duda, tras la expresión «no por obras» (2:9) hay que entender una referencia a las «obras de la ley», un concepto muy característico de aquellos primeros debates, aunque su significado no está limitado a los «indicadores fronterizos» específicos que distinguen a los judíos de los gentiles (p. ej., la circuncisión, la observancia del sábado y las leyes alimentarias).⁴⁸ Mediante el término «obras» el apóstol alude a cualquier condición o logro humano por el que alguien espere conseguir una posición o privilegio ante Dios. La realidad es que, nada que nosotros podamos hacer nos proporciona una posición ante Dios. En y por nosotros mismos, los humanos no tenemos derechos ante Dios.

De hecho, el asunto de la jactancia es un aspecto determinante de la teología de Pablo. Una buena parte de su preocupación es procurar que solo Dios reciba la alabanza. El apóstol se esfuerza en destruir cualquier terreno concebible sobre el que los seres humanos puedan jactarse en sí mismos. La Humanidad queda silenciada, y sin derechos ni defensa ante Dios.⁴⁹ La única jactancia legítima está en lo que Dios ha hecho (1 Cor 1:31), una teología que Pablo basa en Jeremías 9:24. Este texto del Antiguo Testamento aporta un fundamento para la adoración de Pablo, así como para la concepción que el apóstol tiene de su ministerio y de sí mismo.⁵⁰ La carta no trata

específicamente la cuestión de las «obras de justicia», sin embargo Pablo no puede hablar de la salvación sin excluir cualquier posibilidad de jactancia personal. No obstante, tal rechazo no implica una negación de la competencia humana. Es más bien una insistencia en el hecho de que todo lo que somos y hacemos es un don de Dios.

La nueva creación de Dios (2:10). Obsérvese el cambio de la redacción a la primera persona del plural. Una razón evidente por la que no hay lugar para la jactancia humana es que Pablo ve la salvación como la nueva creación de Dios. Los seres humanos no contribuyen a su nuevo nacimiento más de lo que lo hicieron a su nacimiento natural. El acento sobre la actividad de Dios, que comenzó en 1:1, experimenta aquí un *crescendo*. La expresión «somos hechura de Dios» bien podría traducirse como «somos el fruto de su actividad.» La salvación y la nueva vida son obra de Dios, y los seres humanos son sus agentes receptores no causativos. No debería pasarse por alto como algo intrascendente el hecho de que se utilice vocabulario de la creación (ver también 2:15; 4:24). El Nuevo Testamento asume que la acción de Dios en Cristo es paralela a la propia creación del Universo. ⁵¹ Esta nueva creación —como todo lo demás en Efesios— se produce «en Cristo Jesús.» La nueva creación se basa en la resurrección de Cristo, la creación de vida en medio de la muerte.

Buenas obras preparadas de antemano. El propósito de la actividad creativa de Dios no es simplemente tener un pueblo, como si de una obra de arte se tratara. Esta nueva creación ha de estar activa y ser productiva como lo es el Creador. Los cristianos debemos hacer «buenas obras, que Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica» (contrasta con 2:2).⁵² La salvación no es por obras, sin embargo, no hay duda de que *su objetivo* son las obras, es decir, vivir de un modo obediente y productivo. En consonancia con 1:3–14, que habla de la planificación, elección y actividad de Dios, este versículo muestra que éste no solo hizo planes y actuó para salvar, sino también para señalar el modo en que hemos de vivir. Las palabras de John Stott no son excesivamente fuertes cuando afirma: «las buenas obras son imprescindibles para la salvación: no como su fundamento o sus medios [...] sino como su consecuencia y evidencia.»⁵³

Pablo no habla normalmente de «buenas obras.» Debido a sus debates sobre las obras de la ley, la palabra «obras» tiene connotaciones tan negativas para el apóstol que rara vez utiliza el plural de esta palabra con un sentido positivo (solo en este pasaje y en Romanos 2:6, en una cita del Antiguo Testamento y en las Pastorales⁵⁴). Cuando sí lo hace con este sentido, añade el adjetivo «buenas» para evitar malentendidos.⁵⁵ Por razones de orgullo no se permite centrarse en el yo, pero sí es necesario hacerlo para asegurar el cumplimiento de las responsabilidades éticas.

Construyendo Puentes

En ocasiones, es necesario construir puentes entre contextos por lo extraño de las creencias y prácticas de las culturas antiguas, por la novedad de la cosmovisión que el cristianismo trae consigo, o por la distorsión de las creencias y prácticas de la cultura moderna, incluida la de la iglesia contemporánea. En ocasiones el puente se ha roto por nuestro lado. Para entender este texto hemos de salvar estos tres vacíos.

El obstáculo más importante para apropiarnos de este pasaje es nuestra dificultad para tomarlo en serio. En gran medida, no acabamos de creer que el cuadro de nosotros mismos sea tan malo como dice Pablo. ¿Son realmente sin sentido estas vidas que tratamos con tanto esmero —una muerte en vida— cuando Dios no está presente en ellas? Por otra parte, nos es también difícil de creer que los hechos sean tan propicios como afirma Pablo. ¿Nos ama Dios realmente de manera tan profunda y hemos sido exaltados con Cristo en las regiones celestiales? Este pasaje trata del valor y de la esperanza: sin Dios, la Humanidad tiene muy poco de estas cosas, con él, sin embargo, esta recibe una inmensa esperanza y un valor permanente.

Dos giros erróneos (2:1–3). El proceso de aplicación ha de seguir siempre el propósito y función del pasaje. Al hacerlo, hemos de evitar los giros erróneos. (1) El primero sería leer en el texto más de lo que dice. Estos versículos han de considerarse como lo que son: una dramática descripción de la vida antigua, no una exhaustiva teología de la Humanidad. (2) El segundo sería una reacción desmesurada a la enseñanza del texto. La descripción del mundo y de la Humanidad que aquí se traza es sombría; por consiguiente, sería fácil rechazar el mundo y toda relación con no creyentes. Sin embargo, una saludable teología de la Creación no permite el rechazo de la Humanidad o del mundo material ni impide su correcto disfrute. Dios declaró que su creación era buena (Gén 1), y esta suposición es un aspecto fundamental de la teología de Pablo (ver 1 Cor 10:26; 1 Tim 4:4). El asunto de la «separación del mundo» no ha de tomarse a la ligera, sin embargo esta enseñanza no significa que hayamos de mostrar falta de respeto hacia los que no creen, o distanciarnos de ellos (1 Cor 5:9–10). La actitud que el pueblo de Dios asume hacia los no creyentes ha de reflejar el amor que se describe en Efesios 2:4–10.

¿Es posible que sea tan grave? (2:1–3). A primera vista, la descripción que hace Pablo de la vida sin Cristo parece demasiado sombría. ¿Acaso todo el mundo es tan degradado como él sugiere? ¿Es que en la vida no hay también gozo y felicidad? ¿No existen personas que se conducen según normas éticas elevadas y que, por tanto, no encajan en esta descripción? ¿Está todo el mundo realmente destinado a la ira de Dios? Pablo no está negando el valor de la Creación o de la Humanidad, creadas a imagen de Dios. El apóstol no está diciendo que todos los seres humanos carezcan de valor, ni su principal preocupación es lo que sucederá en el día del Juicio. Su preocupación es contrastar el terrible dilema de la Humanidad sin Dios con los

privilegios de aquella que está con Dios y en Cristo.

Lamentablemente, la valoración que Pablo hace de la Humanidad sin Dios no es excesivamente severa. Tanto en el mundo antiguo como en el moderno, los seres humanos —aun quienes carecen de convicciones religiosas— han llegado a la misma conclusión. Algunos griegos de la Antigüedad eran tan conscientes de la realidad de la muerte en vida que acuñaron el proverbio, *Soma sema*, es decir, «el cuerpo es una tumba.»⁵⁶ Algunos pasajes del Antiguo Testamento como el Salmo 90, el libro de Eclesiastés, o Isaías 40:6–8 ponen de relieve esta misma percepción de la brevedad y falta de sentido de la vida apartada de Dios. Religiones como el Hinduismo buscan el *nirvana* mediante la huida de esta vida y el ciclo de la reencarnación.

Si en nuestra moderna cultura occidental todo esto nos parece demasiado morboso, solo hemos de reflexionar acerca de la presencia del mal en nuestra sociedad, nuestros índices de suicidio, los enormes problemas producidos por el escapismo mediante el alcohol y las drogas, y la falta de sentido que nos desafía a todos cuando hemos de hacer frente a la injusticia, la enfermedad y la muerte.⁵⁷ La muerte nos acecha y es nuestro destino. Si recordamos también que más de mil millones de personas viven en la pobreza más extrema y que la guerra y el terrorismo afligen el planeta, la expresión «muerte en vida» puede ser demasiado suave.

Sin embargo, Efesios 2:1–3, no se dirige meramente al dilema humano en términos generales; habla concretamente de estar muertos *en delitos y pecados*. El pecado es la acción de escoger nuestro propio camino dejando a Dios fuera del cuadro. Esta es la razón por la que Pablo puede decir que «todo lo que no se hace por convicción es pecado» (Rom 14:23). Si Dios es el dador de la vida, cada acto que pasa por alto a Dios es pecado. Hemos intentado encontrar vida en nosotros mismos y en nuestros propios deseos, y en este proceso nos hemos separado del dador de la vida y hemos mutilado nuestras relaciones con otras personas. La muerte —que es no-relacional por definición— es el resultado de tal decisión.

Obsérvese, sin embargo, que este texto no se dirige simplemente a los malvados pecadores (los demás seres humanos), sino a todos nosotros. También las personas religiosas pueden estar muertas en pecados. Recordemos la denuncia de Jesús en el sentido de que los fariseos eran como sepulcros blanqueados llenos de huesos de muertos (Mt 23:27–28). Todos nosotros somos culpables de vivir sin Dios. Sí, es cierto que en muchas personas hay una cierta decencia y bondad. Pero sin Dios también esto es temporal y sin sentido, y no altera el hecho de la pecaminosidad universal.

Existe una forma de ceguera que hace que la apropiación de este texto sea una tarea difícil. Dice que vivimos en consonancia con el mundo y su «gobernante», pero se nos engaña haciéndonos creer que somos nosotros quienes determinamos nuestra vida. Nos decimos a nosotros mismos que no somos susceptibles a la presión social, que

hacemos lo que queremos, sin preguntarnos qué o quién determina eso que queremos. Todos nosotros somos hijos de nuestro tiempo, y la verdad es que el mundo en que vivimos se orienta lejos de Dios y hacia el pecado y la falta de sentido. El mal es una fuerza que nos determina (sea el mal de nuestra alma egoísta, el que atenaza a nuestra sociedad egocéntrica, o el que pretende llevar a cabo el «que gobierna las tinieblas»).

El que gobierna. La afirmación de Pablo en el sentido de que «el que gobierna las tinieblas» está en acción —según parece, para provocar la desobediencia humana— no está abierta a la investigación empírica. En esta cuestión es crucial el equilibrio y debería tenerse cuidado de no leer en la Biblia la mitología que se ha desarrollado en torno al diablo. La Biblia dice mucho menos acerca del diablo de lo que afirman algunos cristianos. Sin duda, Pablo creía en un ser que promueve el mal. ¿Puede el hombre moderno creer realmente en un ser así? ¿O puede la antigua idea del diablo reducirse a la *fuerza* del mal que vemos en el mundo?

Walter Wink opina que sí. A fin de tratar el *hecho* y la *experiencia* del mal, este autor pone entre comillas la cuestión ontológica «¿existe Satanás?». ⁵⁸ Wink está en lo cierto en un sentido, puesto que todos nosotros hemos de hacer frente a la realidad del mal en el mundo y en nosotros mismos. Sus descripciones de Satanás dan que pensar: «La representación arquetípica del peso colectivo de nuestro estado caído, el símbolo del espíritu de toda una sociedad alienada de Dios»; «la verdadera interioridad de una sociedad que persigue idólatramente su propio enriquecimiento como bien más elevado»; y «a menudo experimentado como una fuerza real del mal que ansía la aniquilación.» ⁵⁹ Por otra parte, es posible que la cuestión ontológica relativa a la existencia del diablo solo haya sido soslayada en la misma medida que la de la existencia de Dios. ¿Por qué nos es relativamente fácil creer en un ser benefactor, pero no en uno malévolo?

Las preguntas acerca de la existencia de Dios y del diablo no son sino variaciones de otras como: «¿Estamos solos?» y «¿podríamos haber llegado a la difícil situación en la que nos encontramos por nosotros mismos?». Cuando se trata de Dios, las cuestiones tienen que ver con la Creación, su propósito y la vida resultante con él. Por lo que respecta al diablo, se suscitan los asuntos del pecado y la depravación humanos. Cuando habla de la entrada del pecado, la Biblia apunta al tentador (i.e., el diablo). No obstante, subraya mucho más el pecado humano —no la actividad del diablo— como causa de las dificultades y el mal del mundo. En el Antiguo Testamento solo se menciona tres veces al diablo, ⁶⁰ y aunque las alusiones del Nuevo Testamento son más frecuentes, la importancia del diablo es limitada. ⁶¹ No es el «delantero imparable». A la mayoría de nosotros el mal se nos da suficientemente bien sin que nadie nos ayude.

En otras palabras, cualquier acento excesivo con respecto al papel del diablo es erróneo. Este pasaje pretende recordar a sus lectores cuál era su situación anterior, no

enaltecer al ilegítimo gobernante de este mundo. Hemos de reconocer una tensión en relación con la creencia en el diablo. Cuanto más subrayamos la importancia del diablo, menos recalcamos la depravación humana. Poner un acento exagerado en el diablo es una manera de sobrevalorarnos a nosotros mismos y de rehuir nuestra propia culpa. En el Nuevo Testamento, el diablo no se presenta como el problema para el que necesitamos una solución. La verdadera dificultad está en nuestro propio pecado y en este mundo de maldad. Además, subrayar excesivamente el papel del diablo significa no dar suficiente relevancia a Cristo. De hecho, este aspirante a gobernante no merece nuestra atención: de acuerdo que es una amenaza, pero el papel que desempeña es secundario.

Muchos cristianos de nuestro tiempo conceden una atención y un poder muy desmesurados al diablo, casi como si este fuera omnipresente. La Biblia no nos presenta un dualismo cosmológico, como si Dios y el diablo fueran virtualmente iguales disputándose la Humanidad. Solo existe un ser supremo: Dios. La fuerza de todo este pasaje es poner de relieve el triunfo de Dios en Cristo (1:18–23). Es cierto que Efesios reconoce otro poder en acción, pero no como una amenaza para los propósitos de Dios o, al menos por lo que a 2:1–3 se refiere, incluso para los cristianos (cf. también 4:27; 6:10–20). El temor o la ansiedad acerca del diablo y sus efectivos no se deriva de la Escritura, ni tampoco la fascinación o la preocupación por ellos. Es evidente que se requiere un equilibrio. Pablo ve aquí una cierta amenaza, sin embargo está más preocupado por el hecho de que los seres humanos se han alineado con el gobernante de este mundo que porque éstos puedan ser subyugados por él.

En el último análisis, la culpa no recae sobre el gobernante, sino sobre nosotros. Hemos decidido seguir nuestros propios deseos, y nuestra sociedad ha reafirmado esta elección. Sin embargo, en lugar de traernos satisfacción, esta decisión nos ha hecho objeto de la ira de Dios.

¿Se enfada Dios? (2:3). En el siglo XX, la idea de la ira de Dios nos causa problemas. Desde un punto de vista teológico parece un aspecto poco sofisticado y ofensivo. ¿Cómo puede enfadarse un Dios de Amor? Y no obstante, en cierto modo, la Biblia — desde Génesis 3 hasta el fin de Apocalipsis — es el relato de la ira de Dios, de su reacción a la desobediencia y al pecado. ¿Es acaso Dios un padre permisivo que pasa por alto la perversidad? La doctrina de la ira de Dios es, de hecho, esencial. La salvación presupone la ira y el juicio. Si Dios no se indigna, la salvación no es necesaria.

Cuando no se habla con mesura acerca de la ira de Dios queda la impresión de que Dios esté enfurecido con los humanos; lo cierto es, sin embargo, que Cristo les ama y ha ganado el favor de Dios muriendo en la Cruz. Sin embargo, la Cruz no recupera el favor de Dios, sino que dicho favor es más bien la *base* de la muerte de Jesús. Romanos 5:8 nos recuerda que *Dios* demostró su amor al mandar a Cristo, *cuando aun*

éramos pecadores. No existe ninguna división en la Trinidad entre el Padre y el Hijo, o entre la ira de Dios y su amor. El amor no es lo contrario de la ira. Aunque sea difícil de concebir, la ira de Dios es una expresión de su amor y profundo apego hacia su pueblo. Ya en el siglo tercero, el teólogo Lactancio escribió que «quien no se enfurece no ama.»⁶² Si Dios pudiera ver el pecado y la injusticia de este mundo sin airarse, ¡no diría mucho a su favor! El Dios de la Biblia no es una fuerza imperturbable e insensible, sino alguien que se preocupa por sus criaturas.

El relato de la Biblia es la historia del propio Dios que actúa para impedir que su ira destruya a la Humanidad. Tras la caída, en el desierto, con el sistema de sacrificios, con los profetas, en el exilio y regreso, y mayormente en la Cruz, Dios estaba dando pasos para apaciguar su ira y mostrar misericordia. ⁶³ Sí, Dios se indigna. Se preocupa profundamente por nosotros, y su ira es tanto una expresión de su amor como el contexto en el que lo demuestra.

¿Puede ser, de verdad, tan bueno? (2:4–7). La aplicación de estos versículos es difícil porque suenan demasiado bien para ser ciertos. Se presentan dos cuestiones: (1) ¿Podemos creer seriamente que Dios *nos* ama? (2) ¿Hemos participado realmente de los acontecimientos que experimentó Cristo? En ambos casos la apropiación del mensaje depende de escuchar la Palabra (Rom 10:17) y de la obra del Espíritu Santo.

(1) El hecho de que Dios ama y muestra misericordia es un tópico. El problema es que, o bien damos por sentado el amor de Dios sin que ello haga impacto alguno en nuestras vidas, o rechazamos que Dios pueda amar a alguien tan pecaminoso e insignificante como nosotros. Las buenas nuevas son que Dios sabe perfectamente lo mal que están las cosas, pero las cambia. Donde debería haber habido ira, hay misericordia. La conciencia de la enormidad del dilema humano nos ayuda a valorar en su justa medida el amor de Dios, no obstante, dicho amor ha de apropiarse de manera individual. Esta es la razón por la que Pablo subraya las *riquezas* de la misericordia y amor de Dios. Sus recursos para amar son ilimitados, y su amor se extiende incluso a quienes menos lo merecen. El Espíritu Santo es quien nos transmite el amor de Dios cuando nos abrimos al mensaje del Evangelio (Rom 5:5).

(2) Por lo que a la aplicación a nuestras vidas de Efesios se refiere, es posible que la tarea más difícil sea entender de qué modo hemos participado en los acontecimientos que Cristo experimentó. ¿Cómo puede ser que lo que le sucedió a Cristo (el verbo está en pasado) nos sucediera al mismo tiempo a nosotros? En aquel momento ni siquiera habíamos nacido, y ahora estamos separados de él por un espacio de dos mil años, una cultura, raza y situación geográfica muy distintas, y toda clase concebible de realidades. Tanto Jesús como nosotros somos individuos. ¿Acaso este hecho no descarta que podamos participar de acciones específicas a él?

En el Antiguo Testamento y en el pensamiento griego encontraremos cierta ayuda

para la comprensión de estas ideas. La realidad que hemos de entender para sentir la fuerza de las afirmaciones de Pablo es la de la vida en Dios. Esta noción no es del todo nueva. Un salmista escribió: «Señor, tú has sido nuestro refugio generación tras generación» (Sal 90:1), y Pablo cita positivamente las palabras de un poeta griego: «puesto que en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17:28).

El concepto veterotestamentario y semítico de «solidaridad colectiva» nos proporciona un trasfondo más amplio.⁶⁴ En esta concepción se subrayaba la oscilación entre el individuo y la comunidad, de modo que lo que el individuo hacía impactaba a la comunidad y viceversa. Títulos como «hijo de hombre», «siervo» e «hijo de Dios» eran términos colectivos que se utilizaban tanto para aludir a Israel o al remanente de este pueblo, como para referirse a individuos. Jesús se apropió de estos títulos por su identificación con la tarea de Israel dentro de los propósitos de Dios. De hecho, él se convirtió en Israel, el escogido de Dios (Lucas 9:35).

Cuando los primeros cristianos intentaron referirse a Jesús y a su obra, no le describieron simplemente como a un individuo al que le sucedieron ciertas cosas. Le veían como el comienzo de un nuevo orden, como a un nuevo Adán que iniciaba y lideraba una nueva raza. Por consiguiente, no se veían ya a sí mismos desde una perspectiva individual, sino como a individuos absorbidos en Jesús e implicados con él.

Por otra parte, aunque la Cruz y la Resurrección son acontecimientos históricos, tienen también otras dimensiones. Son eventos escatológicos e inclusivos: representan la muerte de la muerte y las primicias de la resurrección escatológica.⁶⁵ Como afirma R. Tannehill, «la muerte y la resurrección de Cristo no son meros acontecimientos que generan beneficios para el creyente, sino eventos en los que él mismo participa.»⁶⁶

De igual modo, aunque Jesús es un personaje histórico, su persona tiene también otras dimensiones: es también aquel en quien la Humanidad está representada e incluida. Puesto que todo este nuevo orden se encarna en Cristo, el tiempo sigue su curso y es trascendido a la vez. Jesús se identificó con el dilema de la Humanidad y con la tarea de Israel a favor de ella; se hizo uno con la raza humana, y cargó sobre sí la sentencia debida al pecado. En la conversión y en el Bautismo nos identificamos con la muerte y la resurrección de Cristo, y comenzamos a vivir nuestras vidas según el patrón de la muerte y la resurrección. El cristianismo no es principalmente una religión de ideas, sino de participación y de comunión con Dios en Cristo. A los cristianos se les llama a la comunión con el Hijo de Dios, han sido crucificados con Cristo, bautizados en su muerte, se han despojado del antiguo ser y vestido de la persona de Cristo, y serán unidos con él en la resurrección (Rom 6:2–11; 13:14; 1 Cor 1:9; Gál 2:19–20; 3:26–27).

Pero ¿cómo ha de entenderse esta participación? No puede ser literal, puesto que *no*

estábamos allí cuando Jesús fue crucificado. Por otra parte, decir que se trata solo de una implicación metafórica parece robarle su fuerza. Este lenguaje de la participación con Cristo apunta a la solidaridad que experimentamos con Cristo por la Gracia de Dios y mediante la fe.⁶⁷ Estamos unidos a él por la fe y participamos de su persona. Quien produce esta unión con Cristo es el Espíritu (ver 1:13; Rom 8:1–17; 1 Cor 12:13).

Nuestra exaltación con Cristo en las regiones celestiales es solo una extensión de esta solidaridad. Estas cosas son también una realidad, aunque no literal. Es el modo en que Pablo nos dice que Jesús es victorioso y que es su victoria —no el dilema humano— lo que determina quiénes somos realmente. Se trata de una implicación directa de la antigua confesión cristiana, «Jesús es el Señor.» Se subraya intensamente una escatología consumada.

Sí, el Evangelio es tan bueno como se afirma en 2:4–7. Decir cualquier otra cosa no es el Evangelio y no hace justicia al Dios que se une a nosotros en Jesucristo.

El fracaso de la Iglesia con la fe (2:8–10). Se plantea un problema colosal cuando pasamos de la fe tal y como se utiliza en este texto a la idea de fe que se entiende en el mundo moderno. ¿Qué clase de fuerza sutil y perniciosa ha sido capaz de deformar de este modo el significado de la palabra «fe?» Como se ha dicho antes, la concepción que Pablo tiene de la «fe» implica vínculo, unión y solidaridad con Cristo, mientras que en una buena parte de la Iglesia —y la Iglesia Evangélica no es una excepción— «fe» significa asentimiento, decisión o las enseñanzas que se profesan. En el pensamiento de Pablo la «fe» es transformadora y generadora de buenas obras, sin embargo, para una buena parte de la Iglesia, la fe hace que los cambios sean deseables, pero no necesarios, y la expresión «no por obras» significa que no hemos de hacer nada. Una decisión, una oración determinada, es suficiente para ir al Cielo. ¿Cómo ha podido la fe en Cristo deformarse hasta convertirse en mero pensamiento acerca de él? ¿Cómo todo el enfoque ha pasado a estar en ir al Cielo? ¿Cómo ha podido alguien leer el Nuevo Testamento y concluir que el creyente no ha de hacer nada?

Muchos cristianos han expresado su disconformidad contra la idea de la Salvación como una transacción con Dios en la que aseguramos nuestra entrada al Cielo.⁶⁸ Martín Lutero y los reformadores, por supuesto, reaccionaron contra los excesos que suponían las indulgencias y el pensamiento de que el ser humano era capaz de conseguir su acceso a Dios mediante las obras. Una buena parte del pensamiento de Pablo, y este pasaje en particular, pretende precisamente evitar este tipo de idea. Sin embargo, cuando dejamos de ver que la fe nos une a Cristo y afecta todos los aspectos de nuestras vidas, acabamos distorsionando la idea misma de la fe. La fe que muchos profesan no es más que una falsa e *infundada* esperanza de escapar del juicio. No podemos hacer nada para ganarnos la salvación y la vida con Dios, *sin embargo en esta unión con Dios lo recibimos todo*. Para construir un puente desde el texto a nuestra

situación hemos de recuperar y proclamar una fe bíblica, una fe que nos vincula con Cristo, produce una nueva creación en nosotros, y nos impulsa a llevar a cabo las buenas obras que Dios espera. En la vida cristiana, la fidelidad no es una parte opcional de la fe.

Significado Contemporáneo

Ciertamente este pasaje no instruye a los lectores a *hacer* algo, se limita a declarar lo que Dios ha hecho en Cristo. No obstante, sus implicaciones son enormes respecto a lo que los cristianos han de hacer y pensar. Sin duda una adecuada aplicación de este texto comienza con una actitud de *estupefacción*, que a continuación se convierte en asombro y adoración, y pasa finalmente a la obediencia y al servicio. El pasmo que refleja la repetición de la expresión «muertos en [...] pecados» (vv. 1 y 5) y el rico lenguaje que describe la Gracia de Dios deberían formar parte de nuestra propia experiencia. Es muy notable el contraste entre la difícil situación de la Humanidad sin Dios y los privilegios que ésta pasa a disfrutar con Dios. La salvación y la Gracia que aquí se describen son las razones por las que la carta comenzaba en 1:3 con la doxología. La adoración —que abarca toda la vida— es la única respuesta adecuada.

Este pasaje contrasta dos formas de vida: la anterior en pecados y la presente en Cristo. Por implicación, el texto nos interpela de un modo personal, «¿Dónde quieres vivir tú?» ¿Cuáles son los indicadores del camino por el que andamos y quién ha trazado el camino?⁶⁹ Este pasaje nos ofrece una descripción de la realidad; es como si dijera «así es realmente la vida en el mundo, y así la vida con Dios.» El texto se centra en la cuestión de la identidad. ¿Quiénes somos nosotros y quién es Dios? Al saber quiénes somos, sabemos también cómo vivir. Así pues, este pasaje nos revela tres identidades: la de las personas sin Dios, la de aquellos que están en Cristo, y la de Dios.

La geografía determina la identidad: la antigua vida (2:1–3). ¿Quiénes somos? Todos somos personas con un pasado, un pasado marcado por la desobediencia y el fracaso. Esto demuestra que hay algo muy funesto en el núcleo de nuestro ser, y que es cierto de todo ser humano. Nadie puede sustraerse a esta acusación; tenemos una marcada tendencia al egoísmo y a la satisfacción de nuestros anhelos egocéntricos, lo hagamos de manera evidente o encubierta.

Antes hemos hablado del «sentido de geografía» de Pablo haciendo referencia a su teología de las «esferas de influencia», que considera la vida como vivida, bien en el pecado, o en Cristo.⁷⁰ Esta es la teología que se expresa en este texto. Cuando alguien vive en el pecado, su identidad queda determinada por este, por el antiguo orden mundial, y por el «príncipe de la potestad del aire» (LBLA). Tal persona está controlada por deseos y razonamientos perversos y, por consiguiente, vive bajo la ira de Dios.

Por ello, este texto requiere que nos tomemos el pecado más en serio de lo que lo hacemos por regla general. Por lo que hace al dilema de la Humanidad, no puede pensarse en los pecados meramente en términos del individuo y de las decisiones que toma. Más bien, hemos de pensar en primer lugar en un orden mundial y un poder

maligno que dominan nuestras perspectivas y acciones. El mundo en que vivimos pretende sellarnos con sus suposiciones y su carácter. No cabe duda de que Pablo creía que el ser humano necesita liberación de una esfera o mundo de maldad (cf. Gál 1:4).

¿Cómo, por ejemplo, llegó Alemania a un estado tan profundamente desajustado como para hacerse vulnerable al nazismo? Y esto no sucedió porque los alemanes fueran más perversos que otros pueblos, sino porque, a partir del caos que resultó de la Depresión, se desarrolló todo un orden egocéntrico que sedujo a millones de personas, entre quienes había muchos cristianos. Los alemanes buscaban lo que buscamos todos nosotros: seguridad, respeto y prosperidad económica.

¿Cómo llegaron los Estados Unidos a una situación tan deteriorada con el racismo y la Guerra de Vietnam? ¿Por qué ejerce el materialismo un dominio tan férreo sobre la sociedad moderna? ¿Cuál es el proceso por el que las necesidades se convierten en pasiones desordenadas? ¿Cómo llegan las prácticas sexuales a un estado tan distorsionado que las hace idolátricas? El bien es desvirtuado por un sistema mundial que no cuenta con Dios, que es lo que siempre hace el pecado. La confesión de Isaías nos describe a todos nosotros: «¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios blasfemos» (Is 6:5). El pecado es personal, individual y colectivo, y se deja llevar por un mundo manipulador sin Dios.

El problema para los cristianos es que existen dos reinos o eras que se superponen (ver 1:21 y 2:2). Aunque existe una nueva era en Cristo, la antigua sigue estando presente y activa. ¿Cuál de estas esferas nos define? Este texto intenta describir lo que sucedía en otro tiempo (2:2–3), sin embargo para muchos cristianos, esta sigue siendo su realidad. En sus vidas no se ha producido una verdadera ruptura con el pasado. Son atraídos por los rutilantes destellos del mundo. Es comprensible que quienes no conocen a Dios estén atascados en una muerte en vida, sin embargo ¿cómo puede entenderse que cristianos que han encontrado la vida sigan volviendo a la muerte? Los cristianos hemos de ser mucho más conscientes de que el antiguo orden sigue queriendo definir nuestra identidad. Si los deseos de los cristianos son los mismos que los de quienes no lo son, y si tales deseos se suplen del mismo modo, el Evangelio es completamente inútil.

Vivir las implicaciones de este texto requiere auto análisis y una actitud decidida. Los cristianos han de distinguir siempre entre la vida con Dios, y sin él. Una vez más el enfoque está en nuestra mente. ¿Qué es lo que forma parte de la vida tal y como Dios la creó para nuestro disfrute? ¿Qué forma parte del mundo como intento de encontrar la vida en el propio ser y sin Dios? A primera vista las dos pueden tener el mismo aspecto —todos los seres humanos tienen las mismas necesidades e impulsos—, sin embargo, estos dos acercamientos están a años luz el uno del otro. Hemos de distinguir el mundo que Dios creó del mundo que los seres humanos perturban para sus propios propósitos. El primero lleva a la adoración de Dios; el último a su ira. Una

vez que hemos distinguido el orden de Dios del orden antiguo, estamos obligados al desafío, un desafío arraigado en la confesión «¡Jesús es el Señor!» Si Jesús es el Señor, el pecado y el antiguo orden no pueden ser nuestra geografía, y los cristianos hemos de decir un constante «no» a sus intentos de definirnos.

La geografía determina la identidad: la vida en y con Cristo (2:4–10). El cristiano encuentra fuera de sí mismo el entendimiento de quién es,⁷¹ y la conversión es una transición hacia una nueva identidad.⁷² Nuestra verdadera identidad no está determinada por nuestras características personales, experiencias y capacidades —aunque estos elementos tienen su importancia—, sino por la vida en y con Jesucristo. Él es el ambiente que nos configura. Pablo estaba tan apasionadamente convencido de esto que afirmó: «He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí» (Gál 2:20). La muerte y la resurrección de Cristo son acontecimientos que se reproducen específicamente en nuestras vidas. Morimos al antiguo mundo con sus tiranías del pecado y el yo, y resucitamos a la vida en el Espíritu (6:14–15). Aunque la imitación de Jesús es muy importante, nuestra identificación con él lo es mucho más. Nuestra cultura siempre nos conformará hasta cierto punto, sin embargo Jesucristo debe ser nuestra principal cultura.⁷³ Esta es la fuerza del lenguaje de la «co-resurrección».

Estar *en* y *con* Cristo significa que la nuestra no es ya una identidad individual. Lo que somos, lo somos en solidaridad con Cristo, o como lo expresa el apóstol en 5:31, «somos miembros de su cuerpo.» La vida es relacional, y nuestra principal relación es con Jesucristo. De modo que, ¿cuál es esta nueva identidad? Por su vínculo con Cristo, los creyentes son personas de quienes hay que decir que:

- (1) Han experimentado una resurrección. Su muerte en vida ha pasado a ser vida verdadera.⁷⁴ Experimentan la salvación como una realidad presente.
- (2) Sus nuevas vidas son una creación directa de Dios.
- (3) Exaltados con Cristo su Señor, disfrutan de unos privilegios, honor y seguridad sin precedentes. No son rehenes del temor o de la vulnerabilidad, sino que tienen lo que necesitan para la vida con Dios.
- (4) Experimentan la abundante bondad de Dios por toda la eternidad.

En esencia, este pasaje nos grita «¡escoge la verdadera vida!» Con demasiada frecuencia nos hemos convertido en meros espectadores de la vida e invertimos una enorme cantidad de tiempo en trivialidades. ¿Acaso la fascinación con las vidas de los «ricos y famosos» no se debe a nuestra trivialidad? ¿Por qué, en nuestra sociedad, pasamos tanto tiempo viendo programas de entrevistas que tratan de lo banal y lo estrafalario? Hemos de encaminar esta transición de la muerte a la vida (2:1–10) volviéndonos de la banalidad a la vida con Cristo.

¿Por qué, pues, es tan importante este asunto de la identidad? La comprensión de la propia identidad no es una cierta cuestión filosófica o teológica que se presta a ociosas divagaciones. Es un entendimiento de quiénes somos — un conocimiento consciente o inconsciente— y determina el modo en que vivimos.

Otros tres giros erróneos. El entendimiento de nuestra nueva identidad puede llevarnos al orgullo, al escapismo y al perfeccionismo. Cualquiera de estas tres cosas representa un giro erróneo en nuestro andar con Dios. Cada una de ellas es también una variante del pecado cristiano del triunfalismo. Como cristianos hemos de aprender a distinguir nuestro triunfo legítimo (p. ej., Rom 8:37; 2 Cor 2:14–3:6) del arrogante pecado del triunfalismo.

(1) Los privilegios que tenemos de parte de Dios en virtud de nuestra salvación pueden convertirse fácilmente en *orgullo* farisaico y en desdén hacia otras personas que no conocen estos hechos. Cuando hacemos esto, nos estamos olvidando de que todos nuestros privilegios se deben a nuestra relación con Cristo, no a nosotros mismos. El orgullo es tan erróneo después de la conversión como antes de ella. La adoración y la obediencia son las únicas respuestas adecuadas al llamamiento de Dios.

(2) Las ideas de privilegio y exaltación con Cristo pueden conducir también a un *escapismo* espiritual: puesto que hemos sido exaltados con Cristo, no tenemos nada que ver con este mundo. Nada podría estar más lejos del pensamiento de Pablo, como ponen de relieve las secciones parenéticas. Pablo no apoya ni el narcisismo místico ni la pasividad ética; el apóstol promueve más bien la nueva creación y la identidad con Cristo como factores definitorios de nuestras vidas. El hecho de estar en Cristo pone de manifiesto que él nos imparte nuestra identidad y determina quiénes somos. Como señala James Stewart, la unión con Cristo es el fundamento de la ética de Pablo.⁷⁵

(3) Este tipo de textos han llevado a algunos a la falsa ilusión del *perfeccionismo*. Si hemos sido exaltados con Cristo, ¿no deberíamos acaso estar libres de todo pecado? Si estamos en Cristo y él en nosotros, ¿no es entonces imposible el pecado para nosotros? Una vez más, necesitamos equilibrio. La mayor parte de nosotros asume que el pecado es simplemente una parte necesaria de la vida. A diferencia de Pablo, en nuestra batalla contra el pecado nuestras expectativas son a menudo bajas. Él era optimista y confiaba plenamente en que los creyentes iban a vivir vidas piadosas. Sin embargo, es evidente que no creía en el perfeccionismo ni insinuaba que esta tuviera que ser nuestra expectativa (ver 1 Cor 13:8–13; Fil 3:12–16).⁷⁶ Creer en el perfeccionismo significa olvidar el carácter «ya/todavía no» del cristianismo bíblico. Vivimos en dos mundos al mismo tiempo, y la realidad del antiguo y su impacto sobre nosotros no pueden ser ignorados. Peor aún, creer en el perfeccionismo significa haber sido cegado por la propia arrogancia espiritual.

Además de estos giros erróneos se hace necesaria una *advertencia*. En este pasaje se

nos presenta una imagen de cambio radical al pasar de la muerte a la vida. Aunque esta imagen es de hecho verdadera, no todos experimentan una conversión tan espectacular, ni tampoco hay que esperarla.⁷⁷ Es bien posible que quienes crecen en familias piadosas ni siquiera sean capaces de identificar el momento de su conversión. Algunas conversiones, como la de Pablo (Hch 9), son repentinas y dramáticas, mientras que otras, como la de Timoteo (2 Tim 1:5), son progresivas; algunas son revolucionarias, otras evolutivas (aunque en ambos casos el movimiento es de la muerte a la vida, y se fundamentan en la misma teología del pecado).

¿Seguridad eterna? La cuestión teológica relativa a la seguridad eterna se suscita por el tono triunfal del texto y el acento de Efesios sobre estar «en Cristo.» ¿Es posible para alguien que está en Cristo, salir de él? ¿O puede acaso quien está sentado con Cristo en los lugares celestiales perder esta posición? Resulta tentador asumir que la lógica que subyace tras este texto presupone la seguridad eterna. Si hemos sido salvos, ¿no presupone este hecho la seguridad eterna?

Esta conclusión es injusta. En el Nuevo Testamento la salvación es pasada, presente y futura.⁷⁸ Sin duda, Pablo disfrutaba la salvación en el presente, y tenía confianza — aunque no era presuntuoso al respecto— acerca del juicio venidero. Sin embargo, el apóstol no está tratando aquí la posibilidad de la apostasía, que el Nuevo Testamento considera como una amenaza muy real. Está más bien describiendo el privilegio de estar unido a Cristo. Si esta unión puede o no romperse es algo que ha de tratarse a partir de otros textos.⁷⁹

Hemos de preguntarnos, no obstante, si la ansiedad con respecto a la seguridad eterna no surge de un punto de vista impropio del Evangelio, que no hace justicia a la teología paulina de la unión con Cristo. Un acento excesivo en el concepto «una vez salvos, siempre salvos» da apoyo a un punto de vista débil de la fe. Con demasiada frecuencia, este tipo de predicación ha llevado a las personas a «tomar una decisión» para no volver a considerar en serio la cuestión de la fe. Nada podría estar más lejos de la concepción que tiene Pablo de la fe, y nadie debería proclamar este Evangelio.

La identidad de Dios: el persistente Dios de Amor. Un cantante moderno ha comentado: «siento que el mayor don que puedes dar a otra persona, o a una audiencia es una revelación de lo que hay en tu corazón y en tu alma.»⁸⁰ Dios nos ha dado precisamente este don de su propia revelación. Con el don de su salvación, Dios nos revela un corazón y un alma llenos de misericordia, amor, gracia y bondad. Si Dios ha hecho todo lo posible por transformar nuestra muerte en vida, ¡qué maravilloso y amante demuestra ser! Esta sección nos ofrece un tremendo resumen del Evangelio de Pablo, puesto que expresa de manera conmovedora que *Dios está de nuestro lado*. Las palabras de Romanos 8:31–32 se hacen casi audibles: «Si Dios está de nuestra parte, ¿quién puede estar en contra nuestra? El que no escatimó ni a su propio Hijo [...] ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas?» La

aplicación de este pasaje no se logra con un mero pensar en abstracto en el pasado o en Dios; se hace necesario conocer la identidad de Dios como *Dios por nosotros*. Como alguien dijo «Dios no hace nada que no tenga como objeto al ser humano.»⁸¹ Dios es el persistente Dios de Amor, rico en Misericordia y Gracia.

En Efesios, Pablo revela una y otra vez a Dios derramando su Gracia sobre el ser humano. No se trata del Dios de los deístas que se sienta a distancia y espera. Es el Dios activo, que no se queda fuera de la escena; *Enmanuel: Dios con nosotros*. Este Dios trae gozo y alegría a nuestras vidas.

Otros dos giros erróneos. Es fácil asumir la misericordia de Dios de un modo que olvidemos su juicio y nuestra responsabilidad. (1) La persona que dice «a mí me gusta delinquir. A Dios le encanta perdonar, realmente somos tal para cual»,⁸² es temeraria y está en un grave peligro. (2) Por otra parte, como ya hemos visto, es relativamente fácil utilizar este tipo de textos que subrayan el amor y la actividad de Dios como justificación para una teología de la «salud y la riqueza». El amor de Dios no obra como la magia para erradicar los problemas del mundo y fomentar en los cristianos una actitud despreocupada y negligente. El amor de Dios se hace presente en medio de los problemas y las dificultades (ver Rom 8:35–39).

Salvación sin obras. Si la salvación es un don gratuito, entonces los seres humanos no pueden hacer nada para conseguirla. Es obra de Dios, un don que se extiende a todo el mundo. Su causa hay que buscarla solo en el carácter de Dios, no en el talante o conducta de ninguna persona. Para conseguir la aceptación de Dios no puede apelarse a ningún acto o virtud. Sin embargo, para muchos, la Gracia es muy difícil de creer o aceptar. Prácticamente toda nuestra experiencia nos dice que la aceptación, el amor y el respeto son cosas que hemos de ganarnos. Nos pasamos la vida procurando nuestra realización personal, alguna acción o hecho que nos dé importancia y posición. Si tenemos confianza en nosotros mismos, no vemos ninguna necesidad de despojarnos de este valor que tanto nos ha costado conseguir. Otras personas son peores que nosotros, por tanto, ¿qué razones tendría Dios para no aceptarnos? Por otra parte, si carecemos de confianza en nosotros mismos, nos es muy difícil pensar que Dios pueda aceptarnos bajo cualquier circunstancia. En cualquier caso, la Gracia es muy difícil de aceptar.

Recordemos, sin embargo, que la esencia de la Gracia es Dios mismo entregándose a nosotros. Él nos acepta sin quejas ni prerequisites. Nuestra relación con Dios nos otorga importancia y posición. Se nos valora por Gracia, sin embargo, el centro de atención no somos nosotros, sino el Dios que nos ama de manera tan profunda. La Gracia nos mueve a la adoración y a la verdadera humildad. Si toda la iniciativa es de Dios, y toda la alabanza le pertenece a él, no queda lugar alguno ni para el orgullo ni para el menosprecio de uno mismo.⁸³ Pero si tomamos en serio la Gracia, dejamos de ser el centro de atención y el orgullo pierde cualquier lugar en que apoyarse. Tratar

con la Gracia y el orgullo es, por supuesto, una tarea diaria y parte de nuestra continua identificación con la muerte de Cristo.

Lamentablemente, los cristianos tienen tantos problemas con el orgullo como los demás. Tendemos a pensar que la Gracia es solo para la salvación, y que después hemos de hacer obras para justificarnos, o que con nuestras buenas obras demostramos ser mejores que los demás, en especial los que no son cristianos. Nuestros logros son importantes, pero no para hacernos más aceptables ante Dios. Por otra parte, nuestras buenas obras nunca nos hacen más importantes que otros. La Gracia no es solo el comienzo de la vida cristiana, sino la totalidad de ella. Vivimos en la Gracia (Rom 5:2) y hemos de expresarla a los demás. La dinámica que produce la salvación nos aporta la energía por la que vivimos (Gál 3:3).

Un giro terriblemente erróneo. ¿No hace todo esto que muchas personas conciban una «gracia barata» y una religión pasiva e irresponsable? Lamentablemente ha sido así, y esta práctica deforma el Evangelio. Pensar que las palabras de Pablo acerca de la Gracia y la fe aparte de las obras pueden llevar a una religión en la que las personas no hacen nada, demuestra ignorancia acerca del significado de estas tres palabras. Para Pablo, la Gracia es un poder que le lleva a trabajar (1 Cor 15:10). Cuando el apóstol escribió en contra de «las obras», estaba combatiendo la idea de que ciertas prácticas — especialmente las judías— eran necesarias para que las personas fueran aceptables ante Dios. Efesios 2:10 muestra que la salvación no es por obras, pero sí *para* buenas obras. Dios salva al ser humano para que éste pueda ser productivo en consonancia con su diseño para la Humanidad. Con la expresión «buenas obras» Pablo no estaba pensando en un activismo obsesivo, sino en una vida que refleja el amor de Dios (ver los caps. 4–6).

Una recuperación de la fe del Nuevo Testamento que aquí se describe dará una nueva forma a la Iglesia. Imaginémonos una iglesia en la que las personas fueran conscientes de su vínculo con Jesucristo, vivieran en unión con él, reflejaran su muerte y resurrección y, conscientes también de ser una nueva creación de Dios, vivieran vidas productivas. Esto es lo que Pablo describe, y lo que estamos llamados a ser.

Una fe que vale la pena tener ... y compartir. En estas páginas me he expresado en contra de una comprensión superficial de la fe puesto que, en las iglesias modernas, una buena parte de lo que pasa por fe no es digno de llamarse así, ni merece ningún esfuerzo. No evoca ningún compromiso ni pensamiento profundo, ni ningún cambio significativo. Por el contrario, sí merece la pena poseer la fe de la que hemos hablado en 2:4–10, puesto que es relacional. El don que nos imparte nos vincula al dador de modo que la Gracia se convierte en un poder dentro de nosotros. Este don toma posesión de nosotros⁸⁴ y nos trae cambios.

Sin duda, si Efesios 2:4–10 es el mejor resumen del Evangelio, este pasaje es de

importancia primordial para la tarea evangelizadora. No puede dejarse que quienes están en el antiguo camino sigan ajenos a la misericordia de Dios. Conocer al dador que se da a sí mismo crea un gozo que es contagioso. El poder que crea la vida a partir de la muerte no puede quedar oculto. La transformación de 2:1–3 a 2:4–10 —si se experimenta— ha de ponerse de manifiesto, tanto por medio de la palabra como mediante la vida.

A menudo los cristianos no están seguros ni de cómo llevar a cabo la evangelización, ni de que quieran hacerlo. Lo más probable es que las oportunidades para predicar el Evangelio produzcan más incomodidad, incertidumbre y culpa que espontaneidad, confianza y amor. Las razones para nuestro fracaso en esta tarea son muchas, y entre ellas está la repulsión en las tácticas que utilizan algunas personas, y en la ilusión de que hemos de ver decisiones lo más rápido posible. Sin duda, no obstante, el éxito en la evangelización depende de una correcta comprensión de Dios y de su Evangelio, lo cual es precisamente el enfoque de 2:1–10. ¿Qué sucedería si los no creyentes experimentaran a los cristianos como personas que viven unidas al amoroso dador? ¿Qué si la Gracia les fuera ofrecida por personas que la han experimentado? ¿O si fueran capaces de ver muestras de este movimiento desde la desobediencia a la obediencia, y desde la muerte a la vida? ¿Qué sucedería si vieran una fe que merece ser poseída? La evangelización ha de ser una actividad consciente, pero no forzada, la expresión natural de una vida unida a un Dios de Amor, el ofrecimiento de una fe que merece ser poseída.

Efesios 2:11–22

Por lo tanto, recuerden ustedes los gentiles de nacimiento —los que son llamados «incircuncisos» por aquellos que se llaman «de la circuncisión», la cual se hace en el cuerpo por mano humana—, 12 recuerden que en ese entonces ustedes estaban separados de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. 13 Pero ahora en Cristo Jesús, a ustedes que antes estaban lejos, Dios los ha acercado mediante la sangre de Cristo. 14 Porque Cristo es nuestra paz: de los dos pueblos ha hecho uno solo, derribando mediante su sacrificio el muro de enemistad que nos separaba, 15 pues anuló la ley con sus mandamientos y requisitos. Esto lo hizo para crear en sí mismo de los dos pueblos una nueva humanidad al hacer la paz, 16 para reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo mediante la cruz, por la que dio muerte a la enemistad. 17 Él vino y proclamó paz a ustedes que estaban lejos y paz a los que estaban cerca. 18 Pues por medio de él tenemos acceso al Padre por un mismo Espíritu. 19 Por lo tanto, ustedes ya no son extraños ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, 20 edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular. 21 En él todo el edificio, bien armado, se va levantando para llegar a ser un templo santo en el Señor. 22 En él también ustedes son edificados juntamente para ser morada de Dios por su Espíritu.

Sentido Original

Markus Barth llama a esta sección «la clave y punto álgido de toda la epístola»,¹ y tiene buenas razones para ello. De hecho, es probablemente el texto eclesiológico más significativo del Nuevo Testamento. Aunque se desarrolla el asunto de la división entre judíos y gentiles, no se trata ningún problema específico. Parece más bien una continuación de la descripción de las bendiciones en Cristo, que comenzó en 1:3. En el pasaje se concede también importancia a la doctrina de la salvación y a la cristología, sin embargo el tema clave es la naturaleza de la Iglesia. En Efesios se concede más atención a la Iglesia y se hacen afirmaciones más sublimes acerca de ella que en ninguna otra carta, y ello a pesar de que el término *ekklesia* aparece únicamente tres veces fuera de la analogía del capítulo 5 entre el marido y la esposa.² Esta sección esboza la teología que sirve de fundamento para otros pasajes.

Este es el segundo de los contrastes explícitos «en otro tiempo-ahora» que forma la columna vertebral de la carta.³ Mientras que el primero de tales contrastes (2:1–3) se centraba en los pecados, el mal y el «príncipe de la potestad del aire» (LBLA), éste gira en torno a la división, alienación y ausencia de privilegios. El mal está presente por implicación, sin embargo el gobernador queda fuera del cuadro.

Los asuntos que se subrayan nos permiten reconstruir el propósito del autor. Uno de ellos se pierde en la traducción de la NVI. La frase *en sarki* (lit., «en la carne») aparece tres veces en el texto griego (dos veces en el v.11—NVI, «de nacimiento» y «en el cuerpo»— y una vez en el v.14). Esta tercera vez se contrasta con las dos primeras para mostrar que la fuente del problema (que tanto gentiles como judíos están «en la carne») es también la fuente de la solución: Por medio de su muerte *en la carne*, Jesús destruye la barrera que divide. Otras palabras y expresiones a las que se da prominencia son: «extranjeros», «lejos», «cerca», «paz», «los dos», «Espíritu» y, como cabría esperar, «en Cristo.» En la NVI aparecen siete de tales expresiones (p. ej., «en Cristo» «en él» o «en un cuerpo»), si bien en el texto griego encontramos once de ellas. De nuevo, Pablo remarca que todo aquello que es de valor para la fe tiene lugar «en Cristo.»⁴

Isaías 52:7 y 57:19 tuvieron una importancia especial en la composición de este texto; 2:13–18 es en cierta medida una interpretación de estos dos pasajes del Antiguo Testamento,⁵ que eran especialmente importantes dentro del judaísmo y en la interpretación que la Iglesia Primitiva hacía del Evangelio y de su proclamación.⁶ No se menciona comúnmente la dependencia de Isaías 9:6, Miqueas 5:5, y Zacarías 9:9–10, que se vislumbra en este pasaje, sin embargo la gran cantidad de ideas asociadas a estos textos ha ayudado probablemente a configurar el pensamiento de Pablo. Obsérvese también que, aunque la mayor parte del texto se centra en lo que Cristo ha conseguido en el pasado y en el privilegio que conlleva en el presente, el futuro no

deja de estar en vista. El templo está en proceso de construcción, pero su finalización sigue siendo futura.

En este texto sigue habiendo variaciones en los pronombres «vosotros» y «nosotros», y este hecho ha llevado a algunos a sugerir que tras este pasaje subyace un himno. Se han desarrollado elaboradas teorías que sugieren un posible himno gnóstico acerca de una reconciliación cósmica de dos esferas. Las pruebas para apoyar tal hipótesis son exiguas, y las teorías en sí no son convincentes.⁷

Estructura. Este pasaje se divide fácilmente en tres secciones:

- A. Distancia entre Dios y sus propósitos, privilegios y personas hasta que han sido hechos cercanos en Cristo (2:11–13).
- B. Paz con Dios y su pueblo porque Cristo la ha producido (2:14–18).
- C. El pueblo de Dios como su morada (2:19–22).

Los versículos 14–18 ofrecen un comentario acerca del versículo 13, con la expresión «Cristo es nuestra paz» como principal declaración de esta sección. El resto es una explicación de esta obra de paz llevada a cabo por Jesús o de sus consecuencias. La estructura de los versículos 14–16 es bastante elaborada si tenemos en cuenta que la frase «Cristo es nuestra paz» va seguida de tres participios («hizo», «derribando» y «aboliendo» [LBLA]) y dos cláusulas de propósito («para crear» y «para reconciliar» [LBLA]), cada una de ellas termina con un participio («estableciendo» y «habiendo dado muerte» [LBLA]). Esto nos da el siguiente patrón:

*Él mismo es nuestra paz
quien hizo de dos uno
... destruyó la barrera, la pared divisora de hostilidad
y abolió la ley
para crear un nuevo ser
haciendo la paz
para reconciliar a ambos con Dios
habiendo dado muerte a la hostilidad*

Los versículos 19–22 ofrecen el resumen y conclusión de todo el pasaje, mostrando que el dilema de la alienación ha sido superado por el privilegio de la vida con Dios. ⁸

La distancia que nos separa de Dios hasta que somos hechos cercanos en Cristo (2:11–13)

Este texto aclara la verdadera razón de los contrastes «en otro tiempo-ahora» que encontramos en Efesios. Pablo quiere que sus lectores recordemos el cambio realizado por Cristo. El mandamiento de 2:11 «recuerden» es el único imperativo de los capítulos 1–3. Este llamamiento a recordar cubre todo el material de los versículos 11–13, no solo la vida anterior. La continua conciencia⁹ de lo que fueron en otro tiempo y de lo que han llegado a ser ahora enriquecerá tanto sus acciones de gracias a Dios como su obediencia.

El antiguo dilema (2:11–12). Los versículos 11–12 centran su atención en las carencias y la lejanía de la vida antigua. Tal y como se ha indicado anteriormente, las expresiones «de nacimiento» y «en el cuerpo» que encontramos en la NVI traducen las palabras griegas *en sarki* («en la carne»). Entre los eruditos se debate cuál es exactamente el matiz que hay que dar a esta expresión. La dificultad radica en las formas sorprendentemente complejas en que Pablo utiliza la palabra griega *sarx* («carne»). En 2:11, el sentido del término *sarx* no es el de «naturaleza pecaminosa» (un significado corriente en Pablo) ni cuando alude a los gentiles, ni cuando lo aplica a los judíos. Por otra parte, esta expresión implica más que un simple origen físico o que la circuncisión literal. Cuando Pablo utiliza *sarx*, apunta muchas veces a la fragilidad de la Humanidad apartada de Dios. Por consiguiente, en este texto el término alude a la esfera meramente humana en que viven las personas en contraste con la vida en el Espíritu o en Cristo, y por ello la connotación es más peyorativa de lo que sugiere la NVI. Pablo quiere que sus lectores recuerden que eran gentiles, confinados bajo aquello que es débil y simplemente humano, siendo vilipendiados por los judíos, que hablaban de ellos como «la incircuncisión» mientras que ellos eran «la circuncisión.» Pero, como veremos, los judíos no estaban en mejor situación; también ellos necesitaban el Evangelio.

El uso de apelativos como «incircuncisión» y «circuncisión» era una forma muy común entre los *judíos* de hacer referencia a los gentiles y a los judíos respectivamente.¹⁰ El primero expresaba desdén hacia los no elegidos y desobedientes, mientras que este último era un título de honor y privilegio para quienes estaban bajo el pacto de Dios. En Filipenses 3:2–3 Pablo llega incluso a utilizar el término «circuncisión» como un título de honor para sus amigos *cristianos gentiles* bajo el que él mismo se incluye y, por medio de un juego de palabras,¹¹ se refiere a los judíos como «la mutilación». El desdén de los judíos por los gentiles y el respectivo menosprecio de los gentiles por los judíos están bien atestiguados en el mundo antiguo.¹²

Aunque los judíos afrentaban a los gentiles llamándoles «la incircuncisión», para Pablo la situación de los judíos no era mejor, puesto que la circuncisión de la que se jactaban era una simple circuncisión humana. También ellos estaban «en la carne».

Vivían en la misma esfera que los gentiles, a pesar de su circuncisión. La expresión «por mano de hombres» (RVR 1960) subraya el origen humano de su circuncisión; Dios no había participado en ello.¹³

El versículo 12 menciona cinco elementos que expresan la situación de privación, desconexión y alejamiento en que se encontraban los gentiles:¹⁴

(1) No tenían relación con Cristo; esto contrasta con su posición presente en Cristo.¹⁵

(2) Estaban «excluidos de la ciudadanía de Israel». ¿Se refiere el término «Israel» al pueblo histórico, al Israel espiritual, o los cristianos de origen judío? Probablemente, Pablo pensaba de un modo general en la exclusión del pueblo de Dios; es decir, los gentiles no tenían parte en los propósitos de Dios con Israel.

(3) Eran «ajenos a los pactos de la promesa.» Esta expresión subraya la misma distancia y desconexión que el término «excluidos.» No está claro cuál es exactamente el pacto que Pablo tiene en mente. Sin duda, los pactos con Abraham y David están incluidos y, probablemente también, la promesa del Nuevo Pacto de Jeremías 31:31–34. Es evidente que para Pablo los «pactos *de la promesa*» se centraban principalmente en el Mesías y el Espíritu Santo, los medios por los que se cumplieron los pactos con Abraham, David y Jeremías (ver 2 Cor 3:3–18; Gál 3:14).

(4) Estaban «sin esperanza.» No tenían esperanza de eludir el dilema humano y no podían anticipar ningún alivio (cf. 1 Ts 4:13).

(5) Estaban «sin Dios». Esto no significa que fueran ateos (aunque el término puede utilizarse de este modo), ni que no tuvieran dioses (los gentiles de la Antigüedad los tenían en abundancia). Lo que no tenían era *Dios* (cf. Hch 17:23). Además de estar en la carne, estos gentiles estaban «en el mundo» (un término peyorativo que retoma el significado de «mundo» que se expresa en 2:2). La esfera en la que vivían estaba aislada de Dios y de lo que éste estaba haciendo.

La solución de Dios al dilema humano (2:13). Si el dilema era distanciamiento y alienación, la solución es cercanía y pertenencia. En 2:4–10 la Gracia de Dios se describe como victoria sobre la imposible situación de nuestro pecado y nuestro establecimiento en las regiones celestiales con Cristo. En este texto, la sangre de Cristo conduce a quienes están en Cristo cerca de Dios. Puesto que la teología paulina de las «esferas de influencia» domina los dos primeros capítulos de Efesios, no es de extrañar que la solución se presente en estos términos. Los gentiles, en otro tiempo distantes, han sido acercados a Dios en Cristo. ¿Quién fue el agente en este proceso? Puede que sea el propio Cristo (ver 2:14–18) o quizá Dios (si el verbo en voz pasiva «habéis sido acercados» [LBLA] es una pasiva «divina», describiendo acciones que Dios ha llevado a cabo).

El que los gentiles hayan ahora sido incluidos en los propósitos de Dios no es ninguna idea improvisada. Puede que en el Antiguo Testamento este sea un tema secundario, sin embargo se menciona claramente. El pacto de Dios con Abraham tenía en vista la bendición de los gentiles (Gén 12:2–3), los profetas anticipan el día en que los gentiles harían cola para adorar a Dios en Jerusalén (especialmente Isaías 2:2–4; 56:6–7; Jeremías 3:17), y los Salmos asumen que todas las naciones han de adorar a Dios (22:27; 86:9; 117:1; 148:11). Según la concepción que Pablo tiene del Evangelio, lo que en otro tiempo había sido secundario —la inclusión de los gentiles— se ha convertido *ahora* en esencial. Pablo utiliza frecuentemente «ahora» para señalar la novedad de lo que Dios ha hecho en Cristo y las condiciones presentes que resultan. Al hacerlo, el apóstol apunta al carácter escatológico de la obra de Dios y a la irrupción de la nueva era en medio de la antigua.¹⁶

El lenguaje de lejanía y proximidad se deriva de Isaías 57:19 (citado en Ef 2:17). La expresión «ustedes que estaban lejos» se refiere a los gentiles que han sido acercados en Cristo. Los términos *lejos* y *cerca* que aparecen en Isaías 57:19 aluden ambos a los judíos durante el exilio, sin embargo algunos exegetas judíos posteriores entendieron en ocasiones que este texto hablaba de los prosélitos.¹⁷ Si esta interpretación fuera corriente en el siglo primero, el paso para aplicar el texto de los prosélitos a los gentiles habría sido fácil.¹⁸

El pensamiento de que «la sangre de Cristo» acerca a las personas conlleva ideas de sacrificio. Esta expresión habla de una vida que ha sido arrebatada con violencia.¹⁹ El sacrificio no es el único modo de entender la salvación conceptualmente, pero nadie puede negar que es una parte necesaria e importante de la concepción neotestamentaria de la salvación (ver 5:2). La implicación de este lenguaje es que Cristo ha muerto *por nosotros*, lo cual significa tanto que murió en nuestro lugar como que lo hizo para nuestro beneficio.²⁰

En resumidas cuentas, el dilema humano surge de la separación de Dios. La vida procede de él y ha de disfrutarse en su presencia. La única solución a este dilema es, entonces, la proximidad a Dios, y es Cristo quien nos conduce a dicha cercanía.

Paz con Dios y con su pueblo por medio de Cristo (2:14–18)

Esta sección amplía la breve afirmación de 2:13. Obsérvese el cambio de la primera persona en el versículo 14 a la segunda en el 17, y de nuevo a la primera persona en el versículo 18. Las frases en primera persona son necesarias porque Pablo desea remarcar la unión entre judíos y gentiles. Igual que antes, la segunda persona subraya la relevancia de los comentarios para los lectores.

Cristo nuestra paz (2:14a, 17). La expresión «el mismo» (LBLA) pretende hacer justicia al acento que el texto griego pone en el pronombre. Las palabras «Él, es nuestra paz» sirven de encabezamiento para 2:14–18. Como señala Barth: «¡Decir Cristo es hablar de paz, y hablar de paz es hablar de Cristo!»²¹

El impacto de Isaías 52:7 y 57:19 en 2:13 y 17 está claro, sin embargo, tras esta sección subyace una teología mucho más extensa de la paz relacionada con el Mesías. El judaísmo había vinculado Isaías 9:6 con 52:7,²² pero también textos como Miqueas 5:5a y Zacarías 9:9–10 que hablan del Mesías como portador de paz. Miqueas 5:5a, que traza los perfiles de un pastor y gobernante mesiánico, es prácticamente idéntico a Efesios 2:14^a, y parece ser el origen de la fraseología de Pablo.

La palabra *paz* domina esta sección, tanto de manera explícita (vv. 14, 15, 17 [dos veces]) como implícita (unidad, destrucción de la división y la hostilidad, acceso y reconciliación). Cristo es nuestra paz, hace la paz y proclama la paz. Pablo pretende conectar a Cristo con la paz del modo más exhaustivo posible. Él es aquel que hace posible la paz, quien anuncia que está disponible, y en quien la paz se disfruta. Esta teología de la paz es una afirmación tanto cristológica como soteriológica.

La palabra que se traduce como paz (*eirene*) aparece cuarenta y tres veces en las cartas de Pablo, ocho de las cuales aparece en Efesios (1:2; 2:14–17; 4:3; 6:15, 23). La paz es un componente central y fundamental de la teología de Pablo. Prácticamente todos los temas de importancia doctrinal se relacionan con la paz. Además de las ocasiones en que aparece en saludos y bendiciones, observemos lo siguiente:

Dios es un Dios de paz (Rom 15:33; 16:20; 1 Cor 14:33; 2 Cor 13:11; 1 Ts 5:23). Cristo es el Señor de la paz y quien la imparte (2 Ts 3:16). El Evangelio es un Evangelio de la paz (Ef 6:15). La mentalidad del Espíritu es vida y paz (Rom 8:6). La paz es una recompensa escatológica (Rom 2:10). La paz equivale a la salvación y describe la relación con Dios (Rom 5:1). El reino es justicia, paz, y gozo en el Espíritu Santo (Rom 14:17). La paz es la de las relaciones humanas (Rom 14:19; Ef 4:3; 2 Tim 2:22). La paz es esencial en la resolución de problemas (1 Cor 7:15; 14:33). El fruto del Espíritu es paz (Gál 5:22). La paz guarda nuestros corazones (Fil 4:7) y los gobierna (Col 3:15).

Con tal variedad de usos no es de extrañar que Pablo resuma el Evangelio diciendo

que, «Él [Cristo] es nuestra paz.» La paz no es meramente el cese de la hostilidad; es un término que abarca la totalidad de la salvación y la vida con Dios. El trasfondo de este uso es el concepto veterotestamentario de *shalom*, que denota vigor, bienestar físico, prosperidad, seguridad, buenas relaciones e integridad.²³ ¡David pregunta incluso acerca del *shalom* de su guerra (2 Sam 11:7; NVI, «cómo iba la campaña [militar]»)! El concepto de *shalom* es mucho más positivo que la mera ausencia de conflicto. Se refiere al modo en que debería ser la vida y es un don de Dios que solo se recibe en su presencia. En varios textos *shalom* se equipara a la rectitud, la justicia, la salvación, y el reinado de Dios.²⁴ Yahveh es paz (Jue 6:24), hace un pacto de paz con su pueblo, y promete la venida de uno que traerá paz.²⁵ Paz es lo que Dios desea para su pueblo, como puede observarse en las grandes profecías acerca del futuro.²⁶

De manera inesperada, en 2:14–18 la paz se convierte en un acto tanto destructivo como constructivo. La división y la hostilidad han de ser destruidas, y la unidad y la paz establecidas. La paz y la reconciliación (v.16) se producen tanto en un nivel horizontal como vertical. Inicialmente, la mayor parte del acento se sitúa en la paz horizontal establecida entre judíos y gentiles. La expresión «los dos» (v. 14) se refiere a las dos partes que se mencionan en los versículos 11–12, judíos y gentiles,²⁷ y la mención de la ley (v. 15) y de los gentiles que son incorporados al pueblo de Dios (v. 19) es otra confirmación de este hecho. En Cristo, judíos y gentiles son fundidos en un nuevo ser.

Por otra parte, la expresión «Él mismo es nuestra paz» describe la dimensión vertical. Tenemos paz con Dios (Rom 5:1). La hostilidad entre la Humanidad y Dios se expresa aquí al menos de manera implícita, y puede ser explícita en 2:16 con las palabras «dio muerte a la enemistad»²⁸ (si no es una nueva alusión a la hostilidad entre judíos y gentiles; ver Rom 5:8–10). Cristo no solo se une a judíos y gentiles en un nuevo ser, sino que les funde en un solo cuerpo en la presencia de Dios.

La predicación de «paz a ustedes que estaban lejos y paz a los que estaban cerca» por parte de Cristo (v.17), alude a la predicación de los apóstoles y misioneros a los gentiles y judíos respectivamente, no a una predicación literal de Jesús. Sin embargo, esta expresión muestra ciertamente hasta qué punto Pablo se veía a sí mismo y a otros predicadores como representantes de Cristo. La expresión «proclamó paz» es una adaptación de Isaías 52:7 (cf. también Zac 9:10).²⁹

La destrucción de la barrera que divide (2:14b-15). La identificación del «muro de enemistad que nos separaba» y su relación con «la ley con sus mandamientos y requisitos» es una tarea difícil. Es un problema complejo por la incertidumbre respecto a si la idea de «hostilidad» está vinculada al muro de división (NVI) o con la ley (NASB), y si la expresión «en su carne» debería vincularse a la palabra «destruyó» del versículo 14 (NEB) o con «anuló» del versículo 15 (NVI).³⁰ ¿Cómo se relaciona la

expresión «anuló [...] la ley» (v.15) con «derribando el muro» (v.14)? ¿Es la expresión «el muro» solo una manera de hacer referencia a «la ley», o pretende expresar algo distinto?

Hasta cierto punto, la respuesta a estas cuestiones depende de la identificación del «muro de enemistad.» Por regla general, se sugieren cinco opciones:

La carne

La barrera cósmica entre el Cielo y la Tierra a la que se alude en los textos gnósticos

La Ley

El velo que separaba el lugar santo del santísimo en el templo

La cerca que había en el templo entre el atrio de los gentiles y el de los israelitas

Las dos primeras tienen poco peso a su favor.³¹ Las otras tres opciones se centran de algún modo en la Ley. En la Antigüedad se aludía a ésta como un «muro de hierro» que circundaba a Israel y como una «cerca» que le separaba de las gentes de otras naciones.³² La idea de acceso a Dios que encontramos en 2:18 podría aludir al velo del templo que se rasgó con la muerte de Jesús, aunque es muy poco probable, ya que la expresión «muro de enemistad» sería un modo muy extraño de aludir al velo del templo.³³ La mayoría de los comentaristas de periodos anteriores aceptaban que Pablo tenía en mente la quinta opción, la de la cerca del templo. Tanto Josefo como Filón hablan de una especie de cerca que separaba el atrio de los gentiles del atrio de los israelitas; se apostaron rótulos en latín y griego, advirtiendo a los gentiles que les estaba prohibido entrar en el interior de los predios del templo, bajo pena de muerte. Existen evidencias arqueológicas y literarias que confirman la existencia de estos rótulos.³⁴ Vale la pena recordar que Pablo fue arrestado en Jerusalén bajo la acusación específica de que había introducido a un gentil de Éfeso llamado Trófimo en el área del templo limitada a los judíos (ver Hch 21:28–29). Si Pablo no está haciendo referencia a este pequeño muro literal del templo, se trata al menos de un sorprendente ejemplo de la división causada por la ley. Por otra parte, si la expresión «el muro de enemistad» sí alude a esta cerca del templo, sería en esencia un símbolo de la Ley en sí misma como herramienta de división (cf. Ef 2:15).³⁵

En otras palabras, si Pablo está haciendo referencia a la cerca del templo, las palabras «derribando [...] el muro» (2:14) tienen un sentido más estrecho y específico mientras que «aboliendo en su carne la enemistad, la ley» (LBLA) es más amplio y

general. Si la palabra «muro» se refiere a la ley en general, entonces las dos frases son paralelas. En cualquier caso la Ley se considera en sí misma un instrumento de división y, sin duda, y deliberadamente lo era. Israel veía su elección y sus leyes como realidades que le separaban de las naciones circundantes, especialmente después del exilio. La circuncisión, la observancia del sábado, y las leyes sobre alimentos eran importantes señales de las distinciones entre los judíos y los demás pueblos; y estas cosas llevaron a Israel a la arrogancia y a tratar a las demás naciones de manera ofensiva.

La expresión «anuló la ley» es muy fuerte y puede ser fácilmente objeto de confusión. Observemos, sin embargo, los matices y particularidades de este texto: «la ley con sus mandamientos y requisitos». Pablo *no* da por anulada la ley como Palabra de Dios o como guía moral (cf. su cita de uno de los diez mandamientos en 6:2). Lo que ha sido anulado es la ley como *serie de reglamentaciones que excluye a los gentiles*.³⁶ La instrucción moral de la ley sigue vigente, sin embargo Pablo no tolerará ninguna práctica de la ley que excluya a los gentiles o les fuerce a convertirse en judíos. Uno de los mensajes más importantes de Efesios es que los gentiles han sido aceptados por Dios, en Cristo, sobre la misma base que los judíos.

El derribo del muro tiene lugar «en su carne [la de Cristo]». Como se ha señalado ya, la fuente del problema está «en la carne» tanto para los judíos como para los gentiles (v. 11), y ahora la solución de Dios está también «en la carne»; con esta expresión el apóstol alude ahora a la Encarnación y específicamente a la muerte de Jesús en la Cruz (ver vv. 15–16).³⁷ Jesús llevó consigo a la Cruz la hostilidad de judíos y gentiles, y con su muerte, murió también tal rivalidad. Como escribió Pablo en Gálatas 3:13: «Cristo nos rescató de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros».³⁸ Con razón M. Barth señala la nota expiatoria de esta sección y la consiguiente conclusión que presenta a Cristo como sacerdote y sacrificio al mismo tiempo.³⁹

La unidad del nuevo ser. La reconciliación es un acto igualmente destructivo y constructivo, y los versículos 14–16 utilizan cuatro expresiones para afirmar que ambas cosas se producen en Cristo: «en su carne», «en sí mismo», «en un cuerpo», «por la que» (lit., «en él»). No es solo que Cristo tome *consigo* la hostilidad y la destruya, sino que *en sí mismo* crea también un nuevo ser. Este lenguaje expresa implícitamente una teología de la resurrección, puesto que ésta es la fuente de la nueva creación.

Obsérvese que el nuevo ser (NVI, «nueva humanidad») es una idea *colectiva*.⁴⁰ Jesucristo en su muerte y resurrección se identificó con la Humanidad y la representó. Las personas son incorporadas a Cristo, y cuando éste es resucitado a una nueva vida, emerge un nuevo ser en el que los seres humanos son uno con Cristo, y el uno con el otro. La Gracia no solo nos conecta a Dios y a Cristo, sino también el uno al otro.

Esta suposición es la base del uso que hace Pablo de la imagen del cuerpo (v.16). ¿Alude el término «cuerpo» al cuerpo físico de Cristo que fue levantado en la Cruz o a la Iglesia como cuerpo suyo? En Efesios el término «cuerpo» se refiere por regla general a la Iglesia,⁴¹ sin embargo, cabe preguntarse si estos dos usos se habrían mantenido estrictamente separados. Como sostiene Schnackenburg: «Con ello [el uso del término cuerpo], la Iglesia se traslada a las inmediaciones de la Cruz, existe de hecho en el acontecimiento de la Crucifixión [...] tan estrecha es la conexión de la Iglesia con Cristo que aparece ya en la Cruz como nueva creación, la humanidad redimida.»⁴² El nuevo ser⁴³ es el propio Cristo, al que los creyentes son incorporados como cuerpo suyo.

El propósito del nuevo ser es la creación de la paz y la unidad entre judíos y gentiles. La unidad es un tema fundamental de esta carta.⁴⁴ En 2:14–18 aparecen cuatro afirmaciones de unidad:

«de los dos pueblos ha hecho uno solo» (2:14)

«para crear en sí mismo de los dos pueblos una nueva humanidad» (2:15)

«para reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo» (2:16)

«por medio de él tenemos acceso al Padre por un mismo Espíritu» (2:18)

Los dos grupos de personas se funden en uno. El propósito de Dios para la unidad de todas las cosas, que se introdujo en 1:10 y se desarrolló brevemente en 1:22–23, es ahora ampliado. La humanidad dividida es reconciliada en Cristo y ensamblada en una comunidad unificada y adoradora. De hecho, Pablo sugiere que los cristianos son una «tercera raza» junto a judíos y gentiles;⁴⁵ las dos son una en Jesucristo. Las ofensas que se mencionan en 2:11 han terminado.

Reconciliación. Este pasaje es uno de los pocos que analiza la doctrina de la reconciliación, y que enfoca la restauración de las relaciones fracturadas. En el Nuevo Testamento este lenguaje aparece solo en las cartas de Pablo, y únicamente de manera esporádica.⁴⁶ El verbo «reconciliar» (*apokatallasso*) no aparece antes de que Pablo lo utilice, y en el Nuevo Testamento lo encontramos únicamente en Colosenses 1:20 y 22.⁴⁷ En cada pasaje que trata la reconciliación el enfoque es distinto. Romanos 5:10–11 se centra en la reconciliación entre Dios y los pecadores, que son enemigos. En 2 Corintios 5:18–21 Dios nos reconcilia a nosotros y al mundo y nos encomienda el ministerio de la reconciliación. En Colosenses 1:20–21 Dios reconcilia consigo todas las cosas que hay en la Tierra y en el Cielo. En Efesios 2:16 se produce una *doble reconciliación*: entre Dios y la Humanidad, y entre judíos y gentiles.

En los textos del Nuevo Testamento, Dios es siempre el que lleva a cabo la reconciliación. Los seres humanos son reconciliados; Dios (o Cristo) reconcilia. La deidad es siempre quien toma la iniciativa. La Cruz es el acto de Dios por el que este reconcilia consigo al ser humano (él no es el reconciliado). Aun cuando las personas son hostiles a Dios y éste está indignado sigue, no obstante, amando y da pasos para restaurar las relaciones.

El fruto de la reconciliación es el «acceso» (2:18), el privilegio de entrar a la presencia de Dios.⁴⁸ Este término se utilizaba para aludir a la audiencia concedida por un rey, sin embargo el matiz más probable es el que se deriva de las ideas del acceso a Dios en el templo (ver Heb 6:18–20; 10:19–22). En este texto se hace evidente el lenguaje del templo, especialmente en 2:19–22 (cf. también Is 56:6–8). El Espíritu se introduce en el cuadro como medio de acceso al Padre.⁴⁹ El Espíritu es el agente de la incorporación y la unión, y aquel que nos trae la presencia de Dios (ver también 2 Cor 12:13).

El pueblo de Dios como su morada (2:19–22)

Esta sección nos ofrece una sucinta conclusión del material anterior, pero amplía también las ideas desarrollando la imaginería del edificio y del templo. La alienación y separación de los gentiles que se describe en 2:12 se invierte en 2:19 (obsérvese el nuevo cambio a «ustedes»). Los gentiles no son «ya extranjeros y advenedizos»,⁵⁰ personas ajenas a los acontecimientos y sin parte en los propósitos de Dios; son ciudadanos de pleno derecho dentro del pueblo de Dios y forman parte de la familia divina (son, de hecho, miembros de la familia).⁵¹

El lenguaje de 2:20–22 pasa, de pronto, de hablar de una familia a describir un edificio, que a continuación se define más específicamente como un templo. El griego facilita este cambio mediante un múltiple juego de palabras con palabras del grupo de *oikos* («casa»). Los cristianos gentiles no son ya «extranjeros» (*paroikoi*), sino «miembros de la familia de Dios» (*oikeioi*), «edificados sobre» (*epoikodomethentes*) un seguro fundamento, y el «edificio» (*oikodome*) es «edificado[s] juntamente» (*synoikodomeisthe*).⁵²

En 2:5–6 hemos observado tres palabras formadas con la preposición «con» (*syn*) que vinculan a Cristo con los creyentes. Aquí en 2:19–22 aparecen otras tres palabras formadas con la misma preposición: «conciudadanos» (*synpolitai*), «bien armado [lit. ensamblado juntamente]» (*synarmologeo*) y «edificados juntamente» (*synoikodomeo*). No obstante, el acento no recae en estar unidos a Cristo, sino al pueblo de Dios.⁵³

La expresión «pueblo de Dios» (2:19) es literalmente «los santos.» ¿Está Pablo haciendo referencia al Israel espiritual, a los judíos, a los cristianos de origen judío, a todos los creyentes o a los ángeles? La traducción de la NVI «pueblo de Dios» es apropiada. El propósito de Pablo es meramente expresar que quienes habían sido excluidos de los privilegios que Israel ha disfrutado, tiene ahora acceso a ellos. En este texto el apóstol no está tratando las implicaciones de la negativa de Israel a creer. Es justo decir que los gentiles no se convierten en Israel, sino que comparten con Israel.

El nuevo templo (2:20–22). Las antiguas tradiciones cristianas y judías consideraban al pueblo de Dios como un templo espiritual, basándose en varias citas veterotestamentarias que hablan de piedras, y que se entendían como escatológicos y mesiánicos.⁵⁴ El edificio se construye «sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas» (2:20). Con el término «profetas» Pablo alude casi con toda seguridad a los profetas del Nuevo Testamento, no a los del Antiguo. Esta conclusión se basa tanto en el orden («los apóstoles y los profetas») como en la referencia de 3:4–5 al misterio, que no se había dado a conocer a otras generaciones, pero que ahora había sido revelado a sus «santos apóstoles y profetas». La palabra «apóstoles» hace referencia al limitado grupo de quienes fueron testigos del Señor resucitado y portadores e intérpretes autorizados de la tradición cristiana (los Doce, Pablo y algunos otros). La razón para la

mención de estos dos grupos está en el hecho de que ambos son receptores de revelación (ver también 4:11–16).

La expresión «el fundamento de los apóstoles y los profetas» permite varios matices. En teoría, podría significar el fundamento que establecieron los apóstoles y los profetas, el que tiene o el que ellos constituyen.⁵⁵ Dado que Cristo Jesús es la piedra angular, es casi seguro que Pablo pretende aludir al fundamento que constituyen los apóstoles y los profetas. Son *parte* del fundamento sobre el que descansa la Iglesia.⁵⁶ Este versículo muestra en términos personificados el respeto que tenían Pablo y otros por la tradición cristiana (cf. 1 Cor 15:3–4; Col 2:6–7). La enseñanza de los apóstoles y los profetas es la base sobre la que se asienta la Iglesia. Todos los cristianos, como parte que son del edificio, se fundamentan en la revelación y la instrucción transmitida por estas personas.⁵⁷

Jesucristo ocupa un lugar único en este fundamento como la «piedra angular» (*akrogoniaios*). Esta designación puede parecernos extraña e impropia para hacer justicia al papel de Cristo si no conocemos el trasfondo e importancia de este término. No se trata de una piedra angular de carácter ceremonial sobre la que se colocan ciertos elementos y se cincela una fecha, que es uno de los usos más frecuentes de esta palabra. Tampoco alude a la piedra superior que coronaba los edificios o monumentos (aunque un buen número de comentaristas se ha decidido por este sentido). En la LXX esta palabra griega solo aparece en Isaías 28:16, donde se refiere claramente a una piedra fundamental, y en el Nuevo Testamento no aparece sino en algunas citas de Isaías 28:16. Las «piedras angulares» de los edificios antiguos eran las principales piedras de carga que determinaban las líneas del edificio. En Palestina se han encontrado piedras de este tipo, una de las cuales pesa unas 570 toneladas (ver también 1 Reyes 7:10).⁵⁸

No obstante, la imagen de la piedra angular adquirió una importancia que va mucho más allá de sus connotaciones arquitectónicas. En su tiempo, Isaías 28:16 fue un texto importante porque prometía seguridad en un momento de zozobra y destrucción. Aunque se produjera una inundación que se llevara todo lo demás, la piedra angular ofrecía un lugar de refugio. En el ámbito del judaísmo precristiano, este versículo se entendía con un sentido escatológico, como muestran las referencias encontradas en Qumrán.⁵⁹ Muy probablemente, la LXX había entendido ya Isaías 28:16 como una referencia al Mesías, una interpretación presente también en el Targum de Isaías.⁶⁰ Los primeros cristianos encontraron en la «piedra angular» un título apropiado que señalaba al Mesías (ver también Rom 9:32–33; 10:11; 1 Pedro 2:4–8).

Los textos veterotestamentarios que hablan de esta piedra (Sal 118:22; Is 8:14; 28:16) proporcionaron a la Iglesia Primitiva un importante material para la elaboración de su cristología, soteriología y eclesiología, que le sirvió para resolver

varias cuestiones teológicas.⁶¹ Cristo no es simplemente otra piedra del fundamento junto a los apóstoles y los profetas. Su posición es distinta. Mientras a los apóstoles y los profetas se les menciona por su enseñanza, la alusión a Cristo se debe a su persona y obra. Él hace posible la realidad de todo el edificio, incluido el resto del fundamento. Él es el prometido lugar de seguridad sobre el que se construye la comunidad de Dios.

No es solo que el edificio se construya sobre Cristo Jesús, la piedra angular, sino que todo el edificio existe igualmente *en él*.⁶² Tanto 2:21 como 2:22 comienzan y terminan con frases preposicionales «en» (griego *en*): *En él*, el edificio se ensambla juntamente y llega a ser un templo *en* el Señor; *en él* los gentiles son juntamente edificados con los judíos para ser morada de Dios *en* el Espíritu (NVI, «por su Espíritu»). La repetición de la preposición «en» pone de relieve que toda esta unión con Dios y con otras personas se produce *en Cristo*. Él es aquel que lleva a cabo esta obra de unificación y en cuyo ser se encuentra a Dios. La vida en Cristo significa unidad con Dios y con quienes están también en Cristo, y la unión resultante es el lugar donde Dios decide residir.

Una idea que está ya implícita en el uso de Isaías 28:16 es que este edificio es un *templo*. Las ideas de templo están también presentes en 2:13–14, y 18, sin embargo, lo que antes es implícito se convierte aquí en explícito. El pueblo de Dios es también su templo. Aquellos que en otro tiempo no tenían acceso al templo *son* ahora el templo.

Mientras que 1 Corintios 6:19 alude al individuo como templo de Dios, por regla general (como sucede aquí) los creyentes son el templo de Dios de manera colectiva (cf. 1 Cor 3:16–17; 2 Cor 6:16). El propósito del templo físico de Jerusalén era mostrar que Dios había hecho su residencia con su pueblo. En el Nuevo Testamento se subraya la sustitución del templo de Jerusalén por Cristo y sus seguidores. «Aquí está uno más grande que el templo» (Mt 12:6; ver también Juan 2:19–22).⁶³ Obsérvese el enfoque trinitario de esta exposición del templo: en Cristo y a través del Espíritu experimentamos la presencia de Dios.

Se trata de un templo «santo» porque Dios mora en él; es un templo apartado por Dios y para él. La palabra «santo» (*hagios*) ha aparecido ya en el versículo 19 asociada con el pueblo de Dios, del que ahora los gentiles han pasado a formar parte. Este templo es santo, y a quienes lo forman se les llama «los santos», que han sido apartados por y para Dios.

De nuevo, Efesios subraya el hecho de que la vida es relacional. En Cristo se derriba toda separación y se establecen las relaciones con Dios y con su pueblo. Esto no es una mera acción que se sitúa en el pasado, sino una vida con Dios que se experimenta en el presente.

Construyendo Puentes

Una suposición fundamental para aplicar la Escritura es que en el mundo antiguo el ser humano era esencialmente el mismo que hoy. Vemos la continuidad de una generación a otra, y nos vemos reflejados en el texto. Esta comunidad intemporal es lo que hace posible que podamos tomar un texto antiguo y traerlo a nuestro contexto, reconociendo, por supuesto, ciertas diferencias entre su mundo y el nuestro.

¿Recordar u olvidar? Efesios 2:11 es un pasaje único en todo el Nuevo Testamento, por tratarse del único texto que nos exhorta explícitamente a recordar nuestro antiguo dilema. ¿Cómo podemos armonizar este mensaje con Filipenses 3:13–14, que nos llama a olvidar lo que queda atrás? De hecho, ambos textos tienen la misma preocupación, a saber, una vida conformada por Cristo. Filipenses subraya a Cristo como el enfoque y la meta que determinan todo lo que hacemos. En 3:5–11, sin embargo, Pablo hace lo mismo que está pidiendo en Efesios 2:11: recuerda su pasado y la reordenación de su vida para ganar a Cristo. En Efesios el apóstol no solo quiere que recordemos nuestro antiguo dilema, sino que rememoremos también aquello en que nos hemos convertido.

La memoria es un maravilloso don de Dios que hace posible la vida; sin ella, es prácticamente imposible la verdadera vida. El hecho de recordar estructura nuestra mente para que podamos vivir para Dios. Enmarca nuestra identidad y pone en marcha nuestra vida en Cristo. Nos es necesario recordar el pecado, puesto que una parte de su potencial de engaño está en el hecho de que no lo percibimos. Hemos también de recordar los relatos bíblicos y el contenido de la fe. En la cena del Señor recordamos la muerte y resurrección de Cristo, y el cambio que estas realidades han realizado dentro de nosotros. Recordar es una forma de tratar con nuestro orgullo y autosuficiencia y de mantenernos vinculados a Dios.

Antiguos problemas con un nuevo aspecto. La mención de la circuncisión, la incircuncisión, la sangre e Israel nos parecen hoy cosas completamente exóticas —por no decir bárbaras— y su relevancia no nos queda muy clara. Sin embargo, las cuestiones que aquí se describen siguen siendo problemas humanos profundamente arraigados que a todos nos hostigan: alienación, división, burlas, separación de Dios y de sus propósitos, y desesperanza. Mientras estos problemas continúen, los seres humanos experimentarán soledad, fractura, falta de confianza y desaliento. Obsérvese la descripción del pecado como alienación, fractura y falta de objetivos (2:11–12). De estos problemas surgen una gran cantidad de otros pecados, como la envidia, el odio, la mentira, los conflictos interpersonales, los abusos, el asesinato y la guerra.

Notemos también que el problema de la alienación estaba arraigado en los privilegios religiosos. Por una parte, el texto da por sentado la legitimidad de los privilegios de Israel y, por otra, considera que tales privilegios son parte del problema.

Una buena parte de la hostilidad y conflictos que existen en el mundo es fruto de la religión, y una mirada a la historia de la Iglesia muestra dolorosamente que los cristianos han sido excesivamente culpables de esta cuestión. Sin embargo, ¿acaso ha de llevar inevitablemente a la arrogancia y a la división tener este sentido de privilegio de parte de Dios? Al aplicar este texto hemos de asegurarnos de que el privilegio nos lleva a la unidad, no a la división.

El judaísmo antiguo veía la circuncisión como el símbolo principal de la obediencia a la Torá, de pertenencia a Dios y de pureza.⁶⁴ La fe y el judaísmo veterotestamentarios estaban siempre preocupados con la separación de los pueblos circundantes, y las prácticas como la circuncisión, la observancia del sábado, la comida y otras leyes rituales delimitaban sus diferencias. Estas distinciones creaban dificultades en las relaciones sociales. El desdén que los judíos manifestaban hacia los incircuncisos y ceremonialmente impuros exacerbaba el problema, y —como es de esperar—, los no judíos se desquitaban con igual desdén y menosprecio.⁶⁵ Sin embargo, las prácticas judías surgieron de la realidad de la elección de Dios y sus propósitos para Israel. Los privilegios que disfrutaba Israel eran reales; la arrogancia y el desdén eran un fracaso.

Considerar este antiguo problema es como mirarnos en un espejo. También la Iglesia disfruta de privilegios, pero no ha sabido asimilarlos con más acierto que Israel. Los conflictos entre las diferentes denominaciones, dentro de ellas, y entre cristianos y no cristianos son muy comunes. La circuncisión no es ya la razón de tales conflictos, sin embargo sigue habiendo etiquetas, menosprecio y alienación. Con demasiada frecuencia las prácticas religiosas se llevan a cabo «en la carne», son meramente humanas y están tan hechas con manos humanas como cualquier circuncisión física. Desde los tiempos de Efesios no se ha avanzado mucho que digamos.

Pero la descripción de la alienación que ha resultado de los privilegios es solo una parte de 2:11–13. También ha de considerarse la cuestión de las carencias de aquellos que están sin Dios y sin esperanza. Una buena parte del mundo se encuentra todavía en el mismo lugar que los gentiles del tiempo de Pablo: apartados de Dios, sin participar en sus propósitos, y sin esperanza. Cuando se deja a Dios fuera del cuadro, la vida deviene realmente sombría y aburrida. Las personas permanecen en el arcén de la vida, intentando mantenerse en forma y entretenidas. Hay pocos motivos para pensar en algo aparte de uno mismo, sin embargo esto lleva a la alienación y la división y, en última instancia, a la desesperación. Los seres humanos necesitan escuchar a Dios llamándoles a participar en el juego, llamándoles a la paz.

¿Cómo puede Cristo acercarnos a Dios? ¿Acaso hemos de seguir pensando que el sacrificio es algo esencial para llevarnos a Dios? ¿Sigue siendo la *sangre* un ingrediente necesario para la salvación? ¿Cómo puede Cristo tomar consigo la hostilidad humana y llevarnos a Dios? Algunas cuestiones relativas a la muerte de Cristo a nuestro favor

son difíciles. No pueden minimizarse porque está en juego la esencia misma del cristianismo. El lenguaje de Efesios no es un vocabulario arcaico que pueda ponerse de lado, puesto que apunta a los fundamentos de la fe. La exposición que hace Pablo acerca de la muerte salvífica de Cristo asume una cristología y una fe que nos vinculan a Cristo.⁶⁶

La Cristología es Soteriología. Una cristología a medias no será suficiente, y si Jesús hubiera sido tan solo un judío más, su muerte sería trágica o hasta impresionante, pero no tendría valor salvífico. Por otra parte, si no estamos unidos a él por la fe, no puede acercarnos a Dios. Sin embargo, si Jesús es el Hijo de Dios que fue enviado por nosotros, y si estamos vinculados a él por el Espíritu, entonces las palabras de Pablo tienen sentido.

Existen varios hechos fundamentales:

- (1) Que no podemos hacer nada para hacernos aceptables a Dios.
- (2) Que merecemos la ira de Dios por nuestro egoísmo y pecado.
- (3) Que en el mundo antiguo los sacrificios eran practicados universalmente (y siguen siéndolo en muchos lugares),⁶⁷ lo cual revela la deficiencia que sienten los humanos en relación con Dios.
- (4) Que la inmolación de Cristo significó el *final* de los sacrificios (al menos en aquellos lugares en los que el cristianismo ha tenido algún resultado).

Estos cuatro hechos son verdaderos, al margen de la opinión concreta que a uno le merezca el cristianismo. Si Dios no resuelve el dilema humano, no hay esperanza. Pero Efesios afirma que esto es lo que Dios ha hecho en su amor. Podemos suponer otras formas en que Dios habría podido tratar con el pecado —ignorarlos, por ejemplo, o requerir una penitencia o el purgatorio— sin embargo, todas estas opciones son demasiado impersonales, por no decir otra cosa. En su amor, Dios «se convirtió en lo que somos nosotros para que nosotros podamos ser lo que es él.»⁶⁸ En Cristo, Dios se puso a nuestro lado, hizo suyo el problema causado por el mal, asumió la responsabilidad por él y en su ser llevó su dolor y consecuencias. Cristo vino como representante del ser humano, tomando el lugar de todos nosotros. Vino como el prometido portador de la paz.

¿Pero, es necesario hablar de *sangre*? No hay nada mágico en la palabra «sangre» aunque, a juzgar por cómo la utilizan algunos cristianos, pueda parecerlo. La mención de la sangre no puede ignorarse, pero tampoco ha de subrayarse excesivamente.⁶⁹ La importancia de la sangre no está en sí misma, sino en aquello a lo que se refiere, a saber, la muerte expiatoria de Cristo: un elemento esencial al Evangelio. No tenemos libertad para dejar de subrayar la muerte de Cristo, pero sí para encontrar la mejor manera de comunicar su relevancia en nuestro tiempo.

El principal problema para entender la soteriología de Pablo a comienzos del siglo XXI no está en la complejidad de su pensamiento. El mayor escollo radica más bien en el hecho de que nuestra sociedad no presta mucha atención a Dios, ni ve ninguna necesidad real de él aparte de que preste su ayuda para resolver problemas menores. La solución no está en forzar a las personas para que reconozcan su pecado, sino en presentar el llamamiento de Dios a la unidad y paz en Cristo. Los humanos tienen una necesidad innata de pertenecer —a Dios y a otros seres humanos— y cuanto más nos centramos en nosotros mismos, tanto más se desvirtúa la vida. El pecado y la alienación han de ser definidos, pero el enfoque ha de estar en el llamamiento a ser aquello para lo que Dios nos creó.

¿A quién le importa Israel? Este pasaje asume los privilegios de Israel y es uno de los más importantes de todo el Nuevo Testamento por lo que se refiere a esta cuestión. ¿Podemos acaso olvidarnos de Israel como si de un detalle sin importancia se tratara? De hecho, la relación de Israel con la Iglesia es uno de los problemas teológicos más importantes que la Iglesia Primitiva hubo de encarar, un problema que se trata, en cierta medida, en prácticamente todos los libros del Nuevo Testamento. ¿Por qué no creyeron en Jesús más judíos? ¿Seguían siendo válidas las promesas de Dios a Israel y seguían siendo escogidos los judíos como tales?

Este pasaje no da respuesta a estas cuestiones. Concede valor a la herencia y privilegios de Israel, sin embargo solo habla de la unidad entre judíos y gentiles en Cristo. De hecho, no analiza el asunto de los judíos escépticos (acerca de este tema ver la exposición de Rom 9–11). Sin embargo, *los cristianos han de prestar atención a Israel* porque la obra de Dios no comenzó de repente, con el bautismo de Jesús. El propósito de Dios en Cristo y su Iglesia comenzó con la Creación, se centró en Israel, y no puede separarse de este pueblo y de las Escrituras que le fueron encomendadas. La Iglesia no puede desvincularse a sí misma de su herencia veterotestamentaria y del movimiento de los propósitos de Dios a lo largo de la Historia.

Existe otra razón por la que ha de plantearse esta cuestión. Los dispensacionalistas y sus oponentes han debatido a menudo lo que enseña Efesios 2:11–22 acerca de la relación de Israel con la Iglesia.⁷⁰ ¿Está la Iglesia ahora en Israel o es algo distinto de él? Mientras que Romanos 11:17–24 afirma que las ramas gentiles han sido injertadas en Israel, este pasaje habla de un nuevo ser, algo que no existía antes, una «tercera raza», por así decirlo. ¿Pero cuál es la continuidad que existe entonces entre el antiguo Israel y el nuevo ser en Cristo? ¿Acaso Israel ha desaparecido de la escena y la Iglesia ha ocupado su lugar? ¿Se ha unido un remanente de Israel a los gentiles para crear un nuevo ser? Y en este caso, ¿qué hay de los otros judíos? ¿Está formado el pueblo de Dios por dos grupos, ambos válidos, pero distintos (y, por tanto, la evangelización de los judíos es innecesaria)?

Los dispensacionalistas afirman categóricamente que este texto no dice que los

gentiles sean ahora parte de Israel. Este texto no sugiere que Cristo haya creado una nueva entidad, sin embargo, hemos de ser cautos al tratar la relación de Israel con la Iglesia. Pablo no pretende responder a nuestras preguntas, y hemos de evitar que éstas oscurezcan el texto. Tres hechos quedan claros en este pasaje:

- (1) Se asume que Israel está en una posición de privilegio.
- (2) Los gentiles participan ahora de dicha posición.
- (3) En Cristo, judíos y gentiles son unidos en un nuevo ser.

Aparte de estas cosas, el texto guarda silencio; no trata la cuestión de los judíos no cristianos. Ciertamente habría que establecer implicaciones acerca de la relación de los cristianos con los judíos, como veremos más adelante. Pero cuando se trata de interpretar, la sabiduría está muchas veces en saber dónde dejar de interpretar, y en este caso, no hemos de forzar el texto para que responda a cuestiones que no trata. Deberíamos, más bien, unirlo a otros pasajes como Romanos 9–11 para configurar una teología bíblica sobre este tema, un tema que incluye ciertas cuestiones que el propio apóstol no había detallado completamente.

No obstante, el nuevo ser que se crea no es la Iglesia, ni «una tercera raza», aunque esta expresión es útil (y también susceptible de abusos). El nuevo ser es Jesucristo mismo, quien como Señor resucitado incorpora consigo a judíos y gentiles. El cuádruple acento que encontramos en 2:14–16 acerca de estar *en él* lo requiere.

Un callejón sin salida. A este texto se le fuerza impropriamente a participar también en otras batallas teológicas. Puesto que 2:20 habla de los profetas como parte del fundamento, algunos afirman que esto demuestra el cese de la profecía tras el periodo apostólico.⁷¹ Para evitar esta conclusión, W. Grudem argumenta que la expresión «los apóstoles y los profetas» debe entenderse como «apóstoles que son también profetas»,⁷² lo cual es muy poco probable. En toda esta exposición se abusa de la metáfora del fundamento y se empuja al texto sacándole de sus límites. Siempre que pasamos del texto bíblico al mundo moderno, hemos de ser especialmente cautos con las metáforas. En ocasiones, la lógica de una aplicación puede parecernos evidente, cuando de hecho estamos forzando la metáfora más allá de lo que el autor pretendía enseñar. Las metáforas se usan para propósitos específicos *en contexto* y solo deberían ampliarse en la dirección del propósito original. Efesios 2:20 solo pretende afirmar que la Iglesia se construye sobre la revelación del Evangelio que es impartida por medio de los apóstoles y los profetas. No podemos ampliar el sentido de esta metáfora para que entre en el debate de si los profetas existen o no en nuestros días.

Si este muro ha caído, han caído todos. Una buena parte de la aplicación bíblica se lleva a cabo por analogía. Cuando se trata de construir puentes entre contextos, hemos de identificar la teología que actúa en el texto, situarla en relación con otros textos y teologías, y después extenderla desde el mundo bíblico al nuestro. La teología

que subyace en 2:11–22 es una teología de la unidad, en la que el muro entre judíos y gentiles ha caído y se ha creado la unidad.⁷³ En nuestros días, a no ser que hayamos nacido en un hogar judío o palestino, tenemos poca conciencia de que el judaísmo haya levantado ningún muro. Por otra parte, sí somos conscientes de la existencia de numerosas barreras dentro de nuestra sociedad y entre la nuestra y otras que devalúan, desconfían, limitan y se aprovechan de las personas. Si en el mundo antiguo la Ley era, de algún modo, el muro de separación, para nosotros lo son las diferencias raciales. En la práctica totalidad de los países del mundo, la hostilidad racial, especialmente entre negros y blancos, continúa siendo una cuestión bochornosa. Las barreras económicas y de género también crean conflictos y aumentan la alienación. Nuestro mundo está lleno de este tipo de barreras.

¿Abolió la muerte de Cristo todas las barreras? El muro entre judíos y gentiles fue uno de los más evidentes de la Historia. Aunque entre judíos y gentiles se produjo más mestizaje del que cabría esperar,⁷⁴ la separación y distinción de los judíos estaba claramente definida. Por otra parte, esta separación se fundamentaba en los mandamientos de Dios. Si, pues, *esta* barrera ha sido superada, ¿qué otra puede tener justificación? Si Dios no muestra favoritismos (Hch 10:34–35; Rom 2:11), si todos los seres humanos han sido creados a su imagen, si el propósito de Dios es la unidad, si hemos de amar aun a nuestros enemigos (Mt 5:44), si Cristo llevó consigo la hostilidad para destruirla, ¿qué puede justificar el mantenimiento de cualquier tipo de barrera? Pablo y la Iglesia Primitiva extendieron ya explícitamente la unidad en Cristo a judíos y gentiles, esclavos y libres, y hombres y mujeres (Gál 3:28). Ninguna de nuestras barreras —nuestras maneras de devaluar a los demás, de limitarles, o aprovecharnos de ellos— tiene base alguna.

La Cruz es el lugar donde las barreras se destruyen. Antes de la Cruz somos conscientes de nuestro pecado, y entendemos que estamos sin justificación ni derechos ante Dios. Ninguno tiene más valor que el otro. En la Cruz el terreno está nivelado. Cualquier posición que disfrutemos nos ha sido dada por Dios, no es algo que nos haga inherentemente mejores que los demás.

No obstante, nuestra incapacidad para pensar más allá de lo que ya sabemos plantea un importante problema. ¿Por qué durante la guerra civil norteamericana los cristianos de ambos bandos no vieron la relevancia de Efesios 2:11–22 para la cuestión de la esclavitud? Se encontraron atrapados en debates acerca de la esclavitud y la igualdad hasta el punto en que no tuvieron en cuenta que Cristo había destruido cualquier barrera y había creado la unidad.⁷⁵ ¿Acaso asumimos —o nos gustan— hasta tal punto estas barreras que no oímos el texto? La descripción que Dios hace de la realidad debería ser la definición por la que vivimos.

Pero si en Cristo las barreras han sido quitadas de en medio, ¿qué sucede con las barreras que pueda haber con los no cristianos? Hemos de reconocer que ninguna

barrera que rechaza a las personas por lo que son puede ser jamás justificada. Cualquier persona a quien conozcamos es *potencialmente* alguien en Cristo y, por consiguiente, uno con nosotros. La gracia que nos ha hecho aceptos en Cristo les es también extendida a ellos *por nosotros*. Al margen de su raza o posición —comoquiera que esta se defina—, todo ser humano ha de ser valorado, capacitado y tratado con justicia.⁷⁶

¿Podemos tener paz en este mundo? Un problema parecido al anterior es el relativo a la paz en este mundo. Respecto a esta cuestión muchos de nosotros nos sentimos como el autor de la tercera estrofa de «I Heard the Bells on Christmas Day (Oí las campanas del día de Navidad):»

Y desesperado agaché la cabeza:

«No hay paz en la Tierra», me dije,

«Porque el odio es fuerte y se burla de la canción

De paz en la Tierra, y buena voluntad para con los hombres».⁷⁷

Pablo describe aquí la realidad de Dios en Cristo en vista de la cual nuestra perspectiva aparece como una trasnochada perversión. No podemos negar la realidad de este mundo, sin embargo lo que realmente nos define es la realidad más extensa que Dios ha establecido. Como todo lo demás en Efesios, también la paz es «ya y todavía no». La paz completa no vendrá hasta que todas las cosas sean reunidas «en él» (1:10), sin embargo, y aun así, la paz es algo que nos define ya en este momento. Esta paz no puede reducirse a un sentimiento de bienestar interior o mental, puesto que el texto trata de relaciones humanas e incluso ve la paz con Dios en términos de un pueblo unido que es llevado a su presencia. La expresión «Cristo es nuestra paz» significa que vivimos en la paz que él ha establecido y nos transmite. Tanto la dimensión vertical *como* la horizontal de esta paz han de vivirse en el presente.

De lo individual a lo colectivo. En el tratamiento de 2:1–10 entendimos que los cristianos no pueden verse ya a sí mismos como meros individuos. Forman parte de Cristo y el uno del otro. En 2:11–22 se subraya de nuevo este tema, con las imagerías de «un nuevo ser» y con la del «cuerpo» y el «edificio». El problema es que los cristianos de nuestro tiempo —especialmente en el mundo occidental— parecen conocer únicamente el individualismo. Hemos de cambiar nuestras perspectivas. Este pasaje confronta nuestro individualismo y afirma nuestra participación con Cristo y con aquellos que están en él. No podemos separar nuestra relación con Dios de nuestra relación con los demás. Las dos están tan entrelazadas que no existen de un modo aislado, aunque sostenemos acertadamente que la relación con Dios es la más importante. Las dimensiones horizontal y vertical interactúan entre sí, y se definen la una a la otra. Aun cuando nos acercamos a Dios en confesión y arrepentimiento,

hemos ya actuado en el plano horizontal.

El tema de este texto no es que las personas vayan al cielo o que la Iglesia sea un grupo de individuos que se reúne para apoyarse mutuamente. Aunque todo esto es muy importante, la meta es que las personas estén unidas la una a la otra en Cristo y reciban el acceso a Dios en el presente. Como veremos especialmente en relación con 4:3, la unidad es un don a partir del cual vivimos.

La Iglesia es una realidad colectiva. Antes hemos subrayado que la Cristología es Soteriología, sin embargo ahora se hace evidente que *la Cristología es Soteriología, es Eclesiología, es Ética*. Estas categorías teológicas no son temas separados que ponemos en distintos recipientes para su análisis, sino aspectos de la misma realidad de nuestro vínculo con Cristo. Cristo incorpora al creyente a su propio ser, a su muerte y a su resurrección, y en esto consiste su salvación. Pero en él son una realidad colectiva (un nuevo ser, un cuerpo, un templo), que resulta en una iglesia de personas unidas la una a la otra en Cristo. Puesto que en él están unidos entre sí, tales personas derivan su carácter de él, y viven el hecho de que se pertenecen el uno al otro. Esta es la raíz del amor, la atención y la justicia que los cristianos han de exhibir.

Significado Contemporáneo

Como en las secciones anteriores, tenemos un texto que no pide concretamente nada de nosotros. No se nos dan imperativos respecto a acción o actitud alguna (aparte de recordar). Todo el enfoque está en el cambio que Cristo ha llevado a cabo y en los privilegios de la nueva vida en él. Al mismo tiempo, no obstante, la relevancia de este pasaje para la vida cristiana y para la Iglesia es enorme.

Recuerda tu identidad. La memoria hace posible la vida al proporcionarnos una comprensión de la realidad en que vivimos. A fin de tomar decisiones apropiadas en el presente y en el futuro, recordamos momentos de dolor y de placer, personas, información y acontecimientos. Algunos recuerdos los escogemos; otros se graban en nuestro interior por la pura fuerza de lo sucedido. Los recuerdos pueden ser estímulos del éxito o cicatrices que nos paralizan. En ocasiones decidimos olvidar ciertos aspectos dolorosos de la vida, sin embargo con frecuencia solo conseguimos reprimir la memoria hasta un momento posterior y, posiblemente, más difícil. Por lo que respecta a nuestros recuerdos hemos también de decidir qué atención prestaremos a ciertos acontecimientos específicamente dolorosos o placenteros de nuestra vida pasada. Por medio del recuerdo calificamos el pasado y lo procesamos, y también estructuramos nuestra mente para saber cómo hemos de vivir.

Pablo nos pide que recordemos el trascendental cambio que Cristo ha producido en nosotros, a saber, el paso radical de estar muertos en pecados a la vida en Cristo, de no tener parte a ser parte, puesto que este movimiento sigue obrando cambios en nuestras vidas cada día. Esta actividad evocadora da atención al constante cambio que se produce en nosotros y no nos permitirá relajarnos o caer en el orgullo. Recordar es, por consiguiente, la clave para amar y adorar a Dios. No obstante, se hace necesario el equilibrio. Nuestros recuerdos de la vida anterior no son un fin en sí mismos ni tienen por objeto que nos sumerjamos en ellos. Ya no nos determinan. Nuestro enfoque ha de ser más bien la persona de Cristo y el cambio que él ha llevado a cabo.

Para algunas personas los recuerdos del pasado son tan dolorosos que no pueden olvidarlos, y no hay ningún indicio de que tales recuerdos puedan borrarse fácilmente. Sin embargo, los cristianos han de saber que los únicos sucesos que nos definen son la muerte y resurrección de Cristo, en los que estamos involucrados. Morimos al yo —tanto al pecaminoso como al que sufre el pecado— y nos elevamos a una nueva vida en Cristo. Aquí también está presente el carácter «ya, pero todavía no» de nuestra fe. Hemos de seguir enfrentando la antigua realidad, sin embargo la novedad en Cristo es la fuerza que nos define.

Una mujer que ha sido violada no puede olvidar la violación de que ha sido objeto, sin embargo, la cuestión es, ¿ha de ser esta violación una herida o cicatriz abierta que impida la vida? ¿O puede acaso la vida definida por Cristo ser portadora de sanidad y

de vigor bajo tales circunstancias? ¿Ha de llevar forzosamente la traición al cinismo y a la desconfianza, o lo que define nuestra reacción procede de algún otro lugar? ¿Qué es lo que nos define, el pecado o Cristo? No siempre podemos elegir lo que nos sucede, pero sí está en nuestra mano decidir —al menos hasta cierto punto— el poder que nos será concedido. Si esto suena un tanto presuntuoso, una mirada a 2 Corintios 11:22–33 mostrará que no lo es. Pablo estaba expuesto a un sufrimiento y humillación increíbles; sin embargo, a pesar del impacto que aquellas circunstancias tenían en su vida, Cristo seguía siendo quien definía su realidad, y algunas de sus cartas ni siquiera dejan entrever que hubiera padecido.

Recordar requiere atención; no es algo que suceda automáticamente. Aplicar este texto significa conceder tiempo a pensar, leer, hablar y aprender acerca del cambio que Dios ha producido. Recordar conducirá a la oración y a una conciencia de la presencia de Dios y su participación en lo que hacemos.

Una advertencia para los cristianos. Los cristianos disfrutaban de enormes privilegios al ser incorporados a la familia de Dios, no obstante este pensamiento es susceptible de *serias* deformaciones, unas deformaciones tan comunes que la utilización de este lenguaje se hace problemática. Con demasiada frecuencia los cristianos ven sus privilegios como algo que poseen, olvidando que el don nunca ha de separarse del Dador.⁷⁸ No poseemos nada sino el Cristo a quien estamos vinculados. Todo privilegio procede de él y se conoce solo en él. Cuando olvidamos esto, distorsionamos la fe y nos sobreestimamos.

Efesios 2:11–12 sirve de fuerte advertencia para los cristianos, puesto que somos tan vulnerables a los fallos que cometieron los judíos como ellos. Lamentablemente, dentro de la Iglesia se ponen muchas etiquetas. Cuando calificamos a alguien peyorativamente, también nosotros estamos actuando «en la carne», de un modo meramente humano en el que Dios no está presente. Tenemos también nuestras insignias religiosas que degradan y excluyen a otros, como sucedía con la circuncisión en el caso de los judíos. Nuestra idea del privilegio conforma una actitud de superioridad espiritual que hace imposible el desarrollo de relaciones saludables. ¿Acaso cuando comunicamos división y desdén, nuestras obras religiosas no están también hechas «con manos humanas»?

Los Bautistas del Sur, la denominación de que formo parte, está dividida por las disputas. Los pasos de todas las partes implicadas *no* han sido dados en un espíritu cristiano. ¿No es, pues, evidente que, «este es un *bautismo* en la carne, hecho por manos humanas»? Lamentablemente, mucho del proceder cristiano se sitúa dentro de esta categoría, sin embargo no podemos vivir como cristianos mientras nos comportamos de un modo que no lo es. Si no mostramos el mismo amor y gracia que aquel a cuya familia hemos sido incorporados, delatamos que realmente no pertenecemos a ese hogar. Seguimos alienados de Dios aunque llevamos a cabo actos

religiosos.

La aplicación de este texto se lleva a cabo en humildad y arrepentimiento, seguido por una seria conversación familiar acerca de cómo comunicamos quiénes somos. ¿Cómo podemos evitar que los privilegios, la obediencia y un proceder justo generen división, desdén e insultos? Las actitudes de superioridad espiritual son casi imposibles de detener y pasan muchas veces desapercibidas para los propios «santos» que las albergan. No podemos atraer a las personas a Cristo mientras que sin darnos cuenta las estamos denigrando. Nuestros privilegios han de llevarnos a la acción de gracias, no a la arrogancia. Una vez más la clave está en entender correctamente la Gracia. La Gracia excluye el orgullo y se extiende a quienes están en necesidad.

Pertenecemos. A lo largo de la vida, la mayoría de nosotros experimentamos un cierto sentido de no pertenecer, y nos sentimos inaceptados e inferiores. El impulso de identificarnos con alguien, algún grupo, o alguna causa considerada importante —aunque solo sea un equipo deportivo— es enorme. Estas identificaciones nos hacen sentir importantes. Necesitamos pertenecer, tener cierto sentido de encajar en el mundo, y este sentido de pertenencia genera una capacidad de relación y de conseguir cosas. Nuestras propias familias son, por supuesto, esenciales cuando se trata de impartirnos un sentido de pertenencia.

Este texto dice que pertenecemos a alguien. Cristo nos ha llevado a Dios. Vivimos en la casa de Dios como miembros de su familia, y al mismo tiempo estamos en una casa en la que Dios vive (2:19–22). Pertenecemos a Dios y estamos implicados en lo que él está haciendo. Las otras personas que están en la casa forman parte de la misma familia que nosotros. Este hogar nos define. Cristo nos ha dado un lugar en su mundo, y este sentido de pertenencia genera una creciente capacidad de relación y de realización de las tareas a las que somos llamados. Este texto nos pide que recordemos dónde está nuestro hogar: estamos en casa con Dios.

En la vida cristiana todo lo demás fluye de este hecho. Como familia de la fe que es, la Iglesia debería tener un toque familiar. Los miembros de la familia comparten una preocupación y un compromiso mutuo, y se confrontan y sustentan el uno al otro. Nuestra adoración debería estar configurada por un sentido de familia. La adoración no debería ser un ejercicio en el que somos meros espectadores; en ella necesitamos más bien el consuelo y la libertad que se siguen de una experiencia de familia, congregados para comunicarnos con Dios, a fin de dirigirnos a él y escucharle. En la Iglesia nadie debería sentirse como un intruso, todo ser humano necesita saber que pertenece a otros.

Los muros han caído; los cristianos viven con Dios. Consciente o inconscientemente las personas —incluso quienes creen en Cristo— pueden pensar que Dios es un ser distante e inaccesible. Esta carencia de un sentido de cercanía a Dios

está en la raíz de una buena parte de los fracasos humanos. Sin embargo, antes incluso de la fe, Dios no está lejos de nosotros, como Pablo les recordó a los atenienses (Hch 17:27), y como el salmista pone de relieve (Sal 139:7–12). El lenguaje que expresa esta cercanía de Dios antes de la fe es, por supuesto, metafórico, y hemos de distinguirlo de la realidad que experimentamos cuando somos acercados a él en Cristo. En el primero, Dios es el Dios santo y lleno de gracia que busca a las personas, sin embargo, su santidad es también una presencia abrumadora. En Cristo, no obstante, hemos sido llevados a Dios, y las barreras que bloquean el acceso a él, como el pecado, la hostilidad y la debilidad de la carne han sido eliminadas.

Las ideas de paz, acceso, cercanía y reconciliación subrayan todas ellas que las barreras entre Dios y nosotros han sido eliminadas. Pero, ¿qué pretende el texto que hagamos con esta información? No se dice nada explícito, sin embargo varias implicaciones se hacen evidentes.

- (1) Vivimos con Dios y él con nosotros. Nos comunicamos con Dios, y su presencia da forma a nuestra vida. De nuevo la fe se presenta como una cualidad relacional, no es una decisión o una serie de creencias.
- (2) La vida, la salvación y los recursos para vivir fluyen de Dios hacia aquellos que están con él. No se trata de una teología de «la salud y las riquezas», sino el reconocimiento de que Dios es el dador de todo lo bueno.
- (3) La adoración y la acción de gracias son una parte natural de la vida.
- (4) El carácter de Dios es nuestra guía. Lo que en este texto está implícito se convertirá en explícito en 5:1: los cristianos han de imitar a su Dios.

Los muros han caído; los cristianos han sido unidos. La actitud de este mundo queda bien reflejada en la expresión: «tú eres distinto de mí, y eso me molesta.»⁷⁹ Los seres humanos *levantamos* barreras entre razas, naciones, religiones, géneros, clases sociales y económicas, denominaciones, escuelas, comunidades, equipos y familias. La diferenciación es necesaria para el desarrollo de la identidad, sin embargo la tendencia humana a crear *barreras* es una distorsión y un pecado. Las distinciones y la singularidad no tienen por qué llevar a la división. Las barreras surgen porque, para conceder valor, despreciamos a quienes son distintos.

Antes incluso de estar en Cristo, a los humanos nos unen más cosas que nos separan. Todos estamos hechos a imagen de Dios, tenemos las mismas necesidades y experimentamos la misma distorsión fruto del pecado. Pero especialmente en Cristo no hay lugar para las barreras o las divisiones (por razones de orden racial, sexual, cultural, o cualquier otro). Nos guste o no, somos uno con todos los demás que están en Cristo. Persistir en las divisiones significa negar lo que Cristo ha conseguido.

La aplicación requiere un cambio mental. Los indicadores que nos definen han de

ceder su lugar al *único* indicador que determina realmente quiénes somos: el propio Cristo. Los otros indicadores pueden ser reales, sin embargo éstos no nos definen ni nos separan de los demás que están en Cristo. Todos los creyentes tienen el mismo valor ante Dios, y pertenecemos a una misma familia.

El problema racial. Para los cristianos de nuestro tiempo esta teología es especialmente importante cuando se trata de *la hostilidad racial*. Los cristianos de otras razas forman parte de nosotros, y no podemos permitir que continúen las divisiones. La barrera racial es como una herida infectada en el cuerpo de Cristo. No podemos ya tener diferentes fuentes para negros y blancos como recuerdo haber visto en mi infancia con las leyendas «solo para blancos» y «solo para personas de color», respectivamente. No obstante, en los Estados Unidos y en otros muchos países, bajo la superficie la hostilidad racial está en ebullición, y los cristianos contribuyen al problema. El domingo es a menudo el día más segregado de la semana, puesto que los cristianos adoran siguiendo pautas raciales.

Las perversiones generadas por el racismo activo y pasivo han de denunciarse y detenerse. La Iglesia ha de ser un espacio en el que las personas sepan que las barreras han sido erradicadas, puedan encontrar consuelo, y puedan hacer frente a la injusticia racial. Lo que está en juego es el testimonio de la Iglesia. Cuando a una persona se le dice, implícita o explícitamente, que por el color de su piel no es bienvenida a una iglesia, tal iglesia se ha convertido en un lugar sin sentido.

El racismo ha de ser tratado en dos niveles, como problema general de la sociedad y, específicamente, dentro del cuerpo de Cristo. Adopte la forma que adopte, el racismo está prohibido por la igualdad intrínseca de todo ser humano ante Dios y por su amor ilimitado. Pero la teología del cuerpo de Cristo desarrolla esta cuestión a otro nivel. La cuestión no es simplemente que todos los cristianos sean *iguales*, sino más bien, que todos los cristianos han sido *unidos*, lo cual tiene mucha mayor relevancia y repercusiones.

Si las barreras han caído y hemos sido unidos a otros creyentes, entonces se requieren varias respuestas de parte de los cristianos. (1) La aceptación y plena *apreciación* de personas de otras razas en un nivel de igualdad es una necesidad. Una actitud que dice implícitamente «no son de nuestra clase», destruye el cuerpo de Cristo. Puesto que todos funcionamos con tales actitudes, necesitamos un continuo arrepentimiento como prerrequisito.

(2) Además, tendremos que realizar una *inversión* en cristianos de otras razas. No podemos aceptar y valorar aquello que no conocemos o carece de importancia para nosotros. Hemos de demostrar que realmente nos interesan otros grupos raciales. La unidad no puede ser simplemente de orden teórico: ha de ponerse en práctica.

(3) Hemos de buscar *justicia* también para otros grupos. Las cuestiones relativas a la

justicia son a menudo complicadas —como se ve en el debate sobre inmigración ilegal—, sin embargo la Iglesia debería estar dirigiendo esta discusión acerca de la justicia y la compasión para que ciertos grupos no sean puestos en un segundo plano. Al racismo hay que llamarle por su nombre, y ha de ser confrontado y rechazado.

(4) Por último, entre los cristianos ha de haber un cierto grado de *participación*. La unidad no existe sin cooperación. Las manos han de unirse en adoración, aprendizaje, servicio de las necesidades y evangelización. El testimonio más significativo del amor de Cristo consiste en la capacidad de los cristianos de distintas razas de preocuparse los unos por los otros y trabajar juntos.

Hombre y mujer. Desde la Antigüedad las barreras de género se han creado por dos razones esenciales: para evitar el abuso de las mujeres y porque a estas se las ha considerado inferiores. Como reacción a siglos de abusos, el proceder del feminismo radical de nuestros días ha intensificado la hostilidad entre los sexos. De nuevo, lo que aquí está en juego es el testimonio de la Iglesia. Los cristianos han de expresar que en Cristo las relaciones son diferentes, que las mujeres no pueden ser devaluadas ni utilizadas, ni se puede abusar de ellas en ningún sentido y que el muro ha sido destruido. Las mujeres han de sentirse tan aceptadas y valoradas como los hombres y no han de tener razones para temer ninguna forma de abuso. Aquí, como en otras cuestiones, el carácter «todavía no» de la fe que vivimos en este mundo puede ser demasiado evidente, sin embargo, la Iglesia ha de ser el lugar en que las personas experimenten el «ya» en presencia del «todavía no». Las mujeres han de saber que forman plenamente parte del cuerpo de Cristo y que no hay barreras que prohíban su plena participación.

Uno de los lugares más sagrados para los judíos es el llamado «Muro de las Lamentaciones» de Jerusalén, uno de los muros de contención del monte del templo en días de Jesús. Quienes han visto este muro saben que existe una especie de valla que separa a los hombres, que oran a la izquierda, de las mujeres que lo hacen a la derecha.⁸⁰ En las iglesias, las cosas no son tan evidentes, sin embargo, durante demasiado tiempo los cristianos han categorizado a las mujeres de manera distinta. Este texto no permite que las cosas sigan de este modo.

En nuestra sociedad existen otras muchas barreras como la educación o la posición socio-económica. Las diferencias no desaparecerán, sin embargo la Iglesia ha de pensar detenidamente en el hecho de que las diferencias no han de dividirnos o hacer que nadie se sienta menos valioso.

Dos giros erróneos. En ocasiones, los cristianos han argumentado que la unidad en Cristo es una realidad «espiritual» y no requiere la participación con otros grupos. Esta separación entre lo «espiritual» y lo «secular» no puede tolerarse. Estos acercamientos soslayan las implicaciones del Evangelio. Lo espiritual no solo afecta a todos los

aspectos de la vida, sino que los dirige. Solo hemos de observar a Pablo confrontando a Pedro con respecto a la cuestión de no comer con los gentiles (Gál 2:11–14); la unidad en Cristo se expresa en esa clase de comunión de quienes se sientan juntos a la mesa. La Iglesia no puede permitirse existir en grupos elitistas y centrados en sus propios intereses.

En segundo lugar, algunos han concluido que puesto que las barreras han caído, los cristianos no han de evangelizar a los judíos. La relación entre judíos y cristianos es una cuestión delicada, tanto por lo vital de la herencia judía para la identidad cristiana, como por el asunto del holocausto en la Alemania nazi. Desde un punto de vista exegético, el texto habla de la unidad entre los cristianos de origen judío y los de origen gentil (no entre judíos y cristianos). Esta es una unidad *en Cristo*. Ciertamente, Pablo no dudó en trabajar por la conversión de los judíos, y tampoco nosotros deberíamos hacerlo, siempre, eso sí, que usemos la humildad y respeto necesarios para cualquier obra de evangelización. ⁸¹

No obstante, no existen razones para ninguna forma de antisemitismo, un pecado que con demasiada facilidad aparece entre los cristianos. Desde un punto de vista teológico, el mensaje implícito de que los judíos deberían ser castigados porque crucificaron a Cristo es del todo ingenuo. *Como raza*, los judíos no son más responsables de la muerte de Cristo que cualquier otra, y hemos de tener cuidado cuando hablamos de la crucifixión de no hacer que el pueblo judío aparezca como cabeza de turco. También ellos, como todos nosotros, necesitan un Salvador.

Unidos, no uniformes. El que Pablo subraye la unidad no significa que todos los cristianos hayan de ser iguales. La unidad en Cristo no niega las diferencias, la singularidad cultural, ni el valor de la cultura. Los judíos en Cristo no se convierten en gentiles, ni viceversa. Las mujeres no se convierten en hombres, ni los hombres en mujeres y, al convertirse en cristianos, no todos adquieren de repente las mismas capacidades. En su teología del cuerpo, Pablo asume tanto la unidad como la diversidad (1 Cor 12:14–26).

Una vez más, se plantea el asunto de la relación entre el Evangelio y la cultura. ⁸² Es perfectamente normal que disfrutemos de la propia cultura, y tenemos buenas razones para inclinarnos por personas afines a nosotros. En materia de crecimiento, el principio de homogeneidad, que hace que algunas iglesias procuren alcanzar a grupos similares culturalmente a ellas mismas, es comprensible. La comunicación requiere similitud y los iguales se atraen. La adoración es una expresión cultural y, como tal, su impacto es mayor cuando se enmarca de un modo culturalmente específico. Nadie debería sorprenderse de que los negros se sientan más cómodos en iglesias formadas por negros, los coreanos en iglesias coreanas, y los blancos en iglesias blancas.

Pero las barreras han caído, y el principio de la homogeneidad—aunque sea práctico

— no puede guiar a la Iglesia. Las preferencias culturales han de considerarse poco importantes en relación con la unidad en Cristo. La cuestión más importante es siempre la *identidad*: ¿Cuál es para nosotros la principal realidad definitoria, Cristo o la cultura? La cultura es importante —sin duda, una parte necesaria del tejido de nuestras vidas— no obstante, es Cristo, no la cultura, quien provee la principal definición para la vida. La cultura es el medio por el que Cristo se expresa, sin embargo el mensaje es Cristo mismo. ¿Para qué existen las iglesias étnicas, para preservar una cultura concreta o para impulsar la causa de Cristo? A menudo, uno recibe la impresión de que el verdadero centro de todas nuestras iglesias es nuestra cultura, no nuestro Señor. Esta actitud ha de cambiar.

Las iglesias han de ser capaces de discernir cuándo han de servirse de la cultura, cuándo adaptarse a ella, y cuándo han de hacerle frente.⁸³ Es responsabilidad de las comunidades cristianas locales demostrar que las barreras han caído. Es un hecho bochornoso que, culturalmente hablando, la mayor parte de las iglesias sean comunidades monolíticas. Los miembros de la Iglesia han de mostrar interés por otras personas en Cristo, aunque sean distintas desde un punto de vista cultural, económico, político o social. En un contexto multicultural, una iglesia monolítica es un fracaso. Las iglesias han de demostrar unidad con los cristianos de otras culturas, buscar la justicia, y evangelizar más allá de sus contornos culturales y raciales. Hemos de mostrar que las barreras han caído.

La iglesia es un Instituto de Paz. La paz de que trata este texto no tiene que ver con buenos sentimientos interiores, sino con relaciones interpersonales. Demasiadas personas tienen la idea errónea y deforme de que la religión consiste en lo que hacemos cuando estamos solos, en silencio, y pensando en Dios. Se olvidan de que la relación vertical con Dios está estrechamente vinculada a las relaciones horizontales que desarrollamos con otras personas, y se expresa a través de ellas. Notemos también que el texto no dice «él es *mi* paz», sino «él es *nuestra* paz». Una iglesia es un grupo de personas que saben esto y encarnan la paz anticipando aquel día en que Dios establecerá la paz en toda su creación. En la Iglesia la obra pacificadora de Dios ha ganado una cabeza de puente y es ya visible. Los cristianos son, por definición, un pueblo de paz. Esto no significa que hayamos de ser pasivos o estáticos. Por el contrario, en tanto que personas de paz, lucharemos necesariamente por la justicia.

En nuestras iglesias rara vez se da valor a la paz. Hemos asumido la inseguridad de nuestra cultura hasta tal punto que la paz ha quedado relegada a la escatología del tiempo del fin. Se concede un alto valor a la independencia y al «derecho» a ser ortodoxo pero inconsecuente. Los cristianos se caracterizan más por la división que por la paz. Sin embargo, si la paz era uno de los criterios por los que Pablo solucionaba problemas, esta debería entonces tener también para nosotros fuerza reguladora. Debería gobernar tanto en nuestros corazones *como* en nuestras iglesias. En la Iglesia, la paz debería tener su oportunidad. Existen un buen número de escuelas

para la guerra, y tanto eruditos como amateurs se dedican al estudio de los conflictos bélicos. Pocos, sin embargo, estudian la paz. La Iglesia debería ser un lugar donde se estudia y practica la paz. No obstante, se hace necesaria una nueva advertencia. Paz no significa pasividad. Si Isaías 57:21 nos recuerda que «no hay paz para los impíos», entonces hablar de paz significará hablar de justicia y rectitud.⁸⁴

Los cristianos son un colectivo. Los evangélicos de nuestro tiempo tienden a mirar el cristianismo como una religión del individuo. A menudo, el fracaso de la Iglesia ha fomentado este planteamiento individualista, sin embargo el Nuevo Testamento no sabe nada de este cristianismo «independiente». Tanto el individuo como su fe son importantes, pero la fe cristiana es una religión comunitaria y colectiva. Cuando uno es bautizado en Cristo, lo es en su cuerpo (1 Cor 12:13; Gál 3:27–28). Esta parte de la realidad de la fe no ha de descuidarse. Ciertamente, las personas se relacionan con Dios como individuos, sin embargo el enfoque es colectivo.⁸⁵ En la relación horizontal se vive la vertical. El Evangelio ha de presentarse de tal manera que las personas se den cuenta de sus dimensiones *sociológicas*.

La división de la Iglesia en tantos grupos es un escándalo. No estoy sugiriendo que todos los sectores de la Iglesia hayan de estar de acuerdo. Ni la meta es tampoco la formación de estructuras de unidad, sino más bien vivir la unidad en Cristo. Con demasiada frecuencia los cristianos se interesan más en su denominación que en Cristo. Son luteranos, bautistas, o cualquier otra cosa antes que cristianos, y todos los demás están, en el mejor de los casos, mal encaminados. Sin centrarse en las estructuras, ¿acaso no debe la Iglesia enfocar la unidad en Cristo? ¿No debe la Iglesia ser tanto evangélica como ecuménica?

Orientarse hacia la unidad no tiene nada que ver con ser débil en doctrina. La unidad es en sí misma una necesidad *teológica*. Los cristianos no pueden sacrificar la esencia del Evangelio de alcanzar la unidad, puesto que ello no sería una unidad cristiana. No obstante, la mayor parte de nuestras divisiones se produjeron sin justificación y, por lo general, fueron acompañadas por actitudes y acciones no cristianas. Hemos de estar dispuestos a tolerar una cierta medida de desacuerdo a medida que disfrutamos la unidad. Es evidente que los principios centrales de la fe — como la autoridad de las Escrituras, la deidad de Cristo, y su muerte y resurrección— no pueden rebajarse, puesto que sin estos rasgos esenciales ya no tenemos una iglesia *cristiana*.

Para defender la fe no basta con sostener resueltamente las doctrinas correctas. ¿Acaso no es igualmente necesario mantener con igual resolución actitudes y prácticas cristianas, y la unidad? ¿Por qué les cuesta tanto a los «defensores de la ortodoxia» mostrar un talante generoso? ¿Es que es imposible ser ortodoxos y magnánimos al mismo tiempo? La ortodoxia debería hacer a las personas generosas y benévolas. La clave está en entender que tanto el contenido de lo que creemos como sus

implicaciones éticas están determinados por Cristo.

La Iglesia se centra en Cristo. Las comunidades pueden existir por una variada serie de razones, no obstante, la existencia de la Iglesia cristiana responde únicamente a Cristo y a sus propósitos. El cristianismo es una religión centrada en una persona. La Iglesia gira alrededor del carácter de Cristo, no de la personalidad de ninguna de las personas que la forman. Aparte de la importancia de su muerte y resurrección, la Iglesia no tiene razón de ser. Como comunidad que es, la Iglesia tiene tradiciones y rituales, sin embargo, su esencia no responde a ninguna de estas cosas. Lo esencial de la Iglesia es Jesucristo, y los demás aspectos de la imagen existen para expresar el papel de Cristo en ella. Es posible ser judío y participar en acontecimientos como la Pascua sin que ello implique ningún compromiso religioso serio con el judaísmo. La comunidad cristiana, no obstante, no tiene otra razón de ser que el propio Cristo. Él es nuestra paz, Aquel en quien todos están unidos, la puerta de acceso a Dios, y la piedra angular sobre la que se eleva el edificio.

Por consiguiente, las actividades de una iglesia han de reflejar este enfoque central sobre Cristo. Solo entonces pueden los creyentes cumplir su misión. Esto no nos limita, puesto que Cristo es el punto central de los propósitos de Dios y Aquel en quien todas las cosas encuentran su unidad y conexión (1:10). Los objetivos de la Iglesia no son una serie de ideas y proyectos significativos. Su objetivo esencial es Cristo, y en él todos los demás asuntos encuentran su orden.

Por ello, el enfoque de la enseñanza y predicación han de estar en Cristo. Esto está implícito en la proclamación de la paz por parte de Cristo de que se habla en 2:17, y en la mención de los «apóstoles y profetas» que encontramos en 2:20. En este pasaje se subrayan los logros de Cristo, y de igual modo la Iglesia proclama su mensaje de paz, tanto en su entorno inmediato como lejos de él, y enseña a las personas las implicaciones del cambio que él introduce. Las iglesias han de comunicar a Cristo tanto en palabras como en acciones, o de lo contrario habrán dejado de ser iglesias.

Las dimensiones sociológicas de este texto excluyen cualquier división entre evangelización y justicia social. Nunca hubiera tenido que permitirse la existencia de esta dicotomía. Tampoco la evangelización puede entenderse como el logro de decisiones estimuladas por la ansiedad y por discursos persuasivos. La evangelización es vivir la propia vida con Cristo de palabra y hecho. Lamentablemente, con demasiada frecuencia, las iglesias se sienten incómodas por lo que a la presentación de Cristo se refiere y caen en lo que podríamos llamar un modo de mantenimiento. Son este tipo de comunidades las que han de prestar especial atención a este texto con su llamamiento a recordar el cambio y su enfoque cristocéntrico en los privilegios que Cristo trae consigo.

La Iglesia son las personas. Aun cuando sabemos que no es así, tendemos a

concebir la Iglesia como una estructura física o una entidad denominacional, que existe para producir programas. Tales significados de la palabra *iglesia* son sentidos secundarios. Aun en el Nuevo Testamento, la palabra *ekklesia* se utiliza para aludir a una «congregación» no cristiana⁸⁶ y es muy probable que Pablo no pretendiera denotar más que los conceptos de «congregación» o «reunión» cuando aplicó este término a los cristianos. Para la existencia de una iglesia no son necesarias ni las estructuras físicas ni las denominaciones. Las personas son las piedras que forman este edificio que Dios habita.⁸⁷

Con estos comentarios no pretendo menospreciar los edificios físicos ni las denominaciones. Los espacios apropiados hacen posible la adoración y el ministerio, y las organizaciones pueden facilitar las tareas, pero ninguna de estas cosas es la Iglesia. Si recordamos que la Iglesia son las personas, se siguen varias implicaciones. (1) La Iglesia no se percibe ya como un programa que algunas personas ponen en escena para que otros lo presencien como espectadores. Los creyentes son participantes, unidos para adorar y tener comunión con Dios, que está presente con ellos como grupo. (2) El ministerio es para todos, no solo para los ministros ordenados. Las personas son el templo donde habita Dios. (3) Se da valor a las personas. En ocasiones, se da la impresión de que las personas son prescindibles, mientras que el edificio se mantenga y los programas sigan adelante. En los Estados Unidos la iglesia promedio dedica la mayoría de sus fondos al edificio y a operaciones internas. ¿Qué sucedería si invirtiéramos tanto en las personas como en nuestros edificios y sistemas?

Un actor sentado en un teatro miró a su alrededor y dijo: «esta es mi iglesia». Todo el mundo tiene una iglesia, es decir, el lugar donde uno encuentra su definición y en el que deposita su lealtad. Para algunas personas es un bar, para otros un estadio; para los cristianos es el lugar donde Cristo es la norma y las lealtades se dirigen a él.

Efesios 3:1–13

Por esta razón yo, Pablo, prisionero de Cristo Jesús por el bien de ustedes los gentiles, me arrodillo en oración. 2 Sin duda se han enterado del plan de la Gracia de Dios que él me encomendó para ustedes, 3 es decir, el misterio que me dio a conocer por revelación, como ya les escribí brevemente. 4 Al leer esto, podrán darse cuenta de que comprendo el misterio de Cristo. 5 Ese misterio, que en otras generaciones no se les dio a conocer a los seres humanos, ahora se les ha revelado por el Espíritu a los santos apóstoles y profetas de Dios; 6 es decir, que los gentiles son, junto con Israel, beneficiarios de la misma herencia, miembros de un mismo cuerpo y participantes igualmente de la promesa en Cristo Jesús mediante el evangelio. 7 De este evangelio llegué a ser servidor como regalo que Dios, por su Gracia, me dio conforme a su poder eficaz. 8 Aunque soy el más insignificante de todos los santos, recibí esta Gracia de predicar a las naciones las incalculables riquezas de Cristo, 9 y de hacer entender a todos la realización del plan de Dios, el misterio que desde los tiempos eternos se mantuvo oculto en Dios, creador de todas las cosas. 10 El fin de todo esto es que la sabiduría de Dios, en toda su diversidad, se dé a conocer ahora, por medio de la iglesia, a los poderes y autoridades en las regiones celestiales, 11 conforme a su eterno propósito realizado en Cristo Jesús nuestro Señor. 12 En él, mediante la fe, disfrutamos de libertad y confianza para acercarnos a Dios. 13 Así que les pido que no se desanimen a causa de lo que sufro por ustedes, ya que estos sufrimientos míos son para ustedes un honor.

Sentido Original

A lo largo de este capítulo Pablo hace gala del mismo estilo descriptivo-doxológico que ha venido utilizando anteriormente. En este punto su intención es explicar de nuevo que estaba orando por ellos, como acababa de hacer en 1:15–23. Sin embargo, una mirada a 3:1 y 14 pone de relieve que, como sucede también en 2:1–5, Pablo comienza el desarrollo de un pensamiento, se desvía de ello por un tiempo, para regresar después a su idea original. En 3:1 el apóstol comienza a describir su oración por ellos, sin embargo la mención de los «gentiles» le lleva a hablar de su ministerio apostólico a los no judíos y su relevancia para, en 3:14, volver nuevamente a su oración. Igual que 3:14–21 es paralelo a 1:15–23, 3:2–13, y en muchos sentidos a 1:3–14. Ambas secciones subrayan las ideas de «administración»,¹ «Gracia», «revelación», «misterio», «gloria» y «propósitos de Dios».

Obsérvese particularmente la prominencia que se concede a la «Gracia» (vv. 2, 7, 8) y a palabras relacionadas con la revelación: «revelación» (v.3), «revelado» (v.5), «dar a conocer» (vv. 3, 5, 10), «predicar» (v.8), «hacer entender» (v.9) y «misterio» (vv. 3, 4, 9). Obsérvese también el cambio de pronombres de «yo» y «ustedes»/«suyo» en los versículos 1–10, a «nosotros»/«nuestros» en los versículos 11–12, y de vuelta a «yo» y «ustedes» en el versículo 13. Existen también estrechos paralelismos entre este pasaje y Colosenses 1:25–2:3.²

Estructura. El texto griego está formado por dos largas oraciones gramaticales (vv. 1–7 y vv. 8–13), que configuran esta estructura:

- A. Pablo, prisionero por causa de los gentiles (3:1)
- B. Pablo, administrador de la Gracia y siervo del Evangelio (3:2–7)
- C. Propósito y relevancia del Evangelio de Pablo (3:8–13)

M. Barth consideraba 3:2–13 como un comentario de 3:1, sin embargo estos versículos son más digresión que comentario.³ Dado que los versículos 8–13 explican el versículo 7, la NIV los ha puesto juntos. Existe bastante traslape entre los versículos 2–7 y 8–13, puesto que ambos pasajes tratan las cuestiones de la Gracia y la revelación. Aunque la revelación gira en torno al misterio dado a conocer en Cristo (vv. 4 y 8), el verdadero enfoque no está ni en Cristo ni en la salvación de los gentiles. El mensaje de Pablo tiene aquí un propósito más elevado, la revelación de la propia persona de Dios. Dios es tanto el revelador como el objeto mismo de la revelación (vv. 2–3, 8, 10). Obsérvese el uso de la voz pasiva en los versículos 2, 3, 5 y 8, todos los cuales son «pasivas divinas» (la voz pasiva utilizada para describir una acción de Dios).

Pablo, el prisionero (3:1)

La expresión «por esta razón» nos conecta con lo precedente, al menos con 2:11–22, o puede que con todo el capítulo 2. El Evangelio que imparte vida e incorpora a los gentiles es el propósito rector de todo lo que hace Pablo. La locución «yo, Pablo» se utiliza en varias de sus cartas como una manera de subrayar lo que sigue (ver 2 Cor 10:1; Gál 5:2; Col 1:23; 1 Ts 2:18; Filemón 19).

El lugar específico en el que Pablo estaba encarcelado es objeto de debate,⁴ sin embargo, al margen de la decisión que se tome al respecto, ello no afecta a la lectura de esta carta. Es significativo que Pablo se describa como «prisionero de Cristo Jesús». El apóstol habría podido culpar de su encarcelamiento a los romanos o hasta a los judíos, sin embargo, para él su participación es de carácter meramente incidental. ¿Cómo debería entenderse la expresión «de Cristo Jesús»? ¿Acaso considera que su encarcelamiento es un propósito directo de Cristo para su vida de manera que, en efecto, es él quien le ha llevado a la cárcel?⁵ ¿O es quizá que Pablo ve su situación presente como algo a lo que ha llegado por causa de Cristo, como parte de su servicio a él? Cualquiera de las dos opciones es posible, no obstante 6:20 y Colosenses 4:3 parecen favorecer esta última.⁶ En cualquier caso, Cristo es aquel que ha asido a Pablo.

La única razón por la que el apóstol estaba en la cárcel era que, para él, los gentiles tenían el mismo acceso a Dios que los judíos. Si se hubiera contentado con ser un cristiano judío que predicaba a los judíos, o si hubiera estado dispuesto a mantener a los gentiles en un plano de menor importancia, no estaría en la cárcel.⁷ Sin embargo, Pablo había sido llamado a producir entre los gentiles la obediencia a la fe (Rom 1:5; Gál 1–2), y si ésta era la clave de la salvación, tanto judíos como gentiles estaban entonces en un mismo plano.

Pablo, administrador de la Gracia y siervo del Evangelio (3:2–7)

La expresión «sin duda» (3:2) no sugiere que los gentiles no hubieran oído hablar de la responsabilidad de Pablo en el Evangelio. Significa más bien «si como asumo». Pablo era responsable de administrar la Gracia de Dios a los gentiles. La palabra «administración» (*oikonomia*), relacionada con *oikonomos* («administrador»), alude tanto al oficio de administrador como al desempeño de la responsabilidad (la palabra se utiliza también en 1:10 [NVI, «llevarlo a cabo»]; 3:9).⁸ Pablo es un administrador a cargo de la Gracia de Dios. Si deja de cumplir su tarea, los gentiles serán privados de la Gracia de Dios.

En los versículos 7–8 la propia «Gracia» es el don que se imparte a Pablo, mientras que en el versículo 9 lo que éste administra es el «misterio» (*mysterion*). Las palabras «Gracia» y «misterio» están estrechamente relacionadas. No es solo que ambas cosas estén siendo administradas, sino que en 3:3 la administración de la Gracia está directamente vinculada a la revelación del misterio. En las cartas paulinas la palabra *mysterion* aparece en veintiuna ocasiones, y seis de ellas en Efesios (1:9; 3:3, 4, 9; 5:32; 6:19). Como se ha indicado anteriormente,⁹ este término no alude a algo desconocido, sino que, en un contexto semítico, se refiere más bien a lo que solo puede conocerse porque Dios lo ha revelado. Más en concreto se refiere aquí a la revelación de que los gentiles tienen participación en Cristo en calidad de iguales (ver especialmente 3:6). En Colosenses 1:26 el misterio es la Palabra de Dios,¹⁰ aunque el versículo siguiente muestra que, también en este pasaje, el enfoque es en el Evangelio a los gentiles. En Colosenses 2:2–3 el misterio se reduce al propio Cristo, «en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (cf. *mysterion* en Ef 1:9, que se centra en reunir todas las cosas en Cristo). Podemos concluir que, con el término *misterio*, Pablo alude a la revelación de que todas las cosas serán reunidas en Cristo, y en concreto que tanto judíos como gentiles han sido unidos en él.¹¹ La expresión «en Cristo» es clave para entender el misterio, puesto que esta expresión apunta a una doble unión: unión con Cristo y unión de judíos y gentiles en él.¹²

¿Una carta anterior? (3:3). Existe una cierta incertidumbre con respecto al sentido de las palabras «como ya les escribí brevemente». Podría tratarse de una referencia a algo escrito antes, en este mismo documento, o a un documento anterior.¹³ Si asumimos que los lectores tenían acceso a Colosenses o a Romanos, podríamos argumentar que es una referencia a un documento anterior. No obstante, en vista de las dificultades que presenta el entendimiento de 1:1–2, no estamos en condiciones de asumir nada con respecto a los receptores. La mayoría de comentaristas acepta que Pablo está haciendo referencia a 1:9–10 o a 2:11–22,¹⁴ y esta es la manera más segura de entender tales palabras, aunque esta perspectiva hace que parezcan un tanto insólitas. En este caso, el versículo 4 significaría, de hecho, «si ustedes han leído 2:11–22, pueden ver la percepción que tengo respecto a la importancia de la revelación de

Dios en Cristo».

La nueva revelación (3:4–6). La expresión «misterio de Cristo» (v. 4) puede entenderse como «el misterio acerca de Cristo» o «el misterio que representa Cristo».¹⁵ Si tenemos en cuenta las palabras de Colosenses 4:3, el primer sentido parece el más probable. La revelación se centra en Cristo, sin embargo, como muestra Efesios 3:6, el enfoque se dirige más precisamente hacia la importancia de Cristo para la unión de judíos y gentiles.

La idea de una revelación que no fue impartida a anteriores generaciones pero que «ahora» (v. 5) ha sido revelada escatológicamente (cf. v. 9) encuentra un paralelismo en algunos textos que aluden al Evangelio,¹⁶ tanto es así que algunos eruditos hablan de un «esquema de revelación».¹⁷ Es muy sorprendente que en varios de estos textos aparezcan juntamente los conceptos de sabiduría, Evangelio, misterio, eras, revelación y gentiles.¹⁸ En el Nuevo Testamento el Evangelio es la Buena Nueva de la revelación: Dios se revela a sí mismo como un Dios que salva. Obsérvese también el enfoque trinitario de este pasaje.

La redacción de la NVI que vierte: «que en otras generaciones no se les dio a conocer a los seres humanos» (v. 5) es la cuestionable traducción de una insólita expresión, que en el original combina un doble plural: «hijos de los humanos [hombres]» (cf. Marcos 3:28, el otro pasaje en que aparece esta expresión en todo el Nuevo Testamento). Si bien la expresión «hijo de hombre» puede aludir a la Humanidad en general, o a individuos concretos (especialmente a Jesús),¹⁹ el plural se refiere a toda la Humanidad. Este versículo no niega que en el Antiguo Testamento los gentiles formaran parte de los propósitos divinos,²⁰ sin embargo, ninguna revelación anterior había subrayado la aceptación de éstos por parte de Dios sobre una base de igualdad con los judíos. Este contraste eleva la importancia de la revelación escatológica que nos ha llegado «por el Espíritu».

Sin embargo, mientras que la revelación se extiende a todos los cristianos de un modo general (1:9), en un sentido más fundamental ha llegado únicamente a ciertos individuos escogidos. El término «apóstoles» alude a los apóstoles fundadores que vieron al Cristo resucitado y recibieron un discernimiento especial de la importancia del Evangelio y de la responsabilidad de su transmisión.²¹ Con el término «profetas», sin duda una referencia a los profetas del Nuevo Testamento, no se alude generalmente a los profetas que ministraban en la Iglesia Primitiva, sino a aquellos que habían recibido la revelación que ayudó a desarrollar el marco en que el Evangelio iba a vivirse y entenderse.²² Estas personas establecieron los contornos dentro de los que se mueve la fe. Aunque otros trabajaron también entre los gentiles, Pablo tuvo un llamamiento único, sin embargo no fue el único que recibió revelación (ver Hch 15:6–29; Gál 2:1–10). Efesios 3:5 sugiere que un número significativo de

personas recibió revelación del Espíritu de Dios; una parte de dicha revelación pudo plasmarse en himnos y declaraciones de fe que la Iglesia Primitiva utilizó, y que Pablo utilizó en sus escritos.

El principal acento de la revelación es la plena participación de los gentiles en los propósitos y privilegios de Dios, lo cual se subraya en el texto griego por medio de una aliteración (3:6: *synkleronoma kai syssoma kai symmetocha*: «que los gentiles son, junto con Israel, beneficiarios de la misma herencia, miembros de un mismo cuerpo y participantes igualmente de la promesa en Cristo Jesús»).²³ Tales promesas fueron en otro tiempo hechas a Israel, sin embargo ahora los gentiles son «beneficiarios de la misma herencia» (cf. también Rom 8:17; 1 Ped 3:7) con los cristianos de origen judío y reciben una completa porción de todos los beneficios. La terminología de la «herencia» era una forma cristiana de hablar de la salvación, ya en términos de Dios heredando un pueblo, o de este pueblo recibiendo una herencia de parte de Dios.

Una revelación que enrola (3:7). La revelación que viene con el Evangelio no es solo para que las personas entiendan, sino para que éstas pasen a servir en las filas del revelador. Pablo había sido hecho siervo por el «don de la Gracia de Dios». El don obliga. En este versículo, la palabra «Gracia» no alude a la salvación de Pablo, sino a su ministerio. Por medio de la Gracia el apóstol se convirtió en siervo del Evangelio. La Gracia no solo nos conecta con Dios, con Cristo, y el uno al otro, sino que también nos enrola e imparte capacidades. El propio Pablo había experimentado aquello que pedía en oración para sus lectores (cf. 1:19; 3:16).

El propósito y relevancia del Evangelio (3:8–13)

En 1 Corintios 15:9 Pablo alude a sí mismo como «el más insignificante de los apóstoles», mientras que aquí es «el más insignificante de todos los santos». ²⁴ A pesar del intenso sentido de privilegio que Pablo experimentaba por ser apóstol, éste no se veía a sí mismo como poseedor de grandes capacidades o de un elevado rango. Se consideraba merecedor del rechazo de Dios por haber perseguido a la Iglesia, sin embargo había sido escogido, y su elección no se basaba en sus capacidades, sino en la Gracia de Dios. Todo cuanto había conseguido era resultado del poder de Dios que obraba en él. ²⁵

Proclamar y revelar (3:8b-11). La Gracia le había sido dada para tres propósitos: (1) predicar a los gentiles las riquezas de Cristo (v. 8); (2) hacer entender la administración del misterio (v. 9); y (3) dar a conocer la sabiduría de Dios a los gobernantes y autoridades en las regiones celestiales (v. 10). No se trata de tres propósitos distintos, puesto que los tres se centran en la revelación. Dependiendo de las decisiones interpretativas que tomemos, los dos primeros propósitos pueden ser esencialmente el mismo,²⁶ mientras que el tercero es el resultado de los otros dos. Cuando los gentiles entiendan las riquezas de Cristo, la Iglesia será el lugar en el que la sabiduría de Dios se dará a conocer a los gobernantes y autoridades. En el último análisis estos tres propósitos se reducen a uno solo: dar a conocer el Evangelio en el que Dios se revela a sí mismo como quien salva y une a judíos y gentiles. Con la expresión «incalculables riquezas de Cristo» (3:8) Pablo alude a los insondables o inagotables recursos de que disponemos en Cristo, es decir, a la Gracia y el poder para la salvación, la vida, y para llevar a cabo la unidad de todas las cosas.

La expresión «hacer entender a todos la realización del plan de Dios, el misterio» (3:9) es bastante oscura. «Hacer entender» es el mismo verbo que se utilizó en 1:18 acerca de la iluminación de los cristianos. Sin embargo, ¿quién administra este misterio: Cristo, Dios, Pablo, o la Iglesia?²⁷ Teniendo en cuenta el lenguaje similar que se utiliza en 3:2–3 y en Colosenses 1:25, la mayoría de los comentaristas piensan que el pasaje alude al apóstol.²⁸ Pablo sentía una gran responsabilidad de hacer que el misterio fuera comprensible (observemos el paralelismo entre los vv. 2–5 y el v. 9).²⁹ Quería que todo el mundo conociera el secreto oculto en Dios, pero que ahora había sido revelado, a saber, que los gentiles son aceptados por Dios en términos de igualdad con los creyentes judíos. La mención de la creación en el versículo 9, y el enfoque sobre el eterno propósito de Dios en el 11, ponen de relieve la continuidad entre la nueva creación en Cristo, y la creación original de Dios y sus acciones a lo largo de la Historia.

Efesios 3:10 asigna a la Iglesia un papel elevado y cósmico. Es el canal por el que la sabiduría de Dios se da a conocer «a los poderes y autoridades en las regiones

celestiales». Igual que anteriormente, la expresión «las regiones celestiales» no apunta tanto a un lugar como a una realidad espiritual, el ambiente que está más allá de lo que vemos.³⁰ Esta descripción del papel de la Iglesia no tiene paralelo en ningún otro pasaje paulino, ni en el Nuevo Testamento. Existen varias opciones:

- (1) La Iglesia da a conocer la sabiduría de Dios a los ángeles buenos (ver 1 Pedro 1:12).³¹
- (2) La Iglesia da a conocer la sabiduría de Dios a los poderes malignos para producir su conversión,³² para anunciarles su derrota,³³ o para hacer que se admiren de su grandeza.
- (3) La Iglesia da a conocer la sabiduría de Dios a las instituciones y estructuras humanas para transformar su proceder. ³⁴
- (4) alguna combinación de las anteriores.

El enfoque de Efesios sobre «los poderes y autoridades» tiene que ver con los poderes malignos, no con los ángeles buenos o las instituciones humanas. Por ello, este versículo ha de entenderse en el contexto del despliegue de la gloria de Dios aun ante quienes se oponen a él. En 1:19–22 y Colosenses 2:15, Pablo anuncia la derrota de los poderes en términos cristológicos, en base de la Cruz y la Resurrección. Aquí no es necesario repetir este anuncio. Más bien, se centra en la majestad de Dios demostrada en la unidad de judíos y gentiles. La propia existencia y conducta de la Iglesia dan a conocer la grandeza del plan salvífico de Dios: tanto para las personas como para los poderes espirituales. Esto otorga a la Iglesia una importancia sin precedentes.

La expresión «su eterno propósito» es literalmente el «propósito de las edades», que conecta con la locución «desde los tiempos eternos» del versículo 9 y la exposición del propósito de Dios en 1:9–11. Obsérvese el tiempo pasado en el verbo «realizado». El aspecto «todavía no» de la fe sigue ahí, sin embargo el propósito de Dios ya ha sido realizado en Cristo. Lo que queda es una revelación de lo que ha sido ya establecido. Una vez más, Efesios es una epístola teocéntrica, que se centra en lo que *Dios* ha realizado en Cristo.

Privilegio y perseverancia (3:12–13). El texto regresa de nuevo a los privilegios que son nuestros en Cristo. En 3:12 la traducción de la NVI suena muy bien, pero debilita la fuerza del texto. Una comparación de la NVI con una traducción más literal pone de relieve el problema.

NVI: «En él, mediante la fe, disfrutamos de libertad y confianza para acercarnos a Dios».

Más literal: «En quien tenemos libertad y acceso con confianza por medio de *su fidelidad* [o fe en él]».

La traducción más literal expresa tanto la fuerza del texto como su conexión con la expresión «acceso al Padre» que encontramos en 2:18. Los dos términos («libertad» y «acceso») se unen para expresar una idea, un pensamiento cercano a Hebreos 4:16.³⁵ Pablo no está pensando en el acceso al Cielo en algún día futuro, sino en acceder a Dios en el presente. Obsérvese también que la NVI ha puesto la expresión «mediante la fe» al comienzo de la oración gramatical, sin embargo al hacerlo pierde la conexión entre confianza y fidelidad/fe. La palabra griega *pistis* puede significar tanto «fidelidad» como «fe». La NVI ha entendido la expresión *pisteos autou* (lit., «fidelidad/fe de él») como «fe en él». ³⁶ Una interpretación más convincente no pone el acento en la fe humana, sino en «su fidelidad (la de Cristo)». ³⁷ Toda la confianza de los cristianos está en su fidelidad, no en nuestra fe ³⁸ (cf. Rom 8:35–39).

La traducción literal hace también comprensible la conexión con el versículo 13. Esta libertad para acceder al Padre y su confianza fundamentada en la fidelidad de Cristo hacen que Pablo pida a sus lectores que no se desalienten por sus sufrimientos (los del apóstol) por ellos. Con esto no estoy sugiriendo que el versículo 13 tenga relación solo con el versículo 12, puesto que la expresión «así que» afecta al pasaje completo 3:2–12, no obstante el versículo 12 resume la exposición de Pablo. El Evangelio otorga acceso a Dios a judíos y gentiles por igual. La idea de que los sufrimientos de Pablo eran la «gloria» de sus lectores puede parecernos extraña en un principio, sin embargo Pablo consideraba su encarcelamiento como parte de su servicio por Cristo, un servicio que exaltaba a los gentiles. Que él estuviera en la cárcel por predicar a los gentiles, significaba que alguien estaba luchando por ellos y que se estaba prestando atención a su posición (cf. Rom 11:13; Fil 1:12–30; Col 1:24–27).³⁹ El hecho de que el apóstol estuviera en la cárcel no había de considerarse desalentador. Al contrario, lo desalentador sería precisamente que nadie estuviera dispuesto a ir a la cárcel por el ministerio a los gentiles.

Construyendo Puentes

Este texto tiene un sentido muy personal y trata de la responsabilidad directa de Pablo en su tiempo. A primera vista podríamos concluir que este texto no es demasiado relevante para nosotros y por consiguiente hemos de apresurarnos a seguir adelante con el pasaje. Esto es, de hecho, lo que sucede con frecuencia en los comentarios de Efesios. Se trata de una idea desafortunada, puesto que aunque el llamamiento de Pablo y la revelación a los apóstoles y profetas fueron algo único que no puede darse de nuevo, las teologías que subyacen en estos versículos son de gran importancia para nuestras vidas. El vacío que separa la descripción que hace Pablo de la Iglesia y nuestra presente experiencia es penosamente grande. La construcción de un puente contextual bien podría demandar una completa reconstrucción del estribo de nuestro lado.

Una teología de la Gracia para el ministerio. Pablo habla de la Gracia de formas desconocidas para nosotros. Dice el apóstol que le fue encomendada la responsabilidad de «administrar» Gracia, se convirtió en siervo por Gracia mediante la acción del poder de Dios, y se le dio Gracia para predicar a los gentiles. Mientras que, por regla general, solemos limitar la Gracia al divino don de la salvación, este texto nos fuerza a darnos cuenta de que también el don del ministerio es *Gracia*. El don siempre viene como una tarea. La Gracia siempre trae consigo responsabilidad; nunca es únicamente privilegio. Esto estaba ya presente en 1:4, sin embargo ahora se nos dice cómo operó en la vida de Pablo.

Pablo se veía a sí mismo como un *gestor de la Gracia*. Su ministerio a los gentiles fue único, sin embargo todos los cristianos han de ser administradores de la Gracia. Todo aquel que ha recibido Gracia ha de extenderla a los demás (ver también 4:7; especialmente 1 Pedro 4:10, que instruye a todos los cristianos a administrar fielmente la Gracia de Dios). Recibir Gracia significa haber sido «contratado» en su servicio. La Gracia conecta, enrola y capacita. No nos permite ser pasivos, puesto que es el poder de Dios en acción en nosotros (cf. también 1 Cor 15:10). Esta es la teología de la Gracia que la Iglesia ha de recuperar.

Una teología de las dificultades. Una buena parte del sufrimiento humano queda fuera del ámbito de este texto, que se dirige específicamente a las penurias que encontramos *en el ministerio*.⁴⁰ El encarcelamiento de Pablo era tanto una penalidad como un potencial bochorno. Sin embargo, sorprendentemente, él concede poca atención a las dificultades en sí. Es decir, la teología paulina de las dificultades no se centra en éstas, sino en su Señor, su Evangelio y su pueblo (cf. Fil 1:12–30). Su teología está vinculada a algo más extenso que sus circunstancias personales. Es cierto que su encarcelamiento no era una cuestión de vida o muerte, no obstante estaba encadenado⁴¹ y lo que podía hacer era muy limitado. La cuestión es, de nuevo, ¿qué

es lo que define nuestra identidad? Las circunstancias de Pablo eran factores concomitantes, sin embargo, éstas no definían su identidad, que estaba solo determinada por el Evangelio.

Aquí, Pablo se describe a sí mismo como prisionero de Cristo y siervo del Evangelio; en otro lugar habla de sí como esclavo de Cristo (p. ej., Rom 1:1). Normalmente, ninguno de estos títulos sería deseable, sin embargo Pablo los utiliza como emblemas de honor, que expresan su adhesión a Cristo. Tanto lo que hace como lo que le sucede son cosas que forman parte de su servicio a Cristo. Es él quien le define, no sus circunstancias. Si es un prisionero, lo es de Cristo.

Las dificultades desde un punto de vista positivo. No cabe duda de que en 3:13 Pablo considera sus dificultades de un modo positivo. En lugar de desanimarse por ellas, quiere hacer que sus lectores se sientan bien. A partir de otros textos (p. ej., Col 1:24) sabemos que él se gozaba en sus sufrimientos por Cristo. Tras esta idea positiva de las dificultades subyacen dos teologías distintas. (1) Pablo se alegra en el sufrimiento por lo que éste tiene de identificación con la muerte y resurrección de Cristo por otras personas. Ser herederos con Cristo presupone sufrimiento por su causa.⁴² (2) Las dificultades específicas de Pablo son evidencia de la sabiduría y el amor de Dios al incluir a los gentiles en sus propósitos. Su difícil situación servía de altavoz a su ministerio. Pablo puede ser positivo con respecto a lo que está experimentando y pide a sus lectores que lo sean también, puesto que él considera sus problemas como un resultado directo de la Gracia que obra en él. Los privilegios de trabajar para Dios y tener acceso a él sobrepasan con mucho a las dificultades.

Es probable que nuestras dificultades no sean como las de Pablo, sin embargo la identificación con la Cruz no es algo que podamos escoger a placer, y siempre tiene un alto coste. No podemos expresar un amor abnegado y sacrificado y, al tiempo, servirnos a nosotros mismos. También para nosotros, la definición de nuestra identidad ha de venir de Cristo, no de nuestras circunstancias.

Una teología de la revelación. La revelación de Dios a Pablo y a otros creyentes que se describe en este pasaje es un fenómeno único, limitado a personas escogidas durante el siglo primero. No obstante, desde un punto de vista teológico sigue siendo relevante para nosotros por tres razones:

(1) La más evidente de ellas es el valor del Evangelio. El Evangelio es la Buena Nueva revelada para cambiar vidas. No se trata simplemente de una buena idea, sino de una revelación de Dios y por Dios, que se centra en su Gracia. Este Evangelio muestra los eternos propósitos de Dios y las nuevas circunstancias que Cristo ha traído.

(2) Dios se muestra como un Dios revelador. A pesar de lo que había estado oculto durante eras, y a pesar de que Dios se esconde (Is 45:15) y no puede ser visto (Col

1:15), él se da a conocer. Aunque la revelación final ha sido impartida por el Espíritu y en Cristo, ni Cristo ni el Espíritu han terminado su obra. Sin ser presuntuosos, cabe esperar que Dios siga dándose a conocer.

(3) Este pasaje es importante para una doctrina de la Escritura. Markus Barth sugiere que en textos como este y similares Pablo parece canonizar su doctrina y escritos y preparar el camino para el canon cristiano.⁴³ Las cartas de Pablo se leían en las reuniones de las congregaciones locales. La Iglesia Primitiva no tenía nada definitivo aparte de estas cartas, el Antiguo Testamento, los dichos de Jesús y las palabras de los primeros profetas cristianos. Pasajes como este ponen de relieve el carácter fundamental del testimonio apostólico. El Evangelio, delimitado por estos antiguos escritos, es el ámbito dentro del que los cristianos vivían sus vidas y entendían su fe.

Revelación para el ministerio. El ministerio de Pablo se fundamentaba en su convicción acerca de la revelación y se centraba en la proclamación de dicha revelación. En nuestros días, esto sigue siendo relevante para el ministerio cristiano. Surge de la doble convicción que Dios se ha revelado a sí mismo de un modo único en Cristo, y que su principal tarea es dar a conocer esta revelación. El ministerio de Pablo tenía el propósito de proclamar las Buenas Nuevas de las inescrutables riquezas de Cristo, y de hacer entender a las personas su responsabilidad ante tal revelación. Este sigue siendo el sentido del ministerio cristiano. Es un ministerio de la Palabra, centrado en la Palabra, y guiado y definido por la Palabra.

Revelación a los poderes. La parte más difícil para acercar este texto a nuestros días tiene que ver con 3:10. ¿Cómo damos a conocer la sabiduría de Dios a los poderes? Como hemos expuesto anteriormente, W. Wink entendía que esta proclamación a los poderes significa producir su conversión, aunque no estaba seguro de lo que esto quería decir. Sin embargo, al aplicar este texto, Wink define a estos poderes en términos de instituciones, estructuras y sistemas,⁴⁴ y a los cristianos de nuestro tiempo se les dice que han de proclamar a las grandes empresas que los beneficios *no* han de ser la esencia de sus objetivos, que también ellas tienen una vocación divina.⁴⁵ El mensaje de Wink a las grandes empresas es legítimo y una derivación lógica del Evangelio, sin embargo no es una aplicación de 3:10. Sugiero que este es un tipo de pasaje en el que la aplicación del texto no se lleva a cabo de un modo explícito, a saber, dar a conocer la sabiduría de Dios a los poderes. Por otra parte, ni este texto ni ningún otro explican dónde y cómo podemos dirigirnos a los poderes. La aplicación de este texto consiste más bien en que la Iglesia cumpla el papel que está llamada a ejercer. Cuando el mensaje de la Gracia se abre paso, y la unidad se establece y practica, los poderes conocerán los numerosos aspectos de la sabiduría de Dios.

Un giro erróneo. Como vimos en relación con 2:20, este pasaje no tiene ninguna relevancia por lo que respecta a establecer si en nuestros días sigue vigente el papel de

apóstoles y profetas. Esta cuestión habrá de esperar hasta que lleguemos a 4:11.

Una teología de la unidad. El interés de Pablo en el asunto de la inclusión de los gentiles parece muy ajeno a cualquier querencia que tenga la Iglesia moderna. Nadie cuestiona aquello por lo que el apóstol luchó tan enérgicamente. De hecho, los gentiles representan la inmensa mayoría de la Iglesia, y la escasez de creyentes judíos es algo bochornoso. Sin embargo, una vez más Pablo subraya la unidad de la Iglesia, un tema que domina los capítulos 2–5. Aquí su enfoque está en la revelación de que los gentiles forman parte de la Iglesia, que están sobre la misma base que los cristianos de origen judío y que reciben los mismos beneficios.⁴⁶ Esta unidad se fundamenta en el hecho de estar en Cristo Jesús. Geografía es identidad.⁴⁷ Pero si el hecho de estar en Cristo comporta la unidad esencial de judíos y gentiles, ¿acaso no sucede lo mismo con nosotros y todos los demás que están en Cristo? Es necesario que entendamos que proclamar el Evangelio demanda una insistencia en la unidad como parte del mensaje. Nuestras divisiones no son entre judíos y griegos, sin embargo, la teología de la unidad que encontramos en este texto denuncia tanto nuestras divisiones como nuestro individualismo. Estar en Cristo significa que somos uno con todos los que están en él.

El ahora «escatológico» de los versículos 5 y 9–10 requiere un enfoque sobre la nueva vida en el presente. La unidad no es una mera meta para el *eschaton*; ha de ser vivida ahora. Las cosas no son ya como siempre han sido. Cuando somos puestos en Cristo Jesús, llegamos a ser un cuerpo con todos los demás cristianos, al margen de nuestras diferencias. Somos uno con todos ellos en él.

Confianza en nuestra vida con Dios. La razón por la que Pablo no se desanimaba frecuentemente es sorprendente, teniendo en cuenta los frecuentes problemas de sus iglesias. Tuvo sus momentos bajos, como vemos en 2 Corintios (ver 2 Cor 1:6–11; 2:13; 4:7–18; 6:4–10; 11:21–33), sin embargo estaba convencido de que las cosas se arreglarían, tanto por lo que hacía a sus iglesias como en su propia situación personal. Observemos Filipenses, por ejemplo: Pablo tenía razones para sentirse deprimido, sin embargo escribió acerca del gozo. En todas las situaciones que enfrentaba, Pablo tenía una única solución a sus problemas: aplicar el Evangelio y sus implicaciones.

Pablo anhelaba que sus lectores compartieran su confianza en lugar de desanimarse, y su acercamiento consiste de nuevo en subrayar el Evangelio. Las razones específicas de su desaliento nos son ajenas por completo, sin embargo el desaliento en sí sigue siendo una amenaza. El antídoto es el mismo —el Evangelio— y la Iglesia tiene la misma necesidad de confiar que siempre.

Vivimos en «la era del relativismo». En nuestra sociedad, para muchos no existen los absolutos, y la verdad se entiende de un modo subjetivo, como verdad para alguien, mientras que para otra persona la verdad puede ser distinta. Este punto de vista de la verdad es inaceptable y, sin duda, no ofrece ninguna base para la confianza. La

confianza procede de la convicción. El problema más importante para traer a nuestras vidas la confianza que se ofrece en este pasaje es que a menudo no estamos convencidos de la verdad de nuestro propio Evangelio. Posiblemente, hemos estado excesivamente distraídos o el mensaje ha sido con demasiada frecuencia desvirtuado por los mensajeros.

Ciertamente, Dios tiene un propósito para su creación y se ha revelado a sí mismo como un Dios que salva. Él imparte Gracia para que las personas sean unidas a él como una familia, confiadas en la realidad de este parentesco, confiadas en su fidelidad, y confiadas en el resultado final. Dios nos ha dado lo que necesitamos para hacer frente a las dificultades y disfrutar la vida: Nos ha dado su propio ser y sus Buenas Noticias.

Significado Contemporáneo

Si bien es cierto que el texto no demanda nada de sus lectores excepto que no se desanimen por el encarcelamiento de Pablo, la descripción del Evangelio y sus privilegios aporta una vigorosa relevancia para la vida cristiana. La aplicación de este texto traerá casi con toda seguridad una transformación muy necesaria.

Valorar el tesoro. Sin duda, la aplicación más importante de este texto consiste en reproducir la actitud de Pablo hacia la revelación que ha tenido lugar en Cristo. Si no valoramos el Evangelio como revelación de Dios para nosotros, éste no hará su impacto en nuestras vidas. Todos nosotros vivimos a partir de un sistema de valores, a menudo de un modo tan inconsciente que ni siquiera podemos analizar si tales valores merecen la importancia que les adjudicamos. Los cristianos han desvirtuado los sistemas de valores tanto como los demás. Damos valor a entidades religiosas como la tradición, la política denominacional, una causa específica, o la sub-cultura evangélica. Con demasiada frecuencia, los cristianos se limitan simplemente a adoptar el sistema de valores de la cultura que les rodea, pero se olvidan de los valores esenciales. Para nosotros, el único valor verdaderamente importante, la «perla de gran precio», ha de ser la revelación de Dios en Cristo. Necesitamos la convicción de que Dios se ha revelado verdaderamente en Cristo.

Para valorar este tesoro, hemos de dirigirnos de nuevo al Evangelio. El Evangelio no es un elemento entre muchos otros. Es todo lo que Pablo tenía y todo lo que tenemos nosotros. El Evangelio de la Gracia, de la muerte y la resurrección, de la incorporación al pueblo de Dios debería tener un lugar central. Hemos de ser *el Pueblo del Evangelio*, esto es lo que denota la palabra *evangélico*.⁴⁸ Hemos de prestar atención al Evangelio, buscar en él nuestra identidad y resolver nuestros problemas aplicándolo a nuestra vida. De nuevo, esto demanda una distinción entre Evangelio y cultura, una distinción que se aplica también a la llamada subcultura cristiana. Lo que está en juego es nuestra independencia. Centrarnos en el Evangelio es el único ejercicio que nos permite evaluar la cultura, y estar firmes frente a sus presiones deformatorias.

Hemos de prestar más atención al estudio de esta nueva revelación y a su relación con la antigua. Si esto parece un acercamiento simplista, entonces es que no entendemos el Evangelio ni el significado de palabras como «inescrutable» (3:8) y «multiforme» (3:10). Por otra parte, no queremos proponer un enfoque simplista sobre la necesidad de mensajes «de evangelización». Demasiado a menudo la Iglesia ha creído centrarse en el Evangelio por el hecho de predicar mensajes de evangelización, sin embargo, aun así nunca ha proclamado o conocido la profundidad y extensión del Evangelio. El Evangelio no consiste simplemente en ir al Cielo; trata de la vida, ahora y en la eternidad. Este tiene tanto que ver con el discipulado como con la conversión inicial, con la unidad, como con la fe personal, y con la nueva vida, como con el perdón. Para centrarnos en el Evangelio será necesaria la recuperación de un

Evangelio universal.

Al instar esta valoración del tesoro de la revelación, no pretendo centrarme en ninguna hipótesis específica de la revelación. Las teorías están bien, mientras no nos olvidemos de que la revelación es inescrutable e inagotable y que nuestras teorías son siempre inadecuadas. No es necesaria la utilización de las mismas palabras —como por ejemplo «inerrancia»— para valorar el tesoro. Establecer una expresión específica como descripción necesaria canoniza el material erróneo y solo consigue desvirtuar la revelación. Lo que las personas han de saber es que el Evangelio es verdad de Dios (1:13). Aunque algunas teorías son inadecuadas, varias otras son legítimas y útiles. Sin embargo, nuestras teorías no han de convertirse en sustitutos de la revelación misma. Lo que estudiamos es la revelación, no nuestras teorías.

El valor que adjudicamos a algo determina las dificultades que estamos dispuestos a soportar por ello. Estaremos dispuestos a invertir una enorme cantidad de energía y recursos para cuidar de una persona o preciada posesión que tenga un gran valor para nosotros. Pablo valoraba lo suficiente el Evangelio como para ir a la cárcel, instó a Timoteo a no avergonzarse del Evangelio, sino a sufrir por su causa junto a él (2 Tim 1:8). ¿Valoramos lo suficiente el Evangelio para soportar las dificultades que pueda conllevar nuestra fidelidad? ¿Estaríamos dispuestos a ir a la cárcel? La mayoría de nosotros probablemente no tendrá que hacer frente a la cárcel, ¿pero estamos dispuestos a sufrir las dificultades que implican el desprecio, el estudio, la inversión económica y el riesgo personal? ¿Estamos dispuestos a morir y resucitar con Cristo en el servicio, a perder la vida para encontrarla?

Valorar la revelación significa también ser responsable de ella. El mundo pretende siempre redefinir el Evangelio para convertirlo en algo más aceptable, cambiar el enfoque de Cristo a un asunto secundario. Tenemos la responsabilidad de cuidarlo, estudiarlo, compartirlo, transmitirlo a la próxima generación, protegerlo de la calumnia y de las redefiniciones, y vivirlo. Valorar la revelación es saber que tenemos algo que merece la pena ser escuchado y de lo que vale la pena hablar. No hay razón para ser reticentes con respecto a las buenas nuevas, el necesario resultado es una saludable evangelización.

La Gracia que fuerza. Si la Gracia enrola y capacita, ¿por qué es la pasividad tan común en la Iglesia? El cristianismo no es una religión de obras, pero sí es en gran medida una religión de acción. Una aplicación significativa de este texto tiene sin duda que ver con nuestra concepción del Evangelio y la evangelización. Durante demasiado tiempo se ha oído un mensaje que decía: «no es necesaria ninguna acción», y los creyentes se han contentado con estar pasivos. Pero no es posible ser cristiano y estar pasivo. Ralph Waldo Emerson dijo: «únicamente sé lo que he vivido».⁴⁹ Si esto es cierto, una buena parte de la Iglesia no sabe nada. Necesitamos una proclamación del Evangelio que sea más sustancial de lo que se oye en muchas iglesias, porque la Gracia

ha sido tan bochornosamente diluida que hablar de «Gracia barata» es usar una expresión demasiado generosa.

Hemos de presentar el Evangelio como un mensaje de acción, puesto que la Gracia siempre trae consigo responsabilidad. No puede separarse al don del dador, y el dador es un ser activo y trabajador. Necesitamos una nueva comprensión de la Gracia, aunque la sola comprensión no basta. En algún punto del misterio de la relación entre Dios y su pueblo la voluntad humana sigue siendo importante. Somos responsables de nuestras acciones, y hemos de decidir actuar. En el Evangelio encontramos un nuevo Señor a quien entregarnos y de quien recibimos la dirección. Esto implica nuestra voluntad. La Gracia viene como un don, pero ésta nos moviliza y capacita. Nos convertimos en mayordomos de la Gracia, responsables de mostrar a los demás cómo funciona. Como con todos los dones de Dios, se dirige a otras personas. La Gracia nos compromete, nos llama, nos empuja, nos desarrolla y nos da un ministerio. El ministerio es el don del poder de Dios que actúa en nosotros para administrar la Gracia. La aplicación de este texto es evidente: ¡Manos a la obra!

Una redefinición del concepto de ministerio. Este entendimiento de la Gracia nos lleva a una redefinición muy sorprendente de la naturaleza del ministerio cristiano. Se hacen necesarias dos puntualizaciones. (1) La tarea del ministerio no puede limitarse al clero profesional, los «llamados». La Gracia nos llama a *todos* nosotros. No puede permitirse ninguna distinción entre clérigos y laicos, y la responsabilidad para el ministerio no puede dejarse al clero. Todos los cristianos han de ser administradores de la Gracia y siervos del Evangelio, aunque algunos tengan que desarrollar responsabilidades únicas.

(2) De manera implícita concebimos el ministerio como algo que ofrecemos a Dios, sin embargo, Pablo pensaba todo lo contrario: para él, el ministerio era un don de Dios. Tomarnos en serio esta verdad cambia nuestro enfoque. El ministerio no es un trabajo penoso que hayamos de soportar, o algo que Dios nos deba y, ciertamente no es un empleo que tengamos que conseguir o mantener. El ministerio se origina en la Gracia de Dios y es expresión de ella; es el libre flujo de la Gracia que procede de Dios y que, a través de nosotros, llega a otras personas.

Aunque este pasaje concierne a todos los cristianos, se aplica especialmente a quienes desarrollan un ministerio profesional. Con frecuencia, los ministros se sienten tan cargados y desalentados que tienen poca conciencia de que el ministerio es un don que Dios les ha impartido. Es cierto que en la Iglesia reciben a menudo un trato injusto y doloroso que hacen del ministerio algo innecesariamente oneroso, pero es igual de cierto que los pastores han aceptado una redefinición de su papel que les impide administrar la Gracia. ¿Por qué no vuelven los pastores a ser administradores de la Gracia que Dios les ha impartido? Con frecuencia, las iglesias y comités tienen enormes dificultades para decidir lo que quieren que hagan los pastores. ¿Acaso no

debería ser la pregunta principal, «puede esta persona explicar, demostrar y dispensar Gracia?»

Una vez más, la Gracia asalta el ego humano. Todos nosotros tenemos buenas razones para entender que somos «el más insignificante de todos los santos» (3:8), sin embargo, estos pensamientos están, por regla general, mal encaminados o se sitúan en el marco de una humildad falsa. Un sentido de la Gracia no nos permitirá abandonar nuestra tarea por fracasos pasados, o vernos demasiado pequeños —o grandes— para las responsabilidades que Dios nos asigna. Tal percepción de la Gracia tampoco nos permitirá sobrevalorarnos a nosotros mismos o empequeñecer a otros, porque nos lleva a reconocer que Dios es el responsable último de todo éxito. En otras palabras, la Gracia da confianza para la vida, una confianza basada en Dios mismo.

Vivir la unidad. No podemos leer este pasaje sin recibir un doble impacto: el acento en la unidad de la Iglesia, y el fracaso de la Iglesia moderna precisamente en esto. Nuestra experiencia es la división, no la unidad, un tema que el apóstol retomará con fuerza en los capítulos 4 y 5. Ya sabemos lo que se requiere: hemos de vivir la unidad. Lo que se nos demanda no es que seamos como otros cristianos, que nos guste todo lo que éstos hagan, o que estemos de acuerdo con ellos, sino que reconozcamos que somos uno con ellos y que compartimos un mismo Señor e idénticos beneficios. Del mismo modo que ninguna parte del cuerpo humano puede desestimar a otra, tampoco nosotros podemos prescindir de nadie. Lo que este texto pone de relieve es que la unidad no es algo secundario, una idea de último momento, o una especie de subproducto de la fe, sino algo que está en el corazón mismo del cristianismo. La revelación que vino con Cristo fue una revelación acerca de la unidad. Si no proclamamos la unidad, no hemos proclamado el Evangelio, y si no la vivimos, hemos perdido de vista el impacto de éste.

La actitud que tenemos hacia los demás es algo fundamental. ¿Expresan nuestras iglesias Gracia y receptividad de modo que las personas saben que son valoradas como iguales, o comunicamos implícitamente arrogancia y una actitud de superioridad? La aplicación de este texto a los problemas de orden racial es evidente y necesaria,⁵⁰ no obstante existen también otras clases de divisiones. Muchas personas que entran a una iglesia extraña (o incluso a una conocida) no sienten la unidad. ¿Qué es lo que comunican las iglesias que silencia la unidad? ¿Transmitimos acaso con nuestras palabras o actitudes un elitismo espiritual o un tono cultural que crea obstáculos para la unidad? Lo que la Iglesia hace ha de expresar unidad, ya sea en la adoración, en la observancia del bautismo y la cena del Señor, o en la misión. Las diferencias de cultura, raza, estilo musical, o tradiciones serán evidentes, no obstante la unidad que existe en Cristo debería serlo aún más. Pueden formarse grupos en torno a intereses o estilos variados, sin embargo en el fundamento de tales grupos ha de haber una genuina unidad procedente de un compromiso común con Cristo.

La unidad no es la meta; es un necesario subproducto. Por otra parte, la unidad tampoco se produce en ausencia de la definición. Se trata de una unidad basada en Cristo, pero no definida de un modo tan estrecho que otros cristianos con una orientación distinta sean rechazados. Ciertamente existen razones para la separación, y la definición del Evangelio está en el centro de tales razones. Lamentablemente, no obstante, durante muchas generaciones la Iglesia ha tenido más interés en la división que en la unidad. En nuestros días las divisiones se producen mayormente por razones de personalidad, ego y cultura, más que de doctrina. Hemos de redefinir la Iglesia en términos de unidad.

Vivimos en un tiempo en que las personas van a la Iglesia para ver lo que pueden recibir. Hasta la adoración se ha convertido en una actividad para beneficio propio. Los cristianos deberían ser formados para expresar su unidad como parte de su adoración. A pesar de los problemas, hemos de alinearnos voluntaria y públicamente con quienes confiesan a Cristo. Con nuestra presencia unida demostramos nuestra *protesta* en contra de las divisiones que existen. La unidad cristiana demuestra la sabiduría de los propósitos de Dios, y el ejercicio de la unidad es parte de nuestra adoración.

La atención a la unidad es en primer lugar, y especialmente, responsabilidad de los dirigentes de los grupos cristianos. Ellos son quienes establecen el tono, dan las explicaciones y modelan el carácter del grupo. Lamentablemente, demasiado a menudo, los dirigentes o bien son ineptos, o están mal encaminados por su propia concepción del poder para ser efectivos en esta cuestión. Todas nuestras instituciones tienen sus propias historias de dirigentes que han creado división y discordia. Cada vez que esto sucede queda una secuela de personas que sufren y se vuelven cínicas, y la institución deviene menos efectiva. La unidad cristiana debería ser una fuerza aleccionadora en la configuración de instituciones, contratación, formación y fijación de estilos de gestión. El mundo está esperando a que los cristianos comencemos a dar forma a lo que decimos.

Una derivación del enfoque sobre la unidad es una mayor percepción de que *la conversión tiene un carácter sociológico*. Siempre es una conversión que nos introduce en un grupo de personas. Esto debería cambiar nuestra perspectiva de dos formas. (1) Las implicaciones respecto al modo en que llevamos a cabo la evangelización son enormes, ya que tanto creyentes como iglesias han de ser más conscientes de que, o bien reflejamos a Cristo, o distorsionamos su imagen y, con ello, facilitamos o entorpecemos el que las personas se dirijan a Cristo. ¿Por qué razón habría alguien de querer acercarse a una iglesia marcada por la división? (2) Hemos de tomar muy en serio el hecho de que somos un cuerpo con otros en Cristo. El cristianismo es una religión comunitaria, que subraya la *koinonia*, a saber, participar y compartir. Una fe individual centrada en «yo y Jesús» no puede experimentar esto. Estos acercamientos individualistas no son sino otra forma de narcisismo.

La Iglesia frente a la Iglesia. La vida es a menudo el esfuerzo de hacer que lo ideal se haga real. El cuadro de la Iglesia que se traza en Efesios presenta un ideal, sin embargo Pablo no era un soñador idealista, era muy consciente de los fracasos de sus iglesias. No obstante, nunca se cansó de presentar a sus lectores el ideal. Para Pablo, el ideal que describía *era* lo real. Era lo que Dios había establecido. Hemos sido resucitados con Cristo y Dios nos ha hecho uno. Las divisiones que existen son una distorsión.

La Iglesia que se describe en 3:1–13 es sorprendentemente diferente de la que conocemos. En nuestra sociedad, a la Iglesia se la considera, cada vez más, una institución irrelevante, trivial e ineficaz. Está formada por personas divididas que no se enfrentan a los verdaderos problemas de la vida. Muchos cristianos, o bien no conocen el ideal, o han abandonado la meta de conseguirlo. A otros, el aburrimiento o la ausencia de Gracia y unidad les ha hecho desaparecer de la Iglesia. ¿Es ésta la única Iglesia que hay o existe alguna otra?

Las iglesias a las que Pablo escribió eran en su mayoría pequeñas congregaciones que se reunían en casas; en opinión de cualquiera, grupos insignificantes. El apóstol, no obstante, hablaba de su carácter multinacional y efecto cósmico. Como creían otros judíos, en su opinión la creación tenía que reflejar la unidad del Creador, y la comunidad del Mesías iba a inaugurar una unidad escatológica.⁵¹ Para él, tales congregaciones eran «avanzadillas funcionales del reino de Dios»,⁵² prototipos de la comunidad escatológica de Dios, y un testimonio a los poderes. Para la mayoría de nosotros, la Iglesia es una institución que organiza ciertos servicios. De algún modo hemos de superar esta situación y recuperar un sentido de la importancia de la Iglesia como lugar que encarna los propósitos divinos y donde se practica la unidad que Dios desea.

Vivir con confianza. La vida es difícil. El sufrimiento, la maldad y la muerte nos rodean. Frecuentemente, nuestros sentimientos se caracterizan por el desaliento y una sensación de desazón. Si no llegamos a caer en la negación de la realidad, el cinismo y el retraimiento son los resultados habituales. A pesar de todo ello este texto nos sugiere que hemos de vivir confiadamente. ¿Es posible ser realistas y vivir confiadamente?

Demasiado a menudo los cristianos oyen hablar de la confianza en Cristo e intentan vivir una espiritualidad de la confianza como para convencerse a sí mismos. Por regla general, el esfuerzo fracasa, y llega la queja:

Muy bien, aquí estás tú con tu fe

Y tu consejo de Peter Pan

No tienes cicatrices en el rostro

Y no soportas la presión.⁵³

La negación de las dificultades no es la solución. Pablo conocía las dificultades, y aun así seguía confiado. El apóstol miraba de frente a las dificultades y sabía que no eran definitivas. Al margen de cuáles fueran las circunstancias, Cristo seguía determinando su identidad. Tal convicción produce una cierta «resolución» para tratar con cualquier dificultad.

A todos nos llegan las dificultades. Algunas de ellas las escogemos al identificarnos con la Cruz; otras no las elegimos, pero no podemos evitarlas. Es cierto que atravesamos situaciones difíciles, pero no solos. El desánimo puede hacer acto de presencia, pero no es algo permanente. Los cristianos disfrutaban de acceso a Dios y se sienten suficientemente aceptados por él como para estar confiados. Tener conciencia de Dios y de su Evangelio nos imparte optimismo. Sabemos que Dios está obrando, aun cuando no seamos capaces de detectar sus movimientos específicos, sabemos que su futuro triunfo es un hecho, y que a pesar de lo malas que sean las circunstancias, solo podemos caer hasta cierto punto, porque Dios está ahí para sostenernos (cf. Rom 8:35–39). Los cristianos *hacen suyas* incluso la muerte y las dificultades como parte de pertenecer a Dios (1 Cor 3:22–23). Las circunstancias externas no son, por tanto, una razón para la depresión. Suceda lo que suceda y estemos donde estemos, estamos con Cristo y para él, disfrutando de la Gracia de Dios. Esta es nuestra identidad.

¿Se trata únicamente de palabras grandilocuentes? ¿Qué hacemos cuando el desaliento hace su aparición? Lamentarnos, e incluso protestar, son respuestas legítimas, como vemos en los profetas y los salmistas. Sin embargo, tales lamentos se sitúan en un marco de gran reverencia y humildad, y terminan siempre en confiada adoración. La clave para hacer frente al desaliento está siempre en volverse a Dios y a sus propósitos.

Efesios es una carta optimista y alentadora. Para los lectores de Efesios, la mayor amenaza de desaliento está en descubrir lo lejos que están las iglesias de nuestro tiempo de lo que describe el autor. ¿Es acaso posible ser lo que describe Efesios? Pablo diría que sigue siendo cierto: ¡vívelo!

Tres giros erróneos. Hay tres errores que hemos de evitar en nuestros intentos de aplicar estos comentarios acerca de la confianza.

(1) La confianza para acercarnos a Dios no ha de confundirse con presunción ante Dios. La confianza y la reverencia, incluso un adecuado temor de Dios, van de la mano. Es esta una confianza que surge de la pertenencia y el acceso, de la libertad ante Dios, no de una excesiva seguridad de conocer a Dios y su voluntad o de orar presuntuosamente como si Dios estuviera a nuestras órdenes.

(2) La confianza no es arrogancia y no debería transmitir a los demás ningún pensamiento de superioridad. La confianza y la humildad van también de la mano.

(3) Esta confianza no ha de considerarse tampoco una razón para la pasividad, como si no quedara nada que hacer. Un ejemplo extremo de confianza malentendida sería el de un hombre que se encontró atascado en la nieve en su camión y tras nueve semanas de completa pasividad murió de hambre pensando que Dios le cuidaría. Si hubiera andado unos pocos kilómetros habría encontrado una carretera despejada y la ayuda necesaria. Esto no es confianza, sino falta de sabiduría. La confianza nos capacita para el trabajo, no nos hace pasivos.

Vivir la paradoja. En relación con este pasaje, Barth describe la vida cristiana como una existencia paradójica.⁵⁴ Pablo estaba en la cárcel y, sin embargo, sentado con Cristo en los lugares celestiales. Era el más insignificante y, sin embargo, receptor de una bendita revelación. Descubrió que en el sufrimiento había gloria y experimentó tanto el «ya» como el «todavía no». Subrayó la nueva creación y el eterno propósito de Dios que creó todas las cosas. Sabía por experiencia lo que significaba perder la vida para encontrarla. La vida cristiana es una vida de tensión —una tensión creativa y apacible⁵⁵—, y también de equilibrio y profundidad.

Efesios 3:1–13 es un texto profundo que no admite respuestas simplistas a la fe. Vivir en Cristo significa entrar en la complejidad que este texto señala, o como podría expresarlo Pablo, en la *plenitud* que encontramos en Cristo. Los pasajes como éste nos obligan a ir más allá de las respuestas simplistas que a menudo se propagan en nombre del cristianismo. Este tipo de textos nos llaman también a arriesgar nuestras vidas sumergiéndonos en la profundidad de la Gracia. ¡Vayamos a por ello!

Efesios 3:14–21

Por esta razón me arrodillo delante del Padre, 15 de quien recibe el nombre toda familia[b] en el cielo y en la tierra. 16 Le pido que, por medio del Espíritu y con el poder que procede de sus gloriosas riquezas, los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser, 17 para que por fe Cristo habite en sus corazones. Y pido que, arraigados y cimentados en amor, 18 puedan comprender, junto con todos los santos, cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo; 19 en fin, que conozcan ese amor que sobrepasa nuestro conocimiento, para que sean llenos de la plenitud de Dios. 20 Al que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros, 21 ¡a él sea la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones, por los siglos de los siglos! Amén.

Sentido Original

En esta sección, el apóstol reanuda el pensamiento iniciado en 3:1 e interrumpido por la digresión de los versículos 2–13. Si después de 1:23 Pablo había dejado de orar, ahora regresa al modo de oración para explicar a sus lectores cuáles son sus deseos para ellos. La expresión «por esta razón» (v. 14) señala de nuevo a la salvación y los privilegios que se han descrito en el capítulo 2. Tanto en términos de contenido como de estructura, existen similitudes entre esta oración y la que encontramos en 1:15–23.

¹ Existen también ciertas conexiones con la doxología inicial por su enfoque sobre el amor (1:4), la gloria (1:6, 12, 14) y el Espíritu (1:13–14). Se da relieve a palabras relacionadas con poder, conocimiento, vida interior y plenitud. De nuevo, se trata de un pasaje intensamente teocéntrico y trinitario. ²

Estructura. La oración se divide en tres partes que se perciben con bastante claridad, la introducción (vv. 14–15), la descripción (vv. 16–19) y la doxología (vv. 20–21). El texto griego de los versículos 14–19 consiste en una larga oración gramatical, que la NIV ha dividido en dos, terminando la primera frase e iniciando la segunda en la mitad del versículo 17 (los traductores de la NVI han optado por presentar una estructura de cuatro frases: 14–15, 16–17a, 17b–18, y 19. N. del T.). Esta división presupone —acertadamente— la decisión de considerar que la expresión «*arraigados y cimentados en amor*» está vinculada a lo que sigue y no es una sección independiente. Estos participios están en caso nominativo y modifican al «ustedes» (elíptico en la NVI. N. del T.) de la cláusula siguiente, puesto que no preceden a nada que puedan modificar.³ La oración está dispuesta con belleza y simetría mediante cláusulas con la conjunción *jina* e infinitivos, tanto antes como después de los participios «*arraigados y cimentados en amor*», que se sitúan en el centro de la oración. Obsérvese el modo en que se desarrolla este pasaje:

me arrodillo delante del Padre ... (v. 14)

le pido que [*jina*] los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser⁴
[infinitivo] ... (v. 16)

para que por fe Cristo habite [el infinitivo entendido como un resultado]
en sus corazones. (v. 17)

arraigados y cimentados en amor [participios]

[*jina*] puedan [tengan poder para] ...⁵

comprender [infinitivo] ... (v. 18)

que conozcan [infinitivo] ... (v. 19a)

para que [*jina*] sean llenos de la plenitud de Dios... (v. 19b).

Aunque es posible entender que las tres cláusulas con la conjunción *jina* son paralelas, como si Pablo orara por tres cosas (el poder del Espíritu, la morada de Cristo en los corazones, y la plenitud de Dios),⁶ lo más probable es que la oración de Pablo se dirigiera a una sola cosa: la capacitación del Espíritu. Todo lo demás explica el significado y resultado de dicha capacitación.

Padre de todos (3:14–15)

La postura de arrodillarse para orar es una de las varias que se describen en la Biblia.⁷ Además de expresar reverencia y una disposición a obedecer, puede también comunicar intensidad de sentimientos y resoluciones, lo cual ciertamente encaja con la redacción de esta oración.⁸ Pablo alude posiblemente a Isaías 45:23 («ante mí se doblará toda rodilla»).9 De ser así, lo que será una realidad para todos en el *eschaton*, es la experiencia actual de los cristianos.

Pablo presenta de nuevo a Dios como Padre. El apóstol se refiere a Dios como Padre cuarenta y dos veces en sus cartas, de las cuales ocho están en Efesios.¹⁰ Ninguna otra descripción de Dios se utiliza con tanta frecuencia en el Nuevo Testamento. Sin duda, esto tiene su origen en la enseñanza de Jesús a sus discípulos de que habían de dirigirse a Dios como *Abba*, la palabra aramea para «padre», utilizada tanto por niños como por adultos, pero considerada por los judíos como demasiado familiar para ser utilizada normalmente en nuestra relación con Dios.¹¹ Dios es el Padre de los creyentes, pero observamos un uso más restringido y otro más amplio de este término. De manera más limitada, a Dios se le ve como Padre de nuestro Señor Jesucristo, lo cual pone de relieve el carácter único de la relación de Jesús con el Padre.¹² En 3:15 (y 4:6) encontramos el sentido más amplio: Dios como Padre de toda la Humanidad.¹³ El acento que observamos en Efesios en un Cristo cósmico y en el papel universal de la Iglesia se basa en una concepción de Dios como Padre cósmico. La anticipación de que todas las cosas serán reunidas en Cristo (1:10) presupone que Dios es el Padre de todos.

Es difícil para las traducciones al castellano expresar el juego de palabras entre «Padre» (*pater*) y «familia» (*patria*). Aunque la NIV vierte «toda su familia», la traducción «toda familia» es más común (NVI, LBLA, RV, NASB, NRSV), y parece ser la mejor (la NIV añade el posesivo «su»).14 Existen varias alternativas para interpretar la expresión «toda familia en el cielo y en la tierra», pero lo más probable es que se trate de un intento de ser lo más inclusivo posible para subrayar el ámbito cósmico del reinado y propósitos de Dios. Pablo entendía las divisiones presentes en la raza humana como escisiones bajo el Dios único. La implicación para la unidad que persigue la carta es evidente. ¹⁵

Oración pidiendo poder para conocer a Cristo y su amor (3:16–19)

El propósito principal de la oración de Pablo está claro: quiere que sus lectores sean fortalecidos por el Espíritu de Dios para que puedan conocer íntimamente la presencia y amor de Cristo. Si esto sucede, todo lo demás ocupará su lugar correcto. La ética de los capítulos 4–6 tiene su fundamento en esta oración.

Esta oración y su doxología (3:20–21) están vinculadas por las palabras «poder» y «gloria». La petición de Pablo (v. 16) es que Dios imparta *poder* de su *riqueza de gloria* (NVI, «gloriosas riquezas»), y en su doxología alude a aquel que es *poderoso* para hacer más de lo que pedimos o entendemos y que merece toda la *gloria* (v. 20).

Los términos «poder» y «Espíritu» están de tal modo vinculados en ambos Testamentos que son prácticamente sinónimos. El Espíritu es el poder de Dios que actúa en las personas.¹⁶ Pablo pide que el Espíritu sea una influencia tan intensa en el centro de control interior de sus lectores, que sus vidas sean una clara manifestación de este hecho. La expresión «en lo íntimo de su ser» (v. 16) no equivale a la «nueva humanidad» o la «nueva naturaleza» que se menciona en 2:15 y 4:24. Se trata de una expresión poco común, que solo aparece en Romanos 7:22 y 2 Corintios 4:16. En el primero de estos pasajes puede parafrasearse como «en las profundidades de mi ser», mientras que en este último representa un contraste entre «ser externo» y «ser interior». La expresión es sinónima de «corazón», el centro de control desde el que se entiende la vida y se toman las decisiones.¹⁷

Aunque en el texto de la NVI el versículo 17 comienza con la locución «para que», la morada de Cristo no es un fruto del fortalecimiento del Espíritu, sino más bien el *modo* en que éste lleva a cabo tal fortalecimiento. En otras palabras, el versículo 17 explica el 16. Cristo habita en nosotros mediante la obra del Espíritu. La capacitación o morada del Espíritu y la morada de Cristo no son cosas distintas.¹⁸ En 2:20–22, a la Iglesia se le llama «un lugar en el que Dios vive por su Espíritu». Esta elevada descripción de la Iglesia encuentra ahora un paralelo en una descripción igualmente elevada del creyente individual, que ha experimentado salvación y transformación. Mediante la obra del Espíritu, Cristo viene a residir en la persona. Pablo pide aquí que Cristo impregne todo el ser de sus receptores. Es el equivalente de 5:18 que nos insta a ser constantemente llenos del Espíritu.

Sabemos que Pablo subraya más que nosotros estamos en Cristo, que la morada de él en nosotros. Efesios 3:17 es uno de los cinco textos paulinos que presentan a Cristo habitando en nosotros (los otros son Rom 8:10; 2 Cor 13:5; Gál 2:20; 4:19).¹⁹ De todos ellos, Gálatas 4:19 es el más cercano a Efesios 3:17: como una mujer de parto, Pablo sufría dolores de alumbramiento hasta que Cristo fuera formado en ellos.

La expresión «cimentados» utilizada por la NVI no permite apreciar la similitud de

este texto con otros dos. Si se hubiera usado la versión más literal: «arraigados y fundamentados», sería más fácil ver su íntima conexión con 2:20–22 y Colosenses 2:6–7. En este último pasaje Pablo instruye a los cristianos a que vivan en Cristo, estén arraigados en él, edificados sobre él, y fortalecidos²⁰ en la fe. Aquí en 3:17 el apóstol pide que sus lectores sean fortalecidos con Cristo, quien habita en ellos por medio de la fe y que, arraigados y cimentados en amor, lleguen a conocer el amor. Esta mezcla de imágenes botánicas y arquitectónicas no es algo nuevo.

La frase «en amor» de 3:17 puede vincularse a la morada de Cristo, sin embargo la NVI es acertada al asociarla a la expresión «arraigados y cimentados». El amor de Dios es el manantial del que se nutren los creyentes, y el fundamento sobre el que encuentran estabilidad. Este arraigo y cimentación en amor les capacita para percibir el amor, y este conocimiento del amor les lleva a estar llenos de la plenitud de Dios. El amor es tanto fuente como meta. Cuando Cristo impregna a una persona, ésta sabe que está arraigada en su amor. A partir de la experiencia del amor pueden conocer el amor y son transformados.²¹

De las cinco palabras que resumen la fe cristiana,²² la «fe» y el «amor» se mencionan aquí de manera explícita, sin embargo, de manera implícita aparecen también la «Gracia» en el versículo 16 y la «verdad» y la «esperanza» en el 19. El amor desempeña un papel central en la descripción de la experiencia del creyente con Cristo (cf. 1 Cor 13:13).

En 3:16 y 18 aparecen dos palabras distintas para expresar la idea de fortalecimiento. El Espíritu fortalece mediante el Cristo que mora en el creyente, que habilita la percepción de éste. Del mismo modo que el amor es tanto fuente como meta, también Cristo es meta (v.17) y fuente del poder de Dios que actúa en nosotros (v. 19). El interés de Pablo por la unidad regresa con la mención de «todos los santos» (v. 18). Aunque el texto habla de individuos que conocen, no trata, sin embargo, de un conocimiento individualista. El cristianismo es en todo sentido una religión colectiva, y solo en la medida que las personas entienden juntas, pueden experimentar lo que Dios tiene para ellas.

El modo en que han de entenderse las cuatro dimensiones («ancho», «largo», «alto» y «profundo») que aparecen en este versículo (3:18) es más problemático de lo que sugiere la NVI. En el texto griego no aparece la expresión «es el amor de Cristo», sino meramente «[.] entender con todos los santos ancho y largo, alto y profundo». Como objeto de la oración gramatical, la mayoría de los comentaristas proponen «el amor de Cristo», no obstante algunos presentan otras opciones como por ejemplo «la sabiduría de Dios», «la plenitud», o «el propósito de Dios».²³ Sin embargo, puesto que el versículo 19 es esencialmente una explicación del 18, lo más probable es que la meta sea que los creyentes comprendan el amor de Cristo.

La primera mitad de 3:19 es un buen ejemplo de oxímoron (una combinación de palabras que parece contradictoria): Pablo pide que sean capaces de conocer el amor que excede al conocimiento. Este es el lenguaje de alguien que ha sido sorprendido y abrumado por el amor de Cristo.

El amor conlleva movimiento; produce ciertas cosas. Conocer el amor de Cristo significa ser transformado por dicho amor e incorporado a la plenitud de Dios. La expresión «toda la plenitud» solo aparece en Colosenses 1:19 y 2:9, y en ambos casos se indica que todo lo que Dios es habita en Cristo. Vimos en relación con 1:23 que «la plenitud de Dios» es una referencia al modo en que Dios deja sentir su presencia y poder.²⁴ En su experiencia de Cristo los cristianos experimentan la plenitud de Dios, su presencia y poder. Al experimentar esta plenitud también ellos son hechos completos por Cristo. Es decir, participan del ser de Dios y son hechos como él. Esto es un proceso continuo. El pensamiento de Colosenses 2:9–10 es paralelo: la plenitud de Dios habita en Cristo, y en él los cristianos están completos. La implicación de Efesios es que a medida que los creyentes encuentran el amor de Dios en Cristo, éstos se llenarán de amor. Este mismo pensamiento se expresa en imperativo en 5:1–2.

La doxología (3:20–21)

Con la doxología se concluye la primera mitad de Efesios en el mismo lugar que comenzó en 1:3, dando alabanza a Dios. En el Nuevo Testamento son frecuentes las doxologías expresadas en el formato «gloria a Dios», aunque la mayoría de ellas son mucho más breves. ²⁵ El uso de la palabra «gloria» en Efesios y a lo largo del Nuevo Testamento es fascinante. Dios es un Dios de gloria (1:17; Hch 7:2), y su gloria pone de relieve su identidad (Jn 1:14; Rom 6:4; Heb 1:3). Dios da gloria a Cristo (Jn 17:22; Hch 3:13; 1 Cor 2:8; 1 Ped 1:21) y a las personas (Rom 2:10; 8:30; 1 Cor 2:7). Los cristianos son transformados de gloria en gloria (2 Cor 3:18). El creyente ha de hacerlo todo para la gloria de Dios (1 Cor 10:31) y ha de dar/devolver la gloria a Dios (Ef 1:6; Fil 1:11). En el *eschaton* será revelada más gloria (Rom 8:18). El término «gloria» abarca prácticamente todos los aspectos del cristianismo. Aquí se subraya la alabanza y el honor que debería darse a Dios por su obra de salvación.

Esta doxología es sorprendente por su afirmación de que se da gloria a Dios «en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones, por los siglos de los siglos». Ningún otro pasaje menciona explícitamente a la Iglesia en una doxología, aunque en alguna se halla implícita puesto que los cristianos son quienes dan la alabanza. Es presuntuoso sugerir que a la Iglesia y a Cristo se les concede la misma posición. Este pasaje solo asume una relación interminable entre Dios, su pueblo y Cristo. La presencia de seres humanos ante Dios, hecha posible por Cristo, será causa de eterna alabanza. Esto es lo que Pablo tenía en mente en 1:18 con la expresión «las riquezas de su gloriosa herencia entre los santos» (ver también 2:7).

En el versículo 19 el amor de Cristo está más allá de todo entendimiento, y en el 20 la actividad de Dios, más allá de cualquier expectativa o pensamiento. El elevado lenguaje que encontramos a lo largo de la oración expresa la profundidad de las emociones de Pablo. En el texto griego del versículo 20 hay un juego de palabras entre «al que puede» (*dynameno*) y «poder» (*dynamis*). Obsérvese el predominio de palabras para expresar la actividad de Dios, un tema que ha caracterizado la carta ya desde 1:1.

Esta doxología resume el propósito de la primera mitad de la carta. Hemos de alabar a Dios por su obra sorprendente en Cristo Jesús. Lo que Pablo quiere decir no es meramente que Dios sea capaz de hacer mucho más de lo que esperamos, sino más bien que este poder está actuando ya en nosotros (cf. el lenguaje similar de Col 1:29, que describe la obra de Dios en el ministerio de Pablo). Dios no se ajusta a las limitaciones de nuestras expectativas. El lenguaje recuerda a Isaías 55:8–9: los caminos y pensamientos de Dios son mucho más altos que los nuestros. Dios está en acción y deseoso de trabajar en nosotros para conseguir sus propósitos para la salvación.

Construyendo Tuentes

Esta oración es tan apropiada para nuestros días como lo fue hace dos mil años, y sus ideas teológicas son directamente aplicables a nuestras vidas. La parte más difícil de este proceso está en el plano emocional. Las emociones elevan a Pablo y le conducen en adoración a alturas espirituales. ¿Cómo pueden estas emociones ser transferidas de modo que sintamos este mismo impacto en nuestra propia adoración? Las emociones surgen de profundas convicciones y de participación personal. A no ser que la teología arraigue profundamente en nosotros, las emociones —aunque pueden fingirse— no podrán reproducirse con autenticidad.

Orando todavía. Parece evidente que este pasaje nos llama, como a Pablo, a la oración y a la alabanza. Nuestras convicciones teológicas han de impulsarnos a la plegaria y la adoración. El objetivo de la teología no es entretener ideas grandiosas y sofisticadas, sino expresar nuestra relación con Dios. No es mera charla acerca de Dios, sino que se dirige a Dios. «Adorar es un acto interior por el que nos ponemos de acuerdo con Dios».²⁶ La oración es «la contemplación de los hechos de la vida desde el punto de vista más elevado. Es el soliloquio de un alma contemplativa y jubilosa. Es el Espíritu de Dios declarando buenas sus obras».²⁷ Esto es lo que Pablo hace en 3:14–21. El punto de vista más elevado es la percepción de lo que Dios ha hecho en Cristo. En la anticipación del día en que toda rodilla se doblará ante Él, nosotros lo hacemos ahora.

Efesios es, en su conjunto, una lección de adoración. Como en 1:3–23 el carácter de esta oración y doxología es descriptivo y teológico, más preocupado por Dios que por cualquier necesidad individual. Ambas están arraigadas en el carácter de Dios, centradas en Cristo, y dirigidas hacia la eternidad. No son miopes, sino integrales. En tales oraciones, los comentarios acerca de Dios desarrollan la comprensión y el compromiso. Nos acercan más a Dios y nos hacen más receptivos a él.

Esta doxología nos invita a meditar en Dios, aquel que es mucho más poderoso de lo que anticipamos. No se trata de una invitación a inventarnos egocéntricas listas de tareas para que Dios las haga, sino más bien de un llamamiento a materializar el imprevisible poder de Dios para llevar a cabo cambios en nosotros, en consonancia con el poder que actúa ya en nuestra vida.

Dios, nuestro Padre. De nuevo encontramos una cosmovisión en la que Dios está en acción, una concepción del mundo que colisiona con nuestras expectativas normales. El Dios de Efesios está implicado en la vida de su pueblo. El mensaje central de la Biblia es que Dios vive con nosotros. Este mensaje está presente a lo largo de *todo* el Antiguo Testamento, desde Edén al tabernáculo, el templo, su destrucción y reconstrucción. La presencia de Dios es aún más importante en el Nuevo Testamento, que se convierte en un mensaje que va desde el nombre «Enmanuel» en el nacimiento

de Jesús (Mt 1:23) a la promesa de su presencia hasta el fin del mundo (28:20). En el Evangelio y cartas de Juan, los creyentes *permanecen* con Dios y con Cristo, y Dios y Cristo con ellos (p. ej., Jn 15:4–7). En el libro de los Hechos los humanos viven, se mueven, y tienen su ser en Dios (Hch 17:28). El lenguaje de Pablo que gira alrededor de la expresión «en Cristo» pone también de relieve una teología de la presencia de Dios. Como cristianos necesitamos esta clase de teología para motivar nuestras vidas.

La perspectiva de Dios como Padre requiere atención. Antes hemos observado tres formas en que se utiliza esta imagería: un sentido más estrecho limitado a Cristo, el sentido habitual en referencia con los creyentes, y en algunos textos como 3:14–15 en relación con toda la Humanidad. Sería provechoso concebir estos tres sentidos de la paternidad de Dios como círculos concéntricos, con Cristo en el centro, los creyentes en el círculo siguiente, y toda la humanidad a continuación.

Para algunas personas la imagen de Dios como Padre es problemática. La inadecuación de los padres humanos hace muchas veces de esta imagen un obstáculo más que una ayuda. Varios comentaristas argumentan que, como Padre, Dios representa la imagen arquetípica a partir de la cual se define toda paternidad, es decir, que la imagen no se aplica a Dios a partir de la experiencia humana, sino a los humanos a partir de Dios.²⁸ Este argumento tiene validez, pero es de poca ayuda para quienes han experimentado en sus carnes el fracaso de los padres humanos de un modo doloroso y destructivo. La Iglesia ha de ayudar a tales personas a recuperar el sentido de lo que significa llamar «Padre» a Dios.

Más problemático desde un punto de vista teológico es el uso de esta imagen patriarcal para referirse a Dios. Desde el moderno movimiento feminista se trabaja para redefinir a Dios, o se utilizan imágenes matriarcales en la adoración. De lo que aquí se trata no es de utilizar un lenguaje inclusivo en el plano horizontal; hemos de hacer todo esfuerzo necesario para incluir a todas las personas en la adoración y la enseñanza. El problema surge en torno a si deberíamos cambiar el término «Padre» por una palabra neutral como «Creador» y si podemos dirigirnos a Dios como «Madre». Esta cuestión no está desvinculada del primer asunto de la inadecuación de los padres humanos puesto que, con frecuencia, las mujeres retroceden con aprensión contra el lenguaje masculino precisamente por el abuso de que han sido objeto por parte de los hombres.

Estas cuestiones no son fáciles, en parte por las convenciones del idioma español y en parte por el carácter metafórico de todos los lenguajes. No es posible dar aquí adecuado tratamiento a este tema,²⁹ sin embargo, sí son pertinentes varios comentarios:

- (1) El uso del título «Padre» no tiene nada que ver con masculinidad. Dios no es un hombre, y el género no ofrece una apropiada descripción de Dios. El título

«Padre» tiene que ver con las cuestiones de origen, amor, seguridad y cuidado.

- (2) Si bien es cierto que toda lengua es metafórica, en la Biblia las imágenes matriarcales aplicadas a Dios son escasas, y allí donde aparecen lo hacen en forma de símil (figura de lenguaje que requiere el uso de un nexo comparativo [cual, como ...]), lo cual parece situarlas en una categoría diferente del uso de «Padre» como título específico.
- (3) «Aunque esta práctica pueda estar cambiando con rapidez, en inglés (N del T. en español también) el lenguaje masculino es potencialmente genérico, pero el femenino es específicamente femenino».
- (4) El uso del término *Abba* y la frecuente utilización de «Padre» por parte de Jesús y a lo largo del Nuevo Testamento (y de la Historia de la Iglesia) hace que este título sea demasiado importante para ponerlo a un lado. Los aspectos relacionales de «Padre», «Hijo» y «Espíritu Santo» son demasiado importantes como para ser sustituidos por términos como «Creador», «Redentor» y «Sustentador».
- (5) La utilización del género femenino para aludir a Dios está particularmente abierto al abuso por su vínculo con el alumbramiento y la naturaleza, como se evidencia en los antiguos cultos de fertilidad, ciertas sectas gnósticas, y en el moderno neopaganismo vinculado al movimiento de la Nueva Era. No obstante, aun términos bíblicos como «Padre» son susceptibles de abusos y deformaciones de su propósito original. La aplicación de este título ha de ser sensible tanto a las personas como a toda la gama de problemas teológicos.

El hecho de que Dios sea el Padre de quien toda familia toma nombre significa en cierto modo que todos tenemos el mismo origen y valor. Formamos parte de una familia humana más extensa, y todos los miembros de ésta, como primera parte de su definición, deben lealtad a Dios. Todos nos pertenecemos el uno al otro. La arrogancia inherente de toda raza, nacionalidad y clan carece de cualquier base final. En 2:11–22 se nos informa de que el racismo fue borrado por medio de la obra de Cristo, y en 3:14–15 que éste no ha tenido nunca base alguna.

Una vida en acción. Esta oración asume que la vida cristiana no es automática. La vida de Dios nos llega como un don, pero no es magia. Es una vida de compromiso con el Espíritu de Dios, quien da a conocer a Cristo y sus propósitos. La vida es relacional, y las relaciones requieren tiempo e inversión. Dios quiso desde un principio que los humanos vivieran en relación con él. Con el Espíritu de Dios morando en nosotros se cumple este propósito.

La oración de Pablo no explica cómo se lleva a cabo la obra del Espíritu. No cabe duda de que, por lo que a la vida diaria se refiere, el Espíritu viene como un don, igual que lo es la conversión inicial. Es cierto que nada de lo que hagamos puede motivar que el Espíritu de Dios trabaje junto con nuestro espíritu (cf. Gál 3:2–3). Sin embargo,

concluir que no tenemos que hacer nada es un error colosal. El Espíritu no impartirá su poder y capacitación a espíritus renuentes y distraídos.

La oración de Pablo indica que el pueblo de Dios ha de ser consciente de su necesidad del Espíritu, estar atento a la guía y propósitos de Dios, en acción por lo que respecta a la vida interior, y dispuesto a ser obediente. En toda la carta —tanto en las descripciones teológicas de los tres primeros capítulos como en las instrucciones éticas de los tres últimos— se asume que, para que las personas puedan disfrutar de la obra del Espíritu, se requiere instrucción, comprensión, decisiones y esfuerzo. La doxología de 3:20 subraya que Dios está actuando en nosotros, pero da a entender que hemos de ser más conscientes de su obra y tener una actitud más expectante hacia ella. En Efesios 5:18 se nos instruye a ser constantemente llenos del Espíritu. En este proceso somos responsables y estamos activos. La pasividad no concuerda con la fe cristiana.

Un problema. En su oración, Pablo pide poder y fortaleza para sus lectores y afirma que Dios es poderoso para impartir estas cosas, y está obrando activamente en ellos. Esto representa una meta y descripción muy elevadas. Sin embargo, si esto es así, si una de las tareas del Espíritu es capacitar a los cristianos, ¿por qué, pues, no experimentamos más este poder? ¿Por qué son la Iglesia y las personas que la integran tan ineficaces? Este es un problema al que hemos de enfrentarnos, no obstante, solo podemos dar dos respuestas:

- (1) La teología es errónea, suena muy bonito, pero ni Dios es poderoso para impartir estas cosas, ni está obrando activamente en la vida del creyente.
- (2) La teología es correcta, sin embargo nosotros abortamos este proceso.

Es decir, el problema está en nosotros, no en Dios. El Espíritu de Cristo no obra en nosotros sin nuestra disposición, ni tampoco nos lleva a la meta deseada de la noche a la mañana. Él vive con nosotros, y esta vida es un proceso de crecimiento. Somos finitos, limitados y proclives al fracaso. El verdadero problema es que no *damos* suficiente importancia a estas cosas. No albergamos dentro de nosotros mismos el necesario descontento que producirá el cambio.³⁰ Nos gusta disfrutar de los privilegios, pero no queremos las molestias que se derivan de ellos. Sin embargo, en esta vida nada sucede de este modo. Lo que el Espíritu busca es una disposición a escuchar. Ciertamente, la fe viene escuchando.

La importancia esencial del amor. El hecho de que, estructuralmente, el amor sea central en la oración no es ningún accidente. Experimentar a Cristo implica un encuentro con su amor y una progresiva comprensión del amor. Ahora vemos cómo fue erradicada la hostilidad que se menciona en 2:14, 16. El amor de Cristo destruyó tanto la hostilidad entre la Humanidad y Dios como la existente entre varios grupos humanos. La expresión «el amor de Cristo» es una abreviatura que habla del amor de Dios experimentado en Cristo.

Con razón, el amor es una de las cinco palabras que resumen la fe cristiana.³¹ De hecho, todo el cristianismo se condensa en las palabras «verdad» y «amor» y, como veremos, estas dos palabras dominan la segunda mitad de la carta. Puesto que es tanto fuente como meta, el amor define y regula toda la actividad cristiana. Por consiguiente, el amor también ha de ser central en nuestras vidas.

Significado Contemporáneo

La mayor parte de la aplicación de este texto fluye fácilmente de los comentarios de las dos secciones anteriores. Ahora se hace necesaria la acción.

Aprender a adorar. Este texto requiere que demos prioridad a la oración y a la adoración. No hacemos particularmente bien ninguna de estas dos cosas. Hasta cierto punto la Iglesia de nuestros días se ha olvidado de adorar. Por un lado, nos sentimos descontentos con las tradiciones y formas más antiguas, y por otra estamos también insatisfechos con la superficialidad de la nueva música y las nuevas prácticas. En muchos casos, los miembros de la congregación se convierten en meros espectadores. Las iglesias han de ser mucho más organizadas e intencionadas en el aprendizaje de la oración y la adoración. La adoración significativa no es algo que se produce automáticamente; es fruto de la concentración, la reflexión y el esfuerzo. Se requiere más que mera planificación y programa. Necesitamos educación para la adoración y una auténtica experiencia en este ámbito. Necesitamos un tipo de adoración que no demande solo la contemplación de las personas, sino que las implique. Este redescubrimiento de la adoración presupone una espiritualidad madura y capaz de desarrollarla. Efesios nos proporciona tanto los recursos teológicos como los modelos para comenzar la tarea.

Dios como Padre. La paternidad de Dios es el fundamento que determina nuestra responsabilidad hacia otras personas. No podemos ignorar las necesidades de los demás si compartimos un origen común en Dios y un valor común ante él. Vivimos en un mundo lleno de sufrimiento y pobreza. No podemos resolver los problemas del mundo, y no es fácil prestar ayuda a las personas. Sin embargo, la paternidad de Dios requiere que nos preocupemos por las personas y nos impliquemos en sus problemas, que hablemos y actuemos, que ayudemos.

Por otra parte, la paternidad de Dios no nos permitirá trazar un círculo alrededor de los cristianos como límite de nuestra responsabilidad. Es cierto que disfrutamos una singular unidad con quienes están en Cristo, sin embargo estamos también implicados en una unidad más amplia con todos los seres humanos. No podemos ignorar a los no cristianos o relacionarnos con ellos según normas más bajas. Somos en primer lugar humanos y después cristianos, hechos auténticamente humanos por ser cristianos. Existen muchas cosas que son humanas y no cristianas, pero no hay nada que sea cristiano que no sea también humano. Hemos de hacer justicia a nuestra humanidad para hacer justicia a nuestro cristianismo.

En este sentido, hemos de tratar nuevamente el asunto del racismo. Efesios asesta dos golpes fatales al racismo: (1) la muerte de Cristo, que destruye la hostilidad y crea la unidad;³² (2) el hecho de que Dios es Padre de todos nosotros. El racismo es un enemigo contra el que la Iglesia ha de hablar y actuar. No es solo que el racismo sea

un ataque contra otros grupos, sino que lo es también contra Dios, puesto que quienes son menospreciados le pertenecen, en tanto son personas creadas y sustentadas por él.

Pero no Dios como varón. Como he indicado anteriormente, insisto en la importancia de llamar a Dios «Padre». Por otra parte, la Iglesia ha de esforzarse por recordar a las personas que Dios no es masculino, algo que ha descuidado. Hemos de evitar que el problema de la lengua se haga más complejo por nuestra dejadez en la comunicación. En ocasiones, hemos de introducir las oraciones con palabras como «tú que no eres varón ni mujer». La utilización ocasional de *símbolos* bíblicos que utilizan imaginería femenina (por ej., Is 66:13) será de ayuda. Hemos de desarrollar una gran sensibilidad hacia ciertas personas utilizando una lengua apropiada acerca de Dios, evitando tanto el error de aporrearles con imaginería patriarcal como el de representar de nuevo la fe. Ambos errores son de carácter idólatrico y, de hecho, intentan crear a Dios según nuestra propia imagen de género. Nuestra principal preocupación ha de ser utilizar un tipo de comunicación que conecte al Dios bíblico con un mundo doliente. El lenguaje crea un mundo, una percepción de la realidad, dentro de la que vivimos, y el mundo que creamos ha de honrar a Dios e impartir Gracia a quienes nos rodean.

Impregnados de Cristo. La imaginería del texto desafía también nuestras concepciones acerca de la fe. Más que un Jesús escondido en algún lugar de nuestra alma, el texto asume la presencia de alguien que da forma y fortaleza al núcleo de nuestro ser, que hace su morada en nosotros y nos redefine. No hay nada erróneo en el lenguaje que presenta a *Cristo viviendo en nosotros*, aunque por mi parte he restado importancia a su utilización para subrayar la terminología paulina mucho más frecuente que expresa nuestro *estar en Cristo*. Ambas ideas son impactantes y, tras ellas, subyace la convicción de que Jesús es el Señor, aquel a quien nuestras vidas han sido entregadas y quien las determina.

Si estamos impregnados de Cristo, hemos de abandonar ideas tan acariciadas como la independencia, la autodeterminación y la autorrealización, o al menos renunciar al modo en que éstas se entienden en nuestra sociedad. El hecho de que Cristo mora en nosotros significa que no somos nuestros (cf. 1 Cor 6:19–20; Gál 2:20). W. Wink expresó correctamente que la adoración y la oración no son sino recordatorios de «quién es el propietario de la casa».³³ Los cristianos han de vivir como quienes saben que Cristo es el propietario de la casa. Respecto a la independencia, somos independientes de todo menos de Jesucristo, y en él somos completamente dependientes. En relación con la autodeterminación, es él quien nos determina en nuestro carácter único. Respecto a la autorrealización, procuramos cumplir la voluntad de Dios. Esta negación del propio ser representa no obstante el hallazgo de nuestro verdadero ser en relación con Dios, puesto que este es el propósito de la Creación. Al perder la vida, la encontramos. Cuando intentamos guardarla para nosotros, la perdemos. La verdadera libertad y la verdadera realización personal se encuentran en la vida con Cristo.

Este es el lenguaje del discipulado. Estar impregnado de Cristo es tener en nosotros el sello de su carácter, estar vestidos de él (Rom 13:14). Tal imagería pone de relieve el modo en que Cristo conforma nuestras vidas. El pensamiento de que podemos creer en Cristo sin ser como él, es absurdo. Si el hecho de que Cristo mora en nosotros no nos transforma, hemos de preguntarnos enérgicamente si es una realidad en nosotros. La aplicación del texto de Efesios requiere que pongamos a prueba la validez de nuestra fe (ver 2 Cor 13:5). Algunos cristianos se preocupan de la certeza de su salvación, y otros pretenden erradicar cualquier duda. Quizás hemos de permitir que la duda cumpla su función. Quizás hemos de preocuparnos más acerca de la validez de la fe que de la certeza de la salvación. La duda honesta puede ser saludable.

Contemplación. Pablo pide que el Espíritu fortalezca nuestro ser interior. Philip Spener afirmó: «Toda nuestra religión cristiana consiste en el hombre interior o nuevo hombre, cuya alma es la fe, y cuyas manifestaciones son los frutos de la vida».³⁴ La aplicación de este pasaje implica contemplación y reflexión. En lugar de perseguir meramente nuestras necesidades y deseos físicos, hemos de prestar atención a nuestra vida interior. Nuestro ser interior requiere tanta atención y ejercicio como nuestro cuerpo físico.

Además, la afirmación de Melancthon: «conocer a Cristo es conocer sus beneficios» se refleja en este texto,³⁵ pero se hace más específica. Conocer a Cristo implica conocer *su amor*. En los siguientes capítulos y a partir del conocimiento del amor de Dios, Pablo irá configurando una ética del amor, pero no es el amor humano lo que el apóstol tiene aquí en mente. Hemos de experimentar el amor de Dios, y el asombro y la adoración que de él resultan. Este amor proporciona la nutrición y estabilidad para la vida, que crean confianza y seguridad. Las palabras que se utilizan para expresar este conocimiento implican meditación acerca del asombroso amor de Dios, que genera alabanza.

Hemos también de contemplar el poder de Dios. El comienzo de la doxología (v. 20) es en esencia una invitación a considerar la inmensidad del poder de Dios. Una vez más, vemos hasta qué punto el cristianismo se dirige a la mente. La nuestra es una religión de pensamiento. Su meta no es el razonamiento abstracto o la investigación académica desvinculados del quehacer práctico, sino una mente informada que da forma a la vida. El mensaje de Efesios requiere corazón, cabeza y manos. Los cristianos necesitan tiempo para la reflexión, para el recuerdo y para investigar cuestiones que son demasiado profundas para el conocimiento. La sugerencia de no preocuparnos de aquellos temas que son demasiado grandiosos para la comprensión humana es poco acertada. Al extendernos hacia lo que está más allá de nosotros, crecemos. La búsqueda del Dios incognoscible nos aporta el conocimiento y la sabiduría que necesitamos para la vida.

Los cristianos necesitan un programa regular de lectura, pensamiento, debate y

oración que les informe acerca de la fe y la vida, y les ayude a crecer en su alma. La mayor parte de nosotros pensamos que estamos demasiado atareados para unos ejercicios que requieren tanto tiempo, sin embargo el ser interior no vive del aire. Nuestros apretados horarios están a menudo llenos de asuntos secundarios, por no decir innecesarios. Es posible que ciertas actividades hayan de ser puestas a un lado, sin embargo la parte contemplativa de la fe no es una de ellas.

Tu Dios es demasiado pequeño. Este era el título de un libro que hace años escribió J. B. Phillips, un libro que sigue mereciendo atención.³⁶ Esta frase podría haber salido de Efesios 3:20. Sin duda, este es el verdadero problema que subyace tras el fracaso de los cristianos para entender y vivir su fe. El problema es de carácter teológico; nuestra imagen de Dios —el ídolo que hay en nuestra mente— no merece contemplación, devoción u obediencia. Nuestro Dios es demasiado remoto, desinteresado e inepto. De hecho, es demasiado como nosotros (cf. Sal 50:21). Ni esperamos nada de él —a no ser alguna minucia— ni estamos comprometidos con él.

Nuestro punto de vista de Dios nunca puede comprender todo lo que es, y sus caminos y pensamientos siempre estarán muy por encima de nosotros. Pero el Dios de la Biblia no es demasiado pequeño. Es el Dios que necesitamos para la vida. Nuestra contemplación y aprendizaje tienen siempre una meta, la de la *Shemá*, a saber, amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, nuestra alma y nuestra fuerza (Dt 6:4–5). La meta no es acumular conocimiento acerca de Dios, sino conocerle con aquel conocimiento experimental que nos lleva a amarle. Esta clase de conocimiento experimental cambia la conducta.

Y esta es una de las razones por la que Efesios es una epístola tan *teocén*-trica. Pablo quiere que sus lectores cobren conciencia de la grandeza y poder de Dios, de lo magnánimo y amoroso de sus actos, y de lo que ha conseguido por medio de Cristo. Cuando se entiende lo poderoso, amoroso y activo que es Dios, la verdadera adoración y la transformación de la vida siguen de forma lógica.

La senda del conocimiento. Aunque el estudio, la contemplación y el debate son actividades muy importantes, ninguna de estas cosas aporta el elemento esencial. El Espíritu Santo es la clave del conocimiento que necesitamos. Él es el revelador, aquel que nos da a conocer «las profundidades de Dios ... para que entendamos lo que por su Gracia él nos ha concedido» (1 Cor 2:10–12). La meta del poder del Espíritu no es tanto la realización de grandes obras, sino una gran comprensión de la que fluye una vida piadosa. La obra del Espíritu no es algo independiente de nuestra actividad o un sustituto de nuestro esfuerzo; más bien, «en nuestra debilidad el Espíritu acude a ayudarnos» (Rom 8:26). Él obra con nosotros para fortalecer nuestro ser interior. Nosotros no producimos su actividad; lo que enseña 3:20 es que el poder del Espíritu —el Espíritu impartido *a todos* los creyentes— está *ya* obrando en nosotros. Lo que buscamos es que nuestro espíritu se alinee con el Espíritu de Dios. Lo que se requiere

es la actitud abierta que permite que Dios obre, la disposición a escuchar, y prestar atención a la vida con Dios.

Gloria en la Iglesia. La exaltada eclesiología de Efesios tiene importantes consecuencias prácticas. La Iglesia no es un aspecto prescindible del cristianismo. Se trata del lugar en el que Dios recibe honor y gloria ahora y por toda la eternidad. Del mismo modo que Cristo es la evidencia del amor redentor de Dios, la Iglesia lo es de su acción transformadora y poder unificador (cf. 2:7). Una exaltada eclesiología no es lo mismo que una Iglesia glorificada y exaltada. El glorificado es Dios, no la Iglesia, que solo lo es en tanto que receptora de su amor. A lo largo de su historia, la Iglesia ha escrito páginas lamentables por las muchas ocasiones y lugares en que se ha creído exaltada. Siempre que la Iglesia ha creído tener poder, ha tenido que hacer frente a sus mayores peligros. Esto sigue siendo cierto. La Iglesia existe para la adoración y el servicio, y ha de llevar a cabo estos actos con la misma humildad que su Señor. Cuando esto sucede Dios recibe honor y gloria.

Al escribir este comentario, una de las tareas más difíciles ha sido trabajar con el contraste que existe entre lo que describe Efesios y la realidad que experimentamos, yo y la mayoría de los cristianos. Con mucha frecuencia, la Iglesia manifiesta más pruebas de la depravación humana que del poder transformador y unificador de Dios. Un problema que a menudo afecta a los cristianos es encontrar una iglesia adecuada. Un buen número acaban tan desilusionados en esta búsqueda que se alejan a una fe poco sociable y controlable.

Asumiendo que solo en la teología de Efesios y del resto del Nuevo Testamento puede encontrarse solución al fracaso de la Iglesia, cabe señalar, sin embargo, dos cuestiones. (1) La negativa a reunirse con otros cristianos para adorar y recibir instrucción no es una opción legítima. El cristianismo individualista no existe. Necesitamos que otras personas nos ayuden a entender a Dios. (2) El fracaso actual de la Iglesia no puede tolerarse. La Iglesia no tiene que parecerse a ninguna de nuestras concepciones presentes, sin embargo los cristianos han de desarrollar una mejor comprensión de Dios, de la fe en Cristo y de la unidad, y después, poner en práctica dicha concepción. Sin duda, el obstáculo más importante es el ego humano, pero la cuestión es: ¿ha de ser éste un estorbo tan determinante para los cristianos que se reúnen alrededor de una cruz vacía? Tanto los cristianos de a pie como aquellos que tienen responsabilidades han de denunciar la arrogancia, superficialidad y división que caracteriza a nuestras iglesias. No es necesario que estemos de acuerdo en todos los puntos para respetarnos unos a otros, ser dirigidos por el amor de Dios, recuperar el significado de la fe, expresar la vida en Cristo y adorar a Dios.

Dios, Padre nuestro,

Reconocemos que todos los seres humanos tenemos en ti nuestro origen.

Te debemos nuestras vidas.

Perdónanos por la arrogancia de pensar que somos mejores o más importantes que otras personas.

Obra por tu Espíritu en nosotros para fortalecernos. Queremos que tu Espíritu se funda con el nuestro.

Haz que la presencia de Cristo sea tan real que sintamos tu amor y vivamos movidos por él.

Ayúdanos a entender la profundidad de tu amor de modo que esta percepción nos transforme según tu misma imagen.

Te alabamos, a ti que eres más poderoso de lo que podemos concebir. Traemos a tus pies todo elogio. Solo tú eres Dios. Todo valor se deriva del tuyo.

Por el don de la vida en Cristo, nosotros y todo tu pueblo te adoramos. Juntos y eternamente cantaremos tu alabanza. Amén.

Efesios 4:1–16

Por eso yo, que estoy preso por la causa del Señor, les ruego que vivan de una manera digna del llamamiento que han recibido, 2 siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor. 3 Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz. 4 Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como también fueron llamados a una sola esperanza; 5 un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; 6 un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por medio de todos y en todos. 7 Pero a cada uno de nosotros se nos ha dado Gracia en la medida en que Cristo ha repartido los dones. 8 Por esto dice: «Cuando ascendió a lo alto, se llevó consigo a los cautivos y dio dones a los hombres» 9 (¿Qué quiere decir eso de que «ascendió», sino que también descendió a las partes bajas, o sea, a la tierra? 10 El que descendió es el mismo que ascendió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo.) 11 Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; y a otros, pastores y maestros, 12 a fin de capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio, para edificar el Cuerpo de Cristo. 13 De este modo, todos llegaremos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a una humanidad perfecta que se conforme a la plena estatura de Cristo. 14 Así ya no seremos niños, zarandeados por las olas y llevados de aquí para allá por todo viento de enseñanza y por la astucia y los artificios de quienes emplean artimañas engañosas. 15 Más bien, al vivir la verdad con amor, creceremos hasta ser en todo como aquel que es la cabeza, es decir, Cristo. 16 Por su acción todo el Cuerpo crece y se edifica en amor, sostenido y ajustado por todos los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro.

Sentido Original

No hay ningún otro pasaje que describa mejor a la Iglesia en acción que Efesios 4:1–16. El versículo 1 señala una transición de la piadosa descripción de la Gracia de Dios y la salvación que se desarrolla en los tres primeros capítulos, a una explicación de las consecuencias de la Gracia en los capítulos 4–6. Como hemos observado en nuestra exposición de 2:10,¹ la instrucción ética de Pablo en Efesios se centra en gran medida en la metáfora de «andar» (la palabra griega es *peripateo*; NVI, «vivir»). Desde 4:1 hasta, al menos, 5:21 la enseñanza ética se estructura alrededor de este verbo. Observemos lo siguiente:

4:1: «*Anden* como es digno del llamamiento con que han sido llamados»

4:17: «No *anden* ya como *andan* los gentiles»

5:2: «*Anden* en amor»

5:8: «*Anden* como hijos de luz»

5:15: «Así que tengan cuidado de su manera de *andar*. No como necios sino como sabios»

En gran medida, 4:1–16 aporta la estructura y la base teológica específica para lo que sigue en 4:17–6:20.

No hemos de subrayar excesivamente la distinción entre el material teológico de los capítulos 1–3 y la instrucción ética de 4–6. Aunque la enseñanza ética de los capítulos 1–3 es casi toda ella implícita, los capítulos 4–6 contienen enseñanza teológica importante y explícita. Obsérvese que 4:17–24 es una descripción teológica muy parecida a 2:11–22 donde se contrastan dos formas de vida.

A lo largo de todo el Nuevo Testamento, los imperativos éticos se basan en indicativos teológicos. La obediencia es siempre una respuesta a la Gracia. Dios actúa primero, y los humanos responden. Igual que *kerygma* (proclamación) y *didajé* (instrucción) no pueden separarse, tampoco pueden desvincularse el modo indicativo del imperativo. A menudo, ambos se mezclan en el mismo texto. El imperativo puede ser un medio de predicar el Evangelio, puesto que las afirmaciones de carácter ético pueden contener todo el Evangelio² (cf. 5:1–2). En el pasaje que tenemos ante nosotros, 4:4–16 aporta el apoyo teológico para los imperativos que encontramos en 4:1–3.

Por lo que a Eclesiología se refiere, los pasajes más ricos los encontramos en el material ético de Pablo, ya sea aquí en Efesios, en Romanos 12–15, o en la correspondencia corintia. El pasaje que vamos a analizar se centra en la vida, orden, unidad y propósito de la Iglesia, así como en su diversidad y dificultades. Las cinco palabras que resumen el cristianismo aparecen aquí.³ En otras palabras, la Eclesiología

y la Ética no pueden separarse.⁴ Como hemos visto antes, la cristología es Soteriología es Eclesiología y es Ética,⁵ y esta concepción continúa a lo largo de la carta.

Se da prominencia a los términos «uno/una», «Cuerpo», «medida», «edificar» y «amor». La presencia de la expresión «en amor» en 4:2 y 16, forma una especie de *inclusio*, que agrupa toda la sección. O sea, en esta ética todo está caracterizado por el amor. Como en secciones anteriores, el material litúrgico y tradicional aporta la esencia de una buena parte del lenguaje (p. ej., 4:4–6, 9–10), y continúan las oraciones gramaticales largas. La NVI proporciona una división de párrafo que esconde el hecho de que, en el texto griego, 4:11–16 es una sola oración gramatical.⁶

Estructura. Esta sección se divide en dos bloques fundamentales: 4:1–6 y 4:7–16. La lógica del pasaje se desarrolla como sigue:

A. Vivan su llamamiento centrados en la unidad (4:1–6)

1. Vivan como es digno de su llamamiento mediante la observancia de la unidad del Espíritu (4:1–3)
2. La unión está motivada por la unidad teológica (4:4–6)

B. Todo creyente ha recibido Gracia para construir el Cuerpo de Cristo (4:7–16)

1. A cada uno se le ha concedido una medida de Gracia (4:7)
2. Salmos 68:18 es prueba de ello (4:8)
3. Comentario parentético acerca de la Ascensión (4:9–10)
4. Ciertas personas son dadas como dones para servir y edificar (4:11–16)
 - a. Los siervos edifican en dirección a la madurez, la unidad y el conocimiento de Cristo (4:11–13)
 - b. La realidad de una fe madura y creciente se evidencia por la verdad y el amor (4:14–16)

Vivan su llamamiento centrados en la unidad (4:1–3)

Esta sección representa un extracto, un encabezamiento podríamos decir, que el resto de la carta comentará. Hasta ahora, la epístola ha consignado un solo imperativo: «recuerden» en 2:11. La exhortación de 4:1–3 es específica y práctica; sin embargo, casi como si Pablo quisiera apoyar más sólidamente las explicaciones y demandas éticas, en 4:4–16 retoma la exposición de cuestiones teológicas. El siguiente imperativo específico y práctico no aparecerá hasta 4:25.⁷

De manera similar a lo que hace en 3:1, Pablo fortalece su instrucción haciendo referencia a su encarcelamiento. Mientras que en 3:1 la expresión que utiliza es: «prisionero de Cristo Jesús», 4:1 —si se traduce literalmente—, dice: «prisionero *en* el Señor».⁸ Pablo está en la cárcel «en el Señor», y desde esta posición de honor plantea su desafío ético. La palabra «Señor» aparece veintiséis veces en Efesios, veinte de ellas en los capítulos 4–6 (en consonancia con la tendencia de Pablo a utilizar «Cristo» en textos acerca de la salvación y «Señor» en pasajes éticos).

Con la traducción «el llamamiento que han recibido», la NVI deja de expresar el doble acento del texto acerca de la elección (lit., «el llamamiento con que han sido llamados»). Pablo recuerda al lector la descripción de la salvación de los capítulos 1–3 y especialmente la doxología de 1:3–14. Si el amor de Dios es tan grande, si su salvación es tan poderosa, si Dios ha concedido una reconciliación así, entonces los creyentes han de vivir de un modo coherente. Han de valorar lo suficiente el amor de Dios como para permitir que éste les configure. Obsérvese que el término «llamamiento» se utiliza para aludir a la salvación y la responsabilidad de cada cristiano, no solo de los «ministros profesionales» o de un grupo de élite. Este llamamiento lo es a que todos los cristianos vivan de acuerdo con lo que Dios ha hecho.

En la NVI, la construcción de 4:2–3 se plantea en tono imperativo, pero en realidad se trata de frases preposicionales («con toda humildad», etc.) y participios («soportando ... haciendo todo esfuerzo»). No se trata, pues, de una serie de imperativos de igual rango. Aunque las diferentes expresiones de los versículos 2–3 se entienden con sentido imperativo, éstas están subordinadas a un imperativo principal: «vivan como es digno del llamamiento que han recibido». Tales expresiones describen *una vida digna del llamamiento de Dios, que están caracterizadas por la humildad, la amabilidad, la paciencia, el amor tolerante y el mantenimiento de la paz*. La atención se centra primero en el yo, y a continuación en las relaciones de amor. Un entendimiento de la obra de Dios representa siempre un ataque contra el yo, no para aniquilarlo o humillarlo, sino para situarlo en relación con Dios y redirigir sus intereses. Al perder la vida la encontramos.

No es sorprendente que en todas las cartas de Pablo la humildad se presente como

un elemento necesario de la vida cristiana. Aun cuando no se utilice específicamente la palabra humildad, Pablo subrayaba constantemente a sus lectores la necesidad de esta virtud.⁹ En otras cartas, el apóstol vincula la humildad con la unidad en el preciso punto en que comienza a establecer conclusiones éticas (p. ej., Rom 12:3–8; Fil 2:1–11; Col 3:12–15).

La palabra que se traduce como «siempre humildes» centra la percepción que tenemos de nosotros mismos;¹⁰ significa «modestia de mente» en contraste con altivez (cf. Rom 12:3; 11:20; 12:16). Tener un concepto bajo de uno mismo era propio de los esclavos y, entre los griegos de la Antigüedad, se consideraba un rasgo negativo, sin embargo tanto en el Antiguo Testamento como en el judaísmo se valoraba positivamente. El mejor comentario acerca de esta actitud se encuentra en Filipenses 2:5–8, donde se describe la abnegada mentalidad de Cristo.

La «mansedumbre» (*prautes*), una olvidada virtud, aparece con regularidad en las enumeraciones éticas de Pablo, lo cual demuestra el valor que él le atribuía¹¹ (cf. Fil 4:5, que utiliza *epieikes* pero tiene que ver con esta misma ética). En 2 Corintios 10:1 Pablo utiliza estas dos mismas palabras para describir su propia conducta, una mansedumbre que él afirma ser característica de Cristo.¹²

La «paciencia» (*makrothymia*) está también presente repetidamente en los listados de virtudes de Pablo. Hablando de la justificación, Juan Crisóstomo explicó el sentido de esta palabra apelando a su etimología, y afirmando que significaba «tener un alma grande y generosa».¹³ La paciencia es el ejercicio de un alma generosa que es capaz de soportar molestias y dificultades durante un tiempo.

La traducción de la NIV «soportándoos unos a otros en amor», suena un tanto arcaica y no expresa la fuerza del texto. Una traducción más apropiada sería «tolerantes unos con otros en amor» (como traduce la NVI. N. del T.). El cristiano soporta a otras personas, y esta tolerancia encuentra su capacitación y motivación en el amor (cf. Gál 6:2). Los conceptos de «amor» y «tolerantes unos con otros» están entrelazados y se explican mutuamente. Ambos son formas de valorar a la otra persona.

El «amor» (*agape*) disfruta al otro, pero no existe para el disfrute. No es un sentimiento u emoción, sino un acto de la voluntad. Existe únicamente en relación con personas específicas, y es siempre costoso. El énfasis sobre el amor es una extensión del acento sobre este tema en 3:17–19. Es decir, el amor experimentado en Cristo ha de hacerse extensivo a los demás. El sustantivo *ágape* rara vez se utilizaba fuera de los círculos judíos, y los escritos cristianos. Hoy se conocen algunos textos seculares que hicieron uso de este término, sin embargo no hay duda de que los cristianos inyectaron un nuevo contenido a la palabra para hablar del amor en relación con Dios, aludiendo, en primer lugar, al amor de Dios, después también al amor hacia Dios y hacia otras personas por causa de Dios. Este amor no tiene su origen en ninguna

motivación humana; es una elección estimulada por el amor de Dios.

Es importante subrayar lo recíproco del enfoque «el uno al otro». Esta palabra aparece cuarenta veces en las cartas de Pablo. Los cristianos forman parte unos de otros, y han de recibirse unos a otros, pensar el uno en el otro, servirse y amarse unos a otros, edificarse y llevar las cargas los unos de los otros, y someterse y estimularse unos a otros. El cristianismo es una religión dirigida a Dios, definida por Cristo y orientada hacia los demás. Solo con esta dirección apartada del yo nos encontramos a nosotros mismos.

Vivir de un modo digno de nuestro llamamiento requiere también avidez por «mantener la unidad del Espíritu». El verbo «esfuércense» (v. 3) traduce una palabra que significa «sé celoso o dispuesto». Se nos pide que valoremos la unidad, estemos atentos a ella, e invirtamos energía para que no se vea amenazada. La expresión «unidad del Espíritu» alude a la unidad que el Espíritu imparte o trae consigo, sin embargo tras ella subyace toda una serie de ideas como muestran los paralelismos y los versículos que siguen. Este mismo Espíritu obra en todos los cristianos, les bautiza en el mismo Cristo, y les nutre y conduce a todos (ver también 2 Cor 12:13; Fil 2:1).

Es importante que nos demos cuenta de que la unidad es algo impartido por el Espíritu, no algo que creamos. Se fundamenta en la unidad de Dios y del Evangelio, que son igual para todo ser humano. Aunque el tema de la unidad está muchas veces presente en las cartas de Pablo, la palabra griega *henotes* aparece únicamente aquí y en 4:13. Una comparación entre 4:3 y 4:13 muestra de nuevo el carácter «ya y todavía no» del cristianismo. Mientras que en 4:3 la unidad es una base, creada por Dios, de la cual partimos, en 4:13 es una meta hacia la cual nos movemos.

La palabra «vínculo» (*syndesmos*, aparece solamente en Hechos 8:23; Col 2:19; 3:14) se relaciona con *desmos*, que se utiliza para aludir a unos prisioneros que son atados. «El vínculo de la paz» puede significar tanto «el vínculo que es paz» como «el vínculo que crea la paz». En cualquier caso, hemos de pensar en la exposición acerca de la paz que encontramos en 2:14–18. La unidad que compartimos en el Espíritu de Dios se basa en el acto de pacificación realizado por Cristo, que ha creado un nuevo ser y que une a los cristianos.¹⁴

La unión está motivada por la unidad teológica (4:4–6)

El credo de 4:4–6 puede haberse adaptado a partir de una confesión prepaulina, no obstante lo más probable es que proceda de un credo utilizado en las iglesias de Pablo, o que el apóstol redactó para esta carta. Su teología es paulina, especialmente puesto que ningún otro autor del Nuevo Testamento utiliza la imagen del Cuerpo.¹⁵ La confesión está estructurada en torno a tres tríadas: (1) Cuerpo, Espíritu, esperanza; (2) Señor, fe, bautismo, (3) un Dios y Padre de todos, quien es sobre todos, por todos y en todos. Una vez más encontramos un material trinitario y basado en la *teología*.

Los cristianos deben mantener la unidad del Espíritu porque todo lo que de relevancia poseen, lo poseen juntamente con otras personas. Siete elementos van precedidos por la palabra «uno/una», y en cada caso la unidad expresa tanto el carácter único del elemento en cuestión como su valor fundamental para la unidad. Los siete expresan la realidad de que hay un solo Evangelio y que creer en él significa entrar en la unidad que éste crea. El cristianismo es una fe compartida. No existe ninguna fe distinta o meramente personal, ni ninguna salvación distinta.

Esta sección no solo mira atrás y se relaciona con 2:14–18, sino también con 2:21–22 y con 3:6. No existen varios cuerpos de Cristo en distintas localidades, sino uno solo, y cada congregación local es representativa de él. Tras este lenguaje de «un solo Cuerpo y un solo Espíritu» subyace la teología de 2:16–18 y 1 Corintios 12:13, según la cual los cristianos hemos sido unidos en un Cuerpo por el Espíritu y se nos ha dado conjuntamente acceso a Dios. Además de tener un origen común en la obra del Espíritu, y una existencia común en el Cuerpo de Cristo, los creyentes comparten también una esperanza común, el destino escatológico común del Evangelio.

En 4:4 Pablo repite su enfoque en «el llamamiento con que hemos sido llamados» (cf. v. 1).¹⁶ La similitud de los versículos 1 y 4 pone de relieve que vivir como es digno del propio llamamiento significará vivir en la unidad, puesto que todos comparten este mismo llamamiento y están camino del mismo destino.

La segunda tríada (v. 5) alude también al capítulo 2. En Cristo todo el edificio crece para ser un templo santo «en el Señor» (2:21). Esta es la única ocasión en que aparece el término «Señor» por sí mismo en los capítulos 1–3. Aunque el mundo pueda reconocer a numerosos «señores» (1 Cor 8:5–6), los cristianos solo conocen a uno, y esto implica que este único Señor no va a dar órdenes contradictorias a sus seguidores.

La expresión «una fe» se dirige atrás, a la explicación del Evangelio desarrollada en 2:1–10, sin embargo no alude aquí al acto de creer. La palabra «fe» se utiliza con sentido metonímico para aludir a aquello que se cree, es decir, el contenido de la fe. Esta afirmación significa que hay un solo Evangelio.

En la carta no hay ninguna otra referencia explícita al «bautismo», aunque en 4:22–

24 (quizá también 5:26) sí encontramos una alusión a esta ordenanza.¹⁷ Aquí, el principal acento de Pablo es que el único bautismo que existe es el bautismo en Cristo (o en su Cuerpo) por el Espíritu (cf. también 1 Cor 1:13; 12:13; Gál 3:27). Si los creyentes comparten el mismo Señor, creen el mismo Evangelio, y han experimentado la misma realidad de ser bautizados en Cristo, ¿acaso no han de vivir esta unidad?

Existe aún una base mayor para la unidad en Dios, el «Padre de todos» (v. 6). La teología es similar en 3:14–15. Sin duda la *shemá* judía —la confesión de que Yahveh es uno (Dt 6:4)— subyace tras este versículo (cf. también Rom 3:30; 1 Cor 8:6). La expresión litúrgica «que está sobre todos y por medio de todos y en todos» encuentra un paralelismo en varios textos, el más notable de los cuales es 1 Corintios 8:6 (aunque este texto es distinto, por cuanto todas las cosas son mediadas *por Cristo*). Hay cierta variación en el modo en que se aplican estas expresiones litúrgicas.¹⁸

Todo creyente ha recibido Gracia para edificar el Cuerpo de Cristo (4:7–16).

La lógica de esta sección está unida de un modo demasiado estrecho como para separarse en dos párrafos, como hace la NVI. Aun manteniendo la sección como una sola unidad no es fácil seguir la lógica, puesto que 4:9–10 tiene un carácter parentético (cf. la puntuación de las NVI).

Como sucede con otros pasajes que hablan del Cuerpo (Rom 12:3–8; 1 Cor 12:12–31), la insistencia de Pablo en la unidad se equilibra con un acento sobre la diversidad y la responsabilidad de cada persona. Aunque no es tan explícito en Efesios 4 como en otros textos, este es sin duda el propósito de Pablo. Por consiguiente, la decisión de la NVI es acertada cuando comienza el versículo 7 con el suave adversativo «pero» para prevenir cualquier idea errónea. Es decir, la unidad no significa que se pierda la individualidad y la responsabilidad individual. La unidad reina, sin embargo Cristo no actúa meramente en el plano universal. Él obra en el individuo, y da Gracia a todos los creyentes.

De nuevo, el término «gracia» adquiere un significado inesperado. No alude aquí a la Gracia salvífica, sino a la que se imparte para el ministerio, si es que ambos conceptos pueden separarse. Pablo podría fácilmente haber escrito: «A cada uno de nosotros se nos ha dado *ministerio*». Así como en 3:8 el apóstol hablaba de la Gracia que le fue dada para predicar a los gentiles, aquí, y en lenguaje prácticamente idéntico, alude a la Gracia que se ha dado a cada miembro del Cuerpo para llevar a cabo la obra del propio llamamiento.¹⁹

Tanto Romanos 12:3–8 como 1 Corintios 12:4–14 sirven de comentario acerca de este texto. La unidad no existe en la igualdad de personalidad o responsabilidad, sino en un origen común en Dios, en la dependencia del único Evangelio, y en el destino con Dios que se comparte. Dentro de la unidad, la Gracia se imparte a todos de manera que cada persona tenga una responsabilidad distinta. Como lo expresa Pablo

en Romanos 12:6 «tenemos dones diferentes, según la Gracia que se nos ha dado». La unidad se mantiene por la diversidad y la variedad.

La expresión «en la medida en que Cristo ha repartido los dones» (v.7) es literalmente «conforme a la medida del don de Cristo». Esto no sugiere que Cristo imparta solo una pequeña cantidad de Gracia a algunos, puesto que él la ha derramado pródiga y generosamente sobre todos nosotros (1:8). La identidad del don²⁰ es incierta. Podría aludir a la Gracia (como en 3:7), al Espíritu Santo (como en 1 Cor 12:7), o al propio Cristo. No es posible ni deseable determinar este asunto con más precisión, puesto que hablar de Gracia es hablar de Cristo y del Espíritu. La intención de Pablo es reconocer la diversidad de funciones dentro del Cuerpo de Cristo ideada por Dios y facultada por él mismo. ²¹

La palabra «medida» (v. 7) reaparece en 4:13 («la plena *medida* [NVI «estatura»] de Cristo») y en 4:16 («según la *medida* del trabajo de cada miembro»; NVI, «según la actividad propia de cada miembro»). Lo que se imparte a cada uno es necesario para llevar a cabo la plena medida del Cuerpo de Cristo.

En su cita del Salmo 68:18 en el versículo 8, Pablo está interesado principalmente en la última línea, «y dio dones a los hombres». Esto nos aporta una verificación bíblica de que el Cristo ascendido imparte dones a las personas. Esta cita difiere tanto del texto hebreo como de la Septuaginta, por cuanto ambos escritos consignan «ascendiste», «dirigiste» y «*recibiste* dones» en lugar de «ascendió», «dirigió», y «*dio* dones». ²² El salmo en cuestión trata de un Dios triunfante, que toma cautivos, y que recibe dones de las gentes (o que posiblemente recibe personas como dones).²³ Al parecer, este salmo se utilizaba en la celebración de Pentecostés y en la conmemoración de la dádiva de la Torá por parte de Dios.²⁴ Otros pasajes que utilizan el tema de la ascensión y el descenso, tratan también de la cuestión de la revelación (ver Jn 1:51; 3:13; Rom 10:6–8). Pablo entendía este salmo como una referencia a la ascensión de Cristo, o al menos, lo adaptó a este acontecimiento. La expresión «se llevó consigo a los cautivos», el desfile de su victoria, puede referirse tanto a los creyentes (2 Cor 2:14) como a los principados y potestades (Col 2:15). En vista de Efesios 1:20–23 que subraya la exaltación del Señor sobre las fuerzas espirituales, es probable que Pablo tenga en mente a los poderes malignos. La palabra «dones» podría tener un doble referente. En 4:7 estos son impartidos a las personas, sin embargo, en 4:11 son ciertas personas las que son dadas como dones a la Iglesia. Ser receptores de la Gracia convierte a estas personas en dones para la Iglesia.

Comentario parentético acerca de la Ascensión (4:9–10). La mención de la Ascensión en el versículo 8a suscita un comentario de carácter parentético en los dos versículos siguientes. La interpretación de estos versículos se ha hecho difícil por la tradición de la Iglesia que los ha entendido en relación con un descenso al Hades. Lo que está en cuestión es el modo en que entendemos el genitivo «de la Tierra» (la

traducción literal es «descendió a las regiones más bajas *de la Tierra*»²⁵). ¿Significa esto «las regiones más bajas de la Tierra» o «las regiones más bajas, es decir, a la Tierra»?²⁶ Si se trata de lo primero, entonces Pablo estaría hablando de un descenso al Hades; si el sentido fuera el último, entonces habría tres posibles interpretaciones:

(1) La encarnación de Cristo.

(2) El descenso de Cristo en el Espíritu el día de Pentecostés.²⁷

(3) El descenso de Cristo a la Iglesia al que se hace referencia en 2:17.²⁸

El último punto de vista tiene poca consistencia, y un descenso al Hades es difícil de aceptar en este texto o en cualquier otro. Pablo no habla en ningún otro lugar de un descenso al Hades, y es dudoso que 1 Pedro 3:18–22 se refiera tampoco a este asunto. En Efesios el conflicto con los poderes se desarrolla en las regiones celestiales, y la victoria de Cristo se produce por exaltación, no por descenso (ver 1:20–23; 6:10²⁹). En este tema, el punto más importante está en el movimiento del Cielo a la Tierra, es decir, en la Encarnación (ver Jn 1:51; 3:13; 6:51).

Las otras dos perspectivas de los versículos 9–10 (la Encarnación o Pentecostés) asumen que el texto debería traducirse «descendió abajo, a la Tierra». Aunque es cierto que una referencia a Pentecostés encajaría en la lógica del pasaje, esta opción es difícil de aceptar ya que sería, sin duda, una manera muy enigmática de expresarse por parte de Pablo. Lo más probable es que se trate de una referencia a la Encarnación: Aquel que descendió en la Encarnación es el mismo que ha ascendido y ha sido ahora exaltado sobre todas las cosas.

La verdadera preocupación del apóstol en este paréntesis no es el tema del descenso, sino la ascensión. La traducción de la NIV «para llenar todo el Universo» puede conducir a conclusiones erradas, por cuanto crea ideas de carácter espacial. El texto dice literalmente: «para que pueda llenar todas las cosas». Siempre que Pablo menciona la Ascensión, subraya la autoridad de Cristo, y el hecho de que éste abarca todas las cosas y les confiere su papel adecuado. Nada está fuera de la jurisdicción de Cristo o excluido de los beneficios y plenitud que éste trae consigo.³⁰

Ciertas personas son dadas como dones para servir y edificar (4:11–16) En el griego, esta sección es una larga oración gramatical, en la que se tratan dos temas: el ministerio que se lleva a cabo en el Cuerpo, y la madurez que este ministerio ha de conseguir. Los dones que Cristo da a la Iglesia son *personas* para promover el servicio y la edificación. Este texto enseña tanto acerca de los dones como del orden institucional.

En la reconstrucción de la Historia del Nuevo Testamento, los eruditos sugieren con frecuencia que la Iglesia Primitiva era controlada por el Espíritu y los *jarismata* y que el orden de la Iglesia se desarrolló más adelante. Esta es una de las razones por las que

algunos ven Efesios como representativa de un «catolicismo antiguo», puesto que el autor está aquí más interesado en las cuestiones de «oficios», orden y tradición. Este tipo de reconstrucción es desafortunado, ya que, si bien es posible que el enfoque en el Espíritu se haya perdido, desde el mismo comienzo de la Historia de la Iglesia, tanto el Espíritu como los dirigentes humanos actuaban conjuntamente. Este pasaje no dice más que lo que se afirma en 1 Corintios 12:27–31, a saber, que sin alguna forma de liderazgo no puede existir la comunidad, y que el Espíritu y el orden institucional no son antitéticos.³¹

Los siervos edifican hacia la unidad y el conocimiento de Cristo (4:11–13) Este texto no establece una jerarquía de clero y laicado; más bien, habla de personas que han sido dadas a la Iglesia para ayudarla con su servicio y edificación. No se trata de unos dones que se imparten a un grupo especial, sino de la Gracia que dota de personas a la Iglesia (cf. también 1 Cor 12:28, donde Dios puso primero apóstoles, después profetas, y después, maestros; después de estos tres, se enumeran ciertas funciones como los poderes y los dones de sanidad).

En el versículo 11 no se enumeran funciones, pero aparecen estas tres mismas categorías de personas junto con otras dos: «evangelistas» y «pastores», que se vincula al término «maestros». Estos dos últimos forman una sola categoría, porque en el texto griego un solo artículo gobierna ambos sustantivos. En otras palabras, la expresión significa «pastores que enseñan», y existen únicamente cuatro grupos.³²

Los títulos que aquí se enumeran no significaban necesariamente lo mismo en el siglo primero que en nuestros días, especialmente «evangelistas» y «pastores». De hecho, aunque todos los títulos aluden a roles que proclaman la fe, es difícil definirlos con precisión. Particularmente, en las cartas de Pablo, los datos son muy limitados. Además, las categorías no se excluyen mutuamente. Al menos, en teoría todos ellos podrían aplicarse a Pablo (cf. 2 Timoteo 1:11, que describe a Pablo como «apóstol», «maestro» y «heraldo»; también Hechos 13:1, que agrupa los términos «profetas» y «maestros»).³³ Cualquier intento de clasificar prolijamente estas funciones se viene abajo cuando se examinan los datos.³⁴

En el Nuevo Testamento, el término «apóstoles» tiene un amplio campo semántico. El trasfondo está en el concepto judío de agencia, según el cual, en el Nuevo Testamento, un agente sale para representar a quien lo envía. En ocasiones significa que alguien se convierte en agente de Dios tras haber visto al Señor resucitado.³⁵ Otras veces se refiere a quienes tienen el ministerio fundacional de establecer los parámetros de la fe, particularmente por haber estado físicamente con Jesús, o por su actividad dentro de la Iglesia Primitiva.³⁶ En otras ocasiones, significa poco más que el delegado de una iglesia.³⁷ Al menos en un texto (Rom 16:7) este término se aplica a una mujer.³⁸ Pero en la mayoría de los casos, la palabra «apóstol» se refiere a una persona

dentro del limitado grupo de los dirigentes que tenía un especial papel y autoridad. De lo contrario, los enérgicos esfuerzos de Pablo por defender su oficio apostólico no tendrían sentido. Los apóstoles fueron instrumentos de Dios particularmente autorizados, responsables de explicar y propagar las Buenas Nuevas de Dios.

También el término «profetas» tiene una amplia gama de sentidos. Puede aludir a los profetas que desempeñaron un papel fundamental junto con los apóstoles (2:20; 3:5) o a personas que fueron designadas como profetas en la vida de las iglesias locales (Hch 13:1; 15:32; 21:9; 1 Cor 14:32). Aunque cualquier cristiano podía profetizar (1 Cor 14:31), los discursos proféticos ocasionales no llevaban necesariamente la etiqueta de *profecía*. En ocasiones, los profetas predecían acontecimientos futuros (Hechos 11:27–28; 21:10), pero por regla general éstos explicaban la relevancia del Evangelio y de la voluntad de Dios (ver 1 Cor 14:3–40).

Los «evangelistas» forman un grupo del que se sabe poco (el título se aplica a Felipe en Hechos 21:8 y a Timoteo en 2 Timoteo 4:5). Probablemente no sea correcto afirmar que los evangelistas fueran heraldos itinerantes del Evangelio. Pablo instó al evangelista Timoteo a *permanecer* en Éfeso para edificar la iglesia de aquella ciudad (1 Tim 1:3), y el evangelista Felipe tenía una casa en Cesarea. Sin duda, su principal actividad se dirigía a los no creyentes, sin embargo el evangelista era alguien que se dedicaba a la proclamación del Evangelio y sus implicaciones. Tal actividad podía dirigirse tanto a creyentes como a no creyentes (ver Rom 1:15).

Si bien todo cristiano tiene una responsabilidad docente (1 Cor 14:26; Col 3:16), en la Iglesia algunas personas eran reconocidas como «pastores maestros» y eran remunerados por su enseñanza (cf. Hch 13:1; Gál 6:6; 1 Cor 12:28; 1 Tim 5:17). La figura del pastor que conduce a sus ovejas y vela por ellas es una imagen familiar en el Antiguo Testamento, que se aplica tanto a Dios como a dirigentes humanos.³⁹

El versículo 12 está formado por tres frases preposicionales que, traducidas literalmente, dicen: «*hacia* la capacitación del pueblo de Dios *para* una obra de servicio *para* edificar el Cuerpo de Cristo». La pregunta es: ¿describen las tres frases a los dirigentes, expresando de este modo tres propósitos para los que estos fueron dados a la Iglesia? ¿O solo la primera expresión alude a los dirigentes y las otras dos son una referencia a los miembros de la Iglesia en general? Dicho de otro modo, ¿participan los dirigentes en las tres tareas, o se limitan a equipar a los creyentes para que ellos hagan la obra y la edificación? Lo que está en cuestión es una concepción de la relación entre clero y laicado. La NVI ha escogido acertadamente la segunda opción. El acento en el hecho de que cada cristiano recibe Gracia para el ministerio en 4:7 y los paralelismos que encontramos en Romanos 12:3–8 y 1 Corintios 12:4–31 requieren un enfoque sobre la participación de todos en la obra de la Iglesia. Por otra parte, la insistencia en «preparar» requiere un complemento. ¿Para qué está siendo preparado el pueblo de Dios si no es para servir y edificar el Cuerpo?

El concepto de «edificar» (o «edificación») es un tema importante en Efesios (4:16, 29) y en la Eclesiología paulina en general. El apóstol utiliza el término quince veces en sus cartas (en Efesios, Romanos, y 1 y 2 Corintios).⁴⁰ Es la meta de la ética personal (Rom 14:19), de la adoración comunitaria (1 Cor 14:26), y del propio ministerio de Pablo (2 Cor 10:8). Lo que se subraya es principalmente el fortalecimiento interno de la Iglesia, sin embargo, se incluye también la edificación fruto de alcanzar a los no creyentes.

Aunque la primera parte del versículo 13 pueda tener implicaciones para los días del fin, este pasaje tiene más sentido si se entiende como una meta asequible y esperada para los cristianos en el presente. De otro modo el enfoque sobre la madurez cristiana que encontramos en los versículos 14–16 no tiene ningún sentido. La preocupación de Pablo es que sus lectores no sean llevados de acá para allá como niños, ahora, no tras la *parusía*. La traducción de la NVI «todos llegaremos [...] a la plena estatura de Cristo» apunta también al interés de Pablo en la edificación y madurez aquí y ahora, al logro de una fe sólida y madura.

Aunque en 4:3 la unidad se asume como algo que ha sido impartido, sigue siendo todavía algo hacia lo que los cristianos han de esforzarse. «La unidad de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios» no es meramente compartir las ideas que creemos, sino una unidad producto de la experiencia de recibir el Evangelio y de vivir con Cristo. No se trata de conocimiento acerca de Cristo, sino de un conocerle a *él*, de manera directa y relacional. Nuestro Señor quiere que tengamos una fe «madura» (cf. 1 Cor 13:11).⁴¹

La realidad de una fe madura y creciente se evidencia por la verdad y el amor (4:14–16). ¿Cuál es la conexión entre los versículos 11–13 y 14–16? La NIV ha interpretado la conjunción *hina* de un modo temporal («entonces» en el v. 14), sin embargo lo más probable es que tenga un sentido de propósito («para que») o de resultado («de modo que» o «así» [que es el sentido que le da la NVI. N. del T.]). Aunque algunos entienden que el versículo 13 tiene un carácter parentético, y que los versículos 14–16 estarían conectados al 12, lo más probable es que los versículos 14–16 estén directamente vinculados a la madurez que se menciona en el versículo 13: Pablo quiere que sus lectores lleguen a ser maduros *de modo que* no sean desviados por enseñanzas erróneas.

La inmadurez se describe en términos de ser «zarandeados por las olas» y «llevados de aquí para allá por el viento», es decir, ser fácilmente engañados.⁴² Pablo presenta a una persona que no sabe dónde encontrar la fuente de la verdad y la vida y que es repetidamente embaucado por charlatanes y farsantes. El texto plantea implícitamente varios contrastes:

(1) infancia frente a madurez

(2) ser zarandeado de acá para allá en contraste con unido y sostenido (v.16);

(3) engaño frente a hablar la verdad (v.15)

(4) de origen humano frente a procedente de Cristo

(5) personas astutas que se sirven a sí mismas frente a otras honestas y amorosas que sirven a los demás.

Junto con la transición a la descripción de la madurez que tenemos en 4:15, encontramos lo que quizá sea la directriz ética más importante del Nuevo Testamento, un principio que resume la esencia de la vida cristiana: verdad, amor, y constante crecimiento a semejanza de Cristo en todos los aspectos.⁴³ La palabra que aquí se traduce como «verdad» es en realidad un verbo; una traducción literal sería «viviendo la verdad en amor».⁴⁴ La idea de que la *verdad es algo que hacemos* aparece tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, y en los Rollos de Qumrán.⁴⁵

El concepto semítico de verdad apunta a aquello de lo que es posible depender. Es principalmente un término de carácter relacional que se aplica a la lealtad en el ámbito de un pacto, y que en ocasiones se traduce como «fidelidad». Una persona veraz es alguien que vive sus obligaciones contractuales, lo cual incluye tanto lo que se dice como lo que se hace. Por consiguiente, *tanto* la verdad como el amor nos vinculan a la otra persona, puesto que no podemos vivir la verdad y violar las relaciones pactadas. La verdad comporta una cierta valoración de los hechos y una consideración de lo que es real en contraste con lo ilusorio, sin embargo no es algo limitado meramente a lo mental sino de carácter mucho más integral. Vincula al menos la coherencia de palabra y acción con la fidelidad relacional.

Hablar y vivir la verdad del Evangelio se contrapone a las enseñanzas engañosas que extraviaban a los inmaduros. Cabe mencionar una preocupación todavía más amplia por la verdad en general. La verdad del Evangelio no puede separarse de la verdad en general, ya sea cuando se trata de explicar los propósitos de Dios o en la relación con otros seres humanos. Es evidente que Pablo tiene en mente este interés más amplio por el comentario acerca de la verdad que sigue en 4:21, 24–25, y 5:8.

El tercer rasgo de este resumen ético es el más importante. Hemos de «crecer en [Cristo]» en todo. El verbo principal no está en futuro como expresa la NVI, sino que se trata más bien de un mandamiento en primera persona del plural: «Crezcamos [o desarrollémonos] en él en todas las cosas». Vivir la verdad en amor es tanto el medio del crecimiento como su fruto. Al vivir la verdad y el amor que encontramos en Cristo (3:19 y 4:21) y expresar estas cualidades, nos vinculamos más estrechamente a él y llegamos a ser más como él. La idea de crecer en Cristo pueden sonar extraña al principio, sin embargo forma parte de la teología de las «esferas de influencia» tan importante para Pablo y que se expresa mediante la expresión «en Cristo».⁴⁶ Los cristianos están vinculados a Cristo por la fe, y a medida que éstos crecen, entran a una relación más estrecha con él y en conformidad con su carácter y voluntad.

Con la idea del crecimiento, la transición a la imaginaria del Cuerpo se hace fácil, y el apóstol retoma esta metáfora con el pensamiento del papel de Cristo como cabeza. Este es uno de los pocos lugares del argumento en que es verosímil dar al término «cabeza» el sentido de «fuente». ⁴⁷ No obstante, esta idea de origen no deriva del término en sí, sino del hecho que Cristo como Señor exaltado es fuente de la vida y de todo lo bueno. Como siempre que aparece, la palabra «cabeza» apunta al hecho de que él es Señor (cf. 1:22). Y, puesto que es el Señor, tiene poder y autoridad para suministrar al Cuerpo todo cuanto éste necesita.

La imagen del Cuerpo ha aparecido ya varias veces.⁴⁸ De hecho, los comentarios que Pablo hace aquí desarrollan las ideas de 1:22–23. Ningún otro autor del Nuevo Testamento utiliza el término «Cuerpo» de un modo metafórico,⁴⁹ pero para Pablo es una palabra fundamental para explicar la Salvación, la Iglesia, y la ética cristiana.⁵⁰ Además, el lenguaje de este texto es similar a la terminología del edificio que encontramos en 2:21–22. El edificio es edificado y el Cuerpo crece; en ambas metáforas las personas son unidas entre sí como resultado de su vínculo con Cristo (cf. también Col 2:19). La imagen del Cuerpo transmite varias ideas:

- (1) Existe una relación íntima entre Cristo y quienes creen en él. Éstos están vinculados a él y este vínculo les proporciona recursos para la vida.
- (2) La unión con Cristo une a las personas entre sí.
- (3) Dentro del Cuerpo, cada creyente tiene la responsabilidad de cumplir con aquello a que ha sido llamado.
- (4) El Cuerpo crece y es edificado por la actividad propia de cada parte y el sostenimiento que procede de Cristo.
- (5) Todo lo que se hace en el Cuerpo se lleva a cabo en el contexto del amor.

El sentido de las palabras «sostenido y ajustado por todos los ligamentos» es un tanto difícil. «Sostenido» (*epichoregia*) significa por regla general «suministro» o «provisión»; *aphe*, la palabra que se traduce como «ligamentos», se utiliza con un sentido más general de «conexión» y, al menos más adelante, adquirió el significado de «articulación». Por tanto, ¿qué es lo que Pablo quiere decir? ¿«Sostenido y ajustado por todos los ligamentos» o «cada contacto que sirve para suministrar»?⁵¹ Aunque ambas ideas de vínculo y de suministro están presentes en este versículo —difícil desde un punto de vista sintáctico—, los datos en sí parecen favorecer la traducción «cada contacto que sirve para suministrar».

Traer este texto a nuestra situación contemporánea es relativamente fácil. La mayor parte de las ideas son familiares y tan pertinentes para los lectores de hoy como lo fueron para los de su día. No obstante, tanto la teología del texto, como la colisión que se produce entre su concepción del mundo y la nuestra requieren consideración.

Construyendo Puentes

¿Por qué preocuparse por la ética? ¿Por qué hemos conducirnos con rectitud? Se supone que tanto los padres como las escuelas y la sociedad han enseñar lo que se ha o no de hacer. En muchas sociedades modernas los esfuerzos en este sentido han fracasado, y cristianos y no cristianos por igual, lamentan el colapso de la ética a todos los niveles. La delincuencia, los abusos, y la violencia son hoy cosas muy comunes, y para muchos no existe ningún tipo de ética sexual. ¿Pero, qué razones hay para no satisfacer nuestras necesidades y deseos aunque ello suponga que otros hayan de sufrir? El temor de la policía o de la venganza no es un elemento suficientemente disuasorio, puesto que, con frecuencia, el beneficio de la acción compensa por el riesgo que se corre. Como motivación, la respetabilidad tampoco es demasiado efectiva, porque nuestra sociedad le concede poco valor. Algunos proponen que hemos de conducirnos éticamente para que el sistema funcione, pero ¿a quién le importa eso? Para muchos el sistema no funciona.

Como da a entender Pablo en 4:1, toda ética está motivada por consideraciones teológicas. La teología motiva la aplicación, porque entiende la importancia del tema. La ética de Pablo es principalmente cristológica, y este texto comienza a explicar lo que esto significa.⁵² Recordemos: la cristología es Soteriología, Eclesiología y ética. Toda ética —y especialmente la cristiana— es por necesidad ética de respuesta. Dios actúa en la creación, en el Éxodo, en Cristo, por medio del Espíritu, o en nuestras propias vidas, y nosotros respondemos a su Gracia.

Un tiempo atrás, en nuestra sociedad había un número suficiente de personas con convicciones teológicas para motivar una vida ética; otros asumían la ética sin conocer la teología subyacente. Hoy la mayoría no sabe nada de teología y por tanto las personas han perdido cualquier base para una conducta ética. Las reglas nunca motivan un comportamiento recto, pero sí la conciencia de Dios. Por tanto, para aplicar a nuestros días la ética de este pasaje hemos de recuperar su teología. La tarea de los pastores y maestros no es dar a los cristianos meras listas de cosas que hay que hacer y cosas que hay que evitar. Es *imperativo* que les den dirección, pero junto con sus directrices han de transmitir también una teología que motive la vida.

Hemos de recuperar un sentido de nuestro llamamiento. La mayoría de los cristianos no tienen sentido alguno de haber sido llamados por Dios, pero la realidad es que todos lo han sido, y ello como un acto de Gracia por el que se les ha dado también toda la capacitación necesaria para la vida. Este don conlleva una responsabilidad. Hemos de vivir la realidad del amor de Dios por nosotros.

En otras palabras, la teología no es un tema misterioso reservado a los intelectuales, sino una formación básica para entender el Evangelio a fin de de que aprendamos a vivir.

Relaciones entre cristianos. Toda la vida tiene un carácter relacional (aun cuando creamos estar solos y ser independientes). Necesitamos el respeto y la atención de los demás. Aunque nos apartemos de la gente, nuestras capacidades, ideas, y muchas veces nuestra propia existencia dependen de otras personas. El cristianismo es una religión relacional, y este texto, aunque no es un tratado sobre el tema de las relaciones humanas, dice mucho respecto a cómo vivir con otras personas.

Las relaciones positivas se basan en varios factores: una identidad compartida en términos de familia, cultura, subcultura, y raza; una experiencia compartida; valores comunes; y respeto.⁵³ La teología cristiana ofrece una sólida base para las relaciones con otros seres humanos meramente por el vínculo común de ser personas creadas a imagen de Dios. Sin embargo, las relaciones entre los cristianos tienen un fundamento más amplio. Éstos comparten una identidad en Cristo, la experiencia de Cristo, y una serie de valores determinados por él. Esto es lo que Pablo intenta transmitir con su enfoque sobre la unidad y el Cuerpo. La mayor parte de las anomalías de la conducta que se presentan en la instrucción ética del Nuevo Testamento son pecados que perturban el sentido de comunidad, y la mayoría de las virtudes que se presentan lo fomentan.

Cuando se trata de las relaciones interpersonales, el ego es el problema más importante, puesto que es ahí donde está el origen de los sentimientos de inferioridad y superioridad, de la envidia y la avaricia, de los prejuicios y de las actitudes defensivas, y de la intolerancia y los abusos. Como observó William Temple, el orgullo es siempre la raíz del fracaso espiritual.⁵⁴ La solución está en un sentido de la Gracia de Dios, ya que la Gracia impide que el ego exagere su importancia.

Como sucedía en la antigua cultura griega, nuestra sociedad considera la humildad, la mansedumbre y la benevolencia en términos negativos (cf. v. 2). Con demasiada frecuencia la humildad se confunde con la pasividad y se considera como incompatible con el éxito, pero esto es una distorsión. La humildad no tiene nada que ver con el empuje, la energía, o las capacidades, sino con el modo en que alguien se valora a sí mismo. Representa la conciencia de que todo lo que somos y tenemos procede de Dios. La persona humilde se niega a valorar el yo por encima de los demás, o a concederle más privilegios o importancia que a otras personas. La humildad es esencial para las buenas relaciones y para evitar el pecado, tanto es así que Ignacio afirmó que, por medio de ella «el príncipe de este mundo es reducido a nada».⁵⁵ Por otra parte, el egotismo es una idolatría del propio ser, una ceguera que impide ver que el patrón para la vida es Dios, no nosotros.

Unidad. Efesios es la carta de la unidad, pero nosotros no valoramos la unidad. En lugar de hacer todo esfuerzo necesario por mantenerla (v. 3), la sacrificamos cuando aparecen las primeras diferencias. Damos más valor a las diferencias que a la unidad o a las personas. Los cristianos han tenido más temor de una cierta estructura mundial

ecuménica que de fragmentar el Cuerpo de Cristo. Hay algo en nosotros que quiere posicionarse fuera de los demás, ¿pero acaso no es esto también una forma de egotismo?

La desmembración se origina en el orgullo, como muestra dolorosamente la correspondencia corintia. Las denominaciones y movimientos paraeclesiales son tan culpables de egotismo y arrogancia como los individuos. Casi todas las denominaciones han actuado de manera arrogante y provinciana, y han sucumbido a luchas ajenas por completo al Evangelio. Además, todas las denominaciones están divididas en liberales y conservadores (al margen de lo liberal o conservadora que sea la denominación en sí). No existe la unidad entre grupos, dentro de ellos, o en congregaciones locales.

La mayoría de los grupos está formada por personas que están dentro y fuera de sus círculos. Hablamos de unidad y comunidad, pero no las tenemos. Las palabras de Paul Minear suenan dolorosamente verdaderas cuando afirma que difícilmente podemos utilizar Efesios 4 para «describir el cristianismo del siglo XX sin cruzar los dedos, ahogar un grito mordaz, o desafiar airadamente la hipocresía de cualquier iglesia que parodia píamente expresiones litúrgicas como: “habéis sido llamados a la esperanza de vuestro llamamiento” (4:4)». ⁵⁶

¿Cómo puede establecerse la unidad? No es necesario ningún establecimiento de la unidad, puesto que ésta ha sido ya establecida por Dios. Solo ha de ser valorada y mantenida. Cristo no está dividido (1 Cor 1:13). La fuente de la existencia de la comunidad no es ella misma, sino Cristo. Él es la unidad de la Iglesia, puesto que ésta solo existe en él. La Cristología es Eclesiología.

Esto no pretende restar validez y valor a las diferencias entre comunidades, y las distinciones teológicas y culturales no pueden ignorarse. No se trata de ocuparnos en desarrollar cierta unidad organizativa. El verdadero asunto es, más bien, la unidad *en Cristo*, que implica una concepción del mensaje bíblico acerca de Cristo como Señor crucificado y resucitado. No es necesario que los cristianos estén de acuerdo en todo para tener unidad; hemos de vivir la unidad del compromiso común con Cristo. La fórmula de Rupert Meldenius popularizada por Richard Baxter sigue siendo un buen criterio: «Unidad en lo esencial, en lo secundario, libertad y, en todo, caridad [amor]». ⁵⁷

Lo que está en juego es la misión de la Iglesia. La unidad y la misión forman una misma cosa. En 3:5–10 la unidad entre diversos grupos se presenta como algo que está en el corazón del Evangelio y es evidencia del poder y la sabiduría de Dios. La misión de la Iglesia queda mutilada por la división entre distintos grupos. A no ser que evidenciamos la unidad, nuestro testimonio no merece ser oído.

¿Un bautismo? De todas las afirmaciones acerca de la unidad que encontramos en

4:4–6, sin duda la más difícil de encajar es: «un bautismo». ¿Tenemos siquiera el derecho de pronunciar estas palabras cuando el bautismo ha sido una causa tan importante de división? Sí, puesto que existe únicamente un bautismo, el bautismo en Jesucristo. Pablo no estaba hablando del modo o momento oportuno de una ceremonia; estaba afirmando simplemente que no existe ningún otro bautismo más que el bautismo en Cristo. ⁵⁸

El tema más difícil es el del nuevo bautismo. Si una persona es bautizada en su infancia y rebautizada después como adulta, ¿no se está acaso rechazando la validez del primer bautismo? Por otra parte, si no se permite este nuevo bautismo ¿no se está rechazando con ello la legitimidad del bautismo de los creyentes? No existen soluciones fáciles, pero la clave es la integridad y el respeto de las personas implicadas. No es necesario que nos pongamos de acuerdo acerca de la teología del bautismo para que nos aceptemos el uno al otro. Ambas partes necesitan la libertad de afirmar sus convicciones sin degradar a quienes disienten de su posición. Ambas posiciones han de permitir a la persona que se va a bautizar la libertad de actuar según sus convicciones. Las dos partes han de reconocer que siguen en gran medida el mismo proceso: llevan a cabo algún tipo de ceremonia en el momento del nacimiento (bautismo o dedicación/presentación), se busca alguna forma de ratificación en torno a los doce años (confirmación o presión para la toma de una decisión), y ambas partes demandan la validación de una fe adulta alrededor de los dieciocho. Se reduce meramente a una cuestión de cuándo se llevan a cabo estas cosas y cuánta agua se utiliza. ¿A qué concedemos más valor, a nuestras diferencias o a nuestra unidad en Cristo? Pablo se decidió por la unidad.

El tema de la ascensión y el descenso. Una de las secciones difíciles de aplicar es 4:8–10, ya que su relevancia no se hace evidente de manera inmediata. La clave está en mantenernos con el propósito de este material. Pablo cita el Salmo 68:18 para ofrecer una verificación de que el Cristo ascendido imparte dones para edificar su Iglesia. Los versículos 9–10 consolidan este mensaje del equipamiento de la Iglesia para el ministerio, por parte del Señor.

El propósito del texto es ofrecer una base teológica para la obra de Cristo en la Iglesia. La aplicación se centrará en la expectativa y la obediencia que proceden de esta convicción teológica acerca del señorío de Cristo, su encarnación, y su inversión en la vida de sus seguidores. Si él es el Señor, que imparte los dones y llena todas las cosas, cabe esperar su participación en nuestro trabajo y debemos estar dispuestos a obedecerle.

La obra de la Iglesia. Este pasaje no describe toda la obra de la Iglesia, pero sí contribuye mucho a una teología del ministerio. La mayor parte del texto se centra en la edificación interna de la Iglesia, más que en su misión fuera de sus propios círculos. Es, por tanto, incompleta, sin embargo ningún texto debería considerarse como una

afirmación teológica exhaustiva. A pesar de su importante acento en la temática eclesiológica, Efesios no es una eclesiología completa.

La responsabilidad del individuo. En demasiados casos las personas asisten a una iglesia, escuchan el mensaje de un predicador, y no hacen gran cosa más. ¡No es de extrañar que se haya acusado al Cuerpo de Cristo de tener una gran boca y una gran cantidad de pequeños oídos! Sin embargo, no es así como Pablo veía a la Iglesia. Aunque es cierto que algunos tienen la especial responsabilidad de enseñar y predicar, Pablo subraya que cada cristiano es responsable de edificar la Iglesia. Todos hemos recibido Gracia para el ministerio y hemos de vivir de un modo digno de nuestro llamamiento. Se espera que todos trabajemos para fortalecer la Iglesia, y solo en la medida en que cada miembro desarrolle su llamamiento, la Iglesia será verdaderamente fuerte.

Quienes tienen especiales responsabilidades en las áreas de la docencia y la predicación han de equipar a otros para servir, no hacer «la obra de servicio» en lugar de ellos; por otra parte, no debe ponerse a tales personas en una categoría distinta ni dárseles tareas prohibidas para otros. Hemos de dar valor al servicio de todas las personas que forman la Iglesia, y los cristianos de a pie han de aceptar su responsabilidad y esforzarse en desarrollar su llamamiento.

Dones para el ministerio. La exposición acerca de los dones espirituales es enriquecida por la aportación de este pasaje. Algunos proponen que la Gracia es una nueva capacidad para el servicio que se otorga a todo cristiano en el momento de la conversión, y que ha de descubrirse y ejercitarse. Por regla general, el argumento de quienes defienden este punto de vista es que, aunque los dones no son lo mismo que los talentos, ambos se descubren de un modo parecido: uno es atraído hacia el don en cuestión, lo estudia, lo prueba, lo desarrolla y lo ejercita. ⁵⁹ Supuestamente, los inventarios de dones espirituales son de ayuda para encontrar el don de cada uno. Pero este acercamiento es un tanto ingenuo y no hace justicia al registro bíblico. De hecho, se trata de un acercamiento egocéntrico. El Nuevo Testamento nunca nos demanda una identificación de nuestros dones, y en relación con este tema utiliza un lenguaje sorprendente. Entre los varios usos deberían, al menos, mencionarse seis categorías de dones:

- (1) El don esencial (*jarisma*) es el de la vida eterna en Cristo (Rom 6:23), y todos los demás existen a partir de éste. ⁶⁰
- (2) El Espíritu Santo es también un don (a menudo *dorea*) que se imparte a cada cristiano.
- (3) La propia condición en la vida es un don (*jarisma*), específicamente el matrimonio y el celibato (1 Cor 7:7).
- (4) El ministerio se considera como un don (*dorea* en Ef 3:7–8).

(5) Las personas son dones (*domata*) impartidos a la Iglesia (Ef 4:8, 11).

(6) Varias actividades se mencionan también como dones (*jarismata*), como por ejemplo las que se enumeran en 1 Corintios 12:28 y que, por regla general, se consideran dones «espirituales».

Esto sugiere que necesitamos dar al término *don* un sentido mucho más amplio del que recibe generalmente. Decir que un don es algo que se recibe en la conversión y es distinto de un talento es erróneo. El paralelismo que encontramos en 1 Corintios 12:4–7 muestra que un don es lo mismo que una operación o un servicio; un don es simplemente el modo en que el Espíritu obra a través de una persona para el bien de la comunidad. Por consiguiente, nadie debería asumir que se trata de una posesión vitalicia.

En Efesios 4:11 se presenta a ciertos dirigentes como dones concedidos a la Iglesia, sin embargo esto se aplica también a cualquier cristiano. Todos han recibido Gracia y tienen la responsabilidad de participar en la construcción de la Iglesia. Puesto que el Espíritu obra por medio de cada miembro de la Iglesia para el bien de la comunidad, *cada creyente es un don* para ella. Haríamos bien en ocuparnos menos en identificar los dones y más en ser un don, es decir, en entender cómo obra el Espíritu a través de nosotros para fortalecer el Cuerpo.

Líderes cristianos. Este texto identifica a los líderes cristianos cuyo trabajo consiste en proclamar la Palabra de Dios. Aunque la lista no pretende ser exhaustiva, surgen algunas cuestiones acerca de la importancia de 4:11 por lo que se refiere a configurar la estructura de la Iglesia de nuestro tiempo. ¿Deberían estas cuatro áreas convertirse en oficios? ¿Siguen hoy vigentes los oficios apostólico y profético?

Hemos de prestar una cuidadosa atención al propósito de este texto, los títulos empleados y las diferencias entre la Iglesia moderna y la del primer siglo. Después del siglo primero los términos «apóstol» y «evangelista» rara vez se utilizaban para referirse a los líderes de la Iglesia. En los escritos de los Padres Apostólicos la palabra «apóstol» aparece únicamente en *la Didajé* 11.3, y «evangelista» no aparece. El término *apóstol* solo podría utilizarse en nuestros días si se le despojara de su principal sentido neotestamentario que alude a quienes vieron al Señor resucitado y ayudaron a delimitar los contornos de la fe. Aún necesitamos a personas que custodien el contenido de la fe, sin embargo el uso de este término en nuestros días es pretencioso e induce al error. No existe ninguna base para excluir la profecía de la Iglesia moderna, aunque el uso de este título para aludir a personas específicas es asimismo peligroso y presuntuoso.

El versículo 11 no establece un orden de la Iglesia, y ninguna de las cuatro categorías que menciona es un oficio eclesiástico. Lo que hace es describir el modo en que Cristo equipa a la Iglesia para su servicio. El ámbito de las funciones que aquí se

enumeran se solapa, sin embargo es importante ver que *todas ellas son ministerios de la Palabra*. Los dirigentes han de comunicar el mensaje. Cualquier intento de reproducir la estructura de la Iglesia Primitiva está destinado al fracaso. Ningún texto del Nuevo Testamento establece un orden de la Iglesia, y una investigación de estos títulos muestra que en el siglo primero no existía un solo orden o un orden establecido.⁶¹ Además, las necesidades de las iglesias modernas son distintas de las que tenían en el siglo primero. Las iglesias de hoy son más numerosas, tienen ministerios extensos, y están enmarcadas en un contexto cultural distinto. Una buena parte de lo que tiene que ver con estructura y administración es de carácter *cultural*, y con la dirección del Espíritu deberíamos diseñar estructuras adecuadas para nuestras tareas.

Es esencial desarrollar una sana concepción del ministerio. En el centro de todo lo demás está el ministerio de la Palabra preparando a una comunidad para el servicio. *El lenguaje crea una comunidad*, y quienes comunican el mensaje de Jesucristo crean una comunidad que comparte identidad y valores. La predicación crea una esfera de poder que sirve de contexto y fundamento para la vida de las personas, puesto que el lenguaje es la herramienta que utilizamos para dar forma a la realidad. La predicación es la oportunidad que tiene cada predicador para traer orden al caos sobre la base de la Palabra de Dios. ⁶² Este orden—basado en la Cruz y la Resurrección—, da a las personas el fundamento y la dirección para el servicio.

El papel de los líderes es servir a las personas; en la Iglesia no existe nada parecido a una jerarquía privilegiada. Lamentablemente, aunque los cristianos hablan de liderazgo servicial, éste rara vez existe. Los pastores no creen realmente en el liderazgo servicial, puesto que la sociedad moderna nos hace muy difícil separar el liderazgo del ejercicio del ego. Con frecuencia, el liderazgo acaba girando en torno al dirigente o a la institución, pero no a las personas. Sin embargo, el liderazgo cristiano ha de ser distinto. Si la primera parte de nuestro llamamiento requiere humildad (4:2), los dirigentes han de ser, entonces, los primeros.⁶³ El liderazgo servicial que Jesús requiere es únicamente la aplicación del Evangelio a la tarea del liderazgo. Si los líderes no son capaces de aplicarse el Evangelio a sí mismos, no son verdaderos líderes.⁶⁴

El Cuerpo. Dada la complejidad del pensamiento de Pablo, la imagen del Cuerpo es difícil de traer a nuestro tiempo. Su intención era más que meramente afirmar que los cristianos son *como* el Cuerpo de Cristo. El apóstol utilizó la imagen del Cuerpo para expresar la realidad de la unidad con Cristo. Toda su teología de la salvación depende de esta unidad. En 2:15–16 Pablo afirmó que Cristo creó un nuevo ser en sí mismo para reconciliar a judíos y gentiles con Dios en un Cuerpo; somos miembros de su Cuerpo (5:30). Este lenguaje es una extensión de la concepción «en Cristo» de Pablo.

En Romanos 12:5 (un texto cercano al pensamiento de Ef 4:16), Pablo escribió: «nosotros, siendo muchos, formamos un solo Cuerpo en Cristo, y cada miembro está

unido a todos los demás»⁶⁵ (cf. también Ef 4:25). «Un Cuerpo y muchos miembros» es un concepto que hemos de integrar en nuestro vocabulario. Somos individuos, pero nuestro vínculo con Cristo nos hace uno con él y uno el uno con el otro. Esto es un sorprendente privilegio y una gran responsabilidad. Cristo llena todas las cosas y durante el proceso nos une. Hemos de recordar que la palabra «religión», se deriva de la raíz del término «ligamentos» y alude a aquello que une. La unidad y los esfuerzos por ayudarnos el uno al otro son conclusiones necesarias.

La necesidad de la verdad. Con la cuestión de la verdad, hemos de reconstruir la estructura desde nuestro extremo, ya que muchos de nosotros estamos demasiado dispuestos a sacrificar la verdad. La afirmación de Juan en el sentido de que el ser humano ama más las tinieblas que la luz sigue siendo verdadera (Jn 3:19), y tanto cantautores, como filósofos y asesores morales lamentan el fracaso humano con la veracidad. El quejumbroso coro de la canción de Billy Joel «Honesty» expresa un sentimiento universal:

«Honestidad»: qué palabra tan solitaria
Todo el mundo es tan falso
Que raro es oír hablar de ella
Y es principalmente lo que necesito de ti.

Diógenes, el filósofo de la Antigüedad, emprendió un viaje con un candil en busca de un hombre honrado. Blaise Pascal se quejó de que la vida humana no es sino un engaño perpetuo y que las relaciones humanas se basan en el engaño recíproco.⁶⁶ Martin Buber aludió al misterioso juego del escondite al que jugamos en la oscuridad de nuestro ser y en el que el alma pretende esconderse de sí misma.⁶⁷ Thomas Merton formuló la acusación de que nuestras mentes están deformadas por una forma de desprecio de la realidad, pero que al contaminar la verdad profanamos nuestras propias almas.⁶⁸ Y en consonancia con Génesis 3, Scott Peck ha señalado que el mal tiene siempre que ver con la mentira.⁶⁹

Estos analistas no exageran. Tanto con nosotros mismos como con los demás vivimos por distorsión. En China, por ejemplo, el juego es ilegal, sin embargo en un hipódromo de Beijing tienen lo que llaman «pruebas de inteligencia equina». Las ventanillas de apuestas son taquillas, las ventanillas de pagos se convierten en billetes para el intercambio de premios, y los jugadores son entonces concursantes, todo ello bajo una enorme pancarta que recuerda a todo el mundo que el juego está estrictamente prohibido.⁷⁰

Durante una buena parte de nuestras vidas vivimos «pruebas de inteligencia equina». El gobierno transmite «desinformación», los políticos hacen promesas vacías, los «portavoces» distorsionan los hechos, y los abogados van en busca de una

pervertida justicia que prohíbe la verdad, sabiendo que si fueran veraces perderían sus casos. La distorsión impregna nuestra sociedad, desde nuestras declaraciones a la Agencia Tributaria a lo que les decimos a nuestros seres queridos. Un libro de reciente aparición llega a afirmar que la verdad está sobrevalorada moralmente.⁷¹ La mentira es tan corriente que se ha convertido en elemento central de las series cómicas de la televisión. Es fácil reírse de personas que viven de un modo distorsionado.

También los cristianos son culpables de restar importancia a la verdad, pero si la maldad siempre tiene que ver con la mentira, entonces sin duda los cristianos han de conceder un enorme valor a la verdad. Mentir sale caro. Las mentiras tienen un efecto tremendamente destructivo para el ser y para las relaciones interpersonales. Tanto la salud mental como la espiritual dependen de nuestra disposición a decir la verdad. Cito a continuación varias afirmaciones punzantes sobre la verdad que merecen reflexión:

La salud mental es un continuo proceso de dedicación a la realidad, a toda costa.⁷²

La verdad importa ... La dignidad humana está en la fidelidad a la verdad ... No es solo que al obedecer las evidencias de la verdad ningún ser humano será humillado, sino que solo de este modo será ennoblecido.⁷³

Al decir la verdad nos hacemos reales.⁷⁴

El valor e integridad de una institución depende de su disposición a llamar a las cosas por su nombre.⁷⁵

La verdad es el único lugar en que vivimos de manera legítima y libre. Evitamos la verdad por dos razones esenciales, dos razones que son la fuente de todo pecado: orgullo y pereza. El orgullo objeta a la verdad, porque siempre pretende presentar una imagen más favorable de sí, y la pereza la evita porque la verdad requiere y crea trabajo. No obstante, el precio de sortear la verdad es enorme. La mentira nos destruye, a nosotros y a quienes nos rodean, y trastorna además nuestra relación con Dios y con los demás.

También la verdad puede causar dolor, sin embargo esta es la razón por la que la verdad es la segunda palabra de la vida cristiana y no ha de administrarse por sí misma. La primera palabra es *Gracia*, y ella nos capacita para hacer frente a la verdad. Junto con el amor, la fe y la esperanza, la Gracia y la verdad constituyen un fundamento lo suficientemente sólido como para hacer frente a la vida. La verdad no ha de aplicarse por sí misma, ni tampoco el amor. Estas dos realidades han de ir juntas. No son antitéticas; este pensamiento nunca se le pasó por la mente a Pablo. Más bien, el amor se regocija con la verdad (1 Cor 13:6). Cuando el amor y la verdad

se mantienen juntos, nace la verdadera comunidad.

Significado Contemporáneo

Hasta este punto de la carta, a los lectores no se les ha pedido que hagan sino recordar su pasada alienación y actual aceptación en Cristo (2:11). Durante tres capítulos se les ha recordado la bondad de Dios y la maravillosa salvación que poseen. Ahora con toda la fuerza posible, se les implora que vivan como es digno de su llamamiento.

La aplicación requiere aceptar el reto de vivir nuestra fe de un modo práctico. Con mucha frecuencia se presenta un cristianismo que no pide nada de los creyentes. Hacemos tanto hincapié en la debilidad humana, en nuestra incapacidad de hacer nada provechoso, y en la necesidad de la intervención de Dios en la salvación, que no queda espacio para la responsabilidad humana. *¡El Nuevo Testamento nunca da esta impresión!* Es cierto que la responsabilidad humana va unida a la acción de Dios, pero nosotros *somos* responsables. Hemos de esperar algo de nosotros. Si la salvación de Dios es tan grande, vivamos de un modo coherente. Esto requiere un acto de la voluntad y la determinación de llevarlo a cabo. Como dijo Philip Spener: «no basta en modo alguno con tener conocimiento de la fe cristiana, puesto que el cristianismo consiste más bien en práctica». ⁷⁶

La metáfora de «andar» (NVI, «vivir») sugiere algo controlado, permanente y dirigido, no un proceder frenético o sin rumbo. El esfuerzo a corto plazo no sirve de nada; necesitamos toda una vida de fidelidad que exprese el llamamiento de Dios. Nada de esto sugiere que podamos conseguir cosa alguna por nosotros mismos, sin embargo, la vida con Dios y mediante su ayuda es una vida de disciplina y esfuerzo. Queremos un discipulado sin disciplina, y no existe. Buscamos aquello que nos es fácil, sin embargo el reto es hacer lo que debemos, vivir como es digno de nuestro llamamiento.

Nuestro problema es que tenemos una salvación de un millón de dólares a la que damos una respuesta de cinco céntimos. Parecemos poco impresionados ante la salvación de Dios. Afirmamos que nadie puede vivir realmente a la altura de este llamamiento y expresamos nuestros temores de perfeccionismo. Este texto no se preocupa por ninguna de las dos cosas; su único interés está en que nuestras vidas sean conformadas por la salvación de Dios. Una teología correcta debería producir una conducta correcta. ¿Por qué es este proceso abortado con tanta frecuencia? ¿Se debe acaso a que procesamos la teología en el cerebro pero nunca llega al corazón? Esta clase de creencia es inútil. ¿Es nuestro conocimiento únicamente una fuente de orgullo? La comprensión que tenemos de nuestro llamamiento ha de ser sincera y honesta, capaz de penetrar hasta lo más profundo de nuestro ser. A continuación, por medio de un decidido acto de nuestra voluntad y con la ayuda del Espíritu de Dios, nuestras vidas deben situarse en línea con este llamamiento. Somos llamados tanto a recibir Gracia como a expresarla.

Ética relacional. Las virtudes que Pablo enumera en 4:2 —humildad, mansedumbre, paciencia, y amorosa tolerancia— no serían probablemente las que nosotros consignaríamos en primer lugar para describir una vida digna del llamamiento de Dios, sin embargo son exactamente las necesarias. La nueva sociedad de Dios funciona de manera distinta.⁷⁷ La clave de estas cuatro virtudes está en deshacerse primeramente de algo.

Humildad. Para ser humildes, *hemos de renunciar al egoísmo*. El elemento más crucial para la vida es tener una adecuada concepción de uno mismo. Ni somos gusanos ni tampoco dioses; somos maravillosas criaturas relacionales creadas a imagen de Dios y diseñadas para relacionarnos con él. Sin Dios no tenemos significado. Los humanos han sido proyectados para ser algo grande, sin embargo en el proceso de intentar serlo, nos hemos convertido en seres interesados y centrados en nosotros mismos. Cada día de nuestras vidas revivimos la tragedia de Génesis 3. Toda la energía de la vida se dirige hacia el ser y sus perspectivas. Buscamos respeto y queremos reconocimiento, honor y autoridad. Nos educamos para adquirir seguridad en nosotros mismos, nos esforzamos para ser superiores, y se nos estimula a ser el número uno. Nuestro egoísmo se convierte en celos y menosprecio hacia otras personas. Pero el individualismo y la propia afirmación son enemigos de la madurez cristiana.⁷⁸

Abandonemos la búsqueda de la propia importancia y el honor. La fe cristiana es siempre una agresión a nuestro egoísmo. Es cierto que somos importantes, sin embargo no hemos de buscar importancia. Nosotros no somos el centro, sino Dios. Todo lo que somos y poseemos es un don, ¿qué razones tenemos, pues, para jactarnos?⁷⁹ Pensemos en lo fáciles que serían las relaciones humanas si las personas supieran desde un principio que queremos lo mejor para ellas y que no tenemos ninguna intención de menospreciarles o buscar nuestros propios intereses. La humildad, esta modestia de mente, es un hábito que se desarrolla. Es posible dar ciertos pasos hacia la humildad y ejercitarnos en ella,⁸⁰ pero en el último análisis, ésta es una constante conciencia de Dios, de nuestra pecaminosidad y fragilidad, y de la igualdad de valor que tiene cada ser humano.

La humildad es especialmente importante y necesaria en los pastores. Son ellos quienes han de mostrar actitudes que sirvan de ejemplo a quienes ministran y, sin embargo, son los más *proclives a fallar*. Se les pone «en escena» para que interpreten su papel, se les da autoridad y se les somete a una constante evaluación crítica. Todos estos factores hacen que cualquier defecto que tenga un pastor en el entendimiento de sí mismo se vea enormemente agrandado. Los pastores deberían ser los primeros en aprender la humildad y en ejercitarla.

Mansedumbre. Para ser mansos, *hemos de renunciar a la aspereza y a la violencia*. En lugar de la aspereza, la falta de preocupación y receptividad, y la violencia que con tanta frecuencia encontramos en nuestro mundo, hemos de practicar la mansedumbre.

No pueden existir relaciones personales saludables por la fuerza ni bajo amenazas. Algunos cristianos transmiten un estado de ánimo tan inestable y hostil que nadie quiere estar con ellos. Aunque puedan tener razón, la tienen de un modo repulsivo.⁸¹ La mansedumbre transmite cierta sensibilidad, deseo de no ofender y valoración de la otra persona. Con mansedumbre las personas pueden ser fortalecidas.

Aunque la mansedumbre es importante para todas nuestras relaciones personales, las laborales, dentro de la iglesia, etc., posiblemente el ámbito donde es más necesaria es el de la familia. Lamentablemente, se produce mucho daño emocional y físico precisamente dentro de este contexto que debería ser el más entrañable. Hijos y cónyuges son abatidos y angustiados por un lenguaje cruel y degradante y por el uso de la violencia. Podemos decir que no era nuestra intención, pero habremos ya causado un daño irreparable. En ocasiones, los hogares «cristianos» están entre los peores. Hemos de ver a los miembros de nuestra familia como si llevaran el rótulo «muy frágil». La mansedumbre fortalece a las personas, las respeta y les permite bajar la guardia y ver las cosas de manera más objetiva.

Paciencia. Para tener paciencia, *hemos de renunciar a la tiranía de nuestros propios planes.* Todos nosotros tenemos nuestras propias ideas respecto al momento oportuno en que han de producirse ciertos acontecimientos, y que rara vez coincide con lo que piensan los demás. Nuestra sociedad nos ha enseñado a querer las cosas «ahora» y a esperar conseguirlos. La idea de que nada ni nadie ha de hacernos esperar es simplemente otra forma de egoísmo. La falta de paciencia refleja una estrechez del alma. La paciencia es aquella grandeza de corazón que valora suficientemente a los demás como para permitirles equivocarse, aprender y desarrollarse. Si bien la paciencia es importante en nuestros horarios cotidianos, es especialmente necesaria cuando se trata de permitir que cada persona madure a su propio ritmo y no esperar que lo haga todo bien, y ahora.

Amor tolerante. Para desarrollar un amor tolerante *hemos de renunciar a nuestros derechos.* Solemos apelar a nuestros derechos, pero éstos —aunque importantes— pueden ser otra forma de pernicioso egoísmo. Como se ha dicho: «Ten cuidado de insistir en tus derechos, porque de ser así Dios podría insistir en los suyos». Reclamar los propios derechos nunca conduce a relaciones saludables. Las personas han de estar dispuestas a abandonar derechos y soportarse el uno al otro en amor. Reconozcamos que, en ocasiones, todos somos una carga y un dolor. Puesto que en Cristo estamos vinculados a otras personas, hemos de tomar la decisión de no desentendernos de nuestros hermanos.

El amor es la decisión de ocuparnos lo suficiente de los demás como para prestarles atención. Como a menudo se ha dicho, lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia. Primero amamos, y después aprendemos a amar. Decidimos invertir en otras personas, y este compromiso nos capacita para soportarlas. Con ello, les

ofrecemos una plataforma para que crezcan. Con mucha frecuencia, la falta de esta plataforma hace que las personas tengan menos posibilidades de tomar buenas decisiones. ¿Cuántas veces por no soportar a alguien, la persona en cuestión se ha debilitado y ha sido incapaz de superar una situación?

Soportar en amor es una prerrogativa que familias y amigos han de practicar. Ello significará tolerar actividades, decisiones e inconveniencias que no nos gustan. Nadie sabe esto mejor que el padre de un adolescente. También las iglesias deben soportar en amor. Esto bien podría significar tolerar estilos de música o adoración que no son plenamente de nuestro agrado. Significa también que, aunque podamos pasar por un tiempo de prueba con otra persona, no dejamos de relacionarnos con ella.

¿No es esto un poco extremista? Suena demasiado pasivo y débil. ¿Dónde está el equilibrio de todo esto con la necesidad de ser fuertes y agresivos, personas que saben bien lo que quieren y que son capaces de confrontar a otros cuando es necesario? ¿Acaso este acercamiento humilde no propiciará el que personas egoístas y pesadas abusen de nosotros?

Al contrario, este texto nos dice exactamente lo que se requiere para cumplir el llamamiento de Dios. Una vida digna del llamamiento de Dios es una vida de comunión,⁸² que no puede existir sin la humildad, la mansedumbre, la paciencia y el amor tolerante. Pero estas cuatro actitudes no tienen nada que ver con la debilidad; todo lo contrario, requieren fortaleza y el mantenimiento de un perspicaz sentido de la meta. La negativa de exaltar al yo no conduce a ninguna forma de incompetencia o pasividad; tal negativa significa más bien que la persona en cuestión es lo suficientemente fuerte como para no demandar atenciones y mimos: tiene recursos para dar, en lugar de ser tan frágil como para necesitar constante apoyo. Tiene la madurez y la capacidad para ocuparse de los demás.

No se trata de permitir que los demás sean egoístas, irresponsables o pesados. El verdadero amor busca la justicia y se preocupa lo suficiente por la persona amada como para confrontarla cuando es necesario. La idea de hablar la verdad en amor que se menciona en 4:15 (ver más adelante) es contraria al pensamiento de que hemos de limitarnos a tolerar los abusos que imponen otras personas. Es necesario tanto hablar la verdad en amor, como soportarnos el uno al otro en amor. Si a alguien se le pasa por la cabeza que una vida como ésta es débil y pasiva, le animo a observar la agresividad y confianza de Pablo cuando pide a sus convertidos que le imiten, o su fortaleza al confrontar a Pedro en Antioquía y a las iglesias de Galacia y Corinto.⁸³

Unidad en el Cuerpo. Si Cristo ha creado la paz y nos ha dado unidad, entonces la unidad ha de ser parte de nuestra propia concepción. Somos uno con otras personas en Cristo, nos guste o no. El ejercicio de nuestra fe es un ejercicio de unidad. No puedes tener a Cristo solo para ti. Todo lo que hacemos en nuestra relación con otros

cristianos ha de surgir de la comprensión de la unidad y orientarse hacia ella. Por consiguiente, la unidad en Cristo es tanto el punto de partida como la meta (4:3 y 13).

No podemos ser cristianos maduros por nosotros mismos, puesto que no somos autosuficientes para darnos todo lo que necesitamos para una vida de fe. Cristo podría suplir nuestras necesidades de manera directa, no obstante ha decidido impartir Gracia a otras personas para que ellos contribuyan a nuestra edificación y nosotros a la suya. La Gracia procede de Dios, sin embargo, se transmite también a lo largo de canales horizontales.⁸⁴ O, en palabras de F. F. Bruce: «Las cotas más elevadas de la vida cristiana no pueden alcanzarse desvinculados de nuestros compañeros cristianos».⁸⁵

Este acento en la unidad no puede relegarse a una cuestión de ciertas denominaciones o escuelas de pensamiento, puesto que la unidad es parte del Evangelio (ver 2:14–18). Los dirigentes de la Iglesia han de enseñar y predicar la unidad, así como encontrar formas de comunicarla dentro de las congregaciones locales y entre ellas. Otros creyentes en Cristo forman parte de nosotros y nosotros somos parte de ellos (4:25).

Al mismo tiempo, es necesario salvaguardar la individualidad e independencia de cada persona. Unidad no significa igualdad; de hecho, la unidad se logra a través de la diversidad. Esta unidad tampoco significa que todos los cristianos trabajen bajo la misma estructura o que siempre se reúnan en el mismo lugar. Hemos de mostrar respeto mutuo y estar dispuestos a aprovechar las oportunidades de conversar, trabajar y adorar juntos. Todos hemos de enfrentar los mismos problemas tanto en la sociedad como en nuestras iglesias. ¿No hemos acaso de dar más valor y atención a nuestra identidad común en Cristo, nuestra experiencia compartida de él, nuestros valores comunes y respeto mutuo, que a nuestras diferencias (que en la mayoría de casos son tanto culturales como teológicas)?

Los movimientos de reforma y renovación a menudo han llevado a las divisiones; necesitamos corrientes de reforma y renovación que produzcan unidad. Si una persona nombra y sigue a Cristo, yo pertenezco a esta persona, aunque no me guste. Es difícil ponerse de acuerdo con las personas y amarlas cuando somos muy distintos de ellas desde un punto de vista cultural, pero ¿es que nuestro compromiso con Cristo es menor que el que tenemos con nuestra cultura?

Un giro erróneo: unidad a cualquier coste. Por otra parte, este acento en la unidad no implica que esta haya de buscarse a cualquier coste. La unidad no es la meta; la unidad *en Cristo* es aquella que procede de una fe y un conocimiento compartido de él y, por consiguiente, tiene sus límites. La Iglesia y su unidad se definen siempre teológica y cristológicamente.

Muchas de las divisiones que sufre el cristianismo moderno tienen poco que ver con la teología. Las batallas teológicas del pasado han caído en el olvido y, por ello,

muchas denominaciones no reflejan ya las razones por las que surgieron. Se producen tantas divisiones por razones de cultura y personalidad como por motivos teológicos. ¡De hecho, los debates sobre temas teológicos serían un cambio positivo! En algunas iglesias los fundamentos teológicos han quedado tan diluidos o desvirtuados que queda poco que se parezca a una fe bíblica (esto es también lo que ha sucedido cuando el feminismo radical ha intentado una nueva configuración de la fe). Es erróneo creer que la unidad pueda ir de mano de la herejía o la inmoralidad.

¿No son acaso las divisiones un hecho necesario? ¿Cómo podemos hablar de unidad cuando existen tantas divisiones que, por cierto, no van a desaparecer? ¿Es que no son útiles estas divisiones si tenemos en cuenta que ningún grupo puede, por sí solo, alcanzar con el Evangelio a la gran variedad de subculturas presentes en nuestra sociedad?

Sí, esta pluralidad de grupos tiene un valor, y seguirá existiendo. Sin embargo, hay que decir, al tiempo, que la mayoría de los cristianos tienen más cosas en común que diferencias. Nuestra meta no es conseguir una sola estructura. En Hechos 6–8 los cristianos helenistas de Jerusalén no compartían los mismos rasgos culturales que los de origen hebreo, y ciertamente no se reunían juntos. Nuestra verdadera meta es una conciencia de nuestro vínculo común, una inversión del uno en el otro, y la unión de esfuerzos para evangelizar y tratar problemas comunes. El enemigo no son otros cristianos; forman parte de nosotros y comparten los mismos privilegios y responsabilidades.

¿Cuál de nuestras diferencias *requiere* realmente separación? Ciertamente, la mayoría de ellas no la justifican, ni siquiera las diferencias de opinión sobre el bautismo.⁸⁶ La cena del Señor podría observarse de maneras que nos permitieran participar a todos. Estas siete áreas de unidad teológica que se mencionan en 4:4–6 tendrían que hacer palidecer la importancia de nuestras diferencias. Ha llegado el momento de subrayar lo que compartimos.

Algunos evangélicos tienen temor de sentarse a hablar en particular con los católicos. Sin embargo, en nuestros días los evangélicos tienen, de hecho, más en común con los católicos que con muchos protestantes tradicionales. No obstante, los esfuerzos de cooperación con católicos y las declaraciones conjuntas que algunos evangélicos han hecho con ellos han generado críticas y alarma en el sentido de que tal cooperación limitará la evangelización de los católicos. ¿Pero es que acaso todos los grupos no necesitan evangelización? Los Bautistas del Sur—la denominación a que pertenezco, más conocida por sus luchas internas que por su Gracia— tienen más de quince millones de miembros, la mitad de los cuales no aparecen por ninguna parte. Ningún grupo ha de hacer proselitismo, sin embargo ¡no me importaría en absoluto si los católicos llevarán a los bautistas a Cristo!

¿Es acaso cualquiera de estos grupos menos pecaminoso o más espiritual que los demás? Los católicos han sido culpables de abusos intolerables, pero también lo han sido los bautistas y los otros grupos. Además, a menudo, las vidas de aquellos a quienes ministramos difieren poco de las que no son cristianos. En todas las denominaciones hay divorcios, adulterios, embarazos fuera del matrimonio, deshonestidad y problemas de adicciones. ¿Es que no deberían todos los grupos que creen en Cristo decir: «Él es nuestra paz», y vivir la unidad que él creó al colocarnos a todos en su Cuerpo? ¿No es acaso posible ser evangélico y ecuménico?

Ninguna de nuestras Iglesias visibles es *la* Iglesia invisible, el Cuerpo de Cristo. Solo Dios sabe quién está en el Cuerpo, y nosotros haríamos bien en considerar las cosas desde la óptica de Dios. ¿Reconoce él las denominaciones o ve solo a personas en Cristo? Vive la unidad; mantén el vínculo de la paz.

¿Es esto una teología suficiente? ¿Bastan los siete elementos que se mencionan en 4:4–6? Siempre que los veamos dentro del contexto de los escritos de Pablo y sus propósitos, no son descripciones minimalistas. Se trata de toda una teología trinitaria madura y completa, que se centra en la salvación en Cristo y fundamenta en Dios. Cinco de las siete palabras miran a la salvación: un Cuerpo, un Espíritu, una esperanza, una fe y un bautismo. La Cruz y la Resurrección no se mencionan directamente, pero estos cinco términos son una expresión abreviada de las exposiciones más detalladas de la Cruz y la Resurrección que encontramos en 1:18–22 y 2:14–18. La escatología y el triunfo de Dios se incluyen en la expresión «una esperanza», y el monoteísmo de Pablo está bien claro. Dios está sobre todos y por todos y en todos (4:6), y Cristo llena todas las cosas (4:10).

Los acentos de este fundamento de la unidad han de determinar nuestros intereses y dar forma a nuestra teología. Hemos de hacer hincapié en el Evangelio y en lo que Dios ha llevado a cabo en Cristo y subrayar menos nuestra propia capacidad de definir la verdad, puesto que todos vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo (1 Cor 13:12). Lo primero que se requiere para hacer teología es humildad. Durante demasiado tiempo hemos permitido que cuestiones de importancia secundaria produjeran divisiones. Nos gusta mucho confeccionar calendarios escatológicos y matizar sistemas teológicos y perdemos de vista la redención de su pueblo por parte de Dios. Hace ya mucho tiempo, Lutero señaló que la verdad se pierde con las disputas, que profanan el alma y conducen al descuido de lo que es realmente importante.⁸⁷ La claridad y precisión teológicas son necesarias, no obstante cuando nuestras explicaciones se convierten en causa de división, no hemos entendido correctamente nuestra salvación, hemos de tomarnos en serio el hecho de que Dios está sobre todos, en todos, y por todos (también 17:28) y el que Cristo llena todas las cosas. No hay nada ni nadie que esté fuera del alcance de Dios. Dios y Cristo están obrando en aquellas personas con las que disentimos. Aun aquellos que están equivocados o no creen, no pueden escapar de la presencia de Dios. Él sigue obrando; sigue siendo Dios

—aunque no se le reconozca como tal— y sigue estando presente y llenando todas las cosas.

La obra de la Iglesia. Decir que la Iglesia es ineficaz y ha perdido su influencia es un eufemismo. No es nada reconfortante hacer un recorrido por las iglesias de cualquier comunidad. Las iglesias tradicionales están desapareciendo, y las reaccionarias y conservadoras son a menudo incapaces de relacionarse efectivamente con la cultura. La voz de Cristo es apagada y su imagen distorsionada hasta hacerla irreconocible. Se brinda más lealtad a la subcultura evangélica que al Evangelio. La prominencia del pastor sofoca el trabajo de los cristianos y anima la propia promoción. Este pasaje ofrece un patrón para rediseñar la obra de la Iglesia y sus dirigentes.

Para ello, los cristianos han de terminar con el monopolio que sobre las tareas del ministerio tienen los ministros profesionales. En el Cuerpo de Cristo no hay dos tipos de miembros —clero y laicado— o dos series de expectativas. Todos tienen la misma tarea de fortalecer el Cuerpo, aunque las responsabilidades sean distintas. No hay duda de que ciertas tareas son más apropiadas para los pastores y requieren una experiencia y unas aptitudes profesionales, sin embargo, aun para el desarrollo de este tipo de tareas, los pastores han de contar con los miembros de la iglesia y darles la formación necesaria. El ministerio cristiano es la única profesión que no retiene nada para sí; ofrece gratuitamente todo su conocimiento, e invita a aquellos a quienes sirve a hacer el mismo trabajo.⁸⁸

La Iglesia ha de preparar a los creyentes para varios niveles de ministerio. Y la formación no está meramente orientada a conseguir futuros ministros; todos los miembros han de ser formados y capacitados para llevar a cabo la obra a la que Dios les llama. La ausencia de formación y reclutamiento de todos los creyentes representa un menoscabo de la Gracia de Dios (cf. 2 Cor 6:1). Ni siquiera el Bautismo y la Cena del Señor están fuera de los límites de participación de los miembros de la Iglesia, *siempre* que la comunidad reconozca el liderazgo de la persona en cuestión y considere apropiada su conducta. La cuestión más importante es la integridad de la acción.

El reclutamiento de todos los miembros para la obra de la iglesia no ha de centrarse solo en actos de adoración o enseñanza pública. Sugerir esto solo pone de relieve lo estrecho que es nuestro punto de vista del ministerio. Los ministerios de los creyentes cubren la mayor parte de la vida: una parte es el inadvertido ministerio a familia y amigos, y otra alcanzar a otros con el Evangelio de manera más deliberada. El ministerio incluye la callada educación de individuos, el trabajo con grupos pequeños, la resolución de problemas en la sociedad, y el cuidado de aquellos que experimentan angustia. Esto no es activismo obsesivo —lo cual no es malo *per se*— sino un ejercicio de la Gracia del Evangelio para edificar el Cuerpo. La obra del Cuerpo ha de ser llevada a cabo por todos sus miembros.

El trabajo de los dirigentes. La aplicación de este texto también requiere que tomemos más en serio el trabajo de los líderes cristianos. Los ministros profesionales no pueden en modo alguno hacer todo lo que es necesario para la edificación y cuidado del Cuerpo. Nuestra práctica actual ha hecho del ministerio una carga imposible. Esperamos que los pastores hagan demasiadas cosas y de una naturaleza equivocada, una parte de las cuales deberían hacerlas otros miembros de la Iglesia. La función de los pastores no es hacer el trabajo, sino preparar a los creyentes para la obra del ministerio, y ellos han de ser los primeros en esperar que sus feligreses trabajen en la obra. También hemos de dejar de ver a los pastores como maestros de ceremonias que dirigen los servicios para que los demás actúen como espectadores. Abraham Heschel se quejaba de aquellas personas que oran por medio de intermediarios, permitiendo que sean los líderes quienes se dirijan a Dios por ellos.⁸⁹ Cuando las personas se limitan a observar la adoración de otros, no hay adoración. Los pastores conducen el servicio de adoración, sin embargo solo habrá verdadera adoración si en su ser interior los creyentes están comprometidos, fortalecidos e implicados.

Lo que *hemos de* esperar de parte de los pastores y ministros rara vez lo recibimos: una comunicación de la Palabra de Dios que suscite una respuesta del alma de los oyentes y les reclute para la obra de Dios. Esto es exactamente lo que Pablo hace en Efesios: se centra en el Evangelio y sus efectos. Muchos pastores se implican en toda clase de otras actividades y no desarrollan su conocimiento y capacidad para explicar la Palabra. Los pastores inspiran poco respeto. A menudo no se les percibe como líderes, puesto que su competencia no se hace manifiesta. Los pastores deben ser expertos en el Evangelio —el tema más amplio del mundo— y en su aplicación a la vida, comenzando por ellos mismos. Han de instruir bíblicamente a sus feligreses. Sin tal formación, no es de extrañar que tantos hayan sido embaucados por tele-evangelistas de relumbrón. La tarea del pastor consiste en ayudar a los creyentes a ser productivos en su propia obra y servicio cristianos.

Vivir la verdad en amor. La importancia de la verdad no puede sobrevalorarse. A las tres personas de la Trinidad se las vincula con la verdad, el Evangelio es la palabra de verdad, hemos de hablar y hacer la verdad, y hemos de adorar en verdad. La adoración consiste en decir la verdad acerca de Dios, y la confesión, en decirla acerca de nosotros mismos. El asesoramiento es un proceso por el que se ayuda a las personas a tratar con la verdad. En último término, no tenemos otra actividad más que hablar y vivir la verdad en amor.

La aplicación de estas palabras se centra primeramente en el propio Evangelio. Hemos de vivir el Evangelio, la verdad de Dios en Cristo bajo la cual se incluye cualquier otra verdad. Como ya hemos visto,⁹⁰ el Evangelio expresa, por así decirlo, la realidad; la verdad en amor implica el rechazo de la pseudo-realidad en la que nuestra sociedad pretende vivir, y abrazar lo que es verdaderamente real, a saber, a Dios y su obra en el mundo. Vivir la verdad en amor es un acto *teológico*, por el que todo el

mensaje de Dios es incorporado. Efesios adopta un punto de vista integral acerca de Dios y de la Humanidad, que va desde la eterna Gracia de Dios manifestada en la elección, hasta la plenitud del tiempo cuando todas las cosas son reunidas en Cristo. Tiene en vista el «una vez», el «ya» y el «todavía no». Esta es la realidad que pretende comunicar una vida en la verdad, y es el marco de referencia dentro del que se lleva a cabo cualquier otro vivir la verdad y el amor.

Vivir la verdad en amor no es ningún ejercicio abstracto, sino una experiencia personal, práctica y completa. No existe ningún otro fundamento para una vida saludable. Como humanos preferimos vivir en lo ilusorio, escondernos de nosotros mismos y creer que estamos mejor (o peor) de lo que estamos. Nos mentimos a nosotros mismos, el uno al otro, y a Dios. La industria del ocio esconde conscientemente la realidad y crea una ilusión en la que las gentes se esfuerzan en vivir. Tras ser sorprendido en una enorme indiscreción un actor afirmó: «yo no creo en la verdad. Para mí, lo importante es el estilo». Con tantas mentiras, no es de extrañar que las personas sean como pedacitos de corcho sobre olas agitadas por la tormenta, llevadas de acá para allá (4:14). Pero tarde o temprano, lo que hay de ilusorio en nuestras vidas se desmorona, y llega el sufrimiento, que no solo nos afecta a nosotros sino también a quienes nos rodean. Hemos de hablar la verdad con Dios —aunque ello implique expresar nuestras dudas y temores— y también con nosotros mismos y con los demás, y hemos de *vivir* la verdad.

Las personas necesitan un lugar donde se les acepte tal y como son y donde puedan hablar de manera honesta sobre sus temores, frustraciones y esperanzas. El lugar en que las personas puedan hablar y oír la verdad en amor ha de ser la Iglesia, no el bar de la esquina. Los cristianos han de ser especialistas de la comunicación. Nunca es fácil saber lo que hemos de decir y cómo hemos de hacerlo. En ocasiones, hablar la verdad en amor requiere un enfrentamiento; otras veces implica dar espacio a las personas para encontrarse a sí mismas.

Vivir la verdad en amor significa abrazar a los demás en un inquebrantable compromiso con la verdad. Este compromiso se fundamenta teológicamente en el Evangelio y sabe, como parte de esta verdad, que vemos oscuramente, como por un espejo (1 Cor 13:12). Sin embargo, en la humildad del conocimiento parcial, lo que se conoce no se elude. La verdad no se utiliza para agredir, ni se permite que el amor distorsione la realidad. El amor se regocija con la verdad (13:6). Para la salud personal y en todas las relaciones se requiere la presencia tanto del amor como de la verdad.

Todas las parejas deberían hacer el voto inquebrantable de decirse siempre la verdad en amor. Y este mismo voto debería también configurar la relación entre padres e hijos. Puede parecernos que el amor está fuera de lugar en la ética comercial, sin embargo la directriz para los negocios es igualmente hablar la verdad en amor. Asimismo, las iglesias y los pastores tienen solo este mismo camino. Ya sea que nos

toque tratar con la superficialidad de quien se tiene por una «buena» persona o con alguien que ha de vérselas con un cáncer, la verdad en amor es todo lo que tenemos.

Es posible que hablar la verdad en amor requiera enfrentamientos, que muchos de nosotros procuramos evitar preocupados por nuestra propia seguridad. Sin embargo, amar en un mundo caído hace que el enfrentamiento sea necesario. El mandamiento de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos va precedido de la amonestación, « [...] reprende con franqueza a tu prójimo para que no sufras las consecuencias de su pecado» (Lev 19:17–18). La paciencia y la tolerancia tienen también su papel. Se requiere sabiduría para discernir cuando servir a otros significa hablar y cuando lo que se necesita es «el ministerio de morderte la lengua».⁹¹

Vivir la verdad en amor requiere hacer frente a las mentiras que la sociedad nos propone. Para pasar un buen rato, el alcohol *no* es necesario. La pornografía *sí* degrada a las mujeres, y *no*, la mayoría de las personas no son promiscuas. Las personas y pueblos pobres *no* son necesariamente perezosos. *Ninguno* de nosotros es independiente y autosuficiente. Todos los cristianos *no* son unos hipócritas, y *no*, no da lo mismo adorar a Dios a tu manera, desvinculado de la Iglesia.

Por otra parte, también hemos de hacer frente a las mentiras de la Iglesia. Cuando la Iglesia Católica anula un matrimonio después de trece años, dos hijos, y un divorcio porque el hombre no era bautizado, estamos ante una mentira que no puede excusarse. Cuando hay un acuerdo para encubrir una indiscreción o acoso sexual por parte de algún dirigente, los responsables deberían ser confrontados. Cuando las denominaciones niegan su Evangelio por un afán de venganza y divisiones, alguien ha de levantarse y decir que están viviendo una mentira. La corrupción florece porque nuestra cultura exalta la lealtad más que la integridad. La integridad es lo único por lo que merece la pena luchar.

La batalla por la integridad puede ser costosa. Hablar la verdad en amor puede costarle a alguien su empleo. La maldad puede recurrir a la violencia cuando se ponen en evidencia sus mentiras. Pero el discipulado es siempre costoso. Hablar la verdad en amor es una manera de identificarnos con la Cruz. Sin embargo, incluso cuando tengamos que pagar un precio elevado, la integridad sigue siendo lo único que tenemos.

Manejo del conflicto. En la vida, el conflicto es inevitable y no es nunca fácil o agradable. No existen procedimientos que garanticen automáticamente el éxito, no obstante este pasaje nos ofrece ciertas directrices para conducirnos en el conflicto. En pocas palabras, olvídate de tu ego, examínate tú primero, y habla la verdad en amor. Expresa humildad, mansedumbre, paciencia, y soporta en amor sin aires paternalistas. El amor y la preocupación deberían ser tan evidentes que la otra parte supiera que no están condicionados por el acuerdo. Aun si las personas han de tomar caminos

distintos, pueden hacerlo sin violar su carácter cristiano. No hay razones para pensar que sean genuinas unas actitudes supuestamente cristianas que no se sostienen en tiempos de tensión.

Reflexión final. La aplicación de este pasaje requiere nada menos que una reforma del cristianismo. Es tan evidente que nos hemos apartado del Evangelio como lo sería si hubiéramos vendido indulgencias. Nuestro individualismo, jerarquías eclesiásticas y falta de integridad no concuerdan con el llamamiento que hemos recibido. Hemos perdido nuestro sentido de ser Cuerpo de Cristo. Seamos buenos administradores de su Gracia y cumplamos nuestro papel en su Cuerpo. Vivir la verdad en amor. No es algo imposible, puesto que nuestro vínculo con Cristo nos capacita para ello.

De la cobardía que tiene miedo de nuevas verdades, La pereza que se contenta con verdades a medias, Y la arrogancia que cree conocer toda la verdad, Oh, Dios de la Verdad, líbranos!⁹²

Efesios 4:17–24

A sí que les digo esto y les insisto en el Señor: no vivan más con pensamientos frívolos como los paganos. 18 A causa de la ignorancia que los domina y por la dureza de su corazón, éstos tienen oscurecido el entendimiento y están alejados de la vida que proviene de Dios. 19 Han perdido toda vergüenza, se han entregado a la inmoralidad, y no se sacian de cometer toda clase de actos indecentes. 20 No fue ésta la enseñanza que ustedes recibieron acerca de Cristo, 21 si de veras se les habló y enseñó de Jesús según la verdad que está en él. 22 Con respecto a la vida que antes llevaban, se les enseñó que debían quitarse el ropaje de la vieja naturaleza, la cual está corrompida por los deseos engañosos; 23 ser renovados en la actitud de su mente; 24 y ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad.

Sentido Original

Este es el cuarto de los cinco contrastes explícitos entre «antes y ahora» que aparecen en Efesios.¹ Nos llega como una exhortación y aporta un comentario sobre 4:1: «Vivan [lit. anden] de una manera digna del llamamiento que han recibido». Pablo fundamenta su preocupación ética en su teología. De ello surge una de las descripciones más incisivas de una humanidad pecaminosa y de la conversión.² Obsérvense los contrastes:

Una antigua vida «gentil/pagana» frente a la vida presente.

Futilidad en contraste con verdad.

Oscurecimiento e ignorancia frente a ser enseñados.

Quitarse el ropaje de la vieja vida en contraste con vestirse con el nuevo.

Engaño frente a verdad.

Corrupción en contraste con una nueva creación.

Impureza y lujuria frente a justicia y santidad.

Separación de la vida de Dios frente a una nueva creación para ser como Dios.

A. Lincoln señala justificadamente la similitud entre la teología judía de los «dos caminos» y el cristianismo primitivo.³

Estructura. El texto griego de esta sección consta de dos largas oraciones gramaticales, que en la NVI forman dos párrafos. Los versículos 17–19 representan un llamamiento a una forma de vida distinta de la anterior, mientras que los versículos 20–24 describen la transformación que se ha producido en Cristo.

Es importante que no perdamos de vista la conexión de este material con el de su contexto inmediato. Precisamente por la unidad del Cuerpo y la obra de Cristo en su interior (4:1–16), el llamamiento a vivir de una manera digna de la propia vocación cobra fuerza y adquiere mayor amplitud. El material que sigue (4:25–6:20) es en gran medida un comentario sobre 4:17–24. Esencialmente se concede atención al papel de la mente en el cristianismo, a la verdad, y a los pecados vinculados a la sexualidad, la ira, la lengua y la codicia. En esta segunda mitad de la carta, Pablo se esfuerza por trazar un claro contraste entre la vida anterior y la vida cristiana, y guardar con ello a sus receptores del pecado y de su vínculo con él.

La vanidad de la antigua vida (4:17–19)

La palabra griega que se traduce como «les ... insisto» (v.17) es literalmente «les doy testimonio» o «les declaro». En este tipo de contextos tiene la connotación de «instar» (cf. 1 Ts 2:12). Pablo expresa su llamamiento cada vez con mayor fuerza a medida que avanza el desarrollo de la carta. La expresión «en el Señor» añade autoridad al llamamiento y sugiere, de hecho, que su enseñanza procede del Señor. La carta llega aquí a un punto culminante. Los lectores de Pablo no pueden seguir leyendo sin tomar una decisión ética. Aquí, la suerte está echada. En el resto de la carta el apóstol se ocupará solo de los detalles.

Pablo les pide a sus lectores gentiles ique no vivan como gentiles!⁴ Esto suena un tanto extraño, pero es evidente que el término «gentil» podía utilizarse con un sentido étnico y otro moral, parecido en cierto modo a la anterior flexibilidad con que se utilizaba en castellano la palabra «pagano». Los judíos dividían a la Humanidad en dos clases de personas: judíos y gentiles. Aunque desde un punto de vista étnico Pablo podía dirigirse a ellos como gentiles (2:11), no quería que sus lectores fueran como los gentiles entre quienes vivían. En el siglo segundo los cristianos hablaban de sí mismos como una «tercera raza» (un pensamiento que se refleja ya en 1 Corintios 10:32).

El pecado como frivolidad mental. La principal preocupación de Pablo no es enumerar toda una serie de pecados específicos, sino señalar la distorsión y desorientación de la mente. Hay varias expresiones que transmiten este pensamiento:

- (1) «pensamientos frívolos» (v.17)
- (2) «tienen oscurecido el entendimiento» (v.18)
- (3) «la ignorancia que los domina» (v.18)
- (4) «por la dureza de su corazón» (v.18)
- (5) «no se sacian de cometer toda clase de actos indecentes» (v.19)
- (6) «los deseos engañosos» (v.22).

Los paralelismos con Romanos 1:21–32 merecen cuidadosa atención. En ambos textos se considera el pecado como una disfunción de la mente. En Romanos, una división en el proceso del conocimiento produce una alienación. Aunque los gentiles «conocían a Dios», no le reconocieron (Rom 1:21). Esta negativa a «conocer lo que conocen» se expresa en Efesios como dureza de corazón (contrástese con la oración de Pablo en 3:19 para que sus lectores conozcan aquello que sobrepasa nuestro conocimiento, el amor de Cristo). Tanto Efesios 4:17–19 como Romanos 1:21–32 hablan de una deliberada frivolidad, oscuridad, razonamientos distorsionados que generan alienación de Dios, y como consecuencia unas pasiones y deseos que conducen a un carácter inmundo y a la práctica de pecados. Los pecados no son la causa del problema, sino su resultado; el verdadero problema está en la mente y en las

decisiones tomadas contra Dios. En Romanos, Pablo afirma que Dios entregó a los seres humanos a los deseos de sus corazones, mientras que aquí utiliza este mismo término para decir que ellos mismos se han entregado a sus pasiones más bajas.

La palabra que se traduce como «frivolidad» (*mataiotes*) expresa la idea de falta de sentido, inutilidad, carencia de valor o vaciedad. La mayoría de las ocasiones en que esta palabra aparece en la Septuaginta está en el libro de Eclesiastés y se utiliza para expresar la falta de sentido de la vida. En el Nuevo Testamento este término solo aparece en Romanos 8:20 (NVI, «frustración») y en 2 Pedro 2:18 («sin sentido»)⁵. Como M. Barth expresara de forma muy significativa, «con una sola palabra Pablo describe a la mayoría de los habitantes del imperio greco-romano ... como personas que, con métodos absurdos, pretendían alcanzar una meta sin sentido».⁶

En el versículo 18, cuatro elementos trazan la raíz del problema hasta su origen. (1) La forma de vida gentil carece de sentido por cuanto los gentiles no tienen una luz capaz de darles vida y dirección. Intelectualmente están en tinieblas.⁷ En el mundo antiguo, la luz era un símbolo universal del entendimiento. En el judaísmo (cf. Sal 36:9) y en el Nuevo Testamento la luz se utiliza para hablar de la relación con Dios que imparte vida (cf. Ef. 1:18; 5:8–14). (2) La mente de los gentiles está sumida en la oscuridad porque éstos están «separados de la vida» que Dios— fuente de la luz— imparte. (3) Los gentiles están separados de Dios por una deliberada «ignorancia» que se ha alojado en sus almas. (4) Los gentiles son ignorantes por su dureza⁸ de corazón. El corazón es fuente de todas las lealtades.⁹ En este caso, la dureza de corazón ha impedido cualquier lealtad a Dios. En resumidas cuentas, los corazones que se han insensibilizado para con Dios han producido una reacción en cadena que ha apagado la luz y conducido a un sinsentido.

Si el versículo 18 traza el problema hasta su origen, el 19 muestra su resultado. La «falta de sensibilidad» en una dirección conduce a la «sensualidad» en otra. El juego de palabras que se refleja en la NIV no está presente en el texto griego, sin embargo, la traducción comunica de manera efectiva el propósito del pasaje. La tríada «sensualidad», «impureza» y «lujuria» encuentra un paralelismo en 5:3, donde «inmoralidad sexual» sustituye a «sensualidad». En la frase «han perdido toda sensibilidad», la palabra que se traduce como «sensibilidad» (NVI, vergüenza. N. del T.), describe la insensibilidad y el letargo que produce el endurecimiento.

La «sensualidad» (*aselgeia*) es, por implicación, el ídolo al que se han entregado los gentiles. Como sucede en Romanos 1:21–32, la pérdida de la relación con Dios lleva a una conducta descontrolada, escandalosa y perversa, en especial en materia sexual.¹⁰ Aunque la expresión «toda clase de impureza» cubre un buen número de pecados, la agrupación de palabras en las diferentes listas de vicios sugiere que su principal referencia siguen siendo los pecados de carácter sexual (ver Gál 5:19). La palabra

«entregado» que utiliza la NVI en 4:19 es demasiado fuerte y puede crear un matiz erróneo; significa simplemente «trabajar» o «hacer».

La palabra que se traduce como «no se sacian» (*pleonexia*) significa literalmente «el deseo de tener más».¹¹ En Efesios 5:5 y Colosenses 3:5 se equipara la avaricia con la idolatría, un tema implícito aquí (4:17–19). Estos versículos reflejan una concepción judía de la idolatría como raíz de toda impiedad, y la avaricia como el pecado que abarca a todos los demás (cf. Sabiduría de Salomón 15:5–6). La actividad impura está arraigada en el deseo avaricioso. Esta palabra, junto con la expresión «deseos engañosos» del versículo 22, y la «dureza de su corazón» del versículo 18 plantea una fuerte acusación con respecto al carácter egocéntrico del pecado.

«Aprender al Mesías» (4:20–24)

Estos versículos presentan el mayor contraste posible entre la anterior distorsión mental de sus lectores y la verdad, aprendizaje y renovación de mente que tienen lugar en Cristo. Si el problema esencial de los gentiles es una mente deformada, la solución solo puede ser una renovación de las facultades mentales, que es exactamente la concepción que Pablo tiene de la salvación (cf. Rom 12:2). El apóstol utiliza tres imágenes para conseguir este contraste: la instrucción de la mente, el cambio de ropa, y la nueva creación. Pablo pretende lo mismo aquí que en 2:11, a saber, que los creyentes *recuerden* el contraste entre lo que sucedía *antes* y lo que sucede *ahora*.

Conocer a Cristo y a Jesús (4:20–21). La redacción de los versículos 20–21 es anormal, casi severa, y es difícil transmitir los matices del texto. Literalmente, el versículo 20 dice: «ustedes no aprendieron así a Cristo».¹² En el Nuevo Testamento no hay ningún paralelismo en el sentido de aprender a una persona. Se trata de algo más que de un simple aprender hechos acerca de Cristo. Es decir, los lectores han sido escolarizados en el Mesías. Le conocen, tienen una experiencia personal de él, y saben cuán radicalmente distinta es su vida de la de los gentiles. La implicación parece cercana a 1 Corintios 2:16; tienen, o deberían tener, la mente de Cristo.

En el versículo 21 Pablo sigue adelante subrayando lo que ya saben:¹³ Saben que existe una opción mejor que vivir la vida que ha descrito en los versículos 17–19, puesto que conocen la verdad que está en Jesús.¹⁴ La mención del nombre «Jesús» a secas no es común en Pablo y parece aludir al Jesús terrenal y a su vida, muerte y resurrección.¹⁵ En este versículo, se considera a Cristo como maestro, tema y esfera de aprendizaje. La expresión «si han oído de él» (NIV) puede traducirse «le han oído»¹⁶ como un paralelismo de «conocer a[l] Cristo» del versículo 20 (cf. 2:17). Es asimismo poco común la declaración de que habían sido «enseñados *en él*», sin embargo, al parecer la intención es señalar que el contexto de su aprendizaje era su unión con Cristo.

La expresión, «según la verdad que está en él, Jesús» (lit., «del mismo modo que verdad está en Jesús») no ha de sugerirnos información acerca de Jesús. Lo que Pablo quiere decir es que Jesús encarna y abarca la verdad. Encuentra a Jesús y encontrarás la Verdad. Encuentra la Verdad y encontrarás a Jesús. Fuera de él, la Verdad no existe. Esto no es sorprendente, teniendo en cuenta la expectativa expresada en 1:10 de que todas las cosas serán reunidas en Cristo. En resumidas cuentas, los versículos 20–21 describen el encuentro con Jesús y la instrucción que surge de nuestra unión con él de modo que encontremos la Verdad en él. Los siguientes versículos muestran que la verdad se manifiesta principalmente al morir y resucitar con Cristo.

Vieja naturaleza-nueva naturaleza (4:22–24). Los versículos 22–24 contienen tres frases de infinitivo: «quitarse/despojarse», «ser renovados», y «ponerse/vestirse», que

pueden interpretarse de varias maneras:

- (1) Como complementos de los versículos 20–21 para explicar el contenido de la enseñanza de Cristo. La NVI ha escogido esta alternativa e insertado las palabras «se les enseñó» para facilitar la conexión.
- (2) Como imperativos.
- (3) Como resultado («se les enseñó para que se despojaran»).

Lo que está en cuestión es si estas transformaciones se consideran una realidad del pasado o algo que está todavía por realizar. Obsérvese el paralelismo de Colosenses 3:9–10, donde el mandamiento a no mentir se basa en el hecho de que el viejo ser ha sido ya quitado de en medio. El propósito en el pasaje de Efesios puede ser el mismo, puesto que estas palabras son un recordatorio teológico para motivar el material ético que sigue (observemos la cláusula consecutiva «por lo tanto» en el v.25). Al margen de otras cosas que podamos decir, este pasaje es evidencia de la frecuente fusión de indicativo e imperativo de que Pablo se sirve en su redacción. Su propósito es apoyar su petición del 4:17, donde demanda un estilo de vida distinto. Los versículos 22–24 muestran el contenido de lo que se enseñaba a los lectores, no obstante la implicación es que estas palabras también han de ponerse en práctica.

Una comparación de varios textos demuestra la gran probabilidad de que el texto de 4:22–24 derive de una liturgia bautismal o, al menos, de una teología bautismal paulina. Observemos lo siguiente:

Efesios 4:22–24: «Con respecto a la vida que antes llevaban, se les enseñó que debían quitarse el ropaje de la vieja naturaleza, la cual está corrompida por los deseos engañosos; ser renovados en la actitud de su mente; y ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad».

Colosenses 3:9–11: «Dejen de mentirse unos a otros, ahora que se han quitado el ropaje de la vieja naturaleza con sus vicios, y se han puesto el de la nueva naturaleza, que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador. En esta nueva naturaleza no hay griego ni judío, circunciso ni incircunciso, culto ni inculto, esclavo ni libre, sino que Cristo es todo y está en todos».

Romanos 6:3, 6: «¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? ... Sabemos que nuestra vieja naturaleza fue crucificada con él para que nuestro cuerpo pecaminoso perdiera su poder, de modo que ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado».

Romanos 13:14: «Más bien, revístanse ustedes del Señor Jesucristo, y no se preocupen por satisfacer los deseos de la naturaleza pecaminosa».

1 Corintios 12:13: «Todos fuimos bautizados por un solo Espíritu para constituir un

solo cuerpo —ya seamos judíos o gentiles, esclavos o libres—, y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu».

Gálatas 3:26–28: «Todos ustedes son hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús, porque todos los que han sido bautizados en Cristo se han revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús».

Gálatas 3:26–28 representa la forma más completa de esta teología bautismal, sin embargo Romanos 6:3–6 y 1 Corintios 12:13 también se refieren explícitamente al bautismo. La letanía de divisiones que han quedado a un lado aparece en Gálatas, 1 Corintios y Colosenses. En Gálatas y Romanos 13:14 se habla de vestirse con Cristo, mientras que en Efesios y Colosenses se utiliza la expresión vestirse del nuevo ser [NVI «nueva naturaleza»] (cf. Rom 6:6). La implicación es clara: El nuevo ser es el propio Cristo (cf. Ef 2:15).

Esto plantea la cuestión de cómo hay que entender las expresiones «viejo ser» y «nuevo ser». ¿Aluden acaso estos términos al individuo antes y después de la conversión? ¿O deberían entenderse como expresiones *colectivas* para describir dos formas de vida?¹⁷ Aunque esta última opción puede sonar extraña, merece reflexión. La teología de Pablo es compleja, y hay que considerar su pensamiento relativo a las «esferas de influencia»,¹⁸ su tipología Adán-Cristo,¹⁹ su lenguaje del viejo y nuevo ser,²⁰ el ser exterior y el interior,²¹ y la nueva creación.²² El sentido colectivo de «nuevo ser» que se expresa en el 2:15 y la división de los seres humanos en Adán o en Cristo sugieren una concepción colectiva. Sin embargo, los demás términos sugieren un entendimiento individual, puesto que el 4:23 parece tener en vista a individuos (ver también Col 2:11). En definitiva, hay que conservar tanto el aspecto colectivo como el individual, si bien la concepción individual parece dominante. Aunque los términos se entiendan en un sentido colectivo, el enfoque está en lo que hacen los *individuos* al conformarse a la realidad colectiva.

El asunto principal que Pablo quiere subrayar aquí es la transformación: el cambio de identidades. La terminología de «despojarnos» y «vestirnos» aparece en una serie de contextos éticos, entre los que hay documentos no cristianos.²³ «Despojarnos» y «vestirnos» son otra manera de expresar las ideas de morir y resucitar con Cristo, que aparecen también en exposiciones sobre el bautismo y cuestiones éticas (cf. Rom 6:1–11; Col 2:11–3:4).

El tiempo verbal de estos tres versículos es importante. Al hablar de poner a un lado el viejo ser (v.22) y de vestirnos del nuevo (v.24) se utiliza el infinitivo aoristo. Este tiempo se utiliza para expresar una acción *indefinida*;²⁴ simplemente se menciona sin más especificación. Lo más importante es el contraste que plantean estas palabras. El tiempo presente, que muestra una acción continua, describe la constante corrupción

del viejo ser (v.22) y la constante renovación de la mente (v. 23).²⁵ Ambos elementos son importantes. El viejo ser está en un estado de corrupción cada vez más profundo, y la vida cristiana es una renovación de la mente siempre en aumento (ver 2 Cor 3:18; 4:16).

El viejo ser encaja con la anterior forma de vida, y su constante corrupción estaba alimentada por «deseos engañosos».²⁶ El pensamiento de Pablo se relaciona con 2:3, que hablaba de la desobediencia producida por el seguimiento de los deseos carnales, aunque aquí no se menciona al príncipe de la potestad del aire. El viejo ser es el yo humano sin Dios, engañado y descaminado en una espiral descendente por los deseos carnales. La solución requiere una renovación continua y una nueva creación: dos frases que habríamos esperado encontrar en el orden contrario. Pero el énfasis de Pablo sobre la constante corrupción parece haber suscitado primero el acento correspondiente en la constante renovación. Obsérvese Colosenses 3:10, donde la constante renovación *sigue a* vestirse del nuevo ser.²⁷

La expresión que utiliza la NVI «renovados en la actitud de su mente» (v. 23) es literalmente «renovado en el espíritu de su mente». La palabra «espíritu» puede significar «actitud» (2 Tim 1:7), pero parece que en Efesios Pablo pretende dar otro sentido a este término. Algunos eruditos llegan a considerar «espíritu» como una referencia al Espíritu Santo y entienden que el propósito de Pablo es que la mente cristiana sea dirigida por el Espíritu de Dios.²⁸ Sin embargo, este no es su argumento en el versículo 23. El apóstol está pensando en el espíritu humano, el centro de control de nuestro ser e instrumento de nuestra relación con Dios. Este es el objeto de la constante renovación.

El lenguaje que se utiliza para el nuevo ser (v. 24) recuerda a Génesis 1:26–27 y la idea de la creación a imagen de Dios. La imagen que fue deteriorada en el Edén está siendo creada de nuevo en Cristo. Esta nueva creación se ve como una obra que Dios ha llevado ya a cabo y refleja las mismas ideas que 2:10. Mientras que el viejo ser encaja en la anterior vida de lujuria (v.19), el nuevo concuerda con Dios en «justicia y santidad». Estos dos sustantivos forman una hendíadis (una sola idea que se expresa por medio de dos palabras). Literalmente, el texto dice «justicia y santidad de verdad», que la NVI ha entendido como un genitivo adjetival, es decir, «verdadera justicia y santidad». No obstante, teniendo en cuenta que en el contexto se subraya tanto la verdad (vv. 15, 21, 25) en contraposición a la mentira y el engaño (vv. 14, 22, 25), parece probable que se trate de un genitivo de fuente, es decir, la justicia y la santidad tendrían su fuente en la verdad, la verdad que está en Jesús.

¿Cuál es el aspecto de este nuevo ser con su justicia y santidad? El enfoque de este texto sobre la verdad y sobre Cristo en su entrega de sí mismo indican que las características clave del nuevo ser son la verdad y el amor. Las siguientes secciones confirmarán e ilustrarán esta conclusión.

Construyendo Puentes

Cambiamos la palabra «gentiles» por «argentinos», «españoles» o cualquier otro gentilicio pertinente, y no tendremos grandes dificultades para aplicar los versículos 17–19 a nuestra situación actual, puesto que son como un espejo. Nos vemos perfectamente reflejados. Los versículos 20–24 sí requieren un análisis más minucioso, puesto que expresan unas ideas religiosas un tanto inesperadas y casi demasiado maravillosas para ser ciertas. ¿Podemos realmente llevar a cabo lo que demandan estos versículos? Hemos también de procesar la teología de estos versículos, puesto que no existe una mejor descripción de la depravación y la conversión.

La depravación humana (4:17–19, 22). En nuestros días, solo los ingenuos dudan de la depravación humana. Las guerras, los conflictos, la delincuencia y el declive moral representan evidencias insoslayables al respecto. Podemos pensar que *nosotros* somos básicamente buenos, especialmente en comparación con los demás, sin embargo todos reconocemos sin titubear que algo falla en la psique humana. Aun así, la mayoría de nosotros no pensamos que las cosas sean tan negativas como se plantean en este texto. No reconocemos que la vida es inútil, que estamos a oscuras y separados de Dios, que somos ignorantes y duros de corazón, y que estamos entregados de manera descontrolada a la sensualidad y a las pasiones. Por otra parte, tampoco creemos que podamos quitarnos las ropas del viejo ser y ponernos las del nuevo. No reconocemos la profundidad del dilema humano o la magnitud de lo que se nos ofrece. La mediocridad de nuestro pensamiento no requiere acción ni nos capacita para el éxito.

¿Es acaso esta descripción demasiado negativa? ¿Son estos versículos demasiado absolutos? ¿Cómo es posible pensar que la mente humana es inútil —sin valor— cuando los humanos han conseguido tantas cosas? Y sin duda, no todos los gentiles eran tan malos como afirma Pablo.

Este pasaje no rechaza el valor que tiene la Humanidad, y hemos de leerlo en consonancia con su propósito. Por un lado, no se trata de una exposición del valor, capacidad, o logros humanos; por otro, Pablo era consciente de que algunos filósofos gentiles sentían un profundo interés por las cuestiones éticas y tenían altas metas morales.²⁹ Este pasaje supone un rechazo de la forma de vida gentil, no de los gentiles como personas (lo cual sería una actitud muy extraña para alguien que se veía a sí mismo como apóstol de los gentiles, cf. 3:1). Las declaraciones que aquí hace Pablo son tanto un rechazo del estilo de vida dominante en la sociedad en que vivían sus receptores, como un llamamiento para que también ellos repudiaran tales valores. Por otra parte, se trata de afirmaciones de carácter general que describen la conducta de quienes se segregan a sí mismos de la vida con Dios.

Teniendo en cuenta el propósito del texto, no es excesivamente negativo. De hecho,

va por el buen camino. El cristianismo es una religión que subraya, por un lado, la futilidad y la distorsión que padece la Humanidad sin Dios y, por otro, el gran valor que ésta tiene para Dios y adquiere con él. El cristianismo nos induce a reconocer que somos viles, pero nos invita igualmente a desear ser como Dios.³⁰ Sabe que los seres humanos necesitan una redención que no merecen, pero también que Dios piensa que merece la pena redimirles. Únicamente haciendo frente a la dolorosa verdad acerca de nuestro verdadero estado y condición existe esperanza de sanidad.

No, este texto no es demasiado negativo, y si somos honestos, hemos de reconocer que nos describe con precisión a cada uno de nosotros. La teología de los versículos 17–19 requiere reflexión en dos áreas fundamentales:

- (1) Vivir sin Dios carece de sentido, puesto que la verdadera vida procede de él.
- (2) Debido a un idolátrico egocentrismo la mente humana es corrupta.

(1) Por regla general, nuestra sociedad pasa por alto la antigua cuestión del sentido de la vida. Nos buscamos ocupaciones y entretenimientos para no tener que pensar. Cosas como las drogas, el alcohol, las distracciones y el trabajo nos impiden reflexionar acerca de la vida. Sin embargo, aunque maravillosa, la vida es corta, dolorosa y —considerada desde una perspectiva humana— poco relevante. Si somos simplemente el resultado fortuito de un «Big Bang», la existencia humana es una cruel broma cósmica y no hay razón alguna para la ética. Como alguien dijo: «te pones enfermo y te mueres, de manera que lo mejor es estar atareado». ¿Qué importaría si no existiéramos? Los humanos somos como la hierba del desierto, hoy aquí y mañana se acabó (Is 40:6–8). El autor de Eclesiastés está en lo cierto; la vida carece de sentido. Pensémoslo en serio: sin Dios en el cuadro, nada de lo que podamos disfrutar en esta Tierra puede consolarnos.

(2) Martín Lutero definió el pecado con las palabras *Homo incurvatus in se* («un ser humano encorvado sobre sí»).³¹ Separados de Dios, los seres humanos se retuercen alrededor de sí mismos como la viruta que surge al cepillar una tabla de madera.³² El orgullo y el egoísmo producen una dureza de corazón, que a su vez lleva a escoger el yo en lugar de Dios. De ello surge una inversión que deforma. Las luces se apagan y la vida se vive en la futilidad.

Los escritos de Blaise Pascal parecen a menudo reflexiones sobre el texto que nos ocupa:

- El orgullo te aparta de Dios y la lujuria te vincula a ti mismo.
- La sensibilidad que el hombre muestra hacia las nimiedades y su insensibilidad para con las cosas realmente importantes indica que se ha producido una extraña inversión.
- Nuestros propios intereses son, de nuevo, un fenomenal instrumento que ciega

nuestros ojos.³³

Pascal dijo que el ser humano era como una caña, pero una caña pensante, cuya dignidad está toda en su pensamiento.³⁴ La mente es el elemento importante, sin embargo toda dignidad se pierde cuando el pensamiento omite a Dios y se centra en el yo. Sin Dios se produce un cortocircuito en la mente y ésta divaga sin objetivo. Sus energías se mueven en una dirección errónea. Pascal entendió además que esta inversión suscitaba una guerra interna entre la razón y las pasiones, de modo que estamos siempre oponiéndonos a nosotros mismos.³⁵ La pasión es una insubordinación de la carne.³⁶ Nuestras pasiones nunca encuentran plena satisfacción; siempre queremos más. Aun cuando sabemos que nuestras acciones son nocivas para nuestros cuerpos y relaciones personales, seguimos adelante con ellas. Como reconocían los antiguos filósofos, los humanos aman sus vicios y los detestan al mismo tiempo. Aborrecen sus pecados, pero son incapaces de dejarlos.³⁷

Por implicación, este texto trata de la idolatría. Nos apartamos de Dios y nos volvemos al ídolo del yo. Nos entregamos al yo, y acabamos controlados por nuestros deseos, unos deseos engañosos que nos prometen felicidad, pero nunca aportan satisfacción ni realización. Lo que sí hacen es destruir. Como señala Tom Wright: «los ídolos demandan sacrificios».³⁸ El coste es alto en términos de salud y relaciones personales. El juicio del pecado —al menos, en parte— está en que las personas son entregadas a sus pecados. El pecado es su propio castigo. Los seres humanos necesitan un llamamiento más elevado que la mera práctica de sus pasiones.

Los antiguos cínicos y estoicos griegos sabían que los deseos corrompen y destruyen la vida; se esforzaban, por tanto, en ser libres del deseo. De hecho, consideraban las pasiones como enfermedades de la mente.³⁹ Una vida libre del deseo se consideraba un distintivo de sabiduría y madurez. Pero nadie puede vivir libre de los deseos, y la solución no está en rechazarlos, sino en someter nuestra vida a Dios.

Efesios 4:19 habría podido escribirse esta mañana como un certero comentario acerca de nosotros. Nos entregamos a las trivialidades y diversiones. Ocupamos nuestras mentes con deportes, películas y series cómicas para no tener que pensar.⁴⁰ Nuestro egocentrismo nos aliena de Dios. No reconocemos nuestra necesidad de él, ni le dedicamos tiempo; y en lo poco que pensamos en él nuestra forma de pensar es infantil. Después de perder nuestra comunión con Dios y cualquier sensibilidad hacia él, nos entregamos a la sensualidad, intentando, por medio del placer —especialmente el sexual—, recuperar aquella intimidad para la que fuimos creados. Estamos atrapados en una espiral descendente y gradual de servirnos a nosotros mismos. El placer y el deleite no son experiencias ilegítimas, sin embargo cuando se convierten en la orientación esencial de la vida, distorsionan y corrompen.

La vida procede de Dios. El texto da a entender que necesitamos vida de Dios. Dios nunca pretendió que los seres humanos viviéramos como meros individuos; fuimos creados para relacionarnos con él. Cuando nos separamos de aquello que es mayor que nosotros, a saber, Dios, nos empequeñecemos. Sin él, perdemos nuestra dignidad. No existe felicidad permanente fuera de la relación con él. Vivimos en inquietud y zozobra hasta que descansamos en Dios.⁴¹ Lo que necesitamos no es utilizar nuestra capacidad de decisión para expresarnos y satisfacernos a nosotros mismos, sino para rendirnos y vincularnos a Dios, quien nos da todas las cosas para nuestro disfrute (ver 1 Cor 3:21–22; 1 Tim 6:17).⁴²

Como 2:1–3, este pasaje trata de la depravación. La sombría imagen que proyecta no implica un rechazo de la Humanidad, ni una «depravación total» en el sentido de que no haya nada de valor en el ser humano. El tema de estos versículos es la profunda depravación que afecta a todo nuestro ser y es resultado de una manera de pensar que pasa por alto a Dios. De nuevo, por implicación, el pecado es un mal negocio. Hemos cambiado la vida con Dios por una existencia corruptora y sin sentido con el yo.

La escuela de Cristo (4:20–24). Las palabras de Pablo dan por sentado que la vida es distinta para los cristianos; éstos afirman que un encuentro con Jesús ha cambiado la situación. Lamentablemente, demasiadas personas que reivindican el título de *cristianos* sirven al yo tanto como los que no son cristianos. Su conversión es el alumbramiento de un mortinato. En lugar de buscar su definición de la vida en el Dios que les ha creado, aceptan la que les ofrece el mundo no cristiano. Con demasiada frecuencia todos nosotros queremos adaptarnos al plan de este mundo, o al menos buscamos su reconocimiento. Hemos de esforzarnos en aplicar este texto tanto a los cristianos como a los que no lo son. Los versículos 17–19 no describen solo a los «otros»; *se dirigen a los cristianos* para recordarles que no vivan esta vida.

Hemos también de entender el fuerte lenguaje que aquí se utiliza para hablar del contacto con Cristo. Las expresiones de Pablo para explicar la profundidad de la relación y unión con Cristo dan por sentado que existe la clase de fe que se describe en el capítulo 2.⁴³ No se trata de una mera creencia acerca de Jesús, sino de colaborar con él, y mantener una actitud abierta hacia él. Puesto que Cristo es el Señor que guía a su pueblo, es natural que se utilice un vocabulario de aprendizaje. El contenido que se aprende es la verdad de la muerte y resurrección de Cristo, a partir de la cual se entienden las demás realidades. Nos identificamos con su muerte y resurrección muriendo al yo y resucitando a la nueva vida, una experiencia que aquí se expresa en términos de «quitarse el ropaje de la vieja naturaleza» y «ponerse el ropaje de la nueva».

¿Es posible la conversión? Este es un texto acerca de la conversión.⁴⁴ ¿Podemos realmente despojarnos de la vieja naturaleza y vestirnos de la nueva? Preguntar esto

es preguntar por la verdad del cristianismo, puesto que si tal cosa no es posible, la fe cristiana carece de sentido. Por hermosa que sea su enseñanza, sin esta realidad el núcleo de nuestro problema, nuestro pecado, queda intacto. ¿Cómo puedo despojarme de lo que soy, de mi personalidad y de mis deseos?

Se trata una vez más de nuestra identidad.⁴⁵ La conversión es renunciar a una identidad egocéntrica a favor de otra definida por Cristo. Todo aquello que nos configura es entregado a Cristo, y su mentalidad de amor abnegado y sacrificado pasa a ser la nuestra. *La conversión es la reestructuración del pensamiento de una persona, por parte del Espíritu Santo, fruto de un encuentro directo con el amor de Dios en la persona de Cristo* (ver 5:1–2; cf. Rom 5:5; 8:5–9). De lo contrario, no somos cristianos. De hecho, nos despojamos de lo que pensábamos que era vida y nos vestimos de Cristo. Como comentó Robinson: «Él me ha desalojado de mí mismo»⁴⁶ (cf. Gál 2:20).

Sin embargo, los deseos son engañosos y poderosos. ¿Pueden acaso los humanos deshacerse tan fácilmente de ellos? La idea de «despojarnos» y «vestirnos» representa, sin duda, un llamamiento a la acción, pero no a la mera actividad humana. Todo se produce en unión con Cristo: aquel a quien estamos unidos y quien nos enseña y capacita. Y el agente de tal renovación es su Espíritu.⁴⁷ El texto subraya tanto la actividad de Dios como la responsabilidad humana.⁴⁸ Lo que nos ponemos es lo que él ha creado (4:24). Preguntarnos la medida de la parte divina y la humana es entender erróneamente este proceso. La salvación es completamente obra de Dios y nosotros estamos completamente implicados en ella. Solo esto hace justicia a la idea de estar en Cristo.

Si este «despojarnos» y «vestirnos» es un acontecimiento que se lleva a cabo de una vez para siempre en el bautismo, ¿por qué parece Pablo dar a entender que sus lectores han de hacerlo de nuevo? ¿Por qué sigue tan presente el antiguo ser con sus deseos egoístas? Seguimos siendo las mismas personas con muchas de nuestras mismas debilidades, deseos y características. O dicho de un modo más turbador, el viejo ser es sumergido en el bautismo, ¡pero el granuja sabe nadar!⁴⁹

Se pueden citar textos bíblicos que sugieren que se producen cambios en el bautismo, repetidamente a lo largo de la vida, o en el fin de los tiempos.⁵⁰ Una vez más, se hace evidente el carácter «ya, todavía no» de la fe cristiana. Ha tenido ya lugar un cambio, que sigue desarrollándose en nosotros y que culminará al final de los tiempos. Lo que sucedió en el bautismo es un verdadero despojarnos del yo y un vestirnos de Cristo. Si no hay transformación, no hay salvación. Pero esto *no* es una mera decisión o un acontecimiento que se produce de una vez para siempre. *La conversión es un proceso*, como indica convincentemente el verbo en presente de 4:23. El patrón que define la vida de los cristianos es el de «despojarse» y «vestirse» (o morir y resucitar). La dinámica por la que somos salvos es la misma por la que vivimos y

cuya plena realización todavía aguardamos.⁵¹ En palabras de M. Barth, las personas cambian a lo largo de toda su vida.⁵²

Dos giros erróneos. (1) Si la conversión es un proceso que no se completa hasta el fin, cualquier pensamiento de perfeccionismo va mal encaminado. El problema del perfeccionismo es que no toma suficientemente en serio la profundidad del pecado en nuestro ser o el impacto que produce en nosotros el perverso mundo en que vivimos. Al mismo tiempo, el rechazo del perfeccionismo no debería ser excusa para tratar a la ligera con el pecado.

(2) No debería concluirse que en cada cristiano existen dos seres iguales. La idea de este pasaje tampoco es que existan en cada uno de nosotros dos impulsos, una inclinación hacia el mal y otra hacia bien.⁵³ Lo que afirma el texto es que en el cristiano existe una antigua forma de vida y una nueva, una antigua mentalidad configurada por el mundo y una nueva que lo es por Cristo. De hecho, este texto trata más de Escatología que de Antropología, puesto que habla de la novedad que el Señor resucitado trae a nuestro presente.

Significado Contemporáneo

La aplicación de este texto es sencilla de entender: no vivamos como las gentes del mundo occidental con su trivial concepción de las cosas. Cambia la etiqueta si es necesario, pero no puedes adaptarte a tu sociedad y su sistema de pensamiento. En general, cuanto más nos adaptamos a nuestra sociedad, menos entendemos la conversión. Pablo nos proporciona aquí una concepción teológica para motivar la ética, que en 4:25–6:9 aplicará a cuestiones «prácticas» específicas. La aplicación de este pasaje, por tanto, debe centrarse principalmente en la mente y en cuestiones teológicas más amplias.

Aprender a pensar. Si el problema es que nuestros razonamientos están distorsionados, necesitamos una radical reestructuración de la mente. En otros textos de Efesios se ha subrayado el papel del Espíritu Santo en este proceso (1:17–18; 3:16–17), de modo que en ningún momento pretende Pablo que nuestra mente depravada sea capaz de corregirse o componerse a sí misma. La luz del Evangelio muestra los canales por los que ha de discurrir el nuevo pensamiento, y el Espíritu Santo involucra a nuestro espíritu en la reordenación de la vida. Hemos de aprender a pensar por nosotros mismos en una línea cristiana.

Los principales asesores morales de nuestros días son cantantes, actores y presentadores de *shows* televisivos, y nos han llevado al desastre. Sin duda, los cristianos tienen algo mejor que decir (si piensan detenidamente en la relevancia del Evangelio). Por consiguiente, hemos de analizar la vida y el Evangelio y cuidar la vida interior. El corazón, el panel de control a partir del que se ordena la vida, debe ser constantemente consciente de Dios y no meramente del yo. Hemos de pasar tiempo pensando en comunión con Dios, reflexionar y meditar. Si no prestamos atención a la vida interior, no se producirá ninguna reestructuración.

Evaluación de la sociedad. Si se nos prohíbe conformarnos a nuestra sociedad, es necesario que la valoremos honestamente. ¿Como se expresan la futilidad y los pensamientos sesgados, la dureza de corazón, la sensualidad y los deseos corruptos? ¿Qué cosas son neutrales en la sociedad y cuáles encajan positivamente con el propósito de Dios para la Humanidad? Con demasiada frecuencia asumimos que la agenda de la sociedad se corresponde con la realidad y es, por tanto, apropiada también para los cristianos. Pero vivimos en una civilización que está fuera de control. En su agenda, los intereses egocéntricos del placer, el reconocimiento y las posesiones constituyen las metas de la vida. Cosas como ocuparse de Dios y la negación de uno mismo —aunque pueden inspirar admiración— no encajan en el sistema. Pero el sentido de la vida no está en la propia satisfacción, sino en las relaciones personales, con Dios y con otras personas.

Probablemente, la prueba más evidente de la trivialidad y la sensualidad la tenemos

en los medios faranduleros, que se nos ofrecen como un espejo que refleja nuestra propia imagen. La mayor parte de lo que se nos brinda en el cine y la televisión no tiene pies ni cabeza, representa una extravagante pérdida de tiempo. A cambio de nuestro tiempo se nos ofrece un humor insípido, estafalarios programas de entrevistas, y una incesante excitación. Hay pocas cosas que sean positivamente instructivas. Pero los medios de comunicación no solo nos ofrecen un espejo donde mirarnos; su verdadera intención es configurar nuestra vida. En un reciente programa de noticias, un director cinematográfico afirmó que el propósito que se había marcado con una comedia romántica era que todos los espectadores salieran corriendo a sus casas para hacer el amor con su pareja.⁵⁴ La mayor parte de los espectadores son jóvenes de 12 a 24 años, y esta edad representa un importante periodo para su formación moral y espiritual. Ante ellos se pone una desatinada cantidad de sexo explícito, promiscuidad, perversiones sexuales y violencia contra las mujeres. Como alguien ha dicho, la modernidad es desorden sexual racionalizado. Por otra parte, el humor —que ha adquirido una enorme importancia—, ya no es saludable y catártico, sino algo estructurado como una barricada contra la profundidad.

Se dice que Wilson Mizner afirmó: «Hollywood es una cloaca con personal del Ritz-Carlton». Y tiene razón. Hace cuarenta años —cuando las películas eran relativamente inocuas— los cristianos debatían sobre la conveniencia o no de ir al cine. Ahora que son cuestionables en gran medida, esta cuestión ni siquiera se plantea. Quizás ha llegado el momento de que los cristianos digan simplemente «no». No hay duda de que los medios de comunicación pueden utilizarse de manera constructiva, sin embargo ésta es rara vez el caso. Estas industrias no pueden existir sin el apoyo de los cristianos, y la aplicación de este texto debería influir para que éstos retiraran su apoyo de una industria tan nociva. No vivamos como las gentes del mundo occidental.

La ignorancia de nuestra sociedad es dolorosamente evidente. ¿Cómo, si no por la ignorancia, pueden explicarse las adicciones al alcohol, el tabaco, las drogas y el juego? ¿De qué otro modo podemos explicar el modo en que las mujeres permiten que los hombres las utilicen, el incesto, los abusos, los fraudes, el negocio de los robos organizados de tiendas y otros muchos delitos? Estos y un buen número de otros problemas son el resultado directo de dar rienda suelta al placer y el egoísmo. Cuando los deseos se enseñorean de nosotros, se convierten en vicios. ⁵⁵

La ignorancia más importante es la que no tiene en cuenta a Dios y su derecho sobre nuestras vidas. Nuestra sociedad se fortalece en sí misma, se ocupa de sí misma y evita hacer frente al asunto de «Dios». Se puede tratar cualquier otro tema, sin embargo la cuestión de Dios no puede abordarse de manera directa. La educación solía incluir instrucción religiosa, sin embargo con el pretexto de la separación entre Iglesia y Estado, ésta se ha prohibido. Y mientras tanto hemos levantado una nación de imbéciles morales. ¿Por qué volvemos la espalda a la razón por la que fuimos creados y a nuestro futuro?

Mírate a ti mismo primero. Evaluar a la sociedad no basta. Todas las personas —y los cristianos en primer lugar— han de ser despiadadamente honestos con respecto a su propia depravación. No podemos escondernos de ella. El orgullo y el placer desean dominar todo lo que hacemos, hasta nuestros actos más religiosos. El orgullo y el egocentrismo son instrumentos sorprendentemente efectivos para cerrarnos los ojos de manera que no veamos la verdad.⁵⁶ Hemos de estar dispuestos a soportar el dolor de analizarnos íntimamente, y hablar francamente con Dios y con nosotros mismos de nuestro orgullo y egocentrismo. A esto se le llama confesión. Solo podremos superar nuestro egocentrismo cuando lo llamemos por su nombre y lo reconozcamos. Hasta que no hagamos esto le estamos otorgando el poder de dominarnos.

Hemos de enfrentarnos a nuestros deseos de tener posesiones materiales. Mientras una buena parte del mundo pasa hambre, nosotros queremos lo que no necesitamos. Medimos el éxito por la acumulación de dinero y posesiones: cosas que en sí mismas son positivas y útiles, pero que constituyen un pesado bagaje para la vida y un amor terrible. Nunca estamos satisfechos. El dios «deseo» nos controla y nunca se sacia.⁵⁷ Cuanto más control damos a nuestros deseos, más corruptos se vuelven. Los deseos no son malos en sí mismos. Dios mismo nos los ha dado como una ayuda para la vida, pero necesitan un señor. Dáselo.

Hemos de reconocer que los cristianos se entregan tanto como los demás a los deseos sexuales. No basta con denunciar el pecado sexual; hemos de enfrentarnos con el hecho de que en nuestra mente existe un cortocircuito y está preprogramada para la sensualidad. Los cristianos y sus dirigentes han fracasado miserablemente con el pecado sexual. Con demasiada frecuencia hemos ridiculizado a los no cristianos, sin embargo hemos permanecido bochornosamente mudos acerca de los fiascos sexuales de los creyentes. El deseo sexual es enormemente seductor puesto que es el único lugar donde placer, orgullo y poder se concentran de un modo tan intenso. Hemos de tratar honestamente la cuestión de nuestra sexualidad, ponerla también bajo el señorío de Cristo. La sexualidad es un maravilloso don de Dios cuando se utiliza de manera apropiada, sin embargo se convierte en un tirano si se le entrega el control. Los sacrificios que demanda este ídolo destruyen el ser y las relaciones personales, y no digamos el testimonio de la Iglesia.

Ir a la escuela. Esta insistencia en el pensamiento es tan importante que la aplicación de este texto requiere una inversión en formación. Los cristianos son, por definición, alumnos; esto es lo que significa ser un discípulo. Somos alumnos en la escuela de Cristo, donde aprendemos de él, acerca de él y somos hechos como él. Esta formación puede ser formal o informal, pero ha de ser necesariamente deliberada (cf. también 1:17–18; 3:16–19).

La verdad es que demasiadas personas reivindican el nombre de *cristianos* sin llegar a saber jamás lo que ello significa. Este acercamiento a la fe es inútil y una evidencia

más de la ignorancia humana. Otros consiguen llegar a una meseta considerada respetable y se estancan en ella. Entre los cristianos, la educación de adultos es escasa e ineficaz. Durante el verano las iglesias cierran la escuela dominical. Pero sin aprendizaje, el crecimiento se detiene y la adoración se marchita.

El deseo de conocer más a Cristo debería estar siempre presente en los creyentes y renovarse constantemente. No hemos sido lo suficientemente cautivadores, relevantes u honestos para conseguir que las personas se mantengan con el deseo de aprender. Pablo demanda una constante renovación de la mente, y a través de la adoración y la instrucción esto ha de hacerse patente tanto a creyentes individuales como a la Iglesia. Los pastores deberían estar tan involucrados en situaciones docentes como en dirigir la adoración y la predicación. Esto puede requerir que otras personas lleven a cabo «tareas pastorales», no obstante como indica 4:12, no son los dirigentes quienes llevan a cabo la obra del ministerio, sino aquellos a quienes ellos preparan. Un renovado enfoque del aprendizaje requiere un nuevo planteamiento de la mejor forma de enseñar en el contexto de una comunidad específica. Puede que para muchas congregaciones el acercamiento tradicional de la escuela dominical no sea el mejor procedimiento.

Sea cual sea el enfoque que se adopte, todo aprendizaje es costoso, y lo es especialmente en la escuela de Cristo. No solo requiere tiempo e inversión, sino también cambio: la disposición de abandonar lo que somos para convertirnos en lo que Dios desea para nosotros. El tema de este aprendizaje es Cristo, sin embargo hay otras dos palabras que sirven de comentario: sensibilidad y verdad. Puesto que la falta de sensibilidad y el engaño están en la raíz de nuestro problema, hemos de ser instruidos en sensibilidad (tanto para con Dios como para con las personas). Y aquejados como estamos con la distorsión producida por el engaño, nuestro aprendizaje ha de centrarse en la verdad, en Jesús como su encarnación y en el modo en que cualquier otra verdad se relaciona con él.

Además de que las iglesias se tomen en serio su tarea docente, la educación superior cristiana ha de ser remodelada. Aunque existen algunas buenas escuelas cristianas, en general, la educación cristiana de este país es un fracaso,⁵⁸ ya que se trata básicamente de educación secular con un poco de colorante. Los cristianos han sido negligentes en la concepción de un acercamiento que sea verdaderamente cristiano. Mark Noll comienza su evaluación del problema diciendo que: «el escándalo de la mentalidad evangélica es que no hay mucha mentalidad evangélica».⁵⁹ El pensamiento superficial reduce a menudo el Evangelio a banalidades. Es un misterio que esto haya podido suceder en una fe que subraya la importancia de la mente y la verdad. Sin embargo, estamos en un punto en el que todo proyecto educativo entre cristianos ha de reconsiderarse. Necesitamos escuelas que, sin sacrificar el nivel académico, sepan hacerse respetar manteniendo también un sólido compromiso con la fe. Debería desafiarse a los cristianos con dotes intelectuales a que considerasen dedicarse a

carreras de carácter académico, y a los donantes a aportar los fondos necesarios para hacerlo posible. La educación no es algo periférico a la misión de la Iglesia; es la misión de la Iglesia.

Vive tu bautismo. «Despojarnos» y «vestirnos» es algo que tiene lugar en el bautismo, sin embargo son también actividades constantes en nuestras vidas a medida que procuramos vivir en coherencia con nuestro bautismo. Lo importante no es el modo del bautismo; la teología del bautismo consiste en vivir una vida transformada. Para la mayoría de los cristianos el bautismo solo tiene importancia como rito de entrada. Esto es triste. El bautismo ha de vivirse, o como recalcó Martín Lutero, cada día regresamos a nuestro bautismo.⁶⁰ La vida cristiana requiere que nos despojemos constantemente del viejo ser y nos vistamos de Cristo. No se trata de un elemento prescindible para algunas personas muy espirituales; es algo que se asume para todos los cristianos. Puesto que hemos de renovarnos constantemente, los cristianos hemos de prestar una atención regular y frecuente a este proceso, es decir, mantenerse con Dios. Es algo que no sucederá sin atención.

Lamentablemente, intentamos desvincular ciertas partes de la vida de nuestro bautismo. Somos como aquel grupo de soldados de la Antigüedad que dejaron fuera del agua la mano con que empuñaban la espada cuando fueron bautizados.⁶¹ O si dejamos al viejo ser, al menos es importante que recordemos dónde se quedó. Somos como el Rey Claudio en *Hamlet*: «¿Acaso puede alguien ser perdonado y retener al tiempo la ofensa?»⁶² Nos gusta mantener el uniforme del viejo ser en el ropero para poder cambiarnos rápidamente de ropa a conveniencia. Esto no funcionará. No podemos mantener la antigua vida parcialmente viva; Cristo —el uniforme del nuevo ser— no accederá a quedarse en el ropero. Nunca es apropiado que los cristianos estén «sin uniforme».

En cierto modo, «despojarnos» y «vestirnos» consiguen el mismo propósito. Nos despojamos de una mente egocéntrica y nos vestimos con la abnegada mente de Cristo. En otras palabras, para vivir nuestro bautismo hemos de aprender a morir. Paul Minear sugiere que en lugar de buscar evidencias de regeneración, hemos de preguntar cuántas veces ha muerto una persona. El renacimiento sin muerte es un absurdo cristiano, y lo es también la nueva creación sin crucifixión.⁶³ La muerte —morir con Cristo y al yo— es necesaria para la vida cristiana. Pero morir no es la única parte de la secuencia. Al vestirnos del nuevo ser, participamos en la resurrección de Cristo. La vida va siendo creada de nuevo en línea con la intención original de Dios. El nuevo ser no es simplemente ausencia de egocentrismo; es hacer propio el carácter de Dios y su justicia (4:24). Lo que se pretende es una vida caracterizada por la verdad y el amor como están en Cristo, y como muestra 4:25–5:2. Esto no está más allá de la capacidad humana.

A modo de resumen:

- (1) No vivas como las gentes del mundo occidental, con su trivial concepción de las cosas.
- (2) Pon tu mente en orden y haz evaluaciones honestas.
- (3) Sé un alumno de Cristo que renueva siempre su mente.
- (4) Muere constantemente al yo y a sus deseos.
- (5) Vístete de Cristo junto con su verdad y amor.

Efesios 4:25–5:2

Por lo tanto, dejando la mentira, hable cada uno a su prójimo con la verdad, porque todos somos miembros de un mismo Cuerpo. 26 «Si se enojan, no pequen». No dejen que el sol se ponga estando aún enojados, 27 ni den cabida al diablo. 28 El que robaba, que no robe más, sino que trabaje honradamente con las manos para tener qué compartir con los necesitados. 29 Eviten toda conversación obscena. Por el contrario, que sus palabras contribuyan a la necesaria edificación y sean de bendición para quienes escuchan. 30 No agravien al Espíritu Santo de Dios, con el cual fueron sellados para el día de la redención. 31 Abandonen toda amargura, ira y enojo, gritos y calumnias, y toda forma de malicia. 32 Más bien, sean bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo. 1 Por tanto, imiten a Dios, como hijos muy amados, 2 y lleven una vida de amor, así como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como ofrenda y sacrificio fragante para Dios.

Sentido Original

La siguiente sección de esta carta (4:25–6:20) es un comentario de 4:17–24. La primera sección (4:25–5:2) detalla de manera práctica los perfiles de la vida cristiana que se describe en 4:20–24. Después, en 5:3–14 Pablo describe lo que queda excluido de esta vida, utilizando el contraste entre luz y tinieblas. A esto le sigue un resumen y conclusión (5:15–21), que adquiere acentos más específicos por medio de los códigos domésticos (5:22–6:9). Por último, 6:10–20 representa un decisivo llamamiento a permanecer firmes contra el mal y a favor de Dios.

Hay una conexión explícita entre 4:25–5:2 y 4:17–24. En 4:25 Pablo comienza diciendo «despojaos», (NIV) la misma palabra que se utiliza en 4:22 para mostrar lo que significa despojarnos del viejo ser. Obsérvese también la expresión «[ya] no» en 4:28, que repite también la misma palabra del versículo 17. La preocupación de esta sección, como en una buena parte de la enseñanza ética del Nuevo Testamento, está en rechazar lo que destruye la comunidad y promover aquello que la edifica.

Las cuestiones específicas que se tratan son la verdad, la ira, el robo, el lenguaje y el amor. Es dudoso que estos mandamientos nos digan gran cosa acerca de la conducta de los lectores. Ciertamente, la correspondencia corintia muestra que en la Iglesia Primitiva había personas que tenían que aprender las lecciones éticas más básicas. Pero Efesios es una carta general dirigida a un amplio grupo de receptores y no revela que el autor tuviera conciencia de las circunstancias específicas de sus lectores. Si hubiera sentido alguna necesidad de corregir problemas conocidos, hubiera confrontado a sus lectores de un modo más directo. Es, por tanto, muy probable que estos mandamientos sean una manera directa de expresar la importancia de despojarnos del viejo ser y vestirnos del nuevo.

En estos versículos, y a medida que pasa del terreno teológico al planteamiento de ejemplos éticos, Pablo cambia de estilo y usa ahora oraciones gramaticales más cortas. A lo largo de todo el pasaje, el apóstol utiliza verbos en segunda persona del plural, a excepción de 4:28 (tercera del singular) y 5:2 (primera del plural). En esta sección también cita o alude a varios textos del Antiguo Testamento: Zacarías 8:16 en 4:25; Salmos 4:4 en 4:26; Isaías 63:10 en 4:30; posiblemente Salmos 40:6 en 5:2. Obsérvense también los paralelismos que encontramos en Colosenses 3:8–14. De nuevo, la teología de esta sección es trinitaria.

Estructura. La división del capítulo en 5:1 es poco afortunada, ya que los mandamientos a imitar a Dios y amar como quienes han sido amados que encontramos en 5:1–2 es una continuación de la idea de perdonar como Dios ha perdonado que se expresa en 4:31. Efesios 5:1–2 tiene más sentido como conclusión de esta unidad de la carta.

Este bloque no es simplemente una fortuita enumeración de instrucciones. La mayor parte de los mandamientos se presentan como contrastes entre ideas negativas y positivas, y en la mayoría de casos se ofrece una motivación teológica para explicar la razón para su observancia.¹

negativa-positiva («dejando la mentira, hable cada uno a su prójimo con la
4:25: verdad»); *motivación*: «porque todos somos miembros de un mismo
Cuerpo»

4:26a: positiva-negativa («Si se enojan, no pequen»)²

4:26b: positiva (la ira tiene límites)

4:27: positiva (no dar cabida al diablo ¿o se trata acaso de una motivación?)

4:28: negativa-positiva (dejar de robar y trabajar); *motivación*: «para tener qué
compartir con los necesitados»

negativa-positiva (Evitar toda conversación obscena; utilizar más bien
4:29: palabras que contribuyan a la necesaria edificación); *motivación*: que tales
palabras «sean de bendición para quienes escuchan» (lit.: «impartan
Gracia»)

4:30: negativa («no agravien al Espíritu Santo de Dios»)

Esto sirve de *motivación* para todos los mandamientos.

4:31– negativa-positiva (despojarse de la aspereza y adquirir rasgos bondadosos);

32: *motivación*: «así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo»

5:1: positiva («sean imitadores de Dios»); *motivación*: «como hijos muy amados»

5:2: positiva («lleven una vida de amor»); *motivación*: «así como Cristo nos amó
y se entregó por nosotros»

Las siete *motivaciones* éticas que se consignan merecen atención.³ Las tres primeras tienen que ver con la comunidad: la participación con los demás miembros del Cuerpo y la necesidad de hacer nuestra aportación. En las tres últimas, Pablo insta a los cristianos a tratar a los demás del mismo modo que Dios les ha tratado a ellos. Con la motivación que queda en medio se nos insta a evitar todo aquello que desagrada a Dios. No está claro que el apóstol la haya situado en el centro de manera deliberada, sin embargo evitar aquello que desagrada a Dios es, sin duda, la motivación más

importante.

Por razones de conveniencia trataremos este material en tres secciones: 4:25–27, que trata de la mentira y la ira; 4:28–29, que tiene que ver con la ayuda de los demás; y 4:30–5:2, que es una declaración general y una síntesis de todo el contenido.

La mentira y la ira (4:25–27)

Teniendo en cuenta el enfoque sobre la *verdad* que encontramos en 4:15, 21, 24, no es extraño que hablar la verdad sea el primero de los mandamientos éticos de Pablo. Los traductores de la NIV toman tres decisiones que merecen comentario:

- (1) El imperativo «despojaos» es en realidad un participio, traducido legítimamente como un imperativo (la NVI lo traduce como participio: «dejando la mentira». N. del T.), sin embargo es necesario señalar que el acento está en el imperativo principal «hable».
- (2) La palabra que esta versión traduce como «falsedad» es, de hecho, «mentira» (también la NVI traduce correctamente «mentira». N. del T.), en singular, entendida en el sentido «engañar».
- (3) La utilización del adverbio «verazmente» es una manera de expresar el sentido de una frase que utiliza el sustantivo «verdad» (NVI: «hable cada uno a su prójimo con la verdad». N. del T.), que pone un acento en la verdad incluso más intenso de lo que revela la NIV. Al servirse de este adverbio esta versión reduce la intensidad del énfasis en la verdad.

El imperativo principal (lit.: «hable cada uno a su prójimo con la verdad») es una cita de Zacarías 8:16. La motivación para decir la verdad es que somos miembros unos de otros. Aunque la palabra «cuerpo» no aparece de hecho en el texto, la NVI la ha añadido porque va implícita. En 5:30 y en Romanos 12:5 encontramos un lenguaje similar para describir el Cuerpo de Cristo.

La expresión «si se enojan, no pequen» (v. 26) es una cita del Salmo 4:4, que traducido literalmente es, «enójense y no pequen». En nuestros días, la mayoría de comentaristas aceptan que el primer imperativo tiene un carácter concesivo o condicional: «Aunque se enojen [o si lo hacen], no pequen». Este es el razonamiento que hay tras las palabras de la NIV.⁴ Algunos, no obstante, siguen viendo este texto como un doble mandamiento que pone una obligación moral en los creyentes de indignarse si la ocasión lo requiere, pero a no pecar en esta ira.⁵ Posiblemente, con esta forma de entender el texto se fuerza excesivamente el sentido del versículo puesto que lo que Pablo quiere expresar es la prevención del pecado, no la obligación de la ira. Es posible que el texto presuponga la posibilidad de ira sin pecado,⁶ pero lo que se subraya no es la «justa ira», sino la prevención del pecado que pueda producirse en la ira. El peligro de la ira se hace evidente en el hecho de que el diablo la utilizará como cabeza de puente, y el versículo 31 *excluye toda* amargura, ira y exasperación. No cabe duda de que la ira no encaja con el nuevo ser.

La expresión «no dejen que el Sol se ponga estando aún enojados» es una manera de decir que la ira no debe permanecer. Ha de tratarse rápidamente con ella y a continuación ponerla a un lado. La palabra que en el versículo 27 se traduce como dar

«cabida» es literalmente dar «lugar». Es decir, no hemos de dar espacio en nuestras vidas al diablo para que éste pueda operar. La ira representa un lugar del que se sirve para hacer sus incursiones, un caballo troyano para lanzar sus ataques.⁷ En otras palabras, por regla general la ira conduce a otros pecados.

¿Perjudicar o ayudar? (4:28–29)

Estos dos versículos están unidos no solo por el contraste negativo-positivo, sino también por las palabras «necesitados» y «bueno» (en la NIV esta última se traduce como «útil» y «provechosa»). Ambos versículos muestran la «otra» orientación del nuevo ser en contraste con el anterior carácter egocéntrico y abusivo de la vieja vida.

Aunque posiblemente el robo era un delito común entre los esclavos, de ningún modo hemos de pensar que el versículo 28 fuera dirigido a ellos. Tanto en aquel tiempo como hoy, el hurto era un problema muy común. Puede que este versículo sea la descripción más sorprendente de la conversión del Nuevo Testamento: «el ladrón ha de convertirse en filántropo».⁸ Aquel que delinquía para satisfacer sus deseos egoístas debe ahora trabajar para suplir las necesidades de los demás. Este es un ejemplo fascinante de morir y resucitar con Cristo. La preocupación por tratar las necesidades comunitarias evoca a la comunidad de bienes de la Iglesia Primitiva.⁹ En 1 Tesalonicenses 4:11 Pablo instó a los creyentes a trabajar con sus manos, y utiliza también este mismo lenguaje aludiendo a sus propios esfuerzos para no ser una carga para aquellos a quienes ministraba.¹⁰ Su meta era que los creyentes fueran económicamente autosuficientes y que apoyaran a los necesitados. Obsérvese el contraste entre «necesidad [NVI, necesitados]» y «deseos» en 4:22 (cf. «lujuria» en 4:19).

La palabra «corrompida [NVI, obscena]» que encontramos en el versículo 29 se utilizaba en griego para aludir a un pescado o fruta en descomposición, pero en ocasiones describe también un montón de piedras que se desmorona. El sentido metafórico connota un lenguaje «sucio» o «malo». Aunque puede que el apóstol esté pensando también en lenguaje obsceno (ver 5:4), la preocupación que expresa por «edificar» en el versículo siguiente sugiere que alude más bien a un lenguaje «destrutivo». La palabra «edificación» recuerda al lector el interés de Pablo en 4:16 por el crecimiento y la edificación del Cuerpo. Al utilizar la expresión «puedan beneficiar», la NIV pierde otra conexión con secciones anteriores. Literalmente, el texto dice: «a fin de dar *Gracia* a los oyentes» (ver RV60. N. del T.), que establece el vínculo especialmente con la Gracia que se da a cada creyente para beneficio de la Iglesia (4:7). Recibimos Gracia de Dios para la Salvación (caps. 1–2) y el ministerio (caps. 3–4), de modo que podamos extender la Gracia de Dios a los demás.

Ética cristiana condensada (4:30–5:2)

La expresión «agraviar al Espíritu Santo» (v. 30) se deriva de Isaías 63:10, donde describe la rebeldía de Israel. La frase «con el cual» podría ser «por el cual» o «en el cual», no obstante la redacción de 1:13 da a entender que el Espíritu Santo es el sello que garantiza nuestra salvación.¹¹ Este versículo señala la incongruencia que representa agraviar a aquel que es la prueba de que pertenecemos a Dios y estamos destinados a su futura salvación. ¿Por qué vivir contrariamente a aquel que ha puesto su sello de propiedad en nosotros y haciendo violencia a nuestro destino? Pablo trae aquí a colación la escatología en relación con la ética, y de nuevo se expresa el doble enfoque en el presente (ya) y el futuro (todavía no). Este versículo se contrapone en agudo contraste a lo que se dice del diablo en el versículo 27. Al diablo no hay que permitirle ningún espacio, sin embargo, Dios está obrando en nosotros por medio del Espíritu. Se asume la naturaleza personal del Espíritu.

Buena voluntad, no malicia (4:31–32). La expresión «abandonen» es un imperativo en voz pasiva y en tercera persona (lit., «Que la ira, etc., sea eliminada»), sin embargo esto no significa que Dios suprima la conducta pecaminosa en lugar de los lectores. El acento de este pasaje está en la responsabilidad que tienen los creyentes de actuar. Se asume, por supuesto, que estas acciones por parte de los creyentes, son ayudadas por la obra del Espíritu Santo. La cuestión de la «ira» se ha tratado ya en el versículo 26, sin embargo su importancia se subraya con dos palabras distintas en el versículo 31 y mediante la relación de la ira con otras palabras que expresan malicia.¹² La palabra que la NIV traduce como «altercar» no sugiere violencia física, sino «griterío» [La NVI recoge este sentido traduciendo «gritos». N. del T.]

Todas las palabras que se consignan en el versículo 31 pretenden expresar hostilidad y acciones que destruyen las relaciones humanas. Obsérvese la agrupación de cinco palabras (parecida a Col 3:5, 8, 12). Los grupos de cinco términos eran muy comunes en los antiguos listados de vicios y virtudes. Algunos proponen una progresión en estas cinco palabras,¹³ pero es una cuestión incierta. La amargura es tanto el fruto de la ira como su causa.¹⁴ La palabra «malicia» puede ser la más importante puesto que condensa la hostilidad que describen los otros términos. El contraste entre la descripción del llamamiento del cristiano en 4:31 y 4:2–3 es muy sorprendente.

A diferencia de la maldad y malicia que se mencionan en el versículo 31, el versículo 32 solicita bondad, que aplicada a los humanos se entiende como ser «bondadoso» (la misma raíz del término que se utiliza para aludir a la bondad de Dios en 2:7). Pablo demanda también compasión y perdón. Se asume que al nuevo ser le mueve un sentido de buena voluntad hacia los demás. Como en otros lugares, el modo en que tratamos a los demás se fundamenta en la forma en que Dios nos trata a nosotros. El uso del término perdón (*jarizomai*) no representa el lenguaje habitual de Pablo cuando habla de la salvación.¹⁵ La idea de que el perdón de los demás se

fundamenta en el perdón de Dios recuerda a Mateo 6:12, 14–15; 18:21–35; Lucas 6:36. Obsérvese de nuevo el acento en que la salvación tiene lugar *en* Cristo (cf. 2 Cor 5:19).

Sé como Dios (5:1–2). El mandamiento a imitar a Dios nos resulta impresionante y, sin embargo, es una idea completamente bíblica y no poco común, tanto en el pensamiento judío como en el griego. Aunque puede que otros textos no sean tan explícitos, la Biblia da por sentado que el pueblo pactado de Dios adquiere su carácter de él. Levítico 19 es quizá el texto más sorprendente, puesto que a los israelitas se les ordena ser santos porque Dios es santo. Al menos catorce veces en este capítulo un mandamiento a Israel va seguido por las palabras «Yo soy el Señor», para mostrar que la acción ética está determinada por el carácter de Dios.¹⁶ De igual modo, en Mateo 5:43–48 Jesús ordenó a sus discípulos que amaran a sus enemigos para que fueran como el Padre, y a ser perfectos como su Padre celestial.¹⁷ En otros pasajes, Pablo insta a sus lectores a imitarle a él, como él imita a Cristo.¹⁸

La segunda mitad de 5:1 muestra por qué es legítimo el mandamiento de imitar Dios: los lectores son hijos de Dios, amados por él. Estas palabras apuntan a las ideas de adopción en 1:5 y de familia en 2:19 y 3:14–15. Las personas adoptan las características de la familia a la que pertenecen (cf. 1 Cor 4:15–16). Puesto que los lectores de Pablo forman parte de la familia de Dios y que, por ser sus hijos, han recibido amor, deberían ser como él y mostrar amor.

La imitación de Dios y su amor se convierte en 5:2 a la imitación de Cristo y su amor. La vida en amor resume el contenido de 4:25–5:1.¹⁹ El amor es la esfera en la que vive el creyente.²⁰ El modelo que sirve para configurar y vigorizar el amor cristiano es el abnegado amor de Cristo en la Cruz. Este es un importante versículo soteriológico, puesto que no subraya tanto el hecho de que Dios ofrece o envía a su Hijo, y la muerte de Cristo como un «sacrificio» (ver también 5:25), sino su deliberada entrega de sí mismo.²¹ Cristo se dio a sí mismo por nosotros, o a nuestro favor. Como subrayó Ernst Käsemann, la muerte de Cristo *por nosotros* siempre cubre dos ideas: en nuestro lugar y para nuestro beneficio.²²

La muerte de Cristo se presenta aquí como un ejemplo para nuestras vidas, pero su muerte nunca es meramente un ejemplo. Siempre va acompañada de una teología de la expiación que se fundamenta en el amor de Dios y de Cristo. Las ideas de sustitución, representación y sacrificio están claramente presentes. En el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, el humo de las ofrendas ascendía como olor grato a Dios,²³ lo cual era un modo de expresar el placer que Dios experimentaba en la adoración que se le ofrecía. Esta imagen se adapta para manifestar la satisfacción de Dios por lo conseguido mediante la muerte de Cristo. Pablo utiliza un lenguaje similar para referirse al ministerio de los cristianos (2 Cor 2:14–16) o a las ofrendas con que

otros creyentes le ayudaban en su sostenimiento (Filipenses 4:18).

Construyendo Puentes

Aplicar a nuestro tiempo las instrucciones prácticas que aquí se presentan no requiere una especial contextualización, sino más bien obediencia. Como observó Juan Calvino, todo conocimiento correcto de Dios se origina en la obediencia.²⁴ Aun así, la teología de estos versículos requiere reflexión. Puede que necesitemos más información, y hemos de tener en cuenta los obstáculos para su aplicación. Por ejemplo, ¿es permisible mentir bajo alguna circunstancia? ¿Existe alguna clase de ira santa/justa? ¿Cómo se puede perdonar y, al tiempo, ser justo?

El modo en que el autor describe al nuevo ser es fascinante: verdad, no ira, no robo, no lenguaje destructivo, compasión, perdón y amor. Puede que esta no sea la lista que nosotros hubiéramos presentado, ya que parece más bien básica y sencilla. Sin embargo, con la verdad y el amor como doble anclaje el autor va por el buen camino. Sin estas cualidades la vida y la comunidad quedan en un estado completamente devastado. Además, al prohibir la mentira, la ira, el robo y el lenguaje destructivo, Pablo proscribe los pecados que dan pie a la mayoría de los demás.

Algunos cristianos se preocupan por el carácter tan específico de estas instrucciones para la vida; temen que pueda llevar al legalismo, pero este pensamiento está lejos del Nuevo Testamento. Este tipo de textos no avalan el legalismo; son descripciones de la vida en Cristo, que nunca carece de contenido. La vida cristiana *requiere* ciertas acciones específicas. El cristianismo no es una religión pasiva, sino una agresiva búsqueda de lo productivo y provechoso.

Una ética relacional y reflexiva. Antes de considerar los mandamientos específicos de este pasaje, hemos de prestar atención al hecho de que la ética cristiana es relacional y reflexiva. Se basa en una *relación* pactada con Dios. El Espíritu de Dios está presente en nuestras vidas y es agraviado cuando no vivimos a la altura de nuestro llamamiento (4:1). Recibimos en nuestro interior la fuerza para vivir de un Dios que no es indiferente ante nuestra conducta.

Nuestra relación con Dios establece el carácter de las relaciones personales con otras personas. Esta relación con él no puede separarse de la que mantenemos con otras personas, por más que nos empeñemos. Esta ética relacional está presente en la teología del Cuerpo que se expresa en 4:25 e implicada a lo largo de este pasaje. Como cristianos somos parte de otros creyentes y, con ellos, sufrimos o prosperamos. Si no nos tomamos en serio esta interrelación, nunca podremos ser lo que hemos sido llamados a ser. Esta perspectiva apoya la necesidad de edificar a otros en Cristo, tanto en lo que les decimos como en nuestra aportación material. No se permite la falta de sensibilidad ni la hostilidad.

Aunque Efesios se dirige principalmente a las relaciones personales dentro del

Cuerpo de Cristo, nuestro trato con los no cristianos está sujeto a este mismo patrón. Como se ha señalado anteriormente,²⁵ esta misma ética se aplica a todas las personas, aunque la relación sea distinta.

La nuestra es también una ética *reflexiva*: para los demás hemos de ser un reflejo de la actitud y forma de proceder de Dios para con nosotros. A Dios se le conoce en la Cruz y en la Resurrección. Él no está «por ahí» para que sea el objeto de nuestros sueños, sino presente para cambiar vidas. Él es el modelo de nuestras acciones, y el hecho de ser sus hijos significa que hemos de copiar sus hechos. De él hemos recibido Gracia y perdón, y hemos de expresar estas cualidades a los demás. Él ama, y nosotros hemos de amar.

Las alusiones a Génesis 1:26–27 en 4:24, ponen claramente de manifiesto que los cristianos han de ser portadores y reflectores de la imagen de Dios para que el mundo la vea. ¿A quién entregaremos nuestro ser, al yo o a Dios? ¿Nos decidiremos por la rebeldía e intentaremos quitarle a Dios su lugar? ¿O elegiremos la obediencia para ser como Dios? La tentación del Edén fue ser como Dios, lo cual es extraño puesto que los humanos estaban ya hechos según la imagen divina. En este texto se llama a los cristianos a llevar esta imagen y a mostrar al mundo cómo es Dios.

Por supuesto, en muchos sentidos no podemos copiar a Dios; no podemos, por ejemplo, imitar su omnipresencia u omnipotencia, ni tampoco se nos pide que lo hagamos. Lo que se nos pide es que imitemos *el carácter de Dios*. Lo que está en juego es nuestro comportamiento. El listón está muy alto, pero también lo está el nivel del privilegio. Los cristianos tienen el Espíritu de Dios con ellos (4:30) y forman parte de la familia de Dios (5:1). Esta elevada posición requiere que el carácter de Dios se refleje en el modo que tratamos a los demás. Copiar a Dios solo significa tomar en serio lo que él dice acerca de quiénes somos.

Verdad. Lo primero y más importante, el nuevo ser dice la verdad. La mentira no es ya un recurso válido en el arsenal cristiano. Para los cristianos, la verdad no es una elección, sino una necesidad.²⁶

La mentira es destructiva tanto para el propio ser como para nuestra relación con los demás. «Cuando un hombre miente echa por la borda su dignidad humana, y por así decirlo, la aniquila».²⁷ Por supuesto, lo mismo se aplica a la mujer. Pero el ser no es el único destruido. Puesto que los cristianos forman parte el uno del otro, «una mentira es una cuchillada en las entrañas mismas del Cuerpo de Cristo».²⁸ Cuán extraño que una parte del Cuerpo engañe a otra, como si un ojo le mintiera al pie acerca de un peligro que ve.²⁹ Las mentiras distorsionan la realidad y acompañan a cualquier otra forma de perversión.³⁰ Por regla general, las mentiras están motivadas por un deseo de superación o defensa personal y normalmente no van solas, ya que es difícil decir solo una. La mentira define a los malvados.³¹

Solo puede vivirse significativamente dentro de la verdad. La verdad no es una opción. Una sociedad libre no puede existir sin la verdad, pero tampoco puede un individuo ser libre sin ella. «Obedecer la verdad es ser libre ... No somos nosotros quienes “tenemos” la verdad, es ella la que nos posee ...»³² La verdad —aquello que se corresponde con los hechos y de lo cual podemos depender— es tanto necesaria como liberadora (cf. Jn 8:31–32). La verdad abarca la totalidad de la vida, incluida nuestra relación con Dios. Si Dios es real y ha enviado a Cristo, entonces vivir en la verdad requiere que vivamos en relación con Dios, y hablar la verdad incluye comunicar la realidad de la vida con Cristo. No se trata de meras palabras, sino de una integridad caracterizada por la coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos.

La verdad es particularmente importante para edificar la comunidad. Las comunidades se basan en una dependencia recíproca, que hace que sus miembros puedan confiar en el apoyo mutuo. Una vez que se ha perdido la confianza, ésta es difícil de recuperar. Al hablar verdad con nuestro prójimo, le estamos diciendo: «Puedes depender de mí; nuestra relación no te confundirá o perjudicará. Procuraré ayudarte, y mis palabras se corresponderán con mis hechos». No puede existir una comunidad saludable sin verdad.

¿Hemos acaso de decir toda la verdad a todo el mundo? Este texto trata específicamente el asunto de hablar la verdad con nuestros hermanos cristianos, pero esto no significa que podamos mentir a los demás. Jesús rechazó de manera consistente los límites de aplicación de la ética.³³ Algunas religiones autorizan la mentira a los enemigos, no obstante, Jesús requiere que sus discípulos amen a sus enemigos, lo cual ciertamente excluye mentirles.

No obstante, filósofos y teólogos han debatido la licitud de la mentira para conseguir un bien, como por ejemplo la preservación de la vida. ³⁴ Evidentemente, el asunto esencial es quién define lo que es este «bien». Por regla general y de manera acertada se subraya el asunto del derecho que tiene alguien a conocer una información determinada. Por ejemplo, un asesino no tiene derecho a saber dónde se esconde su víctima. Por consiguiente, muchas personas decidirían mentir para evitar un pecado mayor. Por otra parte, otros —como Enmanuel Kant— han rechazado la moralidad de *cualquier* mentira. Una parte del problema puede ser el intento de justificar nuestra acción «necesaria» en un mundo pecaminoso, sin embargo, aunque se conceda que en casos extremos evitar un pecado mayor pueda requerir una mentira, no es legítimo relajar nuestra resistencia a la mentira. El síndrome de la «mentira para preservar la vida» justifica un terreno resbaladizo que pronto permite la mentira para preservar *mi* vida *a mi* antojo. ¿Acaso no se basan casi todas las mentiras en el deseo de conseguir un bien para alguien? Una vez más, un comentario de John Mackay merece reflexión: «La mentira bienintencionada no tiene lugar en la ética cristiana». ³⁵

Esto no significa que tengamos que decir toda la verdad a todo el mundo que

encontramos. La privacidad es una parte legítima y necesaria de la vida. Las personas no tienen el derecho de saberlo todo. Esta posición concede demasiada importancia a la comunidad e ignora los límites del individuo. Lo que se nos exige es no mentir, no decir todo lo que sabemos. Lo que decimos ha de ser verdad, y el contenido y detalle dependen de la naturaleza de la relación y el discernimiento de lo que es saludable y provechoso. La verdad ha de ser siempre dirigida por el amor (4:15), pero nunca sacrificada por él. No obstante hay que tener cuidado, porque decir parte de la verdad o no dar la información necesaria pueden ser maneras de mentir. Las personas pueden aceptar que no se les dé información que no es de su incumbencia, sin embargo todos buscamos relaciones personales que sean dignas de confianza y útiles. Los motivos que subyacen en la relación son de importancia primordial a medida que ésta se desarrolla. Lo verdaderamente importante es la integridad.

Ira. Este pasaje se utiliza con frecuencia para justificar «la ira santa». A partir de este texto, John Stott defiende incluso la licitud de *más* ira cristiana.³⁶ Su argumento es legítimo, y como hemos indicado en 2:3 con respecto a la ira de Dios, «quien no se enfurece no ama».³⁷ Los cristianos han de indignarse ante las injusticias, la pobreza, el racismo, las mentiras y los abusos.³⁸ No hay duda de que no toda ira es en sí pecaminosa.³⁹ Sin embargo, es dudoso que la implicación de Efesios 4:26 sea la ira justa. El principal propósito del texto no es promover la ira, ni siquiera permitirla, sino evitarla.

La ira humana es por regla general destructiva, y la actitud del Nuevo Testamento hacia ella es muy negativa. Santiago 1:20 dice incluso que la ira humana no obra la justicia de Dios. Por otra parte, la ira justa es difícil de identificar. Nadie siente que su ira sea injusta. En palabras similares al versículo 27, Romanos 12:19–21 aconseja: «Dad lugar a la ira de Dios». En otras palabras, que nuestra ira no dé lugar al diablo para llevarnos al pecado, y desistamos de la idea de una venganza personal. Dejemos este asunto a Dios. Nuestra tarea es amar a nuestros enemigos.

La razón por la que el Nuevo Testamento descarta la ira como opción es que ésta es en gran medida una emoción egocéntrica. La ira es un medio por el que comunicamos aquello que nos preocupa —por regla general, nosotros mismos— y suele ser un intento de castigar. Es una reacción química y fisiológica por el desagrado que sentimos de que el mundo no sea como desearíamos. Es también una decisión por nuestra parte, puesto que decidimos tanto aquello contra lo que reaccionamos, como el grado y nivel en que lo hacemos. «Nadie más puede hacernos sentir ira; hemos de admitir que nosotros somos los últimos responsables de ella».⁴⁰ Solo solemos expresar ira donde es seguro hacerlo, y prácticamente nunca ante aquellos que nos inspiran temor o respeto. Con mucha frecuencia nuestra ira produce daño. Séneca, que escribió el primer tratado conocido sobre la ira, afirmó: «No hay plaga que haya salido más cara a la raza humana».⁴¹ Como la mentira, también la ira destruye a la persona y a la

comunidad indignada (incluso físicamente). En lugar de centrar su atención en lo que les desagrada, los cristianos han de concentrarse en cómo amar a Dios y al mundo.

Este texto asume que las personas nos producirán indignación, pero ésta no debe instalarse en nosotros. Si le damos lugar, la ira se infecta y se convierte en resentimiento y hostilidad; llega a ser un instrumento que el diablo utiliza para producir pecado. Por esta razón, ha de mostrársele la puerta con mucha rapidez.

¿Qué enseña este pasaje acerca del diablo? Este texto es breve, de manera que para nuestra reflexión hemos de recurrir a las exposiciones más amplias de 2:2 y 6:10–20.⁴² La imagen de un diablo acechando para capturarnos podría conducir a una paranoia bastante desencaminada. La idea principal del texto no es el diablo, sino nuestra ira, que es la verdadera raíz del problema. Por otra parte, quienes ignoran al diablo pasan por alto la realidad del mal como un enemigo que busca ocasiones para destruir vidas. La Escritura debería ser nuestra principal directriz para determinar la cantidad de atención que concedemos a cualquier tema. Si seguimos este criterio, el diablo recibirá una atención muy limitada.

Productividad. Todos venimos a este mundo durante un breve periodo de tiempo, y nos pasamos la mayor parte de él gritando: «¡Eh, présteme atención, por favor!». Creemos que la satisfacción de nosotros mismos es algo lícito, aunque ello suponga un elevado coste para otras personas. Desde que tenemos capacidad para reconocer los objetos, queremos lo que tienen los demás (aunque solo sea para que los demás no lo tengan). Efesios 4:28 coloca una bomba bajo todo nuestro pensamiento egocéntrico. Nuestra meta no es el disfrute, sino la productividad, para que podamos dar. Nuestra razón de ser no somos nosotros mismos, sino el desarrollo de relaciones personales con otras personas y con Dios.

Este sencillo versículo trata los temas del robo, la comunidad, la productividad y la administración. Por un lado, se afirma el respeto veterotestamentario por la propiedad, pero se trata de una propiedad que ha de ser compartida, no atesorada con tacañería. La comunidad ha de ser capaz de discernir las necesidades y tiene la responsabilidad de ayudar a satisfacerlas. Este versículo reconoce las necesidades humanas como reales y legítimas, en contraste con los ilícitos y engañosos deseos que se mencionan en 2:3 y 4:22. Las necesidades —materiales (v. 28) o inmateriales (v. 29)— representan aquello que precisamos y que hace posible la vida ante Dios, mientras que los deseos (v. 22) son necesidades distorsionadas por el egoísmo y que nos arrastran lejos de él.

Vivimos en una sociedad de aprovechados, que se burla de la ética «puritana» del trabajo. Pero hemos sido creados a imagen de Dios para entrar en su actividad creativa, es decir, para trabajar. Cuando no somos productivos no conseguimos vivir a la altura de nuestra vocación como humanos.⁴³ Posiblemente, el testimonio más

impactante que podemos dar los cristianos es convertirnos en dadores. No se trata de dar dinero que, en el mejor de los casos, es algo secundario al texto. La cuestión es trabajar para el beneficio de los demás.

Comunicación verbal. Una buena parte de este pasaje trata de nuestro lenguaje, que se ve como una acción piadosa. El primer acto de Dios que se consigna en el libro de Génesis fue un acto de expresión verbal.⁴⁴ La comunicación verbal es en sí misma una actividad creativa, puesto que por ella creamos mundos —comunidades que comparten un discurso— y con ella enmarcamos la realidad en la que vivimos. Los especialistas hablan del «lenguaje de realización», que es el que utilizamos para llevar a cabo tareas o para establecer realidades.⁴⁵ A menudo, no nos damos cuenta del poder y dignidad del lenguaje. Casi todo nuestro lenguaje lleva a cabo cosas. Las palabras son compromisos,⁴⁶ y con ellas estimulamos y apoyamos, o empequeñecemos y destruimos.

No es solo que los cristianos tengamos que esforzarnos en ser especialistas de la comunicación, aprendiendo todo lo que podamos acerca de este proceso,⁴⁷ sino que también hemos de ser extraordinariamente cuidadosos respecto a cómo utilizamos el lenguaje. La suposición del versículo 29 es que con nuestro modo de hablar contaminamos o consolidamos. Nuestra autoridad es para edificar a las personas, no para destruirlas (2 Cor 10:8).

¿Es el perdón un rasgo de debilidad? Aun el mundo secular sabe que el perdón es uno de los rasgos más importantes del cristianismo. Esta cuestión plantea dos problemas. (1) Hay un abismo entre nuestro conocimiento y nuestra voluntad. Conocemos el perdón de Dios, pero no tenemos la voluntad de perdonar. Los cristianos tienden a no ser mejores que los no cristianos, de hecho, en ocasiones son peores. Las ofensas se convierten en amargura, insensibilidad y rechazo. Algunos «cristianos» se pasan años sin hablarse con parientes o amigos, o las iglesias se dividen. Pero negarnos a perdonar es algo peligroso. Mateo subraya que nuestro perdón está vinculado a nuestra disposición a perdonar (Mt 6:12, 14–15; 18:21–35). Además, la negativa a perdonar es un acto egocéntrico y presupone la asunción de un papel de jueces que no es nuestro. Tal negativa resta valor a las personas y destruye las relaciones personales. Sin embargo, cuando adoptamos esta actitud somos nosotros mismos quienes nos devaluamos.

(2) Sin embargo, ¿acaso si perdonamos, no sufre la justicia? De hecho, ¿no presenta toda esta sección de la carta un cuadro general de debilidad? ¿No seremos atropellados por un mundo hostil si mostramos bondad y perdón? Este texto no estimula la ingenuidad acerca del peligro y de la violencia tan comunes en nuestro mundo. Sin embargo, esta es precisamente la razón por la que la bondad y el perdón son tan necesarios. El pecado engendra pecado, y la violencia, violencia. A los cristianos se les pide que rompan este ciclo renunciando a la venganza, y no poniendo

los derechos personales por encima de otras personas. Esto forma parte de morir con Cristo. Los débiles de carácter no han de solicitar este trabajo. Los flojos no pueden perdonar; solo los fuertes tienen los recursos necesarios para perdonar, para abandonar la defensa propia. La ética cristiana requiere fortaleza, y sabiduría para saber aplicarla.

El perdón no ignora la justicia. Por supuesto, la mayoría de nosotros queremos justicia cuando *nuestros* derechos son violados, sin embargo, cuando somos nosotros quienes hemos obrado mal, nos gustaría ser perdonados. Pablo ha indicado ya el modo en que se compatibilizan perdón y justicia: «vivir la verdad con amor» (4:15). La justicia no implica un rechazo de la otra persona, sino una afirmación de la verdad, que incluye una valoración del coste, la restitución y la prevención. El perdón no es una ausencia de responsabilidad, sino la negativa de permitir que un error u ofensa pasados destruyan relaciones personales presentes. ¿Pero es acaso nuestra preocupación por la justicia una preocupación por ciertas normas externas, o por las personas? La razón de ser de la justicia es el *beneficio* de las personas, aun en los casos en que ésta ha de prescribir un castigo. Por esto M. Zerwick afirmó: «sé misericordioso, si quieres ser justo». ⁴⁸

Sacrificio por el pecado. Puede que el aspecto más difícil para hacer nuestro el contenido de esta sección sea el material acerca de la muerte de Cristo. No nos cuesta reconocer que el dilema humano es desesperado y que merecemos la ira de Dios (2:1–3; 4:17–19). Sin embargo, ¿cómo puede Jesús darse por nosotros? ¿Son válidas las ideas expiatorias? Estas cuestiones las hemos encontrado ya en secciones anteriores de Efesios, especialmente en 2:14–18.⁴⁹ Lo que Pablo persigue aquí es principalmente motivar la ética.

Las ideas expiatorias son importantes. Precisamente por la hostilidad y el pecado del mundo, Jesús se identificó con el dilema humano y llevó consigo nuestra comprometida situación y su castigo. Él se dio a sí mismo y al hacerlo desarrolló una solidaridad con la Humanidad. Esta era su vocación.

Este patrón de sacrificio describe el modo en que Dios aplaca su propia ira.⁵⁰ Nuestro Dios no es un ser que se aleja de nosotros, sino alguien preocupado por nuestro bienestar e identificado con nosotros. Nosotros hemos violado sus mandamientos y todo lo que él es, sin embargo él responde con un amor abnegado y sacrificado. El Padre no es un ser remoto, apaciguado por la intervención de su Hijo.⁵¹ Jesús murió en nuestro lugar (5:2), y nosotros participamos de aquella muerte y también de su resurrección. Este abnegado y sacrificado amor es evidencia del favor de Dios. Este sacrificio agrada a Dios no solo por la obediencia de Cristo, sino también por lo que hace para restaurar a los humanos en su relación con Dios. Esta mirada al sacrificio quiere mostrarnos que Dios llevó a cabo lo que nosotros no podíamos conseguir por nosotros mismos.

Significado Contemporáneo

La aplicación de este texto es directa. Requiere nuestra obediencia. Comencemos con tres puntos de carácter general:

- (1) Mantengamos el patrón que estamos considerando;
- (2) rechacemos el egoísmo;
- (3) activemos nuestra voluntad.

(1) Si la ética cristiana es de carácter relacional y reflexivo, siempre hemos de poner ante nosotros, tanto el patrón del carácter de Dios, como la realidad de nuestras relaciones personales. Esta es la razón por la que las imágenes que expresan la frase «en Cristo» o la metáfora del «Cuerpo» tienen una importancia tan práctica. No podremos reflejar nada que no sea una realidad para nosotros, y no podemos copiar lo que no vemos. La Teología dirige la Ética,⁵² por ello ha de ser consciente y activa. Lo que motiva nuestra obediencia no es el conocimiento de lo correcto sino nuestra conciencia de Dios. Considerada en abstracto, la imitación de Dios es una idea abrumadora, sin embargo, la experiencia de su amor perdonador hace de la imitación algo necesario y natural.

(2) La conciencia de nuestras relaciones personales con Dios y con otras personas es también la clave para rechazar una vida egocéntrica. Ninguno de los mandamientos de este pasaje puede seguirse mientras el principal interés sea uno mismo. Solo cuando nuestra atención se traslada a algo mayor que nosotros mismos podemos escapar de la cárcel del egocentrismo. Si somos conscientes de que el Espíritu está en nosotros, marcándonos como posesión de Dios y, por consiguiente, bajo su dirección, el servicio al yo se bloquea. De igual modo, la conciencia de nuestra unidad con otras personas no permitirá que las ignoremos o tratemos de manera inapropiada. Si se rebaja a otros miembros del Cuerpo, también nosotros somos rebajados; si prosperan, también nosotros prosperamos con ellos.

(3) La obediencia a estas órdenes requiere igualmente unas decisiones y una disciplina conscientes, puesto que éstas son contrarias a nuestra naturaleza. Con demasiada frecuencia permitimos que nuestra antigua naturaleza nos lleve a la desobediencia. Hemos de entender el imperativo y elegir la obediencia. Esto no es «justicia por obras», puesto que tomamos nuestras decisiones en respuesta a Dios y a su presencia, sin embargo, la voluntad y disciplina humanas son necesarias. Dios trabaja con nosotros, no en nosotros.

Integridad, integridad, integridad. Si Dios es el patrón, la integridad es el resultado. La verdad caracteriza a Dios, y debería también definir a su pueblo (ver 4:15).⁵³ Esto significa en primer lugar que percibimos la verdad en Dios. Él es la fuente de la verdad por la que vivimos. Si nos la tomamos en serio, esta cuestión ha de

separarnos de una buena parte de nuestra sociedad que pretende vivir mentiras. La industria del ocio crea ilusión y perversión y pretende colarlas como verdad. Nuestra sociedad afirma que la meta de la vida es el placer inmediato y niega la realidad de la muerte, y el juicio por nuestras acciones. Las mentiras que nos rodean han de ser identificadas y rebatidas. Por ejemplo, cuando un hombre dice: «no estoy dispuesto a seguir viviendo una mentira, así que voy a divorciarme de mi esposa», no está dirigiéndose hacia la integridad.

La integridad requiere un constante compromiso con hablar la verdad, aun cuando esta sea dolorosa. Sin embargo, aun en tales situaciones, la verdad ha de expresarse en amor. No podemos permitirnos la prerrogativa del engaño. Nuestros prójimos forman parte de nosotros, y la mentira solo nos destruirá a nosotros y a ellos. Sea en un tribunal de justicia o en la mesa de la cocina, no ha de ser necesario un juramento para asegurar la veracidad de las afirmaciones de los cristianos.

¿Pero no vivimos acaso un engaño, intentando dar la impresión de que somos mejores de lo que en realidad somos? ¿Acaso no nos rechazarían si nos mostráramos como somos realmente? Es posible, sin embargo la depravación que conocemos por propia experiencia es algo común a todos y hemos de ser veraces al respecto. De lo contrario, nos esconderemos tras máscaras de fingida pureza y nunca trataremos realmente con nuestro pecado. Este texto demanda una transparencia, una actitud abierta dirigida por la sabiduría hacia lo apropiado. No podemos huir de la muerte, ¿por qué pues no hablar de este tema de un modo más franco y abierto? A menudo nuestra sexualidad nos posee, ¿por qué pues no tratar este asunto en un contexto adecuado? ¿Por qué no podemos ser más explícitos y directos con respecto a nuestros egos? Nos hacemos personas más reales hablando la verdad acerca de estas cuestiones.

Las exageraciones son una de las maneras en que mentimos. Queremos que la historia que vamos a contar suene un poco mejor, que lo que hacemos despierte un poco más de admiración, o que la otra persona parezca un poco más ridícula. Pero con la exageración distorsionamos la realidad. Los pastores son culpables de algunas de las exageraciones más nocivas cuando se sirven de sonoras afirmaciones parciales que hacen que Dios parezca más maravilloso y ellos más poderosos. Pero Dios no tiene necesidad de exageraciones. Es verdad que la gente responde a lo hiperbólico, pero este lenguaje está dirigido por el ego y es lesivo, tanto para el testimonio como para la salud espiritual. Los pastores han de llevar a cabo su liderazgo con integridad de palabra, expresando la verdad de un modo equilibrado que haga justicia a toda la verdad, no solo a aquellas partes que desean subrayar.

Este texto reclama una integridad también con la propiedad. No se puede poner el robo y la imitación de Dios en la misma frase. El egocentrismo dice: «toma lo que puedas, sin importar el método». Una vida que se centra en Dios delimita las fronteras dentro de las que las necesidades pueden satisfacerse legítimamente. No podemos

servirnos de racionalizaciones para justificar el robo: no existen justificaciones. Algunos robos representan la sustracción directa de algún artículo de propiedad, y en nuestra sociedad una buena parte de tales robos son hurtos en las tiendas o por parte de empleados. Otras clases de robo se acercan más a lo que serían engaños o mentiras. Las personas roban también mintiendo en asuntos comerciales, peticiones de ayuda, copias en exámenes, o en la declaración de renta. Los cristianos no pueden permitirse una implicación en ninguna clase de robo, aun cuando se trate de algo que nadie pueda descubrir. Está en juego nuestra visión de nosotros mismos y nuestra relación con Dios, por no hablar de nuestra relación con otras personas y nuestra capacidad de ser testigos de la integridad de Dios.

En muchos sentidos la integridad es el tema de todo este pasaje. Es decir, el propósito del Evangelio es establecer la integridad en nuestro ser.

Ayuda, no hostilidad. Vivimos en un mundo hostil. Todos nosotros tenemos temor de la violencia o de los malos tratos, de modo que tendemos a estar en una actitud vigilante, celosos de cada uno de nuestros derechos. Todos hemos sufrido alguna forma de abuso, y esto hace que seamos agresivos en la defensa de lo nuestro, o que hayamos sido tan heridos que nos vengamos en otras personas. Las violaciones y fallos que tienen lugar en todas nuestras instituciones y movimientos nos motivan a la hostilidad y el cinismo. Los cristianos se ponen a la defensiva, o se vuelven suspicaces, y vengativos. Hablar de la teología del Evangelio no desarraiga nuestro egocentrismo. Por consiguiente, la Iglesia carece de la actitud abierta que tanto precisa. No manifiesta la benévola Gracia de Dios.

La idea de un «cristiano hostil» es un oxímoron. Hemos de sustituir la hostilidad con amabilidad y servicio. El principal lugar en que aparecen la hostilidad y el cinismo es en nuestras familias, y la implicación es que quienes son más cercanos a nosotros son responsables de nuestros problemas, no han sabido resolverlos, o son fáciles objetivos de la venganza. Los capítulos 5 y 6 de Efesios se dirigirán a la familia de un modo más específico, sin embargo este pasaje ha de aplicarse primero a ellas. Allí donde las familias están marcadas por la amargura, la ira, los gritos, o peor, la violencia, nadie puede hablar de fe cristiana. Por regla general, nuestra ira es una respuesta a cosas pequeñas que realmente carecen de importancia. Y puesto que la ira representa una decisión de expresar nuestro disgusto donde no hay temor, la ira se dirige casi siempre contra alguien que no tiene nada que ver con la cuestión. Por regla general, las víctimas de la ira no son su causa; suelen ser personas que están presentes y no suponen ninguna amenaza, como mujeres, niños, o personas sin poder, precisamente aquellos a quienes tendríamos que garantizarles la seguridad.

Debe también tratarse la amargura y la hostilidad dentro de la Iglesia. El cinismo — primer paso hacia la amargura—, es muchas veces un mecanismo de defensa contra la demencia de este mundo y un medio de hacerle frente, sin embargo es también un

pecado puesto que denigra y cierra posibilidades. Hay que decir que el cinismo es uno de los mayores peligros para los pastores y dirigentes eclesiales, puesto que conocen muy bien los fallos de la Iglesia. En lugar de recurrir al cinismo ante la superficialidad y el fracaso, ¿no sería mejor hablar la verdad en amor y obrar de manera apropiada? ¿Somos lo suficientemente valientes como para hacer esto?

No cabe duda de que en este texto Pablo tiene en mente la benevolencia y el amor tolerante que ha mencionado en 4:2. En el fondo es un asunto de hospitalidad, es decir, del modo en que recibimos a las personas y nos preocupamos por ellas. Con demasiada frecuencia nuestro comportamiento transmite aspereza y antipatía, o cuando menos, indiferencia. En nuestra presencia, las personas han de encontrar más bien receptividad y buena voluntad. Han de saber que en la Iglesia están seguros y que hay recursos para su ayuda. El Cuerpo de Cristo está formado por personas que han cambiado la hostilidad por amabilidad. Los cristianos son personas que, lejos de destruir, construyen. Han de ser productivos, supliendo las necesidades de otras personas. Su lenguaje y sus hechos son productivos.⁵⁴ La meta es invertir en las personas para edificar una comunidad. No podemos dedicarnos simplemente a cuidar de nosotros mismos. ⁵⁵

¿Más perjuicio que ayuda? Pero nuestros intentos de ayudar pueden empeorar las cosas. Las personas se hacen dependientes de la ayuda, y parásitos de los recursos. Los sistemas de prestaciones sociales acaban siendo impotentes y corruptores, y todas las iglesias saben por experiencia que existen quienes se aprovechan de la buena voluntad de los cristianos. Por otra parte, el estado de algunas personas es tan deteriorado que sus problemas parecen estar más allá de cualquier resolución. ¿Puede realmente funcionar el idealismo de este texto?

Por supuesto que funciona. No podemos satisfacer todas las necesidades ni arreglar los problemas de todas las personas. La depravación humana y el quebrantamiento de este mundo son fuerzas poderosas que estarán presentes hasta el Día de la Redención. Es posible que en ocasiones se presten ayudas de un modo poco sensato, pero sin ayuda *nadie* sale adelante. Dios ha llamado a los cristianos a edificar la unidad en Cristo en sus relaciones personales, y esto es tanto nuestra tarea como nuestra identidad. Hemos de vivir de un modo productivo y beneficioso, y esto significa que hemos de luchar *por* aquello que es justo y bueno. Si no lo hacemos, es casi seguro que más adelante tendremos que luchar *contra* situaciones muy negativas.⁵⁶ Cuando ayudamos a otras personas estamos luchando por lo justo.

La meta no es que algunos cristianos ayuden a los demás, sino que todos se ayuden entre sí. Todos nosotros tenemos necesidades que la comunidad ha de suplir. Nuestra común participación en el Cuerpo de Cristo no permite que algunos rehúyan el trabajo o se aprovechen de la situación. Cuando esto sucede, ha de hablarse la verdad en amor. Los creyentes han de aceptar su propia responsabilidad y ayudar a los demás, a

pesar de los problemas. Dios se preocupa por las personas y, por ello, también lo hace su pueblo, aun cuando su único recurso sean las lágrimas.

Hablar es fácil, ayudar, costoso. En ocasiones, las necesidades de las personas son tan profundas que cualquier pensamiento de ayuda es deprimente. ¿Cómo ayudamos a niños que padecen el síndrome de alcoholismo fetal, o a adultos que no tienen ni la capacidad ni el deseo de ser independientes económicamente? A menudo, la única vía posible es la comunitaria. No podemos, por supuesto, satisfacer todas las necesidades, sin embargo no verlas o vivir despreocupados con respecto a ellas contradice el sentido de estar en Cristo.

Perdón. El perdón se fundamenta en el hecho de que Dios nos ha perdonado en Cristo. Sin embargo, los cristianos parecen reacios a perdonar, a juzgar por la gran cantidad de divisiones y conflictos que padecen las iglesias y las familias. ¿Cómo es posible que los cristianos puedan guardarse rencor durante años? Aunque se perdona, se guarda la ofensa para utilizarla en futuras batallas. Como dice una canción popular: «¡Enterramos el hacha, pero dejamos el mango fuera!» Somos también lentos para perdonar porque, decimos, se está pasando por alto la justicia y la restitución. Pero la negativa a perdonar rara vez proviene de un elevado sentido de la justicia y sí, con frecuencia, de razones egocéntricas. ¡Cuán necio! Como alguien ha dicho: «Aquel que no está dispuesto a perdonar rompe el puente sobre el que él mismo ha de pasar». Además, posicionarnos ante Dios apelando a nuestros derechos es una insensatez, porque Dios puede entonces apelar a los suyos! El Nuevo Testamento nos asegura que aquellos que no perdonan no son perdonados. Efesios 4:32 cambia la «regla de oro». Se nos pide que actuemos con los demás como Dios lo ha hecho con nosotros. El modo en que actuamos pone de relieve a quién pertenecemos.

El perdón, sin embargo, *no* ignora la justicia. Dios ciertamente no lo hizo, y una vez más la clave está en hablar la verdad en amor. El perdón no olvida necesariamente las ofensas —el dolor puede ser demasiado profundo para olvidarlas— ni ignora la restitución. La naturaleza de la ofensa determina cuál es la respuesta apropiada. Lo que sí consigue el perdón es el rechazo de la amargura, la malicia y la venganza. No podemos controlar las acciones de los demás, sin embargo, cuando decidimos perdonar establecemos un control de nuestras respuestas.⁵⁷ Decidimos dar valor a la otra persona a pesar de su ofensa y desear lo que es bueno para esa persona delante de Dios. El perdón restaura también las relaciones personales, o al menos establece un fundamento sobre el que pueden ser restauradas. Pero el perdón es un proceso y no se produce necesariamente de inmediato. La naturaleza de la ofensa y la madurez de quien perdona determinarán la extensión y carácter del proceso. Sin embargo, el perdón es necesario, y durante el proceso en que éste se produce no puede permitirse que la amargura se instale en el corazón y crezca.

Mantenerse al día. En este y otros pasajes se anima a los cristianos a estar al día

con Dios por lo que se refiere a cómo hemos tratado a otras personas. Hemos, pues, de mantener al día nuestras cuentas con Dios y con los demás. J.B. Phillips tradujo 4:26b como: «Nunca te acuestes indignado».⁵⁸ Este no es solo un buen consejo para los matrimonios y las familias, sino para todos nosotros. En pocas palabras, hemos de hacer frente a la ira, la malicia y la necesidad de perdonar. No prestar atención a los problemas los hace peores.

Definida por expertos del mundo empresarial, la excelencia consiste en hacer bien muchas cosas pequeñas. Los cristianos han de hacer bien muchas cosas pequeñas: mantenerse al día, prestar atención y cuidar a las personas. El hábito de analizarnos de manera regular y frecuente ante Dios es necesario para determinar si estamos agravando o agradando al Espíritu. ¿Hemos dado lugar a la ira y albergado rencor, o hemos sido rápidos para perdonar? ¿Reflejamos el modo en que Dios nos trata a nosotros, o cuando se trata de otras personas tenemos normas distintas de las que queremos que se nos apliquen a nosotros? ¿Estamos dando y construyendo, o acaso recibiendo y destruyendo? Por decirlo de otro modo, si el abnegado sacrificio de Jesús fue un olor grato para Dios, ¿qué son nuestras vidas, fragancia o hedor?

A modo de resumen, para aplicar este texto:

- (1) Controla la lengua. Haz que hable la verdad, utilízala para construir, no para destruir.
- (2) Controla las manos y los pies. Haz que respeten la propiedad y ponlas a trabajar para que puedas dar.
- (3) Formas parte de quienes están en Cristo. Cuida a las personas con amabilidad. No hagas nada movido por la malicia y la ira.
- (4) Pertenece a Dios y su Espíritu mora en ti. Trata a los demás como él te ha tratado a ti. Perdona y ama.

Efesios 5:3–14

Entre ustedes ni siquiera debe mencionarse la inmoralidad sexual, ni ninguna clase de impureza o de avaricia, porque eso no es propio del pueblo santo de Dios. 4 Tampoco debe haber palabras indecentes, conversaciones necias ni chistes groseros, todo lo cual está fuera de lugar; haya más bien acción de gracias. 5 Porque pueden estar seguros de que nadie que sea avaro (es decir, idólatra), inmoral o impuro tendrá herencia en el reino de Cristo y de Dios. 6 Que nadie los engañe con argumentaciones vanas, porque por esto viene el castigo de Dios sobre los que viven en la desobediencia. 7 Así que no se hagan cómplices de ellos. 8 Porque ustedes antes eran oscuridad, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de luz 9 (el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad) 10 y comprueben lo que agrada al Señor. 11 No tengan nada que ver con las obras infructuosas de la oscuridad, sino más bien denúncienlas, 12 porque da vergüenza aun mencionar lo que los desobedientes hacen en secreto. 13 Pero todo lo que la luz pone al descubierto se hace visible, 14 porque la luz es lo que hace que todo sea visible. Por eso se dice: «Despiértate, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo».

Sentido Original

Aunque Pablo sigue hablando de conducta cristiana, en 5:3 se produce un cambio evidente, que la NIV muestra por medio de un nuevo párrafo y del uso de la partícula adversativa «pero»¹ (los traductores de la NVI consignan también un nuevo párrafo, pero no le dan un sentido adversativo explícito. N. del T.). Mientras que en 4:25–5:2 se tratan principalmente algunas prácticas que los cristianos han de adoptar, en 5:3–14 se subrayan aquellas que han de evitar, a saber, pecados de naturaleza sexual y verbal, y la codicia. De hecho, esta sección es una de las más extensas del Nuevo Testamento por lo que respecta al tratamiento de la separación del mundo.

Existen varias conexiones entre 5:3–14 y 4:25–5:2: los conceptos de «bondad» y «verdad», y los pecados de la lengua. Se da especial prominencia a una serie de ideas contrapuestas: oscuridad y luz; mentira y verdad; fruto y falta de él; y lo que está oculto y lo que es revelado. Se subrayan también las ideas de vergüenza y asociación. A diferencia de 4:25–5:2, no hay alusiones al Antiguo Testamento a excepción de la confesión del versículo 14. Obsérvense también los paralelismos que guarda este pasaje con Colosenses 3:5–8.

Las palabras de 5:8 merecen especial atención, ya que suponen un efectivo resumen de toda la carta, o en cualquier caso, de la teología de Pablo. Además de utilizar el término «andar» (NVI, «vivir») en referencia con la instrucción ética, en este versículo encontramos uno de los típicos contrastes «antes-ahora», la idea de estar en el Señor, y la mezcla del modo indicativo e imperativo.

Estructura. Es fácil dividir este pasaje en dos secciones, pero la cuestión es dónde situamos el punto de división. La NVI sitúa el nuevo párrafo a partir de 5:8, mientras que el texto griego de las Sociedades Bíblicas Unidas (UBS) lo establece en 5:6. Teniendo en cuenta que el versículo 7 está estrechamente vinculado con lo que sigue, la mejor explicación es que los versículos 7–14 forman un párrafo con la última mitad (vv. 11–14) que supone un comentario de la primera mitad.² Como sucede en 4:25–5:2, la motivación teológica para la obediencia a los mandamientos se va intercalando a lo largo de toda esta sección. El contenido de este pasaje puede esbozarse como sigue:

5:3–6: Mandamientos a evitar pecados vergonzosos

5:3: Mandamiento a evitar el pecado sexual y la codicia

Motivación: es lo propio del pueblo de Dios

5:4: Mandamientos a evitar los pecados de la lengua, y a ser agradecidos

Motivación: Tales pecados están «fuera de lugar»

5:5: *Motivación para ambos mandamientos:* tales pecados impiden heredar el

reino

5:6: *Repetición categórica de la motivación*: la ira de Dios viene sobre los desobedientes

5:7–14: La relación entre los cristianos y los desobedientes

5:7–10: La naturaleza del cristiano le lleva a no asociarse con los desobedientes

5:7: Mandamiento a no vincularse a tales personas

5:8a: *Motivación*: antes eran oscuridad, ahora son luz

5:8b: mandamiento y contraste: vivir como hijos de luz

5:9–10: Descripción parentética de la vida en la luz

5:11–14: Comentario sobre la distinción, y acerca de vivir como luz

5:11a: Mandamiento a no participar en sus acciones

5:11b: Necesidad de reprobar más bien a tales personas

5:12–13: *Motivaciones*: el carácter vergonzoso de sus obras y la naturaleza reveladora de la luz

5:14: *Verificación*: Palabras de una antigua confesión.

Evitar pecados vergonzosos (5:3–6)

El pecado sexual y la avaricia. El cambio de la abnegada y sacrificada naturaleza de Cristo que se expresa en 5:2 a la indulgencia de 5:3 es muy llamativo. Los tres pecados que se mencionan —«inmoralidad sexual» (*porneia*), «impureza» (*akatharsia*), y «avaricia» (*pleonexia*)— han aparecido ya en 4:19. El segundo y tercer pecado son los mismos en ambos pasajes, sin embargo, en 4:19 el primero es «la sensualidad» (*aselgeia*). En Gálatas 5:19 se enumeran *porneia*, *akatharsia*, y *aselgeia* como las primeras manifestaciones de «las obras de la carne». Al parecer las tres palabras son una referencia al pecado sexual.³ La NVI no lo expresa explícitamente, pero en 5:3 los términos «inmoralidad sexual» e «impureza» están ligados como un tándem (ver también Col 3:5). La palabra «impureza» se refiere principalmente al pecado sexual, aun cuando vaya precedida de la expresión «ninguna clase de». ⁴ El término «avaricia» se añade como un pecado distinto, que puede incluir la pasión sexual, pero puede aludir a cualquier clase de impulso a «querer más». ⁵

Porneia es una palabra con un sentido muy amplio que comprende cualquier pecado de carácter sexual.⁶ Puede aludir al incesto (1 Cor 5:1), la promiscuidad (1 Ts 4:3), las relaciones sexuales con una prostituta (1 Cor 6:13), o las relaciones sexuales ilícitas (Jn 8:41). Se utiliza también en un sentido figurado para aludir a la apostasia o a la idolatría en el marco de la imagen veterotestamentaria de Yahvé como marido de su pueblo (ver Apoc 2:20–21). Aquí y en Colosenses 3:5, el término *pleonexia*, «el deseo de tener más», se identifica además como «idolatría». En el trasfondo de esta identificación está la concepción judía de la idolatría como raíz de todo pecado, y de la avaricia como el pecado que los abarca todos.⁷ La codicia motiva los demás pecados, y como ha observado J.A. Bengel, es el supremo acto de levantamiento contra Dios.⁸ El deseo toma el lugar de Dios, puesto que determina la vida en lugar de él.

Las palabras que se traducen, «entre ustedes ni siquiera debe mencionarse [...] porque eso no es propio del pueblo santo de Dios» dicen literalmente «que [los pecados en cuestión] no se nombren entre ustedes, como conviene a los santos». Aunque algunos proponen que la intención de Pablo es impedir que estos pecados se mencionen siquiera (ver v. 12), la NVI está en lo cierto al considerar esta expresión como una manera de decir enérgicamente que estos pecados son completamente contrarios a lo que significa ser cristiano. Ambas partes del versículo pretenden mostrar lo fuera de lugar que están el pecado sexual y la avaricia entre aquellos a quienes Dios ha apartado para sí.

Pecados de la lengua (5:4). Este versículo es una ampliación de 4:29. Las tres palabras que en este versículo describen los pecados verbales no aparecen en ningún otro texto del Nuevo Testamento, aunque sí encontramos algunos cognados de la

palabra que se traduce como «obscenidad» (*aischrotes*; ver, p. ej., Col 3:8). La raíz expresa aquello que es vergonzoso o deshonesto; aunque esta palabra podría tener una referencia más amplia, su emparejamiento aquí con dos términos vinculados al lenguaje indica que Pablo alude a lo impropio de un vocabulario vergonzoso e indecente. La expresión «conversaciones necias» (*morologia*) sugiere la cháchara de un necio (una persona carente de entendimiento) y trae a la mente la frecuente condenación del necio en la literatura sapiencial del Antiguo Testamento. La palabra que la NVI vierte como «chistes groseros» (*eutrapelia*) tiene por regla general un significado positivo fuera del Nuevo Testamento, pero el que Pablo le da aquí es, sin duda, negativo. Sugiere una forma de expresarse equívoca, con doble *sentido*: un lenguaje inocuo en sí mismo pero convertido en vehículo de una intención indecente. Este tipo de lenguaje no es apropiado para el creyente.⁹

Lo que sí es propio del pueblo de Dios es la «acción de gracias».¹⁰ En Efesios, el grupo de palabras vinculadas a la idea de «dar gracias» solo aparece en 1:16 y 5:20; este último pasaje hace referencia a la acción de gracias como indicativo de la plenitud del Espíritu. La acción de gracias es un importante elemento del pensamiento de Pablo. Representa la actitud esencial del cristiano que pone deliberadamente su atención sobre Dios, su Gracia y sus intereses en lugar de hacerlo sobre los propios deseos.¹¹ P.T. O'Brien sugiere que este término es prácticamente un sinónimo para aludir a la vida cristiana¹² (ver especialmente Rom 1:21; 14:6; 2 Cor 4:15; Col 3:17).

Motivación en forma de advertencias (5:5–6). La expresión, «porque pueden estar seguros» es literalmente, «porque esto lo saben, sabiendo». Pablo les recuerda a sus lectores una información que ya conocen, que el pecado sexual y la avaricia no son apropiados para el pueblo de Dios y que quienes cometen tales pecados no heredarán el reino de Cristo y de Dios.¹³ El lenguaje de la herencia se utiliza con frecuencia para expresar lo que se recibe o posee como un don de Dios (cf. 1 Cor 6:9–10; Gál 5:21).

Esta advertencia cobra fuerza en el versículo 6. No es solo que quienes practican tales pecados estén excluidos del reino, sino que la ira de Dios les depara un destino más penoso. La palabra «viene» puede entenderse, bien como la ira de Dios ejercida en este mundo (como en Rom 1:18–32) o como su manifestación escatológica en los últimos días. Algunos eruditos argumentan que Pablo tiene en mente tanto la dimensión presente como la futura, no obstante la referencia principal parece ser la ira que vendrá en el juicio final.

La redacción del versículo 6 recuerda a 2:2–3 y 4:14, 22. Por esta razón, M. Barth está en un error al leer este versículo como una referencia a los cristianos y a la disciplina que se aplica a ellos.¹⁴ Es posible que los cristianos puedan caer en tales pecados, como muestra la correspondencia corintia, sin embargo no existen evidencias de que los lectores de Pablo los estuvieran practicando. De ser así, el apóstol hubiera

tratado el asunto de un modo más directo. Este pasaje asume un intenso contraste entre creyentes y no creyentes.

En las cartas de Pablo no queda clara la naturaleza exacta de la ira venidera. El apóstol no utiliza palabras para «infierno» como *hades* o *gehena*, y aunque insiste en la ira y el juicio de Dios, Pablo da pocas explicaciones acerca de la naturaleza del castigo. La expresión más fuerte del juicio venidero está en 2 Tesalonicenses 1:8–9 («destrucción eterna, lejos de la presencia del Señor y de la majestad de su poder»). No cabe duda de que el castigo en cuestión es algo terrible (Rom 2:9), sin embargo Pablo usó de considerable reserva para describirlo, una reserva que, no obstante, no debería malinterpretarse como dudas acerca de su realidad. Sin la presuposición de un juicio, no es necesario hablar de salvación. Al mismo tiempo, hemos de recordar que, de las aproximadamente ochenta alusiones al juicio que aparecen en las cartas de Pablo, sesenta de ellas se dirigen a los cristianos (este texto es una de las excepciones).¹⁵

La relación entre los cristianos y los desobedientes (5:7–14)

No se hagan cómplices de tales personas (v. 7). Este versículo funciona como encabezamiento de los versículos 7–14. La palabra que se traduce como «cómplices» (*symmetochoi*) es de hecho un término compuesto, «socios de» o «compañeros». ¹⁶ La forma más sencilla se utilizaba a menudo para aludir a las sociedades comerciales, aunque no siempre en un sentido legal o técnico.¹⁷ La forma compuesta que encontramos en Efesios 5:7, en el resto del Nuevo Testamento aparece solo en 3:6: «*participantes* igualmente de la promesa en Cristo Jesús mediante el evangelio». Si una persona está unida a Cristo y participa de él, no puede compartir su vida con quienes practican el pecado sexual y la avaricia (cf. 2 Cor 6:14).

Vivir la luz (vv. 8–10). Como se ha indicado antes, el versículo 8 es un maravilloso resumen de una buena parte de Efesios y de la teología de Pablo en general, no obstante su contenido es al mismo tiempo sorprendente. El uso de los temas de la luz y la oscuridad de 1:18; 3:9; y 4:18 no prepara al lector para la radical afirmación que encontramos aquí. En otros pasajes se habla de los discípulos como luz del mundo (Mt 5:14) o de tener la luz y ser hijos de luz (Jn 12:35–36). Asimismo, Juan afirma en su Evangelio (8:12) que Cristo es la Luz del mundo, y en su primera epístola (1:5) que «Dios es luz». Sin embargo, la sencilla afirmación «ustedes [...] son luz en el Señor», es un tanto inesperada. No hay texto más contundente en su explicación de la conversión.

El pensamiento subyacente se basa en la teología paulina de las «esferas de influencia». Los seres humanos adquieren el carácter de la esfera en la que viven. En un tiempo, vivían en la oscuridad y eran oscuridad; ahora viven en la luz y son luz. No lo son en sí mismos, por supuesto; solo son luz «en el Señor». Cuando están en aquel que es la Luz, también ellos *son* luz.

Este versículo es otro claro ejemplo de la mezcla del indicativo y el imperativo. La afirmación en indicativo se consigna casi siempre en primer lugar como base para el imperativo. Por consiguiente, el imperativo no tiene carácter ilusorio, sino que constituye un llamamiento a vivir lo que el Evangelio afirma como cierto. La vida cristiana es siempre un llamamiento a ser quienes Dios dice que somos. Una vida de fe es aquella que toma en serio lo que Dios ha dicho.

La frase que utiliza la NVI «hijos de luz» es una expresión semítica para aludir a «aquellos que se caracterizan por la luz» (por ej., «*pueblo* de la luz»). La declaración parentética del versículo 9 proporciona un rápido resumen de cómo es esta vida, a saber, «bondad, justicia y verdad». Recuerda al lector algunos aspectos que ya se han tratado, especialmente en 4:20–5:2.¹⁸ La ética de la nueva vida se centra en las «buenas obras» (2:10) o en aquellas cosas que benefician a los demás (4:28–29). El nuevo ser habla «la verdad en amor» (4:15, 25), ha encontrado la verdad en Jesús

(4:20), y es creado en la «justicia y santidad» de la verdad (4:24). La trilogía de 5:9 recuerda a las palabras de Miqueas 6:8, donde Dios demanda que los seres humanos actúen en justicia, amen la misericordia, y vivan humildemente delante de él.

La ética está siempre dirigida por aquello «que agrada al Señor» (5:10), que es una manera positiva de decir, «no agravien al Espíritu Santo» (4:30). La palabra que se traduce como «comprueben» (*dokimazo*) significa «poner a prueba, examinar o discernir», en el sentido de «determinar la validez de algo». Algo que ha pasado la prueba es «aprobado» (*dokimos*). Este grupo de palabras desempeña un importante papel en la enseñanza ética de Pablo. La renovación de la mente de que se habla en Romanos 12:2, por ejemplo, tiene lugar para que los cristianos puedan discernir lo que es la voluntad de Dios. La petición de Pablo a Dios en Filipenses 1:10 es que los creyentes disfruten de un «amor inteligente» y sean capaces de discernir aquello que es realmente importante. En 1 Tesalonicenses 5:21 se instruye a los lectores a examinarlo todo y a retener lo bueno. La ética cristiana es en gran medida una ética del discernimiento.

Que la luz lleve a cabo su obra (5:11–14). El mandamiento del versículo 7 de no ser cómplices de los desobedientes se amplía en el versículo 11 con la orden de no participar tampoco en sus obras. La expresión de la NVI «no tengan nada que ver con» instruye a los creyentes a no participar o cooperar en ninguna forma de maldad.¹⁹

Las «obras de la oscuridad»²⁰ son «estériles», lo cual alude a su inutilidad para producir aquello que Dios desea. Estas obras están en consonancia con la oscuridad; no con Cristo. Tales obras no producen nada de valor para Dios. Si los cristianos son luz, no pueden participar en este tipo de hechos.²¹

No obstante, la separación que demanda Pablo no es un retraimiento sino más bien un enfrentamiento. La palabra que la NVI traduce como «denuncíenlas» (vv. 11, 13) a menudo tiene el matiz de corregir o convencer a alguien.²² Es objeto de debate si este enfrentamiento se lleva a cabo solo mediante la conducta, o es también verbal, pero sugerir que este pasaje no tiene nada que ver con denunciar verbalmente los excesos representa una actitud excesivamente estrecha de miras. Aunque Pablo no nos da directrices concretas para esta confrontación, no hay duda de que el apóstol no está pensando en una separación física y un rechazo del contacto con tales personas, sino en la negativa a participar en acciones indecentes. A fin de cuentas, el contacto con los no cristianos es necesario para que la luz pueda conseguir su propósito.

Al parecer, los hechos vergonzosos demasiado indecentes para hablar de ellos aluden a la impureza sexual mencionada en el versículo 3. Es posible que en el trasfondo haya hechos secretos vinculados a los ritos religiosos, no obstante esto no parece ser el asunto que Pablo desea tratar. El apóstol quiere transmitir la seriedad de estos pecados de naturaleza sexual sin entrar en los detalles de los hechos en sí. La

implicación es que existen varias posibilidades de reprobar las acciones sin participar en el error de quienes las cometen.

Los versículos 13–14 presentan una cierta dificultad debida a la palabra *phaneroo*, que se traduce como «se hace visible» en el versículo 13 y, «sea visible» en el 14. Por regla general, esta palabra significa «dar a conocer», «revelar»; es la antítesis de «guardar en secreto». La traducción de la NVI es comprensible en el versículo 13,²³ aunque la afirmación no contribuya mucho al argumento, sin embargo la manera de traducir el versículo 14 es problemática. El versículo 14a dice literalmente: «Porque todo lo que es revelado es luz».²⁴ Este tipo de predicado nominal es de naturaleza cualitativa. En otras palabras, aquello que entra en contacto con la luz adquiere sus cualidades.

La cuestión es si esta «revelación» es meramente negativa (una denuncia de los pecados de la gente) o si existe también un elemento positivo, es decir, no solo denuncia sino *también* transformación. El contexto parece requerir ambas cosas, y puesto que la palabra que se traduce como «poner al descubierto» significa también «convencer», esto es comprensible. La persona puesta al descubierto y convencida por la luz es también transformada. Tanto el versículo 8 como la confesión del versículo 14 confirman este punto. En estos versículos (13–14), F. Foulkes ve acertadamente tres etapas de la obra de Gracia: el pecado es puesto al descubierto; las personas objeto de esta iluminación reaccionan con una actitud honesta; ellas mismas se convierten en luz.²⁵

El contexto (principal elemento definitorio del significado) parece requerir una traducción como:

Todas las cosas expuestas/convencidas por la luz son iluminadas,
Puesto que todo aquello que es iluminado adquiere las cualidades de la luz.
Por ello dice,
levántate, tú que duermes,
y levántate de los muertos
y Cristo brillará en ti.

El problema es que, normalmente, el término *phaneroo* no tiene el significado de «iluminar», y los intérpretes deberían ser prudentes. Por regla general esta palabra significa «revelar», «dar a conocer». Por otra parte, traducir «todo aquello que es revelado es luz» tiene poco sentido. En lugar de usar el término «iluminar», algunos comentaristas sugieren consignar «alumbrar»,²⁶ pero el efecto es el mismo. Esta lógica parece asumir que la luz no solo pone al descubierto lo que hay, sino que también lo transforma (ver 2 Cor 4:6). Es muy probable que estemos tratando con afirmaciones

proverbiales acerca de la luz, y esto apoyaría lo compacto de la lógica (ver también Jn 3:19–21; Rom 13:11–14; 1 Ts 5:4–8).

La última parte del versículo 14 trata de la luz transformadora de Cristo. Es sin duda un material tradicional, como indica el uso de la expresión «se dice». Estas palabras representan una confesión o afirmación himnica que llama a las personas a despertar de su oscuridad y a experimentar la transformación que ofrece el Cristo resucitado. Es posible que la redacción proceda de Isaías 26:19 y 60:1 que tratan de la resurrección y la luz. Pablo describe el proceso por el que la oscuridad se convierte en luz y muestra por qué la afirmación de 5:8 es verdadera: Los creyentes experimentan una resurrección con Cristo y son transformados por su luz vivificante.²⁷

Construyendo Puentes

«La hermenéutica consiste en descifrar la vida en el espejo del texto».²⁸ Desciframos la vida por medio de un diálogo con el texto acerca de nuestro mundo y el suyo. Los conceptos de este pasaje están claros; El mundo que vemos es muy parecido al nuestro. Llevar su mensaje a nuestra generación dependerá en gran medida de nuestra *convicción* acerca de la corrección y relevancia del texto.

El reflejo de nuestro mundo. A Efesios se le ha llamado «la epístola para hoy».²⁹ Como otros muchos pasajes de la carta, 5:3–14 habría podido escribirse para cualquiera de las iglesias de nuestro tiempo. Es evidente que la lista de pecados no es exhaustiva. No se mencionan ni la violencia ni el asesinato, ni otras muchas faltas. Pablo no pretende desarrollar el tema del pecado de manera exhaustiva, sino solo mencionar aquellos pecados más susceptibles de desviar de su trayectoria a sus lectores. ¿Pero por qué hace tanto hincapié en los pecados de carácter sexual, el lenguaje y la avaricia? En el pecado sexual convergen desordenadamente el orgullo, el poder y el placer. Cuando el pecado toma el control de una vida, a menudo la inmoralidad sexual es el resultado. El lenguaje y la avaricia son aspectos muy importantes puesto que constituyen puertas por las que el pecado hace su entrada.

Nuestra moderna sociedad occidental idolatra la sexualidad, está obsesionada con ella, y detesta tener que reconocer límites para la expresión sexual. En una reciente publicación se lamentaba la pérdida de valores éticos subrayando la carencia total del sentido de vergüenza en nuestra sociedad. Todo vale. No obstante, en un número posterior, esta misma publicación parecía contribuir a la misma pérdida que lamentaba aludiendo al incremento de la bisexualidad en nuestra cultura de un modo que la preconizaba, o al menos la aprobaba.³⁰

Las actitudes sexuales del antiguo mundo greco-romano eran parecidas a las de nuestros días, aunque en ocasiones más descaradas. A menudo había una doble moral que demandaba que las esposas solo tuvieran relaciones sexuales con sus maridos. Las mujeres valoraban la castidad, pero no la practicaban necesariamente. Sin embargo, los hombres tenían varias salidas sexuales, siempre que no cometieran adulterio con la esposa de otro hombre. Una famosa frase ilustra esta laxitud: «A las amantes las tenemos para que nos den placer, a las concubinas, para que nos cuiden diariamente, pero a las esposas para que nos den hijos legítimos y sean fieles guardianas de nuestros hogares».³¹ En sus escritos, Cicerón menciona con aprobación la legitimidad y antigüedad de las relaciones que los prohombres de la corte mantenían con mancebos.³² La prostitución, la homosexualidad, y la bisexualidad eran muy comunes; los esclavos sufrían con frecuencia vejaciones sexuales de parte de sus amos.

Por otra parte, no hemos de exagerar la situación del mundo antiguo. La

promiscuidad no era algo generalizado, y varias inscripciones dan fe del valor que se concedía a la fidelidad matrimonial. Además, la frecuente afirmación de que la adoración de Artemisa en Éfeso estaba vinculada a los ritos de la fertilidad carece de datos sólidos que la confirmen.³³

Las normas sexuales relajadas no encajan con el cristianismo, ni en el siglo primero ni en el vigésimo primero. Con demasiada facilidad los cristianos adoptan las actitudes sexuales de la cultura que les rodea, pero el pecado sexual no puede encontrar lugar en la vida en Cristo. A Dios le interesa lo que hacemos con nuestro cuerpo porque le pertenecemos. El argumento de que las relaciones sexuales fuera del matrimonio son legítimas era corriente en Corinto, a lo cual Pablo reaccionó con estupefacción: ¿Cómo puede unirse aquello que es parte de Cristo con una prostituta? El pecado sexual es un pecado contra el propio cuerpo (1 Cor 6:15–19). La suposición que subyace tras este pensamiento es que la relación sexual es mucho más que una acción física; Se trata de un acto *psíquico* que vincula en uno a dos seres humanos y refleja la propia imagen de Dios. La relación sexual responde a la pregunta: «¿a quién perteneces y de quién es la imagen que llevas?». No podemos pertenecer a múltiples cónyuges, y especialmente si somos propiedad de Dios. Por otra parte, la relación sexual *no* es —como el cristianismo ha implicado con frecuencia— algo sucio; es un maravilloso don de intimidad que Dios nos ha dado y que hay que utilizar dentro del pacto matrimonial. Decir lo contrario es mentir con palabras vacías (v.6).

La avaricia nos devuelve, también, la mirada desde el espejo del texto. El deseo de tener más motiva tanto el pecado sexual como todos los demás pecados. De hecho, se ha hablado del pecado como un buscarle más sustancia a la vida de lo que Dios ha puesto en ella. Aunque Dios ha llenado la vida de cosas buenas, la mayoría de nosotros no estamos nunca satisfechos. Cuando el deseo de tener más se impone —en especial cuando se trata de las relaciones sexuales— éste deforma la mente, nos debilita, perturba la vida, y en el último análisis se convierte en nuestro dueño.³⁴ Tenemos buenas razones para utilizar la palabra enamorado (en inglés el término *lovesick*, «enamorado» significa literalmente «enfermo/a de amor». N. del T.), porque el intenso deseo de poseer nos pone enfermos. La codicia puede también tomar el control de nuestra mente y distorsionar nuestro ser mediante el deseo de poseer cosas. Nos empuja a conseguir más dinero y adquirir recursos. Nunca estamos satisfechos. Si la mentira posibilita el pecado, la avaricia lo origina (cf. 1 Tim 6:10).

Vivimos en una sociedad que fomenta toda forma de avaricia. En el mundo de la música y el entretenimiento, los medios de comunicación trabajan estimulando el deseo sexual y desplegando un descarado consumo. La industria publicitaria se sirve del sexo para crear e instruir otras formas de avaricia. El egocentrismo no es ya meramente un axioma, sino el deseable objeto de la búsqueda humana. Las únicas metas que conocen la mayoría de las personas son el placer y las posesiones, y para muchos esto significa que el control de sus vidas se les escapa de las manos. El

egocentrismo ha pasado de ser una dolencia a convertirse en una enfermedad letal y contagiosa.

La obscenidad, las conversaciones necias, y el lenguaje grosero, son formas en que reforzamos o agasajamos un estilo de vida profano. Estas tres categorías lo cubren todo: la vulgaridad, el desafío de Dios y las insinuaciones sexuales. Es posible que algunos comiencen a utilizar este lenguaje para demostrar que son personas curtidas y de mundo. Pero lo que realmente demuestra es que el pecado se ha alojado en su mente y que esta vergonzosa realidad está siendo honrada y abrazada. Es una manera de jugar con el pecado, pero como ha observado G.B. Caird, allí donde el vicio se considera algo divertido, es fácil practicarlo.³⁵ O, como dijo un antiguo rabino, «lo trivial y lo frívolo acostumbran a un hombre a la lascivia».³⁶ Este pasaje no es, sin embargo, un rechazo del humor, que puede ser algo divertido, creativo y agradable. Es más bien, un rechazo del diálogo de necios al que alude el texto —personas moral y espiritualmente perversas— y del humor como manera de jugar con el pecado.

Sorprendentemente, Pablo presenta la acción de gracias como algo que describe en términos generales el tipo de lenguaje que define a Cristo. Esto no impone una estrecha limitación al lenguaje; reconoce más bien, lo determinante que es para la vida una actitud agradecida. Cuando reconocemos a Dios y le damos gracias por la vida que procede de él, establecemos una responsabilidad para con él y ordenamos nuestra vida fuera del egocentrismo y del pecado. El pecado brota de la ingratitud. La acción de gracias es un antídoto para el pecado, ya que es difícil dar gracias a Dios y pecar al mismo tiempo.

Juicio. En nuestra sociedad son relativamente pocos —y los cristianos no son una excepción— quienes se toman en serio la cuestión del juicio. En la escatología popular, que se expresa principalmente en los funerales de las personas ilustres, todo el mundo va al cielo y sigue haciendo allí esencialmente lo mismo que aquí. No hay lugar para el juicio, o, en el mejor de los casos, éste se reserva solo para los dictadores sanguinarios. Hay en todo esto una ingenuidad que es sorprendente.

No es necesario que volvamos a la antigua predicación del «fuego y azufre», pero sí tenemos una gran necesidad de volver a considerar la cuestión del juicio. Los parámetros de los comentarios de Pablo sobre esta cuestión nos marcan el camino. El apóstol se toma en serio el juicio, pero siempre de una manera equilibrada y sin ser excesivamente descriptivo. Nunca utiliza tácticas intimidatorias, sin embargo la amenaza de juicio es explícita. No hay duda de que el universalismo es atractivo, pero es una mentira.³⁷ Si no hay juicio, nadie necesita salvación, y lo que hacemos realmente no importa. Hay un sentido en que el propio pecado es su propio juicio, lo cual es razón suficiente para evitarlo, no obstante, el verdadero peligro es el juicio final y la exclusión de la vida con Dios. Si Dios no respondiera con ira a este mundo, tal actitud no diría mucho a su favor. Quien no se enfurece no ama.³⁸ Dios ama y se

preocupa por nosotros, y el juicio es real.

¿Luz en el Señor? Sin duda una de las afirmaciones más difíciles de entender en esta sección es la frase, «ustedes son luz en el Señor» (5:8). ¿Cómo puede Pablo hacer una afirmación así? En Romanos 7 nos confiesa que él mismo hacía lo contrario de lo que quería (por no hablar de lo que sabía de los corintios).³⁹ Sin duda, entenderíamos que Pablo hubiera escrito, «ustedes son, en parte luz, y en parte oscuridad», o «Intenten ser luz». Pero Pablo se tomaba la conversión mucho más en serio de lo que lo hacemos nosotros. Esta es una afirmación acerca de lo que las personas son *en Cristo*. Únicamente en el Señor son luz. El comentario de los versículos 13–14 sobre el 8 muestra lo que el apóstol tiene en mente. El resultado de la luz de Cristo que resplandece en nosotros es ser transformado en lo que él es; estar en él significa adquirir su naturaleza. El indicativo declara algo que es cierto: los cristianos son luz en el Señor. De nuevo, se trata de nuestra identidad y de la geografía que la determina.⁴⁰ Cristo, en quien vivimos, determina nuestra identidad. De una concepción tan sublime surge una elevada moralidad.

El imperativo de que vivamos como hijos de luz es objeto de pocas explicaciones. A modo de paréntesis, Pablo menciona la bondad, la justicia, y la verdad (v. 9), sin embargo la única directriz específica (v. 10) es la de percibir lo que agrada al Señor (también en los versículos 3–4), la necesidad de discernimiento cuando se trata de determinar lo que es pertinente se presupone. De nuevo se subraya la mente. Los cristianos son pensadores que analizan la conducta para ver si ésta es coherente con su Señor.

Separación. La marca de la madurez cristiana está en la capacidad de explicar y vivir lo que se entiende por «separación». El texto demanda que no nos hagamos partícipes con los desobedientes ni participemos en la ejecución de las obras de las tinieblas. No cabe duda de que la participación en el pecado queda excluida, ¿pero, hemos acaso de evitar todo contacto con las personas que viven en él? Para tratar este asunto existe toda una gama de opciones. En el mundo antiguo, por ejemplo, los esenios se establecieron en la zona de Qumrán, a orillas del Mar Muerto, para separarse de la corrupción que veían a su alrededor. En ocasiones los cristianos han escogido este camino, sin embargo esto no es lo que demanda el texto. De hecho, cuando pensamos en la cuestión de la separación lo hacemos, con demasiada frecuencia, en términos de distancia geográfica más que de distinguirnos por nuestro estilo de vida. Puede que, de hecho, el término «separación» no sea el más indicado. Esta palabra implica distancia, sin embargo lo que el texto pretende expresar es diferenciación.

El problema es, por supuesto, que cuando los cristianos intentan separarse del mundo lo llevan consigo dondequiera que van. El mundo está muy arraigado en nosotros, y a pesar de toda nuestra separación, muchos cristianos profesan los mismos

valores y estilos de vida que los no cristianos. Por otra parte, la necesidad nos obliga a implicarnos con los no cristianos en nuestros trabajos, asociaciones de vecinos, y otras esferas de la vida. La separación no ha sido nunca fácil. En el mundo antiguo, judíos y cristianos hubieron de hacer frente a serias dificultades para ganarse la vida puesto que muchos trabajos requerían la afiliación a un gremio que pagaba tasas a las deidades locales.⁴¹ Hemos de vivir en sociedad, pero aprendiendo a no sacrificar a sus deidades.

La exposición paralela de 1 Corintios 5:9–13 nos ayuda a comprender mejor esta cuestión. Pablo había demandado en una «carta anterior» dirigida a la iglesia de Corinto que no se relacionaran con quienes participaban de pecados de carácter sexual y de otro tipo. Los corintios pensaban que el apóstol tenía en mente a personas no cristianas e inmorales, pero Pablo señaló que se refería a quienes, afirmando ser cristianos, vivían de un modo inmoral.⁴²

En el ejemplo de Jesús vemos algo parecido. Su conflicto más importante fue con los líderes religiosos, sin embargo él se relacionó voluntariamente con personas consideradas inmorales. A menudo hacemos todo lo contrario: toleramos inapropiados estilos de vida «cristianos», y nos separamos de las personas que no son cristianas. No podemos compartir el Evangelio si nos separamos de los no creyentes. La luz ha de resplandecer en la oscuridad. La exposición de los versículos 11 y 13 presupone un contacto con los no cristianos. Hemos de separarnos del pecado, no de las personas.

El mandamiento de denunciar o reprobar el pecado significa que no basta meramente con abstenernos de practicarlo.⁴³ Los cristianos tienen la responsabilidad de confrontar, si bien el texto no nos dice cómo hemos de hacerlo. Muy a menudo, nuestras confrontaciones son más perjudiciales que beneficiosas. Nuestro modo de confrontar depende de nuestra relación con aquellos a quienes confrontamos. No tenemos el derecho de imponer una ética cristiana a las masas no cristianas, en especial si tal ética está impulsada teológicamente. Por otra parte no podemos ser pasivos y no llamar oscuridad a lo que lo es. Tanto nuestro estilo de vida como nuestra conversación han de hacer de nosotros instrumentos por los que la luz lleva a cabo su obra. El presupuesto del texto es que la luz es un poder que transforma. Ser agente de la luz requiere sabiduría y discernimiento. Si entender lo que es agradable al Señor requiere discernimiento, sin duda éste es también necesario para analizar detenidamente cómo nos relacionamos con el mundo no cristiano y le hacemos frente.

Significado Contemporáneo

Vivimos en una sociedad que está cayendo en picado moralmente. En los años cincuenta nuestra sociedad tenía temor del comunismo y construía armas de destrucción masiva y refugios nucleares para proteger nuestra forma de vida. No se prestó ninguna atención a la defensa del tejido moral de la sociedad. Pero un «enemigo» se ha infiltrado en nuestras instituciones y pasatiempos y ha dañado —o puede que hasta destruido— nuestra marco de referencia moral. No hemos de exagerar el problema, puesto que existe todavía mucha moralidad, pero también ésta es objeto de ataque. Muchas personas han perdido toda motivación para la ética.

Cada vez más, los problemas de nuestra sociedad son importantes cuestiones morales: pecados de naturaleza sexual, violencia, racismo, y robo. Los políticos utilizan expresiones como «definir la anormalidad a la baja» y «normalizar la anormalidad» para referirse a lo que está sucediendo en nuestra sociedad. La programación de televisión de la franja horaria familiar está llena de adulterio, promiscuidad, y homosexualidad. La violencia se presenta como algo divertido. Hemos convertido a estrellas del rock, actores, y presentadores en nuestros asesores morales y filósofos, sin embargo pocos de ellos merecen ser escuchados. En el mundo antiguo la profesión de actor se consideraba vergonzosa⁴⁴ y, a pesar del «glamour» que la acompaña, a menudo sigue siéndolo.

Los cristianos apoyan precisamente esta cultura, ajenos al parecer a las ofensas de que el cristianismo es objeto desde este ámbito, o de su impacto. ¿Es acaso posible salir de este vertiginoso declive moral? Por supuesto que sí, si la luz cumple con su función. Los convencidos por la luz son pocos porque, con mucha frecuencia, la luz ha decidido volver a la oscuridad. Es cierto que la sociedad necesita una reforma, pero en primer lugar la necesita la Iglesia.

Pecado sexual. Nuestra sociedad tiene un importante problema en el modo en que trata la sexualidad. Los problemas del adulterio, la promiscuidad, y cosas por el estilo son ya bastante graves, sin embargo sus verdaderas dimensiones se manifiestan aún más con cuestiones como la violación, el incesto, y los abusos sexuales. Según cifras conservadoras, una de cada seis mujeres será violada y uno de cada diez niños es víctima de incesto. Nuestros legítimos deseos de amor e intimidad se han descontrolado, y el orgullo, el poder, y el placer, coligados alrededor de la sexualidad, han destruido toda sanidad y control. La modernidad, como alguien la ha definido, es desorden sexual racionalizado, y el problema es que hacemos todo lo posible por estimular el deseo. La pornografía y «el sexo telefónico» son negocios que mueven ingentes cantidades de dinero. De entre todos los servicios que ofrece Internet las charlas sobre temas sexuales están entre los más populares. Los criterios de modestia y decencia por lo que respecta a la forma de vestir se han evaporado. El lenguaje se ha desvirtuado de tal modo que palabras como «sofisticado», «maduro», o «caballero» se

utilizan para referirse a las perversiones sexuales, las prácticas anormales, y la pornografía.

Sin embargo, la sociedad envía también mensajes contradictorios que ponen de relieve la condenación de estas actividades al tiempo que se aceptan. Mantenemos este material fuera del alcance de los niños, ¿pero por qué, si es tan inocuo? Nos gusta sentirnos excitados sexualmente, sin embargo nos indignamos ante cualquier indicio de acoso sexual. Aceptamos la ausencia de restricciones sexuales, sin embargo la prensa crucifica a los políticos culpables de relaciones sexuales ilícitas. La industria del ocio dirige tanto la promoción de la promiscuidad sexual como—¿se siente acaso culpable?— la batalla contra el SIDA. Una vez más, el pecado demuestra ser una negativa a hacer lo que sabemos.

Pero, ¿qué hay de malo en ver pornografía en la privacidad del propio hogar? Además de degradar a las personas considerándolas como meros objetos sexuales, la pornografía tiene también un efecto destructivo por su permanencia en la mente del espectador; estructura el cerebro de un modo ilícito. No es un reconocimiento legítimo de algo bello, sino la alimentación y aceptación de la lujuria. Dirige la mente hacia hechos inapropiados. Es tanto el primer paso hacia el pecado sexual, como un pecado en sí. Como Jesús subrayó con intensidad, lo que hacemos con nuestra mente no es inocuo (Mt 5:27–30), especialmente por lo que respecta a los pecados de naturaleza sexual. Por otra parte, la pornografía es un taimado monstruo que atrapa, especialmente a los hombres, y se convierte en una adicción.

Este pasaje, con su rechazo del pecado sexual y su llamamiento a la no participación y a la denuncia, ha de aplicarse directamente, no solo a la sociedad en general, sino también a la Iglesia. El incesto se da en familias que asisten a iglesias, y el adulterio y la promiscuidad son a menudo tan corrientes en las iglesias como en el resto de la sociedad. Lamentablemente, también los pastores son culpables de estas cosas. La pornografía y otras «industrias del pecado sexual» no podrían sobrevivir sin el apoyo «cristiano». La única solución es el arrepentimiento y una decisión llena del Espíritu de no participar en estas cosas. No vayas, no alquiles, no leas. No permitas que la mente se recree fuera del ámbito que le es lícito. No te pongas en situaciones comprometidas, y no cometas ningún tipo de pecado sexual. Tales pecados ni siquiera han de mencionarse entre el pueblo de Dios, puesto que Dios juzgará a quienes los practican.

Al aplicar este texto también hemos de mirar lo que subyace tras él. ¿Qué es lo que motiva tanto pecado sexual? Sin duda la búsqueda egocéntrica del placer es un factor importante, pero la falta de respeto hacia las mujeres es también un elemento significativo. Allí donde se denigra a las mujeres y se las considera inferiores, se hace más fácil utilizarlas para el propio beneficio;⁴⁵ y cuando a los miembros del sexo opuesto se les considera como algo a conquistar, aumentan las probabilidades de pecado sexual. Por otra parte, cuando a los miembros del sexo opuesto se los valora

como personas creadas a imagen de Dios, es menos posible caer en pecados de carácter sexual. Lo sorprendente es que tantas mujeres se dejen utilizar. Su necesidad de amor ha de ser enorme, pero las relaciones sexuales ilícitas no son el modo de obtenerlo.

Lenguaje. El modo en que hablamos puede ser una manera de iniciar pecados sexuales. El lenguaje expresa el ser. Mediante lo que podríamos llamar «pornografía verbal» permitimos que el pecado sexual defina la vida, y cuando lo hacemos profanamos la sexualidad humana y degradamos a las personas. El lenguaje obsceno es destructivo. Los cristianos no tienen ninguna razón para utilizar esta clase de lenguaje, y por regla general, la mayoría no lo hacen. Por otra parte, algunos creyentes sí adoptan un lenguaje inapropiado como una forma de rebeldía o para demostrar que están «al día». En ocasiones hablan sobre temas sexuales como si quisieran acercarse lo más posible al pecado, pero sin llegar a pecar, y algunos pastores parecen estar demasiado dispuestos a hablar de cuestiones de sexo cuando aconsejan a sus feligreses. Es importante que podamos hablar de la sexualidad de un modo franco y decente, y desde un punto de vista teológico, sin embargo es igualmente importante evitar que estas charlas deriven en intereses lujuriosos, incluyendo los nuestros. El modo en que conducimos tales charlas pone de relieve quiénes somos. No podemos ser luz en el Señor y que nuestras bocas expresen oscuridad.

La expresión «conversaciones necias» parece aludir principalmente a conversaciones estúpidas de naturaleza sexual, sin embargo la aplicación del texto requiere el rechazo de *cualquier* conversación de necios (i. e., personas moral y espiritualmente perversas). Esto no implica un rechazo general del humor, sino solo de un humor insensato. El humor es un don, pero puede convertirse en una forma de egotismo, escapismo, o auto defensa, y puede utilizarse de un modo nocivo y denigrante. Como sucede con todos los dones, el asunto es cómo se utiliza. ¿Es creativo, iluminador y restaurador, o destructivo, envilecedor y absurdo? *Cualquier* comunicación verbal destructiva y sin sentido se sitúa bajo la acusación de este texto, también lo que se dice desde los púlpitos. Cuando los pastores utilizan el emocionalismo, la exageración, y la manipulación verbal grandilocuente en lugar de argumentos sólidos, se hacen culpables de lo que este texto censura. Tal actitud no encaja con el Señor.

Avaricia. Muchos cristianos denuncian el pecado sexual, pero se quedan mudos cuando se trata de la avaricia. Nuestra sociedad no considera la avaricia como un pecado, lo cual únicamente demuestra la facilidad con que el mal consigue engañar. Se trate de una pasión por el sexo, de avaricia de cosas materiales, o de una inmersión en algún interés específico, toda avaricia es pecado, puesto que permite que algo distinto de Dios ordene nuestras vidas. La aplicación de este texto comienza obviamente con la lujuria sexual, sin duda la pasión más desorientadora de la Tierra. En segundo lugar está la codicia que representa el materialismo, la idolatría de las posesiones, de lo cual la mayor parte de nosotros somos culpables. En tercer lugar está

la codicia de poder. Después de éste hay toda una serie de otros pecados inspirados por la avaricia.

La avaricia está sin duda tras la consumidora pasión por el juego que se evidencia en nuestra sociedad. El robo y las malversaciones de fondos son, por regla general, delitos que brotan de la avaricia. Nuestras adicciones, ya sea la dependencia de algún tipo de sustancia química, o la fascinación con los deportes, son también un resultado de la avaricia. Cuando tras la victoria de su equipo de fútbol un hincha dice: «este es el mejor día de mi vida», estamos ante una clase de idolatría de las más insensatas. Cualquier pasión consumidora que define la vida es una forma de idolatría que desplaza a Dios de su lugar legítimo. La comunidad cristiana ha de reflexionar sobre sí misma, llamar a las idolatrías por su nombre arrepentirse de la avaricia, y reordenar la vida poniendo todas sus cosas buenas bajo el control de Dios. La única solución a este problema es una gratitud que reconozca que solo Dios merece nuestra lealtad y que es capaz de ordenar la vida.

Dejar encendida la luz. Max Lucado cuenta la historia de ciertas velas que se niegan a dejarse tomar del armario en que se encuentran para dar luz durante una tormenta eléctrica. Todas ellas tienen excusas para no dar luz. Cuando el marido le dice a su esposa que las velas no quieren trabajar, ella explica, «claro, son velas de iglesia».⁴⁶ ¡Ay! El mero hecho de que este relato tenga sentido es ya doloroso.

La tarea de los cristianos es dejar encendida la luz. Somos luz en el Señor y hemos de vivir como hijos de luz. Con mucha frecuencia, la luz solo alumbra durante algunas horas, y después la vida sigue siendo como siempre. Puede que seamos luz en el Señor, pero nos guardamos un billete del tren a la oscuridad. Tradicionalmente, los evangélicos han percibido el pecado en su dimensión personal y han descuidado los pecados de carácter social como el racismo o los abusos de poder. Sin embargo, durante la pasada década, más o menos, el pecado se ha venido considerando cada vez más en términos sociales en perjuicio de su aspecto personal. Ninguno de estos extremos es aceptable. El pecado es tanto personal como social. Una parte de nuestra tarea consiste en resistir al pecado dondequiera que lo encontremos. Y esto se consigue dejando encendida la luz.

Dejar la luz encendida requiere cuatro acciones:

- (1) Vivir constantemente en el Señor, conscientes de él, determinados por él, y entendiendo lo que le agrada. La comunión, compartir la vida con Cristo, nos capacita para ser luz.
- (2) Negarnos a participar en pecados sexuales, cualquier forma de avaricia, desobediencia, o lenguaje inapropiado.
- (3) Llevar a cabo acciones positivas: practicar la justicia, la verdad y las buenas obras.

(4) Denunciar la oscuridad llamándola por su nombre.

Ninguna de estas cosas sucede automáticamente. Como ya hemos visto a lo largo de la carta, se espera que los cristianos sean fuertes y sabios, y que vivan un agresivo seguimiento de Cristo, en lugar de adaptarse a lo que les rodea. Cada una de las cuatro acciones anteriores requiere decisiones deliberadas y una inversión de energía. Como se pondrá de relieve en el versículo 15, tales acciones requieren también sabiduría.

Pero ¿cómo podemos diferenciarnos sin expresar, al tiempo, una actitud de prepotencia espiritual? ¿Cómo apartarnos del pecado sin convertirnos en personas reaccionarias, mojigatas y sentenciosas? ¿Cómo podemos evitar actitudes destructivas en nuestra confrontación del pecado? Como siempre, en la propia formulación de las preguntas se implican las respuestas. En ocasiones, la Iglesia ha sido prepotente, mojigata, sentenciosa o destructiva, sin embargo tales actitudes no son ni aceptables ni necesarias. La solución se ha presentado ya en la ética de Efesios. La primera instrucción ética de Pablo es su llamada a la humildad, la mansedumbre, la paciencia y el amor tolerante (4:2). Si ejercitamos estas cualidades, pueden evitarse los resultados negativos que acabamos de mencionar. Es posible negarnos a participar en las prácticas erróneas y aun así preocuparnos profundamente por quienes las practican. Podemos hablar la verdad en amor aun cuando confrontamos y rechazamos la desobediencia a Dios.

En la mayoría de los casos las personas reconocerán que lo que están haciendo no es, en general, apropiado o deseable, aunque tengan una excusa para defender que sea permisible en su caso concreto. Los problemas surgen cuando nuestros egos entran en escena y las personas perciben que realmente no nos preocupamos por ellas. Cuando denunciemos algún pecado (o lo reprobamos, o intentamos convencer a la persona que lo practica), hemos de tener muy clara nuestra concepción teológica del asunto en cuestión, y de las razones que hacen que un hecho específico sea erróneo. La oscuridad no quedará expuesta si la luz no sabe de qué habla.

Pero, ¿qué es realmente lo que el texto requiere de nosotros? ¿Qué significa no hacernos cómplices con los desobedientes? Limitar la aplicación de este texto al matrimonio y a las sociedades empresariales con no cristianos es un acercamiento simplista y legalista. Vivimos en una sociedad en que la mayoría de las personas profesan ser cristianas; aunque la mera etiqueta de cristianismo pueda satisfacer al legalismo, está lejos de cumplir las demandas de este texto. Por otra parte, algunos no cristianos son menos culpables de desobediencia que algunos que se llaman cristianos.

La principal preocupación de este pasaje no es el temor de una supuesta contaminación que podría traer el contacto con los no cristianos, *ni* tampoco la necesidad de evitar dicho contacto. Lo que en verdad interesa a Pablo es más bien que la luz lo sea realmente, y que ésta cumpla su función. Ciertas acciones no encajan con

la luz, y los hijos de la luz no han de permitir que la oscuridad les defina. Una vez más, en el Evangelio lo esencial es el asunto de la definición y la identidad.

Las obras de la oscuridad y los actos de desobediencia a Dios no encajan con la identidad cristiana, y los hijos de la luz no han de permitir *ninguna* situación en la que sean definidos por la oscuridad. Por el contrario, hemos de ser luz y poner claramente en evidencia la oscuridad, que es una forma de muerte. Por medio de nuestros hechos y palabras hemos de llamar a las personas a que abandonen la oscuridad y vengan a la luz que Cristo ofrece. Es posible que las personas detesten la luz y se decidan por la oscuridad, pero deberían hacerlo porque sus obras son malas, no porque la luz les es ofensiva (ver Jn 3:19–21). La luz no puede ser ofensiva puesto que produce bondad, justicia, y verdad. La luz es el lugar en que las personas encuentran la Gracia para hacer frente a la verdad y ser transformadas por la luz.

No podemos alumbrar sin un constante proceso de discernimiento. Toda la vida ha de ser dirigida por aquello que encaja con Cristo, le es agradable a él, y es adecuado para su pueblo. No existe aquí ningún legalismo. La vida y las relaciones personales, con cristianos y no cristianos por igual, no están determinadas por una tabla de normas, sino por una vida con Cristo, en cuyo marco se decide lo que ha de hacerse en cuestiones de carácter personal y relacional. La «separación», la distinción que hemos de encarnar, es algo que procede del centro de nuestro ser. Vivimos la integridad de nuestras almas. Solo podemos ser luz si vivimos la verdad de nuestra relación con Cristo. Deja que tu luz alumbre.

Efesios 5:15–33

Así que tengan cuidado de su manera de vivir. No vivan como ~~racia~~ sino como sabios, 16 aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos. 17 Por tanto, no sean insensatos, sino entiendan cuál es la voluntad del Señor. 18 No se emborrachen con vino, que lleva al desenfreno. Al contrario, sean llenos del Espíritu. 19 Anímense unos a otros con salmos, himnos y canciones espirituales. Canten y alaben al Señor con el corazón, 20 dando siempre gracias a Dios el Padre por todo, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. 21 Sométanse unos a otros, por reverencia a Cristo. 22 Esposas, sométanse a sus propios esposos como al Señor. 23 Porque el esposo es cabeza de su esposa, así como Cristo es cabeza y salvador de la iglesia, la cual es su cuerpo. 24 Así como la iglesia se somete a Cristo, también las esposas deben someterse a sus esposos en todo. 25 Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella 26 para hacerla santa. Él la purificó, lavándola con agua mediante la palabra, 27 para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable. 28 Asimismo el esposo debe amar a su esposa como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo, 29 pues nadie ha odiado jamás a su propio cuerpo; al contrario, lo alimenta y lo cuida, así como Cristo hace con la iglesia, 30 porque somos miembros de su cuerpo. 31 «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y los dos llegarán a ser un solo cuerpo.» 32 Esto es un misterio profundo; yo me refiero a Cristo y a la iglesia. 33 En todo caso, cada uno de ustedes ame también a su esposa como a sí mismo, y que la esposa respete a su esposo.

Sentido Original

En realidad, la siguiente sección de Pablo se extiende desde 5:15 a 6:9. Los comentarios subdividen este material en secciones más cortas, sin embargo al hacerlo se crea un malentendido. En 5:15–6:9 se tratan cuatro temas: la vida en el Espíritu (5:15–21), la relación entre esposas y maridos (5:22–33), hijos y padres (6:1–4), y esclavos y amos (6:5–9). No obstante, dividir el material de este modo deforma la relación de los «códigos domésticos» (el material que trata las relaciones personales en el hogar) con la vida en el Espíritu. Por esta razón trataremos 5:15–33 como una sola sección.

Efesios 5:15–21 representa un *clímax-resumen* y una posterior ampliación de lo que significa «vivir de una manera digna del llamamiento que han recibido» (4:1). En 5:15 encontramos la última utilización del término «andar» (NVI, «vivir»), que Pablo ha venido utilizando para definir la ética cristiana. Igual que sucede con otras muchas secciones de la carta, estos versículos son intensamente trinitarios. Obsérvense las conexiones lógicas entre los versículos 15–17 y 5:4 y 10. Obsérvense también los paralelismos que encontramos en Colosenses 3:16–19 y 4:5–6.

Estructura del pasaje. La clave para entender este texto consiste en tener en mente su estructura, que es lo suficientemente compleja como para que las decisiones acerca de las divisiones de párrafos sean difíciles de tomar. La falta de entendimiento de su estructura ha hecho de esta sección uno de los pasajes peor entendidos y aplicados de la Biblia. El problema es que en 5:15–33 tenemos tanto la culminación de una sección como el comienzo de otra, y cualquier división dentro de la sección tiende a distorsionar este hecho.

El mandamiento, «Así que tengan cuidado de su manera de vivir» (5:15) se explicado por medio de tres contrastes «no ... sino»:

- (1) No vivan como necios, sino como sabios (v. 15b)
- (2) No sean insensatos, sino entiendan cuál es la voluntad del Señor (v. 17)
- (3) No se emborrachen con vino, sino (NVI, al contrario) sean llenos del Espíritu (v. 18).

A partir de este punto, la redacción de la NVI encubre la estructura del texto griego. Los versículos 18–21 son una sola oración gramatical con cinco participios que explican lo que significa ser llenos del Espíritu, el último de los cuales es «sométanse unos a otros, por reverencia a Cristo».¹ *Los «códigos domésticos» que se consignan a continuación en 5:22–6:9 son ejemplos explícitos de sumisión dentro del cuerpo de Cristo.* Cualquier tratamiento de este material desvinculado de 5:15–21 conduce a errores.

Comparar detalladamente la redacción de la NVI y el texto griego es un ejercicio

muy instructivo. La NVI utiliza cinco frases con seis mandamientos para traducir una sola oración gramatical que cubre 5:18–21:

«No se emborrachen con vino» (v. 18a)

«Sean llenos del Espíritu» (v. 18b)

«Anímense unos a otros con salmos, himnos y canciones espirituales» (v. 19a)

«Canten» (v. 19b)

«Alaben» (v. 19b. La NIV consigna «hagan música». N. del T.)

«Sométanse unos a otros, por reverencia a Cristo». (v. 21)

El texto de la NVI incluye también un participio («dando siempre gracias» en el v. 20). Sin embargo, el texto griego tiene solo *dos* imperativos: «No se emborrachen» y «sean llenos del Espíritu», y *cinco* participios:

Hablando el uno con el otro con salmos, himnos, y cánticos espirituales

Cantando

Haciendo música

Dando gracias

Sometiéndose el uno al otro en el temor de Cristo.

Aunque es cierto que los participios pueden interpretarse como mandamientos, en el caso de estos cinco representan una descripción de los *resultados* de ser lleno del Espíritu de Dios. Podríamos escoger otros elementos, sin embargo, al menos en este texto, Pablo se conformó con referirse a los cristianos llenos del Espíritu como personas cuyas vidas se caracterizan por la gratitud, la sumisión mutua y el canto.

Es evidente que en 5:22 se produce una transición, sin embargo, en esta sección *no* inicia un nuevo tema. El pasaje que alude a esposas y maridos es *solo un ejemplo de la sumisión recíproca* que se menciona en 5:21. De hecho, los manuscritos que siguen las ediciones estándar del Nuevo Testamento griego no consignan en su texto el término «sométanse»; se asume como verbo elíptico a partir de la mención del sometimiento en 5:21.² Puesto que en 5:22 hay una transición, algunas traducciones comienzan en este punto un nuevo párrafo. Sin embargo, al hacer esto se destruye la relación de este pasaje con el tema de la sumisión mutua que se menciona en el versículo 21. En el caso de la NVI (y también otras traducciones), esta inicia un nuevo párrafo en 5:21 con la esperanza de mantener la conexión, sin embargo, con esta decisión lo que se pierde es el acento en la sumisión como marca esencial de ser lleno del Espíritu de Dios.³

Otro hecho que vincula 5:22–33 con 5:21 es la repetición del término «temor» en

5:21 y 33. (La NVI ha traducido la palabra «temor» con el término «reverencia» en el v. 21 y «respeto» en el v. 33.) Muchas veces, los escritores del mundo antiguo comenzaban y terminaban las secciones con un mismo tema como recurso retórico que les permitía aislar el pasaje en cuestión como una sola unidad.

Hay otros aspectos de la estructura de este pasaje que son también instructivos. En 5:22–33 se tratan tres temas: la conducta de las esposas, la conducta de los maridos y la relación entre Cristo y la Iglesia. La fusión de este último aspecto con los dos primeros añade dificultad al pasaje. Obsérvese la cantidad de espacio que se dedica a cada uno de los tres temas:

Palabras a las esposas: 5:22–23a, 24b, y 33b

Palabras a los maridos: 5:25a, 28–29a, (31) y 33a

Relación entre Cristo y la Iglesia: 5:23b-24a, 25b-27, 29b-32

La relación entre Cristo y la Iglesia proporciona un modelo para la conducta de los maridos hacia sus esposas. Contrariamente al modo en que este texto se utiliza frecuentemente para tratar la conducta de las esposas, Pablo subraya principalmente la conducta de los maridos y una teología de Cristo y la Iglesia.

Cristianos por el buen camino (5:15–21)

Una vida cuidadosa (5:15–17). La afirmación más importante de esta sección está en el versículo 15a: «Tengan cuidado de su manera de vivir»; el resto del pasaje (15b-21) describe lo que esto supone. Literalmente, el texto dice, «controlen cuidadosamente [o estrechamente] el modo en que andan». La palabra que se traduce por «cuidadosamente» tiene la connotación de algo que se hace de manera correcta, exacta, o a lo que se presta mucha atención.⁴ El tema del versículo 15b se repite de hecho en el versículo 17. Ser sabio implica entender la voluntad del Señor, lo cual representa una repetición del versículo 10 y concuerda con la tradición sapiencial veterotestamentaria que subyace tras estos versículos. El llamamiento a vivir sabiamente no lo es a un conocimiento de orden teórico. Se trata de una llamada al discernimiento moral y a una competencia práctica en la toma de decisiones. Una vez más, el acento está en la mente y en una cuidadosa atención por mantener la vida por el buen camino, siendo su objetivo aquello que agrada a Cristo y encaja en sus propósitos.

En el versículo 16 la expresión de la NVI «aprovechando al máximo cada momento oportuno» es una interpretación de la expresión «redimiendo el tiempo». La palabra griega que se traduce como «redimir» es una forma compuesta, una intensificación, del término que significa «comprar» o «adquirir». Se utiliza en el contexto de comprar de nuevo a un esclavo, sin embargo en el Nuevo Testamento, a excepción de este texto y Colosenses 4:5, solo alude a la compra de la salvación por parte de Cristo (Gál 3:13; 4:5). Las exposiciones que ven el significado de este texto como un intento de ganar tiempo o rescatarlo de la servidumbre del mal son probablemente demasiado literalistas.⁵ La expresión en cuestión es una manera metafórica de aludir a una buena utilización del tiempo. Una buena traducción sería, «aprovechen al máximo cada oportunidad». El tiempo pasa, y el mal hará uso de él si los cristianos no lo hacen.⁶ La idea de que los días son malos es una descripción general de la presencia del mal en el mundo. La expresión «el Señor» que aparece en los versículos 17 y 19 alude a Cristo (cf. vv. 8, 10, 20, todos los cuales tienen una indudable importancia cristológica).

Vida en el Espíritu (5:18–21). La razón por la que Pablo escribió «no se emborrachen con vino» no está del todo clara. Las siguientes alternativas merecen consideración. Es posible que el apóstol:

- (1) fuera consciente de un problema específico entre los cristianos de Asia Menor, como parece haber sucedido en Corinto (1 Cor 11:21);
- (2) sintiera la necesidad de advertir contra la práctica de ciertos cultos paganos que consideraban la embriaguez como una forma de unidad con el mundo espiritual;
- (3) quisiera simplemente advertir en general acerca de los peligros de un estilo de vida inaceptable;

(4) quisiera contrastar la embriaguez con el control del Espíritu que es lo que realmente le interesaba subrayar.

No hay pruebas para justificar ninguna de las dos primeras opciones. Las dos últimas parecen haber motivado el mandamiento. A partir de 4:17 Pablo ha venido contrastando la inaceptable conducta del mundo de los que no creen, con la del pueblo de Dios. Escribir en contra de la embriaguez le permitía al apóstol traer a colación el destructivo e inaceptable estilo de vida de tantas personas en la cultura circundante (cf. también Rom 13:12–13; 1 Ts 5:7).⁷ El contraste de la embriaguez con la adoración o la vida piadosa tiene una larga tradición.⁸

La embriaguez se describe además como una vida desperdiciada (*asotia*; NVI, «desenfreno»).⁹ La embriaguez representa el colmo de la insensatez, la pérdida del sentido de dirección, y el desperdicio de una vida sin Dios.

El mandamiento de «ser llenos del Espíritu» es inesperado y sin precedente en la Biblia. Gordon Fee afirma acertadamente que este imperativo es la clave para entender todos los demás, y que se trata del mandamiento decisivo del corpus paulino.¹⁰ La posesión del Espíritu es la marca de autenticidad del cristiano (ver 1:13–14). Pero si el Espíritu viene a morar en el creyente en la conversión y, ciertamente, es el agente de ésta, ¿qué implica entonces este mandamiento? ¿Acaso controlan los seres humanos el movimiento del Espíritu?

Podemos entender este mandamiento analizando otros textos que expresan ésta o similares ideas. Si en un texto se dice que alguien está lleno de aflicción (Jn 16:6), gozo (Hch 13:52), o conocimiento (Rom 15:14), no tenemos dificultad para entender que el sentimiento en cuestión o el conocimiento *domina* su ser y *describe* lo que es realmente. Si Hechos 5:3 describe a Ananas diciendo que Satanás llenó su corazón, es evidente que lo que se afirma es que Satanás había dominado sus impulsos; cualquier tendencia en sentido contrario ha sido erradicada. Las Escrituras hablan también específicamente de personas que son llenas del Espíritu: Jesús después de su bautismo (Lucas 4:1), Esteban (Hechos 6:5; 7:55), Bernabé (11:24). Los siete que fueron escogidos para servir a las viudas de origen griego tenían que ser llenos del Espíritu y de sabiduría (6:3). Sin duda la intención es que las personas escogidas se caracterizaran por su sabiduría y por una vida en consonancia con el Espíritu de Dios. Lo que Pablo quiere decir, pues, es que el Espíritu Santo es la influencia que controla, motiva y dirige la vida de los creyentes.

Como ya hemos visto, en Efesios, la palabra «plenitud», representa un tema importante. Observemos lo siguiente:

1:23: Cristo es la plenitud de Dios, quien llena todas las cosas.

3:19: Los cristianos han de conocer el amor de Cristo para ser llenos de toda la

plenitud de Dios.

4:10: Cristo ascendió para llenar todas las cosas.

4:13: Los cristianos han de alcanzar toda la medida de la plenitud de Cristo.

El término «plenitud» expresa nuestra unidad con el Dios trino, y la llenura que trae consigo la salvación de Dios. El llamamiento a ser llenos del Espíritu lo es a vivir en esta unidad y a disfrutar la integridad de la vida con Dios. Los cristianos han de permitir que la presencia y el poder de Dios se hagan evidentes en su ser y en sus vidas.¹¹ Es el Espíritu quien nos llena, y lo hace de sí mismo.

El mensaje de 5:18 se acerca a la meta de las oraciones de Pablo en 1:17 y 3:16, para que el Espíritu informe y capacite a sus lectores. La atención se dirige aquí a la responsabilidad de los creyentes de ser receptivos al Espíritu. Aunque los seres humanos no tienen control sobre el movimiento del Espíritu de Dios, la responsabilidad humana tiene un lugar en ello. Por otra parte, Fee está en lo cierto al subrayar el enfoque comunitario de este texto: a toda la Iglesia se la instruye a ser llena del Espíritu. ¹²

Y Pablo subraya que los cristianos han de ser llenos del Espíritu de Dios *constantemente* (esta es la fuerza del verbo griego). Han de ser controlados, no por el vino o cualquier otra cosa, sino por el Espíritu. En este asunto tenemos algo que decir, puesto que la obra transformadora del Espíritu en nosotros no se lleva a cabo sin la complicidad humana.

De los cinco participios que describen la vida en el Espíritu, tres tienen que ver con el canto (5:19). Toda esta sección recuerda a la doxología inicial de 1:3–14. El canto es la expresión natural del gozo que Dios trae a la vida de una persona. La presencia de himnos cristianos antiguos (p. ej., 1 Tim 3:16; posiblemente Fil 2:6–11) indica de algún modo la importancia de las canciones en la Iglesia Primitiva. El propósito del canto es alabar a Dios e instruir a los creyentes.¹³

El canto tiene, pues, dos audiencias. Los cristianos dirigen su canto a sus hermanos en Cristo, recordándose el uno al otro el carácter de Dios y su obra en Cristo, no obstante, cantan también al Señor como una manera de ofrecerle su alabanza. En el texto paralelo de Colosenses 3:16 el canto se dirige a Dios, pero aquí en Efesios 5:19 es evidente que el título «Señor» se refiere a Cristo.¹⁴ En el libro de Apocalipsis, los himnos se dirigen tanto a Dios como a Cristo/el Cordero (5:9, 13; 7:10; 12:10), y el rasgo típico de los himnos identificados en el Nuevo Testamento es su enfoque en Jesús como Señor. Más adelante, en una famosa carta escrita hacia el año 111 dC., Plinio el Joven describe a los cristianos reuniéndose temprano para cantar antifonalmente un himno a Cristo como Dios. ¹⁵

Es difícil saber si Pablo desea establecer alguna diferencia al utilizar los términos: salmos, himnos, y cánticos espirituales.¹⁶ Es muy probable que el apóstol no pretenda fijar una clara demarcación. Cuando se dice que los creyentes han de cantar en su corazón no se está pidiendo que lo hagan con sentimiento o emoción. La palabra «corazón» alude más bien al centro de control del ser: «Canten con todo su ser» (lo cual incluye sin duda las emociones). Lo que se subraya es la *integridad* con que se canta, no el sentimiento. Las palabras no se cantan simplemente, éstas expresan la realidad de la vida en el Espíritu.

Además de cantar, la vida en el Espíritu se caracteriza por la acción de gracias (5:20). Muchos cristianos no reconocen adecuadamente la importancia que el Nuevo Testamento concede a la acción de gracias. Más aún que Efesios la carta hermana a los Colosenses subraya repetidamente la acción de gracias (Col 3:15–17; 4:2). Como ya hemos visto, Romanos 1:21 considera que la negativa a dar gracias es la raíz del pecado.¹⁷ Con una teología como ésta, no es de extrañar que la acción de gracias se asocie a la vida en el Espíritu. La acción de gracias es el confiado reconocimiento de Dios y sus propósitos para bien en Cristo. Es evidente que esta clase de acción de gracias apunta a un estilo de vida y no simplemente a la acción de pronunciar ciertas palabras.

Los cristianos han de dar gracias a Dios siempre por todo «en el nombre de nuestro Señor Jesucristo». Hablar del «nombre» es una manera de hacer referencia a lo que la persona representa y ha conseguido. Los cristianos han de dar gracias «sobre la base de» quién es Jesús y lo que él ha hecho, o «de acuerdo» con quien es. La cristología implícita y el enfoque trinitario de esta sección son elementos significativos, ya que la experiencia del Jesús resucitado en la adoración fue el primer paso hacia la Cristología. Cuando comenzaron a escribirse los documentos del Nuevo Testamento, existía ya toda una cristología completamente desarrollada.

La importancia cristológica de este texto está en que es evidencia de la adoración de Jesús, de su vínculo a Dios en la liturgia, y de la transferencia a él del título «Señor».¹⁸ La Iglesia Primitiva se daba cuenta de que al encontrar al Jesús resucitado, estaba encontrando a Dios. Los cristianos de aquel periodo no se limitaban a equiparar a Jesús con Dios, sabían que en Cristo se les daba a conocer la plenitud de Dios (p. ej., 1:23; 2:21–22).

El último participio que describe la vida en el Espíritu es quizá el más sorprendente. Aquellos que son guiados por el Espíritu se someten los unos a los otros (v. 21). Muchos se sienten ofendidos por el uso del término «sumisión», como si esta palabra apuntara a una vida débil y pasiva, dominada por una imagen negativa de uno mismo, un abandono del control y del libre albedrío. Esta no es la intención de Pablo, a excepción de la cuestión del control de la propia vida, un control que los cristianos han entregado ya a Cristo.

La palabra griega *hypotasso* («sométanse») significa literalmente «organizar bajo». Se utiliza para aludir al sometimiento a la ley de Dios (Rom 8:7), al hecho de que todo será sujetado bajo los pies de Cristo (Ef 1:22), o a que los jóvenes han de sujetarse a los ancianos (1 Pedro 5:5). Se han hecho intentos de traducir «someterse» por «apoyar a», «comprometerse con», o «identificarse con», pero son inaceptables. Es importante observar que este texto no demanda que algunos cristianos se sujeten a otros. Lo que prescribe es la sujeción de *todos* los cristianos *unos a otros*. No se tiene en mente a ningún grupo privilegiado.

La sumisión es un ingrediente crucial en la vida de los cristianos (este tema es central en 1 Pedro). A los cristianos de Corinto se les pidió que se sujetaran a los obreros que se habían hecho siervos de la Iglesia por voluntad propia (1 Cor 16:16); itenían, pues, que sujetarse a los siervos! Los profetas tenían que sujetarse a otros profetas que habían recibido revelación (14:32). La sumisión era tan importante para los autores del Nuevo Testamento porque ésta describe el amor abnegado, la humildad y la disposición a morir que se demandan de todos los cristianos. Por ejemplo, en Filipenses 2:3 Pablo rechaza el egoísmo y pide a sus receptores que, en humildad, consideren a los demás como «superiores» a sí mismos. En los versículos que siguen, el apóstol muestra que el propio Cristo fue un modelo de esta clase de vida (cf. Rom 12:3; Gal 5:13).

Jesús afirmó repetidamente este mismo principio: «el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mt 23:12). Ni Jesús ni Pablo eran personas débiles que daban su aprobación a todo el mundo, pero ambos sabían lo que Dios requiere. Los cristianos están llamados a vivir en sumisión mutua, y *sin ésta no pueden cumplir con su destino*. Esta clase de sumisión es un acto de la voluntad enérgico y libre basado en un amor real hacia la otra persona (cf. 4:2). En último término, la sumisión no es sino una decisión con respecto al valor relativo de otra persona, una manera de morir y resucitar con Cristo, y de respetar y amar a otras personas. De hecho, para los cristianos, autoridad y sumisión son lo mismo.¹⁹

Algo que resulta también perturbador del versículo 21 es la afirmación de que la sumisión ha de tener lugar en el *temor* de (NVI, «reverencia a») Cristo. Esta es la única vez que la expresión aparece en el Nuevo Testamento, y su relevancia cristológica se hace evidente cuando la comparamos con el habitual acento en el temor de Dios. En el Antiguo Testamento «temor» es un término vinculado al *pacto* como algo característico de quienes *aman* a Dios. Las palabras «temor» y «amor» se usan casi como sinónimos para hablar de lealtad y obediencia a Dios (p. ej., Dt 6:2, 4; 10:12; Sal 103:17–18). Los autores del Nuevo Testamento siguen la línea de este significado cuando describen a personas temerosas de Dios como Cornelio (Hch 10:2) y los primeros cristianos (9:31), o en sus descripciones de la vida y ministerio cristianos (2 Cor 5:11; Fil 2:12).

Para nosotros, el término «temor» tiene normalmente un acento negativo, y los

autores bíblicos conocían también este sentido. Sin embargo, por lo general, lo utilizaban con un significado positivo, que en español no tiene un término equivalente plenamente satisfactorio. Palabras como «reverencia» o «respeto» son demasiado débiles para expresar el matiz que Pablo quiere dar. El sentido positivo del temor de Cristo apunta a su poder y santidad y al reconocimiento de que es el Señor y el futuro Juez. Esta clase de temor es el terreno de la alabanza y la obediencia. No debemos olvidar que aquel a quien se teme es el mismo que nos «amó y se entregó a sí mismo por nosotros» en 5:2.

Los códigos domésticos (5:22–33)

La expresión «códigos domésticos» sirve para rotular aquellas secciones de Efesios, Colosenses, y 1 Pedro que consignan instrucciones dirigidas a esposas y maridos, hijos y padres, y esclavos y amos. Aunque en sus escritos, los autores griegos y judíos aluden frecuentemente a estas tres mismas relaciones, y lo hacen de un modo hasta cierto punto estereotipado, no se ha descubierto ninguna fuente para los códigos domésticos cristianos, ni los autores griegos o judíos utilizan el mismo lenguaje que los autores del Nuevo Testamento. La fraseología específica de este material surgió dentro de la Iglesia.

Los cristianos se veían en la necesidad de tratar estos temas, al menos en parte, porque se les acusaba de destruir la sociedad con su enfoque en la libertad, el amor y el seguimiento de Cristo. Los no cristianos tenían que saber que esto no era así, y los cristianos aprender la relevancia de su fe para sus relaciones sociales básicas. A diferencia de otros códigos domésticos, los cristianos no solo trataban los deberes de esposas, hijos y esclavos, sino también las *responsabilidades* de quienes estaban al otro lado de estas relaciones (maridos, padres, y amos).

Instrucciones a las esposas (5:22–24, 33b). Hemos de comenzar subrayando que la instrucción dada a las esposas de sujetarse a sus maridos es solo el primer ejemplo de la sumisión mutua que se requiere de todos los cristianos. La palabra «sométanse» ni siquiera está en el texto griego del versículo 22.²⁰

El cristianismo trajo consigo cambios significativos para las mujeres y, según parece, su libertad constituyó una fuente de ofensas para los no cristianos. En Gálatas 3:28, por ejemplo, Pablo declaró que distinciones como varón y mujer ya no servían para determinar el valor de los seres humanos.²¹ En 1 Corintios 7:15 el apóstol declaraba a los cristianos que no estaban obligados a permanecer con un cónyuge no creyente si éste decidía separarse. El hecho de que Pablo concediera tal privilegio a las esposas habría sido algo sorprendente para los no cristianos, ya que la suposición de aquel tiempo era que las esposas tenían que abrazar la fe de su marido.²² Es, por tanto, comprensible que en Tito 2:5, Pablo instruyera a las mujeres a que fueran sumisas a «sus esposos, *para que no se hable mal de la palabra de Dios*».

Lo que Pablo quería decir exactamente con la expresión «esposas sométanse a sus propios esposos *como al Señor*» es bastante oscuro. Estas palabras podrían significar (1) de manera parecida a la sumisión que ellos dan al Señor, (2) como si el marido fuera el Señor, o (3) como parte de su sumisión al Señor. Aunque es difícil imaginar que Pablo planteara la segunda opción, cualquiera de las otras dos sería legítima; sin embargo, es evidente que la teología implícita en la tercera opción subyace claramente tras el texto. La relación de la esposa con el Señor es la base, motivación, y requisito de su sumisión a su marido. En el versículo 24 las palabras «en todo» indican que esta

sumisión abarca todas las esferas de la vida, siempre, por supuesto, que aquello que se demanda esté en consonancia con una vida «para el Señor».

El versículo 23 es sin duda uno de los textos del Nuevo Testamento más tergiversados y controvertidos. Pablo *no* está subrayando el privilegio y dominio del marido, ni pretendía sugerir que las esposas fueran siervas, obligadas a seguir todos los deseos del marido. Este texto no está afirmando que las mujeres han de *obedecer* a sus maridos, ni les da ninguna licencia a estos para intentar forzar la sumisión de sus esposas. ²³

En los últimos años se ha intensificado el debate acerca del significado de *kephale*, la palabra griega que se traduce como «cabeza». Muchos asumen que *kephale* significa «jefe», «persona a cargo», o «dirigente», puesto que el término tiene estos sentidos metafóricos en inglés y en castellano. Y la palabra hebrea para «cabeza» (*ro'sh*) se utiliza con frecuencia de un modo metafórico en el Antiguo Testamento en alusión a los dirigentes tribales, u otras personas que se encuentran en una posición de autoridad.²⁴ El problema es que, en griego, este sentido metafórico no es muy común. La LXX utiliza casi siempre alguna otra palabra (como por ejemplo *archon*) para traducir la hebrea *ro'sh*. Los autores de la LXX solo utilizaron *Kephale* dieciséis veces para traducir *ro'sh* en contextos en que está presente la idea de «autoridad sobre» (unas 180 veces).²⁵ Por consiguiente, algunos han sugerido que la utilización metafórica de *kephale* debe entenderse con el sentido de «fuente». Algunos eruditos han propuesto un sentido de «prominencia» o, en el caso de Efesios 5:23, «alguien que completa algo». ²⁶ Lamentablemente, *ninguno* de quienes participan en este debate es objetivo y ecuánime con los datos de que disponemos.

Aunque no hay duda de que esta polémica continuará, el factor más importante para determinar el significado del término es *el contexto* de Efesios y de los demás escritos de Pablo. Los argumentos a favor de «fuente» como significado de *kephale* no son convincentes. Aunque puede tener este sentido en algunos textos extra canónicos, no es nada corriente. Por otra parte, el concepto de «fuente» no encaja bien en la mayoría de los textos paulinos. En 5:22–24, lo que Pablo está explicando no es que el marido sea fuente de la esposa como Cristo lo es de la Iglesia. Los eruditos parecen haber escogido este significado solo para evitar ciertas connotaciones negativas que se dan en nuestro tiempo dentro del debate de las relaciones hombre-mujer. El uso de *kephale* en 1:22 y Colosenses 2:10, donde se habla del sometimiento de todas las cosas a Cristo, excluye la idea de fuente como sentido de esta palabra griega en aquellos textos. Pablo no está diciendo que Cristo es fuente de los principados y potestades, sino que tiene autoridad sobre ellos. En la utilización metafórica de *kephale* por parte de Pablo, este término parece tener una cierta connotación de autoridad.

Aun así, lo que se subraya en Efesios 5:23 no es la autoridad, sino el abnegado amor de Cristo y de los maridos. En este contexto, «cabeza» sugiere «responsabilidad hacia».

El marido tiene un papel de liderazgo, pero no para enseñorearse de su esposa o utilizar su posición como privilegio. Del mismo modo que Jesús redefinió la grandeza dándole el sentido de tener la actitud de un siervo (Mt 20:26–27), Pablo redefine ser cabeza como aceptar la responsabilidad de amar, darse a uno mismo, y cuidar. El texto da una prioridad al marido, sin embargo, a diferencia de lo que sucedía en las sociedades de la Antigüedad, *tal prioridad es para beneficio de la esposa*. La actividad tanto de la esposa como del marido se basa en su relación a Cristo y en su abnegada entrega de sí mismo por la Iglesia.

Aunque Pablo hace explícita la prioridad o responsabilidad del marido, el texto también pone implícitamente de relieve la unidad e igualdad del marido y la mujer en 5:28 y 31. Hay que dar su correcto valor a las ideas de autoridad e igualdad. Como sucede en otros lugares, la verdad está en la tensión del texto.

La declaración parentética de 5:23 en el sentido de que Cristo es el Salvador del cuerpo (i. e., la Iglesia) no se aplica a la relación del marido con la esposa. La NVI no lo muestra, pero 5:24 comienza con un contraste («pero») con 5:23. Aunque el marido es responsable del bienestar de la esposa, éste no es su Salvador y no desempeña ningún papel en su salvación.

En la declaración de 5:33, y a modo de resumen, se pide que la esposa «tema» (NVI, «respete») a su marido. Esto crea una composición en anillo que recuerda las palabras de 5:21 y presenta otra forma en que la relación entre marido y esposa refleja la de Cristo y la Iglesia. Pero no hay ningún pensamiento de terror o de temor al maltrato. La actitud hacia los maridos por parte de sus esposas es la que expresa esta palabra griega entendida como «respeto», y unida a la idea de amor. Las esposas han de expresar su reconocimiento al papel y responsabilidad de sus maridos. Sin duda, el temor debido a Cristo es de naturaleza muy distinta al que tiene por objeto a los maridos. El amor de estos últimos no es tan extraordinario, y ellos no son inherentemente santos, ni jueces escatológicos.

Instrucciones a los maridos (5:25a, 28–29a, 31, 33a). Puesto que a las esposas se les pide que se sometan, sería lógico esperar que el texto demandara a los maridos que *gobernaran* de manera apropiada; sin embargo, no lo hace. Lo que se les pide a éstos es que *amen* a sus esposas y se entreguen a ellas con el mismo amor abnegado y sacrificado con que Cristo lo hizo por la Iglesia. Tanto las instrucciones a la esposa para que ésta se someta, como las dirigidas al marido para que ame, únicamente hacen específicos unos mandamientos que se han dado ya a todos los cristianos en 5:2 y 21 (cf. 4:2).

Sorprendentemente, en los textos de la Antigüedad, no es frecuente oír hablar de maridos que aman a sus esposas. Hoy, las palabras que Pablo dirige a las mujeres nos parecen negativas, sin embargo en su día sonaron sorprendentemente positivas. Es

difícil dilucidar la razón por la que el apóstol no pidió a las esposas que amaran a sus maridos.²⁷ ¿Persigue acaso algo distinto con el mandamiento a los maridos de amar, que con el que establece el sometimiento de las esposas? No, puesto que ambos mandamientos tienen un fundamento cristológico y requieren la entrega de uno mismo a la otra persona. En último término, la sumisión y el amor *agape* son sinónimos. En todo caso, este lenguaje más fuerte se utiliza para expresar la responsabilidad del marido. El mandamiento de que éste ame a su esposa como a sí mismo es una mera aplicación de la expectativa de la mutua sumisión que se requiere de todos los cristianos (5:21).

En el mundo antiguo —aparte de proveer a sus esposas de techo y alimento—, los maridos tenían relativamente pocas obligaciones. Eran libres para hacer lo que les pareciera, mientras que ellas estaban obligadas a realizar las tareas domésticas y lo que sus maridos les pidieran. Las palabras de Pablo cambian decisivamente la situación. A los maridos se les pide que, en lugar de dejarse llevar por sus propios intereses personales, den prioridad al bienestar de sus esposas y se preocupen de sus necesidades.

En Efesios 5:28 se aplica el mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo (Lev 19:18), en concreto a la propia esposa. Pablo no sugiere que hayamos de amarnos a nosotros mismos antes de poder amar a otra persona. Tanto el autor de Levítico como Pablo asumen que, de manera natural, todos buscamos nuestros propios intereses y bienestar, y ambos disponen que hemos de hacer lo mismo con los demás. En último término, amar es hacer *justicia* a la otra persona, solo que elevando este amor hasta el punto de que uno está dispuesto a privarse de los propios derechos, intereses y deseos. Pablo asume aquí una teología de la unidad entre marido y mujer basado en Génesis 2:24 (ver 5:31). Por consiguiente, la idea de odiar o descuidar a la propia esposa es tan extraña como la de odiarse o descuidarse a uno mismo.

Las palabras de 5:29 establecen una ternura y protección de parte del marido que garantizan el bienestar e integridad de la esposa. El versículo 33 se limita a repetir de manera enérgica y personal el mandamiento a los maridos de amar a sus esposas. El amor propuesto no es meramente el amor natural que un hombre siente hacia una mujer. Por maravillosa que sea esa clase de amor, es *insuficiente* para sustentar la relación matrimonial. Este amor no se limita a sentimientos y actitudes; comporta una serie de decisiones que expresan el seguimiento a Jesucristo. El amor que se requiere de los maridos *se define cristológicamente*. El amor de Cristo le motivó a entregarse por el bien de la Iglesia. Los maridos han de seguir el mismo patrón y amar a sus esposas hasta el punto de entregarse por ellas.

La relación entre Cristo y la Iglesia (5:23b-24a, 25b-27, 29b-32). Algo que con frecuencia se pasa por alto en este pasaje es la madura reflexión que Pablo hace acerca de la Salvación y de la Iglesia. La relación matrimonial se ve como una analogía del

amor de Cristo, su obra salvífica, y su constante cuidado de la Iglesia. Tras este uso de la analogía matrimonial subyace la imaginería veterotestamentaria de la relación entre Dios e Israel, en la que la nación se ve como cónyuge de YHWH (ver especialmente Is 54:5–7; 62:4–5; todo el libro de Oseas). Es posible que el trasfondo de Efesios 5:26–27 sea Ezequiel 16:1–14, ya que describe a un Dios que se preocupa por la nación de Israel, lavándola, casándose con ella, y adornándola con nobleza y esplendor.

Los versículos 25–27, que explican el modo en que Cristo es Salvador (v. 23b), se identifican a menudo como un préstamo de material confesional de la Iglesia Primitiva. Esta dependencia de las formulaciones de la Iglesia Primitiva es posible, especialmente si se tienen en cuenta las desusadas frases que Pablo utiliza aquí,²⁸ sin embargo, es a menudo difícil separar el material tradicional de la redacción del propio apóstol. La expresión «Cristo amó a la Iglesia y se dio a sí mismo por ella» (5:25) encuentra un paralelismo casi literal en 5:2 y Gálatas 2:20. Si esto es lenguaje confesional, Pablo lo ha convertido en su propia teología.

Es imposible subrayar excesivamente la importancia del amor de Cristo en el pensamiento de Pablo, y éste no debe contrastarse con el amor del Padre. En esta carta el amor de Dios es la motivación para la elección (1:4) y la salvación (2:4); el amor de Cristo sobrepasa todo entendimiento humano (3:19) y es el motivo de su muerte expiatoria (5:2, 25) y de su morada en el creyente (3:17). El Padre y el Hijo están unidos en su amor por la Humanidad.

Además del lenguaje expiatorio de 5:25, la obra salvífica de Cristo se describe en términos de santificación, purificación, y presentación. La elección del lenguaje «santificar» una novia (NVI, «hacerla santa») puede parecernos extraño, pero estas palabras eran especialmente apropiadas para Pablo. El acento más importante de la palabra «santificar» es el de «apartar», lo cual es exactamente lo que se hace en el matrimonio: al cónyuge se le aparta de entre el resto de posibles candidatos/as. Se subraya aquí que los cristianos han sido apartados para Dios.²⁹ En otras palabras, la acción de santificar no alude aquí al crecimiento cristiano, aunque el grupo de palabras «santificar» puede utilizarse de este modo (cf. Rom 6:19, 22). En este texto se utiliza como una descripción general de la salvación en su conjunto.³⁰

La «purificación» de la que se habla en el versículo 26 tampoco ha de verse como una acción anterior a la salvación.³¹ Cristo santifica y salva por medio de esta purificación; ambas acciones son una misma cosa (cf. 1 Cor 6:11; Tito 3:5). La mayoría de los eruditos asumen que, en 5:25, Pablo está haciendo referencia a la purificación del bautismo. Sin embargo, las alusiones al agua o al lavamiento no apuntan necesariamente al bautismo, y si el lenguaje de Ezequiel es el fundamento de estas palabras de Pablo es entonces poco verosímil que sea una referencia al bautismo, (ver especialmente Ez 35:25).³² En ningún lugar del Nuevo Testamento se bautiza a *la Iglesia*. Aunque la expresión «purificada con lavamiento de agua en una palabra»

(traducción literal) es difícil de entender, hay dos ideas: (1) purificación realizada por el Espíritu Santo, y (2) el papel de la predicación del Evangelio para efectuar tal purificación. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento es frecuente la asociación de purificación, lavamiento y Espíritu Santo.

El propósito por el que Cristo purifica a la Iglesia es presentarla sin mancha a Dios. En 5:26 Cristo se presenta a la Iglesia a sí mismo, mientras que en 2 Corintios 4:14 es Dios quien nos presentará con Jesús (¿a sí mismo?). En Colosenses 1:22 Cristo presenta a los creyentes a sí mismo o a Dios. En otro pasaje Pablo habla de sí mismo presentando a la Iglesia de Corinto como una virgen pura a Cristo (2 Cor 11:2). Es evidente que Pablo utilizaba este lenguaje de la «presentación» de varias maneras, y tanto en referencia con la Iglesia del presente como con la del tiempo del fin. No hay duda de que en 2 Corintios 4:14 el apóstol tiene en mente los tiempos escatológicos, no obstante, en este pasaje y en 2 Corintios 11:2 parece aludir al presente.

El lenguaje relativo a la Iglesia que encontramos en esta sección es poco común; se habla de ella como de una entidad que *promueve* la obra de Cristo, no solo (como en otros lugares) como fruto de dicha obra. Aquí Cristo amó a *la Iglesia* y se entregó a sí mismo por ella.³³ Esto no significa que se asuma la existencia de la Iglesia ya en el momento de la muerte de Cristo; se trata más bien de una manera de reflexionar sobre el sentido de su muerte.

Una de las ideas más sorprendentes e impactantes acerca de la Iglesia se expresa en 5:30–32. La unión entre los creyentes y Cristo es tan real que éstos son *miembros* de su cuerpo. En 4:25 se dice que los cristianos son *miembros* unos de otros, y que esta unión mutua representa un motivo teológico para una comunicación veraz entre ellos. En 5:30 se asume que los creyentes están vinculados a Cristo de manera tan íntima que son *parte de él*.

Cualquier explicación de las palabras de Pablo que no haga justicia al hecho de que los cristianos son parte de Cristo no explica adecuadamente su teología. De hecho, sería perfectamente apropiado resumir la carta a los Efesios con estas dos expresiones: partícipes de Cristo, y los unos de los otros. Para Pablo la idea de «cuerpo» no es una imprecisa concepción eclesiológica, sino un término que expresa la solidaridad de los creyentes con Cristo. Sorprendentemente, la cita de Génesis 2:24 *no* se aplica a la relación entre marido y mujer, sino a la de Cristo con la Iglesia: (ver Ef 5:32; cf. también 1 Cor 6:15). Sin duda, se asume la relevancia que Génesis 2:24 tiene para la relación entre el marido y la mujer, no obstante Efesios subraya más bien la solidaridad entre los cristianos y su Señor.

Pablo describe esta relación como «un misterio profundo». Aunque no es imposible que el término «misterio» aluda a algo «difícil de aprehender», no es así como esta palabra se entiende en otros lugares, especialmente en Efesios. Pablo utiliza este

término para referirse a una *revelación* de Dios, algo que sería imposible conocer si Dios no lo hubiera revelado. ³⁴ Es probable que lo que Pablo quisiera decir fuera esto: «La revelación acerca de Cristo y la Iglesia es extraordinaria y profunda».

Construyendo Puentes

Efesios 5:15–33 contiene tres clases distintas de material que requieren tres procesos distintos al abordar la tarea de contextualización:

- (1) Los versículos 18–21 son una *exhortación* que, en general, no es difícil de aplicar a nuestra generación. El lenguaje y las ideas que se presentan no están tan entrelazados históricamente o culturalmente que planteen problemas significativos. En ningún momento nos encontramos ante ninguna circunstancia que se aplique únicamente al mundo antiguo. No obstante, como en otros lugares, hemos de identificar las suposiciones teológicas que subyacen tras las exhortaciones.
- (2) Las instrucciones relativas a los *códigos domésticos* para maridos y mujeres de los versículos 22–33 están hondamente arraigados en un periodo y cultura muy distintos de los nuestros. Aplicar esta sección a nuestros días es una importante tarea. Es necesario que prestemos una cuidadosa atención a las diferencias y problemas que presenta el texto.
- (3) Algunas porciones de los versículos 22–33 son *descripciones teológicas* de Cristo y la Iglesia. Aunque, sin duda, tales explicaciones son tan pertinentes para la Iglesia moderna como para la de cualquier otro periodo, el lenguaje asume un trasfondo de ideas religiosas y un marco de referencia teológico. Es posible que ambas cosas requieran explicación.

Vida en el Espíritu (5:15–21). Las implicaciones teológicas de 5:15–21 son importantes. La expresión «tengan cuidado de su manera de vivir»³⁵ sugiere un propósito y dirección para la vida. La vida no es un sinsentido, ni una serie de frenéticas actividades que concluyen con la muerte, sino un constante progreso hacia la meta. El camino ha sido delimitado, como se pone de relieve en el versículo 17 con «la voluntad del Señor». Hemos de considerar bien adónde nos dirigimos y avanzar constantemente en el camino. Los versículos 15–16 sugieren la necesidad de diligencia en la vida e indican que el viaje es peligroso. Hemos de tener mucho cuidado puesto que es fácil dar un paso en falso y sus consecuencias son desastrosas.

El versículo 16, con su preocupación por redimir tiempo, refleja un sentir de urgencia acerca de la vida. El tiempo es importante, y no deberíamos desperdiciarlo. Tras estas breves exhortaciones subyace una teología de la vida y del tiempo.

Las exhortaciones a ser sabios y entendidos nos llevan a considerar la tradición sapiencial del Antiguo Testamento y el judaísmo. Aunque existe un cierto acento en lo intelectual, esta cuestión no es la que se subraya principalmente. Lo que se pone de relieve es la necesidad de vivir una vida sabia, de entender a Dios de tal modo que se traduzca en una penetrante comprensión de la vida y en obediencia. Ser sabio significa considerar toda la información en vista de la propia relación con Dios y vivir según lo

que se conoce. Como ya hemos visto, a lo largo de Efesios, se hace hincapié en la mente y el proceso de discernir lo que quiere el Señor.

La embriaguez (v. 18) era un problema tan real en el mundo antiguo como lo es en nuestros días, aunque puede que no estuviera tan extendida. El vino se producía en grandes cantidades, sin embargo la variedad y fuerza de las bebidas alcohólicas no era la misma que en nuestro tiempo. Además, con frecuencia el vino se diluía con agua. Pero, aun así, el alcohol era un problema, y tanto los autores veterotestamentarios como los filósofos helenistas de la Antigüedad advertían frecuentemente contra sus abusos. Aunque algunos grupos del mundo antiguo condenaban todo consumo de alcohol, este texto no lo hace. La embriaguez es sin duda un pecado, pero no lo es *per se* todo el consumo de bebidas alcohólicas. Por otra parte, hemos de hacer frente a los peligros del alcohol y a los numerosos problemas que éste produce en nuestra sociedad. Esta es precisamente una de las áreas en las que hemos de entender la voluntad del Señor.

Dos afirmaciones de este texto resultaban tan extrañas para los primeros receptores de la carta como para nosotros: «Sean llenos del Espíritu» (v.18), y «Sométanse unos a otros» (v.21). La primera era poco común, aunque en aquel tiempo se conocía la posesión por parte de los espíritus malignos.³⁶ No obstante, este lenguaje no nos resultará sorprendente si hemos prestado atención a la enseñanza de Pablo acerca del Espíritu a lo largo de la carta.³⁷ ¿Cómo puede lograrse en nuestros días esta plenitud del Espíritu? Mediante nuestra unión con Cristo, que es lo que Pablo pretende subrayar desde el comienzo de la carta. El Espíritu es quien nos transmite la presencia de Jesús. La fe crea una conciencia tal de la presencia de Dios y de Cristo en nosotros que se acrecienta nuestra sensibilidad hacia los deseos de Dios y también nuestro sentido de su obra en nosotros para llevar a cabo su voluntad.

La idea de la sumisión mutua habría sido tan ofensiva para los habitantes del mundo antiguo como en nuestros días. A pesar del nerviosismo que en el siglo XXI suscita la palabra «sumisión», este texto no debe suavizarse. Especialmente cuando se subraya a Cristo como patrón para la vida cristiana, el texto confronta *tanto* a la cultura antigua como a la moderna.

Estos versículos no nos demandan «religiosidad». Los cinco participios no instan a la expresión de ciertos símbolos de piedad susceptibles de ser fingidos. Tal fachada religiosa es ofensiva para cualquiera que busque integridad. Lo que requiere el texto es un sentido de la presencia de Dios que produce una alegría espontánea y auténtica. Esta clase de alegría puede expresarse de distintas maneras.

Relación entre maridos y esposas (5:22–33). Varios factores señalan las dificultades de aplicar este mensaje a nuestro mundo. La existencia misma de códigos domésticos y el enfoque estereotipado en tres pares de relaciones entre esposas y

maridos, hijos y padres, esclavos y amos, insinúa la distancia que existe entre este texto y la sociedad moderna. Aunque podamos estar preocupados por las relaciones personales dentro de la familia, en nuestro caso no tenemos códigos explícitos, ni esclavos, ni tampoco pondríamos en un mismo grupo a esposas, hijos, y esclavos como hacían los filósofos y moralistas del mundo antiguo. La forma misma del texto es de carácter cultural. Por otra parte, no demandaríamos a las esposas que «temieran» a sus maridos (v. 33). En las sociedades modernas *se habla* —al menos— de la igualdad de las mujeres, aunque frecuentemente se las siga tratando como seres inferiores.

Y lo que es más importante, como indican otros textos bíblicos, estos códigos domésticos se dirigían a una *situación cultural específica*: el temor que algunos tenían de que el cristianismo fuera subversivo. Cualquier movimiento del mundo antiguo que amenazara el orden social era considerado inmediatamente como peligroso.³⁸ Las palabras de Tito 2:5 son altamente reveladoras por cuanto dan una razón por la que las esposas han de someterse: «*para que no se hable mal [lit., blasfeme] de la Palabra de Dios*». Es evidente que la relación de las mujeres cristianas con sus maridos era una fuente de escándalo entre los no cristianos.

Una lectura sensible de otros pasajes indica la razón por la que se producía este potencial escándalo. Por un lado, Gálatas 3:28 daba igual valor a las mujeres. Por otra parte, en una sociedad en la que se esperaba que las mujeres adoptaran la religión de sus maridos, 1 Corintios 7:15 asumía que la mujer cristiana debía su primera lealtad a Cristo. Si un marido no cristiano estaba dispuesto a seguir casado con una esposa cristiana, no había ningún problema; pero si éste decidía abandonar a su esposa, ella no debía oponerse, y viceversa. El hecho de que una mujer fuera más leal a su religión que a su marido era sin duda algo sorprendente.

Otras partes de 1 Corintios 7 expresan una tensión con Efesios 5:22–33 y por consiguiente son un indicio de que, tras estas afirmaciones de los códigos domésticos, subyacen razones específicas. Mientras que en Efesios el marido es cabeza, en 1 Corintios 7:2–16 se expresa una sorprendente *reciprocidad*. En este texto Pablo llega al extremo de decir que la esposa tiene autoridad sobre el cuerpo de su marido (7:4), y en diez ocasiones afirma explícitamente acerca de la esposa lo mismo que con respecto al marido. Textos como 1 Corintios 11:2–16; 14:34–36 y 1 Timoteo 2:8–15 son evidencia de que en la Iglesia Primitiva se suscitaban preguntas relativas a la conducta de las mujeres. La *tensión que existe dentro del propio texto bíblico* indica que se trata de material condicionado desde un punto de vista histórico. Para entender mejor esta cuestión hemos de ponderar ambas series de textos.

Un análisis de los demás códigos domésticos consignados en el Nuevo Testamento revela una gran preocupación por el testimonio hacia los no creyentes. Colosenses 4:5 (paralelo a Ef 5:15) anima a los cristianos a andar sabiamente en relación con los no creyentes (cf. 1 Cor 10:32). De igual modo, en 1 Pedro 2:12, 15; 3:1–2 se estimula una

conducta que ponga coto a las calumnias contra los cristianos y atraiga a las personas a Dios. Este tipo de motivación apologética ha de tenerse en cuenta al aplicar estos textos dentro de una sociedad que considera las relaciones familiares de manera distinta.

Otra indicación de las dificultades que existen para comprender el mensaje de este texto nos la proporciona la *investigación histórica de las actitudes hacia las mujeres* en el mundo antiguo. A las mujeres se las considera de manera distinta en nuestra moderna civilización Occidental que en el antiguo judaísmo y en el mundo greco-romano. Las fuentes de que disponemos no nos dan la misma información de las mujeres de todos los estratos sociales.³⁹ Sin embargo, la información que tenemos acerca de las mujeres y las actitudes hacia ellas conforma un *cuadro realmente funesto*. Por ejemplo, un escritor de aquel tiempo afirma que las mujeres fueron la peor plaga que Zeus creó. Otro dijo, «los dos mejores días de la vida de una mujer son cuando alguien se casa con ella y cuando éste lleva su cadáver a la tumba». En el judaísmo las mujeres no tenían voz ni voto en las sinagogas y eran ritualmente inmundas durante la menstruación. Un rabino aconsejaba, «no hables mucho con una mujer». Y otro añadía, «ni siquiera con la propia esposa».⁴⁰

Por lo general, a las mujeres se las consideraba inferiores y se les daba relativamente poca libertad. Por supuesto, sus condiciones variaban dependiendo del lugar y el periodo. En general, cuánto más al Oeste mejor era su situación, sin embargo, incluso en Roma las mujeres solo gozaban de una posición ligeramente mejor que en Oriente.

En algunos lugares como Esparta y Egipto la mujer disfrutaba de mayor libertad y responsabilidad. En la mayoría de lugares, no obstante, *si* se las dejaba vivir cuando nacían, las mujeres recibían una educación mínima, no podían ser testigos ante un tribunal de justicia, no podían adoptar niños o ser una de las partes en un contrato, no podían tener propiedades o heredar, y se las consideraba, como afirmaron Aristóteles y Josefo, inferiores que los hombres en todos los sentidos. Se las tenía por menos inteligentes, menos morales, fuente de pecado, y una constante tentación (ver Eclesiástico 25:13–26:27).

Las mujeres respetables —al menos las que se describen en nuestras fuentes— tenían que mantenerse alejadas de la vida pública. Generalmente, las mujeres vivían en una parte de la casa y los hombres en otra. En muchos casos no comían juntos. En las grandes haciendas, las vírgenes pasaban la mayor parte del tiempo en una sección destinada a ellas. Las posibilidades de conversación con personas fuera del hogar eran mínimas. El que una mujer hilara en el portal de su casa era algo escandaloso. ¡Imaginémonos lo escandaloso que debía de ser para algunos que en las primeras iglesias ambos sexos se reunieran bajo un mismo techo para la adoración y participación en la Cena del Señor!

Cuando una muchacha se casaba (por regla general a los quince o dieciséis años), se esperaba que ésta adoptara la religión de su marido. Las mujeres de la Antigüedad vivían toda su vida bajo la autoridad del padre, el marido, o algún otro pariente varón. ⁴¹

Cualquiera que lea los textos del Nuevo Testamento acerca de las mujeres sin tener conciencia del contexto, sin duda no los aplicará adecuadamente. Hemos de tener en cuenta tanto esta devaluación de las mujeres en el mundo antiguo, como los problemas producidos en la Iglesia Primitiva por la nueva libertad y valoración de las mujeres que llegaron con la fe cristiana. La pregunta es, ¿están acaso estas palabras dirigidas a las esposas tan históricamente condicionadas, pues, que puedan ser ignoradas? A pesar de lo que pretenden algunos cristianos, la respuesta es «no». *Todas* las declaraciones están cultural e históricamente condicionadas, aunque algunas lo están más que otras.

Es cierto que algunos textos bíblicos tienen poca o ninguna aplicación para nosotros, ⁴² sin embargo, ninguno puede descartarse o ignorarse. La cuestión es cómo han de entenderse y aplicarse. Los textos bíblicos señalan una realidad acerca de Dios, la Humanidad, y la relación entre ellos que ha de apropiarse.

Hemos visto tres importantes hechos acerca de los códigos domésticos:

- (1) Estaban motivados por el deseo de evitar que la Iglesia fuera calumniada.
- (2) Ofrecían instrucciones acerca de la conducta cristiana dentro de la familia.
- (3) Se dirigían a los mismos tres grupos que otros autores griegos y judíos, pero subrayaban más la responsabilidad de los maridos, padres y maestros.

Las calumnias de los no creyentes acerca de las relaciones familiares de los cristianos no suponen ya una amenaza, aunque sí lo será allí donde estos desarrollen relaciones familiares malsanas. En nuestro tiempo, la Iglesia sigue necesitando instrucción para la conducta dentro de la familia, sin embargo, los presupuestos acerca de la familia son distintos. Como antes, la mayor responsabilidad sigue recayendo sobre las personas con mayor privilegio.

Otra cuestión que hemos de dilucidar es si la afirmación de que el marido es cabeza de la esposa es de carácter descriptivo o prescriptivo. Es decir, ¿representa únicamente esta afirmación la constatación de un hecho que se da en el mundo pecaminoso antiguo y moderno? ¿O expresa el propósito de Dios? Es evidente que la sociedad que se describe en los textos antiguos era patriarcal. ¿Es una mera representación de la vida en un mundo marcado por el pecado? ¿O acaso la autoridad del marido sobre la mujer estaba ya establecida en el Edén antes de la caída? ⁴³ A pesar de las afirmaciones en sentido contrario, no hay nada en el libro de Génesis que apoye esta idea. Pero, de ser así, ¿utiliza acaso Efesios el liderazgo masculino como un mero recurso didáctico

para enseñar otra cosa? En el texto no se da respuesta a estas cuestiones, sin embargo, es difícil decir que Pablo se limita a describir la vida en un mundo pecaminoso cuando compara el liderazgo del marido al de Cristo. Para Pablo y la sociedad de su tiempo, que el marido es cabeza es un *hecho*.

Hasta cierto punto esto sigue siendo cierto. Nuestra sociedad es también patriarcal. Si no fuera así, no habría tantas discusiones acerca de topes ficticios, desigualdad de salarios, violencia de género, y violación de mujeres. La mayor fuerza y agresividad de los varones a menudo les confiere ventajas y opciones que se niegan a las mujeres. Por otra parte, las mujeres son más vulnerables a los abusos de la pecaminosa dominación masculina. La verdadera cuestión es el abuso de poder. Como cabeza, el marido tiene la responsabilidad de ocuparse de su esposa en este contexto. Estos comentarios no sugieren que las mujeres sean pasivas e incapaces de cuidar de sí mismas; señalan simplemente una responsabilidad que se ha delegado a los maridos.

¿Cómo podemos determinar lo que es normativo en un texto como éste? Hemos de interrogarnos acerca de su intención y enseñanza sobre Dios, su salvación, y sus propósitos para la Humanidad. Y como subrayó Lutero, siempre hemos de responder estas preguntas en vista de Cristo y de su obra. Este texto *no* pretende otorgar a los maridos una posición de privilegio o enseñar que las mujeres sean inferiores. Su propósito es evitar ofender a quienes están fuera de los círculos de la Iglesia alentando la sumisión mutua — una actitud abnegada por parte del marido y un sometimiento por parte de la esposa— de ambos cónyuges cuyas vidas están determinadas y motivadas por el sacrificado amor de Cristo. Aun así, el texto concede una prioridad al marido, una primacía que le hace más responsable de cuidar a su esposa.

¿Hasta dónde ha de llevarse la enseñanza de este texto? ¿Tiene acaso alguna relevancia para las mujeres y los hombres en general? En nuestras sociedades viven muchos más solteros y solteras que en el mundo antiguo. ¿Qué implica 5:22–33 para tales personas? El argumento de este texto no es que todas las mujeres hayan de sujetarse a todos los hombres. Trata de la sumisión mutua de todos los cristianos el uno al otro, y de la sumisión de las esposas a sus maridos. No tiene nada que ver con la inferioridad de las mujeres ni implica que estas no puedan ejercer papeles de liderazgo. Por otra parte, me atrevería a sugerir que la lógica del texto dirige a los hombres cristianos a levantarse en contra de la victimización de las mujeres en nuestro mundo abusivo.

¿Es este un texto relevante para tratar el asunto del papel de la mujer en la Iglesia y en el ministerio? La respuesta es «no»,⁴⁴ con la única excepción de que el concepto de sumisión mutua otorga igual valor a todas las personas. Este pasaje trata de la sumisión mutua y de las relaciones familiares, no del liderazgo de la Iglesia y de lo que las mujeres pueden o no hacer.

Un factor crucial para entender este pasaje es la percepción de las limitaciones del texto. La descripción de 5:22–33 asume una situación ideal, a saber, que ambos cónyuges son cristianos y anhelan vivir sus vidas según Cristo. Esto presenta algunos problemas.⁴⁵ ¿Por qué no trata Efesios los problemas vinculados a las relaciones matrimoniales? ¿Qué relevancia tiene este texto cuando solo uno de los cónyuges es cristiano, o no lo es ninguno de ellos? ¿Qué, si alguno de ellos (o ambos) no está dispuesto a seguir la voluntad del Señor? ¿Qué sucede cuando en la relación se da alguna forma de abuso? El texto no aporta respuestas.

La analogía entre Cristo y la Iglesia requiere el carácter «ideal» de esta descripción. Este no es un texto para ser utilizado en el consejo pastoral del matrimonio, y tratarlo de este modo implica estrechez de miras. Es cierto que este pasaje trata del modo en que ha de funcionar la relación matrimonial, pero representa únicamente un fundamento sobre el que comenzar a tratar los problemas. Quienes acometen la tarea de interpretar la Palabra de Dios han de desarrollar una teología basada en el ideal que se expresa en éste y otros textos relevantes —ningún pasaje ha de interpretarse de un modo aislado— y a continuación discernir cómo esta teología ha de aplicarse a la vida.

Existe otro factor que puede ser de ayuda para la aplicación de este texto. La exposición paralela de la relación entre esclavos y amos de 6:5–9 es muy significativa, puesto que en estas instrucciones domésticas se asume también una situación ideal. La esclavitud fue abolida hace ya mucho tiempo, debido en gran medida a la influencia de principios bíblicos. Del mismo modo que aplaudimos la abolición de la esclavitud, hemos de preguntarnos cómo ha cambiado el mundo en relación con el rol de la mujer en el matrimonio y lo que todavía ha de cambiar. ¿Qué implicaciones del Evangelio han de aplicarse todavía? ¿Qué cosas parece poco probable que cambien y cuáles no han de cambiar? ¿Cómo nos esforzamos por entender y aplicar el ideal en un mundo antiguo, el ideal en el nuestro, y los verdaderos problemas con que nos encontramos en las situaciones reales? ¿De qué modo deberían nuestras vidas ser determinadas por el carácter de Cristo y motivadas por su amor abnegado y sacrificado?

Pablo no atacó directamente la institución de la esclavitud o las ideas sobre la mujer de su sociedad. Lo que hizo fue centrarse en el Evangelio, un Evangelio en el que «no hay judío ni griego, esclavo ni libre, varón ni mujer» (Gál 3:28). Las diferencias seguían existiendo, pero no tenían valor, ya que todos eran uno en Cristo y todos tenían la misma tarea de vivir vidas determinadas y motivadas por Cristo. Pablo no desarrolló todas las implicaciones sociológicas de su Evangelio. No tenía tiempo para ello, ni era este el enfoque de sus esfuerzos misioneros. Abordó solo algunas de las implicaciones sociales de su Evangelio en la medida en que lo requería su contexto y los problemas de sus iglesias. Ha sido necesario el paso de los siglos para que otras implicaciones hayan ido saliendo a la luz, y la tarea de entender y aplicar las implicaciones del Evangelio sigue vigente en nuestros días.

La relación entre Cristo y la Iglesia (5:22–33). Ante este texto es propio señalar que la teología no se hace solo en la sección en la que construimos puentes entre contextos, sino que está también presente en las tres etapas de la interpretación. Cuando se trata de *comprender el mensaje original* nos centramos en la explícita teología del texto o en la que subyace tras él. En el apartado de la *contextualización* buscamos aquella teología que se extiende a lo largo de culturas y contextos y sigue siendo pertinente. Cuando llegamos a la sección de la *aplicación* procuramos determinar el modo en que esta teología toma forma en nuestro contexto. Hemos de preguntarnos constantemente lo que enseña el texto en cuestión acerca de Dios y de la Humanidad, y adaptar esta enseñanza a la vida.

Por lo que respecta a este texto en concreto, la tarea de aplicar las descripciones teológicas de Cristo y la Iglesia al mundo de nuestros días ha de explicar la importancia del lenguaje metafórico y religioso.

El hecho de que los cristianos sean el cuerpo de Cristo siempre producirá dificultades. Este concepto expresa una unidad y vínculo con Cristo similar a la idea paulina de estar «en Cristo». De hecho, es una extensión de este lenguaje. La fe crea una íntima solidaridad con Cristo.

La analogía matrimonial tiene también sus dificultades. Pablo la utiliza para transmitir la misma idea que en la analogía del cuerpo: los cristianos son una entidad con Cristo y, por tanto, éste ha de definir la forma de sus vidas. A los hombres, la idea de ser la *novia* de Cristo puede parecernos extraño, sin embargo ni hombres ni mujeres han de entender estas ideas con una connotación sexual. La unidad que se expresa en la unión sexual de una pareja casada ilustra simplemente la unidad similar que existe entre Cristo y los creyentes. Lamentablemente, interpretar nuestra sexualidad en el marco de nuestra relación con Cristo es un problema más amplio de lo que la mayoría de nosotros estamos dispuestos a reconocer. Con demasiada facilidad, las ideas de atracción o incomodidad en relación con Cristo y con Dios se enredan en la comprensión de nuestra sexualidad.

Por otra parte, normalmente no pensamos en términos de la Iglesia *sometiéndose* a Cristo, sin embargo es lo que hace este texto (5:24). En esta afirmación subyace el papel de Cristo como Señor y la necesidad que tiene la Iglesia de seguir siempre su guía y ejemplo. Este pasaje subraya también la actividad de Cristo a favor de la Iglesia, salvándola (v. 23), dándose a sí mismo (v. 25), santificándola y purificándola para presentarla pura y santa (vv. 26–27), y cuidándola (v. 28). Es evidente que hemos de ver el valor que Cristo confiere a la Iglesia, el amor con que la ama, y su presente obra en ella.

Otros aspectos del lenguaje son susceptibles de malentendidos o pueden sonarnos extraños, pero son importantes para nuestras vidas. La mayoría de nosotros no nos

sentimos «santos e irrepreensibles», sin embargo, esto es lo que Cristo pretende que seamos ahora (cf. Fil 2:15). Esta parte del texto no se aplica solo al día del juicio. Tiene en vista la relación presente de Cristo con la Iglesia y debería tener su impacto en el presente. La referencia a que Cristo santifica a la Iglesia (v. 26) acentúa el hecho de que la aparta para sí. En tanto que personas que han sido puestas aparte, los cristianos han de vivir vidas «apartadas», que es, por supuesto, lo que significa la palabra «santo».

Significado Contemporáneo

Puesto que ahora queremos aplicar este pasaje, hemos de tener en mente cuatro cuestiones:

- (1) ¿Cuánta cercanía existe entre la situación del texto y la de nuestros días?
- (2) ¿Qué teología, explícita o implícita, debemos apropiarnos?
- (3) ¿Qué forma adoptaría en nuestro contexto la práctica de esta teología?
- (4) ¿De qué maneras puede aplicarse esta teología a áreas que no se tratan en el texto?

La vida con el Espíritu (5:15–21). Este texto requiere energía y esfuerzo por nuestra parte, puesto que la madurez espiritual solo viene con el trabajo. Para observar de cerca cómo andamos, hemos de desarrollar una actitud atenta y auto-analítica. El auto análisis puede ser asfixiante si lo practicamos de un modo desequilibrado, sin embargo los cristianos no pueden esperar éxito en la vida con Dios sin ser honestos consigo mismos y con él acerca de la elección de su destino. Ningún viajero distraído con respecto a la dirección y progreso de su recorrido llegará nunca a su destino. Nos hemos ya estado preguntando a nosotros mismos: ¿Contristan nuestras vidas al Espíritu (4:30)? ¿Es nuestra forma de proceder una imitación de Dios (5:1)? ¿Es propia y adecuada para personas que están en Cristo (5:3–4)? ¿Agrada al Señor (5:10), y es su voluntad (5:17)? Esta sección nos fuerza a hacernos más preguntas con respecto a nuestro andar cristiano. La adoración y la oración son los principales contextos en que se detectan el patrón y la meta de la vida.

Tiempo (5:16). En este pasaje se da un tratamiento relativamente breve al asunto del aprovechamiento del tiempo, pero es de enorme importancia. La nuestra es la sociedad de las prisas. Parecemos decididos a someternos al mayor número de actividades en el menor tiempo posible. Estamos demasiado atareados para la vida. Hemos de reconsiderar el modo en que estamos utilizando el tiempo. La mayoría de los hogares de nuestra sociedad pasa al menos cuatro o cinco horas al día viendo la televisión, aunque no les importe lo que está viendo. Hay también otras «diversiones» que nos atraen. ¿Pero cuánto tiempo dedicamos a la vida con Dios o a aprender acerca de esta vida? ¿Cuánto de nuestro tiempo invertimos en las personas, o en hacer algo provechoso? No debemos malgastar la vida en diversiones improductivas, y sí aprender a invertir el tiempo en nuestra fe. La urgencia y los peligros implicados en el versículo 16 se tratan en 6:10–20 como un conflicto espiritual.

La voluntad del Señor (v. 17). Por regla general, cuando los cristianos hablan de discernir la voluntad del Señor, tienen en mente el plan de Dios para sus vidas con respecto a importantes decisiones como el matrimonio o una carrera. Este no es el tema del pasaje. Este texto está más interesado en el propósito de Dios para nuestra

forma de vida cotidiana, acerca de lo que le agrada. Es posible que no nos fuera tan difícil encontrar la voluntad de Dios para las decisiones importantes si estuviéramos más habituados a discernirla a lo largo de toda la vida, haciendo que ésta se adapte al patrón que Cristo nos ha dejado.

¿Qué hacer con el alcohol? Es evidente que, la prohibición de la embriaguez que encontramos en el texto es directamente aplicable, y posiblemente más necesaria hoy que en el tiempo de Pablo. La embriaguez no tiene ningún lugar en la vida de un cristiano. ¿Cómo podemos analizar de cerca nuestra forma de vida si estamos ebrios? El consumo de alcohol no es necesariamente pecado, pero sin duda hemos de advertir acerca de sus peligros y abusos.

La embriaguez —por no hablar del alcoholismo— es un problema importantísimo en nuestra sociedad. Esto se ve claramente en los inconvenientes derivados de la conducción bajo los efectos del alcohol, la embriaguez como forma de escapismo, las borracheras desenfrenadas (especialmente por parte de los estudiantes), y por la extraña noción de nuestra sociedad en el sentido de que para divertirse es necesario emborracharse. Invertimos mucho tiempo intentando hacer que la gente no conduzca cuando haya bebido. Si beber deteriora tanto el juicio, quizás tendríamos que decir sencillamente, «no beban». Nada tiene más sentido para una fe que subraya el desarrollo de la mente y el discernimiento humano.

Los distribuidores y vendedores de alcohol gastan cantidades astronómicas para persuadir a las personas a que beban, mientras que las advertencias sobre los peligros de la adicción y los abusos se expresan en susurros. ¿Por qué nuestra sociedad se queja amargamente de los abusos de la industria del tabaco, pero no dice nada respecto a la del alcohol? El consumo de alcohol se ha convertido en algo aceptable para los cristianos, y el resultado ha sido que también ellos se han hecho culpables de laxitud y de excesos. La embriaguez y el alcoholismo no son una simple e inocente pérdida de control, sino el destructivo derroche de una vida que debería vivirse para Dios. La verdadera preocupación de Pablo es evitar el «libertinaje»: una indulgencia excesiva y dilapidadora. Si como cristianos decidimos beber alcohol, hemos de asegurarnos de que lo hacemos en cantidades cuidadosamente controladas y que nuestro testimonio no se verá comprometido por nuestras acciones. Cuanto mayor sea el abuso de algo en una determinada cultura, menos deberían los cristianos participar en ello.

Es evidente que la prohibición de la embriaguez se extiende al abuso de las drogas, pero también se aplica a cualquier indulgencia excesiva. Los humanos fueron creados para vivir en relación con Dios, y cualquier práctica que reduce nuestra conciencia de Dios y nuestra capacidad de respuesta a él, y que sugiere una vida fuera de control queda bajo la denuncia de este texto. Sin duda, el valor excesivo que nuestra sociedad concede al materialismo, los productos de belleza, la cirugía estética, y los deportes espectáculo están dentro del radio de lo que censura el texto.

Sean llenos del Espíritu (5:18–21). El texto da por sentado que el lector conoce la importancia del Espíritu y las razones por las que hemos de cantar y dar gracias, sin embargo el mandamiento de ser llenos del Espíritu no es fácil de entender. Quizá se debe al hecho de que pone el acento en nuestra intervención y, en general, estamos más habituados a pensar en los humanos como instrumentos pasivos que esperan la acción del Espíritu. Tenemos tanto miedo de una justicia por obras, o del sinergismo, que nos hemos instalado progresivamente en la pasividad. El Nuevo Testamento no comparte nuestro temor, y Dios no realiza obras de magia sobre instrumentos pasivos. La salvación es obra de Dios, sin embargo, el sinergismo puede entenderse de manera positiva. ⁴⁶ Dios demanda que la voluntad humana responda a su obra y se comprometa activamente con él. Si queremos apropiarnos de este texto, hemos de tomar decisiones para vivir con Dios, unas decisiones que conciernen al modo en que utilizamos el tiempo, que nos abren a Dios, y que nos hacen estar dispuestos a ser transformados.

El papel que el Espíritu juega en esto es importantísimo, puesto que el cristianismo es una religión del Espíritu. Todo lo que somos y tenemos es resultado de su obra. El Espíritu no es un complemento prescindible, una segunda obra de Gracia, o un privilegio de la élite, sino el agente de la obra de Dios en el mundo, y es tanto fuente como prueba de la conversión. Estar en Cristo y estar en el Espíritu es, prácticamente, lo mismo. De hecho, el Espíritu es la presencia de Cristo con el creyente.

Cuando se nos pide que seamos llenos del Espíritu no se está apuntando a reiteradas experiencias carismáticas, como afirman algunos. Lo que se nos pide es que pongamos nuestra atención en Cristo y su presencia en nosotros, que nos abramos a la constante obra transformadora del Espíritu para que la presencia de Cristo capacite y conforme nuestras vidas. El Espíritu ha de ser la influencia dominante en todos los cristianos.

Ningún texto es una completa exposición del tema que trata, y ciertamente 5:18–21 no trata exhaustivamente la cuestión de ser llenos del Espíritu. Aun así, la enseñanza de este pasaje es importante. Aunque a menudo se señalan como rasgos característicos de una persona espiritual el hablar en lenguas, la negación de uno mismo, el misticismo o los ejercicios religiosos, este texto apunta al canto, la gratitud y la sumisión en el Espíritu de Cristo.

La verdadera espiritualidad se centra en el don de la vida en Cristo, toma su forma de Cristo, y se expresa con canciones que explican a los demás las razones de la alegría y dan gracias a Dios. Esta clase de espiritualidad surge del núcleo de nuestro ser, y no puede ser producida por ejercicios espirituales, por valiosos que estos sean. El texto no habla de los cambios de humor, sin embargo, ciertamente nadie debería esperar que las emociones estén siempre en el mismo nivel. Si bien es cierto que las emociones forman parte de la espiritualidad, ser espiritual no depende de vivir en un cierto nivel de sentimientos.

Los peligros del emocionalismo han hecho que muchos cristianos —especialmente blancos y de clase media— sofoquen cualquier expresión de emoción de su vida en Cristo. Sin embargo, como señala John Mackay, «nada importante se produce nunca sin emoción». Mackay advierte además contra el peligro de destruir la fe cuando nos esforzamos en suprimir el fanatismo. ⁴⁷ La vida cristiana no es una existencia anestesiada. El emocionalismo es un error, sin embargo en nuestra vida y adoración necesitamos emoción, pasión. Sin ella no somos humanos. Necesitamos tanto la paz como la pasión, ser llenos del Espíritu como disciplinados por Cristo.

La cristología trinitaria implícita aquí es importante. Los primeros cristianos cantaban a Jesús y daban gracias a Dios por lo que había hecho. La Iglesia Primitiva no partía de una cristología y pasaba después a una experiencia con Jesús, sino al revés: partían de la experiencia del Jesús resucitado y está les guiaba a adorarle. La cristología surgía de su experiencia. Lo mismo se aplica hoy a muchos cristianos. La experiencia de Jesús es la base de la adoración y la reflexión.

Cantar. La aplicación de este texto podría conducir a una religiosidad artificial: las personas cantan o pronuncian ciertas palabras y esperan que de ello surja la espiritualidad. De manera no muy natural, los medios de comunicación religiosos fomentan, a menudo, precisamente este tipo de espiritualidad. Pero la espiritualidad es la *causa* del canto, no su resultado. No se trata de que adquiramos símbolos religiosos culturales. Lo que se espera es únicamente que expresemos el gozo interior que produce Cristo, aunque no seamos muy capaces de entonar con precisión, o tengamos que escribir nuevas canciones que expresen con integridad la realidad que encontramos en Cristo.

Acción de gracias. La mayoría de los cristianos concede una atención superficial a la segunda característica del Espíritu, la acción de gracias, no obstante ésta bien podría ser la actividad más importante que llevamos a cabo. Como han señalado varias personas, el pecado es básicamente ingratitud, y en el cristianismo, la religión es Gracia y la Ética, gratitud. Dar gracias es la primera acción que se lleva a cabo tras el reconocimiento de que no somos criaturas independientes sino personas que deben adhesión a Dios y han sido bendecidas por él.

Nos es necesario afirmar que todo lo que somos y poseemos procede de Dios. Solo entonces podremos vivir vidas de respuesta a la Gracia. La práctica de la acción de gracias es en sí misma transformadora. Es difícil que una persona sea agradecida y rencorosa al mismo tiempo. Es difícil que alguien esté agradecido con su cónyuge y al mismo tiempo desee a otra persona, no imposible, pero difícil.

Efesios 5:20 nos pide que demos siempre gracias *por todo* en el nombre de Cristo. En ocasiones, los cristianos se han sentido obligados por este tipo de textos a estar agradecidos incluso ante una tragedia, como por ejemplo la muerte de un hijo. Esto

solo les ha traído angustia a ellos y a quienes les rodean. Sin duda, esta clase de razonamiento sitúa el texto más allá de su intención. Cuando la Biblia utiliza los términos «todo» o «cada», hemos de preguntarnos si pretende que se entienda de un modo absoluto o relativo. El propósito de Pablo en este texto no es indicar que hemos de estar agradecidos por el mal o por la tragedia. John Stott está en lo cierto al señalar que en el versículo 20, el término «todo» representa una hipérbole.⁴⁸ No se nos pide que demos gracias a Dios por el mal, sino que vivamos en la práctica nuestra convicción de que, todo lo que acontece en la vida, incluso lo «malo», se vive bajo el control de Dios y en relación con él.

Sumisión. La parte más difícil de este texto, tanto para los lectores antiguos como para los de nuestro tiempo, es la expectativa de que los cristianos se sujeten unos a otros (5: 21). Algunos han argumentado que la sumisión mutua es algo ilógico, y lo es, si se considera fuera de Cristo. No obstante, si entendemos el Evangelio, la sumisión mutua es algo perfectamente lógico. Lo que Pablo tiene en mente es que los cristianos rechacen el egocentrismo y trabajen para el bien de los demás. La sumisión no es sino una decisión acerca del valor relativo del otro.

En nuestra sociedad se subraya la idea de igualdad, pero la sumisión mutua es una noción mucho más intensa. Con la igualdad, sigue habiendo una batalla por los derechos. Es posible que exista igualdad sin amor, pero tal realidad no crea una comunidad cristiana. Con la sumisión mutua, abandonamos los derechos y nos apoyamos el uno al otro. Esta clase de sumisión recíproca es amor en acción. Con ella viene una igualdad de valor y es el poder por el que se establece la comunidad *cristiana*.

La sumisión mutua no nos permitirá promocionarnos a nosotros mismos y nuestros intereses, pero tampoco hará de nosotros el «felpudo» de nadie. La sumisión *legítima* no puede forzarse. El texto asume que cada miembro de la comunidad recibe apoyo y estímulos para su progreso. Allí donde esto no sucede, las personas habrán de ser lo suficientemente sabias para discernir si han de renunciar a sus derechos o reclamar justicia. El patrón del abnegado y sacrificado amor de Cristo no significa que no podamos nunca reivindicar justicia en asuntos personales. Jesús no dio su aprobación a Herodes o a los fariseos, y Pablo no dudó en defenderse a sí mismo o en hablar muy claro con los gálatas o los corintios. Sumisión significará que, aun cuando reivindicemos justicia, estaremos motivados por el amor al otro, y no por un sentimiento egoísta.

La relación entre pastores y congregaciones es un evidente espacio en el que ha de ponerse en práctica la sumisión mutua. En un juego de palabras con la palabra «someterse», Pablo pide a los corintios (1 Cor 16:15–16) que *se pongan a disposición de* (i. e., se sometan a) aquellos *que se han dedicado a servir* al pueblo de Dios. Es decir, han de someterse a los siervos. Los pastores son siervos de la Iglesia a la que ministran

y han de sujetarse a quienes sirven, sin embargo no han de ser menospreciados ni tratados con arrogancia. Desde esta posición conducen en la medida que ejemplifican el carácter de Cristo. Los creyentes han de sujetarse al pastor, pero no hasta el punto de que el pastor se convierta en un dictador cuya palabra es ley. Cada uno es responsable de buscar el beneficio del otro, y todos de vivir de manera práctica el abnegado y entregado amor de Cristo.

Esta sumisión mutua debería aplicarse al debate actual sobre estilos de adoración. Insistir en que la adoración solo puede manifestarse de una manera es una actitud miope y limita la expresión de todo el Cuerpo. La sumisión mutua requiere humildad para escuchar, tolerar, aprender y ser enriquecido por la adoración de los demás, siempre que todo ello se produzca dentro de límites legítimos.

Otra esfera en que la sumisión mutua tiene su aplicación es la relativa al dinero. Por regla general, permitimos que nuestra sociedad dicte cómo hay que utilizar, asignar y atesorar el dinero. La sumisión mutua es algo perturbador para estos dictados de la sociedad, puesto que requiere una reconsideración del modo en que se determinan los salarios y se comparten los bienes. Esto plantea preguntas difíciles de responder, ¿pero acaso no ha de tener un impacto económico valorar a los demás como iguales y amar de un modo abnegado y sacrificado? Nuestra cartera no queda fuera de la sumisión mutua. ¿Acaso 4:28, con su mandamiento al ladrón de que trabaje para tener qué compartir, no es un claro ejemplo de sumisión mutua? En particular, la justicia ha de llevarnos a igualar la paga de las mujeres. Tristemente, las organizaciones cristianas están entre las que pagan peor a las mujeres que trabajan en ellas.

La sumisión mutua ha de caracterizar las relaciones personales de todos los cristianos. Esto no significa que siempre vayan a estar de acuerdo, como tampoco lo estuvieron Pablo y Bernabé en el asunto de Marcos (Hch 15:36–41). Sin duda, no significará ceder ante el error, puesto que hay ocasiones en que uno *no* ha de someterse. Obsérvese la negativa de Pablo a sujetarse a sus oponentes (Gál 2:5) cuando lo que estaba en cuestión era el carácter del Evangelio. Pero si no es un asunto de error, el Evangelio demanda el sacrificio del egocentrismo y la valoración y promoción de los demás. Como hemos visto, la responsabilidad mayor recae sobre quien está en la posición de privilegio. Por consiguiente, la sumisión mutua de ricos y pobres introduce una presión añadida sobre los ricos, pero con la percepción de que cada uno aporta algo al otro. En último término la sumisión no es nada aparte de la humildad y el abnegado y sacrificado amor de Cristo.

Añadir la idea de «reverencia a Cristo» a la sumisión solo intensifica nuestra incomodidad. El término «reverencia» (lit., «temor») expresa un reconocimiento de la santidad de Dios y una conciencia de estar vinculados a él por su amor. Aquí expresa una base cristológica para la sumisión. Saber que Cristo es igualmente amoroso Salvador y futuro Juez hace desaparecer el egoísmo. Es cierto que Cristo es un amigo,

pero es también el Señor del Universo.

Relación entre maridos y esposas (5:22–33). Pocos temas suscitan tanto debate y desacuerdo como el de la posición y papel de la mujer, particularmente en la relación con su marido. Haríamos bien en recordar que no hay otra relación que refleje tanto la que Dios tiene con nosotros y su propósito con nuestra vida. La relación matrimonial es la que mejor revela quiénes somos realmente, y para los casados, es la principal relación de discipulado. En un tiempo en que muchos jóvenes están abandonando el matrimonio, necesitamos escuchar este texto.

Giros erróneos. Con demasiada frecuencia los hombres han llegado a la conclusión de que las mujeres son para que ellos las controlen o traten a su antojo. El doloroso hecho es que estos versículos se han utilizado como un garrote para mantener a las mujeres anuladas. Cristianos y no cristianos por igual conocen y utilizan afirmaciones como, «esposas, sométanse a sus maridos», y «el marido es cabeza de la esposa», aunque nunca hayan leído Efesios 5. Estas afirmaciones se han malinterpretado dándoles el sentido de que las esposas tienen siempre un papel subordinado y que los maridos toman siempre las decisiones. A las mujeres se las ha considerado como una propiedad que los maridos pueden tratar a su antojo.

Apelando a Efesios 5:22–24 han llegado a justificarse incluso conductas abusivas por parte de los maridos. Los pastores se han convertido en cómplices voluntarios aconsejando a las mujeres a someterse en tales casos. El libro de James y Phyllis Alsdurf, *Battered into Submission* [Sumisión a golpes] ⁴⁹ presenta en horrible detalle lo desvirtuada que ha llegado a ser la interpretación de las declaraciones de Pablo. Este libro no trata del maltrato de los maridos a sus esposas en general, aunque se calcula que una tercera parte de las mujeres son maltratadas físicamente durante el transcurso de su matrimonio. Dolorosamente, el libro de los Alsdurf trata del maltrato por parte de los maridos a sus esposas en hogares *cristianos*. Un estudio ha puesto de relieve que un 18 por ciento de mujeres cristianas afirma haber padecido alguna forma de abuso por parte de sus maridos que, en el caso de un 5 por ciento, han sido de carácter físico. En las denominaciones más conservadoras que mantienen concepciones tradicionales del matrimonio los hombres suelen abusar más de sus esposas.

Esta utilización errónea de Efesios 5 es escandalosa y no puede tolerarse. Los cristianos han de adoptar una postura mucho más contundente contra el maltrato de los maridos a sus esposas y contra cualquier actitud o conducta que denigre a las mujeres. Las iglesias no solo han de hablar con claridad en contra de este problema, sino también estar mucho más dispuestas a confrontar, instruir y, si necesario, disciplinar a quienes, dentro de sus membresías, practican este tipo de abusos.

El problema va más allá del maltrato físico. Las actitudes de los hombres hacia las mujeres, y concretamente de los maridos para con sus esposas, son a menudo

degradantes. Es posible que no pretendan herir a sus esposas, pero la verdad es que, con frecuencia, los maridos las menosprecian y ridiculizan con comentarios acerca de su nivel de inteligencia, sus preocupaciones, su modo de cocinar, o sus hábitos. Por supuesto, las mujeres son capaces de los mismo pecados, sin embargo los maridos son los más susceptibles de hablar de este modo por su sentido de ser «cabeza».

Los abusos a las mujeres dentro de la familia son una manifestación de la patología sexual de nuestra sociedad. Vivimos en una sociedad enfermiza que ha desarrollado múltiples maneras de envilecer a las mujeres. En el cine y la televisión abundan las violaciones, la intimidación y la «utilización» de las mujeres. Una cuarta parte de las imágenes sexuales en el ámbito del llamado «cibersexo» tiene que ver con torturas a las mujeres. Prácticamente todo el mundo está de acuerdo en que se trata de algo terrible, sin embargo nadie hace nada, y una parte de los consumidores de este tipo de imágenes son «buenas» personas. Los cristianos han de alejarse de este tipo de «distracciones» y de esta forma de tratar a las mujeres. Son cosas incompatibles con Cristo.

Otra forma en que algunos cristianos han desvirtuado este pasaje es aludiendo a lo que llaman «cobertura de autoridad» del marido. Hace tanto hincapié en el marido como cabeza, que se le presenta como una privilegiada figura de autoridad y las esposas quedan relegadas a un claro segundo plano. ¡En casos extremos, la responsabilidad de las acciones de las mujeres no recae sobre ellas sino sobre sus maridos! En este texto, el concepto de cabeza no tiene nada que ver con privilegios, sino con el carácter servicial de la autoridad. Las esposas son ciertamente responsables de sus acciones, y tienen igual valor que sus maridos. Los maridos no son jefes a quienes servir, y las esposas no han de ser sus irreflexivas esclavas.

¿Qué significa esto para nosotros? Hemos de subrayar una vez más que lo que se dice a las esposas (y a los maridos) es solo un ejemplo del amor y la sumisión mutua que se requiere de *todos* los cristianos y que la palabra «sométanse» ni siquiera aparece en el texto griego de 5:22. Las esposas *deben* sujetarse a sus maridos. Es decir, éstas mantienen una relación de generosidad con sus maridos igual que estos la mantienen con ellas. Sin embargo, este texto no avala una mentalidad machista, en la que las esposas son una especie de esclavas que se cargan con todo el trabajo o están de acuerdo con cualquier petición que se les pase por la cabeza a sus maridos. Lo único que demanda es que las esposas abandonen el egoísmo, se tomen en serio el carácter recíproco de la relación con sus maridos, y fomenten el beneficio de éstos. Estos versículos ponen también de relieve que ninguna parte de la vida puede excluirse de la relación matrimonial.

Por otra parte, el hecho de ser cabeza no otorga a los maridos ninguna posición de privilegio o superioridad. Los argumentos derivados de la analogía entre la dirección de Cristo y la de los maridos no permiten concluir que se trata de liderazgos idénticos.

Del mismo modo que el temor debido al marido no es el mismo que el que se debe a Cristo porque el marido y Cristo son diferentes, así, el hecho de que Cristo es cabeza de la Iglesia tiene un sentido distinto del hecho que el marido sea cabeza de su esposa. Cristo es Señor sobre todas las cosas, mientras que el marido no es *señor* sobre nada. El punto de comparación de esta analogía entre Cristo y el marido es la responsabilidad que tienen estos últimos de entregarse a sus esposas como Cristo se entregó a la Iglesia. Han de tener una mentalidad de dar, no de recibir. Los maridos han de abandonar el egoísmo y cualquier privilegio vinculado al hecho de ser cabeza para promover el bienestar de sus esposas. Han de amar a sus esposas como a sí mismos, reconociendo que la unidad del matrimonio hace que sus esposas sean parte de ellos mismos. Los maridos han de nutrir y cuidar a sus esposas para que éstas se afirmen y crezcan. Cuando las esposas cambian positivamente, lo hacen también sus maridos. Se asume que los dos cónyuges son uno, que se ayudan mutuamente.

Este texto deja por tanto muy claro cómo han de funcionar los matrimonios cristianos. En primer lugar, ambos cónyuges viven en el Señor, en relación con él, y para él. La verdadera cabeza del matrimonio es *siempre* Cristo, y ambos cónyuges han de vivir en sumisión mutua, esforzándose en estimularse el uno al otro dentro de los propósitos de Cristo, y en vivir de un modo práctico la unidad de su relación.

Sumisión mutua significa también que las decisiones las toman ambos cónyuges, y éstos motivados por razones altruistas. Cuando hay un desacuerdo, el marido no tiene automáticamente el voto decisivo. En estos casos, uno de los cónyuges puede conceder la opción del otro, o ambos pueden ponerse de acuerdo para rechazar las dos opciones. La sumisión mutua puede significar que uno de los cónyuges aplaze temporalmente sus objetivos profesionales para que el otro pueda finalizar su formación académica; que uno de ellos renuncie a un trabajo satisfactorio para facilitar el traslado del otro; o simplemente que se conceda al otro la libertad de tomar decisiones de carácter secundario por su cuenta.

Es evidente que este texto plantea una situación ideal. ¿Qué sucede si el marido no practica la sumisión y el amor mutuos? ¿Qué, si el marido solo quiere una esclava? En el mundo antiguo las mujeres tenían pocas elecciones, y en nuestros días las cosas pueden ser muy parecidas para algunas. Pedro instó a las esposas a instruir a sus maridos y a ganarlos para Cristo por medio de su conducta piadosa (1 Pedro 3:1-6). También esto expresa un ideal, pero apunta sin duda a la necesidad de instrucción de los maridos.

En nuestros días, cuando una mujer inicia una relación matrimonial, lo hace de un modo muy distinto que antaño, cuando tenía poco que decir al respecto. Tanto ella como su compañero han de entrar en el matrimonio con sabiduría y con la intención de cumplir sus votos y vivir de acuerdo con el carácter recíproco de la relación que emprenden. La sumisión mutua elimina prácticamente el divorcio.

Mientras que en el mundo antiguo las mujeres tenían pocas opciones aparte de dedicarse a las tareas de casa, las que viven en nuestra cultura tienen oportunidades casi ilimitadas de escoger su estilo de vida, carrera, y ministerio. Nuestro texto no implica que algunos roles estén abiertos a las mujeres y otros no, y sin duda no enseña ninguna forma de inferioridad de las mujeres. El incremento de las oportunidades de las mujeres cambia el modo en que se desarrolla la responsabilidad de los maridos. Deducir a partir de este texto que las mujeres no pueden ocupar posiciones de autoridad representa un razonamiento superficial. Si los maridos aman a sus esposas como a sí mismos, se esforzarán por darles libertad, respeto, y posibilidades. Las apoyarán emocional y físicamente y prestarán atención para que la división de las tareas domésticas sea equitativa.

Existen, por supuesto, variaciones culturales en lo que se permite a las mujeres. En algunas culturas las mujeres no están hoy en mejores condiciones que sus predecesoras del mundo antiguo. ¿Cuál es la tarea de la Iglesia en estas sociedades? Nunca hemos de sustituir el Evangelio de Jesucristo por feminismo, sin embargo la Iglesia no puede permitir que las implicaciones del Evangelio queden silenciadas. El Evangelio lleva consigo un acento en la igualdad de todas las personas ante Dios y en la Iglesia. Las antiguas valoraciones basadas en razones de sexo, carrera, y posición económica no pueden ya definir las relaciones personales. Todos los cristianos son llamados a vivir en sumisión mutua en la unidad que está en Cristo. Al margen de cuáles sean las prácticas culturales de su entorno, los matrimonios cristianos deberían ser distintos, y cuando sea necesario, los pecados de abuso de poder y falta de sensibilidad por parte de los maridos han de ser confrontados.

¿Hasta qué punto puede la esposa vivir de un modo práctico su compromiso cristiano y promover el beneficio de su marido —y el suyo— si no recibe beneficio alguno a cambio? Allí donde los maridos (o las esposas) se niegan a cooperar en reciprocidad, habrá de tomarse decisiones difíciles. Tristemente, hay que reconocer que existen ciertas circunstancias que hacen que un matrimonio sea impracticable. Si no hay reciprocidad, no hay matrimonio. Si la relación es abusiva, emocional o físicamente, *no puede* pedírsele a la esposa que se someta. Lo que se le pide es que ejemplifique el amor de Cristo, no que sufra o muera a manos de un marido maltratador. Debería aconsejarsele que se aparte del peligro. La verdad y la justicia no pueden ser ignoradas.

Si un marido le pide a su esposa que haga algo inapropiado para un cristiano, de nuevo, ella no ha de someterse. Su actitud debe ser la misma que la que adoptó la Iglesia Primitiva en Hechos 5:29: «Hemos de obedecer a Dios antes que a los hombres». Toda relación humana se experimenta como parte de nuestra relación con Dios.

Puesto que el texto confiere una responsabilidad mayor a la persona privilegiada y

reconoce que la esposa ha de ser apoyada, los hombres cristianos han de preocuparse particularmente de buscar justicia para las mujeres. Con la gran cantidad de malos tratos e injusticia hacia las mujeres que existen en prácticamente todas las culturas, estoy convencido de que el cristianismo tiene la responsabilidad y la oportunidad de hablar con contundencia sobre la justicia de las mujeres. Los hombres cristianos tienen la responsabilidad de apoyar a cualquier mujer, soltera o casada, sin una actitud condescendiente ni convertir esta responsabilidad en una oportunidad de explotación sexual.

Relaciones sexuales. Los comentarios de Pablo acerca de la unidad del matrimonio, especialmente su cita de Génesis 2:24,⁵⁰ constituye una importante declaración acerca de las relaciones sexuales de los seres humanos. Como ponen de relieve sus palabras paralelas en 1 Corintios 6:15–17, Pablo no veía la relación sexual como un mero acto físico. Lo entendía más bien como un acontecimiento asociativo por el que dos seres humanos se vinculan entre sí y se hacen uno. La esposa se convierte en parte de su marido, de modo que, para él, amarla significa amarse a sí mismo.⁵¹

Peligros. Hay peligros, no obstante, en centrarse en la unidad y la sumisión mutua. Uno de ellos es que el marido o la esposa pueda prestar tanta atención a su cónyuge que acabe idolatrándolo y conduciéndose de un modo servil para con él (cf. 1 Cor 7:32–35). La relación matrimonial es solo una relación, y el marido y la mujer no se enriquecen el uno al otro como meros individuos, sino como cristianos. El principal compromiso de ambos es siempre con el Señor, y la sumisión mutua dentro del matrimonio es solo una expresión de compromiso con el Señor.

Un segundo peligro es que se conceda tanta atención a la unidad que se pierda la individualidad. A pesar de su unidad, marido y mujer siguen siendo dos personas diferentes con distintos propósitos y llamamientos de parte de Dios. Si se subraya excesivamente la dependencia, uno de los cónyuges, o ambos serán menos productivos, y la muerte de la voluntad de uno de los cónyuges causará estragos en la vida del otro.

La relación entre Cristo y la Iglesia (5:22–33). La cristología, soteriología, y eclesiología que se expresan en este texto son todas importantes para la vida de la Iglesia en nuestros días. En ocasiones nos quedamos atascados en los deberes de la Iglesia y nos olvidamos del papel que Cristo desarrolla en la Iglesia. Este texto pone de relieve tanto el amor de Cristo como su señorío. El hecho de que *él* sea cabeza y que la Iglesia se sujeta a él debería ser un constante recordatorio de que ésta no tiene otra agenda que la establecida y ejemplificada por Cristo. Los pastores y consejos no dirigen las iglesias, más que ayudándolas a encontrar los propósitos de Cristo. Una mayor percepción de que es Cristo quien dirige la Iglesia, unido a la sumisión mutua para entender sus propósitos, haría que ésta superara muchos de sus problemas actuales.

Efesios 5:25 apunta al amor que Cristo demostró históricamente en la Cruz, pero el versículo 29 y la analogía del matrimonio señalan la continuidad de este amor. Cristo *sigue* sustentando y cuidando a la Iglesia, y ésta será mucho más fuerte si es más consciente de su amor y presencia constantes. La Iglesia ha de invertir más tiempo experimentando a Cristo, adorándole, reflexionando acerca de él, e identificándose con él, en lugar de simplemente hablar de él. La cita de Génesis 2:24 que se consigna en Efesios 5:31 no ha de entenderse alegóricamente como aludiendo a Cristo que deja al Padre para venir a la Tierra. A Pablo le interesa solo la unidad de Cristo con la Iglesia.

La obra de salvación de Cristo (vv. 26–27) tiene también un enfoque presente. Si bien es cierto que la perfección de la Iglesia no se producirá hasta el fin de los tiempos, la obra de Cristo en la Cruz apartó y purificó a la Iglesia para que ésta fuera santa e irreprochable en el presente. En la doxología (1:4) el propósito de Dios antes de la fundación del mundo era un pueblo santo e irreprochable (cf. Fil 2:15).

Evidentemente, una de las cuestiones más difíciles de explicar es por qué la Iglesia está tan llena de imperfecciones. ¿Es acaso que asumimos las imperfecciones como si tal cosa? ¿O que defendemos una concepción «barata» de la Gracia que simplemente imparte salvación, pero no requiere obediencia? Por supuesto, Pablo conocía perfectamente las imperfecciones de la Iglesia, como pone claramente de relieve la correspondencia corintia. Sin embargo, como muestran también todas sus cartas y especialmente Efesios 4–6, el apóstol pedía repetidamente a los cristianos que reflejaran en sus vidas lo que Dios había hecho por ellos. Los cristianos han de vivir de manera distinta por cuanto han sido puestos aparte para Dios (cf. 5:26–27). El Nuevo Testamento no sabe nada de una salvación que no cambia vidas.

La Iglesia. La parte más sorprendente de este texto es sin duda su eclesiología. La «teología del cuerpo» de Pablo se utiliza frecuentemente para describir la diversidad de la Iglesia y la importancia de cada uno de sus miembros individuales.⁵² En Efesios y Colosenses Pablo desarrolla su pensamiento subrayando que Cristo es ahora la cabeza del Cuerpo. El apóstol se centra en la relación de los cristianos con Cristo como aquel de quien todo el cuerpo recibe su vigor y unidad (Ef 4:16).

En Efesios 5:30 esta teología del cuerpo encuentra su expresión culminante. Como miembros de su cuerpo, los cristianos son *parte de Cristo*: son uno con él, y el uno con el otro. Dos de las grandes verdades teológicas de esta carta son la de nuestra incorporación a Cristo y nuestra participación con él. Pablo espera que sus lectores vivan con una clara conciencia de ser parte de Cristo.

Antes hemos visto que esta teología significa que *los cristianos ya no pueden verse a sí mismos como meros individuos*.⁵³ Están vinculados a Cristo y son definidos por él. Con esto viene un sentido de valor y privilegio, y una conciencia de la presencia y poder de Cristo para la vida. La unidad con Cristo conlleva también un sentido de la misión y

participación en sus propósitos. Ser parte de Cristo no solo nos otorga privilegios, sino que demanda también crecimiento y servicio (cf. 4:16).

Las implicaciones éticas de esta teología son inmensas. La sumisión mutua es únicamente una conclusión lógica de la concepción que Pablo tiene de que los cristianos forman parte unos de otros. La unidad con Cristo es la base de *toda* la ética cristiana (cf. 1 Cor 6:15). ¿Qué clase de actividades son coherentes con ser parte de Cristo? El carácter de Cristo no es una cierta norma externa a la que los cristianos han de aspirar, sino la estructura de su ser. ¿Cómo pueden *no* poner en práctica su unidad con él? No hay ningún indicio de perfeccionismo en la afirmación, pero ser parte de Cristo es un privilegio transformador.

Tal razonamiento va mucho más allá de las habituales explicaciones del Evangelio. El primer paso para apropiarnos este texto será cambiar nuestras ideas acerca de la evangelización. Ninguna proclamación del Evangelio que no muestre a las personas la necesidad y posibilidad de unidad con Cristo y de formar parte de él es inadecuada. Un Evangelio tan limitado nunca ofrece suficiente motivación ética.

Este texto tiene un evidente valor para la comprensión de la relación matrimonial, sin embargo éste no es el tema central. El enfoque principal está en la relación entre Cristo y su Iglesia. Los temas clave son el amor de Cristo y la unidad de los cristianos con él. Esta relación con Cristo es la que dirige las demás relaciones personales entre cristianos, incluida la de marido y mujer.

Efesios 6:1–9

Hijos, obedezcan en el Señor a sus padres, porque esto es justo. 2 «Honra a tu padre y a tu madre —que es el primer mandamiento con promesa— 3 para que te vaya bien y disfrutes de una larga vida en la tierra.» 4 Y ustedes, padres, no hagan enojar a sus hijos, sino críenlos según la disciplina e instrucción del Señor. 5 Esclavos, obedezcan a sus amos terrenales con respeto y temor, y con integridad de corazón, como a Cristo. 6 No lo hagan solo cuando los estén mirando, como los que quieren ganarse el favor humano, sino como esclavos de Cristo, haciendo de todo corazón la voluntad de Dios. 7 Sirvan de buena gana, como quien sirve al Señor y no a los hombres, 8 sabiendo que el Señor recompensará a cada uno por el bien que haya hecho, sea esclavo o sea libre. 9 Y ustedes, amos, correspondan a esta actitud de sus esclavos, dejando de amenazarlos. Recuerden que tanto ellos como ustedes tienen un mismo Amo en el cielo, y que con él no hay favoritismos.

Sentido Original

Estos versículos siguen con el tratamiento de los códigos domésticos que se inició en 5:22. Es casi seguro que, para establecer el marco de estas secciones, Pablo echó mano de conocidas enseñanzas cristianas tempranas. Podría haber hablado de un buen número de relaciones personales o problemas, pero escogió estos temas por su importancia característica y porque a los cristianos —como a los judíos— se les veía como elementos subversivos en la sociedad y especialmente como una amenaza de las estructuras familiares.¹ Los cristianos tenían que mostrar que no suponían una amenaza para el orden y la decencia. La forma misma de los códigos domésticos cristianos tiene un carácter apologético orientado a desviar las calumnias y acusaciones de que era objeto la Iglesia.

Es comprensible que los cristianos se vieran como una amenaza para la estructura familiar. Como ya hemos visto, a las mujeres se les llamaba a sujetarse a sus maridos «para que no se hable mal de [blasfeme] la Palabra de Dios» (Tito 2:5).² En referencia con los esclavos se hace una afirmación similar: los esclavos debían considerar a sus amos como dignos de todo respeto, «así evitarán que se hable mal [blasfeme] del nombre de Dios y de nuestra enseñanza» (1 Tim 6:1). Este desprestigio podía surgir porque Pablo fomentaba unas valoraciones que no se basaban en el hecho de ser libre o esclavo (Gál 3:28), escribía acerca de la liberación de los esclavos por parte de Cristo (1 Cor 7:21–23), y hacía de ellos hermanos de sus propietarios (Filemón 15–16). De los esclavos, como de las esposas, se esperaba con frecuencia que adoptaran los dioses de la familia, lo cual habría creado más conflictos para los cristianos. Y con respecto a los hijos, varios de los dichos de Jesús situaban la lealtad a él en un plano superior a la que se debía a la familia.³

Pablo no adoptaba, sin más, las instrucciones de la sociedad para estos tres colectivos, sino que vinculaba sus instrucciones a motivaciones de carácter teológico, como siempre que trataba otras cuestiones éticas. Además, y a diferencia de lo que sucedía en los códigos domésticos no cristianos, él se dirigía directamente a los subordinados, no solo a sus privilegiados superiores. Eran participantes de pleno derecho de la comunidad y, sin duda, habían oído la lectura pública de la carta. Pablo ponía también restricciones a los maridos, padres y amos, y les instruía acerca de sus responsabilidades en vista del Evangelio. El apóstol asumía el marco de referencia cultural con respecto a la autoridad, para después someterlo a una reorganización motivada por el compromiso más elevado adquirido con Cristo.

En 6:1–9 Pablo aplica su ética descrita en 4:25–5:21 a las relaciones personales en el marco familiar. Observemos las siguientes conexiones:

«Justo» (6:1) y «propio» (5:3), «apropiado» (5:4; NVI, «fuera de lugar»), y

«justicia» (5:9)

«enojar» (*paraorgizo*, 6:4) y «enfadar» (*orgizo*, 4:26–27, 31)

«la voluntad de Dios» (6:6) y «la voluntad del Señor» (5:17)

«bien» (*agathos*, 6:8), y «útil» y «provechoso» (*agathos*, 4:28–29)

El tema del juicio venidero (6:8–9 y en 5:5–6)⁴

Obsérvense también los estrechos paralelismos con Colosenses 3:20–4:1.

«alimentar» respectivamente) y «temor» en 6:5 y 5:21, 33 (NVI, «reverencia» y «respeto»). Obsérvense los contrastes «no ... sino» que se consignan en 6:4, 6, similares a los de 5:15–18.

Estructura. La estructura de esta sección es sencilla.

6:1–3: Encargo a los hijos para que obedezcan a sus padres (6:1–3)

6:1a: *Motivación*: esto es justo (v. 1a)

6:2–3: *Verificación y más motivación* de la Escritura: honrar a los padres comporta prosperidad y larga vida

6:4: Encargo a los padres de que enseñen a los hijos

6:5a: Instrucciones a los esclavos de que obedezcan a sus amos terrenales

6:5b-7: Cuádruple descripción de su servicio, mediante una frase introducida por la partícula «como»⁵

6:5b: con respeto y temor, y con integridad de corazón ... *como* a Cristo

6:6a: no lo hagan sólo cuando los estén mirando *como* los que quieren ganarse el favor humano

6:6b: *como* esclavos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios

6:7: de todo corazón, *como* sirviendo al Señor ...

6:8: *Motivación*: el Señor juzgará a cada uno según sus obras

6:9: Encargo a los amos para tratarles del mismo modo a ellos

6:9b: *Motivación*: Comparten un Amo común en el cielo, que no tiene favoritos.

Instrucciones para hijos y padres (6:1–4)

A los hijos y los esclavos se les manda que obedezcan, lo cual representa un consciente cambio de vocabulario en relación con las instrucciones dadas a las esposas («sométanse»), y un reconocimiento de que los niños y los esclavos tenían un estatus menor incluso que el de las mujeres. Todas las relaciones personales de los códigos domésticos quedan redefinidas por la relación con Cristo.

La frase «obedezcan en el Señor a sus padres» no significa «obedezcan a sus padres cristianos»,⁶ sino más bien, que han de hacerlo como parte de su relación con el Señor. El significado es prácticamente un sinónimo de la expresión «como al Señor» consignada en 5:22 ó 6:6. El que la obediencia a los padres «es justa» significa esencialmente que lo es desde una perspectiva cristiana. Esta expresión tiene el mismo impacto que «eso no es propio » y «todo lo cual está fuera de lugar» que aparece en 5:3–4. Los pecados de naturaleza sexual que se describen son erróneos por cuanto son incompatibles con la vida en Cristo. En otras palabras, Pablo no argumenta nunca desde un punto de vista meramente ético, aunque sus conclusiones éticas puedan ser las mismas que las de su sociedad; lo hace con un enfoque teológico, desde un marco de referencia cristiano. El que los hijos tuvieran que obedecer a sus padres era un hecho establecido en su sociedad, sin embargo, para él se trataba de algo «justo» por su relación con Cristo.

El sentido de la palabra «hijos» podía incluir a personas adultas, puesto que en aquella sociedad los padres mantenían su autoridad familiar, más o menos, hasta los sesenta años o incluso hasta su muerte. No obstante, aunque se esperaba que los hijos adultos honraran a sus padres, el texto parece dirigirse especialmente a los hijos jóvenes, puesto que los tales están en edad de aprender y ser formados (cf. v. 4).

El mandamiento a los hijos de honrar a su padre y a su madre se cita en otros cinco pasajes del Nuevo Testamento.⁷ La NIV identifica la fuente de la cita como Deuteronomio 5:16, pero la redacción que consigna la LXX de Éxodo 20:12 (que es también un relato del Decálogo) es prácticamente la misma que la del texto de Deuteronomio (La NVI consigna una nota con estas dos referencias. N. del T.). Ninguna de ellas es exactamente como el texto de Efesios.⁸ El uso de este mandamiento y de otros textos del Antiguo Testamento como motivación a lo largo de la enseñanza ética de Efesios muestra que la ley no ha quedado desplazada.⁹ Puede que la enseñanza de Pablo acerca de la ley nos sea difícil de entender, sin embargo él no pensaba que la estuviera aboliendo.¹⁰

La promesa veterotestamentaria de una vida larga y bendecida tenía que ver con la vida en la Tierra Prometida de Israel, que Dios había otorgado a su pueblo. Para el pueblo pactado de Dios, honrar a los padres era un fundamento esencial (observemos las palabras de Levítico 19:3). Pablo omite, sin embargo, el enfoque sobre Israel a fin

de convertir esta declaración en algo más general y proverbial. La promesa de Dios se basa en la presunción de que la obediencia a los padres conduce al orden y la estabilidad. Esta promesa se aplica a la comunidad y no supone una garantía para el individuo.¹¹ Este pasaje no ha de espiritualizarse convirtiéndolo en una alusión a la vida futura.

La palabra griega que en el versículo 4 se traduce como «padres» puede significar indistintamente padres en sentido genérico o masculino, pero lo más probable es que Pablo esté dirigiéndose específicamente a los progenitores varones. Los padres tenían el control legal de los hijos y eran responsables de su instrucción desde los siete años aproximadamente. Normalmente, las niñas no recibían educación formal, pero se les enseñaban tareas domésticas. Leon Morris está probablemente en lo cierto al afirmar la importancia de que Pablo se sirviera del término genérico «hijos» en lugar de utilizar el masculino «niños».¹² A las niñas se las valoraba menos en la sociedad de su tiempo, sin embargo Pablo no aceptaba tales limitaciones.

En el mundo antiguo, los padres tenían un control absoluto sobre los hijos y en ocasiones eran muy severos con ellos; esta es la razón por la que Pablo incluye la advertencia de no provocarles a ira. El verbo que se traduce como «exasperar» (NVI, «hacer enojar») no es muy frecuente, y en el Nuevo Testamento aparece únicamente en Romanos 10:19. La forma sustantivada solo se consigna en la prohibición de la ira en Efesios 4:26.

La expresión «críenlos» no hace justicia a la noción de intensa atención que expresa el verbo, especialmente teniendo en cuenta que la anterior utilización de este verbo por parte de Pablo en 5:29 (NVI, «cuida») transmite la idea de «nutrir». La palabra «instrucción» traduce un término que connota a menudo «advertencia» o «amonestación», no obstante la combinación de «disciplina e instrucción» es probablemente un ejemplo de dos nombres que expresan un solo concepto, a saber, la enseñanza que los padres han de impartir. La expresión «del Señor» es ambigua. Probablemente significa que tal instrucción es emprendida bajo la dirección del Señor y es determinada por él.

Instrucciones a esclavos y amos (6:5–9)

Por regla general, la palabra griega que se traduce como «amos» (kyrios), en el Nuevo Testamento se traduce como «Señor», en referencia con Cristo (como en el v. 4) o a Dios. Esta es la razón por la que se hace necesaria la calificación de «terrenales»¹³ que encontramos en el versículo 5; También es importante en el versículo 9, donde hay un juego de palabras entre «amos» y «un mismo Amo».

Por un lado, las instrucciones que se dan a los esclavos inhibe cualquier sugerencia de que esta nueva fe altere el orden cultural; por otra parte, *estos versículos siguen siendo extraordinariamente subversivos*. Los propietarios de esclavos podían estar contentos por el servicio que les era prestado, sin embargo habían perdido control, puesto que la lealtad de los esclavos tenía ahora un objeto más elevado que sus propietarios. Los esclavos habían dejado de pertenecer a sus propietarios, éstos no eran ya los verdaderos receptores de su servicio, no hacían solo su voluntad, no se esforzaban en agradarles, y no eran distintos de ellos. Ahora eran esclavos de Cristo, era a él a quien servían, y hacían la voluntad de Dios, y sus propietarios humanos tenían que darles el mismo trato que ellos recibían de su parte. La idea de que en su relación con otras personas estaban realmente relacionándose con Cristo recuerda las palabras de Mateo 25:40: «Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí».

Esta sección pide específicamente a los esclavos (y a los amos) lo que en 5:10, 17, 21 se demandaba a todos: agradar al Señor, hacer su voluntad, y someterse unos a otros. Aplicar la sumisión mutua a la relación entre los esclavos y sus propietarios representaba una sorprendente redefinición de la esclavitud. ¡En 1 Corintios 7:21–23 Pablo llega a decir a los esclavos que su esclavitud carecía de relevancia, que eran libertos de Cristo, que tanto libres como esclavos eran todos siervos de Cristo y que, por tanto, no tenían que hacerse esclavos de los humanos! La facilidad con la que Pablo desgranaba estos argumentos se basaba en su convicción de que los esclavos, sus propietarios, y él mismo eran todos esclavos de Cristo. El apóstol se refería frecuentemente a sí mismo como esclavo de Cristo, lo cual no debería sorprendernos por cuanto el propio Cristo asumió la forma de un esclavo.¹⁴ El trasfondo de esta teología está ya en el Antiguo Testamento (ver especialmente Lev 25:55).

En el versículo 5 nos encontramos de nuevo con la dificultad de entender la palabra «temor» en el mundo antiguo,¹⁵ sin embargo, ahora a esta palabra se le añade «temblor» (NVI, «respeto y temor»). La combinación de estas dos palabras sigue un patrón tradicional y debe considerarse una intensificación.¹⁶ Algunos proponen que tal respeto y temor se dirigen a Dios y no a los amos, pero es una explicación poco verosímil. Pablo utilizó esta misma combinación en 1 Corintios 2:3 para describir su actitud durante su visita a Corinto y en 2 Corintios 7:15 para referirse a la recepción de Tito por parte de aquella iglesia (ver también Filipenses 2:12). Con esta

combinación de palabras Pablo no quiere denotar un temblor físico, sino una actitud de deferencia en una relación personal (cf. también 1 Pedro 2:18).

A los esclavos se les pide que sirvan «con sinceridad de corazón» tanto en el versículo 5 como en el 6.¹⁷ La expresión «solo cuando los estén mirando» (v. 6) traduce una palabra compuesta que significa «sirviendo al ojo». El esclavo no ha de interpretar un papel ante un público humano. De hecho, los versículos 6–7 comentan el versículo 5, y cada uno de ellos repite la idea de que los esclavos sirven a Cristo, no a otras personas. Los esclavos tenían fama de perezosos y mentirosos. Ninguna de tales posibilidades era una opción para los esclavos cristianos.

La principal motivación para esta ética es el juicio final (cf. 5:5–6). Aquí, Pablo pone implícitamente de relieve que el criterio para este juicio son las obras, lo cual es la sistemática expectativa de toda la Biblia (cf. esp. Rom 2:6–11, aunque esta sección desarrolla la igualdad del juicio para judíos y gentiles, no para esclavos y libres). Otros textos del Nuevo Testamento rechazan también valoraciones basadas en el hecho de ser esclavo o libre.¹⁸

El que a los amos se les pida que traten a sus esclavos «del mismo modo» (NVI, «correspondan a esta actitud de sus esclavos») es un tanto enigmático, pero en cualquier caso sorprendente. Para los amos, seguir este encargo significaba tratar a sus esclavos con respeto y temor y con sinceridad de corazón como a Cristo. ¡Estas palabras deberían haber bastado para abolir la esclavitud entre los cristianos! También los amos tenían que renunciar a interpretar un papel ante un público humano y hacer la voluntad de Dios como esclavos de Cristo. Además, del mismo modo que los esclavos tenían que abandonar la pereza en su trabajo, los amos tenían que dejar de amenazarles, una conducta que no encajaba ni en su servicio a Cristo, ni en la vida de humildad y mansedumbre que se demanda en 4:2–3. Esta ética va más allá de la regla de oro, es decir, más allá de tratar a los demás como queremos ser tratados; nos instruye a tratarles como trataríamos a nuestro Señor.

Existe un paralelismo estructural entre el conocimiento que los esclavos tienen acerca del juicio (v. 8) y el que tienen los propietarios de un común Señor en el cielo, que no muestra favoritismos. Delante de Cristo se desvanece cualquier pensamiento de privilegio.

Construyendo Puentes

Aplicar a nuestra era esta sección acerca de los esclavos es más difícil que hacerlo con el pasaje que trata de los hijos. La esclavitud es algo completamente ajeno a nosotros, mientras que la relación entre padres e hijos es esencialmente la misma, aun si las actitudes son radicalmente distintas. No obstante, no deberíamos pasar por alto lo peculiar de agrupar a las esposas, hijos y esclavos. Únicamente considerando la estructura patriarcal del mundo antiguo, y las razones por las que estos temas tenían que tratarse, entenderemos lo suficiente para aplicar este texto.

Hijos y padres (6:1–4). Tanto en el mundo judío como en el greco-romano, honrar a los padres se consideraba algo de supremo valor, solo superado por la devoción a Dios. De hecho, algunos autores llegaron a afirmar que los padres eran como dioses para sus hijos.¹⁹ Dar a los padres la honra debida a su posición era una especie de punto de partida ético, una expectativa generalizada y que los autores del Nuevo Testamento compartían plenamente.²⁰

En el mundo greco-romano los padres ostentaban un poder casi ilimitado. Eran ellos quienes determinaban si sus hijos tenían o no derecho a vivir, y en particular muchas niñas recién nacidas eran abandonadas. Los padres tenían la facultad de vender a sus hijos como esclavos; y ciertamente lo hacían, especialmente a las chicas. Podían castigarles y hacerles trabajar a su antojo, o hasta ejecutarlos. La opinión pública ayudaba a restringir los desmanes, y eran comunes las familias donde reinaba el amor, sin embargo los anales de la época dejan constancia de grandes abusos. Las palabras de Eclesiástico 30:1–13 son representativas de las actitudes corrientes en el mundo antiguo: un padre que ama a su hijo le azotará y golpeará a menudo durante su infancia (vv. 1, 12). Los padres no han de consentir a sus hijos, jugar con ellos, o participar de sus risas (vv. 7–10).²¹

En muchos sectores de esta sociedad ancestral las personas no deseaban casarse ni tener hijos, tanto por razones económicas como por las molestias que ello suponía. Hacia finales del Siglo Primero aC., la situación era tan mala que el emperador Augusto promulgó leyes contra el adulterio y el gasto excesivo y otras que fomentaban el matrimonio y los hijos con incentivos monetarios.²² Las mujeres que podían permitírselo, a menudo contrataban nodrizas para alimentar a sus bebés, y a medida que sus hijos crecían, algún esclavo o maestro contratado las ayudaba a cuidarlos.

Es posible que nuestra sociedad sea menos severa en sus afirmaciones, sin embargo las actitudes y diversidad del mundo antiguo se ven extrañamente reflejadas en la nuestra. Las molestias y coste del matrimonio y los hijos hacen que muchas personas rechacen ambas cosas. Los padres no tienen hoy la libertad de acción que tenían en el mundo antiguo, sin embargo en muchos hogares los niños se ven sujetos a constantes abusos: ira, violencia y abusos sexuales. Los ciclos de violencia se perpetúan; en los

hogares hostiles crecen niños hostiles. Nuestros problemas dentro de la familia son incluso mayores que en el mundo antiguo, puesto que en nuestros días existe muy poca presión para que los niños honren a sus padres. Se espera y hasta se fomenta que los adolescentes sean irrespetuosos y rebeldes.

Pero este texto instruye a los niños a obedecer y honrar a sus padres. Lo que esto significa en la práctica dependerá de la edad del niño y de la integridad de los padres. La obediencia implicará cosas distintas para un niño de cinco años que para un joven de veinte, aunque el honor representará en gran medida lo mismo. Es un hecho que, especialmente en nuestra cultura a los jóvenes adultos se les concede una gran libertad, sin embargo esta libertad no está reñida con la honra debida a los padres que sigue plenamente vigente.

Este texto asume un ideal, ¿pero qué sucede si la realidad es mucho peor? Cuánto menor sea la integridad de un progenitor, más difícil será honrarle. En ocasiones este honor puede quedar reducido a un respeto hacia el «oficio» más que hacia la persona. La expresión de este honor nunca ha de requerir la distorsión de la verdad. En esto, como en todo lo demás, la directriz es hablar la verdad en amor. En aquellas cosas en que la voluntad de los padres contraviene la voluntad de Dios, de nuevo la actitud de la Iglesia Primitiva es el buen camino: «hemos de obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5:29). Cualquier aplicación de esta sección ha de tener en cuenta que estos mandamientos son una aplicación de la ética más extensa de Efesios a una esfera específica. El marco de referencia para aplicar estas instrucciones es toda la carta.

Como en todas las relaciones personales, la ira queda descartada y se impone el cuidado. Es la teología del cuerpo aplicada a la vida hogareña. Se subraya una preocupación por la ira dirigida a los niños por sus destructivos efectos en la familia. Por otra parte, muy a menudo los niños son objeto de la hostilidad o amenazas de los padres por su potencial para llegar más lejos que ellos. En estos casos, los celos y el desdén hacen que los niños sean menospreciados y bloqueados, sin embargo, al hacer esto, los padres se destruyen a sí mismos. Una vez más se trata de cómo se utiliza el poder. ¿Será un instrumento positivo para realzar o se le dará un uso negativo para destruir?

Como en secciones anteriores, este texto pone de relieve la importancia de la enseñanza. Los cristianos han de ser cuidadores, y especialmente en sus hogares. Pero el acento que se da a la enseñanza no puede limitarse a la familia. También la Iglesia tiene una responsabilidad de enseñar e instruir a los niños. Este texto concede un valor a los niños que no ha de tomarse a la ligera. No pueden ser ignorados o meramente tolerados, sino cuidados e instruidos acerca de la vida en Cristo. Si la mayordomía consiste en una adecuada gestión de los bienes, la mayordomía cristiana ha de enfocarse, en primer lugar, en el cuidado de los niños. Ni la Iglesia ni la familia tienen capital más valioso que sus niños.²³

Esclavos y amos (6:5–9). No es solo que la esclavitud nos sea algo completamente ajeno, sino que nuestra concepción de ella está principalmente determinada por los parámetros de la que se vivió en los Estados Unidos en el Siglo XIX. Esto aumenta nuestras dificultades para entender por qué la Iglesia Primitiva no hizo un llamamiento a rechazar completamente la esclavitud.

En el mundo greco-romano la esclavitud formaba hasta tal punto parte de la vida que prácticamente nadie se planteó que ésta pudiera ser ilícita. Únicamente los terapeutas, una secta judía de Egipto, y puede que los esenios, rechazaban la esclavitud por principio. Se la consideraba una necesidad económica y práctica, una parte obvia de la vida como pudieran serlo las aves y los árboles. Los eruditos se resisten a aventurar cifras del posible número de esclavos, pero se sabe que una tercera parte de la población de Grecia y de Roma eran esclavos. Al dirigirse a este sector, Pablo estaba aludiendo a un enorme número de personas. A la esclavitud se llegaba a través de varias vías: nacimiento, venta o abandono de los padres, cautividad en la guerra, deudas impagadas, e intentos voluntarios de mejorar la propia condición. La raza no era un factor importante.

Sin duda, para muchos esclavos la vida era difícil y cruel, pero sus circunstancias concretas dependían del talante de sus propietarios. Los esclavos no realizaban únicamente funciones de lacayo; sino que se desempeñaban en casi todos los trabajos, incluida la supervisión de otros trabajadores y la administración, así como en una gran cantidad de profesiones. Muchos tenían más formación académica que sus amos. Estos podían tener propiedades, incluso otros esclavos, y se les permitía ahorrar dinero para comprar su libertad. Los esclavos no formaban una clase social específica puesto que estaban presentes en todas ellas, a excepción de los estratos socioeconómicos más elevados reservados para la élite. A los treinta años muchos conseguían la libertad, especialmente en las zonas urbanas. No obstante, aun después de ganar su libertad, seguían bajo la obligación de ayudar a sus antiguos propietarios en tiempos de necesidad.

Las leyes intentaban evitar los excesos en el trato de los esclavos, pero en líneas generales, los propietarios tenían total libertad para tratarles a su antojo. A algunos se les amaba y trataba como a miembros de la familia, pero no tenían derechos. Otros eran tratados con crueldad, hasta el punto de que los propietarios tenían la libertad de torturar, crucificar o darles muerte. La principal limitación para los abusos físicos era la pérdida de valor que éste/a podía sufrir. Las amenazas y la violencia se asumían como algo necesario para controlar a los esclavos. En el contexto judío la situación de este colectivo era hasta cierto punto mejor, y el Antiguo Testamento prohibía a los judíos tener a alguno de sus compatriotas en permanente esclavitud.²⁴ En el mundo greco-romano los esclavos estaban a menudo deshumanizados. Aristóteles, por ejemplo, afirmaba que el hombre libre gobierna al esclavo porque éste no tiene facultad deliberativa y es una mera herramienta viva. Consideraba fuera de lugar

hablar de justicia en relación con los esclavos.²⁵

Efesios 6:5–9 describe una situación ideal. ¿Qué les habría dicho Pablo a los esclavos que sufrían abusos sexuales o a quienes se les pedía que delinquiesen, posiblemente contra su voluntad?²⁶ En 1 Pedro 2:18–25 se nos permite atisbar por un momento estas dificultades; Pedro instruye a los esclavos a que se sometan a sus amos, aún a los severos, y a mantener sus convicciones incluso cuando éstos padecían injustamente. A estos cristianos se les llamaba a adoptar su identidad de Cristo, sin importar las circunstancias. La rebelión estaba fuera de cualquier consideración, sin embargo sus vidas tenían que ser una serena protesta y un testimonio de un llamamiento más elevado.

Si la Iglesia Primitiva hubiera defendido la rebelión, ello habría significado la muerte del movimiento cristiano. Su prioridad no era la esclavitud u otras cuestiones sociales de este tipo, sino el Evangelio y su descripción de la vida.²⁷ La Iglesia no aplicaba las implicaciones sociológicas del Evangelio excepto en aquellos casos en que tales implicaciones se vinculaban con la recepción del mensaje, y con las relaciones personales dentro de las comunidades locales. Sin embargo, al presentar la vida en Cristo, estaban poniendo en marcha un proceso que, con el tiempo, acabaría destruyendo la esclavitud. Lo triste es que fuera necesario tantísimo tiempo para que tal resultado se llevara a cabo, y los intentos de algunos cristianos de defender la legitimidad de la esclavitud en el siglo XIX son realmente perturbadores.²⁸

Esto nos obliga a cuestionarnos si no estaremos aceptando con demasiada facilidad la necesidad de las estructuras de nuestra sociedad. Los seres humanos siguen siendo deshumanizados y tiranizados por personas de su entorno y por ciertos empresarios. Aunque no son esclavos, están esclavizados por nuestro sistema socioeconómico. Somos proclives a encogernos de hombros y a decir, «así son las cosas». Igual que Pablo, hemos de encontrar maneras de decir, «el esclavo es tu hermano», de modo que el sistema sea derrocado por el modo en que se valora y cuida a las personas. Las iglesias tendrían que marcar la pauta en estas cosas.

Pero la actitud de las personas que se encuentran en tales situaciones también ha de cambiar. Muchas personas quedan atrapadas en el sistema o tienen un trabajo que está por debajo de sus capacidades, sin embargo necesitan el trabajo que tienen. Tales personas tienden a desarrollar actitudes de resentimiento y falta de cooperación, o a ser pasivas, esperando que una fuerza externa remedie la situación. Lo que Pablo les dice a los esclavos es directamente relevante. Nuestro trabajo y nuestro papel en la cultura no determina quiénes somos. Vivimos en, para, y por Cristo en todo lo que hacemos. Además, nuestro valor e identidad no se derivan de nuestras circunstancias, sino de Cristo. Al dirigir todas nuestra acciones a Cristo, toda la vida —aun sus aspectos más mundanos— se eleva a una dimensión de significado y servicio para Dios.

Es evidente que hay que trasladar el mensaje de este texto desde la antigua esclavitud a las modernas relaciones entre empresarios y trabajadores, sin embargo nos lleva incluso mucho más lejos. Su teología afecta a nuestra verdadera identidad y motivaciones, a quién procuramos agradar, y al modo en que utilizamos el poder. Se redefine cada aspecto de la vida. Ninguna acción o relación se ve de manera aislada, y nada se trata solo de manera superficial. Todo lo que hacemos comporta un encuentro directo con Jesucristo. *Él es el origen y receptor de cada acto.* Si esto es cierto, no hay acción que sea mundana ni persona que carezca de importancia. El poder ha de ser utilizado para él, no en su contra. Y todos nosotros estamos en las mismas condiciones, ante un mismo Señor que se preocupa profundamente por el modo en que nos tratamos el uno al otro, y ante el cual tendremos que dar cuenta.

Significado Contemporáneo

La forma misma de este texto es una acusación contra las iglesias de nuestro tiempo. Como muestran los pasajes de este tipo, las primeras congregaciones cristianas estaban formadas por una muestra representativa de la sociedad, pero se rechazaban las valoraciones habituales de ésta. La mayoría de nuestras comunidades locales conserva las valoraciones de la sociedad de modo que en ellas no converge ninguna muestra representativa. Tenemos iglesias para distintos grupos socioeconómicos; no atraemos a las personas a un lugar común, donde se ponen a un lado jerarquías y valoraciones, y todos se saben situados en un mismo plano ante Dios. Siempre que una iglesia sea un «grupo de nuestra clase», deja de cumplir su misión. La aplicación del texto requiere la creación de un lugar en el que la Gracia sea evidente y todas las personas se reúnan como iguales.

Padres e hijos (6:1–4). El texto se dirige primeramente a los hijos porque este es el tema de los códigos domésticos tradicionales. Lo ideal sería que las primeras palabras fueran para los padres, puesto que éstos cuidan a sus hijos mucho antes de que estén en condiciones de obedecer. Este pasaje es un intento de llevar a casa la ética de 4:1–5:21. La humildad, el amor tolerante, y la sumisión mutua son en primer lugar cosas que la familia ha de reflejar.

Lamentablemente, hay demasiadas personas —y los cristianos no son una excepción—, que tienen una vida pública y otra privada. En público aparecen como buenas personas, cálidas y asequibles, pero en casa son verdaderos demonios. Nuestra peor versión de nosotros mismos se expresa con quienes están más cerca de nosotros. Los cristianos debemos tener una sola vida, o de lo contrario no estaremos viviendo en la verdad. Hemos de vivir, de manera incansable, la humildad, el amor tolerante, y la sumisión mutua propias del Evangelio, tanto en privado como en público. Lo que está en cuestión es nuestro testimonio más importante, a saber, el que damos dentro de nuestras familias.

La vida es dolorosa cuando los hijos dan la espalda a la fe cristiana de sus padres, pero es trágico cuando lo que les ha llevado a hacerlo ha sido la conducta indebida y la hipocresía de sus progenitores. La integridad de la fe comienza en la familia.

Padres. Ser padre es una tarea difícil, pero si Dios otorga a una persona este privilegio, no hay nada en la vida que sea más importante. Aunque el versículo 4 es muy breve, las instrucciones que consigna cubren mucho terreno: cuidar y no exasperar [o indignar]. Las consecuencias prácticas de este encargo incluyen:

- (1) crear un contexto de Gracia, amor, apoyo, respeto, y ánimo
- (2) hablar siempre la verdad en amor
- (3) atender las necesidades materiales y emocionales de los hijos

- (4) enseñar, iluminar, advertir, enseñar responsabilidad, y disciplinar, todo ello como parte de una vida vivida para Cristo; darles una teología
- (5) darles experiencias, especialmente en el ámbito del trabajo y la preocupación por otras personas
- (6) negarnos a denigrarles, degradarles, o hacerles daño (el lenguaje gritón y furioso no tiene sentido)
- (7) rechazar los celos y el desprecio
- (8) concederles libertad dentro de unos límites legítimos
- (9) evitar presiones o expectativas malsanas
- (10) negarnos a vivir a través de nuestros hijos

Todo esto requiere tiempo, capacidades de comunicación, y disciplina. Cuidar a nuestros hijos no es nunca una idea de último momento. En nuestra sociedad es frecuente que los dos padres trabajen fuera de casa, y los niños sufren. Los padres cristianos han de pensar a fondo en este asunto y en cómo pueden disponer sus horarios para que sus hijos reciban atención. Puesto que los niños están cambiando constantemente y cada niño es distinto se requieren capacidades de comunicación. Si no prestamos atención, no solo a lo que se dice, sino a cómo se entiende, la relación no florecerá.

Como sugieren las directrices, los padres han de disciplinarse en primer lugar a sí mismos.²⁹ Han de tener una buena salud mental, puesto que las vidas de sus hijos dependen de ello. Nunca es demasiado tarde para poner en práctica estas directrices, pero deberían iniciarse durante la infancia del niño. Por lo general, las enfermedades mentales son producidas por una ausencia del amor que requieren los hijos, o por algún defecto en el que han recibido.³⁰ El sentimiento de valor esencial para una buena salud mental se adquiere en la infancia y es difícil encontrarlo en la vida posterior.³¹

Los años de la adolescencia no tienen por qué ser tiempos de rebeldía y falta de respeto. De hecho, pueden ser algunos de los años más agradables, puesto que los adolescentes son ya capaces de conversar y participar en toda una serie de actividades inapropiadas para niños más pequeños. Los padres han de afirmar repetidamente que están del lado de sus hijos; deben estar *a favor de* sus hijos. No son el enemigo. Nadie es perfecto, sin embargo las familias pueden trabajar juntas para ayudarse el uno al otro.

Un giro erróneo. No obstante, centrarnos en nuestros hijos, puede llegar a ser una forma de idolatría o de consentirlos de manera indebida. Ambas cosas llevan a la angustia. Como todo lo demás, ser padre o madre es algo comprendido bajo la vida en

Cristo. Los hijos no son la meta, sino el desarrollo de un contexto en el que vivir prácticamente nuestra vida en Cristo. La familia es principal lugar para el discipulado.

Hijos. De hecho, a los hijos se les pide que respondan a lo que sus padres les dan: respeto y amor dentro del marco de su compromiso con Cristo. Por medio de la obediencia prestan atención a los padres, les expresan su gratitud, e intentan ayudar. Esta sigue siendo la respuesta adecuada para los niños cristianos.

La obediencia nunca ha de ser ciega. La situación ideal que expresa el texto asume que la petición de los padres es legítima, sin embargo en ocasiones los padres son insensibles o insensatos en sus demandas. Los hijos también han de aprender a expresar la verdad en amor, y su obediencia a los padres no puede significar desobediencia a Cristo. Las circunstancias más difíciles para los hijos cristianos es la relación con padres contrarios al cristianismo o desequilibrados emocionalmente. Las familias no solo son un lugar esencial para el discipulado; en ocasiones pueden ser una de las mayores pruebas de nuestra vida. Sin embargo, aun en casos extremos los hijos han de seguir amando y respetando a sus padres.

Esto no se aplica únicamente a los niños pequeños y adolescentes. En el mundo antiguo, las obligaciones para con los padres se extendían hasta su muerte. Nosotros no expresaremos nuestro compromiso del mismo modo que ellos, pero los hijos adultos han de seguir honrando a sus padres. Honrar requiere cuidado y atención. Aun aquellos hijos que se han independizado completamente pueden y deben aprender de sus padres —y enseñarles— a lo largo de toda la vida. Hay que reconocer que, en ocasiones, algunos pecados del pasado o conducta presente hacen que las relaciones personales sean intolerables, sin embargo, para bien o para mal, nuestra psique está intensamente vinculada a nuestros padres. Rara vez nos sentiremos realizados sin tener una buena relación con ellos. Por supuesto que en ocasiones las circunstancias son tan negativas que la comunicación directa es nociva, sin embargo hemos de encontrar formas de dirigirnos el uno al otro, honrar a nuestros padres ante Dios, practicar el perdón, y expresar la verdad en amor. La venganza y el castigo no pueden ser las metas, puesto que son incompatibles con la Cruz de Cristo.

En nuestros días, la necesidad más apremiante por lo que respecta a honrar a los padres es posiblemente la de cuidarles durante su vejez. No lo estamos haciendo bien, y no existen respuestas fáciles. La ayuda institucional es en ocasiones necesaria, sin embargo muchas instituciones para ancianos dejan mucho que desear. Si el honor comporta cuidado y atención, no podemos marginar a los miembros ancianos de la familia apartándolos de nuestra vista y olvidarnos de ellos.

Esclavos y amos (6:5–9). La aplicación de la enseñanza relativa a los esclavos y los amos es obviamente relevante para las relaciones laborales, sin embargo, implica de hecho toda relación y acto. Ninguna relación es un mero fin en sí misma, sino un

contexto para relacionarnos con Cristo, y ninguna tarea es simple trabajo sino una situación para, en ella, servir a Cristo.

Relaciones personales. La primera aplicación de este texto tiene que ver con el modo en que nos entendemos a nosotros mismos y a los demás. La sociedad envía señales que declaran nuestro valor relativo, y nos dicen dónde encajamos dentro de la jerarquía, sin embargo este texto nos ofrece un sistema distinto para valorar las cosas. La jerarquía no existe. Todos tenemos roles y tareas, sin embargo tales cosas no hacen a las personas más o menos valiosas.

Todos tenemos el mismo Señor y hemos de hacer frente al mismo juicio. Tanto la arrogancia como los sentimientos de inferioridad están fuera de lugar, como también lo está el favoritismo. Si Dios no muestra favoritismo, tampoco nosotros deberíamos hacerlo. Generalmente mostramos favoritismo a los ricos y poderosos, pero poco respeto a los pobres y débiles.³² Ambas cosas son pecado.

Nos es muy fácil degradar a personas que consideramos situadas «en un lugar bajo de la jerarquía». En nuestro caso no tenemos esclavos, pero sí «personal de servicio» y personas que «no cuentan». Es fácil deshumanizar a tales personas y tratarlas con despotismo. Son personas de «usar y tirar» a quienes hablamos mal cuando nos sentimos insatisfechos. Les vemos como números sin rostro cuando llega el momento de reducir el personal. Con nuestra falta de atención, lenguaje corporal, o actitudes les estamos diciendo, «realmente no nos importas». No obstante tales personas son tan importantes como pueda serlo cualquier «estrella de cine» o peso pesado de la política, y nuestro testimonio cristiano depende de cómo les tratemos. Hemos de relacionarnos con ellos como si estuviéramos tratando con Cristo.

La aplicación de este texto eleva también a las personas por encima de situaciones deshumanizadoras y les da control. Puede que otros intenten deshumanizarles, pero su llamamiento es elevado: sirven a Cristo. Su trabajo no lo hacen en respuesta a alguna figura de autoridad, sino porque desean hacer la voluntad de Dios. Puesto que sirven a Cristo el Señor, ningún ser humano les controla.

Nuestra conducta tiene trascendencia. La aplicación más importante de este texto es la percepción de que somos *esclavos* de Cristo. El lenguaje de este pasaje no debería suavizarse. Pertenecemos a él y le servimos. Si nos tomamos en serio el hecho de que él es el origen y receptor de todos nuestros actos,³³ cada uno de ellos adquiere entonces un nuevo sentido y el modo en que tratamos a las personas cambia. Haremos las cosas con esmero, no solo para salir del paso. Más que objetos que utilizamos o ignoramos las personas serán seres a quienes cuidamos. Con esta conciencia seremos un reflejo de la actividad creativa de Dios. Esto requiere un cambio fundamental en el modo en que manejamos nuestra vida.

Por ejemplo, el obrero de una compañía aérea podría trabajar lo mínimo para salir

del paso, descuidando cuestiones de seguridad o mantenimiento. Pero sin lugar a dudas, esta actitud no encajaría con Cristo. Su trabajo no es un mero empleo, sino una ocasión para expresar integridad y obediencia. Saber que sirve a Cristo, ha de estimularle a hacer que el avión sea lo más seguro y eficiente posible.

Para un maestro sería relativamente fácil actuar de manera rutinaria, presentar el material, hacer sus exámenes, y marcharse a su casa. Todo el mundo estaría de acuerdo en que, haciendo esto, el maestro había cumplido con las demandas de su contrato, sin embargo, ello no sería suficiente. Si tal maestro enseña como para Cristo, la docencia deja de ser un trabajo, y se convierte en el cuidado y cultivo de las almas. Es excelencia de pensamiento unida al valor de la persona.

Una camarera podría limitarse a repartir menús, tomar nota de los pedidos, servir la comida, y recoger las mesas. Quizás bastaría con esto, sin embargo si lleva a cabo su trabajo como para Cristo, esta persona tendrá conciencia de su propio valor y del de las personas a quienes sirve.

Un hombre vende periódicos en la calle. Puede limitarse a entregar los diarios y cobrarlos, y nadie le pedirá nada más. No obstante, si sabe que sirve a Cristo, se preocupará por las personas y las valorará aunque ellas no lo hagan con él. Lo que hace es importante, quizá no insustituible, pero sí importante.

Pero este texto no es únicamente para que los de humilde condición se mantengan contentos y trabajando. Quienes le compran el periódico al señor que hemos mencionado antes, han de relacionarse con él como con Cristo. No hay personas a quienes podamos considerar sin importancia. Incluso aquellos que parecen irrelevantes son importantes, y hemos de tratarles como lo haríamos con Cristo.

Lo que hacemos y cómo lo hacemos es importante porque todas nuestras acciones las llevamos a cabo en, para, y por el Señor. Es necesario que reflejemos su amor y verdad. Los cristianos hemos de tratar a las personas y llevar a cabo las tareas con cuidado, porque esto es lo que requiere el Señor.

¿Para que audiencia actuamos? La mayoría de las personas se pasan la vida queriendo ganarse el respeto y la admiración de una audiencia muy imprecisa. Sin embargo, a medida que los intereses se definen con mayor precisión, también el perfil de la audiencia se hace más concreto. Decidimos a qué sector queremos impresionar. Actuamos en respuesta directa a la audiencia que creemos nos está viendo. Cuanto más nos interesa nuestra audiencia, más dinámicos somos. Trabajamos con diligencia si el jefe nos está viendo. Nos vestimos cuidadosamente si sabemos que nos verán ciertas personas. En ciertos ambientes tenemos mucho cuidado de lo que decimos. Pero si la audiencia no está presente, tampoco lo está nuestro esfuerzo. Esta es la razón por la que despreciamos a algunas personas pero exageramos para impresionar a otras. Con las primeras no nos importa la audiencia; con las segundas sí.

A los cristianos se les pide que recuerden solo una audiencia, aquella que está siempre presente y ante la que somos responsables: Dios. No hemos de actuar ante un público secundario, ni esforzarnos por impresionar a otro electorado, sino honrar a Dios viviendo en verdad y amor.

Efesios 6:10–20

Por último, fortalézcanse con el gran poder del Señor. 11 Pónganse toda la armadura de Dios para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo. 12 Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales. 13 Por lo tanto, pónganse toda la armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo puedan resistir hasta el fin con firmeza. 14 Manténganse firmes, ceñidos con el cinturón de la verdad, protegidos por la coraza de justicia, 15 y calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz. 16 Además de todo esto, tomen el escudo de la fe, con el cual pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno. 17 Tomen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. 18 Oren en el Espíritu en todo momento, con peticiones y ruegos. Manténganse alerta y perseveren en oración por todos los santos. 19 Oren también por mí para que, cuando hable, Dios me dé las palabras para dar a conocer con valor el misterio del evangelio, 20 por el cual soy embajador en cadenas. Oren para que lo proclame valerosamente, como debo hacerlo.

Sentido Original

A lo largo de la carta Pablo ha descrito los privilegios y maravillas de la vida en Cristo, e implorado a sus lectores que vivan de un modo acorde con tal posición. A partir de 4:17 el apóstol ha venido instando a sus lectores a que estén firmes contra el estilo de vida pagano que les rodea. Algunos pecados ni siquiera han de nombrarse entre ellos, y han de apartarse de la oscuridad y reprobarla. Sus hogares han de reflejar el carácter abnegado y unificador del Evangelio. Todo ello requiere un esfuerzo decidido, ya que la oscuridad sigue estando muy presente.

Ahora, en la última sección del cuerpo de la carta, Pablo plantea un resumen y un desafío efectivos. Los lectores han de estar preparados, como para una batalla, puesto que una vida correcta no se consigue automáticamente y la oposición está asegurada. A excepción de la exposición acerca de la oscuridad consignada en 5:8–14, Efesios ha presentado una situación ideal. El matrimonio, por ejemplo, se ha descrito en términos ideales de maridos y mujeres creyentes y afectuosos. Los esclavos y los amos eran igualmente creyentes que se relacionaban en integridad y sumisión mutua. Ahora se abandona la exposición de lo ideal. Pablo reconoce la realidad del mal como una fuerza activa y pretende motivar a sus lectores a hacer real —aun en medio del mal— todo lo que la carta ha venido diciendo con respecto a su identidad en Cristo.

Los enamorados de la crítica retórica del Nuevo Testamento identifican esta sección como la *peroratio*, la última sección de los discursos que pretende recapitular y llamar a los receptores a la acción.¹ Es cuestionable que los documentos del Nuevo Testamento encajen en las descripciones de la crítica retórica, sin embargo el propósito de las *peroratio* es exactamente el que persigue Pablo en esta última sección, a saber ampliar y reforzar, recapitular y llamar a la acción. Por supuesto, cualquier buen discurso o escrito se esfuerza por concluir con un argumento final que motive a sus receptores.²

Es importante subrayar el grado en que se mencionan ciertos asuntos ya tratados en la carta. Observemos los siguientes puntos coincidentes:

«poder» en 6:10–11 y en 1:19–20; 3:7, 16, 20

«Pónganse» en 6:11, 14 (NVI, «protegidos con») y en 4:24

«las artimañas del diablo» en 6:11 y «artimañas engañosas» en 4:14; «ni den cabida al diablo». en 4:27 (cf. 2:2)

«fuerzas espirituales malignas» en 6:12 y en 1:21; 3:10

«oscuridad» en 6:12 y en 5:8, 11

«las regiones celestiales» en 6:12 y en 1:3, 20; 2:6; 3:10

«el día malo» en 6:13 y «los días son malos» en 5:16
«verdad» en 6:14 y en 1:13; 4:15, 21, 24, 25; 5:9
«justicia» en 6:14 y en 4:24; 5:9
«el Evangelio» en 6:15 y en 1:13; 3:6
«paz» en 6:15 y en 1:2; 2:14–17; 4:3
«fe» en 6:16 y en 1:15; 2:8; 3:12, 17; 4:5, 13 (cf. 1:13, 19)
«salvación» en 6:17 y en 1:13 (cf. 5:23)
«el Espíritu» en 6:17–18 y en 1:13–14, 17; 2:18, 22; 3:5, 16; 4:3–4, 30; 5:18
«la palabra» en 6:17 y en 5:26 (cf. 1:13 [con *logos* en lugar de *rhema*])
«oración» en 6:18–20 y en 1:15–19; 3:14–20
«santos» en 6:18 y en 1:1, 15, 18; 2:19; 3:8, 18; 4:12; 5:3
«audacia» en 6:19–20 y en 3:12 (NVI, «con valor/ valerosamente» y
«libertad» respectivamente)
«misterio» en 6:19 y en 1:9; 3:3–4, 9; 5:32.

La lista es impresionante y difícilmente casual. Pablo no recapitula todos los aspectos de la carta, sin embargo es evidente que quiere recordar a sus lectores la nueva vida en Cristo y sus efectos.

El intento de suscitar la acción se lleva a cabo por medio de una brillante utilización del lenguaje bélico. Las metáforas de carácter militar eran (y siguen siendo) comunes. El Antiguo Testamento y el libro de Apocalipsis abundan en esta clase de imaginaria para describir la propia obra de Dios, tanto en defensa de su pueblo, como en juicio contra él.³ Como veremos, la terminología que se usa para describir la armadura procede principalmente de Isaías.⁴

Las analogías más cercanas a este texto son ciertos discursos pronunciados por generales para motivar a sus tropas para la guerra. Uno de los más interesantes de tales discursos se encuentra en el «Rollo de la Guerra» de los documentos de Qumrán, un plan de batalla para los tiempos escatológicos en el que un sacerdote, escogido especialmente para la ocasión, ha de dirigir la alocución. El lenguaje de este rollo no es metafórico, ya que los esenios creían que iba a producirse una guerra literal en la que su campamento sería sitiado; no obstante Dios y sus huestes angélicas se unirían a ellos en contra de las naciones, el diablo y sus huestes. En esta conflagración, los hijos de luz, los esenios, derrotarían a los hijos de la oscuridad, los enemigos de Dios. Obsérvense sus palabras de ánimo:

Sean fuertes y valientes; ısean guerreros! [...] ıSean audaces y fuertes para la batalla de Dios! Puesto que éste es el día de la batalla de Dios [...] El Dios de Israel eleva su mano en su formidable potencia contra todos los espíritus de maldad [...] Porque el Dios de Israel ha convocado a la espada contra todas las naciones, y él llevará a cabo poderosas obras por medio de los santos de su pueblo. (1QM 15.8–16.1)⁵

No estoy sugiriendo que nuestro texto dependa de Qumrán, sin embargo, igual que los sacerdotes querían apresar a los guerreros de su tiempo para una conflagración literal, Pablo pretende motivar a los cristianos en su conflagración contra la maldad.⁶

Obsérvase la prominencia que se da a la palabra traducida como «hacer frente» «resistir hasta el fin con firmeza» «manténganse firmes», que aparece cuatro veces en los versículos 11, 13–14,⁷ y a las palabras relacionadas con el poder en el versículo 10, el verbo *dynamai* (NVI, «puedan/pueden» en vv. 11, 13, 16), «armadura» (versículos 11, 13), y «con valor» «valerosamente» (vv. 19–20).

Estructura. El texto está dominado por tres imperativos: «fortal  zcanse», «pónganse toda la armadura de Dios», y «manténganse firmes» (vv. 10–11, 14); el resto tiene un carácter explicativo. El versículo 10 funciona como encabezamiento de todo el pasaje. El versículo 11 explica que somos fuertes en el Señor cuando nos ponemos la armadura que él nos proporciona. El versículo 12 expresa la razón por la que la fuerza es necesaria, y a continuación se reitera y explica la orden de ponerse la armadura de Dios (v. 13, 14–20). En el texto griego de los versículos 14–20 aparecen solo dos imperativos: «manténganse firmes» en el versículo 14 y «tomen» en el 17 (para transmitir las demás ideas importantes se usan participios.) Algunos comienzan un nuevo párrafo en el versículo 17, otros, como por ejemplo la NRSV, en el versículo 18, y otros, como la NVI, lo hacen en el versículo 19.⁸

Será de utilidad representar esquemáticamente la estructura.

Encabezamiento: «fortal  zcanse con el gran poder del Señor» (v. 10)

Medios para conseguir esta meta: «Pónganse toda la armadura de Dios» (v. 11a)

Propósito: «para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo» (v. 11b)

Explicación del problema: «Porque nuestra lucha [...] es contra [...] fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales» (v. 12)⁹

Repetición y explicación de los medios para conseguir esta meta: «Pónganse toda la armadura de Dios» (v. 13a)

Propósito: «para que [...] puedan resistir hasta el fin con firmeza»

Llamamiento al compromiso: «Manténganse firmes» (v. 14a)

(Cuatro participios que explican los medios por los que nos mantenemos firmes)

«ceñidos con el cinturón de la verdad (v. 14 b)

«protegidos por la coraza de justicia» (v. 14b)

«calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz» (v. 15)

«*tomando* [NVI, «tomen»] el escudo de la fe» (v. 16)

Llamamiento a equiparnos: «Tomen el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu»
(v. 17)¹⁰

(Dos participios que explican cómo tomamos el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu):

«*orando* [NVI, «oren»] en el Espíritu» (v. 18a)

«*Manteniéndose alertas* con toda perseverancia y peticiones por todos los santos» [NVI,

«manténganse alerta y perseveren en oración por todos los santos»] (v. 18b)

Petición de oración por Pablo por dos propósitos:

«para que [...] Dios me dé palabras» (v. 19)

«para dar a conocer con valor el misterio del evangelio» (v. 20).

Estén firmes contra el mal (6:10–13)

Fortalézcanse (vv. 10–11, 13).¹¹ Puesto que Efesios habla del poder para la vida en Cristo, no es de sorprender que la exhortación final subraye esta cuestión. La forma pasiva del verbo (lit. «sean fortalecidos») indica que este fortalecimiento es algo de lo cual los cristianos son objeto, no algo que éstos hacen por sí mismos; el tiempo presente muestra que se trata de una acción continua. No se nos instruye a realizar un acto rápido y puntual, sino a vivir toda una vida recibiendo la fuerza de Cristo. Fortalecerse en el Señor significa conocer su fuerza y acercarse más a él. Es una exhortación a actuar en base de lo que se sabe.¹²

Las palabras que se traducen como «el gran poder del Señor» (v. 10) son las mismas que en 1:19 se vierten como «la grandeza de su poder». En este texto del primer capítulo, Pablo pide a Dios que dé a conocer a sus lectores la grandeza de su poder; ahora les exhorta a que lo utilicen.

La expresión «pónganse toda la armadura de Dios » (v. 11) recuerda el mandamiento de 4:24 a «ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad».¹³ Vestirnos del nuevo ser es en esencia lo mismo que ponernos la armadura de Dios. La expresión «armadura de Dios» puede entenderse como la armadura provista por Dios, la armadura que Dios lleva puesta, o incluso la armadura que Dios mismo representa. El lenguaje que describe la armadura en los versículos 14–17 procede de Isaías 11:5; 52:7; 59:17. Aunque el trasfondo veterotestamentario sugiere que es una referencia a la armadura que Dios lleva puesta, en el último análisis todo este tipo de lenguaje es una manera de hablar de la identificación con Dios y sus propósitos.¹⁴ Una parte de la armadura —verdad, justicia, y salvación— sugiere que hemos de vestirnos de Dios o al menos de sus características. Por consiguiente es una idea afín a la expresada en 5:1: «Por tanto, imiten a Dios». Solo asumiendo las características que Dios revela podemos ser fuertes.

Los imperativos que se consignan a lo largo de esta sección están en plural. Por regla general, se interpretan como si se dirigieran a individuos, no obstante, y sin negar su relevancia para el creyente individual, hemos de entenderlos como instrucciones de Pablo para que la Iglesia colectiva se vista la armadura de Dios y se mantenga firme como una sola persona (cf. Fil 1:27).¹⁵

Se asume la necesidad de resistir las artimañas del diablo. La idea de «mantenerse firme» connota fortaleza, estabilidad y éxito en un conflicto o dificultad.¹⁶ La mención de las «artimañas» del diablo nos recuerda a las argucias y subterfugios con que el mal y la tentación se presentan en nuestras vidas. El mal rara vez lo parece hasta que ha conseguido su meta; consigue entrar presentándose como algo atractivo, deseable y perfectamente legítimo. Es una trampa bien camuflada y con cebo. Como lo expresa Pablo en 2 Corintios 11:14, Satanás se disfraza de ángel de luz.¹⁷

El contenido del versículo 11 se repite en el versículo 13 con ligeros cambios. Para algunos, el singular «día malo» hace referencia a una irrupción del mal inmediatamente anterior al tiempo del fin, sin embargo el enfoque del texto está en la vida presente. El significado es «cualquier ocasión en que se produzca un encuentro con el mal». El propósito de la expresión «habiéndolo hecho todo» no está clara, pero probablemente se refiere a todo lo relacionado con vestarnos la armadura (detallada en los versículos 14–17).

La lucha con las fuerzas espirituales (v. 12). La palabra que se traduce como «lucha» no aparece en ningún otro lugar del Nuevo Testamento y tampoco es frecuente en otros escritos. Se refiere principalmente a una lucha cuerpo a cuerpo, sin embargo puede utilizarse de manera más general para aludir a una pelea o batalla. La expresión «carne y sangre» es un semitismo que alude al ser humano. Por consiguiente, lo que Pablo quiere decir es: «nuestra lucha no es contra seres humanos, sino con las fuerzas espirituales de maldad». Este es el único lugar del Nuevo Testamento en que la vida cristiana se describe con esta clase de lenguaje.

De las cuatro expresiones que se utilizan en el versículo 12 para aludir a estas fuerzas espirituales solo las palabras «gobernadores» y «autoridades» aparecen en la enumeración anterior de cinco términos en referencia a dichas fuerzas espirituales en 1:21.¹⁸ No hemos de concluir que existen siete categorías de espíritus diabólicos, sino más bien, que en ambos pasajes se produce una concentración de términos para subrayar el tema en cuestión y conseguir un impacto retórico. Sin duda, los dos términos nuevos añaden detalle al vincular estas fuerzas con la oscuridad y el mal. La expresión «potestades que dominan este mundo de tinieblas», si se traduce de manera más literal, sería «gobernantes mundiales de esta oscuridad» y recuerda a 2:2 y 5:8–11.¹⁹

Como se ha indicado en nuestra exposición de 1:21,²⁰ es imposible establecer una exacta identificación de las varias expresiones por la ambigüedad y escasez de los términos. *Los intentos de clasificar por rangos a las fuerzas espirituales carecen de fundamento y son fantasiosos y especulativos*²¹. Las cuatro expresiones de 6:12 apuntan a la misma realidad; la cuarta es posiblemente la más descriptiva y provechosa: «las fuerzas espirituales del mal».

El uso del término *espiritual* para aludir a estas fuerzas de maldad es un tanto sorprendente. Este es el único texto del Nuevo Testamento en que esta palabra tiene una connotación negativa; sin embargo es comprensible que se utilice con este sentido si se tiene en cuenta la frecuencia con que se utiliza la palabra «espíritu» para aludir a espíritus malignos (en los Evangelios y el Libro de los Hechos), o de manera ocasional, a un espíritu contrario a los propósitos de Dios.²² En 2 Corintios 4:4 Pablo utiliza incluso el término «dios» en referencia con Satanás.

Aún más sorprendente es el hecho de que la lucha se lleva a cabo «en las regiones celestiales». Esto no significa que haya una lucha en el cielo, aunque Job 1–2 y Apocalipsis 12:7–17 podrían aportar un trasfondo para esta idea. Tampoco deberíamos situar este conflicto en una zona por debajo del cielo pero más elevada que la Tierra.²³ Como en el resto de la carta a los Efesios, esta expresión se refiere a la *realidad* que abarca la vida en relación con Dios, que incluye tanto lo que Dios ha dado como lo que los creyentes son llamados a hacer.²⁴

A quienes viven en Cristo se les ha concedido todo don espiritual y han sido resucitados y glorificados con Cristo (1:3; 2:6) en la realidad celestial. La entronización de Cristo en la realidad celestial —la realidad de Dios— incluye el sometimiento a él de todo poder (1:20). En esta realidad invisible los creyentes tienen la tarea de dar a conocer la sabiduría de Dios a los poderes espirituales (3:10) y hacerles frente (6:10–13). Nuestra entronización con Cristo sobre los poderes determina el modo en que vivimos en la Tierra. Nuestra lucha refleja la realidad celestial, lo cual significa que luchamos contra poderes *sujetos*. Los poderes gobiernan en el ámbito de la oscuridad y la maldad, sin embargo, como cristianos ya no vivimos en esta esfera (5:8, 16).

Puesto que el versículo 12 explica lo que significa mantenerse firmes «contra las artimañas del diablo» (v. 11), sin duda Pablo no estaba pensando en estructuras del mal como el gobierno, la ley, o las convenciones sociales, sino en seres espirituales personales que pretenden perturbar la vida según el propósito de Dios.

La armadura de Dios (6:14–20)

La armadura que se describe es la de un soldado romano de infantería armado hasta los dientes, aunque, como ya se ha dicho, los términos para aludir a la armadura y sus asociaciones espirituales proceden de Isaías. Pablo se sirve de esta analogía por la influencia del Antiguo Testamento, el cuadro que presenta, y su efecto retórico. El significado no sería distinto si hubiera escrito, «vístanse de verdad, justicia, buena disposición y fe, y echen mano de la Salvación y del Evangelio». Las especulaciones sobre la conexión entre ciertas «virtudes», y específicas partes de la armadura no es útil, especialmente cuando se asocia el pectoral y el yelmo a distintas cualidades de 1 Tesalonicenses 5:8.

¿Qué representan las piezas de la armadura de los versículos 14–16, los dones de Dios o nuestra obediencia a él? O sea, por ejemplo, ¿con qué nos ceñimos, con la verdad de Dios o con la práctica de la verdad? Ambas cosas son verdad, ¿pero cuál de ellas tenía Pablo en mente? La separación entre don y tarea no debería ser tan categórica, y M. Barth está en lo cierto al señalar que todos los términos teológicos que aquí se mencionan son de carácter relacional. Tienen que ver con el pacto.²⁵ Cada uno de ellos apunta a una realidad sobre Dios que determina la acción humana. Cada elemento presenta un matiz distinto por lo que respecta a su enfoque sobre Dios o el creyente.

La decisión más difícil concierne al «cinturón de la verdad», pero los otros tres elementos de los versículos 14–16 («justicia», «disposición», y «fe») subrayan una respuesta humana a la obra salvífica de Dios. Este pasaje es un llamamiento a la acción humana. No cabe duda de que en el versículo 14, la mención de la «justicia» no alude tanto al don de la justicia (Rom 5:17) como a las acciones justas de los creyentes (ver 4:24; 5:9).²⁶ Sin embargo, es evidente que «la salvación» y «la Palabra de Dios» que se mencionan en el versículo 17, son dones de Dios que hacen posible la obediencia humana y al mismo tiempo la motivan.

Para dilucidar qué significa el cinturón, hay que establecer primero cuáles son los usos determinantes anteriores de la «verdad». La idea de ceñirse con el cinturón de la verdad alude a Isaías 11:5, donde se describe al «renuevo», el libertador davídico, que tiene la justicia por cinturón y la verdad (NVI, «fidelidad») por ceñidor de su cintura. Si el significado de Isaías fuera el que determina el sentido de Efesios, el acento estaría en hacer lo recto y guardar la fe en las promesas del pacto. Es más probable, sin embargo, que el contexto determinante sea el de Efesios, pero en esta carta a la verdad se le da tanto el sentido de la verdad de Dios que se revela en el Evangelio (1:13; 4:21), como el de una vida correcta y una comunicación verbal según la nueva vida (4:15, 24–25; 5:9). Personalmente, dudo seriamente de que Pablo separara estos dos aspectos de la verdad. Ceñirse con el cinturón de la verdad significa ser fortalecidos por la verdad de Dios en el Evangelio y tomar la decisión de vivirla.

La NVI utiliza el término «cinturón» para transmitir la idea de «ceñirse por la cintura» (en el mundo antiguo, «ceñirse» tiene que ver a menudo con la acción de prepararse para algún tipo de esfuerzo inmovilizando el vuelo de la túnica).²⁷ En el caso de los soldados, probablemente hace referencia a una especie de mandil de piel ceñido alrededor de la cintura para proteger la parte inferior del abdomen.²⁸

La expresión «coraza de la justicia» procede de Isaías 59:17, donde se describe a *Dios* poniéndose la armadura para ejecutar su juicio. En Efesios, Pablo no escribe sobre el juicio, sino sobre el hecho de que el nuevo ser es creado para ser como Dios (4:24). Para el cristiano, ponerse la coraza de la justicia significa que en sus acciones ha de reflejar el carácter justo de Dios.

La frase «calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz» (v. 15) es una adaptación de Isaías 52:7, que describe al mensajero que trae buenas noticias. Por regla general, esto se entiende en términos de una disposición a compartir el Evangelio, pero tiene un propósito más amplio. Esta «disposición» se aplica a todos los aspectos de la vida. Entender el Evangelio debería hacer que las personas estuvieran alerta (v. 18) y dispuestas para la vida. Los cristianos han aprendido en la escuela de Cristo. Tienen cuidado de su lenguaje y de sus acciones. No viven a oscuras, sino sabiamente, redimiendo el tiempo y entendiendo la voluntad del Señor. Tales personas no solo comparten las buenas nuevas, sino que son también instrumentos de paz y amor, dispuestas a hacer toda la voluntad de Dios. La paradoja de una armadura que se da a quienes están comprometidos con un Evangelio de paz recuerda al lector que el lenguaje es metafórico.²⁹

Al hablar del escudo Pablo tiene en mente el gran escudo con que los soldados de la infantería romana se protegían todo el cuerpo. Estos escudos tenían más de 120 centímetros de altura por casi 100 de ancho, y estaban hechos de madera forrada de piel y reforzada con protecciones metálicas en las partes superior e inferior. Empapados de agua, tales escudos, eran especialmente efectivos para detener las flechas encendidas.³⁰ Los soldados construían con ellos una especie de parapeto por ambos lados que proporcionaba una efectiva protección. Los escudos no eran sin embargo meros pertrechos defensivos, puesto que cuando los soldados formaban una línea con escudos y armas convenientemente entrecruzadas eran capaces de abrirse paso a través de las líneas enemigas.

Es evidente que «el escudo de la fe» es especialmente importante para Pablo, si se tiene en cuenta lo que el apóstol añade antes y después de esta expresión.³¹ Decir que la fe nos protege no sugiere que tal protección nos la brinde nuestra capacidad de creer. Como se ha mostrado antes,³² hablar de fe no significa subrayar creencia, sino la fidelidad de Dios. Lo que nos protege de las flechas del maligno (es decir, de cualquier tentación al error o al mal) es nuestra relación con Dios.

La expresión «el yelmo de la salvación» (v. 17) procede también de Isaías 59:17, y el contexto es el mismo de la propia armadura de Dios. M. Barth sugirió que este yelmo tenía un carácter ceremonial, era un yelmo de victoria, que indica que la batalla ya ha sido ganada,³³ No obstante esto es cuestionable. En Isaías Dios aparece pertrechado con una coraza de justicia y el yelmo de la salvación para traer justicia y salvación. Pero en Efesios, el creyente ha de vestirse con ellas para practicar la justicia y recibir la salvación. Esta salvación de Dios es la seguridad final de la protección. El tratamiento de la salvación que se hace en pasajes precedentes de la carta, la presenta como una realidad tanto presente como futura (cf. 1:10; 2:5–8; 4:30; 5:5).

Con la espada del Espíritu se produce un cambio. En la descripción de las anteriores piezas de la armadura, el segundo elemento identificaba al primero. Por ejemplo, el cinturón era la verdad. Con la espada del Espíritu, no es así, puesto que la espada es la Palabra de Dios. El Espíritu es aquel que imparte el poder a la espada.³⁴ A lo largo de la Escritura la Palabra de Dios es un instrumento de su poder.³⁵ Es posible que Isaías 11:4 haya influido en la redacción de este texto.

La expresión «Palabra de Dios» no alude a la Biblia sino al mensaje del Evangelio. La palabra griega que se utiliza (*rhema*) denota por regla general una enseñanza o declaración profética o, más concretamente, el propio Evangelio.³⁶ Esta identificación no pone todo el acento en el aspecto externo de la proclamación del Evangelio. El Evangelio dinamizado por el Espíritu es el medio por el que el cristiano, bien armado, está protegido y vigorizado para la vida. Esto incluye compartir las buenas nuevas, pero es algo mucho más completo.

La traducción de la NIV y su división de 6:18–20 en un nuevo párrafo impide captar la secuencia de pensamiento. La oración (v. 18) no es simplemente el siguiente mandamiento, y aunque algunas traducciones y ediciones del Nuevo Testamento griego inician aquí una nueva oración gramatical, con ello se pierde la conexión con las ideas anteriores. Como se ha indicado anteriormente, las palabras que se traducen por «oren» y «manténganse alerta» en el versículo 18 son participios, no imperativos. Algunos vincularían estos participios a la lejana expresión «manténganse firmes» del versículo 14, y los considerarían una descripción de cómo se adquiere toda la armadura. Desde un punto de vista teológico esto tendría sentido, pero gramaticalmente es poco verosímil. Lo más natural es conectar la expresión con el verbo «tomen» del versículo 17, un vínculo que reafirma la repetición de la palabra «Espíritu» en el versículo 18. El propósito es poner de relieve la *conducta* de quienes toman el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu. El soldado bien armado del ejército de Cristo está, por definición, orando constantemente en el Espíritu y en estado de alerta.

Se debate si la oración es o no una séptima pieza de la armadura.³⁷ La gramática sugiere que no, o de lo contrario la cláusula paralela de estar alerta habría de

considerarse también como parte de dicho equipamiento. Pero la cuestión es irrelevante, puesto que, se trate de una pieza de la armadura o de la actitud con que ésta ha de llevarse, ni la oración ni vivir en alerta son cosas opcionales para los creyentes. Por definición, ser soldado de Cristo significa orar y mantenerse en guardia.

La expresión «oren en el Espíritu» no es una alusión a hablar en lenguas,³⁸ sino que debería más bien considerarse en relación con otros pasajes sobre el Espíritu en esta misma carta, especialmente 3:16 («por medio del Espíritu [...] los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser») y 5:18 («sean llenos del Espíritu»).³⁹ El Espíritu nos comunica a Dios, y por medio de él recibimos todos los dones y capacitación por parte de Dios.

Las instrucciones a orar y estar alertas tienen abundantes paralelos en el resto del Nuevo Testamento.⁴⁰ Al utilizar la expresión «en todo momento» la NVI suaviza un acento en la perseverancia que se expresa en el versículo 18. La oración combinada con la perseverancia es, en realidad, el modo en que nos mantenemos alertas. Obsérvense las similares instrucciones de Filipenses 4:6–7, con el resultado de que la paz de Dios salvaguarda a quienes las practican.

Con las palabras «peticiones» y «ruegos» no se pretende establecer ninguna aguda distinción. Al utilizar ambas palabras Pablo solo deseaba subrayar la oración. La palabra que se traduce como «ruegos» se utiliza de nuevo en la segunda mitad del versículo 18 pero se vierte como «en oración». La oración es el punto focal de este versículo, y se menciona cuatro veces; también la palabra «todo/s» se utiliza en cuatro ocasiones (dos de las cuales no se reflejan en el texto de la NVI. N. del T.). Con esta repetición Pablo pone de relieve lo importante que es la oración para todos los aspectos de la vida. Toda la existencia del creyente es una gran oración a Dios. En consonancia con el enfoque colectivo de la carta, la oración no es una práctica individual ni se centra en el individuo; los lectores han de orar por todo el pueblo de Dios.

Pablo comenzó la carta orando a favor de sus lectores, y ahora termina pidiéndoles que sean ellos quienes oren por él (vv. 19–20). Al final de sus cartas Pablo pedía frecuentemente a sus lectores que oraran por él (cf. Rom 15:30–33; Col 4:2–4; 1 Ts 5:25; 2 Ts 3:1–2).⁴¹ A excepción de 1 Tesalonicenses 5:25, sus peticiones no eran de carácter personal sino para el avance del Evangelio. Si tenemos en cuenta la atención que ha puesto en el privilegio de hablar por Cristo (Ef 3:8–10) y en el poder del lenguaje (4:29), no es de extrañar que Pablo pida oración para que Dios le ayude en su esfuerzo por presentar el Evangelio. Si para orar es necesaria la ayuda de Dios (Rom 8:26), sin duda él la necesitaba para explicar las Buenas Nuevas.

La palabra que se traduce «con valor» significa más bien «con libertad» o «con denuesto». Cuando se utiliza con referencia al lenguaje, significa expresarse de un modo franco y desinhibido, como sería el caso de una persona libre, que no tiene

temor de represalias. No es de sorprender que esta misma palabra se utilice en el último versículo del Libro de los Hechos para referirse a Pablo quien, en Roma y custodiado por soldados, predicaba el reino de Dios «sin impedimento y sin temor alguno» (Hch 28:31). El denuedo que aquí se solicita se expresa con claridad en Romanos 1:16, cuando el apóstol afirma: «no me avergüenzo del Evangelio».

La expresión «el misterio del evangelio» no alude a una parte misteriosa del Evangelio. Como antes se ha indicado,⁴² «misterio» no significa algo «desconocido» o «misterioso», sino aquello que no se conoce hasta ser revelado por Dios. Las palabras «del evangelio» explican el contenido de la revelación. Una traducción clarificadora sería, «dar a conocer la revelación que hay en el evangelio».

Por causa del Evangelio, Pablo era un embajador en cadenas (cf. 2 Cor 5:20, donde Pablo se describe a sí mismo como «embajador de Cristo»). El término «embajador» se utilizaba para aludir a un legado del Emperador. El que Pablo se describa como embajador equivale prácticamente a afirmar que es un apóstol. Como representante de Cristo, ha sido enviado con un mensaje. Esto subraya la dignidad de su ministerio, sin embargo en lugar de respeto y honor, ha recibido cadenas y cárcel (cf. Hechos 20:28; 2 Tim 1:16). M. Barth sugiere un juego de palabras con el término «cadena». En ciertas ocasiones festivas los embajadores vestían cadenas ornamentales como distintivo del prestigio de sus países. Las cadenas de Pablo son un apropiado símbolo de su Señor crucificado, pero ponen también de relieve la maldad de este mundo.⁴³ Con esta descripción de sí mismo, el apóstol está diciendo implícitamente a sus receptores que no entiendan mal su situación, ni se sientan incómodos por su encarcelamiento.

Construyendo Puentes

Aparte de la cuestión de las fuerzas espirituales, y aunque el lenguaje pueda sonarnos un tanto extraño, aplicar las ideas de esta sección a nuestras vidas no reviste una gran dificultad. Aunque en nuestro tiempo ya no utilizamos armaduras, estamos habituados a ver a la policía antidisturbios vestida con un equipamiento que responde prácticamente a la misma lógica de protección que vemos en este texto: cinturones, chalecos antibalas, botas, escudos, cascos, y armas. Lo que nos falta es conciencia de la *necesidad* de protección, y ello está vinculado a un entendimiento de las fuerzas espirituales.

Fortalézcanse en el Señor. Sabemos que las relaciones humanas pueden ser una fuente de fortaleza por medio del ánimo, compromiso, apoyo, y ayuda que transmiten. Fortalecernos en el Señor es esto y mucho más. A lo largo de Efesios la idea de estar en Cristo ha dominado el pensamiento de Pablo, y esta teología sigue aplicándose a los temas finales. Los cristianos viven en el Señor y están tan cerca de él que se nutren de los recursos que él posee como Señor resucitado (1:19–20; cf. 3:16–17, donde Pablo pide que el Espíritu de Cristo fortalezca nuestro ser interior).

No se trata de una cierta idea mágica de poder, y contrariamente a lo que pensaba Simón el Mago (Hch 8:18–19), la meta no es el poder en sí, sino una vida en relación con Dios. El poder no es para llevar a cabo actos impresionantes, sino para vivir de un modo obediente. Clinton Arnold contrasta acertadamente el punto de vista «esencial» del poder reinante en el mundo antiguo, con la concepción relacional de poder que se subraya en Efesios.⁴⁴ El poder no es una energía que pueda encenderse y apagarse, sino una constante capacitación relacional derivada de la vida en Cristo. No es tampoco un poder que podamos utilizar según nuestro interés personal. El poder tiene un propósito: capacitarnos para mantenernos firmes con Dios y contra el mal.

Ponerse (vestirse). El lenguaje metafórico con que se nos invita a ponernos varias cualidades es claro (cf. el lenguaje similar en 4:24). Como a menudo se afirma, la forma de vestir dice mucho de las personas y de su carácter. De manera similar, adoptar una cualidad como por ejemplo la verdad significa ser determinado por ella. Se trata nuevamente de una cuestión de identidad. La identidad del cristiano ha de ser configurada por la verdad, la justicia, la disposición, la fe, la salvación, y el mensaje del Evangelio.

¿Qué hemos de hacer con respecto al diablo y los espíritus malignos? Aplicar el versículo 12 a nuestro tiempo es, en el mejor de los casos, difícil. Nuestro mundo —cristiano o no— es esquizofrénico en su actitud hacia el diablo y lo diabólico. Una buena parte de nuestra cultura rechaza cualquier idea de este tipo como arcaica y absurda, mientras que el resto tiene una fascinación excesiva con ella. Por supuesto, a lo largo de la Historia casi todas las culturas han creído y siguen creyendo en lo

diabólico, a excepción de nuestro mundo occidental. Sin embargo, precisamente cuando creíamos que la creencia en los demonios iba a desaparecer, ha regresado con renovada fuerza.

Casi necesitamos lo diabólico para explicar la extensión del mal en el mundo. ¿Qué es lo que hace que un muchacho de catorce años abuse sexualmente de un niño de cuatro, y luego lo mate? ¿Pueden los humanos ser tan degenerados por sí mismos? ¿Qué es lo que hace que un grupo étnico intente exterminar a otro, sean alemanes, camboyanos, serbios, o ruandeses? ¿Es la raza humana tan depravada por sí misma, o hay que buscar la responsabilidad en lo diabólico? Incluso quienes rechazan a los demonios como entidades personales sienten que las fuerzas malignas actúan contra ellos y utilizan terminología diabólica para explicar sus sentimientos.

Por otra parte, el mal y la maldad se presentan de formas tan personales y más allá de nosotros, tan contrarias a nosotros, que creer en lo diabólico se convierte en algo natural. Las personas confiesan cosas como: «no era yo cuando hice tal o cual cosa». Desarrollamos una sensación de que el mal está más allá de nuestra capacidad, y que algo fuera de nosotros desea controlarnos. Como señala Leonardo Boff, «el mal nunca se ha experimentado de un modo impreciso y abstracto».⁴⁵ Se acerca a nosotros de un modo tan poderoso y personal que no podemos por más que sospechar la realidad de otra presencia. Walter Wink observa que algo o alguien nos lleva a postular la existencia de Satanás. Puede que las ideas sean cuestiones de debate, sin embargo la experiencia de Satanás es un hecho brutal y aterrador.⁴⁶

Si se toman en consideración los textos del Nuevo Testamento acerca de lo diabólico, surgen básicamente dos opciones de interpretación y aplicación.⁴⁷ O se desmitifica a los gobernantes y autoridades y entendemos que se alude a las *estructuras* determinantes de la vida, o entendemos que estos términos describen a *demonios literales* responsables de todo o una gran parte de lo que va mal. Tal y como se presenta por regla general, ninguno de estos acercamientos es satisfactorio.

Si los desmitificamos, los gobernantes y autoridades del mal se convierten en estructuras históricas, biológicas, políticas y sociales que determinan la vida de un modo negativo y oprimen a los individuos. En este caso, la aplicación se dirige contra el materialismo, el mundo político en su conjunto, la burocracia, los nacionalismos, el militarismo, las convenciones sociales, y similares elementos determinantes. Quienes subrayan el impacto social del Evangelio a menudo encuentran atractiva esta opción. Esta desmitificación ha sido relativamente fácil puesto que la Biblia aplica los términos «gobernantes y autoridades» a dirigentes humanos.⁴⁸ Por otra parte, la *teología* de oposición a ciertas estructuras es correcta, si no se lleva a un extremo, puesto que las estructuras pueden sin duda ser «diabólicas» por lo que a sus efectos se refiere. Pero esta clase de teología no surge de este texto, puesto que Pablo tenía en mente a seres espirituales perversos, como muestra la relación entre el versículo 12 y

el 11.⁴⁹ Algunas personas adaptan legítimamente este acercamiento al argüir que los demonios operan a través de las estructuras.

Por otra parte, si se entiende que el texto alude a demonios literales, suele subrayarse tanto lo diabólico que los demonios aparecen por todas partes y se les hace responsables de todo lo malo. Esto es aún peor y conduce a consecuencias desastrosas.

¿Cuál es la realidad? La cuestión esencial es determinar la naturaleza de la realidad, y nuestra primera respuesta debería ser una expresión de humildad por lo que a nuestro conocimiento se refiere. En último término no tenemos pleno conocimiento de la existencia o no existencia de seres malignos. Lo que sí conocemos es el mal; a los seres malignos los suponemos. ¿Es acaso el lenguaje acerca del diablo y los demonios una personificación de lo que se sentía de un modo muy personal como la presencia del mal, o denota necesariamente a verdaderos seres malignos? Pablo creía describir seres reales. ¿Seguimos necesitando al diablo y a los demonios? ¿O acaso utilizamos al diablo (y a Dios) solo para hablar de esferas que no entendemos?

Por una parte, la cuestión de la existencia de seres malignos carece de importancia, puesto que todos conocemos la existencia y la presencia del mal. Por otra parte, no podemos poner entre paréntesis la cuestión ontológica de la existencia del diablo como hace W. Wink, sin tratar la cuestión de la existencia de Dios según las mismas reglas de juego.⁵⁰ Existe, no obstante, una diferencia fundamental. Dios es un jugador esencial en el Universo; pero el diablo y los demonios no. No los necesitamos, y un día serán retirados. ⁵¹

Nuestros intentos de responder la pregunta sobre la realidad se revelan en nuestra concepción del mundo. Hemos de responder cuatro preguntas:

(1) ¿Existen realidades inmateriales fuera del mundo material y natural, más allá de nuestros sentidos? Los cristianos dicen «sí». Limitarnos al mundo material suscita problemas para explicarlo y para tratar con la anormalidad y falta de sentido de la existencia humana. Los problemas que se plantean son de tal magnitud que prácticamente nos desmoronamos interiormente.

(2) Si lo inmaterial es real, ¿cómo se relaciona con lo material? Existen varias opciones. (a) Existen dos esferas distintas, y el mundo natural es un reflejo del sobrenatural (como postula el animismo, donde las circunstancias terrenales reflejan una realidad del mundo espiritual). (b) Existen dos esferas distintas, y el mundo espiritual tiene poco o nada que ver con el material (como reivindican el gnosticismo, el deísmo y otras formas de separatismo). (c) Hay solo una esfera donde interactúan lo material y lo inmaterial, en la que tanto Dios como el diablo están presentes e implicados en las vidas de personas. El testimonio bíblico declara con contundencia esta tercera opción.

(3) ¿Cuál es la relación entre el bien y el mal? Una vez más existen varias opciones. (a) En el dualismo cosmológico, el bien y el mal, Dios y el diablo, son fuerzas iguales y opuestas. Una buena parte de nuestra sociedad asume este paradigma, pero no es bíblico. (b) El mal controla el mundo y Dios los cielos. (c) Dios es el único Señor verdadero y legítimo, y el mal y lo diabólico son usurpadores ilegítimos. El testimonio bíblico insiste en esta tercera opción.

(4) ¿Cuán poderoso es el mal? Una vez más, el testimonio bíblico es claro. El mal es una realidad, incluso una amenaza, sin embargo no hay razón para la alarma o la ansiedad. La victoria de Dios es segura. El pecado no vencerá y no es Señor. De hecho no es ni siquiera una lucha imparcial, puesto que la resurrección ha demostrado ya el resultado.

Esta última cuestión es de importancia fundamental, ya que muchos conceden al diablo un respeto excesivo. Hablamos del diablo como si fuera omnipresente, omnisciente y omnipotente, términos que se aplican exclusivamente a Dios. Si se reconoce que el diablo no es omnipresente, se sugiere como contrapunto que tiene hordas de demonios que están por todas partes. Efesios 6:11–12 es uno de los pocos textos que conecta explícitamente al diablo y a los gobernantes y autoridades,⁵² no obstante, la Biblia no describe el mundo como un espacio lleno de demonios.⁵³ La preocupación humana con el hecho de que el diablo ataca a las personas es otra forma de egotismo en la que nos vemos como el centro de la conflagración cósmica del Universo.

Expresemos la pregunta de otro modo: ¿Quién tiene el poder y a qué somos vulnerables? La Biblia nos insta a que temamos a Dios, no al diablo o a los demonios. No hemos de tener temor a ser poseídos o afligidos por lo diabólico, si bien hemos de ser conscientes de las artimañas del diablo para engañarnos y hacernos pecar. La preocupación de la Escritura es la *ética*, no la posesión diabólica. La preocupación de Pablo en 6:10–20 es la misma que en 4:27, a saber, que por no prestar atención a la vida damos lugar al diablo, quien nos lleva al pecado.

El asunto fundamental al hablar de lo diabólico es la gloria de Dios. ⁵⁴ ¿A quién damos la legitimidad y el poder con la forma en que vivimos? En la misma medida en que damos crédito a lo diabólico le entregamos el control. En palabras de H. Schlier, «Cristo le ha dejado al diablo únicamente el poder que le permite la incredulidad». ⁵⁵ Los poderes gobiernan en la medida en que les dejan las personas. No merecen atención, sino rechazo. Aunque sean reales, no determinan la vida.

Hay solo *dos* razones por las que el Nuevo Testamento habla del diablo y los demonios: informarnos de que el mal y la muerte están derrotados, y advertirnos en contra de la seducción del mal. Todo el mundo conoce el mal y la muerte; los cristianos son personas que creen que Cristo ya ha conquistado ambas realidades.

Otras evidencias bíblicas. Una mirada más detenida a las evidencias bíblicas verifica que la Biblia se ocupa solamente de lo diabólico para afirmar las dos cosas que acabamos de mencionar: el mal ha sido derrotado y no hemos de ser sorprendidos por sus argucias. En el Antiguo Testamento apenas se habla de lo diabólico. La Biblia no trata en ningún lugar el origen del mal o la caída de Satanás.⁵⁶ La necesidad teológica nos lleva a asumir la caída de un ser creado,⁵⁷ pero no hay ningún texto que la describa. En el huerto de Edén aparece la serpiente que con su mentira da origen al pecado.

En el Antiguo Testamento a Satanás solo se le menciona en tres ocasiones, y nunca al diablo.⁵⁸ El único ejemplo de posesión por un espíritu lo encontramos en Saúl,⁵⁹ y no tenemos la certeza de que en los casos de espíritus inmundos consignados en el Nuevo Testamento se aluda a este mismo fenómeno. Puede que haya algunos otros textos relevantes, como por ejemplo Isaías 34:14 (que habla de «criaturas nocturnas») y Daniel 10:13 (que se refiere al «príncipe del reino persa»), sin embargo se sigue debatiendo cómo hay que interpretar tales textos. Los textos que hablan de un «espíritu de prostitución» (Os 4:12) o de un «espíritu mentiroso» (1 Reyes 22:19–23) no aluden a demonios literales como tampoco lo hace la expresión «espíritu de timidez» en 2 Timoteo 1:7. En el Antiguo Testamento el mal es real, sin embargo lo diabólico no recibe mucha atención.

En el mundo del primer siglo, tanto judíos como gentiles hablaban más del diablo y los demonios de lo que lo hace el Antiguo Testamento. Las especulaciones judías acerca del mal se desarrollaron considerablemente durante el periodo intertestamentario, posiblemente como reacción a los crímenes de Antíoco Epifanes.

En el Nuevo Testamento la evidencia es sorprendente. Los relatos sobre posesiones espirituales o diabólicas quedan confinados a los Evangelios Sinópticos y unos pocos capítulos del Libro de los Hechos.⁶⁰ En el Nuevo Testamento se distingue con toda claridad entre enfermedad y posesión diabólica, aunque ciertos problemas físicos, como la mudez, se asociaban con la posesión diabólica.⁶¹ El propósito del enfoque en lo diabólico que encontramos en los sinópticos (y Hechos) es demostrar que el reino de Dios ha irrumpido para derrotar al mal (cf. Mateo 12:28).

Pablo solo habla de «demonios» en 1 Corintios 10:19–21 y 1 Timoteo 4:1. De hecho, él entregó a ciertas personas a Satanás (1 Cor 5:5; 1 Tim 1:20). Por otra parte, el don de «discernir espíritus» (1 Cor 12:10; cf. 1 Jn 4:1) no consiste en detectar la presencia del malos espíritus, sino en la capacidad de discernir la validez de una afirmación pronunciada por un profeta (ver 1 Cor 14:29–32).⁶² Con ello no estoy sugiriendo que, para Pablo, Satanás o los espíritus malignos fueran una cuestión de poca monta. Como señala G. B. Caird, en todas las cartas paulinas excepto Filemón se menciona a los gobernantes y autoridades o a Satanás.⁶³

El interés de advertir en contra del mal es enorme, sin embargo los datos de que disponemos sobre Satanás y los demonios son limitados. ¿Responde acaso el insistente acento en lo diabólico de los sinópticos al clímax en el conflicto espiritual producido por la venida de Jesús? ¿Hay algún cambio desde su venida en relación con la intensidad de la actividad diabólica? Si aceptamos que los espíritus malignos son una realidad, tenemos entonces tres opciones:

- (1) Las fuerzas diabólicas están tan activas hoy como en el tiempo de Jesús.
- (2) Éstas fueron derrotadas por Cristo y ya no están activas.
- (3) Fueron derrotadas, y su actividad es limitada.

Aunque la certeza no es posible, la última opción es la más probable en vista de la distribución de las evidencias del Nuevo Testamento y de textos como Lucas 10:18 y Apocalipsis 12:7–17.⁶⁴

Un giro erróneo y desastroso. Muchas iglesias evangélicas han experimentado un cambio importante pero mal encaminado. Como consecuencia de lo que se ha dado en llamar «tercera ola del Espíritu», muchos están concediendo una gran importancia al diablo, la posesión diabólica y los exorcismos, los espíritus territoriales,⁶⁵ y el asunto de atar demonios. El pensamiento exegético y teológico que fundamenta este cambio es superficial.⁶⁶ A menudo el lenguaje guarda muy poco parecido con el del Nuevo Testamento. ¿Debemos hablar de «hordas de demonios» o de la «masiva presencia de Belcebú y sus secuaces»? ¿Es legítimo que alguien intente enumerar 323 tipos de demonios o describir a los espíritus territoriales de una localidad específica? ¿Dónde están las pruebas que confirman lo que algunos «disciernen» sobre los espíritus? ¿Es lícito afirmar que un «espíritu de avaricia» entró en California durante el periodo de la fiebre del oro y que éste sigue acechando por los alrededores de San Francisco?⁶⁷ Todo esto suena perfecto para una sociedad enamorada de la Guerra de las Galaxias y de los videojuegos, pero según la Biblia la avaricia procede del corazón humano.

Por lo que respecta a los casos de posesión diabólica, ¿por qué la mayoría de las veces se trata de mujeres aunque los demonios son masculinos?⁶⁸ ¿Por qué está este fenómeno tan vinculado a las enfermedades mentales y psicológicas? Algunos afirman que los espíritus consiguen entrar a través de traumas, reiterados actos de pecado, la práctica del ocultismo, espíritus heredados, o pactos realizados por los padres. ⁶⁹ Es cierto que, lo esotérico, el satanismo y las drogas se vinculan a menudo con la posesión diabólica, sin embargo ¿qué pruebas tenemos para afirmar que los espíritus pueden heredarse? ¿Nos enseña acaso la Biblia a limpiar nuestro pasado genealógico?

Se nos dice también que las defensas naturales de una mente, emociones y voluntades sanas y saludables nos protegen de los demonios.⁷⁰ Todo esto suena más mental que diabólico. Si los traumas y unos padres inestables nos hacen especialmente

vulnerables a lo diabólico, entonces quienes parecen estar poseídos por demonios son más las víctimas de los abusos que los autores de ellos. Es comprensible que se establezca una conexión con el mundo de la enfermedad mental y que además del exorcismo se aplique la terapia.⁷¹ ¿Pero por qué los demonios solo se manifiestan con estas pobres víctimas? ¿Por qué no se muestran en los círculos de la *verdadera* maldad: la mafia, los señores de la droga, los directivos empresariales que engañan a los pobres, o los senadores que abusan de las mujeres? Walter Wink está en lo cierto: la importancia del debate sobre los demonios se ha exagerado en exceso y los planteamientos también se han particularizado extraordinariamente.⁷²

El nuevo enfoque sobre la posesión diabólica, los espíritus territoriales, y atar a Satanás es erróneo. Es también extraño que un movimiento que se presenta como procedente del Espíritu centre tanto su atención en el diablo. Estos planteamientos degradan la doctrina bíblica de la Creación, puesto que ciertos objetos materiales se convierten en residencias de los demonios. Posiblemente toda esta insistencia en los demonios y en atar a Satanás es para que las personas sean conscientes del mal y cobren ánimo, y ambas cosas son legítimas. Sin embargo, el extremismo del lenguaje que se utiliza ha llevado prácticamente a una vuelta al animismo.⁷³

¿Qué, pues, podemos decir? En primer lugar, hemos de recordarnos varios hechos: (1) Nuestras percepciones son siempre limitadas, de modo que cuando se trata del diablo y los demonios no tenemos respuestas finales. Especialmente por lo que respecta a la mente humana, queda mucho que aprender sobre cómo desarrolla sus luchas con el mal, los abusos y el fracturado mundo en que vivimos. (2) No tenemos por qué estar de acuerdo con respecto a este tema. No se trata del Evangelio. (3) Se hace necesario analizar con cuidado y de un modo crítico tanto los textos bíblicos como las declaraciones sobre experiencias con lo diabólico. Una buena parte de las «pruebas» parecen valoraciones de casos anecdóticos hechas un tanto a la ligera. No podemos ignorar la experiencia, pero la podemos evaluar desde un punto de vista teológico.

A menudo en este asunto se pasa con rapidez de los fenómenos a la Ontología, de las afirmaciones y las experiencias a las declaraciones sobre la existencia. Mucho de lo que el mundo antiguo (y una parte del moderno) creía ser posesión diabólica, hoy se puede explicar como enfermedad mental. Otros fenómenos son también susceptibles de explicación a partir de una mejor comprensión del mundo físico. Aun así, como reconoce la mayoría, existen ciertos casos, incluidos algunos del presente, que parecen demandar que se vea la presencia de espíritus malignos como parte de la realidad.⁷⁴ No obstante, éstos son comparativamente pocos y no han de convertirse en el centro de atención.

Con frecuencia se ha subrayado que la mayor arma de Satanás consiste en convencer al mundo de que no existe. Esto es probablemente cierto. ¿Pero de qué sirve conocer *su* existencia? Únicamente para evitar que el mal consiga engañarnos.

Significado Contemporáneo

A lo largo de Efesios se nos ha dirigido un mensaje a la mente y a la voluntad. Pablo deseaba producir en sus lectores una acción informada, y demandaba de ellos una respuesta seria. Para aplicar este texto, también nosotros hemos de sentirnos motivados a una acción informada. La carta a los Efesios nos ofrece un estupendo material para la meditación, sin embargo la única respuesta apropiada es una enérgica obediencia.

Fortaleza, alerta y disposición. El mandamiento a «fortalecernos en el Señor» presupone que Dios anhela nuestra energía y firmeza, y está dispuesto a que se haga realidad en nosotros; por ello, cualquier falta de fortaleza se debe a nuestro descuido. Estas palabras asumen también que tal fortalecimiento no es algo automático, sino el producto de cultivar una relación más estrecha con Cristo. Es una decisión que tomamos con respecto a la relativa importancia de la vida con Cristo.

Este mandamiento da también por sentado que necesitamos fuerza. A pesar de todas sus alegrías, la vida es una experiencia difícil y llena de dificultades, desafíos y trampas. Algunas de estas experiencias proceden de la enfermedad y de la muerte, otras de lo que hacen otras personas, y otra parte de nuestros propios egos. Sean cuales sean las circunstancias, sin embargo, la vida en Cristo requiere la totalidad de nuestro ser. Tanto el modelo como el desafío son elevados, pero lo es igualmente la ayuda que se nos brinda. La fortaleza que se nos ofrece es la del propio Espíritu de Dios.

Si vas en busca de una religión que te haga sentir cómodo, el cristianismo no lo es, a pesar de todo su acento en la paz y en las bendiciones. No es una religión para los débiles o perezosos. Los cristianos pasivos no pueden hacer la voluntad de Dios; la etiqueta misma de «cristiano pasivo» es un oxímoron. Se está librando una batalla, y contrariamente a lo que pensamos erróneamente, no vivimos en territorio neutral. Solo podemos vivir para Dios o contra él. Las decisiones que tomamos reflejan necesariamente el carácter de Dios o el del pecado. Como señala Leon Morris, la inercia puede llevarte al pecado, pero no a la justicia.⁷⁵

Para la mayor parte de nosotros, esto significa que nuestra meta es errónea. Buscamos una vida sin preocupaciones que no existe. Nuestras concepciones de la vida y especialmente de la jubilación han de cambiar. La meta de la vida no es la construcción de nuestro paraíso idílico particular; los cristianos no están llamados a la tranquilidad. Sí, se nos llama a la paz, pero se trata de una paz en medio de la lucha. Esta clase de paz no nos convierte en personas inactivas, sino dispuestas a hacer la voluntad de Dios.

Necesitamos principalmente un sentido de urgencia y de nuestro propio peligro, y

una conciencia del conflicto. Sin embargo, muchos de nosotros somos culpables de confraternizar con el enemigo. Si para movernos por la red de carreteras se hace necesario conducir con prudencia y ojo avizor, sin duda mantenernos en alerta y evitar los errores es vital para desempeñarnos en la vida, que, en general es mucho más peligrosa que conducir un coche. La vida cristiana requiere atención; ¡prestémosela!

Las sociedades occidentales, hemos gastado enormes cantidades de dinero preparándonos contra la hipotética agresión de otros países. Radares, bombarderos fantasmas, portaviones, visores nocturnos de todo tipo, misiles, y muchas otras sofisticadas armas tanto ofensivas como defensivas diseñadas para proteger nuestra forma de vida. Tenemos un buen contingente de personal militar especializado dedicado a estudiar toda posibilidad concebible de ataque para nuestra seguridad. A nivel local tenemos fuerzas policiales y guardias de seguridad, instalamos luces y cercas, y ponemos sofisticadas cerraduras en las puertas. Sin embargo, a pesar de toda esta prevención en el ámbito físico, no ponemos guardias para proteger nuestra vida moral o la moralidad de nuestra sociedad. Nadie estudia y rastrea las posibilidades de ataque. Por ello, nuestra «forma de vida» está siendo destruida. Se han producido ataques en nuestras escuelas y universidades, en la música y en el cine, en los tribunales de justicia, y en las iglesias. Los cristianos han vivido tan desprevenidos que ni siquiera se han dado cuenta de que han sido hechos prisioneros.

Nuestra capacidad de fortaleza y preparación depende de nuestra conciencia de dos cuestiones: la realidad de este mundo y la de la vida con Dios en Cristo «en las regiones celestiales». La mayor parte de nosotros solo somos conscientes del mundo en que vivimos. Vivimos determinados por sus definiciones, intereses y fuerzas. Esta conciencia de la realidad de Dios nos ofrece una perspectiva desde la cual evaluar este mundo y saber que no da la talla, que el mal está presente, y que se requieren cambios. Ser determinados por Dios, sus definiciones, y su Espíritu significa ser fortalecidos y preparados. El texto nos interpela, «¿en qué realidad quieren vivir?» y nos llama a mantenernos firmes contra el mal de este mundo y a ser como Dios. Este es el propósito del Evangelio, que como don y desafío que es, fortalece y prepara. ¡Vívelo!

Poderosa, pero no militante. Puede que no sea necesario decirlo, pero muy a menudo la Iglesia ha entendido mal las metáforas de la lucha y las ha interpretado como licencia para la violencia. Nuestras batallas se libran manteniendo una posición firme contra las seducciones del mal, no destruyendo a otras personas. La afirmación del versículo 12 es importante: Nuestra lucha no es contra otros seres humanos; ellos no son el enemigo. Hacer daño a las personas no es compatible con la fe cristiana. No podemos olvidarnos de repente del amor tolerante, la paciencia y la paz cuando nos encontramos con personas que obran mal. Aun en estos casos, lo que nos define y prepara sigue siendo la verdad, la justicia, la disposición, la fe, y el Evangelio, no la

mala voluntad, la calumnia, la ira, y la violencia. El modo en que libramos nuestras batallas es el testimonio más elocuente de nuestra fe.

Es evidente que estos comentarios afectan directamente al modo en que los cristianos interactúan en controversias sobre cuestiones de carácter social como el aborto y la homosexualidad. La aceptación de estas prácticas por parte de nuestra sociedad es errónea,⁷⁶ sin embargo, si al rechazar el pecado actuamos de un modo anticristiano ¿en qué nos hemos convertido? La violencia no es un recurso lícito ni efectivo para conseguir lo bueno. Un judío de la Antigüedad lo expresó correctamente: «La persona que intenta hacer el bien por medio de la violencia es como el eunuco que desea seducir a una joven» (Eclesiástico 20:4). Es discutible que el pacifismo absoluto sea una opción válida en un mundo pecaminoso, pero no lo es que los cristianos sean por definición personas de paz. A lo largo de su historia, la Iglesia ha violado reiteradamente y de manera dolorosamente atroz el propio Evangelio que custodia. ¡Que no suceda nunca más!

No temer mal alguno. En la contraportada de una novela cristiana de reciente aparición se afirma, «No temer al mal no es ya una opción válida». Puede que sea divertido leer novelas, sin embargo desde una perspectiva teológica, este comentario bordea la blasfemia. ¡Qué tono tan distinto del de los salmistas, Jesús, y Pablo! ¡Cuán distinto del comentario de Martín Lutero sobre el diablo, «una pequeña palabra le derribará»!⁷⁷

Uno de los ingredientes clave de la vida cristiana es una perspectiva equilibrada sobre el mal. Por una parte, éste no puede tomarse a la ligera; es un poder destructivo que requiere nuestra vigilancia. Por otra, el mal y sus personalidades son obvios farsantes. Según el Nuevo Testamento, Satanás es más una molestia que una fuerza colosal y abrumadora. La amenaza del peligro es real, sin embargo este enemigo está derrotado, no tiene control, y su poder es limitado. ¿Teme acaso Dios al mal o al diablo? El mero pensamiento es absurdo. Sin embargo, Dios nos da la armadura que utiliza para derrotar al mal. ¿Por qué hemos de tener miedo? Hemos de experimentar valor para vivir porque el enemigo ha sido derrotado.

El mal es una trampa. ¿Cómo podemos hacer justicia a la amenaza que supone el mal sin magnificar su papel? ¿Qué es el mal al fin y al cabo? El mal es una violación de los límites y supone asignarnos a nosotros mismos o a las cosas un valor que ni los unos ni las otras poseemos. Es una rebeldía contra la persona de Dios y contra los límites y valores que él ha designado. Los Diez Mandamientos y otras enseñanzas éticas de la Biblia señalan tales límites y los valores que tienen Dios, los padres, la propiedad, la propia vida, el uso de nuestro cuerpo, los hechos, y otras personas. El mal nos tienta a cambiar los límites para que Dios no reciba la adhesión que le debemos y para que, por tanto, la propiedad, la vida, y la dignidad de los demás sean redefinidos a nuestro favor. El mal tiene sus raíces en el centro de nuestro ser en nuestro deseo de obtener lo

mejor para nosotros mismos. Esta es la razón por la que el mal es una trampa; siempre nos parece algo bueno para nosotros, pero no pregunta nada con respecto a Dios u otras personas, ni sobre sus efectos a largo plazo. Cuando seguimos este planteamiento, los límites y valores por los que Dios ordena la vida se desvirtúan.

Las fuerzas espirituales del mal que se describen en Efesios nos tienden una trampa, desean engañarnos para que cambiemos los límites. Algunas trampas se reconocen fácilmente, puesto que vemos los caminos de destrucción que han abierto anteriores cautivos. Otras apenas las notamos, pues hemos aceptado la nueva valoración. En la mayoría de los casos no se nos plantea una elección entre algo evidentemente malo y algo bueno, sino entre dos opciones aparentemente buenas y correctas. Como señala Walter Wink, Satanás observa nuestras inclinaciones y nos empuja en la misma dirección de nuestra propensión. Es difícil discernir la voluntad de Dios en un campo en el que Satanás está dispuesto a ponerse el uniforme de cualquiera de los dos equipos.⁷⁸ El mal nos engaña con un bien que solo ha sido ligeramente empujado fuera de sus límites. Con cada decisión que nos lleva ligeramente fuera de los linderos trazamos un nuevo perfil de las fronteras hasta que acabamos perdiendo por completo el propósito de Dios. Esto explica el carácter engañoso del mal, y la razón por la que hemos de velar.

No pongamos la mirada en el mal o el diablo. Yo creo en lo diabólico, no por necesidad, sino porque el texto lo requiere. Sin embargo, creer en lo diabólico no me ayuda especialmente, puesto que con esta creencia o sin ella, he de seguir enfrentándome al mal. Pero la meta es evitar el mal, no centrar mi atención en él. A menudo, los cristianos cometen el error de prestarle al diablo mucha más atención de la debida. El diablo les resulta más interesante que Dios, y le prestan más atención que a él. Esto es una retorcida clase de idolatría, y precisamente lo que quiere el mal. Si alguien se siente fascinado por el mal, será seducido por él. El Nuevo Testamento nos instruye para estar atentos y mantenernos firmes contra el diablo y buscando lo bueno, y él huirá de nosotros.⁷⁹

Centrarnos sobre el mal o el diablo tiene varias consecuencias negativas, entre ellas:

- (1) La atención se desvía de Dios al mal.
- (2) Se elude la responsabilidad de nuestra mala conducta que pasa de nuestra depravación a algo fuera de nosotros.
- (3) La confesión y el cambio se hacen más difíciles.
- (4) Se atenúa nuestro sentido de fortaleza y valor.

Al poner la mirada en el mal nos destruimos a nosotros mismos, mientras que poniéndola en Dios encontramos vida y protección. Dios merece nuestra atención; el mal no. Al pedirnos que nos pongamos la armadura de Dios, el texto desvía nuestra

atención del mal y la dirige a Dios y a sus propósitos.

¿Pero qué hay de la posesión diabólica y los exorcismos? A los humanos les encanta lo estrambótico y poco común, no es pues extraño que la posesión diabólica fascine por igual a cristianos y no cristianos. El mal es a menudo tan real, abrumador y personal que la idea de la posesión diabólica se hace comprensible. No cabe duda de que el Nuevo Testamento asume la realidad de la posesión diabólica, al menos dentro de ciertos parámetros, y la Iglesia ha intentado dar respuesta a este fenómeno. Tanto las disposiciones protocolarias de adoración católico romanas como las anglicanas incluyen servicios de exorcismo.

Por otra parte, acercarnos a esta cuestión requiere prudencia. El exorcismo no aparece en ninguna de las enumeraciones de dones del Espíritu, y como se ha indicado antes, el don de discernimiento de espíritus tiene que ver con los falsos profetas y sus enseñanzas, no con la detección de demonios. Además, la Escritura no ofrece criterios para determinar la posesión diabólica. Si fuera posible relacionar 1 Juan 4:1–3 con este tema —lo cual no está nada claro— el único criterio sería de carácter cristológico. Por otra parte, es razonable pensar que, si existe la posesión diabólica, se trata de un fenómeno poco común.⁸⁰ Es absurdo pensar que el cristiano común haya de estar involucrado en este tema. No quiero parecer arrogante restándole importancia a esta cuestión, puesto que para quienes creen firmemente en los demonios, éstos son muy reales. Sin embargo, ni los datos que nos ofrece el Nuevo Testamento, ni los que aporta la medicina moderna nos permiten dar una gran relevancia a los demonios y a los exorcismos.

Es también necesario ser prudentes puesto que un enfoque desequilibrado en la posesión diabólica acaba siendo destructivo. Sugerir que alguien está poseído, neutraliza la concepción que tal persona tiene de sí misma así como su capacidad de enfrentarse con el problema. La persona en cuestión ya no se siente responsable del problema. No hay duda de que, cuando un cristiano bienintencionado pero ingenuo afirma que un niño epiléptico o con síndrome de alcoholismo fetal tiene un demonio, no está ayudando a nadie. Por otra parte, tópicos simplistas como «ante la duda, exorcismo» delatan una ignorancia intolerable acerca del cristianismo y de la Humanidad. A menudo este tipo de esfuerzos de liberación son soluciones rápidas y efímeras.⁸¹ La posibilidad de posesión diabólica debería abordarse con la mayor prudencia, y preferiblemente solo con la ayuda psiquiátrica cristiana.

Caben otras dos importantes puntualizaciones. (1) Las personas han de verse como responsables de su maldad. A algunas personas les gusta la idea de estar poseídas, puesto que ello les exime de cualquier responsabilidad, y necesidad de confesar sus pecados y arrepentirse. (2) Hay que advertir a las personas sobre los peligros del esoterismo, el satanismo, y prácticas similares. La correlación entre quienes se interesan en el ocultismo y las experiencias calificadas como «posesión diabólica» es

muy elevada.⁸²

¿Pueden los cristianos ser poseídos u oprimidos? El Nuevo Testamento no nos permite pensar que un cristiano pueda ser poseído por un demonio, y desde un punto de vista teológico no tiene sentido afirmar que alguien pueda ser habitado por el Espíritu de Dios y por otro espíritu. Los cristianos han de preocuparse de la legitimidad de su fe, no sobre si pueden o no ser poseídos por un demonio.⁸³

Otra cosa es que un cristiano pueda ser oprimido y nuestra respuesta depende hasta cierto punto de lo que queramos decir con el término «oprimido». Es evidente que, para Pablo, su aguijón en la carne era un mensajero de Satanás (2 Cor 12:7) y que Satanás obstaculizó su visita a los tesalonicenses (1 Ts 2:18). En una ocasión, Martín Lutero estaba tan convencido de la presencia del diablo que le arrojó un tintero. Es una cuestión de relevancia. Hablar de opresión demoníaca subraya lo diabólico y le concede un poder mayor del que tiene en realidad. La presencia de una serie de desafortunadas coincidencias en un mundo caído no es demostración de opresión diabólica. Lejos de estimular esta clase de pensamiento, el Nuevo Testamento nos anima más bien a pensar en Cristo y en la fuerza que él proporciona. El mal es una verdadera amenaza, y haríamos bien en ver su presencia en nuestra propia depravación en lugar de preocuparnos del diablo y los demonios.

Orar en todo momento. Los cristianos no han de preocuparse por el mal, puesto que saben orar. En Filipenses 4:6–7, un pasaje similar, Pablo instruyó a sus lectores: no se preocupen por nada, oren por todo, y la Paz de Dios guardará sus corazones. Estemos alertas, sí, pero no nos preocupemos o temamos.

La oración es el ingrediente clave para ser fuertes y vigilantes. Cuando oramos en el Espíritu, éste interactúa con nosotros. El resultado de esta clase de oración es que somos vigorizados e instruidos por el Espíritu. La armadura de Dios nos la ponemos estando en comunicación con Dios. Como las ondas de un radar siguen los movimientos de un avión, la oración nos mantiene vigilantes y en línea con los propósitos de Dios.

Orar *en el Espíritu* no es lo mismo que orar, sin más. Si las encuestas religiosas son exactas, la mayoría de las personas oran, sin embargo, la mayor parte de nuestras oraciones tienden a ser «una enumeración de nuestros deseos» y peticiones de protección. Orar en el Espíritu implica un compromiso con Dios y la ayuda del Espíritu que nos lleva más allá de nuestras preocupaciones inmediatas. La verdadera oración es una actividad integral, que comporta una serie de formas que van desde la alabanza al lamento, de la confesión a la obediencia, y de la contemplación a la intercesión.

Todas las cosas de la vida han de vivirse en oración. Esta es la razón por la que Pablo nos instruye a orar en el Espíritu «en todo momento» (6:18). No podemos pasarnos toda la vida llevando a cabo «un tiempo devocional», pero sí podemos estar

constantemente en comunión con Dios. Los cristianos no han de limitarse a experimentar sus alegrías y problemas, sino que han de evaluarlos en un diálogo con Dios. La oración es una forma de respiración espiritual.

Lo que hemos de hacer es mantener abierto el canal receptor, conscientes de Dios y de nuestra relación con él. Con demasiada facilidad, saludamos a Dios por la mañana o en las comidas, pero no interactuamos con él durante el resto del día. Es crucial establecer ocasiones específicas de oración, pero toda la vida ha de vivirse en oración.

Por otra parte, la oración no es «una vida entre Dios y yo», sino un medio de ser consciente del mundo y de una serie más extensa de relaciones personales. No nos limitamos simplemente a orar por nosotros mismos, sino por todo el pueblo de Dios, y por extensión, por todo el mundo. La oración nos recuerda también la necesidad que tenemos de las oraciones de otras personas. En esta vida no estamos solos: contamos con el apoyo de una comunidad de fe. Si Pablo sentía esta necesidad, también hemos de sentirla nosotros. La oración nos mantiene lejos de un provincianismo espiritual, por medio de la oración expresamos nuestro amor y preocupación, y nos implicamos en los propósitos de Dios.

Esta teología de la oración da también por sentado que la vida no es algo predeterminado, que lo que nos sucede es importante para Dios, y que él se preocupa por nosotros y nos responde. La oración concede relevancia a la vida, puesto que lo que hacemos es importante si nuestra comunión con Dios tiene el potencial de cambiar los resultados. Una vez más, se hace necesario el equilibrio y la prudencia, puesto que la oración no es una manera mágica de dirigir el Universo. Oramos porque, en nuestro tránsito por la vida, estamos comprometidos con Dios y nuestra existencia y conversación con él cambian las cosas.

Representantes de Cristo. Pablo se consideraba a sí mismo como un embajador de Cristo con la responsabilidad especial de comunicar el Evangelio. Aunque los demás cristianos no tienen la misma tarea que él, el hecho mismo de que vivimos en Cristo convierte a cada cristiano en su representante. Nuestro Señor se da a conocer por el modo en que actúa su pueblo. En la sección que trataba la relación entre esclavos y amos vimos que Cristo era el receptor de todas nuestras acciones,⁸⁴ ahora, el que seamos sus representantes pone de relieve que él es también su *origen*. Si nuestra conducta no es representativa de Cristo, habremos fallado en nuestra responsabilidad de vivir como es digno de nuestro llamamiento (4:1).

Como queda claro en el caso de Pablo, el reconocimiento y el estatus no validan el rol, y las circunstancias —aun las trágicas— no lo empuñan. Tal validación es resultado de vivir en relación con Cristo, actuar de acuerdo con su carácter, y hablar de maneras que expresen claramente el Evangelio. Hemos de tomarnos más en serio el aspecto representativo de nuestra fe. El interés del cristianismo no está solo en ir al

cielo, sino en vivir con y para Cristo. En nuestras relaciones con otras personas le representamos y defendemos sus intereses. Una vez más estamos ante una teología que considera que la vida es asombrosamente significativa.

Evangelización. El marcado acento en el Evangelio que se observa a lo largo de toda la carta, hace de Efesios una fuente esencial para reflexionar sobre la evangelización. El hincapié del apóstol en este asunto al final de la carta pone de relieve la importancia que tiene para él. La Palabra de Dios —el mensaje del Evangelio— no es meramente un medio de protección (v. 17), sino también algo a compartir. La evangelización no es *una* de las tareas de la Iglesia, sino la única, puesto que se supone que todo lo que hacemos es para dar a conocer a Cristo. Es evidente que estas afirmaciones no limitan la evangelización a afirmaciones específicas sobre el Evangelio, pero tampoco ofrecen una base para proponer que la evangelización no haya de ser una actividad deliberada. Los cristianos —especialmente los evangélicos— son «el Pueblo del Evangelio».

No hemos de sentirnos culpables acerca de la evangelización, ni tampoco sentir la obligación de decirles algo «cristiano» a las personas con que nos encontramos. Lo que sí necesitamos es desarrollar una integridad de vida con Cristo, dirigida por él, y la sabiduría para saber cómo y cuándo hablar. A pesar de lo importante que, evidentemente, es hablar para explicar las buenas nuevas, la integridad de vida con Cristo lo es más. La mayor parte de nuestra sociedad sufre un empacho de palabras, pero no ha visto la vida de Cristo expresada en la realidad.

Nuestro propósito y oración debería ser el mismo que el de Pablo, quien sentía la necesidad de revelar quién es Cristo, y dispuso su mente para hacer-lo.⁸⁵ Nosotros hemos de hacer lo mismo. Por extraño que parezca, cuando nuestras vidas revelan la suya, adquieren una dignidad y un significado imposibles en ningún otro lugar. *Ciertamente* encontramos la vida perdiéndola. Pablo sabía también que necesitaba palabras adecuadas y libertad para decirlas, y por ello pidió a sus amigos que oraran en consecuencia. También para nosotros sigue siendo necesario pedir la misma sabiduría y libertad para expresarnos de un modo acertado. Y acto seguido, ponernos manos a la obra.

Efesios 6:21–24

Nuestro querido hermano Tíquico, fiel servidor en el Señor, les cuenta todo, para que también ustedes sepan cómo me va y qué estoy haciendo. 22 Lo envió a ustedes precisamente para que sepan cómo estamos y para que cobren ánimo. 23 Que Dios el Padre y el Señor Jesucristo les concedan paz, amor y fe a los hermanos. 24 La Gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor imperecedero.

Sentido Original

El título que la NVI da a esta sección— «Saludos finales»— es poco apropiado, teniendo en cuenta que Pablo no saluda a nadie. Este pasaje tiene más bien dos propósitos: acreditar a Tíquico y el mensaje adicional que éste les ha de entregar (vv. 21–22), y terminar formalmente la carta con una bendición que imparte paz y Gracia a los lectores (vv. 23–24).

Tíquico, el portador de la carta (6:21–22). Las instrucciones relativas a Tíquico encuentran un paralelismo casi literal en Colosenses 4:7–8. Se trata de la similitud más extensa entre estas dos cartas.¹ Ningún otro paralelo entre ellas sobrepasa las siete palabras.² El que alguien que estuviera copiando de Colosenses se pusiera de repente a copiar literalmente no es convincente, especialmente si se tiene en cuenta que Efesios 6:23–24 es muy distinto de la conclusión de Colosenses. En las demás cartas de Pablo no aparecen comentarios sobre sus portadores, a excepción de los elogios a Febe en Romanos 16:1–2, que tienen un propósito distinto. Estas instrucciones solo tienen lógica si Tíquico es realmente el portador de las cartas de Colosenses y Efesios. Es muy probable que Colosenses, Efesios, y Filemón hubieran sido escritas por aquel mismo tiempo y llevadas por Tíquico a sus receptores.

Aunque el correo oficial tenía su propio sistema de transporte y distribución, las cartas privadas eran llevadas por mensajeros particulares, o por conocidos que tenían que viajar al destino deseado. Cuánto más estrecha fuera la relación entre el portador de la carta y el remitente, más se esperaría que aquel aportara información y explicaciones adicionales de los detalles.

La descripción que se da de Tíquico es la misma que la de otros estrechos colaboradores de Pablo.³ Tanto a Tíquico como a los lectores se les llama «hermanos», las dos únicas ocasiones en que esta palabra aparece en la carta (una expresión común de Pablo para aludir a sus colaboradores y amigos cristianos). Al menos en algunos casos se utiliza de manera genérica la forma plural para incluir tanto a los hombres como a las mujeres. Esta palabra pone de relieve el vínculo familiar que sentían los primeros cristianos. La traducción de la NIV «querido hermano» es un poco arcaica. Literalmente, el texto tiene «amado hermano»; en nuestro contexto podríamos decir «apreciado amigo».

Al principio de la carta Pablo describe a sus lectores como «fieles en Cristo Jesús». De manera similar, al final de la carta a Tíquico es un «fiel servidor en el Señor», subrayando la importancia tanto de la fidelidad como de la idea de estar en Cristo. La teología de la vida en Cristo no solo determina la concepción que Pablo tiene de la salvación y de la ética, sino que describe también el modo en que ve a sus amigos cristianos.

Sabemos relativamente poco sobre Tíquico. Hechos 20:4 indica que era oriundo de Asia y que acompañó a Pablo en el viaje a Jerusalén para llevar la recaudación de la ofrenda de las iglesias gentiles a los cristianos de origen judío. Este fue, por supuesto, el viaje en el que Pablo fue arrestado y encarcelado. Según 2 Timoteo 4:12 Pablo envió a Tíquico a Éfeso. Es difícil creer que se trate de algo casual. En Tito 3:12 se menciona la posibilidad de que Tíquico fuera enviado a Tito.

La palabra que en el versículo 22 se traduce como «para que cobren ánimo» tiene varios matices (se traduce «rogar» en 4:1 y «consolar» en 2 Corintios 1:4). Pablo estaba en la cárcel, sin embargo es él quien da ánimo a sus receptores en lugar de buscarlo para sí. Esto también nos ayuda a comprender el propósito de la carta: Efesios es una carta de ánimo.

La bendición final (6:23–24). Ninguna otra carta tiene una despedida como ésta. Todas las epístolas de Pablo terminan con una concesión de Gracia a los lectores, y varias de ellas imparten asimismo paz o amor.⁴ Esta bendición es más completa y litúrgica que la mayoría, lo cual no es sorprendente si se tiene en cuenta el carácter litúrgico de toda la carta. Obsérvese que la expresión «Señor Jesucristo» aparece en dos ocasiones y que se mencionan los cuatro temas fundamentales de la carta: paz, amor, fe/fidelidad, y Gracia.

Doce de las cartas de Pablo tienen el saludo «Gracia a vosotros y paz de Dios» al principio.⁵ Todas sus cartas concluyen con una bendición, que imparte Gracia y varias mencionan la paz en la bendición final o hablan de ella en la última sección de la carta. Pero ninguna otra carta consigna la expresión «paz ... de Dios» o «amor ... de Dios» al final. Esto es un esfuerzo evidente para subrayar que Dios es la fuente de la paz y el amor que se extiende.

La traducción de la NVI «y amor con fe de Dios» es un tanto problemática. No es un sentido imposible, pero se suscitan dos preguntas. (1) ¿Qué está diciendo el texto «que Dios les muestre su paz y amor», o «que ustedes expresen la paz y el amor de Dios»? En las bendiciones cabría esperar la primera opción, sin embargo, la expresión «con fe» fuerza el segundo. (2) ¿Qué significa decir «que Dios les muestre su paz y amor *con fe*?» ¿Pretende acaso decir que la fe es también un don de Dios? Si la palabra fe subraya la fe humana, quizás entonces el amor lo hace también. ⁶

Una comparación de otras bendiciones de este tipo muestra claramente que la Gracia, el amor y la paz —y en ocasiones la misericordia— son elementos típicos de las bendiciones, y que en ellas se expresa el deseo y la petición de que los dones y carácter de Dios se transmitan a los receptores.⁷ En otras palabras, Pablo está diciendo, «que Dios les siga revelando su naturaleza de amor». Las bendiciones son peticiones a Dios o a Cristo para que estén presentes y activos en las vidas de las personas (ver 2 Ts 3:16). Al menos por lo que respecta al amor, la bendición es

esencialmente la misma que la oración de 3:19, para que los lectores conozcan el amor de Cristo.

¿Pero qué significa entonces la expresión «con fe»? Podría ser una forma abreviada de subrayar la importancia de la fe humana, pero la opción más probable es una alternativa a la que no se ha concedido demasiada atención. Recordemos que la palabra que se traduce como «fe» significa también «fidelidad», dependiendo del contexto. Si lo que se subraya es el amor y la *fidelidad* que proceden de Dios y de Cristo, este pasaje tiene más sentido. Con esta opción el texto diría: «Paz a los hermanos y amor con fidelidad de Dios el Padre y el Señor Jesucristo». Esto recuerda las afirmaciones de 1:3 en el sentido de que Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual en Cristo, y 3:12 sobre la fidelidad de Cristo.⁸ Si esta traducción es correcta, los versículos 23–24 subrayan tanto la fidelidad de Tíquico como la de Dios y en ambas se acentúa el amor divino y el de los creyentes.

Una segunda dificultad de traducción aparece al final del versículo 24. Si se traduce literalmente el texto dice: «la Gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo en inmortalidad». ⁹ Estas palabras subrayan la necesidad y el valor de amar a Cristo, sin embargo ¿cuál es el propósito y la conexión de la frase «en inmortalidad»? La NVI ha tomado la expresión «en inmortalidad» como una descripción de aquellos que aman al Señor y la han traducido como «con amor imperecedero». La KJV tiene «en sinceridad»;¹⁰ la NEB traduce «Gracia e inmortalidad». El problema estriba principalmente en comprender dónde debería conectarse la frase «en inmortalidad». Existen varias posibilidades:

- (1) Conectar las palabras a «aman», como ha hecho la NVI.
- (2) Conectarlas a «Gracia», como entiende la NEB.
- (3) Conectarlas a «Señor Jesucristo», subrayando que Cristo ya reina en inmortalidad.
- (4) Verlas simplemente como un modo general y críptico de aludir a las consecuencias eternas del Evangelio.¹¹

La tercera opción parece la más probable, tanto desde un punto de vista gramatical como teológico. Con este enfoque, a los lectores se les recuerda la exaltación de Cristo (1:20–23), su propia posición con él (2:5–6), y la promesa de que todas las cosas serán reunidas en Cristo (1:10). La Gracia de Dios no depende de lo imperecedero de nuestro amor, sino de su fidelidad a lo prometido.¹²

Construyendo Puentes

La aplicación de las instrucciones a Tíquico tiene poca relevancia en nuestros días. La bendición es significativa, pero añade poco o nada a lo que ya hemos encontrado en la carta. Los valores transferibles más importantes de esta sección surgen del cuidado que tenía Pablo de sus amigos cristianos y de los tenues destellos de teología que se expresan en sus deseos para ellos. Pablo se preocupaba hondamente por Tíquico y también por sus lectores. El que Pablo considerara a Tíquico como su colaborador «en el Señor» impartía una dignidad a su persona y a su relación que ninguna otra expresión hubiera podido alcanzar.

La bendición conlleva también una teología. Toda la carta en general y este pasaje en particular se centran en Dios y en Cristo como fuente de la paz, el amor, la fidelidad y la Gracia que los lectores necesitaban para la vida. La bendición nos recuerda que Dios provee a los creyentes lo que éstos necesitan por medio de Cristo, que es el punto de partida de la carta en 1:3. También se insiste en la respuesta humana con las palabras «todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo».

Significado Contemporáneo

Tendemos a ignorar la relevancia de este tipo de textos. Puede que su aplicación sea limitada, pero aun así son importantes para configurar el modo en que vemos a Dios y nos percibimos a nosotros mismos. El punto de vista de Pablo acerca de sus amigos y su preocupación por ellos merecen ser copiados. Al ver a otros cristianos como en el Señor y desearles los dones de Dios, cambiamos la manera en que nos relacionamos con ellos. No podemos extender honestamente la paz y el amor de Dios a personas que no nos preocupan.

Puede que la aplicación más importante del texto sea el recordatorio de que Dios y Cristo son la sustancia de la vida. Ellos son la deseosa fuente de lo que necesitamos para vivir, y lo único que Dios espera de nosotros es una respuesta de amor.

En muchos sentidos la bendición es la apropiación de toda la carta. Dios ha provisto todo lo que necesitas en Cristo; por tanto, ¡vive como es digno de este don!

Nota de Traducción

Como indica claramente el nombre de esta serie de comentarios, éstos se basan en el texto de la *New International Version* (NIV) en su edición original en inglés, y en el de la *Nueva Versión Internacional* (NVI) en su versión española.

Aunque en líneas generales hay una notable correspondencia lingüística entre los textos de la NIV y la NVI, en ocasiones éstos difieren de manera significativa. En aquellos casos en que el autor del comentario hace una precisión exegética o lingüística sobre una frase o palabra de la NIV que no coincide con la redacción de la NVI —porque ésta ha traducido de manera distinta la frase o palabra en cuestión—, se plantea cierta dificultad para la traducción del comentario al castellano. En tales casos, y para mantener la pertinencia de todas las explicaciones del autor, en lugar de consignar la traducción de la NVI hemos traducido literalmente de la NIV. Al hacer esto se consigue mantener el sentido original del comentario y la propiedad de todas las precisiones del autor, aun de las más sutiles, las que podrían surgir, por ejemplo, del uso inexacto de una preposición por parte de la NIV.

Bibliografía comentada

Comentarios de Efesios

Esta lista de obras acerca de Efesios no es, en modo alguno, exhaustiva. Solo he incluido aquellas obras que más probablemente serán provechosas para quienes trabajan en la Iglesia.

Comentarios exhaustivos modernos

Hay tres comentarios que se destacan como principales explicaciones de esta carta. Espero que un cuarto se una a este grupo cuando el comentario de Ernest Best para la New International Critical Commentary salga finalmente a la venta.

Barth, Markus. *Ephesians*. [Efesios] Volúmenes 34 y 34A del Anchor Bible. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1974 (nombrados como vol. 1 y 2 en las notas a pie de página). El comentario de Barth es sin igual. Más de 800 páginas dedicadas a notas explicativas, extensos comentarios teológicos y bibliografías. Las palabras griegas vienen transliteradas y traducidas. Aun en aquellos casos en que las posiciones que adopta el autor no son convincentes, la información que éste proporciona representa un rico recurso para la reflexión. Barth acepta la autoría paulina.

Lincoln, Andrew T. *Ephesians*. [Efesios] Vol. 42 del Word Biblical Commentary. Dallas: Word, 1990. El comentario de Lincoln es exhaustivo (468 páginas), resume bien las cuestiones importantes, y aporta un buen material bibliográfico para profundizar en la comprensión de esta carta. El comentario se basa en el texto griego, pero se presentan traducciones. Lincoln rechaza la autoría paulina.

Schnackenburg, Rudolf. *Ephesians: A Commentary*. [Efesios: Un Comentario] Trad. Helen Heron. Edimburgo: T. & T. Clark, 1991. Aunque es un poco más breve (345 páginas), se trata de un importante comentario técnico, publicado originalmente en alemán y elaborado por un erudito católico. Puede que algunas de sus decisiones sean cuestionables, sin embargo siempre merecen consideración. Cuando el autor utiliza el griego, lo traduce. Schnackenburg rechaza la autoría paulina.

Comentarios exhaustivos antiguos

Abbott, Thomas K. *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Ephesians and to the Colossians*. [Un comentario exegético y crítico a las epístolas de Efesios y Colosenses] International Critical Commentary. Nueva York: Scribner's, 1902. Esta obra no es tan exhaustiva como las tres reseñadas en el apartado anterior, pero aun así, es útil. Se basa en el texto griego, pero no lo traduce, como tampoco las citas en otros idiomas.

Eadie, J. *A Commentary on the Greek Text of the Epistle of Paul to the Ephesians*. [Un comentario al texto griego de la epístola de Pablo a los Efesios] 2ª ed. Nueva York: Carter, 1861. Este extenso comentario (485 páginas), aunque un tanto arcaico y ocasionalmente insólito en sus posicionamientos, sigue siendo lúcido y digno de consideración. Por regla general, traduce las citas en otros idiomas.

Hodge, Charles. *A Commentary on the Epistle to the Ephesians*. [Un comentario a la epístola a los Efesios], Nueva York: Robert Carter and Brothers, 1864. Con sus muchas reediciones, este comentario proporciona 389 páginas de interesantes análisis exegéticos y teológicos. Por regla general se traduce el griego.

Robinson, J. Armitage. *St. Paul's Epistle to the Ephesians*. [La epístola de San Pablo a los Efesios], Londres: Macmillan, 1903. De entre los comentarios antiguos, éste es probablemente el más importante. De hecho, se trata de dos comentarios en uno, puesto que el autor recorre dos veces el texto de Efesios: una vez para su exposición en inglés y la segunda para desarrollar un comentario técnico del texto griego. El material en otros idiomas que se consigna en la segunda sección no está traducido.

Westcott, Brooke Foss. *Saint Paul's Epistle to the Ephesians*. [La epístola de San Pablo a los Efesios], Londres: Macmillan, 1906. Este comentario ofrece mucha información con respecto al texto griego. Aunque un tanto críptica por su brevedad, merece atención. Las 75 últimas páginas del comentario se dedican a la teología de la carta y al análisis de un número considerable de expresiones específicas.

Comentarios más breves, pero útiles

Bruce, F.F., *The Epistle to the Ephesians*. [La epístola a los Efesios], Nueva York: Revell, 1961. Este es el más corto de los dos comentarios de Bruce (136 páginas) y se basa en el texto inglés. Como todas las obras de Bruce, es fácil de entender y ofrece una información bien seleccionada.

_____, *The Epistles to the Colossians, to Philemon, and to the Ephesians*. [Las epístolas a los Colosenses, a Filemón y a los Efesios], The New International Commentary on the New Testament. Grand Rapids: Eerdmans, 1984. Como cabe esperar en estos casos, la información de este comentario coincide en cierta medida con la de su trabajo más breve. Tiene casi 200 páginas y trabaja mucho más con fuentes secundarias. Por regla general, el griego queda relegado a las notas a pie de página.

Caird, G.B., *Paul's Letters from Prison*. [Las Epístolas que Pablo escribió desde la cárcel] Oxford: Oxford Univ. Press, 1976. Este breve comentario tiene 94 páginas con letra de tamaño reducido dedicadas al texto de Efesios en inglés. Aunque breves, los comentarios de Caird son a menudo extraordinariamente agudos y profundos. Este comentario merece ser consultado.

Foulkes, Francis, *The Letter of Paul to the Ephesians*. [La carta de Pablo a los Efesios] The Tyndale New Testament Commentaries. 2ª ed. Grand Rapids: Eerdmans, 1989. La exposición se basa en el texto inglés. Ciertos comentarios ocasionales verdaderamente penetrantes hacen que este comentario sea digno de consideración.

Hendriksen, William, *Efesios, Comentario del Nuevo Testamento*, SLC, Michigan, 1984. Este comentario es más extenso que la mayor parte de los demás dentro de esta categoría (286 páginas). Los aspectos teológico y expositivo de la discusión del texto están respaldados por un notable trabajo exegético. En las notas a pie de página aparecen esporádicamente consideraciones sobre palabras griegas.

Mitton, C. Leslie., *Ephesians*. [Efesios], New Century Bible. Londres: Oliphants, 1976. Un tratamiento práctico del texto inglés de Efesios por parte de un erudito que ha elaborado extensamente la cuestión de la paternidad literaria. Ver comentarios en el apartado correspondiente.

Stott, John R.W., *La nueva Humanidad*. Downers Grove, Ill.: Ediciones Certeza, 1987. También publicado en inglés con el título *The Message of Ephesians*. Este es probablemente el más valioso de todos los comentarios no técnicos de Efesios. Stott es un consumado predicador, pero también un cuidadoso erudito. En este comentario proporciona casi 300 páginas de valiosa exposición del texto en castellano. Todas las menciones del griego se traducen.

Zerwick, Max., *The Epistle to the Ephesians*. [La epístola a los Efesios], Trad. Kevin

Smyth. Nueva York: Crossroad, 1981. A Zerwick se le conoce especialmente por su trabajo de gramática griega, sin embargo este comentario no es técnico. Originalmente publicado en alemán. Zerwick presenta con frecuencia reflexiones sobre asuntos que otros no ven.

Exposiciones y sermones

Calvino, Juan. *Sermons on the Epistle to the Ephesians*. [Sermones sobre la epístola a los Efesios], Londres: The Banner of Truth Trust, 1973 (reimpresión de 1577). Por supuesto, Calvino tiene también un comentario sobre Efesios que merece atención, sin embargo esta obra es una colección de 48 sermones sobre Efesios que ocupan más de 700 páginas! Aunque los sermones son de carácter discursivo, es interesante observar al Reformador de Ginebra dando un importante testimonio de la importancia de Efesios.

Crisóstomo, Juan. *Homilies on Ephesians. Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*. [Homilías sobre Efesios. Padres nicenos y post nicenos de la Iglesia Cristiana], Editado por Philip Schaff. Grand Rapids: Eerdmans, 1988. Crisóstomo tiene 24 homilías acerca de Efesios. Son parecidas a los sermones de Calvino, pero por regla general Crisóstomo sigue más de cerca el texto bíblico.

Mackay, John A. *God's Order: The Ephesian Letter and This Present Time*. [El orden de Dios: La carta a los Efesios y el tiempo presente], Nueva York: Macmillan, 1953. Este libro consigna el texto de las conferencias sobre Efesios que Mackay impartió originalmente en la Universidad de Edimburgo. Se trata de reflexiones profundas desde un punto de vista teológico y presentado de manera convincente. Este libro merece ser leído.

Moody, Dale. *Christ and the Church: An Exposition of Ephesians*. [Cristo y la Iglesia: una exposición de Efesios], Grand Rapids: Eerdmans, 1963. Igual que Mackay, Moody era un teólogo. Su predicación sobre Efesios aporta la sustancia de esta exposición. Moody comunica bien el propósito y valor de Efesios.

Morris, Leon. *Expository Reflections on the Letter to the Ephesians*. [Reflexiones expositivas sobre la carta a los Efesios], Grand Rapids: Baker, 1994. Este libro tiene el aspecto de un estudio de la Biblia llevado a cabo por un erudito (exactamente lo que es). No es especialmente técnico, pero sí una exposición del texto bien informada, práctica y sensata.

Monografías útiles

Arnold, Clinton E. *Ephesians: Power and Magic: The Concept of Power in Ephesians in Light of Historical Setting*. [Efesios: poder y magia: el concepto de poder en Efesios en vista de su marco histórico], Nueva York: Cambridge Univ. Press, 1989. Un libro importante sobre un tema importante. En Efesios se subrayan las cuestiones del poder y las fuerzas espirituales, y Arnold ayuda al lector a entender la importancia de estos temas en la iglesia del primer siglo. El autor concede atención exegética a todos los textos pertinentes de Efesios.

Caragounis, Chrys C. *The Ephesian Mysterion: Meaning and Content*. [El Mysterion efesio: significado y contenido], Lund: C.W.K. Gleerup, 1977. Esta monografía es más que una investigación del término *misterio*, ya que el autor analiza varias secciones y temas fundamentales de Efesios.

Hanson, Stig. *The Unity of the Church in the New Testament: Colossians and Ephesians*. [La unidad de la Iglesia en el Nuevo Testamento: Colosenses y Efesios], Uppsala: Almqvist, 1946. Aunque el subtítulo sugiere que este libro versa sobre Colosenses y Efesios, se trata sin embargo de una exposición técnica de la unidad del Nuevo Testamento, con unas cuarenta páginas sobre Efesios. A pesar de la amplitud de su enfoque (o quizá precisamente por esta razón), esta obra representa una útil aportación a la comprensión del tema de la unidad de Efesios.

Lincoln, Andrew T. *Paradise Now and Not Yet*. [El paraíso, ahora y todavía no], Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1981. Es un estudio general del pensamiento de Pablo acerca del cielo y su escatología. Solo unas 35 páginas centran explícitamente su atención en Efesios, sin embargo la importancia que el texto concede a «los lugares celestiales» hace que merezca la pena mencionar este libro.

Andrew T. Lincoln *The Theology of the Later Pauline Letters* [la teología de las cartas paulinas tardías]. Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1993. Se dedican unas 90 páginas a elaborar una explicación de la teología de Efesios, su relación con la teología de Pablo (el autor considera que es un documento seudónimo), y las claves para su aplicación en el periodo moderno.

William Rader. *The Church and Racial Hostility: A History of Interpretation of Ephesians 2:11–22* [La iglesia y la hostilidad racial: una historia de la interpretación de Efesios], Tubinga: J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), 1978. Este libro presenta una crónica de la interpretación de 2:11–22 desde el periodo de los Padres Apostólicos hasta los tiempos modernos e introduce esta historia en la moderna discusión de las relaciones interraciales.

Principales tratamientos de la paternidad literaria

Mitton, C. Leslie. *The Epistle to the Ephesians*. [La Epístola a los Efesios] Oxford: Clarendon, 1951. El estudio de Mitton representa el tratamiento clásico de los argumentos de quienes rechazan la autoría paulina. Mitton lleva demasiado lejos los estudios de los paralelismos entre Efesios y otras cartas del Nuevo Testamento (a excepción de Colosenses) y no hace justicia a la antigua tradición cristiana que subyace tras todos estos escritos.

Van Roon, A. *The Authenticity of Ephesians*. [La Autenticidad de Efesios] Leiden: E.J. Brill, 1974. El beneficio de este monumental estudio no reside únicamente en la orientación de sus argumentos a favor de la autoría paulina, sino también en las 150 páginas que dedica a la investigación de las expresiones de carácter cósmico y antropológico que aparecen en Efesios (p. ej., «lugares celestiales», «poderes», «plenitud», «cuerpo» y «cabeza»).

NOTAS

Efesios 1:1–2

1. Ver 1 Corintios 6:11, donde el término «santificado» es la forma verbal de la palabra «santo.» En el Antiguo Testamento tanto a los israelitas como a los ángeles se les llama «santos» en ocasiones. Este lenguaje fue adaptado para referirse al pueblo de Dios del Nuevo Testamento.
2. Respecto a la cuestión textual relativa a si la expresión «en Éfeso» pertenece al texto original y el asunto del destino de la carta, ver pp.28 y 29 de la Introducción.
3. Ver especialmente los comentarios sobre 1:3–14; 2:5–7, 11–22.
4. Acerca del tema de estas tensiones en el material bíblico, ver mi obra *Between Two Truths* [Entre dos verdades] (Grand Rapids: Zondervan, 1990).

Efesios 1:3–14

1. Ver la obra de Mackay, (p. 17), quien utiliza esta expresión como una descripción de toda la carta.
2. Una situación similar se produce en 1 Tesalonicenses 1–3, donde también es difícil determinar dónde termina la oración de Pablo.
3. Ver pp. 48-51, 53..
4. Las doxologías de 2 Corintios 1:3–7 y 1 Pedro 1:3–9 comienzan del mismo modo: «Alabado sea [Bendito sea] el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.»
5. En la NVI: «Alaba, alma mía, al Señor.»
6. Así en la NVI. Ver también Romanos 1:25 y 9:5.
7. Ver la obra de Gordon D. Fee, *God's Empowering Presence: The Holy Spirit in the Letters of Paul* [La presencia capacitadora de Dios: el Espíritu Santo en las cartas de Pablo] (Peabody, Mass.: Hendrickson, 1994), 666–67.
8. Ver la obra de Stott, *La nueva humanidad*, (p. 35 del original en inglés), quien sugiere: «el mundo invisible de realidad espiritual», y la de Schnackenburg, *Ephesians: A Commentary* [Efesios: un comentario], (p. 51), quien propone «el área y efectividad de la actividad de Dios o la de los “poderes” impíos.»
9. Además de las 164 veces que la expresión «en Cristo» aparece en las cartas de Pablo, el equivalente griego de la frase «en el Espíritu» aparece 22 veces (5 en Efesios), y «en Dios» aparece 3 veces (ninguna en Efesios). Obsérvese que 23 de las

36 ocasiones en que esta expresión aparece en Efesios es en los dos primeros capítulos. Efesios es, por encima de todo, la carta que explica la unión con Cristo.

10. El texto que se traduce más literalmente es: «Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me liberó ...»
11. Ver Gálatas 3:8 en el contexto de Génesis 12:3; 18:18. Cf. también el contraste entre estar «en Adán» y estar «en Cristo» en 1 Corintios 15:22.
12. La enseñanza acerca de la elección de 1:4 se tratará en 1:5–6, aunque pertenece a 1:3 como parte de la principal declaración de la carta.
13. El enfoque sobre la cuestión de la «herencia» y la «posesión de Dios» en 1:14 continúa este pensamiento (cf. Rom 8:14–15, 28–30).
14. T.F. Torrance («Universalism or Election,» [Universalismo o elección] *SJT* 2 [1949], p. 315) definió la elección como «el amor de Dios decretado e insertado en la Historia mediante la vida, la muerte y resurrección de Jesucristo de modo que en su sentido más estricto Jesucristo es la elección de Dios.» Obsérvense las ideas similares en 1 Pedro 2:4–8 y el uso del término «escogido» para referirse a Jesús en Lucas 9:35, un préstamo de Isaías 42:1. Acerca del tema de la elección, ver A.A. Solomon, «The New Testament Doctrine of Election,» [La doctrina neotestamentaria de la elección] *SJT* 11 (1958): 406–22; H.H. Rowley, *The Biblical Doctrine of Election* [La doctrina bíblica de la elección] (Londres: Lutterworth, 1953); William W. Klein, *The New Chosen People: A Corporate View of Election* [El nuevo pueblo escogido: un punto de vista colectivo sobre la elección] (Grand Rapids: Zondervan, 1990).
15. Este mismo problema aparece de nuevo en 3:17 con la expresión «en amor» y en 1:8 con «con toda sabiduría y entendimiento.» En 4:2 y 16 «en amor» aparece al final de la frase o cláusula.
16. Ver la obra de Harold H. Ditmanson, *Grace in Experience and Theology* [La Gracia en la experiencia y en la teología] (Minneapolis: Augsburg, 1977), 57–59.
17. Considérese el reciente libro de C. Marvin Pate, *The End of the Age Has Come: The Theology of Paul* [Ha llegado el fin de la era: la teología de Pablo] (Grand Rapids: Zondervan, 1995).
18. Ver, por ejemplo, su utilización en Lucas 4:18.
19. Esta misma conexión existe en Colosenses 1:14.
20. Ver también 1 Corintios 1:21–30; 2:7.
21. Ver las obras de Raymond E. Brown, *The Semitic Background of the Term «Mystery» in the New Testament* [El trasfondo semítico del término «misterio» en el Nuevo Testamento] (Filadelfia: Fortress, 1968); Chrys C. Caragounis, *The Ephesian Mysterion* [El Mysterion efesio].
22. Varios matices son posibles: la acción de administrar, la responsabilidad de administrar, o el oficio responsable de administrar (ver Lc 16:2; 1 Cor 9:17).

23. Probablemente se ve a Cristo, más que a Dios, como aquel que administra.
24. Cf. Colosenses 1:25–26.
25. Ver Romanos 13:9, el otro único lugar del Nuevo Testamento en que aparece este término.
26. Cf. Colosenses 1:20.
27. Ver Hechos 7:23 o 9:23; ambos pasajes consignan la palabra griega que se traduce como «cumplir.»
28. Siempre que encontramos una construcción «de» en griego, hay que tomar una decisión con respecto al matiz que el autor quiere dar a la frase. Aunque es posible traducir «la verdadera palabra», es muy probable que Pablo haga referencia a «la palabra acerca de la verdad.»
29. Ver 4:30; 2 Corintios 1:22.
30. Acerca del Espíritu en los escritos de Pablo, ver la obra de Gordon Fee, *God's Empowering Presence* [La presencia de Dios que capacita]. En 1:14 se plantea una cuestión textual acerca del género del pronombre griego que alude al Espíritu. Lo que está en juego no es la naturaleza personal del Espíritu, sino precisar el antecedente del pronombre.
31. Solo cinco textos de las cartas de Pablo hacen referencia a Cristo en nosotros: Romanos 8:10; 2 Corintios 13:5; Gálatas 2:20; 4:19; Efesios 3:17. Colosenses 1:27 ha de entenderse como «Cristo entre ustedes, la esperanza de gloria,» i. e., Cristo entre los gentiles.
32. En Gálatas 2:17 se hace referencia a que la justificación se produce «en Cristo.»
33. Ver, por ej., Romanos 8:1–4; 2 Corintios 5:14–21; Gálatas 2:19b–20; Filipenses 3:8–10; Efesios 2:4–10.
34. Ver la obra de James S. Stewart, *A Man in Christ* [Un hombre en Cristo] (Londres: Hodder and Stoughton, 1936), 154: «Cuando hablamos de estar “en Cristo” estamos, de manera consciente o inconsciente, haciendo una confesión de fe, puesto que enmarcamos una cristología.»
35. El término fe es la forma sustantivada de la palabra «creyeron» de 1:13.
36. Ver pp. 62–63.
37. Walter Wink, *Engaging the Powers: Discerning and Resistance in a World of Domination* [Combate con los poderes: discernir y resistir en un mundo de dominación] (Minneapolis: Fortress, 1992), 160
38. Esta descripción procede de la obra de Émile Durkheim, *The Elementary Forms of the Religious Life* [Las formas elementales de la vida religiosa], trad. Joseph Ward Swain (Glencoe, IL: The Free Press, 1947). Lamentablemente, en su adoración, muchas comunidades solo se proyectan a sí mismas y no encuentran a Dios.
39. Citado sin referencia en la obra de Richard Foster, *Prayer: Finding the Heart's True*

Home [Oración: el hallazgo del verdadero hogar del corazón] (San Francisco: Harper, 1992), 243.

40. Abraham Joshua Heschel, *Quest for God: Studies in Prayer and Symbolism* [La búsqueda de Dios: estudios sobre oración y simbolismo] (Nueva York: Crossroad, 1990), 5 (cursivas del autor).
41. Thomas Wright, *Bringing the Church to the World* [Llevar a la Iglesia al mundo] (Minneapolis: Bethany, 1992), 51. Wright considera también el elevado coste de la idolatría.
42. Ver también Hechos 17:28, que dice que en Dios vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser.
43. Ver el tratamiento que hace Pablo de estas ideas en relación con la conducta sexual en 1 Corintios 6:15–20.
44. Comentario del teólogo sueco, Runar Eldebo durante una conversación que mantuvimos.
45. Wendell Berry, «Men and Women in Search of Common Ground,» [«Hombres y mujeres en busca de un terreno común»], *Home Economics* (San Francisco: North Point Press, 1987), 115 (la cursiva es del autor).
46. Karl Barth, *Ethics* [Ética], ed. Dietrich Braun, trad. Geoffrey W. Bromiley (Nueva York: Seabury, 1981), 499.
47. Cf. Romanos 8:9–15; 1 Juan 4:13.

Efesios 1:15–23

1. Obsérvense las palabras, expresiones y conceptos: «riquezas de su gloria», «Espíritu», «poder», «creencia», «conocimiento de lo que se posee en Cristo», «llenar», «plenitud» e «iglesia».
2. Romanos 5:1–5; 1 Corintios 13:13; Gálatas 5:5–6; Efesios 4:2–5; Colosenses 1:4–5; 1 Tesalonicenses; 5:8; Hebreos 6:10–12; (cf. 10:23–24); 1 Pedro 1:21–22. La pregunta textual relativa a si «amor» pertenece a Efesios 1:15 debería responderse de manera afirmativa.
3. Ver pp. 73-74. Como en la doxología, los cinco términos aparecen en Gálatas 5:4–7; Efesios 4:2-15; Colosenses 1:4–6.
4. Ver también Romanos 6:4; 8:18; 2 Corintios 3:18.
5. Técnicamente, podría tratarse de un genitivo hebraico: «El padre caracterizado por la gloria.»
6. La palabra griega *pneuma* («espíritu») aparece catorce veces en Efesios, doce de las cuales alude al Espíritu Santo (1:13, 17; 2:18, 22; 3:5, 16; 4:3, 4, 30; 5:18; 6:17, 18). Esta palabra se utiliza para aludir al gobernante de este mundo en 2:2, y al espíritu humano en 4:23. En Efesios el Espíritu Santo es la garantía de la salvación (1:14;

- 4:30), un revelador (1:17; 3:5), la base de la unidad (2:18; 4:3–4), el constructor de la Iglesia (2:22), un poder presente (3:16), la fuente de la vida (5:18), y el medio de nuestro servicio (6:17–18).
7. Ver la exposición al respecto por parte de Gordon Fee en su obra, *God's Empowering Presence: The Holy Spirit in the Letters of Paul* [La presencia de Dios que capacita: el Espíritu Santo en las cartas de Pablo] (Peabody, Mass.: Hendrickson, 1994), 674–76.
 8. Otros varios pasajes señalan también hacia el futuro (ver 1:10, 12, 14; 2:7; 3:11; 4:13, 30; 5:5; 6:8–9).
 9. C.F.D. Moule, *The Meaning of Hope* [El significado de la esperanza] (Filadelfia: Fortress, 1963), 11, citando a M. Warren.
 10. Ver pp. 56–68.
 11. Cf. Hechos 4:2; 1 Corintios 15:20–24.
 12. Ver pp. 57–58.
 13. El Nuevo Testamento se refiere más frecuentemente al Salmo 110:1 que a ningún otro texto del Antiguo Testamento: ver Mateo 22:44, Marcos 12:36, Lucas 20:42–43; Mateo 26:64, Marcos 14:62, Lucas 22:69; [Marcos 16:19]; Hechos 2:34–35; Romanos 8:34; Colosenses 3:1; Hebreos 1:3, 13; 8:1; 10:12–13; 12:2; 1 Pedro 3:22.
 14. Clinton E. Arnold, *Ephesians, Power, and Magic: The Concept of Power in Ephesians in Light of its Historical Setting* [Efesios, poder y magia: el concepto de poder en Efesios en vista de su marco histórico] (Grand Rapids: Baker, 1992). Este autor sugiere que la meta de esta oración de Pablo es la apropiación por parte del cristiano del extraordinario poder que este tiene a su disposición.
 15. Ver la exposición de 6:10–20, pp. 410–425.
 16. Oscar Cullmann, *The State in the New Testament* [El Estado en el Nuevo Testamento] (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1956), 95–114.
 17. Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:154, 174–75 (la cursiva es del autor).
 18. Walter Wink, *Naming the Powers* [Dar nombre a los Poderes], vol. 1, *The Powers* [Los Poderes] (Filadelfia: Fortress, 1984), 5.
 19. Ver especialmente Romanos 8:34–39; 1 Corintios 15:20–28; Filipenses 2:9–11; Efesios 3:10; 4:8; 6:10–20; Colosenses 2:10–15; 1 Pedro 3:22.
 20. Clinton E. Arnold, *Ephesians* [Efesios], 54–56. Se creía que el conocimiento de las «las cartas» efesias otorgaba poderes mágicos. Obsérvese también Hechos 19:13.
 21. George E. Ladd, *The Presence of the Future* [La presencia del futuro] (Grand Rapids: Eerdmans, 1974), 90, 115. Obsérvese Mateo 12:32 y expresiones similares en Marcos 10:30 y 1 Timoteo 4:8.
 22. Obsérvese la expectativa de que todas las cosas serán reunidas en Cristo (1:10), el interés en las eras venideras (2:7), la referencia a la eternidad a lo largo de todas las generaciones (3:21), la unidad final (4:13), el reino (5:5) y el juicio (6:8).

23. Ver Romanos 12:3–8; 1 Corintios 6:16; 10:14–17; 11:23–34; 12:4–31; Colosenses 1:18–24; 2:6–19; 3:15.
24. Se ha sugerido que procede del gnosticismo, el estoicismo, ciertas ideas semíticas de solidaridad colectiva, la eucaristía, o reflexiones psicológicas del antiguo pensamiento médico. Aunque en nuestros días se descarta el gnosticismo como fuente del pensamiento de Pablo, cualquiera de las otras posibilidades o todas ellas podrían haber jugado un papel importante en el pensamiento del apóstol.
25. La diferencia entre «todas las cosas» y «en todos los sentidos» es mínima, no obstante tal decisión está vinculada a la decisión de si el verbo «llena» está en voz media o pasiva. Si es pasiva, hay que decidirse también por el adverbial «en todos los sentidos».
26. El texto griego no utiliza la palabra *pleroma* la segunda vez en que la NVI vierte «plenitud», sino un participio, «ustedes han sido hechos completos en él.»
27. Ver la obra de Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:203–5. Los intentos de encontrar un trasfondo gnóstico están mal encaminados. Solo los valentinianos del siglo segundo utilizaban *pleroma* con un sentido técnico; ver los argumentos de P.D. Overfield, «Pleroma: A Study in Content and Context,» [Un estudio de contenido y en contexto] NTS 25 (1979): 384–96.
28. C.F.D. Moule, *The Epistles to the Colossians and Philemon* [Las Epístolas a los Colosenses y a Filemón] (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1962), 168.
29. Ver *The Loci Communes of Philipp Melanchthon* [Los Loci Comunes de Felipe Melanchton], trad. Charles L. Hill (Boston: Meador, 1944), 68.
30. Ver su obra *A Critique of Hegel's Philosophy of Right* [Una crítica de la filosofía de lo correcto de Hegel], ed. Joseph O'Malley (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1970), 131.
31. Ver la obra de Hans-Reudi Weber, *Power: Focus for a Biblical Theology* [Poder: enfoque de una teología bíblica] (Ginebra: WCC Publications, 1989).
32. Ver la obra de Paul S. Minear, *To Die and To Live* [Morir y vivir] (Nueva York: Seabury, 1977), 49.
33. Además de la obra de Wink *Naming the Powers* [Dar nombre a los Poderes], (n. 18), ver también *Unmasking the Powers* [Desenmascarar a los poderes], vol. 2: *The Powers* [Los poderes] (Filadelfia: Fortress, 1986) y *Engaging the Powers* [Combate con los poderes], vol. 3: *The Powers* [Los poderes] (Minneapolis: Fortress, 1992).
34. Frank E. Peretti, *This Present Darkness* [Esta patente oscuridad] (Westchester, IL.: Crossway, 1986), y *Prophet* [El Profeta] (Westchester, IL.: Crossway, 1992).
35. Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:147.
36. Wink, *Engaging the Powers* [Combate con los poderes], 160.
37. Véase George M. Marsden, *The Soul of the American University: From Protestant*

Establishment to Established Nonbelief [El alma de la universidad norteamericana: del establishment protestante al establecimiento de la incredulidad], (Nueva York: Oxford Univ. Press, 1994). Ver también el lamento sobre el fracaso de la Iglesia en relación con la mente en la obra de Mark A. Noll, *The Scandal of the Evangelical Mind* [El escándalo del pensamiento evangélico] (Grand Rapids: Eerdmans, 1994).

38. Tertuliano en respuesta a su propia pregunta «¿Qué es la fe?» Citado sin referencia en la obra de James S. Stewart, *The Wind of the Spirit* [El viento del Espíritu] (Nashville: Abingdon, 1968), 53
39. Comparar 1 Corintios 3:21–23 y 2 Corintios 4:7–15.
40. Ver la n. 18 y Wink, *Unmasking The Powers* [Desenmascarar los poderes], 57, 77. Wink llega a tratar de un modo favorable a quienes hablan con los «ángeles de las plantas» (156).
41. Ver la crítica en Michael Scott Horton, ed., *Power Religion: The Selling Out of the Evangelical Church?* [Religión de poder: ¿traición a la iglesia evangélica?] (Chicago: Moody, 1992), y una defensa en Gary S. Greig y Kevin N. Springer, eds., *The Kingdom and the Power* [El reino y el poder] (Ventura, Calif.: Regal Books, 1993).
42. Aunque la mayor parte de este tema queda fuera del ámbito de Efesios, consideraremos de nuevo esta cuestión en el capítulo 6.

Efesios 2:1–10

1. Ver 2:11–13, 19–22; 4:17–24; 5:8; se expresa también esta misma idea en 3:5 y 4:28. Cf. también Romanos 8:9–15.
2. C.L. Mitton, *Ephesians* [Efesios], 155. Ver la exposición de Andrew T. Lincoln, «Ephesians 2:8–10: A Summary of Paul's Gospel» [Efesios 2:8–10: un resumen del Evangelio de Pablo] *CBQ* 45 (1983): 617–30. Sin embargo, ninguno de estos autores acepta la autoría paulina de Efesios, y Lincoln intenta identificar supuestos desvíos del estilo de Pablo como prueba de que no fue el apóstol quien escribió la carta.
3. Algunos han llegado a sugerir que 1:23 debería terminar con una coma en lugar de un punto, pero se trata de una modificación injustificada.
4. De hecho, la rsv toma prestadas las palabras «nos dio vida» de 2:5 y las duplica en 2:1 en un intento de suavizar el pensamiento de Pablo.
5. Literalmente «andaban» en los versículos 2 y 10. Esta palabra dominará las exposiciones éticas de los capítulos 4 y 5 (ver 4:1, 17; 5:2, 8, 15).
6. P. ej., Romanos 7:4–5; 8:12–16; Gálatas 3:29; 4:6. En Efesios ver 2:11–22; 4:1–16; 5:1–2; 6:11–12.
7. Ver la obra de Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:212, 216.
8. Para expresar esta muerte metafórica en el Nuevo Testamento se usa tanto *nekros* como *thanatos*.

9. Este lenguaje era bastante común tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento y en otras fuentes judías (ver Sal 88:3–6; 143:3; Ez 37:11–14; Mat 8:22; 23:27; Lc 15:24; Rom 5:12–21; Ef 5:14; especialmente 1 Tim 5:6 [con referencia a las viudas buscadoras de placeres que están muertas aunque viven] y Apoc 3:1 [aludiendo a la iglesia de Sardis, que tenía la reputación de estar viva, pero estaba muerta]).
10. Ver especialmente Romanos 5:12–21; 6:15–23; 7:5, 24; 8:6–13.
11. Ernest Best, «Dead in Trespasses and Sins,» [Muertos en delitos y pecados] *JSNT* 13 (1981): 16.
12. Las dos palabras se usan indistintamente tanto en singular como en plural (p. ej., Rom 5:20; Col. 1:14; 2:13. Respecto a la palabra «pecado» (*hamartia*), de las 64 ocasiones en que aparece en los escritos paulinos, 48 es en el texto de Romanos, y de ellas solo tres está en plural. En Romanos, Pablo no ve principalmente el pecado como malas acciones individuales sino más bien como el tirano que domina la vida humana. Sin embargo, de las 16 ocasiones en que este término aparece fuera de Romanos, 9 está en plural.
13. Ver Romanos 6:4; 8:4; 1 Corintios 3:3; 7:17; 2 Corintios 4:2; Gálatas 5:16. Este uso de «andar» también se produce en la literatura joanina y en otros lugares del Nuevo Testamento (por. ej., Juan 8:12; 11:9–10; 1 Jn 1:6–7; Hch 21:21).
14. Ver pp. 51, 53, 59–60, 70–71, 78–79..
15. El intento por parte de Schnackenburg, (*Ephesians: A Commentary* [Efesios: un comentario], 91 y 96), de ver en el término «era» que aparece en 2:2 la personificación de un ser no hace justicia al significado temporal de esta palabra en 1:21 y 2:7.
16. Comparar Gálatas 1:4, que habla de que los cristianos son rescatados de este mundo malvado, y Romanos 12:2, que advierte al creyente a no conformarse al mundo actual (niv, «el patrón de este mundo»).
17. Comparar las expresiones «el príncipe de este mundo» que encontramos en Juan 12:31; 14:30; 16:11, y «el príncipe de los demonios» en Mateo 9:34; 12:24, donde el término «príncipe» (*archon*) traduce la misma palabra que aquí se vierte como «el que gobierna». Las alusiones a «gobierno» o «poderes» en Efesios 1:21, 3:10; 6:12 traducen el término relacionado *arche*.
18. *Exousia*; la NEB traduce este término singular como un sustantivo colectivo, «poderes espirituales,» pero este sentido no tiene justificación.
19. Ver la obra de Clinton E. Arnold, *Ephesians, Power, and Magic*, [Efesios, poder y magia] 60–61; Everett Ferguson, *Demonology of the Early Christian World* [Demonología del mundo cristiano antiguo] (Lewiston, N.Y.: Edwin Mellen, 1984). 45–47, 75–86.
20. Walter Wink, *Naming the Powers* [Dar nombre a los Poderes], vol. 1: *The Powers* (Filadelfia: Fortress, 1984), 83. Es posible que el término *exousia* («autoridad», que

se traduce como «reino») sea un genitivo de aposición. Si esto es así, habría que traducir «el gobernante, la autoridad del aire.»

21. Esta utilización negativa del término «espíritu» es rara en los escritos de Pablo (se advierte solo en 1 Cor 2:12; 2 Cor 11:4; 2 Ts 2:2 [niv, profecías]; 1 Tim 4:1).
22. Ver Juan 3:36; Romanos 2:8; 10:16, 21; 15:31; Hebreos 3:12, 18–19; 4:2, 6, 11.
23. Comparar Deuteronomio 25:2, donde «merece que lo azoten» es literalmente «hijo de azotes» y 1 Samuel 26:16, donde «merece morir» traduce la expresión literal «hijos de muerte».
24. El contraste con la misericordia de Dios en el versículo 4 parece requerir que la ira del versículo 3 sea también presente.
25. Aquí significa prácticamente «costumbre» y representa la utilización más laxa de este término.
26. Es objeto de debate si con la expresión «por naturaleza objetos de la ira de Dios» Pablo pretende hablar del pecado original. El semitismo «hijos de ira» que subyace tras esta expresión no alude a bebés. Pablo está haciendo referencia a personas adultas, no a niños, de manera que esta parte de la afirmación no habla del pecado original. La palabra clave es «naturaleza». Probablemente, es mejor decir que este texto da por sentada una doctrina del pecado original que afirmar que la enseña. Ni aquí ni en ningún otro lugar se explica cómo consigue el pecado entrar o propagarse; no obstante, se presupone que el pecado ha emponzoñado a la raza humana. Este texto se parece a la exposición que hace Pablo en Romanos 5:12–14. El argumento más fuerte para la relevancia de Efesios 2:3 con respecto a la doctrina del pecado original es la que recientemente ha publicado David L. Turner, «Ephesians 2:3c and Pecattum Originale» [Efesios 2:3c y Pecattum Originale], *GTJ* 1 (1980): 195–219.
27. El amor de Dios aparece en 1:4, 6 y 5:1; el amor de Cristo, en 3:18–19; 5:2, 25. Ver también Romanos 5:5, 8; 8:35, 39; 15:30; 2 Corintios 13:11, 13; Colosenses 3:12; 1 Tesalonicenses; 2 Tesalonicenses 2:13, 16.
28. Ernst Käsemann popularizó esta expresión. Ver su trabajo «"The Righteousness of God" in Paul,» [La justicia de Dios en Pablo] *New Testament Questions of Today* (Londres: SCM, 1969), 174–76. La propuesta de Barth (*Ephesians* [Efesios], 1: 220) en el sentido de que «nos dio vida con Cristo» tiene un doble sentido y alude tanto a la resurrección con Cristo como a la unión de judíos y gentiles, es poco convincente.
29. Otros textos subrayan también el papel del Espíritu en la salvación (p. ej., Rom 5:5; 8:9–17 [obsérvese el contraste muerte-vida presentado en 8:10]; 1 Cor 6:11; 12:3, 13; Gál 3:2–6; Ef 2:18).
30. Ver 1:7; 2:13, 15–16; 5:2.
31. En la p. 104 se pone de relieve la importancia de hacer referencia al «doble acontecimiento» de la muerte y la resurrección de Cristo.

32. Ver Romanos 6:1–14; 7:4; 8:11–13; 1 Corintios 10:16; 2 Corintios 4:10–12; Gálatas 2:19–20; 6:14; Filipenses 3:9–10; Colosenses 2:12–13; 3:1–4; 2 Timoteo 2:11–13.
33. Ver pp. 57-59.
34. Morris, *Expository Reflections on Ephesians*, [Reflexiones expositivas sobre Efesios] 50–51.
35. Ver pp. 48-51, 53, 59-60, 70-71 78-79.
36. Lewis B. Smedes, *Union with Christ: A Biblical View of New Life in Jesus Christ* [Unión con Cristo: un punto de vista bíblico sobre la nueva vida en Jesucristo], (Grand Rapids: Eerdmans, 1983), 59.
37. Ver la obra de Robert C. Tannehill, *Dying and Rising with Christ* [Morir y resucitar con Cristo] (Berlin: Verlag Alfred Töpelmann, 1967), 1.
38. Ver el trabajo de Käsemann, «"The Righteousness of God" in Paul,» [«La justicia de Dios» en Pablo] 170–76; E. P. Sanders, *Paul and Palestinian Judaism* [Pablo y el judaísmo palestino] (Filadelfia: Fortress, 1977), 463–72, 506–8; *Paul, the Law, and the Jewish People* [Pablo, la Ley, y el pueblo Judío] (Filadelfia: Fortress, 1983), 4–10. Morna Hooker tiene varios artículos que proponen el «intercambio» como una útil explicación de la salvación. Este concepto de «intercambio» se resume en la declaración «Él se hizo lo que somos para que nosotros podamos ser lo que él es» (de Ireneo, *Contra las Herejías*, Prefacio). Ver su «Interchange in Christ,» [Intercambio en Cristo] *JTS* 22 (1971): 349–61; «Interchange and Atonement,» [Intercambio y expiación] *BJRL* 60 (1978): 462–81; «Interchange and Suffering,» [Intercambio y sufrimiento] en *Suffering and Martyrdom in the New Testament* [Sufrimiento y martirio en el Nuevo Testamento], ed. William Horbury y Brian McNeill (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1981), 70–83; y «Interchange in Christ and Ethics,» [Intercambio en Cristo y Ética] *JSNT* 25 (1985): 3–17. Cf. Jn 5:24; 1 Juan 3:14.
39. En las cartas paulinas se utiliza el verbo «salvar» (sozo) 29 veces y el sustantivo «salvación» (*soteria*) en 19 ocasiones. Por regla general, Pablo tiene en mente nuestra salvación futura (Rom 5:9–10), sin embargo también utiliza estos términos para aludir a un suceso del pasado (Ro. 8:24) o a algo que se experimenta en el presente (1 Cor 1:18; 2 Cor 6:2).
40. El elemento futuro, el aspecto «todavía no» del cristianismo, no se menciona aquí aunque está presente en otros pasajes de Efesios (1:10, 14; 4:30; 5:5).
41. Ver la pp. 73–74.
42. Estas afirmaciones no restan importancia a que los humanos hayamos sido creados a imagen de Dios o a su valor potencial, sino que proceden más bien de un sentido de la seriedad del dilema humano.
43. Ver mi exposición de esta cuestión en «The Gospel in Romans: A Theology of Revelation,» [El Evangelio en Romanos: una teología de la revelación] *Gospel in*

Paul: Studies on Corinthians, Galatians and Romans for Richard Longenecker [Evangelio en Pablo: estudios en Corintios, Gálatas y Romanos por Richard Longenecker], eds. L. Ann Jervis y Peter Richardson (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1994), 288–314.

44. Ver la n. 2.

45. Ver D. H. van Daalen, «"Faith" According to Paul,» [«Fe» Según Pablo] *ExpTim* 87 (1975–76): 83–85.

46. Ver la obra de William Sanday y Arthur C. Headlam, *The Epistle to the Romans* [La Epístola a los Romanos] (Edimburgo: T. & T. Clark, 1896) quien define la fe como «el acto vital o impulso de adhesión a Cristo» (11) y la «entusiasta adhesión, adhesión personal; la más elevada y efectiva motivación de que es capaz el carácter humano» (34, cursiva de los autores).

47. Posiblemente Hechos 15:11 pueda leerse para sugerir que la Gracia habilita la creencia. Es evidente que los sistemas teológicos que subrayan «la gracia irresistible» se sienten atraídos por la idea de que la propia fe es un don de Dios.

48. Como sostenía James D.G. Dunn. Ver su trabajo «Works of the Law and the Curse of the Law (Galatians 3.10–14),» [Obras de la Ley y maldición de la Ley (Gálatas 3,10–14)] *NTS* 31 (1985): 523–42; «Yet Once More— "The Works of the Law": A Response,» [Una vez más: «las obras de la ley»: una respuesta] *JSNT* 46 (1992): 99–117. Pero Romanos 4:2–4 se refiere a las obras de Abraham antes de cualquier idea de «indicadores fronterizos». En Romanos 9:32 parecen también contrastarse las obras con la fe en un sentido general. Ver la obra de Douglas J. Moo, «"Law." "Works of the Law," and Legalism in Paul,» [«Ley.» «Obras de la ley,» y legalismo en los escritos de Pablo] *WTJ*, 45 (1983): 73–100; C. E. B. Cranfield, «"The Works of the Law" in the Epistle to the Romans,» [«Las obras de la ley» en la Epístola a los Romanos] *JSNT*, 43 (1991): 89–101.

49. Ver especialmente Romanos 3:19, 27; 4:2; 1 Corintios 1:18–29; 3:21; 4:7; Gálatas 6:14.

50. Esta teología de la jactancia (entendida tanto de un modo negativo como positivo) es un tema recurrente a lo largo de la correspondencia corintia. El sentido positivo de esta jactancia se pierde con frecuencia en las traducciones por la sustitución del verbo regocijarse en lugar de jactarse (cf. NVI en Rom 5:2, 3, 11).

51. Ver 1 Corintios 15:20–24, 45–49, donde la resurrección se considera la inauguración de un nuevo orden, y Cristo es un «nuevo Adán» (cf. Rom 5:12–21). En 2 Corintios 4:6 la venida del Evangelio equivale a la creación de la luz, y en 5:17 quienes están en Cristo son una nueva creación. En Colosenses 1:15–20 se subraya la relación entre la Creación y la Redención (ver también Rom 8:18–23; Ef 3:9; 4:24; Col. 3:10). Cada uno de los Evangelios —especialmente el de Juan— establece paralelismos entre su relato y el de Génesis. Ver la obra de Paul S. Minear, *Christians and the New Creation: Genesis Motifs in the New Testament* [Los cristianos y la nueva

creación: temas de Génesis en el Nuevo Testamento] (Louisville: Westminster/John Knox, 1994).

52. Esta afirmación se ha anticipado ya en 1:4: «nos escogió en él [Cristo] antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él.»
53. Stott, *La nueva humanidad de Dios*, (pp. 84–85 del original en inglés).
54. Ver 1 Timoteo 2:10; 5:10, 25; 6:18 (NVI consigna «buenas obras»); Tit 2:7, 14; 3:8, 14 (NVI consigna «buenas obras»). Obsérvese la similitud entre 2 Timoteo 2:21 y Efesios 2:10.
55. Por el contrario, en las cartas de Pablo el singular «obra» es siempre positivo excepto en dos textos: 1 Corintios 5:2 (NVI, «tal cosa»; ver contexto) y 2 Timoteo 4:18 (NVI, «mal»), donde se usa con un evidente sentido negativo.
56. Cf. nuestra descripción anterior del predominio de la falta de sentido en el mundo antiguo certificada por el común epitafio «No era, fui, no soy, y no me importa» (Ver pp. 104-106).
57. Los cursos sobre la muerte y morir están entre las asignaturas optativas más populares en varias universidades (ver el artículo de Nathaniel Sheppard, Jr., «Popular College Courses Reflect Students' Changing Values,» [Las asignaturas universitarias más populares reflejan un cambio en los valores de los estudiantes] *Chicago Tribune*, 7 de mayo de 1995, sec 1, 13).
58. Ver exposición al respecto en la sección anterior, pp. 105-106.
59. Walter Wink, *Naming the Powers* [Dar nombre a los Poderes], vol. 2: *The Powers* (Filadelfia: Fortress, 1986), 10–11, 24–26. En la p. 30 se pregunta «¿Acaso nos encontramos a nosotros mismos cuando le quitamos la máscara a Satanás?» En *Engaging the Powers* [Combate contra los poderes], vol. 3: *The Powers* [Los poderes] (Minneapolis: Fortress, 1992), 8, Wink sugiere que las personas piensen en los poderes como seres personales por un simple hábito de pensamiento, y declara su preferencia por considerarlos como entidades impersonales.
60. 1 Crónicas 21:1; Job 1–2; Zacarías 3:1–2 (cf. también el relato de la tentación en Gén 3). Isaías 14 y Ezequiel 28 aluden a los reyes de Babilonia y Tiro respectivamente, no a la caída de Satanás. Los espíritus malignos y los demonios se mencionan también rara vez en el Antiguo Testamento (Dt 32:17; 1 Sam 16:14–23; 19:9; Is 65:11).
61. Las cartas paulinas aluden a Satanás solo diez veces y ocho al diablo.
62. Ver su obra *A Treatise On the Anger of God* [Un tratado sobre la ira de Dios], secciones 5–6, 16–17.
63. Pasajes como el Salmo 78, el Libro de Oseas, Romanos 1–3 (especialmente 3:21–26), y este texto presentan de manera conmovedora a Dios expresando su ira y mostrando su misericordia.
64. Antes llamada «personalidad colectiva.» Véase Russell Philip Shedd, *Man in*

Community: A Study of St. Paul's Application of Old Testament and Early Jewish Conceptions of Human Solidarity [Hombre en comunidad: un estudio de la aplicación por parte de San de Pablo de concepciones veterotestamentarias y judías acerca de la solidaridad humana] (Grand Rapids: Eerdmans, 1964); H. Wheeler Robinson, *Corporate Personality in Ancient Israel* [Personalidad colectiva en el Israel de la Antigüedad] (Filadelfia: Fortress, 1964).

65. Ver 1 Corintios 15:20–23; 2 Timoteo 1:10; Hebreos 2:14–15; Ver la obra de Tannehill, *Dying and Rising with Christ* [Morir y resucitar con Cristo], 123.
66. Ibíd., 1. Ver también la obra de Ben Witherington, III, *Paul's Narrative Thought World* [El mundo del pensamiento narrativo de Pablo] (Louisville: Westminster/John Knox, 1994), quien sugiere que la conversión consiste en ser incluido en el relato de Cristo.
67. Obsérvese el comentario de Juan Calvino: « ... mientras Cristo siga estando fuera de nosotros, y estemos separados de él, todo lo que él ha padecido y hecho por la salvación de la Raza Humana sigue siendo inútil y carece de valor para nosotros» (Institución, 3.1.1). Quienes deseen considerar el tema de la unión con Cristo y las categorías de participación, además de las obras de Smedes, Tannehill, Sanders, y Shedd, pueden ver también la obra de James S. Stewart, *A Man in Christ* [Un hombre en Cristo] (Londres: Hodder y Stoughton, 1936); Michel Bouttier, *Christianity According to Paul* [Cristianismo según Pablo], trad. Franke Clarke (Napierville: Allenson, 1966); Albert Schweitzer, *The Mysticism of Paul the Apostle* [El misticismo de Pablo, el apóstol], traducido por William Montgomery (Londres: A. & C. Black, 1931).
68. Notablemente, P.P. Waldenstrom; ver Axel Andersson, *The Christian Doctrine of the Atonement According to P. P. Waldenstrom* [La doctrina cristiana de la expiación según P. P. Waldenstrom], traducido por G.F. Hedstrand (Chicago: Covenant, 1937). El abandono de tales ideas por parte de Waldenstrom propició varios acentos erróneos en su explicación.
- 69 Recordemos que el verbo para «vivir» (v. 2) y «hacer» (v. 10) es de hecho «andar».
70. Ver las pp. 48–51, 53, 78–79.
71. Smedes, *Union with Christ* [Unión con Cristo], 109.
72. Ver la exposición de Beverly Roberts Gaventa en su obra, *From Darkness to Light: Aspects of Conversion in the New Testament* [De las tinieblas a la luz: aspectos de la conversión en el Nuevo Testamento] (Filadelfia: Fortress, 1986), 9.
73. Ver la exposición acerca de separación y cultura en 5:6–14.
74. En Romanos 6:13 se describe a los cristianos como quienes acaban de salir del sepulcro y están buscando algo que hacer.
75. Stewart, *A Man in Christ* [Un hombre en Cristo], 194.
76. En otros pasajes del Nuevo Testamento, ver especialmente 1 Juan 1:8–10.

77. Ver la exposición en la obra de Gaventa, *From Darkness to Light* [De las tinieblas a la luz], 10–14.
78. C.F.D. Moule, *The Meaning of Hope* [El significado de la esperanza] (Filadelfia: Fortress, 1963), 5, cuenta una historia (apócrifa) acerca de B.F. Westcott, un famoso erudito decimonónico del Nuevo Testamento, a quien una muchacha del ejército de salvación le preguntó si era salvo. Westcott respondió: «¿Qué quieres decir, querida, sotheis, sesosmenos, o sozomenos? ¿Te refieres al aoristo participio del verbo griego, al perfecto, o al presente?» Los tres son ciertos: la acción pasada, la acción pasada y su efecto presente, y la realidad presente. La conversión es un proceso que se sigue produciendo y que avanza hacia su finalización.
79. Ver las exposiciones en I. Howard Marshall, *Kept By the Power of God* [Guardado por el poder de Dios] (Minneapolis: Bethany, 1969); Judith M. Gundry Volf, *Paul and Perseverance: Staying In and Falling Away* [Pablo y la perseverancia: permanecer y caer] (Louisville: Westminster/John Knox, 1990); Gerald L. Borchert, *Assurance and Warning* [Certeza y advertencia] (Nashville: Broadman, 1987).
80. Larry Katz, «Between the Lines,» [Entre líneas] *Chicago Tribune*, 7 de mayo de 1995, sec. 13, p. 21, citando a Carly Simon.
81. Jack Miles, *God: A Biography* [Dios: una biografía] (Knopf, 1995), citado en una reseña de Ross Miller, (Chicago: Tribune, 7 de mayo del 7 de 1995, sec. 14, p. 4.
82. Estas palabras son de Herodes en la obra de W. H. Auden «For the Time Being» [Por lo pronto]. Ver su obra *Collected Longer Poems* [Colección de poemas más largos] (Nueva York: Random House, 1965), 189.
83. Véase 1 Corintios 15:10, donde Pablo escribió: «Pero por la Gracia de Dios soy lo que soy.»
84. Käsemann, «"The Righteousness of God" in Paul» [«La justicia de Dios» en los escritos de Pablo], 173.

Efesios 2:11–22

1. Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:275.
2. 1:22; 3:10, 21; en el capítulo 5 esta palabra aparece seis veces: 5:23, 24, 25, 27, 29, 32.
3. Ver las pp. 115–116.
4. Recordemos que 23 de las 36 ocasiones en que aparece la expresión «en Cristo» y otras relacionadas se encuentran en los dos primeros capítulos; Pablo demuestra la solidaridad que los cristianos tienen con Cristo y los privilegios derivados de esta unión.
5. El punto de vista de Lincoln (*Ephesians* [Efesios], 138) de que el trasfondo de 2:13 ya no es Isaías 57:19 es poco verosímil. Ver el trabajo de Peter Stuhlmacher, «"He is Our Peace" (Eph. 2:14): On the Exegesis and Significance of Ephesians 2:14–18,»

[«"Él es nuestra paz" (Ef. 2:14): sobre la exégesis y relevancia de Efesios 2:14–18»] *Reconciliation, Law, and Righteousness: Essays in Biblical Theology* [Reconciliación, Ley, y Justicia: ensayos de teología bíblica] (Filadelfia: Fortress, 1986), 182–200, quien sostiene que Efesios 2:14–18 es una exégesis cristológica de Isaías 9:5–6; 52:7; 57:19.

6. Ver Hechos 2:39; 10:36; Romanos 10:15; y en especial Efesios 6:15.
7. Aquellos que deseen un resumen de este debate, pueden ver la obra de William Rader, *The Church and Racial Hostility* [La Iglesia y la hostilidad racial], 177–201. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 127–34, rechaza un trasfondo de gnosticismo, pero considera 2:14–16 como himnico y un reflejo de las especulaciones cosmológicas judeo-hele-nistas. Stuhlmacher, «"He is Our Peace"», [«"Él es nuestra paz"»], 182–200, rechaza acertadamente las especulaciones acerca del gnosticismo y las reconstrucciones him-nicas.
8. Este pasaje es en gran medida quiásmico, una forma de paralelismo invertido en el que la primera línea refleja la última, la segunda la penúltima, etcétera (obsérvese cómo el v. 12 está reflejado en el v. 19, el v. 13 en el v. 17 y el v. 14 en el v. 16). Sin embargo, las elaboradas explicaciones que pretenden una estructura quiásmica de todas las líneas del pasaje son forzadas. Ver, por ej., la obra de, J. C. Kirby, *Ephesians, Baptism, and Pentecost* [Efesios, Bautismo, y Pentecostés] (Londres: SPCK, 1968), 156–57.
9. Esta es la fuerza del tiempo presente en el imperativo.
10. Por ej., Hechos 10:45; Romanos 2:26–27; 3:30; Gálatas 2:7–9, 12; Colosenses 4:11; Tito 1:10. La circuncisión era la marca de pertenencia al pacto y el principal símbolo de obediencia a la Ley de Dios.
11. Katatome («mutilación») y peritome («circuncisión»). Esta designación del término «circuncisión» parece basarse en el pensamiento de Colosenses 2:11, que trata de la circuncisión espiritual que Cristo opera en los gentiles.
12. Barth, Efesios, 1:254–55. Ver también la equilibrada discusión en Scot McKnight, *A Light Among the Gentiles* [Una luz entre los gentiles] (Minneapolis: Fortress, 1991), 11–29; John G. Gager, «Judaism as Seen by Outsiders» [El judaísmo entendido fuera de sus círculos] *Early Judaism and its Modern Interpreters* [El Judaísmo antiguo y sus modernos intérpretes], eds. Robert A. Kraft y George W. E. Nickelsburg (Filadelfia: Fortress, 1986), 99–116. No todas las relaciones entre judíos y gentiles estaban marcadas por la hostilidad; sin embargo solo hay que leer La carta de Aristeas, 134–39, que considera a la ley como un texto que desaconseja la mezcla de los judíos con otras naciones, y las Historias de Tácito 5.5, que describe el odio de los judíos hacia los gentiles, para ver los reflejos de Efesios 2:11. En Palestina, los frecuentes conflictos entre los judíos y las autoridades romanas y las varias expulsiones de judíos de Roma (cf. Hch 18:2) solo sirvieron para acrecentar las tensiones. Notemos también la paciencia con que de los judíos escucharon la defensa de Pablo hasta que

este menciona su misión a los gentiles (Hch 22:21–23).

13. La expresión opuesta «no por mano de hombre» se utiliza para describir lo que Dios hace, como por ejemplo el templo que Dios construirá (Marcos 14:58), nuestra eterna morada en el cielo (2 Cor 5:1), o la circuncisión espiritual que Cristo lleva a cabo en la conversión (Col 2:11, que deberían compararse con Ef 2:11).
14. Estos elementos asumen los privilegios que disfrutaban los judíos (cf. Rom 3:1–2; 9:1–5).
15. La palabra que se traduce como «excluidos» es la misma que se traduce como «separado» en 4:18 y «alienado» en Colosenses 1:21, las otras únicas veces que este término aparece en el Nuevo Testamento.
16. No en todas las ocasiones en que aparece la palabra «ahora» (*nun* y *nuni*) tiene este significado, pero sí en muchas de ellas (ver Rom 3:21; 5:9–11; 7:6; 8:1; 16:26; 1 Cor 15:20; 2 Cor 5:16; 6:2; Ef 3:5; Col 1:22, 26; 2 Tim 1:10).
17. Ver Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 146–47. Obsérvese también el Salmo 148:14; Hechos 2:39; 22:21; 26:23.
18. Ver Romanos 9:24–26; 11:30–32; 1 Pedro 2:10.
19. Obsérvese el paralelismo entre «sangre» y «muerte» en Romanos 5:9–10 (cf. también 1 Cor 11:25–26; Col 1:20). Ver la exposición en Leon Morris, *The Apostolic Preaching of the Cross* [La predicación apostólica de la Cruz] (Grand Rapids: Eerdmans, 1965), 112–28. ¿Se trata de una alusión a la sangre del Nuevo Pacto?
20. Ver el trabajo de Ernst Käsemann, «The Saving Significance of the Death of Jesus in Paul» [La significación salvífica de la muerte de Jesús en Pablo] *Perspectives on Paul* [Perspectivas sobre Pablo] (Londres: SCM, 1969), 39.
21. Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:295.
22. Ver 2 Baruc 29 y 73; Testamento de Leví 18,4. Obsérvese también el uso de Isaías 52:7 en 11Q Melquisedec. Ver el trabajo de Stuhlmacher, «"He is Our Peace"» [Él es nuestra paz] 188.
23. Como ejemplos, ver Génesis 37:14 (niv, «bien»); Salmos 38:3 (niv, «salud»); 73:3 (niv, «prosperidad»); Levítico 26:6; Jueces 4:17 (niv, «relaciones amigables»); Zacarías 8:16 (niv, «sano» juicio). Existen buenas exposiciones sobre el tema de la paz en Ulrich Mauser, *The Gospel of Peace* [el Evangelio de la paz] (Louisville: Westminster/John Knox, 1992); Perry B. Yoder, *Shalom: The Bible's Word for Salvation, Justice, and Peace* [Shalom: la palabra bíblica para salvación, justicia y paz] (Newton, Kans.: Faith and Life, 1987).
24. Ver Levítico 26:3–23; Salmos 34:14; 37:37–40; 85:10; 119:165; Isaías 32:16–17; 52:7 (a que se alude en Ef 2:17).
25. Ver Números 6:26; 25:12; Isaías 54:10; Ezequiel 34:25; 37:26; Malaquías 2:5; La promesa de uno que traerá paz, aparece en Isaías 9:1–7; 11:1–9; Miqueas 5:2–5; Zacarías 9:9–10.

26. Como por ejemplo Isaías 2:2–4; 11:1–9; Jeremías 29:11 (niv, «prosperar»). El sentido teológico del concepto de paz en el Nuevo Testamento no es menos importante. No es de extrañar que la primera palabra del Cristo resucitado a sus discípulos en el Evangelio de Juan sea «paz».
27. El hecho de que se utilice el neutro para «los dos» (en lugar del masculino como sucede en 2:16 y 18) no es prueba de que en un principio fuera una referencia a dos partes del cosmos (en contra de lo que afirma Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 128–29). El neutro y la mezcla de géneros se produce muchas veces con referencia a personas (obsérvese, p. ej., Jn 1:11; 6:39–40; 1 Cor 1:27–28).
28. Literalmente, «habiendo matado la hostilidad en sí mismo». Esta expresión significa que la muerte tiene lugar en su propio ser, no que la hostilidad sea suya.
29. Koshi Usami, *Somatic Comprehension of Unity: The Church in Ephesus* [Comprensión somática de la unidad: la iglesia de Éfeso] (Roma: Biblical Institute Press, 1983), 53–55, sugiere que, en el versículo 17, Pablo evitó deliberadamente la utilización del pronombre «nosotros» para no expresar una actitud de superioridad.
30. La NRSV sitúa la expresión «en su carne» hacia adelante para que tenga relación tanto con la acción unificadora como con la destructora.
31. Ver Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:285–87; Schnackenburg, *Ephesians, A Commentary* [Efesios, un comentario], 111–16.
32. La carta de Aristeas, 139, 142.
33. Obsérvese el uso del término «cortina» (katapetasma), no «barrera» (mesotoichon) o «muro de separación» (phragmos), en Mateo 27:51; Marcos 15:38; Lucas 23:45; Hebreos 6:19; 9:3; 10:20.
34. Ver la obra de Josefo, *Las Guerras de los Judíos*, 5,193–94.; 6.124–26; *Antigüedades de los judíos*, 15, 417; Filón, *Embajada a Gayo*, 212. Ver la exposición en Robinson, *St. Paul's Epistle to the Ephesians* [La epístola de San Pablo a los Efesios], 59–60.
35. Schnackenburg, *Ephesians, A Commentary* [Efesios, un comentario], 113–14, da por sentado que, en el momento de redacción, el templo está en ruinas y por ello rechaza la opción de la valla del templo. Stott, *La Nueva Humanidad*, 91–92, 98–99 (del original en inglés), siguiendo a Robinson, acepta la interpretación de la valla del templo y asume que el templo sigue en pie. Para los cristianos, el templo no era ya un obstáculo que impedía el acceso a Dios después de la crucifixión. Sin embargo, a partir de este versículo no puede determinarse si el templo seguía o no en pie.
36. La palabra griega que se traduce como «abolir» (*katargeo*) aparece en Romanos 3:31, donde Pablo declara que él no pretendía abolir (voz activa, NIV: anular) la Ley. En Romanos 7:6 utiliza la voz pasiva del mismo verbo para decir «hemos quedado libres de la ley.» Pablo tenía, por un lado, que afianzar la ley y, por otro,

impedir que fuera una fuente de división o un medio por el que las personas se presentaran a Dios.

37. Este punto de vista de la «carne», como fuente del problema humano y solución en la Encarnación y muerte de Jesús, encuentra un paralelismo en Romanos 8:3 (ver también 7:4).
38. Ver la exposición acerca de la solidaridad con Cristo, pp. 112–14.
39. Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:267, 300.
40. Cf. 4:13, donde se expresa el carácter «todavía no» de esta realidad.
41. 1:23; 4:4, 12, 16 (dos veces); 5:23, 30. La palabra aparece también en 2:16 y 5:28, en esta última cita haciendo referencia a los cuerpos físicos.
42. Schnackenburg, *Ephesians, A Commentary* [Efesios, un comentario], 117.
43. Los otros textos que mencionan al nuevo ser (*hombre, yo*) explícitamente son 4:24 4:32 y Col. 3:10.
44. La teología de Gálatas 3:28 fluye por este texto: «Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús». Obsérvese que en este versículo el género del término «uno» (*heis*) es masculino — una persona— no neutro.
45. Ver la exposición en Rader, *The Church and Racial Hostility* [La Iglesia y la hostilidad racial], 228–32; Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 134, 144.
46. Ver Romanos 5:10–11; 11:15; 2 Corintios 5:18–21; Efesios 2:16; Colosenses 1:20–22. Aun así, Ralph Martin lo considera el centro de la teología de Pablo. Ver «Center of Paul's Theology,» [Centro de la teología de Pablo] en el *Dictionary of Paul and his Letters* [Diccionario de Pablo y sus Cartas], eds. Gerald F. Hawthorne y Ralph P. Martin (Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1993), 92–95; ver también su obra *Reconciliation: A Study of Paul's Theology* [Reconciliación: un estudio de la teología de Pablo] (Atlanta: John Knox, 1981); Peter Stuhlmacher, «Jesus as Reconciler, Reflections on the Problem of Portraying Jesus Within the Framework of a Biblical Theology of the New Testament,» [Jesús como Reconciliador, reflexiones sobre el problema de describir a Jesús en el contexto de una teología bíblica del Nuevo Testamento] *Reconciliation, Law, and Righteousness*, 1–15.
47. Es posible que Pablo hubiera acuñado esta palabra; otros textos paulinos utilizan el verbo *katallasso* y el sustantivo *katallage*.
48. En el Nuevo Testamento, la palabra «acceso» (*prosagoge*) aparece únicamente en 3:12 y Romanos 5:2. La forma verbal se utiliza de un modo parecido en 1 Pedro 3:18.
49. No es imposible que la expresión griega que traduce «por un Espíritu» haya de entenderse como en Filipenses 1:27 donde alude a la unidad de los humanos, sin embargo no es muy probable que esto sea así, teniendo en cuenta el enfoque sobre el Espíritu Santo en 2:22.

50. Esta expresión es una hendíadis (uso de dos términos para expresar una sola idea). La palabra «extranjeros» es aquí un término negativo, nótese sin embargo que en 1 Pedro 2:11 se utiliza positivamente para aludir a los cristianos a fin de acentuar que éstos no pertenecen a este mundo.
51. La descripción de la Iglesia en términos de familia reaparece en 3:14–15; 5:1.
52. Obsérvese la similitud del lenguaje y la mezcla de metáforas en 4:16.
53. A lo largo de la carta se usan catorce veces palabras compuestas con la preposición «con» para poner de relieve la unidad con Cristo y en él. En 5:7 y 10 se utilizan para evitar la unión con no creyentes.
54. Obsérvese la similitud entre 2:19 y 1 Pedro 2:4–6, aludiendo ambos a Isaías 28:16. Los Rollos del Mar Muerto interpretan también este versículo de Isaías como haciendo referencia a un templo espiritual (ver el Manual de Disciplina, 8,5–8). Quienes deseen considerar una exposición de la relación entre 1 Pedro 2:1–10 y Efesios 2:19–22, pueden ver mi trabajo «I Peter II.1–10: Its Formation and Literary Affinities» [I Pedro II.1–10: Su formación y afinidades literarias] *NTS* 24 (1977): 97–106.
55. En términos gramaticales, un genitivo subjetivo, un genitivo posesivo, o un genitivo de aposición.
56. Esta afirmación es una de las razones por las que algunos creen que Pablo no escribió Efesios. Respecto a si esto representa una posterior veneración de los apóstoles, ver las pp.33–36 de la Introducción.
57. No debería intentarse la concordancia de todos los pasajes que tratan la cuestión del fundamento en el Nuevo Testamento. En 1 Corintios 3:10–11 Pablo se refiere al único fundamento que puede ponerse, Cristo mismo. En Mateo 16:18 Pedro es la roca sobre la que la Iglesia se construye, y en Apocalipsis 21:14 las murallas de la Nueva Jerusalén tienen doce fundamentos sobre los cuales están los nombres de los doce apóstoles. Cada una de estas figuras literarias ha de interpretarse en su propio contexto sin ser subyugado por los demás contextos o verse como correcciones de una imagen anterior.
58. Ver «Temple Foundation Stone Discovered,» [Descubierta la piedra fundamental del Templo] *Christianity Today*, 18 Mayo, 1992, 52. El uso de Isaías 28:16 en 1QS 8.5–8 para aludir a los fundamentos es otro argumento en contra del significado de «piedra angular», que no aparece con el sentido de akrogoniaios hasta el siglo tercero dC.
59. Además de 1QS 8,5–8, ver también 5.5; 1QH 6,25–27; 7,8–9.
60. Los targúmenes son paráfrasis arameas del Antiguo Testamento hebreo.
61. En el caso de 1 Pedro 2:4–8 éstos ofrecen una de las afirmaciones más decisivas de la carta, y en Romanos 9:32–33 aportan la solución al problema judío-gentil (una buena parte de los capítulos 10–11 son un comentario de 9:30–33).

62. A no ser que en haya de entenderse con el sentido de «sobre» en lugar de «en». La añadidura del artículo en 2:21 en algunos manuscritos que dejaría la lectura *pasa he oikodome* (que significa «todo edificio») es tardía, y el contexto descarta esta lectura. La expresión *pasa oikodome* es probablemente un hebraísmo que significa «todo el edificio». Ver la exposición en C.F.D. Moule, *An Idiom-Book of New Testament Greek* [Un manual de modismos del Nuevo Testamento griego] (2d ed.; Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1963), 94–95.
63. Ver la obra de Bertil Gärtner, *The Temple and the Community in Qumran and the New Testament* [El Templo y la Comunidad de Qumrán y el Nuevo Testamento] (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1965).
64. El papel de las mujeres era ignorado, excepto cuando se unían a sus familias.
65. Para ser imparciales, hemos de señalar que no todas las relaciones entre judíos y gentiles eran malas.
66. Ver las pp. 59,60, 70–71, 78–79, 124–126, 138–141, 144–147.
67. En el Antiguo Testamento y en otros escritos se mencionan varios tipos de sacrificio, como los sacrificios de acción de gracias, por el perdón, para protegerse del peligro, para la comunión, y para la purificación.
68. Estas palabras son de Ireneo, *Contra Herejías*, Prefacio (Ver las pp. 102–3, n. 38, anteriormente).
69. La palabra «sangre» solo aparece doce veces en las cartas de Pablo, y cuatro de ellas no tiene nada que ver con la Expiación.
70. Ver la obra de Rader, *The Church and Racial Hostility* [La Iglesia y la hostilidad racial], 222–34; Carl B. Hoch, «The New Man of Ephesians 2» [El Nuevo Hombre de Efesios 2], *Dispensationalism: Israel and the Church*, [Dispensacionalismo: Israel y la Iglesia] ed. Craig Blaising (Grand Rapids: Zondervan, 1992), 98–126; Andrew T. Lincoln, «The Church and Israel in Ephesians 2,» [La Iglesia e Israel en Efesios 2] *The Catholic Biblical Quarterly* 49 (1987): 605–24; Markus Barth, *The People of God* [El Pueblo de Dios], (Sheffield: JSOT, 1983). La opinión de Barth en el sentido de que Cristo une a los cristianos gentiles a los judíos (cristianos o no) va más allá del tema de Efesios que trata de judíos y gentiles en Cristo.
71. Ver la exposición en R. Fowler White, «Gaffin and Grudem on Eph 2:20: In Defense of Gaffin's Cessationist Exegesis», [Gaffin y Grudem sobre Ef 2:20: en defensa de la exégesis cesacionista de Gaffin] *WTJ* 54 (1992): 303–20; R.B. Gaffin, Jr. *Perspectives on Pentecost: New Testament Teaching on the Gifts of the Holy Spirit* [Perspectivas sobre Pentecostés: la enseñanza del Nuevo Testamento acerca de los dones del Espíritu Santo] (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian and Reformed, 1979).
72. Wayne Grudem, *The Gift of Prophecy in the New Testament and Today* [El don de la profecía en el Nuevo Testamento y en nuestros días] (Westchester, Ill.: Crossway, 1988), 57–63.

73. Recordemos que la unidad es uno de los principales temas de la carta.
74. Ver el trabajo de John G. Gager, «Judaism as Seen by Outsiders,» [El judaísmo entendido fuera de sus círculos] 105–13.
75. Ver la obra de Rader, *The Church and Racial Hostility* [La Iglesia y la hostilidad racial], 173–74, donde este autor señala que Efesios 2:11–22 no se menciona en publicaciones y sermones impresos que tratan del asunto de la esclavitud. Rader ofrece varias razones por las que esto sucedió, una de las cuales es que existía una mayor preocupación por la igualdad que por la unidad, sin embargo ¿es realmente posible que haya igualdad sin unidad? Aquellos que deseen considerar otras dolorosas evidencias del modo en que los cristianos argumentaron en contra de la abolición de la esclavitud, pueden ver E. N. Elliot, ed., *Cotton is King and Pro-Slavery Arguments* [El algodón es rey y los argumentos pro-esclavitud] (Augusta, Ga.: Pritchard, Abbott, & Loomis, 1860).
76. Una barrera sigue vigente: la separación por causa del pecado sigue siendo necesaria (ver cap. 5). Los cristianos no pueden nunca vivir en unión con el mal. La parte difícil es separarse del mal sin producir división, descalificar a otros, y desconfiar o ser culpable de arrogancia.
77. *The Covenant Hymnal* [El himnario del pacto] (Chicago: Covenant Press, 1973), no. 139.
78. Ver las pp. 124–125.
79. Tom Wright, *Bringing the Church to the World* [Llevar la Iglesia al mundo] (Minneapolis: Bethany, 1992), 25.
80. Esta segregación de los sexos ha sido una costumbre en las sinagogas durante casi dos mil años. No sabemos con certeza si esta práctica estaba vigente en el siglo primero.
81. Tampoco hay que conceder privilegios políticos al moderno Israel en relación con los palestinos, como a menudo han defendido algunos evangélicos.
82. Ver las pp. 51–52.
83. Ver la exposición clásica de H. Richard Niebuhr, *Christ and Culture* [Cristo y Cultura] (Nueva York: Harper & Brothers, 1951).
84. Ver las obras en n. 20 y Wink, *Engaging the Powers* [Combate contra los poderes], 175–257.
85. Dios está presente con los individuos, sin embargo, a Dios se le experimenta de un modo cualitativamente distinto cuando los cristianos se reúnen. De lo contrario, no habría necesidad de esta terminología del templo o de afirmaciones como: «Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18:20).
86. Por ej., Hechos 7:38; 19:32, 39, 41; cf. Hebreos 2:12 (NVI, «congregación»).

87. Pablo habla de la Iglesia en términos universales, sin embargo Robert Banks está en lo cierto al decir que las iglesias locales han de considerarse como expresiones tangibles de la Iglesia celestial. Véase *Paul's Idea of Community: The Early House Churches in Their Historical Setting* [La idea de comunidad de Pablo: las primeras congregaciones en casas en su escenario histórico] (Grand Rapids: Eerdmans, 1980) 47.

Efesios 3:1–13

1. 1:10 (NVI, «llevarlo a cabo») y 3:2.
2. Quienes deseen considerar el impacto que tienen estos versículos en relación con el asunto de la paternidad literaria, pueden ver la Introducción, 34–36.
3. Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:359–60. Esta sección explica el carácter de todo el ministerio de Pablo, no solo de su encarcelamiento.
4. Las posibilidades son Éfeso, Cesarea, o Roma; cualquiera de las dos últimas son posibles, y Roma la más probable (ver p. 29).
5. Obsérvese cómo en Hechos 20:22–23; 21:4, 10–14 se pone de relieve tanto el hecho de que el Espíritu le impulsa a ir a Jerusalén (lit., 20:22 dice «atado por el Espíritu») como las advertencias proféticas de que iba a ser encarcelado.
6. Ver también 4:1; Filemón 1, 9–10, 13; 2 Timoteo 1:8. 16.
7. Ver también Romanos 15:30–32 y 1 Tesalonicenses 2:14–16.
8. Otros pasajes paulinos en que aparece son 1 Corintios 9:17 (NVI, «encomendado»), Colosenses 1:25 (NVI, «encomendó»), y 1 Timoteo 1:4 (NVI, «obra»).
9. Ver los comentarios acerca de 1:9, pp. 68,69.
10. Cf. Romanos 16:25–27; 1 Corintios 2:1; Efesios 6:19; Colosenses 4:3;
11. Ver la obra de Chrys C. Caragounis, *The Ephesian Mysterion* [El *mysterion* efesio], especialmente p. 118.
12. Similar a la doble reconciliación que encontramos en 2:16 entre Dios y la Humanidad y entre judíos y gentiles. Ver la obra de Stott, *La Nueva Humanidad*, 117 del original en inglés.
13. Cf. el uso de este término en Romanos 15:4.
14. Ver la obra de Caragounis, *The Ephesian Mysterion* [El *mysterion* efesio], 99–100; Schnackenburg, *Ephesians: A Commentary* [Efesios, un comentario], 132, como representativos.
15. Un genitivo objetivo o un genitivo epexeagético, respectivamente.
16. Ver Romanos 16:25–27; 1 Corintios 2:6–16; Colosenses 1:26–27; 2 Timoteo 1:9–11; Tito 1:2–3; Hebreos 1:1–2; 1 Pedro 1:19–21.
17. P. ej. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 170. Ver mi tratamiento de Romanos 16:25–27 en «Gospel in Romans: A Theology of Revelation», [Evangelio en Romanos: una

Teología de la revelación] *Gospel in Paul*, eds. L. Ann Jervis y Peter Richardson (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1994), 292–96.

18. Romanos 16:25–27; 1 Corintios 2:6–16; Efesios 3:2–13; Colosenses 1:25–2:3.
19. Ver el texto de la LXX de Salmos 8:5 y Ezequiel 2:1 respectivamente.
20. Ver Génesis 12:3; Deuteronomio 32:43; Isaías 2:2; 11:10; 49:6.
21. Puesto que el término «santos» aparece antes que «apóstoles» y el posesivo «su» (NIV, «de Dios») está inmediatamente después, algunos piensan que solo a los apóstoles se les llama santos (ver Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 179; Schnackenburg, *Ephesians, A Commentary* [Efesios, un comentario], 133–34. Esta es una conclusión innecesaria. La NVI entiende acertadamente que «por el Espíritu» acompaña a «revelados» y no a «profetas».
22. Ver la exposición de este asunto en 2:20, pp. 167–169..
23. Tres de las catorce palabras compuestas con la preposición «con» (*syn*) de esta carta aparecen en este versículo. La NVI añade «Israel» al texto.
24. Algunos comentaristas sugieren la existencia de cierto juego de palabras con el nombre de Pablo, puesto que en latín *paullus* significa «pequeño» (ver Bruce, *The Epistle to the Ephesians*, [La epístola a los Efesios] 63).
25. Ver 1 Corintios 15:8–10 y 1 Timoteo 1:12–17.
26. Paul S. Minear, *To Die and to Live: Christ's Resurrection and Christian Vocation* [Morir y vivir: la resurrección de Cristo y la vocación cristiana] (Nueva York: Seabury, 1977), 94–95, distingue a los receptores en los dos primeros, que el primer propósito se centra en los gentiles, el segundo en la unión de judíos y gentiles.
27. Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:147, 1:343, sostiene que Cristo tiene esta responsabilidad. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 184, afirma que se trata de una referencia a un acto administrativo de Dios por el que éste revela su propósito.
28. La cuestión de si el término «todos» pertenece o no al texto hace más complejo el problema. Si forma parte del texto, el enfoque estaría en la responsabilidad de Pablo hacia el Evangelio. Si no forma parte, el enfoque podría entonces estar en la tarea de Pablo de iluminar a otros *cristianos* acerca de su responsabilidad para con la nueva revelación.
29. Cf. 1 Corintios 4:1, donde Pablo pide que tanto a él como a otros siervos se les considere administradores (*oikonomoi*, una palabra relacionada con *oikonomia*, «administración», en 3:9) de los misterios de Dios.
30. Ver pp. 57–59.
31. Stott, *La Nueva Humanidad*, 124 del original en inglés, citando a McKay, *God's Order* [El orden de Dios], 61. McKay pensaba que se aludía tanto a los espíritus buenos como a los malos.
32. Walter Wink, *Naming the Powers* [Dar nombre a los Poderes], vol. 1: *The Powers*

[Los Poderes] (Filadelfia: Fortress, 1984), 89, 93–96. G.B. Caird, *Principalities and Powers* [Principados y potestades] (Oxford: Clarendon, 1956), 28, 81, había antes defendido esto. Si bien admite las dificultades de su interpretación, Wink opina que la conversión de las naciones demanda la revelación *a los ángeles* de las naciones, su interpretación de la expresión «gobernantes y autoridades». En mi opinión Wink ha asumido un número excesivo de cosas e interpretado el versículo más allá de lo que dice.

33. Schnackenburg, *Ephesians, A Commentary* [Efesios, un comentario], 140.
34. Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:365.
35. Ver también Hebreos 10:19, que habla de tener «confianza» para entrar al lugar santísimo. La NIV utiliza la palabra «confianza» para traducir el término «denuedo» (*parresia*) en ambos pasajes de Hebreos, no obstante en Efesios 3:12 «confianza» traduce el término *pepoithesis* y se utiliza «libertad» para traducir *parresia* [La NVI utiliza también estas mismas palabras en Efesios 3:12. N. del T.].
36. *Autou* como un genitivo objetivo.
37. Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:147, 1:347. Esto es parte de un debate más extenso dentro de la teología paulina sobre pasajes que podrían traducirse o bien «fe en Cristo» o «fidelidad de Cristo» (ver Rom 3:22, 26; Gál 2:16; 3:22; Fil 3:9). Ver las exposiciones de Richard Hays, «PISTIS and Pauline Christology: What Is at Stake?» [Pistis y la cristología paulina: ¿qué es lo que está en cuestión?] y James D.G. Dunn, «Once More, Pistis Cristou» [Una vez más, Pistis Cristou], en *Society of Biblical Literature 1991 Seminar Papers*, ed. E.H. Lovering, Jr. (Atlanta: Scholars Press, 1991), 714–29 and 730–44, respectivamente.
38. Los traductores de la NIV han cambiado el orden para evitar el pensamiento de que la confianza procede de la fe humana.
39. El versículo 13 puede entenderse de distintas maneras: (1) Pido que no desfallezcan; (2) Pido a Dios que yo no desfallezca; (3) Pido a Dios que ustedes no desfallezcan. La NVI ha escogido la primera opción y utiliza el término “desanimen”. La segunda opción no parece encajar con la actitud de Pablo en este contexto, pero ciertamente merece consideración (cf. 2 Cor 4:1; uno no habla de desfallecer a no ser que exista alguna razón para ello). La tercera opción (una oración para que sus receptores no desfallezcan) merece también consideración.
40. 2 Corintios, Filipenses, o Colosenses 1:24–29 ofrecen una descripción más amplia de las dificultades del ministerio.
41. Ver 6:20; también Hechos 28:20; 2 Timoteo 1:16. Notemos asimismo que en Filipenses, el apóstol hace frente a la muerte con la misma actitud.
42. Ver Romanos 8:17; 2 Corintios 4:10–11; 13:4–5; Filipenses 1:29.
43. Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:147, 1:362. Ver los pasajes que se mencionan en la n. 16.

44. Wink, *Unmasking the Poderes* [Desenmascarar a los poderes], vol. 2: *The Powers* [Los Poderes] (Filadelfia: Fortress, 1986), 173; *Engaging the Powers* [Combate con los poderes], vol. 3: *The Powers* [Los Poderes] (Minneapolis: Fortress, 1992), 8–9. Ver p. 201, n.32.
45. Wink, *Engaging the Powers* [Combate con los poderes], 68.
46. Ver las exposiciones sobre las pp. 155–167 y 175–176.
47. Ver pp. 142–147.
48. Esta palabra es tan controvertida y se ha abusado tanto de ella que a menudo se hace muy difícil de utilizar.
49. Ralph Waldo Emerson, «The American Scholar», [El erudito norteamericano] *The Complete Essays and Other Writings of Ralph Waldo Emerson*, ed. Brooks Atkinson (Nueva York: The Modern Library, 1950), 52.
50. Ver pp. 172–173, 177–179, 184–186
51. Ver la obra de Hanson, *The Unity of the Church in the New Testament* [La unidad de la Iglesia en el Nuevo Testamento].
52. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 364.
53. Las palabras son de la canción Billy Joel, «Pressure» [Presión].
54. Barth, *Ephesians* [Efesios], 1:147, 1:357.
55. Ver C.F.D. Moule, «"The New Life" in Colossians 3:1–17» [«La nueva vida» en Colosenses 3:1–17] *RevEx*, 70 (1973), 481–493,

Efesios 3:14–21

1. Ver p. 87.
2. Obsérvense los paralelismos con Colosenses 2:6–10.
3. Las únicas alternativas son considerar estos participios como nominativos absolutos, lo cual es poco probable, o como imperativos, que es lo que hace Barth (ver *Ephesians* [Efesios], 1:371–72). Vincularlos con lo que sigue muestra también que los versículos 18–19 forman parte de la oración y no de una explicación de los resultados. Es poco común que los elementos de una cláusula *jina* («que») precedan a la propia partícula *jina*, ver, sin embargo Juan 13:29; Hch 19:4; 2 Corintios 2:4; Gálatas 2:10.
4. NVI, «Pido ... que los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser ...».
5. La NIV consigna «tienen el poder», sin embargo se utiliza aquí una palabra distinta de la del versículo 16.
6. O posiblemente solo las dos primeras.
7. La posición de ponerse en pie para orar parece haber sido más común. En las citas siguientes se consignan estas y otras posturas, Mateo 26:39; Lucas 10:13; 18:11, 13;

1 Timoteo 2:8.

8. Ver la obra de Robinson, *St. Paul's Letter to the Ephesians*, [La carta de San Pablo a los Efesios], 82–83.
9. Ibíd. 83. En el resto del Nuevo Testamento la palabra que se traduce como «arrodillo» (*kampto*) solo aparece en Romanos 11:4; 14:11; Filipenses 2:10, la primera citando 1 Reyes 19:18 y las otras dos citando o aludiendo a Isaías 45:23.
10. Ver 1:2, 3, 17; 2:18; 3:14; 4:6; 5:20; 6:23.
11. Ver Marcos 14:36; Romanos 8:15; Gálatas 4:6. cf. Juan 5:18. Ver el tratamiento clásico de esta expresión por parte de J. Jeremias in *The Prayers of Jesus* [Las oraciones de Jesús] (Naperville, IL.: Allenson, 1967). Ciertamente, los judíos aludían a Dios como «Padre», pero por regla general lo hacían utilizando un genitivo calificativo como por ejemplo «Padre de las luces» o «Padre de misericordia».
12. Ver Romanos 15:6; 2 Corintios 1:3; 11:31; Efesios 1:3; Colosenses 1:3;
13. Ver también 1 Corintios 8:6. Tanto este versículo como Efesios 4:6 recurren a la *Shemá* (Dt 6:4), la principal confesión del Antiguo Testamento y del judaísmo en el sentido de que solo existe un Dios.
14. La NIV traduce *pasa patria* como «toda familia», de manera similar a como se entendía *pasa oikodome* «todo el edificio» en 2:21. El modo normal de entender esta construcción es con el sentido de «todo» (cf. «toda bendición espiritual» en 1:3), pero sin duda lo que hay en vista en 2:21 es un edificio.
15. En el Nuevo Testamento el término *patria* solo aparece en Lucas 2:4 (NIV, «línea») y Hch 3:25 (NIV, «pueblos»), este último uso en una cita de la promesa a Abraham en el sentido de que a través de su descendencia «todas las naciones de la Tierra serían benditas» (Gen 22:18). Es posible que también en Efesios se trate de una alusión a la promesa de Génesis.
16. En 1:13–14 Pablo subraya que todos los creyentes han sido sellados con el Espíritu Santo como marca de su salvación y esperanza futura. En 1:17–19 pide que el Espíritu les dé a conocer la inmensidad del poder de Dios.
17. Cf. Romanos 5:5; 8:9–11; 2 Corintios 1:22; Gálatas 4:6. Efesios 1:17–18. El intento por parte de Barth (*Ephesians* [Efesios], 1:392) de entender la expresión «el hombre interior» como Cristo está mal encaminado.
18. Obsérvese que al Espíritu se le llama Espíritu de Dios o Espíritu de Cristo (p. ej., Rom 8:9).
19. Ver comentarios anteriores, pp. 70–71..
20. Una palabra distinta para «fortalecer» que la que se utiliza en Efesios.
21. Obsérvese también Romanos 5:5, donde el Espíritu derrama el amor de Dios en nuestros corazones.
22. Ver pp. 73–74.

23. Schnackenburg, *Ephesians, A Commentary* [Efesios, un comentario], 152, sugiere «sabiduría»; Bruce, *The Epistle to the Ephesians* [La epístola a los Efesios], 68, propone «plenitud»; Robinson, *St. Paul's Epistle to the Ephesians* [La Epístola de San Pablo a los Efesios], 176, sugiere «propósito de Dios». C. Arnold, *Ephesians, Power, and Magic*, [Efesios, poder y magia] 91–93, sostiene que no es necesario que haya ningún objeto puesto que en el mundo antiguo las dimensiones son una expresión de poder sobrenatural. Por tanto, interpreta esta meta como comprensión del poder de Dios.
24. Ver pp. 98–100.
25. Romanos 16:25–27 y Judas 24–25 comienzan también con la expresión «Al que puede» y son similares en extensión. En griego, estas tres doxologías comienzan de manera idéntica (se consignan otras doxologías en Lc 2:14; Rom 11:36; 16:27; Gál 1:5; Fil 4:20; 1 Tim 1:17; 2 Tim 4:18; Heb 13:21; 1 Ped 4:11; 2 Ped 3:18; Ap 1:6; 5:13; 7:12; cf. también Lc 17:18; Jn 9:24; Hch 12:23; Rom 4:20; Ap 16:9).
26. Abraham Joshua Heschel, *Quest for God: Studies in Prayer and Symbolism* [La búsqueda de Dios: estudios acerca de la oración y el simbolismo] (Nueva York: Crossroad, 1990), 18.
27. Ralph Waldo Emerson, «Self-Reliance», [Autodependencia] *The Complete Essays and Other Writings of Ralph Waldo Emerson*, ed. Brooks Atkinson (Nueva York: Random House, 1950), 162–63. Emerson no consignó en mayúsculas el término «espíritu», y una buena parte de su acento sobre la autodependencia es exageración. Ver también Heschel, *Quest for God* [La búsqueda de Dios], 5: «*Orar es tomar nota de la maravilla.... La oración es nuestra humilde respuesta a la inconcebible sorpresa de vivir*» (la cursiva es del autor).
28. P. ej. Robinson, *St. Paul's Epistle to the Ephesians* [La Epístola de San Pablo a los Efesios], 84.
29. Entre los numerosos trabajos sobre este tema destaca el de Elizabeth Achtemeier, «Female Language for God: Should the Church Adopt it?» [Lenguaje femenino para Dios: ¿debe la Iglesia adoptarlo] *The Hermeneutical Quest*, ed. Donald G. Miller (Allison Park, Pa.: Pickwick, 1986), 97–114; Roland M. Frye, «Language for God and Feminist Language: Problems and Principles», [Lenguaje para Dios y lenguaje feminista: problemas y principios] *SJT*, 41 (1989), 441–69; Paul K. Jewett, *The Ordination of Women: An Essay on the Office of Christian Ministry* [La ordenación de las mujeres: un ensayo sobre el oficio ministerial cristiano], (Grand Rapids: Eerdmans, 1980), 119–41.
30. Santa Teresa de Lysieux dijo: «si estás dispuesto a soportar con serenidad la prueba que supone ser desagradable a ti mismo, entonces serás para Jesús un agradable lugar de refugio» (citado por Scott Peck en *People of the Lie* [El pueblo de la mentira] [Nueva York: Simon y Schuster, 1983], 11).
31. Junto con Gracia, verdad, fe, y esperanza; Ver pp. 73,74.

32. Ver pp. 159–167.
33. Walter Wink, *Engaging the Powers* [Combate con los poderes], vol. 3: *The Powers* [Los poderes] (Minneapolis: Fortress, 1992), 160.
34. El comentario de Philip Spener acerca de 3:16, *Pia Desideria*, trad. Theodore G. Tappert (Filadelfia: Fortress, 1964), 116.
35. Ver exposición anterior al respecto p. 101,102.
36. J.B. Phillips, *Your God Is Too Small* [Tu Dios es demasiado pequeño] (Nueva York: Macmillan, 1961).

Efesios 4:1–16

1. Ver pp. 116–117, 118–119, 142.
2. Barth, *Ephesians* [Efesios], 2:453–57.
3. «Gracia», «verdad», «fe», «amor» y «esperanza».
4. Barth, *Ephesians* [Efesios], 2:147, 1:451.
5. Ver p. 180..
6. Obsérvense los paralelismos con Colosenses 2:19. 3:11–12; notemos también que en 4:1–6 la construcción está en segunda persona, mientras que en 4:7–16 Pablo escribe en primera del plural.
7. Efesios 4:15 puede entenderse con sentido imperativo, y 4:17 es un imperativo general.
8. Dada la importancia de la teología paulina que gira en torno al concepto de estar en Cristo, la traducción de la NVI «por la causa del Señor» pierde el impacto del pensamiento de Pablo.
9. Ver Gálatas 5:26 y prácticamente todo el texto de 1 Corintios (esp. 1:29–31; 8:1–3; 13:4).
10. *Tapeinofrosyne*, la palabra en cuestión, solo aparece en las cartas desde la prisión y siempre con un sentido positivo, a excepción de Colosenses 2:18 y 23.
11. Obsérvese Gálatas 5:23; 6:1; Colosenses 3:12; 1 Timoteo 6:11; Tito 3:2.
12. En 2 Corintios 10:1, la NVI utiliza la expresión «mansedumbre y bondad de Cristo». La frase «mansedumbre de Cristo» puede entenderse como «la mansedumbre que procede de Cristo» o «una mansedumbre como la de Cristo».
13. Ver la homilía de Crisóstomo sobre 1 Corintios 13:4.
14. La razón por la que la NVI se ha decidido por la expresión «mediante el vínculo de la paz» es bastante oscura; el texto griego consigna «en (*en*) el vínculo de la paz».
15. Comparar las ideas similares que encontramos en 1:18; 2:16, 18; también 1 Corintios 8:6.
16. El lenguaje de la NVI encubre la similitud que existe entre los versículos 1 y 4.

17. A pesar de esto, algunos eruditos sugieren que Efesios fue en su origen una homilía bautismal. Ver especialmente la obra de John C. Kirby, *Ephesians, Baptism, and Pentecost* [Efesios, Bautismo y Pentecostés] (Montreal: McGill Univ. Press, 1968), quien sugiere que Efesios se escribió para la renovación de los votos bautismales, probablemente en el contexto de la observancia de Pentecostés.
18. Ver también Romanos 9:5; 11:36; 1 Corintios 8:6; 12:6; 15:28; Colosenses 1:16; 3:11. En las cartas de Pablo, Romanos 9:5 es el otro texto en que aparece la frase «sobre todas las cosas», sin embargo se debate la cuestión de si hace referencia a Cristo o a Dios.
19. De las 101 ocasiones en que Pablo utiliza el término «Gracia», al menos quince de ellas aluden a la Gracia concedida para el ministerio (ver especialmente Rom 1:5; 15:15–16; 1 Cor 15:10; 2 Cor 9:8).
20. Aquí Pablo utiliza la palabra *dorea*, no *jarisma*, aunque 1 Pedro 4:10 sí utiliza *jarisma* en una afirmación similar.
21. En Romanos 12:3 encontramos un lenguaje parecido; 2 Corintios 10:13; 1 Pedro 4:10.
22. La cita de Efesios es parecida a la siríaca y al Targum (una paráfrasis aramea de las Escrituras hebreas), aunque el Targum utiliza la segunda persona del singular: «Tú ascendiste hasta el firmamento, oh profeta Moisés, llevaste cautivos a los cautivos, enseñaste las palabras de la ley y las *diste* por dones a los hijos de los hombres».
23. Posiblemente, el salmo aludía a los levitas como entregados a Dios (ver Núm 8:5–19; 18:6; Is 66:20–21). Ver el trabajo de Gary V. Smith, «Paul's Use of Psalm 68:18 in Ephesians 4:8», [El uso del Salmo 68:18 en Efesios 4:8 por parte de Pablo] *JETS* 18 (1975): 181–89. De ser así, la aplicación a los líderes cristianos sería mucho más fácil.
24. Ver especialmente la obra de Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 242–44.
25. Cf. la nota marginal de la NIV: «Las profundidades de la Tierra».
26. O sea, ¿es un genitivo partitivo, o de aposición?
27. Este punto de vista ha sido popularizado por G.B. Caird, «The Descent of Christ in Ephesians 4,7–11», [El descenso de Cristo en Efesios 4,7–11] *Studia Evangelica II*, ed. F. L. Cross (Berlín: Akademie-Verlag, 1964), 535–45. Ver también la obra de Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 246–47.
28. Abbott, *Commentary on the Epistle to the Ephesians and the Colossians* [Comentario a la Epístola a los Efesios y a los Colosenses], 116.
29. Cualquier discusión acerca de Cristo, descendiendo al Hades para liberar a los creyentes del Antiguo Testamento, está motivada por cuestiones teológicas suscitadas a lo largo de la Historia de la Iglesia y no por el texto de Efesios. En otras ocasiones en que aparece el tema de la ascensión y el descenso, no se alude a un descenso al Hades; solo en Romanos 10:6–8 se sugiere una idea así, sin embargo lo

que se afirma en este texto es que nadie ha de descender al «abismo» (*abyssos*, el lugar de los muertos) para hacer subir a Cristo.

30. Ver 1:10, 22–23; 3:19; Colosenses 1:15–20.
31. No obstante, probablemente, la palabra «oficio» es demasiado fuerte para explicar cualquier texto del Nuevo Testamento acerca del liderazgo.
32. Obsérvese la cadencia que se establece por el hecho de que cada título va precedido por «algunos» (*hombres* delante de «apóstoles» y *de* delante de otros títulos). Sin embargo, delante de la palabra «maestros» no aparece la partícula *de* ni el artículo.
33. A Bernabé se le menciona como maestro-profeta, pero también se le llama apóstol en Hechos 14:14.
34. Ver el trabajo de Ernest Best, «Ministry in Ephesians», [Ministerio en Efesios] *Irish Biblical Studies* 15 (1993): 146–166.
35. Ver Hechos 1:21–22; 1 Corintios 9:1.
36. Este es el modo en que Efesios utiliza este término (ver 2:20; 3:5; también Hch 1:21–22; 15:2–16:4; Gál 1:17–2:10).
37. 2 Corintios 8:23 (NIV, «representantes»); Filipenses 2:25 (NIV: «mensajero»).
38. La traducción de la NVI «Junias» es desafortunada, puesto que el nombre que aparece en el texto es sin duda el femenino, «Junia».
39. Esta no es una lista completa de los dirigentes de la Iglesia Primitiva; observemos, por ejemplo, «ancianos y diáconos» (Fil. 1:1) y «anciano» (Tito 1:5).
40. El verbo relacionado aparece también nueve veces.
41. La expresión de la NIV «hasta que [...] lleguemos a ser maduros» es una traducción de las palabras «a un hombre maduro». Debería trazarse un paralelismo con el nuevo ser que se menciona en 2:15, sin embargo, aunque ambas imágenes son colectivas, el propósito no es el mismo. En este texto se utiliza el término *aner* para «hombre» en lugar de *anthropos*, que aparece en 2:15. *Aner* no se usa en ningún otro lugar para representar a la Iglesia, y, sin duda, la intención es transmitir las ideas de unidad y madurez, no de masculinidad o iglesia. En Santiago 3:2 se utiliza esta misma expresión para hablar de la persona que es lo suficientemente madura como para controlar la lengua.
42. Obsérvese que en el versículo 14 abundan palabras relacionadas con el engaño: «astucia» (en su sentido negativo de argucia; la palabra original alude al juego de los dados), «artificios», y «artimañas engañosas».
43. En el resto de la carta se subrayan la verdad y el amor, lo cual no es de sorprender, puesto que son dos de las cinco palabras que resumen la fe cristiana (junto con la Gracia, la fe, y la esperanza; ver pp. 73–74). Obsérvese el acento en la verdad y el amor en 4:16, 21, 24, 25; 5:2, 9, 25–33; 6:14, 23.

44. En el resto del Nuevo Testamento este verbo solo aparece en Gálatas 4:16.
45. Ver Juan 3:21 y 1 Juan 1:6, donde se habla de «hacer la verdad» (NVI, poner «en práctica la verdad»). En el Antiguo Testamento ver Génesis 32:10; 47:29; Nehemías 9:33 (NVI, «fidelidad» o «fielmente»).
46. Ver pp. 51–53, 58–60, 70–71, 78–79.
47. Ver pp. 97–99, 360–363.
48. Ver 1:22–23; 2:16; 3:6; 4:4, 12; aparecerá de nuevo en 5:23, 28, 30.
49. Con la posible excepción de los dichos eucarísticos sinópticos, dependiendo de cómo los interpretemos.
50. De las noventa y una ocasiones en que Pablo utiliza el término «Cuerpo», solo cuatro aparecen fuera de Romanos, 1 y 2 Corintios, Efesios, y Colosenses. Aunque en 1 Corintios 11:3 el término «cabeza» se vincula a Cristo, únicamente en Efesios y Colosenses la concepción cristológica de «cabeza» se relaciona con el concepto de «Cuerpo».
51. Véase Barth, *Ephesians* [Efesios], 2:449; su traducción es (426): «Él le aporta su sostenimiento por medio de cada contacto conforme a las necesidades de cada parte» (el único otro pasaje del Nuevo Testamento en que aparece el término *epichoregia* es Filipenses 1:19, «la ayuda que me da el Espíritu de Jesucristo»).
52. La ética no tiene necesariamente un fundamento cristológico, ni siquiera cristiano. Esta puede, por ejemplo, fundamentarse legítimamente en una teología de la creación, en el pacto veterotestamentario, o en una concepción escatológica.
53. Obsérvese que la relación que Dios tiene con nosotros no se basa en ninguna de estas cosas, sino puramente en la Gracia.
54. William Temple, *Readings in St. John's Gospel* [Lecturas en el Evangelio de San Juan] (Londres: Macmillan, 1939), 1:118.
55. Ignacio, *A los Tralianos* 4.2. Ignacio usa el término *praotes*, una variante ortográfica de la palabra que se traduce «amable» en Efesios 4:2.
56. Paul S. Minear, *To Die and to Live: Christ's Resurrection and Christian Vocation* [Morir y vivir: la resurrección de Cristo y la vocación cristiana] (Nueva York: Seabury, 1977), 92.
57. Ver la obra de Richard F. Lovelace, *Dynamics of Spiritual Life* [Dinámicas de vida espiritual] (Downers Grove, IL.: InterVarsity, 1979), 296.
58. Ver 1 Corintios 1:12–17; Gálatas 3:26–28.
59. P. ej. ver la obra de Ray C. Stedman, *Body Life* [Vida del Cuerpo] (Glendale, Calif.: Regal, 1972), 38–39, 51–58.
60. Ver el trabajo de Ernst Käsemann, «Ministry and Community in the New Testament», [Ministerio y Comunidad en el Nuevo Testamento] *Essays on New Testament Themes* (Filadelfia: Fortress, 1982), 63–94.

61. Ver la obra de Kevin Giles, *Patterns of Ministry Among the First Christians* [Patrones de ministerio entre los primeros cristianos] (Melbourne: Collins Dove, 1989).
62. Ver la exposición sobre el tema de la predicación en la obra de John William Beaudean, Jr., *Paul's Theology of Preaching* [Teología paulina de la predicación] (Macon, Ga.: Mercer Univ. Press, 1988), 205–7.
63. Ver Mateo 20:25–28. 1 Corintios 16:15–16.
64. Ver mi exposición de estas cuestiones en: «"Your Slaves—on Account of Jesus:" Servant Leadership in the New Testament», [«Vuestros siervos, por causa de Jesús: », liderazgo servicial en el Nuevo Testamento], *Servant Leadership: Authority and Governance in the Evangelical Covenant Church*, eds. James R. Hawkinson y Robert K. Johnston (Chicago: Covenant Publications, 1993), 1:7–19.
65. NVI: «también nosotros, siendo muchos, formamos un solo Cuerpo en Cristo, y cada miembro está unido a todos los demás».
66. B. Pascal, *Pensées* [Pensamientos] (Nueva York: Random House, 1941), no. 100.
67. M. Buber, *Good and Evil: Two Interpretations* [Bien y mal: dos Interpretaciones] (Nueva York: Scribners, 1953), 111.
68. Thomas Merton, *No Man Is an Island* [Nadie es una isla] (Nueva York: Harcourt, Brace, Jovanovich, 1983), 190–91.
69. Scott Peck, *The People of the Lie* [El pueblo de la Mentira] (Nueva York: Simon y Schuster, 1983), 135.
70. *Chicago Tribune*, 7 de noviembre del 1993, sección 1, p. 3.
71. David Nyberg, *The Varnished Truth: Truth Telling and Deceiving in Ordinary Life* [Verdad barnizada: veracidad y engaño en la vida diaria] (Chicago: Univ. of Chicago Press, 1993). Nyberg pone de relieve que el engaño es tan corriente en la vida cotidiana que éste constituye el telón de fondo sobre el que se destacan los ocasionales ejemplos de sinceridad pura.
72. Peck, *People of the Lie* [El pueblo de la Mentira], 162. Ver también el comentario de Richard Restak, otro psiquiatra: «los secretos, especialmente aquellos que intentamos esconder de nuestro ser consciente, hacen enfermar nuestra mente. Por el contrario, la aceptación de los pensamientos no deseados les despoja de su poder para causar sufrimiento» (*Chicago Tribune*, 1 de diciembre del 1991, sección 5, p. 4).
73. Michael Novak, «Awakening from Nihilism: The Templeton Prize Address», [Despertar del Nihilismo: la conferencia del Premio Templeton] *First Things* 45 (agosto/septiembre, 1994), 18–19.
74. Merton, *No Man Is an Island*, [Nadie es una isla] 188.
75. Ligeramente modificado de Wendell Berry, «The Loss of the University», [La pérdida de la Universidad] *Home Economics* (San Francisco: North Point Press, 1987), p. 87.

76. P. Spener, *Pia Desideria*, traducción al inglés de Theodore G. Tappert (Filadelfia: Fortress, 1964), 95.
77. El título original del comentario de Efesios de John Stott fue *God's New Society* [La nueva sociedad de Dios] (En español fue publicado por ed. Certeza como «*La Nueva Humanidad*» [N. del T.]).
78. Robinson, *St. Paul's Epistle to the Ephesians* [La Epístola de San Pablo a los Efesios], 101.
79. 1 Corintios 4:7.
80. Ver la obra de Richard Foster y James Bryan Smith, eds., *Devocional Classics* [Clásicos devocionales] (San Francisco: Harper, 1990), 178–83, 269–74. La confesión, la obediencia y el rechazo del deseo de distinción son, evidentemente, los primeros pasos.
81. Este es el lenguaje de Morris, *Expository Reflections on Ephesians* [Reflexiones expositivas sobre Efesios], 131.
82. Foulkes, *Ephesians* [Efesios], 116–17.
83. Acerca de la imitación de Pablo ver 1 Corintios 4:16; 11:1. Respecto a los conflictos que se mencionan ver Gálatas 2:11–14; después 1:6–9; 3:1–6; 5:2–12; y todo el texto de 1 y 2 Corintios.
84. Ver la obra de Lovelace, *Dynamics of Spiritual Life* [Dinámicas de vida espiritual], 168.
85. Bruce, *The Epistle to the Ephesians* [La epístola a los Efesios], 87.
86. Ciertas denominaciones permiten de hecho tanto el bautismo de adultos como el de infantes, y también la práctica de esta ordenanza por inmersión o aspersion, indistintamente.
87. Esta afirmación no está en las obras traducidas de Lutero, pero la cita Spener en *Pia Desideria*, 100.
88. El que los miembros de la Iglesia no puedan officiar en las bodas no se debe a restricciones de orden teológico, sino legal.
89. Abraham Joshua Heschel, *Quest for God: Studies in Prayer and Symbolism* [La búsqueda de Dios: estudios acerca de la oración y el simbolismo] (Nueva York: Crossroad, 1990), 50–51.
90. Ver pp. 75–76, 142–147, 180–187.
91. Dietrich Bonhoeffer, *Life Together* [Vida en Comunidad], trad. por John W. Doberstein (Nueva York: Harper & Row, 1954), 91.
92. Citado en la obra de Henlee H. Barnette, «The Minister as a Moral Role-Model», [El ministro como modelo moral] *RevEx* 86 (1989): 509–10.

1. Ver p. 115..
2. Obsérvese la prominencia que se da a palabras relacionadas con la mente, la ignorancia, el pensamiento, los deseos, el aprendizaje, la verdad y el pecado. Hay paralelismos con 2:12, 15; Romanos 1:21-32; Colosenses 1:21; y en especial 3:9-10.
3. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 272. Los «dos caminos» son el del mal y el de la justicia (ver, p. ej., Sal 1).
4. Aquellos que deseen considerar el dominio estructural que se concede al término «vivir» [«andar»], pueden ver p. 237.
5. El adjetivo relacionado (*mataios*) aparece seis veces (p. ej., 1 Cor 15:17 [«trivial»]; Santiago 1:26 [«sin valor»]).
6. Barth, *Ephesians* [Efesios], 2:147, 1:499.
7. Ibíd. 2:500.
8. La raíz que se traduce como «endurecimiento» se utiliza para aludir al mármol y a la piel o al hueso que no tienen sentimientos. La traducción de la NEB, «endurecido como la piedra», transmite bien la idea.
9. Paul S. Minear, «A Theology of the Heart», [Una teología del corazón] *Worship* 63 (1989): 247.
10. En otros textos la NIV traduce esta palabra griega como «lascivia» (Mr 7:22); «libertinaje» (Rom 13:13); «prácticas vergonzosas» (2 Pedro 2:2); «sucio» (2:7), y «lascivo» (2:18). Muchas veces, cerca de este término aparecen otras palabras relacionadas con el pecado sexual.
11. Por regla general, la NIV traduce esta palabra como «avaricia»; algunas traducciones más tradicionales utilizan el término «codicia».
12. De las 46 ocasiones en que aparece la palabra griega *Christos* («Mesías») en Efesios, 23 van acompañadas del artículo determinado (con frecuencia se utiliza con nombres propios en griego). Por lo que hace a la relevancia del uso del artículo, no parece haber ningún patrón específico. Su presencia aquí puede no tener un sentido especial, sin embargo también puede subrayar que todo el plan divino está comprendido en el Mesías.
13. La traducción de la NVI no ha de entenderse como una sugerencia de que los lectores no habían oído hablar de Jesús.
14. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 271, sugiere que, en el versículo 20, el término «Cristo» representa la tradición cristiana, sin embargo esto es poco probable, especialmente en vista del cambio de «Cristo» a «Jesús» en el versículo 21.
15. Ver Romanos 8:11; 1 Corintios 12:3; 2 Corintios 4:5, 10–11, 14; 11:4; Gálatas 6:17; 1 Tesalonicenses 1:10; 4:14.
16. El término «le» está en acusativo, lo cual puede entenderse en el sentido de «oído acerca de él» o «oído a él».

17. Ver la obra de Robert Tannehill, *Dying and Rising with Christ* [Morir y resucitar con Cristo] (Berlin: Verlag Alfred Töpelmann, 1967), 24–25.
18. Ver pp. 51–53, 59–60, 70–71, 78–79, 126.
19. Romanos 5:12–21; 1 Corintios 15:20–22, 45–49.
20. Romanos 6:6; Efesios 2:15; 4:22–24; Colosenses 3:9–10.
21. Romanos 7:22; 2 Corintios 4:16; Efesios 3:17.
22. 2 Corintios 5:17; Gálatas 6:15.
23. Además de los textos anteriores que hablan de «despojarse» ver Romanos 13:12; Efesios 4:25; Colosenses 2:11; 3:8; Hebreos 12:1; Santiago 1:21; 1 Ped 2:1; Por lo que se refiere a la palabra «vestirse», Romanos 13:12; Efesios 6:11–14; 1 Tesalonicenses 5:8. Aunque tras la imagería de «despojarnos» y «vestirnos» subyace la idea del bautismo, la imagen de un cambio de ropa no ha de considerarse como evidencia de un rito bautismal en el que se realizaba un cambio de ropa literal. No hay evidencias de esta práctica hasta el siglo II. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 284–285, ofrece una valiosa información acerca de este tema y del trasfondo de este lenguaje.
24. ¡No señala necesariamente una acción «puntual», como tradicionalmente se ha afirmado en relación con el tiempo aoristo!
25. La NIV no expresa la idea del constante proceso de renovación. Hacerlo sería un poco extraño: «ser/estar siendo renovados».
26. La sugerencia de Lincoln (*Ephesians* [Efesios], 283, 286) en el sentido de que el término «engañoso» debería considerarse como un genitivo de origen y, por tanto, traducir «deseos que proceden del engaño» es posible, pero menos verosímil; sin embargo, de ser cierto, fortalecería el argumento de que en el versículo 24 la verdad es el origen de la justicia y la santidad.
27. Efesios y Colosenses utilizan dos raíces distintas para aludir a lo nuevo, y las utilizan de manera distinta. En Efesios 4:23–24 se utiliza *ananeoo* («hacer nuevo») y *kainos* («nuevo»), mientras que Colosenses 3:10 tiene *anakainoo* («renovar») y *neos* («nuevo»). En la época de Pablo, estas dos raíces se usaban indistintamente, y no pretende establecerse ninguna diferencia de significado, a pesar de la propuesta de Schnackenburg, *Ephesians, A Commentary* [Efesios, un comentario], 200.
28. Ver, por ejemplo, Schnackenburg, *Ephesians: A Commentary* [Efesios, un comentario], 200. Obsérvese Tito 3:5, que sí habla de la renovación del Espíritu Santo (cf. también Ef 3:16).
29. Ver la exagerada reacción de Ernest Best, “Two Types of Existence” [Dos tipos de existencia] *Interpretation* 47 (1993): 39–51.
30. Blaise Pascal, *Pensées* [Pensamientos] (Nueva York: Random House, 1941), no. 536. Pascal subraya repetidamente estos temas. Ver especialmente los apartados 139, 164, 171, 194, 418, 430, 494, 555, y 561.

31. Ver la obra de *Luther: Lectures on Romans* [Lutero: conferencias en Romanos], trad. y ed. Wilhelm Pauck, The Library of Christian Classics (Filadelfia: Westminster, 1961), 218, 225, acerca de Romanos 8:3. Ver también el tratamiento que hace John Loeschen, *Wrestling With Luther: An Introduction to the Study of his Thought* [Luchar con Lutero: una introducción al estudio de su pensamiento] (St. Louis: Concordia, 1976), 43–58.
32. Esta imagen se le atribuye a Teófilo el recluso.
33. Pascal, *Pensées* [Pensamientos], apartados. 430, 198, y 82.
34. *Ibíd.*, n° 347.
35. *Ibíd.*, n° 412.
36. Ver la obra de Agustín, «de la Continencia», secciones 5–9, *Nicene and Post-Nicene Fathers* [Padres Nicenos y Post Nicenos], 3:381–83; «Sermons on Selected Lessons of the New Testament» [Sermones sobre lecciones selectas del Nuevo Testamento] Sermón 78, *Nicene and Post-Nicene Fathers* [Padres Nicenos y Post Nicenos], 6:491–95. Pascal (n° 691) dijo: «el hombre no tiene otro enemigo que la pasión».
37. Ver por ejemplo la carta de Séneca, a *Lucilio*, Epístola 116; y cf. *Hipólito*, 177.
38. Tom Wright, *Bringing the Church to the World* [Llevar la Iglesia al mundo] (Minneapolis: Bethany, 1992), 48.
39. En una buena parte del pensamiento griego, la voluntad de Dios se expresa con una sola fórmula: «no desear». Ver «θυμός», *TDNT*, 3:167.
40. Cada semana se emiten más de cincuenta series cómicas por televisión en horarios de máxima audiencia.
41. Esta famosa frase procede de las *Confesiones* de Agustín (1.1).
42. Cf. Abraham Joshua Heschel, *Quest for God* [La búsqueda de Dios] (Nueva York: Crossroad, 1990), 57: «La función de la oración es precisamente trasladarnos de la vida egocéntrica a la vida rendida a Dios».
43. Ver pp. 128–130, 138–141.
44. Véase también la exposición en las pp. 123–132, 144–147, 332–336.
45. Ver pp. 142–148.
46. Robinson, *St. Paul's Epistle to the Ephesians* [La Epístola de San Pablo a los Efesios], 108 (la cursiva es del autor).
47. No por lo que dice en 4:23, sino de 1:13–14; 3:16; 4:30, y otras alusiones al Espíritu Santo.
48. Ver la obra de Stott, *La Nueva Humanidad*, 182 del original en inglés. Barth, *Ephesians* [Efesios], 2:542, quien considera a los humanos como colaboradores de Dios en una lucha dramática. En este pasaje no se detecta temor alguno del sinergismo, la idea de que Dios y los humanos trabajan juntos en el proceso de la salvación.

49. Quienes deseen considerar una versión ligeramente distinta, pueden ver la obra de Eduard Schweitzer, *The Letter to the Colossians* [La carta a los Colosenses], trad. Andrew Chester (Minneapolis: Augsburg, 1976), 202.
50. En el bautismo, Gálatas 3:27; en repetidas ocasiones, Romanos 13:12–14; al final del tiempo, 1 Corintios 15:53–54; 2 Corintios 5:2–4.
51. Ver 1 Corintios 15:31; 2 Corintios 4:10–11; Gálatas 3:3.
52. Barth, *Ephesians* [Efesios], 2:147, 1:545.
53. Como el *malyetzer* y el *buenyetzer* del judaísmo.
54. De manera similar, se ha definido a un novelista como un chamán que pone su experiencia al servicio del resto de la tribu. (Russell Hoban, *Chicago Tribune Magazine* [23 julio, 1995], 8). Lo mismo se aplica a ciertos actores y músicos.
55. Pascal, *Pensées* [Pensamientos], n°. 502.
56. Ver pp. 291–292. O, como dijo Art Spander acerca de cierto jugador de fútbol americano, «El egotismo es la anestesia que mitiga el dolor de la estupidez» (*Sporting News* [22 de agosto de 1988]).
57. Cf. una frase de *Star Trek*: «Tener no es tan delicioso como querer».
58. Solo hay que leer a Marsden, *The Soul of the American University: From Protestant Establishment to Established Nonbelief* [El alma de la universidad norteamericana: del *establishment* protestante a la incredulidad establecida], (Nueva York: Oxford Univ. Press, 1994). A pesar de que los cristianos fundaron la mayor parte de las universidades y colegios privados de este país, hoy apenas tenemos alguna universidad cristiana importante.
59. Mark A. Noll *The Scandal of the Evangelical Mind* [El escándalo de la mente evangélica] (Grand Rapids: Eerdmans, 1994), 3.
60. Ver el *Catecismo Mayor* de Lutero, 4.84–86.
61. Mencionado por Walter Wink, *Engaging the Powers* [Combate con los poderes], vol. 3, *The Powers* [los Poderes] (Minneapolis: Fortress, 1992), 294.
62. William Shakespeare, *Hamlet*, Acto 3, Escena 3.
63. Paul S. Minear, *To Die and to Live: Christ's Resurrection and Christian Vocation* [Morir y vivir: la resurrección de Cristo y la vocación cristiana] (Nueva York: Seabury, 1977), 155.

Efesios 4:25–5:2

1. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 295, encuentra siete frases en este fragmento de texto, cinco de las cuales (4:25, 26–27, 28, 31–32; 5:1–2) tienen dos exhortaciones seguidas de una cláusula motivadora. Con el versículo 25 esto solo funciona si el participio se toma como imperativo, pero no con los versículos 26–27, y pasa por alto la motivación que encontramos en 5:1 «como hijos muy amados».

2. Literalmente: «Airaos y no pequéis».
3. Posiblemente ocho, si el versículo 27 se considera como una motivación en paralelo con el versículo 30.
4. Por lo que respecta a este versículo, la NVI utiliza esta misma traducción en el Salmo 4:4, aunque la palabra hebrea que se traduce por «ira» significa por regla general «temblar» o «estar agitado». ¿Qué es lo que sugiere el contexto del salmo? ¿Temblar ante la presencia de Dios o temblar de ira ante la injusticia humana? Pablo utiliza la forma del texto de la LXX.
5. Ver la obra de Daniel Wallace, «O??Z?ST? in Ephesians 4:26: Command or Condition?» [O??Z?ST? en Efesios 4:26: ¿mandamiento o condición?] *Criswell Theological Review* 3 (1989): 353–72.
6. Si ello no es una violación del origen veterotestamentario de estas palabras.
7. Otros textos presentan al diablo buscando oportunidades de atacar (cf. 1 Cor 7:5; 2 Cor 2:11; 11:14; 1 Tim 3:7; 2 Tim 2:26; 1 Ped 5:8; Ap 12:9; 20:10).
8. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 304.
9. Hechos 2:45; 4:34–35; Romanos 12:13; Tito 3:14.
10. Ver 2 Corintios 4:12; cf. 1 Tesalonicenses 2:9.
11. En 2 Corintios 1:21–22 Dios es quien lleva a cabo el acto de sellar.
12. Algunos distinguen entre estas dos palabras diciendo que *thumos* se utiliza para aludir a arrebatos de ira, mientras que *orge* expresa una ira permanente, pero tanto en la LXX como en el Nuevo Testamento parecen términos intercambiables.
13. Schnackenburg, *Ephesians, A Commentary* [Efesios, un comentario], 211.
14. Esta palabra solo aparece en otros tres lugares del Nuevo Testamento: Hechos 8:23; Romanos 3:14; Hebreos 12:15. La forma verbal se utiliza con un propósito parecido en Colosenses 3:19.
15. Aparte del texto paralelo de Colosenses 3:13, Pablo solo utiliza esta palabra en 2 Corintios 2:7, 10; 12:13, y en todas estas referencias se alude al perdón recíproco entre cristianos. También utiliza *afesis* en Efesios 1:7 y Colosenses 1:14, y el verbo *afiemi* con este sentido en Romanos 4:7. Al parecer, para expresar el concepto de salvación, Pablo entendía que palabras como «justificación» o «redención» eran más completas.
16. Ver también Levítico 18:2–6 y 20:7–8.
17. Cf. Lucas 6:36: «Sean compasivos, así como su Padre es compasivo» (ver también 1 Juan 4:11).
18. Ver 1 Corintios 4:16; 11:1; 1 Tesalonicenses 1:6; 2 Tesalonicenses 3:7, 9.
19. Cf. Romanos 14:15.
20. La expresión «lleven una vida de amor» que utiliza la NVI, es literalmente «anden

en amor».

21. Ver también Gálatas 1:4; 2:20; 1 Timoteo 2:6; Tito 2:14.
22. Ernst Käsemann, «The Saving Significance of the Death of Jesus in Paul» [La relevancia salvífica de la muerte de Jesús en Pablo] *Perspectives on Paul* (Londres: SCM, 1969), 39. Ver p. 129.
23. Por ejemplo, Éxodo 29:18; Levítico 1:9.
24. Juan Calvino, Institución de la religión cristiana, 162.
25. Ver pp. 108, 178–179, 228, 230–231, 255–256.
26. Ya hemos hablado de la verdad en relación con 4:15; ver pp. 251–252, 263–265, 275–278.
27. Emmanuel Kant, *Doctrine of Virtue* [Doctrina de la virtud] (citado en la obra de Sissela Bok, *Lying: Moral Choice in Public and Private Life* [La mentira: una decisión moral en la vida pública y privada] [Nueva York: Pantheon Books, 1978], 32).
28. Mackay, *God's Order* [El orden de Dios], 174.
29. Juan Crisóstomo presenta éste y otros argumentos parecidos en su comentario sobre este texto.
30. Obsérvese que en Juan 8:44 el diablo es el padre de mentira.
31. Scott Peck, *The People of the Lie* [El pueblo de la Mentira] (Nueva York: Simón y Schuster, 1983), 66.
32. Michael Novak, «Awakening from Nihilism: The Templeton Prize Address», [Despertar del Nihilismo: La conferencia del Premio Templeton] *First Things* 45 (agosto/septiembre, 1994): 18–19.
33. Obsérvese Mateo 18:21–22; Lucas 10:25–37.
34. En la obra de Bok, *Lying* [Mentir], hay una perspectiva general de este tema.
35. Mackay, *God's Order* [El orden de Dios], 174.
36. Stott, *La nueva humanidad de Dios*, (pp. 185–87 del original en inglés).
37. Ver p. 137.
38. Por otra parte, Séneca advierte de que el sabio [cita textual] nunca dejará de estar indignado una vez que comience, puesto que todos los lugares están llenos de delito y de vicio. Ver *De Ira* 2.9.1. Stählin («ὀργή», *TDNT*, 5:419) sugiere que en el Nuevo Testamento hay solo dos textos que ven la ira humana de un modo positivo: Romanos 10:19 y 2 Corintios 7:11.
39. El propio Jesús se indignó; ver, por ejemplo, Mateo 18:6–9; 23:13, 17, 33–39; Marcos 3:5; 10:13–16.
40. Ver el trabajo de Janet Malone, «Exploring Human Anger», [Explorar la ira humana] *Human Development* [Desarrollo humano] 15 (1994): 33–34.
41. *De Ira* 1.21. Séneca vivió desde el año 4 aC. hasta el 65 dC.

42. Ver comentarios en pp. 119–120, 134–137, 426–435.
43. Ver la obra de Doug Sherman y William Hendricks, *Your Work Matters to God* [Tu trabajo es importante para Dios] (Colorado Springs: NavPress, 1987).
44. Stanley Walters, «The Voice of God's People in Exile» [la voz del pueblo de Dios en el exilio], *Ex Auditu* 10 (1994): 81.
45. Ver la obra de G.B. Caird, *The Language and Imagery of the Bible* [El lenguaje e imagería de la Biblia] (Filadelfia: Westminster, 1980), 20–25. Ejemplos: «Yo os declaro marido y mujer»; «Esta conversación ha terminado»; y «Tú no tienes la culpa».
46. Abraham Joshua Heschel, *Quest for God: Studies in Prayer and Symbolism* [La búsqueda de Dios: estudios acerca de la oración y el simbolismo] (Nueva York: Crossroad, 1990), 25. Ver también la p. 78: «Las palabras tienen alma, y hemos de aprender a discernir su vida».
47. Ver p. 277.
48. Zerwick, *Epistle to the Ephesians* [La epístola a los Efesios], 129.
49. Ver pp. 164–167, 174–175; también los comentarios sobre 1:4–8; 2:4–7.
50. Cf. Sal 78:38; 85:2–3.
51. En 1:6–8 la Gracia de Dios envió a su Hijo; en 2:4 la misericordia de Dios trae vida de la muerte.
52. Ver pp. 254–255.
53. En las pp. 251–252, 263–265 se trata la cuestión de la aplicación de la verdad.
54. Pablo tratará el tema del lenguaje de manera más concisa en 5:4 y 12 (Ver pp. 331, 339–340, 345–346).
55. Ver Deuteronomio 15–16, donde se habla de no ser tacaños para con los pobres y de no aparecer con las manos vacías delante del Señor. El montante de lo que ofrendamos ha de ser proporcional a cómo el Señor nos ha bendecido.
56. Heschel, *Quest for God* [La búsqueda de Dios], 148, es contundente al desarrollar esta cuestión. Heschel señala que la falta de sacrificios sobre el altar de la paz requiere que éstos sean ofrecidos sobre el de la guerra.
57. Malone «Exploring Human Anger», [Explorar la ira humana] 38, añade: «Por ello, al perdonar a otros nos llenamos de fuerza».
58. *The New Testament in Modern English* [El Nuevo Testamento en inglés moderno] (Londres: Geoffrey Bles, 1960).

Efesios 5:3–14

1. Inusitadamente, el texto griego tiene pocos conectores entre los diferentes mandamientos de 4:25–5:2, lo cual realza la partícula de 5:3 (un *de* de carácter adversativo).

2. Obsérvese que, en su traducción, Lincoln, *Ephesians* [*Efesios*], 316–17, pone una división de párrafo en el versículo 6, sin embargo en sus comentarios acerca de la estructura dice que este pasaje se desarrolla en dos bloques principales: vv. 3–6 y 7–14.
3. En 2 Corintios 12:21 aparecen estas tres mismas palabras en un orden ligeramente distinto.
4. La palabra «impureza» puede utilizarse para referirse a cualquier tipo de contaminación o inmundicia, incluidas las de carácter ceremonial o físico. Ver también Romanos 1:24, donde esta palabra se utiliza en relación con el pecado sexual.
5. Obsérvese también que la forma verbal de esta palabra se utiliza en 1 Tesalonicenses 4:6 para referirse al engaño sexual.
6. Obsérvense las palabras del Testamento de Simeón 5,3: «La fornicación es la madre de todos los males: separa de Dios y lleva a Belial a *quienes se recrean en ella*».
7. Ver Sabiduría de Salomón 14–15, especialmente 14:12, 27–28. En el *Testamento de Judá* 19.1 se considera el amor al dinero como seguro camino a la idolatría. Obsérvese que en la exposición que Pablo hace del pecado y la ley en Romanos 7:7–12 se subraya el mandamiento de no codiciar (cf. también Mt 6:24; 1 Tim 6:10).
8. J.A. Bengel, *Gnomon of the New Testament* [Indicador del Nuevo Testamento] (Edimburgo: T. & T. Clark, 1877), 3:102.
9. Las expresiones «no es propio» del versículo 3 y «que están fuera de lugar» (lit.: «cosas que no son apropiadas») del 4 recuerdan cierta fraseología popular de las exposiciones estoicas (ver también Hch 22:22; Rom 1:28; Col 3:18; Filemón 8).
10. El texto griego consigna un juego de palabras entre acción de gracias (*eucharistia*) y chistes groseros (*eutrapelia*).
11. Zerwick, *Epistle to the Ephesians* [La epístola a los Efesios], 138.
12. P.T. O'Brien, «Thanksgiving Within the Structure of Pauline Theology», [La acción de gracias dentro de la estructura de la teología paulina] *Pauline Studies*, eds. Donald A. Hagner y Murray J. Harris (Exeter: Paternoster, 1980), 50–66, especialmente 62. Señala también que Pablo utiliza el lenguaje de la acción de gracias más que ningún otro autor helenista, pagano o cristiano, y que esta clase de vocabulario está más cerca de lo que normalmente entendemos como alabanza.
13. La lectura alternativa «reino *del* Cristo y Dios» que la NIV consigna en una nota marginal refleja un debate acerca de si este texto se refiere a Cristo como «Dios». El texto griego tiene un artículo que precede a «Cristo» y «Dios». Por regla general, esta construcción indica una sola entidad a la que se alude con las dos palabras. No obstante, en griego la presencia o ausencia del artículo no siempre se explica fácilmente, en especial cuando se trata de nombres y títulos. Es peligroso asumir que aquí «Dios» se vincula a Cristo para indicar su divinidad, especialmente teniendo en

cuenta que en Efesios no se habla de ello en ningún otro lugar (cf. 1 Tim 5:21 y 2 Tim 4:1, donde se utiliza un solo artículo antes de Dios y Cristo Jesús, y es evidente que no existe el propósito de establecer una igualdad entre ambos términos).

14. Barth, *Ephesians* [Efesios], 2:566, 592–98. Su comentario en el sentido de que, categóricamente, el autor no condena a las personas inmorales fuera de la Iglesia podría encajar con la actitud de Pablo en 1 Corintios 5:9–13, pero no hace justicia a Efesios 4:17–19.
15. Esta valoración es de Herbert Braun, *Gerichtsgedanke und Rechtfertigungslehre bei Paulus* (Leipzig: J.C. Hinrichs'sche Buchhandlung, 1930), 44.
16. Es uno de los catorce términos compuestos con la preposición «con» (*syn*) que se consignan en Efesios. Ver pp. 171, 202, 203.
17. La forma más sencilla se utiliza en Lucas 5:7 en referencia con una sociedad comercial y en Hebreos, normalmente referido a participar en Cristo, el Espíritu, o algo de Dios.
18. La variante textual que subyace tras la expresión de la KJV «fruto del Espíritu» es evidentemente inferior y parece haber sido influenciada por Gálatas 5:22.
19. En el resto del Nuevo Testamento este verbo aparece solo en Filipenses 4:14 y Apocalipsis 18:4, y su sustantivo correspondiente únicamente en Romanos 11:17; 1 Corintios 9:23; Filipenses 1:7; y Apocalipsis 1:9.
20. La expresión «obras de la oscuridad» podría entenderse como un genitivo adjetival («obras caracterizadas por la oscuridad»), o como un genitivo de fuente («obras que tienen su origen en la oscuridad»), probablemente se trata de la primera opción.
21. La lógica es la misma que en 2 Corintios 6:14: «¿O qué comunión puede tener la luz con la oscuridad?»
22. Ver, por ejemplo, Mateo 18:15; 1 Corintios 14:24; 1 Timoteo 5:20
23. La expresión «todo lo que la luz» podría estar vinculada a «poner de manifiesto» como en la NVI o a «se hace visible». Cualquiera de las dos tiene lógica, pero la conexión con «pone de manifiesto» es preferible.
24. Esta traducción representa la posición general y entiende que la forma verbal *phaneroumenon* está en voz pasiva. Si se juzga que el verbo en cuestión está en voz media y tiene un sentido activo, la traducción sería «todo lo que revela es luz», pero tal opción no tiene mucha lógica.
25. Foulkes, *Ephesians* [Efesios], 154.
26. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 330.
27. Ver 4:18 y la exposición de las pp. 89-91, 282-283.
28. Paul Ricoeur, “Preface to Bultmann” [Prefacio a Bultmann], *Essays on Biblical Interpretation*, ed. Lewis S. Mudge (Filadelfia: Fortress, 1980), 53.
29. Neil Alexander, “The Epistle for Today” [La Epístola para Hoy] *Biblical Studies*:

Essays in Honour of William Barclay, eds. Johnston R. McKay y James F. Miller (Londres: Collins, 1976), 99-118.

30. Ver Newsweek, 6 de febrero del 1995, 20-21. Como “artículo de portada” la edición de Newsweek del 17 de julio de 1995 (44-50), presenta una apología de la bisexualidad.
31. Demóstenes, *Contra Neaera*, 122 (Siglo IV aC.). Plutarco (Siglo I dC.) argumentaba que una esposa no debía indignarse porque su marido tuviera relaciones sexuales con una amante o una esclava, pero sí exigirle que la respetara y no la hiciera partícipe de su libertinaje. Ver su obra *Moralia: Advice to Bride and Groom* [Moralia: consejos para la novia y el novio] 140B (16).
32. *Pro Caelio*, 20.48. Cicerón afirma que estos asuntos nunca fueron reprobados o prohibidos.
33. Ver la obra de Richard Oster, «The Ephesian Artemis as an Opponent of Early Christianity» [La Artemisa de Éfeso como oponente del cristianismo primitivo] *Jahrbuch für Antike und Christentum* 19 (1976): 28.
34. Ver Diógenes Laercio 6.66: «Los malos hombres obedecen a sus pasiones como los esclavos a sus amos».
35. Caird, *Paul's Letters from Prison*, [las cartas de Pablo desde la prisión], 84.
36. Aboth 3.14.
37. Stott, *La nueva humanidad de Dios*, (p. 197 del original en inglés).
38. Sobre la ira de Dios, ver pp. 137–138.
39. Dependiendo, por supuesto, de que Romanos 7 sea autobiográfico, pero aunque no lo fuera, el argumento es válido.
40. Ver pp. 142–147.
41. Ver la obra de G.H.R. Horsley, *New Documents Illustrating Early Christianity* [Nuevos documentos que ilustran el cristianismo primitivo] (Macquarie University, 1989), 5:106–7.
42. Evidentemente esto es importante para hablar de las divisiones dentro de la Iglesia. No podemos vivir en unión con aquellos que afirman ser cristianos y viven de un modo inmoral.
43. Bengel, *Gnomon* [El indicador], 3:103.
44. En Roma a un senador se le prohibía casarse con una mujer cuyos padres habían sido actores en el pasado (ver Mary R. Lefkowitz y Maureen B. Fant, *Women's Life in Greece and Rome* [Vida de las mujeres en Grecia y Roma] [Baltimore: John Hopkins, 1983], 185, 188-89. Ver también la obra de Pascal, *Pensées* [Pensamientos], n.º. 11, quien sentía que el teatro era el mayor peligro de la vida cristiana.
45. Aquellos que deseen considerar una exposición más completa ver los comentarios

en la sección que trata la relación marido-esposa, pp. 369–375, 381–388.

46. Max Lucado, «Light of the ... Storage Closet?» [¿Luz de la ... alacena?«] *God Came Near* (Portland, Ore.: Multnomah, 1987), 113–17.

Efesios 5:15–33

1. La NVI ha redactado este versículo como una oración gramatical independiente.
2. Otros manuscritos han añadido alguna forma verbal del verbo «someterse» para hacer la frase más fluida.
3. Las traducciones que comienzan un nuevo párrafo en 5:22 deberían al menos iniciar el versículo con alguna expresión del estilo de «Como ejemplo de sumisión mutua ...» Hemos de saber que la sumisión de las esposas a sus maridos y el amor que se demanda de éstos son, *ambas cosas*, ejemplos de la sumisión mutua que en 5:21 se requiere de todos los cristianos. Han de saber también que la sumisión es una marca *necesaria* de la obra del Espíritu en la vida de una persona.
4. Cf. Lucas 1:3; Hechos 18:25.
5. Ver la exposición de varias posibilidades en Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 341–42.
6. J.A. Bengel, *Gnomon of the New Testament* [Indicador del Nuevo Testamento] (Edimburgo: T. & T. Clark, 1877), 3:105, observa que lo contrario de redimir el tiempo es perderlo.
7. Obsérvese también el contraste entre embriaguez y Espíritu el día de Pentecostés (Hch 2:13–15).
8. Obsérvese 1 Samuel 1:12–16; Isaías 28; Ver la obra de Schnackenburg, *Ephesians, A Commentary* [Efesios, un comentario], 236.
9. En el Nuevo Testamento esta palabra solo aparece aquí y en Tito 1:6 (NVI, «libertinaje») y 1 Pedro 4:4 (NVI, «inmoralidad»). Una forma adverbial de esta palabra describe la conducta del hijo pródigo en Lucas 15:13 (NVI, «desenfrenadamente»).
10. Gordon Fee, *God's Empowering Presence* [La presencia capacitadora de Dios] (Peabody, Mass.: Hendrickson, 1994), 721–22.
11. Ver pp. 167–171.
12. Fee, *God's Empowering Presence* [La presencia capacitadora de Dios], 722.
13. Ver también 1 Corintios 14:26; Colosenses 3:16;
14. Como hace a lo largo de Efesios y especialmente en este capítulo (vv. 8, 10, 17, 20).
15. Cartas de Plinio, 10.96.7
16. Algunos establecen una diferencia entre «salmos» como el uso de los salmos veterotestamentarios, «himnos» como himnos cristianos, y «cánticos espirituales» como los cantos de seres celestiales (cf. Ap 5:9–10) o cánticos espontáneos

inspirados por el Espíritu (Ver Ralph P. Martin, «Ephesians [Efesios]», *The Broadman Bible Commentary* [Nashville: Broadman, 1971], 11:166). Ver también la obra de Donald Hustad, «Doxology: A Biblical Triad», [Doxología: una tríada bíblica] *Ex Auditu*, 8 (1992): 9–13. Bruce sugiere que la expresión «cánticos espirituales» alude a «palabras no premeditadas cantadas “en el Espíritu”» (*The Epistle to the Ephesians* [La epístola a los Efesios], 111.)

17. Ver pp. 281–283, 290–293.

18. Cuando los creyentes del Nuevo Testamento aplicaron el título de «Señor» a Cristo, le aplicaron también textos del Antiguo Testamento que hacían referencia a Yahveh.

19. Acerca de este asunto ver mi obra «”Your Slaves—on Account of Jesus”: Servant Leadership in the New Testament» [Siervos vuestros por amor de Jesús: liderazgo servicial en el Nuevo Testamento] *Servant Leadership*, eds. Stg R. Hawkinson y Robert K. Johnston (Chicago: Covenant Publications, 1993), 1:7–19; «Authority and Submission» [Autoridad y sumisión] *Between Two Truths: Living with Biblical Tensions* (Grand Rapids: Zondervan, 1990), 81–94.

20. Ver pp. 352–353.

21. Acerca de Gálatas 3:28 ver mi tratamiento, «Galatians 3:28 Conundrum or Solution?» [Gálatas 3:28: ¿enigma o solución?] *Women, Authority, and the Bible* (Downers Grove, IL.: InterVarsity, 1986), 161–81.

22. Otros problemas relativos a las mujeres se evidencian en 1 Corintios 11 y 14.

23. La única ocasión en que «obediencia» y «sumisión» aparecen en un mismo contexto es 1 Pedro 3:1–6.

24. Ver Números 1:16; Deuteronomio 1:13; 2 Samuel 22:44; Isaías 7:8.

25. Dependiendo de qué manuscritos sigamos, puesto que existen variantes.

26. Una perspectiva general de este debate puede encontrarse en la obra de Wayne Grudem, «The Meaning of *Kephale* (“Head”): A Response to Recent Studies» [el significado de Kefalé («Cabeza»): una respuesta a estudios recientes] *TrinJ*, 11 (1990): 3–72.

27. En Tito 2:4 sí lo hace, pero utiliza palabras distintas de las de Efesios 5:25.

28. Obsérvese la expresión «purificada por el lavamiento del agua en una palabra» (5:26) y «gloriosa» (NVI, «radiante»), no obstante sobre esta última, cf. 1 Corintios 4:10.

29. En escritos rabínicos posteriores, el término «santificar» se utilizaba de hecho para aludir a la toma de la novia en los matrimonios judíos

30. Ver 1 Corintios 1:2; 6:11.

31. Obsérvese la traducción alternativa en la nota marginal de la NIV

32. Ver la exposición de Barth en, *Ephesians* [Efesios], 2:691–99.

33. En otros pasajes se habla de que Cristo se dio a sí mismo por alguien (p. ej., Pablo

en Gál 2:20) o por «nosotros» (Ef 5:2). El cambio que observamos aquí está en consonancia con el acento cada vez más intenso acerca de la Iglesia que observamos a lo largo de la carta.

34. Cf. 1:9; 3:9; ver pp. 68–69, 200–201.

35. NVI, «Tengan cuidado de su manera de vivir».

36. Séneca, *Moral Letters to Lucilius* [Epístolas morales a Lucilio], 41.1–2, se refiere a Dios como a un espíritu santo que mora en nosotros.

37. Ver especialmente 1:13–14, 17; 2:18, 22; 3:16; 4:3.

38. Al judaísmo y a los cultos de Isis y Dionisio se les acusaba también de ser subversivos.

39. Por ejemplo, se sabe poco de la vida de las mujeres de las clases inferiores.

40. Quienes deseen considerar un buen resumen de la situación de las mujeres en el mundo antiguo, pueden ver las siguientes obras: Sara B. Pomeroy, *Goddesses, Whores, Wives, and Slaves: Women in Classical Antiquity* [Diosas, prostitutas, esposas, y esclavas: mujeres en la Antigüedad clásica] (Nueva York: Schocken, 1975); Leonard Swidler, *Women in Judaism* [Mujeres en el judaísmo] (Metuchen, N.J.: Scarecrow Press, 1976); Mary R. Lefkowitz y Maureen B. Fant, *Women's Life in Greece and Rome* [La vida de las mujeres en Grecia y Roma] (Baltimore: Johns Hopkins Univ. Press, 1982); Ross S. Kraemer, ed., *Maenads, Martyrs, Matrons, Monastics* [Ménades, Mártires, Matronas y Monjas] (Filadelfia: Fortress, 1988).

41. En Occidente los matrimonios eran en ocasiones *sine manu*, «sin mano», lo cual significaba que la esposa no pasaba a estar bajo la autoridad del marido.

42. Por ejemplo, en Números 5:16–31 se describe la prueba de una esposa con aguas amargas. Este texto es principalmente una imagen de la difícil situación que enfrentaban las mujeres en el mundo antiguo, y nadie sugeriría la práctica de esta prueba en nuestros días. Este tipo de textos son poco frecuentes, aunque siguen siendo instructivos para entender el mundo antiguo y el carácter de la Escritura.

43. Ver «The Danvers Statement» [La Declaración de Danvers] impresa como un anuncio del Council on Biblical Manhood and Womanhood [Concilio de masculinidad y feminidad bíblica] en *Christianity Today*, 33, n° 1 (13 de enero de 1989), 41.

44. Contrariamente a lo que se afirma en «La Declaración de Danvers» que se menciona en la nota anterior.

45. Los códigos domésticos que encontramos en 1 Pedro y 1 Corintios 7 reconocen la existencia de situaciones poco ideales.

46. Ver Filipenses 2:12–13 o Santiago 2:22. Los exégetas de la Iglesia Primitiva combinaban intención divina con esfuerzos humanos y no tenían problema con la idea del synergismo. Ver la obra de Schnackenburg, *Ephesians, A Commentary* [Efesios, un comentario], 312.

47. Mackay, *God's Order* [El orden de Dios], 177. En su segundo punto depende de Arnold Toynbee.
48. Stott, *La nueva humanidad de Dios*, (p. 207 del original en inglés).
49. James y Phyllis Alsdurf, *Battered into Submission* [Sumisión a golpes] (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1989).
50. Aunque aplica esta cita a Cristo y a la Iglesia de 5:30–32.
51. Lo mismo hubiera podido decirse del marido como parte de la esposa y su cuerpo. La razón por la que el texto no lo dice es que se centra en los maridos.
52. Ver Romanos 12 y 1 Corintios 12.
53. Ver pp. 78, 144–145, 180, 183–184.

Efesios 6:1–9

1. Ver pp. 360–361, 369–370.
2. Ver exposición al respecto en pp. 360–361, 381–388.
3. Ver Mateo 10:21, 34–37; 12:46–50; 19:27–29; Lucas 9:57–62; 14:26.
4. Además la palabra «nutrir» (*ektrepho*) se utiliza en 6:4 y en 5:29 (NVI, «criar» y
5. La NIV no consigue expresar estos paralelismos al utilizar la expresión «como» en el versículo 5, «para ganarse su favor», (en lugar de «como agradando los hombres») en el versículo 6a, «igual que» en el versículo 6b, y «como» en el versículo 7. En estas cuatro expresiones la redacción original utiliza la misma palabra griega *hos*.
6. Algunos manuscritos omiten la frase «en el Señor», posiblemente para evitar la idea de que la obediencia requerida solo se aplicaba a los padres cristianos.
7. Mateo 15:4. 19:19; Marcos 7:10; 10:19; Lucas 18:20.
8. Cf. la fraseología similar en Deuteronomio 22:7.
9. A pesar de 2:15.
10. En ocasiones se presenta la objeción de que este no es el primer mandamiento con promesa, puesto que el segundo del Decálogo asegura el amor de Dios a aquellos que guardan sus mandamientos. Esta es una objeción más bien pedante, puesto que la certeza del amor de Dios que acompaña al segundo mandamiento forma parte de una descripción de Dios, no se trata de una promesa específica, y parece una alusión a la Ley en un sentido general, y no específicamente al Decálogo.
11. Ver afirmaciones similares en Deuteronomio 4:40; 22:7; Salmos 55:23; Proverbios. 9:11; 10:27.
12. Morris, *Expository Reflections on Ephesians* [Reflexiones expositivas sobre Efesios], 192.
13. Literalmente, «según la carne».
14. Ver especialmente Romanos 1:1; 2 Corintios 4:5; Filipenses 2:7

15. Ver pp. 359–360, 363, 382–383.
16. De las cinco ocasiones en que aparece el término «temblor» en el Nuevo Testamento, cuatro de ellas está vinculado a «temor».
17. La NVI utiliza el término «corazón» en ambos lugares, pero una traducción más literal del versículo 6 es «con el alma».
18. Ver 1 Corintios 12:13; Gálatas 3:28. Colosenses 3:11;
19. Ver la obra de Filón, *Legislación Especial* 2.225: «Los padres son, en mi opinión, a sus hijos lo que Dios es al mundo»; Josefo, *Contra Apión* 2.206: «La ley sitúa la honra debida a los padres en una segunda posición solo superada por la que debemos a Dios».
20. Ver Romanos 1:30; 1 Timoteo 3:4; 2 Timoteo 3:2; Tito 1:6; cf. Los textos del Antiguo Testamento en que se ordena la muerte de los hijos rebeldes (Lev 20:9; Dt 21:18–21).
21. Este pasaje ni siquiera hace comentarios acerca de las muchachas. Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 395–402, nos proporciona una buena exposición de las actitudes relativas a hijos y padres. Ver también la obra de Jane F. Gardner y Thomas Wiedemann, *The Roman Household: A Sourcebook* [La familia romana: un libro de consulta] (Londres: Routledge, 1991).
22. Ver la obra de Mary R. Lefkowitz y Maureen B. Fant, *Women's Life in Greece and Rome* [La vida de las mujeres en Grecia y Roma] (Baltimore: John Hopkins Univ. Press, 1982), 180–81.
23. Otro argumento: a pesar de ciertas afirmaciones ocasionales en sentido contrario (cf. George Stoeckhardt, *Ephesians* [Efesios], trad. Martin S. Sommer [St. Louis, Mo.: Concordia, 1952], 250), este texto es irrelevante para el debate del bautismo de infantes.
24. Los judíos podían comprar a otro judío que se vendía como esclavo solo durante seis años; tras este periodo, tenía que ser puesto en libertad (ver Éx 21:2–11). Las mujeres no eran puestas en libertad tras seis años; cuando se las compraba, era para el matrimonio.
25. Aristóteles, *Política*, 1253b5, 1259b3–1260b6; *Ética Nicomáquea* 5.1134b, 8.1161ab. Para información acerca de la esclavitud en el mundo antiguo, ver la entrada «Slavery», [Esclavitud] en el *The Anchor Bible Dictionary*, ed. David Noel Freedman (New York: Doubleday, 1992), 6:65–73; Thomas Wiedemann, *Greek and Roman Slavery* [La esclavitud griega y romana] (Baltimore: John Hopkins Univ. Press, 1981).
26. Publio Siro escribió, «se considera virtud delinquir por el amo» (máxima 534; ver Gardner y Wiedemann, *The Roman Household* [La familia romana], 46).
27. Obsérvese también, sin embargo, que en el Nuevo Testamento no se presenta ninguna defensa teológica de la esclavitud.

28. Ver la obra de E.N. Elliot, ed., *Cotton is King and Pro-Slavery Arguments* [El algodón es el rey y los argumentos pro-esclavitud] (Augusta, Ga.: Pritchard, Abbott & Loomis, 1860).
29. Stott, *La nueva humanidad de Dios*, (p. 249 del original en inglés).
30. M. Scott Peck, *The Road Less Traveled* [El camino menos transitado] (Nueva York: Simon y Schuster, 1978), 175.
31. Ibid., 24.
32. Cf. Santiago 2:1–13.
33. Cf. Colosenses 3:17;

Efesios 6:10–20

1. Ver el tratamiento de Andrew Lincoln, «"Stand, Therefore ..." Ephesians 6:10–20 as *Peroratio*» [«"Manténganse, pues, firmes ..." Efesios 6:10–20 como *Peroratio*] *Biblical Interpretation*, 3 (1995): 99–114; también en su comentario, *Ephesians* [Efesios], 432–41.
2. Los retóricos describían lo que es una comunicación efectiva y enseñaban a las personas en conformidad con sus convicciones. Muchos eran lo suficientemente perspicaces como para ser efectivos sin haber sido formados en Retórica.
3. Ver, por ejemplo, Génesis 15:1; Éxodo 14:14, 25; Deuteronomio 1:30; 3:22; 33:29; Josué 10:14–15; Salmos 18; 35; Isaías 42:13–25; Jeremías 21:3–7; 46; Apocalipsis 2:16; 6:2–8; 9:7–19; 19:11–16.
4. La Sabiduría de Salomón 5:17–23 puede también haber sido parte del trasfondo formativo, ya que describe la armadura de ira que se pone Dios y adopta la expresión, «coraza de justicia» de Isaías 59:17. La palabra que se traduce como «armadura» en este pasaje es la misma que en Efesios 6:11, 13—*panoplia*. Ver también la obra de Ignacio, *Carta a Policarpo* 6:2, quien en una exhortación a vivir como cristianos utiliza este lenguaje de pertrechos bélicos. En el Nuevo Testamento, ver Romanos 13:12; 1 Tesalonicenses 5:8. Mientras que Efesios consigna «la coraza de justicia» y «el yelmo de la salvación», 1 Tesalonicenses 5:8 dice «protegidos por la coraza de la fe y del amor, y por el casco de la esperanza de salvación» (ver también Rom 6:13; 2 Cor 6:7; 10:3–4).
5. La traducción es de G. Vermes, *The Dead Sea Scrolls in English* [Los Rollos del Mar Muerto en inglés] (Baltimore: Penguin, 1962).
6. Obsérvese también Éxodo 14:13; Josué 1:6–9; 1 Samuel 4:9.
7. La primera vez que esta palabra aparece en el versículo 13 («resistir hasta el fin con firmeza») es de hecho una forma compuesta, que significa «mantenerse firme en contra de» con el sentido de «afrontar» o «resistir».
8. En la primera edición del texto griego UBS los versículos 14–20 son una sola oración gramatical. Lógicamente el versículo 18 pasa a tratar el tema de la oración,

pero gramaticalmente depende del versículo 17, lo cual genera un debate sobre la fluidez del texto. La NVI comienza un nuevo párrafo en el versículo 19 puesto que hay un cambio lógico hacia la oración *por Pablo*, sin embargo, desde un punto de vista gramatical, los versículos 19–20 son una mera continuación del versículo 18. La NVI ha insertado el término «oren» en el versículo 19; el texto solo consigna «y por mí».

9. Robert A. Wild, «The Warrior and the Prisoner: Some Reflections on Ephesians 6:10–20», [El Guerrero y el Prisionero: Reflexiones sobre Efesios 6:10–20], *CBQ*, 46 (1984): 286–88, sostiene que 6:12 es el elemento central de 6:10–20 puesto que está flanqueado por ambos lados por el mandamiento a ponerse la armadura de Dios. Este planteamiento pone un acento excesivo en el versículo 12.
10. Pablo utiliza participios para describir la armadura hasta el versículo 17, donde utiliza el imperativo «tomen». Algunos proponen que se trata de un cambio de los elementos que requieren el esfuerzo humano a aquellos que son un don, pero esto es poco probable. Las otras piezas de la armadura no dejan de ser dones, y el uso del yelmo de la salvación y la espada del Espíritu requieren también esfuerzo humano. Posiblemente estas dos piezas de la armadura son más completas y engloban los otros dones. En cualquier caso, Pablo subraya la salvación y el Espíritu por medio del cambio gramatical. Con la inserción de la frase «además de todo esto» (v. 16) se subraya también la fe.
11. La expresión «por último» podría entenderse en el sentido de «por el tiempo restante», pero lo más probable es que sirva para introducir la conclusión de la carta.
12. En 1 Corintios 16:13 y 2 Timoteo 2:1 (ver también Fil 4:13; Col 1:11; 1 Tim 1:12) aparecen exhortaciones similares.
13. La NVI utiliza la misma expresión, «pónganse toda la armadura de Dios», tanto en el versículo 11 como en el 13, sin embargo, en el original se usan verbos distintos. En el versículo 13 Pablo utiliza *analambano*, «tomar» (el mismo término reaparece en el v. 16 en la afirmación, «tomen el escudo de la fe»).
14. Obsérvese la similitud de Isaías 52:1.
15. Especialmente aquellos que viven en culturas no occidentales reaccionan en contra de un acercamiento individualista. Ver la obra de Gottfried Osei-Mensah, *Wanted: Servant-Leaders, the Challenge of Christian Leadership in Africa Today* [Se precisan dirigentes siervos, el desafío del liderazgo cristiano en África hoy], (Achimota, Ghana: Africa Christian Press, 1990), 67. Martin Kitchen, *Ephesians* [Efesios] (Londres: Routledge, 1994), 112–28, ofrece un extenso argumento (aunque no siempre convincente) en favor de este punto de vista.
16. Ver Romanos 11:20; 14:4; 2 Corintios 1:24; Gálatas 5:1. Filipenses 4:1; Colosenses 4:12; 1 Tesalonicenses 3:8; 2 Tesalonicenses 2:15; 2 Timoteo 2:19. En Santiago 4:7–8 y 1 Pedro 5:8–10 aparece una exhortación similar a resistir al diablo y ser

fortalecido por Dios.

17. En otros pasajes Pablo advierte acerca de las tentaciones de Satanás y se queja de los obstáculos que éste pone (1 Cor 7:5; 2 Cor 2:11; 11:3; 12:7; 1 Ts 2:18).
18. La palabra que se traduce como «poder» en 1:21 no es la misma que en 6:12 se vierte como «poderes».
19. La expresión «potestades que dominan este mundo» se utiliza en relación con los planetas en las especulaciones astrológicas; el pensamiento que subyace es que el movimiento de los planetas controlaba la vida en la Tierra. Este término se utilizaba también para aludir a Zeus y a los emperadores.
20. Ver pp. 95–96.
21. Como por ejemplo la explicación jerárquica que propone Mark I. Bubeck en el sentido de que los espíritus malignos más poderosos son los principados, seguidos de las potestades (menos independientes y poderosos), los gobernadores de las tinieblas (la gradación más baja de oficiales), y los demonios. Ver su obra *The Adversary* [El adversario] (Chicago: Moody, 1975), 72–73. Ver también la obra de C. Peter Wagner, ed., *Engaging the Enemy: How to Fight and Defeat Territorial Spirits* [Combatir al enemigo: cómo luchar contra los espíritus territoriales y derrotarlos], (Ventura, Calif.: Regal, 1991), 38, 48.
22. Ver 2 Corintios 11:4; 2 Tesalonicenses 2:2 (NVI, «profecía»); 1 Juan 4:1–3.
23. Schnackenburg, *Ephesians, A Commentary* [Efesios, un comentario], 273; Hendriksen, *Exposition of Ephesians* [Exposición de Efesios], 273, expresan este punto de vista.
24. Ver pp. 57–59, 200–201.
25. Barth, *Ephesians* [Efesios], 2:147, 1:796.
26. Barth (Ibíd.) sostiene que la justicia debe entenderse como un don, por su trasfondo en Isaías 11:1–9, sin embargo el uso que recibe en Efesios sugiere lo contrario (como también en 1 Tesalonicenses 5:8, que habla de la coraza de fe y amor, aludiendo sin duda a acciones humanas).
27. Ver Lucas 12:35; 1 Pedro 1:13
28. Barth, *Ephesians* [Efesios], 2:777, sostiene sin embargo que la alusión a Isaías 11:5 indica que a lo que hace referencia es a un cinturón especial que identificaba a los oficiales.
29. Las palabras «escudo» y «espada» son también metáforas. Éstas se usan en el Antiguo Testamento para aludir a la protección y juicio de Dios respectivamente (Sal 3:3; Is 34:6), aunque éste no parece ser el principal acento de Pablo en este texto.
30. A menudo, las flechas se impregnaban de brea líquida, y se encendían inmediatamente antes de ser lanzadas.

31. La expresión «además de todo esto» (v. 16) es literalmente «en todas las cosas» y podría significar en cada situación.
32. Ver pp. 138–130.
33. Barth, *Ephesians* [Efesios], 2:775.
34. El arma que se tiene en mente es la espada corta y recta de la infantería romana, muy efectiva en el combate cuerpo a cuerpo.
35. Ya sea en general (como en Is 55:11; Heb 4:12) o para la creación (Gen 1:3; Sal 33:6; Heb 1:3), la sanidad (Sal 107:20), el juicio (Is 11:4), o la salvación (Juan 6:63). Cf. Isaías 49:2; Apocalipsis 1:16; 2:12, 16; 19:15.
36. Ver especialmente Romanos 10:8, 17; 1 Pedro 1:25.
37. Fee, *God's Empowering Presence* [La presencia capacitadora de Dios], 730, argumenta que es así; Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 451, sostiene que no.
38. Como afirma Fee en *God's Empowering Presence* [La presencia capacitadora de Dios], 730–31. Se consignan expresiones similares en Judas 20; cf. Juan 4:24; 1 Corintios 12:3; 14:16
39. Romanos 8:26 es también un pasaje instructivo: «No sabemos qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros».
40. Ver especialmente Mateo 26:41; Marcos 14:38; Lucas 21:36; Colosenses 4:2; En 1 Tesalonicenses 5:6–8 el ánimo para estar alerta precede a la imaginación de la armadura.
41. Los versículos 19–20 no encajan fácilmente en la hipótesis de un autor seudónimo. La explicación de que el autor adopta el personaje de Pablo como parte del recurso de la pseudonimia no es convincente. Ver la obra de Lincoln, *Ephesians* [Efesios], 453, 455. Su intento («estén, por tanto, firmes ...», 108) de explicar esto como una personificación para darle sabor a la *peroratio* basándose en las observaciones de Quintiliano, un retórico del siglo primero, es hacer un mal uso de sus palabras. Quintiliano no estaba haciendo referencia a la pseudonimia, sino al uso del diálogo por el que los lectores u oyentes sabían que se estaban presentando las palabras de otra persona, como muestran los ejemplos que pone. Ver las *Instituciones de Quintiliano*, 9.2.29–37. O Pablo pide oración para sí mismo, o alguien pretende inducir a los lectores a creerlo.
42. Ver pp. 65–67, 195–196.
43. Barth, *Ephesians* [Efesios], 2:782.
44. Arnold, *Power and Magic* [Poder y magia], 36–39, 73.
45. Citadas sin referencia por Lawrence S. Cunningham, «Satan: A Theological Meditation», [Satanás: una meditación teológica] *Theology Today*, 51 (1994): 359.
46. Walter Wink, *Unmasking the Powers* [Desenmascarar a los poderes], vol. 2: *The Powers* [Poderes] (Filadelfia: Fortress, 1986), 11, 26.

47. Ver la exposición de 1:21 y 2:2 en las pp. 98–99, 107.110 y 122–123, 138–140.
48. Ver Lucas 12:11; 1 Corintios 2:8 (cf. Lucas 20:20).
49. Aquellos que deseen considerar una crítica de la interpretación de este lenguaje como estructuras, pueden ver Stott, *La nueva humanidad de Dios*, (pp. 267–75 del original en inglés). Arnold, *Power and Magic* [Poder y magia], 169–82; Peter T. O'Brien, «Principalities and Powers: Opponents of the Church», [Principados y potestades: oponentes de la Iglesia] *Biblical Interpretation and the Church: The Problem of Contextualization*, ed. D.A. Carson (Nashville: Thomas Nelson, 1984), 110–50.
50. Ver 135–137.
51. Como se ha indicado antes (ver p. 136), ¿por qué es relativamente fácil para las personas creer en un ser (Dios) o seres benevolente/s (ángeles), pero mucho más problemático creer en el diablo y los demonios?
52. Ver también Lucas 11:11–13 y textos como Mateo 25:41, que hablan del diablo y sus ángeles.
53. La única base para una idea como ésta se encuentra en los relatos de Marcos y Lucas del endemoniado gadareno (Marcos 5:1–20; Lucas 8:26–39; cf. Mateo 8:28–34). Ambos relatos utilizan tanto el singular como el plural para aludir al demonio(s) (cf. también Mateo 12:43–15; Lucas 11:24–26).
54. Ver el trabajo de Timothy M. Warner, «An Evangelical Position on Bondage and Exorcism», [Una posición evangélica acerca de la servidumbre y los exorcismos] *Essays on Spiritual Bondage and Deliverance*, ed. Willard M. Swartley (Elkhart, Ind.: Institute of Mennonite Studies, 1988), 79.
55. Heinrich Schlier, *Principalities and Powers in the New Testament* [Principados y potestades en el Nuevo Testamento] (Nueva York: Herder and Herder, 1961), 58.
56. A diferencia de las especulaciones de Thomas B. White, «Understanding Principalities and Powers», [Entender a los principados y potestades] *Engaging the Enemy*, ed. C. Peter Wagner (Ventura, Calif.: Regal, 1991), 60. (Is 14 y Ez 28 describen a reyes terrenales.)
57. Obsérvese Colosenses 1:16, que afirma que Cristo creó a los gobernantes y autoridades. En 2 Pedro 2:4 y Judas 6 aparecen evidencias limitadas de rebeldía por parte de los ángeles contra Dios.
58. A «Satanás» se le menciona en 1 Crónicas 21; Job 1–2; Zacarías 3. Dos veces se alude a «demonios» en relación con la idolatría, de manera similar a 1 Corintios 10:19–21 (ver Dt 32:17; Sal 106:37–38).
59. 1 Samuel 16:14–23; 18:10; 19:9.
60. Ver Hechos 5:16; 16:16–18; 19:13–16. En Juan solo aparece este lenguaje en las acusaciones de que Jesús tiene un demonio. Pero Juan sí habla de Satanás, el diablo y el gobernante de este mundo.

61. Ver Marcos 1:32–34; 9:17; cf. Lucas 13:10–17.
62. Ver la obra de Fee, *God's Empowering Presence*, [La presencia capacitadora de Dios] 171–72.
63. G.B. Caird, *Principalities and Powers* [Principados y potestades] (Oxford: Clarendon, 1956), p. 9.
64. Ver la obra de Everett Ferguson, *Demonology of the Early Christian World* [Demonología del mundo cristiano primitivo], (Lewiston, N.Y.: Mellen, 1984), 170–74.
65. Partiendo de Daniel 10:18 se desarrolló la idea de que a ciertos espíritus específicos se les adjudica el control de áreas geográficas concretas. Al nombrar o atar a los espíritus, las zonas quedan supuestamente liberadas y dispuestas para aceptar el Evangelio.
66. Se ha hecho un intento de rectificar esta idea en una colección de ensayos en, *The Kingdom and the Power* [El reino y el poder], eds. Gary S. Greig and Kevin N. Springer (Ventura, Calif.: Regal, 1993); contra este movimiento están los ensayos en *Power Religion: The Selling Out of the Evangelical Church?* [Religión de poder: ¿traición de la Iglesia Evangélica?] Michael Scott Horton (Chicago: Moody, 1992). Los intentos de rechazar cualquier «signo de poder» después de la era apostólica están tan mal encaminados como los acentos exagerados en el poder.
67. Quienes deseen considerar estas ideas y lenguaje pueden ver los ensayos editados por P. Wagner, *Engaging the Enemy* [Combatir al enemigo].
68. Wink, *Unmasking the Powers*, [Desenmascarar a los poderes] 63.
69. Ver el trabajo de Robert T. Sears, «A Catholic View of Exorcism and Deliverance», [Un punto de vista católico del exorcismo y la liberación] *Essays on Spiritual Bondage and Deliverance*, ed. Willard M. Swartley (Elkhart, Ind.: Institute of Mennonite Studies, 1988), 108–10.
70. Warner, «An Evangelical Position on Bondage and Exorcism», [Una posición evangélica acerca de la servidumbre y los exorcismos] 83.
71. Ver varios de los artículos en Swartley, ed., *Essays on Spiritual Bondage and Deliverance* [Ensayos sobre servidumbre espiritual y liberación], especialmente «Jane Miller's Story and Testimony» [La historia y testimonio de Jane Miller], y «The Case of Jane: Psychotherapy and Deliverance» [El caso de Jane: psicoterapia y liberación], 174–91, que cuentan la dolorosa infancia y vida de una mujer que fue sometida a varios exorcismos durante su tratamiento terapéutico. Hemos de distinguir la posesión diabólica del trastorno de múltiples personalidades, que produce la fragmentación de la personalidad como mecanismo de defensa. Por otra parte, casi todos los tratamientos de la posesión diabólica trabajan con la suposición de que los humanos están formados por cuerpo, alma, y espíritu. A pesar de su conveniencia, considero cuestionable que este punto de vista tricotomista pueda

sustanciarse bíblicamente. No podemos basar nuestro análisis bíblico de la estructura humana en 1 Tesalonicenses 5:23.

72. Wink, *Unmasking the Powers*, [Desenmascarar a los poderes] 63.
73. Las culturas animistas conciben a un Dios trascendente alejado de los acontecimientos de la Tierra, que deja a los humanos que se enfrenten solos en su conflicto con los espíritus. Cuando concedemos una importancia desmedida a lo diabólico hacemos algo parecido.
74. Ver el tratamiento de Scott Peck, *People of the Lie* [El pueblo de la mentira], (Nueva York: Simon y Schuster, 1982), 182–211, especialmente 183: «Hasta donde sabemos, la verdadera posesión es muy infrecuente. Por otra parte, la maldad humana es muy común».
75. Morris, *Expository Reflections on Ephesians* [Reflexiones expositivas sobre Efesios], 200.
76. Con esto no queremos tomar a la ligera el debate sobre la legitimidad del aborto en casos de amenaza para la vida de la madre, incesto, o violación.
77. De la tercera línea del himno «Castillo fuerte es nuestro Dios».
78. Wink, *Unmasking the Powers*, [Desenmascarar a los poderes] 33.
79. Además de este pasaje, cf. Santiago 4:7; 1 Pedro 5:8–9; y los relatos de la tentación de los Evangelios.
80. Ver los comentarios de Peck en la nota 70.
81. Ver el artículo de Joe D. Wilmoth, «After Deliverance, Then What?» [Y tras la liberación, ¿qué?«] *Leadership* (Verano 1991), 68–70. Uno no puede dejar de preguntarse si «los ministerios de liberación» no son sacudidas emocionales que pueden o no tener efectos a largo plazo.
82. Obsérvese la preocupación de Pablo (1 Cor 10:19–21) sobre participar con los demonios al comer alimentos ofrecidos a los ídolos.
83. C. Fred Dickason, *Demon Possession and the Christian: A New Perspective* [la posesión diabólica y el cristiano: una nueva perspectiva], (Wheaton, IL.: Crossway, 1987), defiende la posición contraria. Dickason lleva sus argumentos más allá de las evidencias bíblicas, y su perspectiva de las lenguas como punto de entrada de los demonios es errónea.
84. Ver pp. 402–403.
85. La expresión que utiliza la NVI en el versículo 20, «como debo hacerlo» es literalmente «como es necesario».

Efesios 6:21–24

1. Hay treinta y dos palabras en común; dentro de este cãmputo, Efesios añade «qué estoy haciendo» y Colosenses «y colaborador».

2. A excepción de los versículos 1-2, donde ciertas frases estereotipadas muestran coincidencias de siete palabras en 1:1 y ocho en 1:2.
3. Ver Filipenses 2:25; Colosenses 1:7; 1 Tesalonicenses 3:2.
4. Acerca de la inclusión de «paz», ver 2 Corintios 13:11–13, que puede ser el pasaje más cercano a Efesios; Gálatas 6:16. 2 Tesalonicenses 3:16. Por lo que se refiere a «amor», ver 1 Corintios 16:24 (el de Pablo) y 2 Corintios 13:13 (el de Dios).
5. En 1 Tesalonicenses el saludo es simplemente «Gracia y paz a ustedes». En las Pastorales son ligeramente distintos.
6. Meyer, *Ephesians* [Efesios], 555, entendió el amor como un «elemento moral» porque la referencia al amor divino no encajaría con la fe.
7. Ver, por ej., Romanos 15:13; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 13:13; Gálatas 6:16. 2 Tesalonicenses 3:16; 1 Timoteo 1:2; Judas 1:2.
8. Ver pp. 57–58, 202–203. Ver también 1 Timoteo 1:14, la otra única ocasión en que aparece la expresión «con fe» y que también parece aludir a la fidelidad de Cristo.
9. 1 Corintios 16:22 consigna una versión negativa de esta afirmación: «si alguno no ama al Señor, quede bajo maldición».
10. Esta opción debería excluirse, puesto que en las otras seis ocasiones en que aparece esta palabra griega alude siempre a la inmortalidad.
11. Véase Robinson, *St. Paul's Letter to the Ephesians*, [La carta de San Pablo a los Efesios] 138; Caird, *Paul's Letters From Prison*, [Las cartas de Pablo desde Roma], 94.
12. Véase Ralph Martin, «Ephesians», [Efesios] *The Broadman Bible Commentary*, ed. Clifton J. Allen (Nashville: Broadman, 1971), 177.

About the Author

KLYNE SNODGRASS es un teólogo estadounidense, autor y profesor de Estudios del Nuevo Testamento en el Seminario Teológico de North Park, en Chicago, Illinois. Se graduó en el Columbia Bible College. Obtuvo su Maestría en Teología en la Escuela Evangélica Teológica Trinity, y su Doctorado en Filosofía en la Universidad de Saint Andrews, Escocia.

www.AuthorTracker.com for exclusive information on your favorite HarperCollins author.

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.

COMENTARIO BÍBLICO CON APLICACIÓN NVI: Efesios

Edición en español publicada por

Editorial Vida – 2012

Miami, Florida

©2012 por Klyne Snodgrass

All rights reserved under International and Pan-American Copyright Conventions. By payment of the required fees, you have been granted the non-exclusive, non-transferable right to access and read the text of this ebook on-screen. No part of this text may be reproduced, transmitted, down-loaded, decompiled, reverse engineered, or stored in or introduced into any information storage and retrieval system, in any form or by any means, whether electronic or mechanical, now known or hereinafter invented, without the express written permission of Zondervan.

EPub Edition © MARCH 2012 ISBN: 978-0-829-75948-8

Originally published in the U.S.A. under the title:

The NIV Application Commentary: Ephesians

Copyright © 1996 by Klyne Snodgrass

Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan.

All rights reserved.

Editor de la serie: *Dr. Matt Williams*

Traducción: *Pedro L. Gómez Flores*

Edición: *Anabel Fernández Ortiz*

Diseño interior: *José Luis López González*

Diseño de cubierta: *Pablo Snyder*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. A MENOS QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO, EL TEXTO BÍBLICO SE TOMÓ DE LA SANTA BIBLIA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL.

© 1999 POR BÍBLICA INTERNACIONAL.

Esta publicación no podrá ser reproducida, grabada o transmitida de manera completa o parcial, en ningún formato o a través de ninguna forma electrónica, fotocopia u otro medio, excepto como citas breves, sin el consentimiento previo del publicador.

CATEGORÍA: Comentario Bíblico / Nuevo Testamento

About the Publisher

Founded in 1931, Grand Rapids, Michigan-based Zondervan, a division of HarperCollinsPublishers, is the leading international Christian communications company, producing best-selling Bibles, books, new media products, a growing line of gift products and award-winning children's products. The world's largest Bible publisher, Zondervan (www.zondervan.com) holds exclusive publishing rights to the *New International Version of the Bible* and has distributed more than 150 million copies worldwide. It is also one of the top Christian publishers in the world, selling its award-winning books through Christian retailers, general market bookstores, mass merchandisers, specialty retailers, and the Internet. Zondervan has received a total of 68 Gold Medallion awards for its books, more than any other publisher.





Share Your Thoughts


With the Author: Your comments will be forwarded to the author when you send them to zauthor@zondervan.com.


With Zondervan: Submit your review of this book by writing to zreview@zondervan.com.


Free Online Resources at www.zondervan.com/hello

 **Zondervan AuthorTracker:** Be notified whenever your favorite authors publish new books, go on tour, or post an update about what's happening in their lives.

 **Daily Bible Verses and Devotions:** Enrich your life with daily Bible verses or devotions that help you start every morning focused on God.

 **Free Email Publications:** Sign up for newsletters on fiction, Christian living, church ministry, parenting, and more.

 **Zondervan Bible Search:** Find and compare Bible passages in a variety of translations at www.zondervanbiblesearch.com.

 **Other Benefits:** Register yourself to receive online benefits like coupons and special offers, or to participate in research.



NVI

COMENTARIOS
BÍBLICOS
CON APLICACIÓN

EFESIOS

del texto bíblico
a una aplicación
contemporánea



Editorial Vida

KLYNE SNODGRASS